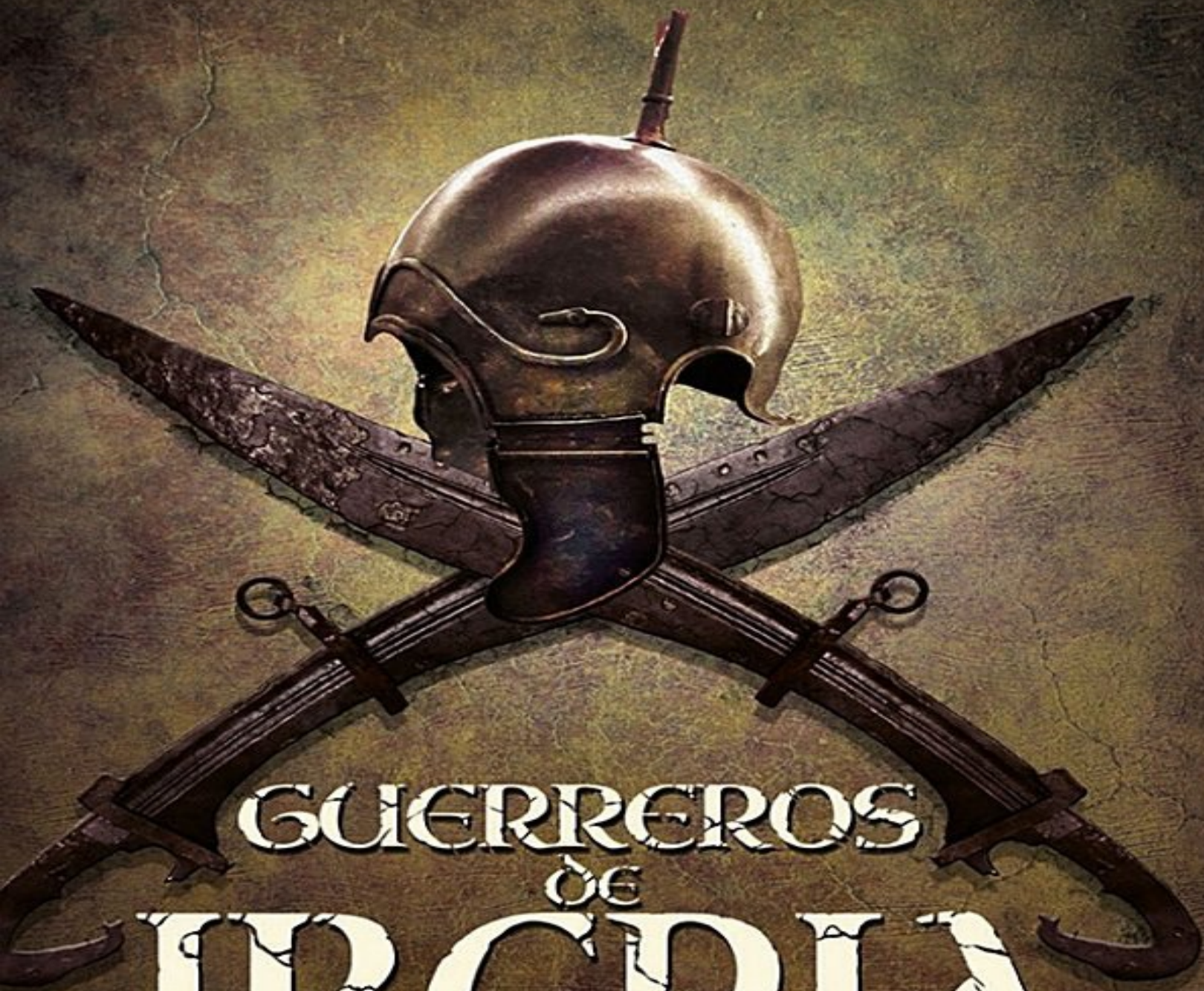


BENJAMÍN COLLADO HINAREJOS



GUERREROS
DE
IBERIA

LA GUERRA ANTIGUA EN LA PENÍNSULA IBÉRICA



ÍNDICE

Introducción

PARTE 1

UNAS SOCIEDADES GUERRERAS

El prestigio del guerrero
Mercenarios de Iberia
El guerrero y el más allá

PARTE 2

LA HORA DE LA VERDAD

¿Cómo luchaban los indígenas hispanos?
Más allá de la victoria: el destino de los vencidos
Una mirada distinta: arqueología de los campos de batalla

PARTE 3

LOS INSTRUMENTOS DEL GUERRERO

Unas panoplias que evolucionan con la manera de hacer la guerra
Un nuevo metal
Las armas de los guerreros de la península ibérica
Armamento defensivo
Armamento ofensivo
El uso del caballo en la guerra

PARTE 4

CARA A CARA CON LOS GIGANTES MEDITERRÁNEOS

La segunda guerra púnica
Participación de los indígenas en la guerra púnica
La larga conquista romana de Hispania
Las guerras lusitanas

Conquista de Galicia
Las guerras celtibéricas
conquista del archipiélago balear
las guerras astur-cántabras
País Vasco
Guerras sertorianas
Termina la guerra y estalla la paz

PARTE 5
VIVIR ENTRE MURALLAS

El control del territorio
Arquitectura defensiva y urbanismo
Peculiaridades regionales de los sistemas defensivos
La poliorcética en el mundo indígena peninsular

Conclusión
Bibliografía
Notas
Créditos

INTRODUCCIÓN

*(Los hispanos) prefieren la guerra al descanso,
y si no tienen enemigo exterior lo buscan en casa.*
POMPEYO TROGO. Poeta galo-romano del siglo I a. C.

Esta era la visión que los romanos tenían de los habitantes de la península ibérica en los momentos finales de su conquista. Pueblos guerreros con una predisposición innata a dirimir sus diferencias con las armas y que si no tenían enemigos reales los inventaban.

En esta imagen, claramente estereotipada, se refleja de una forma viva la fama de belicosos adquirida por nuestros ancestros después de siglos peleándose contra todos y contra todo, pero vemos también que los romanos incluían en el mismo saco a los diferentes pueblos y etnias peninsulares: íberos, celtíberos, lusitanos, cántabros, etc. Para ellos todos eran lo mismo, a pesar de que los aspectos que los distinguían eran muchos y evidentes.

Si algo caracteriza a los pueblos que habitaron la península ibérica a lo largo de la segunda Edad del Hierro fue la diversidad. A grandes rasgos podemos decir que se distinguen dos grandes áreas culturales, aunque dentro de ellas no podemos hablar para nada de uniformidad más allá de determinados elementos comunes. Estas dos regiones serían el área ibérica y en el centro y norte peninsular. No

vamos a entrar en el polémico aspecto del alcance de lo celta en esta segunda zona, ya que para ello precisaríamos de un libro aparte.

Los pueblos ibéricos ocuparon buena parte de Andalucía y toda la costa mediterránea hasta el río Herault, en el Languedoc francés. Pero no se limitaron a la franja costera, ya que penetraron profundamente en el interior peninsular en parte de la Alta Andalucía, con las provincias de Córdoba y Jaén, alcanzaron La Mancha en Albacete y parte de Ciudad Real y Cuenca, se extendieron por el valle del Ebro, donde llegaban hasta la misma Zaragoza e incluso ocuparon parte de Teruel.



Mapa de la península ibérica con indicación de los diferentes pueblos que mencionan las fuentes a partir de la llegada de los ejércitos romanos a finales del

siglo III a.C. Las áreas de ocupación de cada pueblo son aproximadas. Dibujo del autor.

Como vemos en el mapa, las fuentes nos han dejado los nombres de un gran número de etnias que se repartían por tan extenso territorio, aunque hemos de tener presente que la mayoría de estos pueblos son los que conocieron los conquistadores extranjeros a partir de finales del siglo III a. C., con lo que son pocos los datos que conocemos de los siglos anteriores, y estos no siempre coinciden con los más modernos.

La franja costera de esta amplia zona había recibido muy pronto la influencia de las altas culturas mediterráneas, primero la fenicia y poco después la griega, lo que habría acelerado los cambios que ya se venían produciendo en las sociedades locales, dando lugar a la cultura ibérica.

Se considera que la cultura ibérica se formó en el siglo VI a. C., aunque con ligeras diferencias cronológicas según las zonas. Desde sus inicios podemos considerarla dentro de la Segunda Edad del Hierro, periodo en el que la producción y uso de este metal se generaliza en la agricultura, la guerra y todos los aspectos de la vida diaria.

En el resto de la península encontramos una mayor diversidad cultural. Todo indica que en esta extensa zona la segunda Edad del Hierro se inicia después que en el área ibérica, aunque con una importante diferencia según las zonas concretas. Así, mientras en la Celtiberia este desfase es mínimo, en el Cantábrico habrá que esperar hasta el siglo IV a. C., es decir, casi dos siglos.

Los principales pueblos que nos refieren las fuentes son los siguientes:

Los celtíberos, que estarían asentados en la Meseta Oriental, ocupando la provincia de Soria, buena parte de la de Guadalajara, el norte de Cuenca, y partes de Teruel, Zaragoza, Segovia, Burgos, y La Rioja. Dentro de la Celtiberia las fuentes nos señalan la existencia de varias etnias: arévacos, belos, titos, pelendones, lusones y,

posiblemente, olcades y lobetanos. Por el norte tenían como vecinos a algunos pueblos menos destacados, como los turmogos o los berones.

Los lusitanos se situaban en el occidente peninsular, aunque las fuentes no concretan demasiado. Parece que su territorio nuclear habría que centrarlo en el área entre el Guadiana y el Duero. Al sur limitarían con los conios o cinetes, que habitarían la zona del Algarbe, en el sur de Portugal, y unos pueblos celtas que se situarían entre los cursos medios del Guadiana y el Guadalquivir, pero por el norte sus límites son más difíciles de establecer, ya que algunos autores antiguos llegaron a incluir en su territorio toda Galicia. Hoy se tiende a considerar el área del Duero como frontera con el mosaico de pueblos galaicos que ocuparían todo el norte de Portugal y la actual Galicia.

Los vetones se situaban al sur de la Submeseta Occidental, en tierras de la actual provincia de Ávila y partes de las de Cáceres, Salamanca, Toledo y Zamora. Limitaban al este con los carpetanos, asentados en el centro de la península, y que se extendían por tierras de Ciudad Real, Madrid, Toledo, Cuenca y Guadalajara.

Los vacceos ocupaban el oeste de la Meseta Norte, en el curso medio del Duero, tierras hoy repartidas por las provincias de Valladolid, Zamora, Salamanca, León, Palencia, Segovia y Burgos. Al norte limitaban con los diversos pueblos ribereños del Cantábrico donde, de oeste a este encontramos a los astures y cántabros, que sobrepasaban por el sur las actuales divisiones administrativas, saltando la cordillera Cantábrica, sobre todo los astures que, aparte de la actual Asturias se extendían por la provincia de León, alcanzando zonas limítrofes de Galicia, Zamora y noreste de Portugal.

Los cántabros lindaban por el este con autrigones, caristios y várdulos, que ocupaban básicamente el actual País Vasco. Los vascones se situarían en lo que hoy es Navarra, incluyendo algo de las provincias limítrofes, con una estrecha salida al Cantábrico en Irún, la Oiasso de las fuentes antiguas.

Pero el vigoroso desarrollo de las culturas indígenas se vio truncado, primero, por la llegada de los ejércitos cartagineses, que

desembarcaron en Gadir el año 237 a. C. al mando del general Amílcar Barca, iniciando la conquista de amplias zonas peninsulares; y después por la arribada de las tropas romanas en 218 a. C. para combatir a los primeros en un conflicto, la segunda guerra púnica, que significó el comienzo del fin para los pueblos indígenas peninsulares, que terminaron disolviéndose en un largo proceso de transformación y asimilación de las formas sociales, políticas e incluso estéticas de los recién llegados, proceso que conocemos como romanización.

A la hora de estudiar las culturas prerromanas peninsulares disponemos de abundantes datos procedentes de muy diferentes ámbitos. Los más importantes nos los proporcionan las fuentes escritas, la arqueología y la iconografía. Por estas fuentes sabemos que estamos ante unas culturas con una mentalidad guerrera, en las que el prestigio ganado en el campo de batalla ocupaba una posición muy relevante en su escala de valores.

Las fuentes nos hablan tanto del frecuente uso de la violencia entre pueblos vecinos como de la calidad de sus armas, sobre todo de la falcata, la temible espada ibérica, y el *gladius hispaniensis*, que los romanos copiarían a los celtíberos; así como de la importancia de estas armas para sus propietarios, que las consideraban un símbolo de su estatus social e incluso de la condición de hombre libre, hasta el punto de que privarlos de ellas era uno de los peores castigos que se les podía imponer. Tito Livio lo relata así respecto a las medidas adoptadas por Marco Porcio Catón en el 195 a. C.:

Desarmó a todos los íberos del lado de acá del Ebro. Este hecho les resultó tan intolerable que muchos se quitaron la vida ellos mismos, pues aquel pueblo indómito estaba convencido de que la vida sin armas no es tal.

TITO LIVIO, *Ab urbe condita*. XXXIV, 17, 6.

Esas mismas fuentes también mencionan con frecuencia la importante participación de mercenarios peninsulares y baleares en multitud de conflictos repartidos por todo el Mediterráneo, desde principios del siglo V a. C. hasta su conquista por Roma.

Cuando estudiamos estas fuentes antiguas debemos tener en cuenta dos aspectos muy importantes. Por un lado hemos de ser conscientes de que solo contamos con los testimonios de autores romanos y griegos (al servicio de los romanos), mientras que carecemos totalmente de fuentes indígenas y se han perdido las obras de los escritores púnicos, con lo que solo tenemos la visión de los vencedores. Y, por otro, sabemos que la mayoría de estos autores no llegaron a conocer de primera mano los hechos sobre los que escribían, en muchos casos ni siquiera son contemporáneos a ellos, llegando a narrar sucesos acaecidos varios siglos antes de que ellos nacieran.

Pero, quizás, el principal problema que nos encontramos al leer a los autores grecorromanos es la perspectiva desde la que escribieron, ya que todos ellos planteaban una imagen estereotipada de los bárbaros salvajes, incapaces de convivir en paz con sus vecinos ni entre ellos mismos, y a los que había que civilizar, aunque fuera a la fuerza.

Los principales autores que escribieron sobre las guerras en la península ibérica de época protohistórica, y cuyas obras han llegado hasta nosotros en mayor o menor medida, fueron: Polibio (200-118 a. C.), Diodoro Sículo (s. I a. C.), Estrabón (63-19 a. C.), Tito Livio (59-17 a. C.) y Apiano de Alejandría (95-165), aunque también encontramos citas sueltas de muchos otros autores. Una obra también importante es la *Ora Marítima*, escrita por el poeta latino Rufo Festo Avieno en el siglo IV de nuestra era, pero que, al parecer, se basa en un periplo escrito por marinos de Massalia (Marsella) en el siglo VI a. C., con lo que sería nuestra fuente literaria más antigua. Por desgracia no se conserva la obra completa y, por lo general, se limita a hacer una somera descripción de las costas y zonas adyacentes, con tan solo algunos apuntes sobre los pueblos que las habitaban. Los datos que aporta acerca de las costas mediterráneas son más ajustados y concretos que aquellos referidos al área atlántica, donde encontramos informaciones menos precisas, atribuyendo a los pueblos que allí habitaban características más míticas que reales.

Por otro lado, las áreas geográficas sobre las que escriben estos autores no son siempre las mismas, sino que varían según evolucionan los intereses romanos. De este modo, se centrarán en el mundo ibérico entre el 218 a. C., con el comienzo de la segunda guerra púnica, hasta 150 a. C., cuando comenzarán a informarnos sobre los pueblos del interior peninsular. A partir de esa fecha los íberos solo aparecerán ya como víctimas de las razias de estos.

De todos modos, y aunque la información que nos aportan es muy importante, hemos de ser muy prudentes a la hora de valorar estas fuentes, ya que sería un grave error creer a pies juntillas todo lo que se dice en ellas, aunque también es cierto que no todas tienen la misma fiabilidad. Por ejemplo, no podemos dar el mismo valor a una cita de Silio Itálico que, recordemos, era un poeta que vivió en el siglo I de nuestra era, que a otra de Polibio, del que sabemos que no solo era un historiador contemporáneo a muchos de los hechos que narra, sino que llegó a acompañar a Escipión Emiliano en alguna de sus campañas, al parecer también en Hispania.

Otra fuente de información es la iconografía, que nos descubre retazos de la vida de aquellas gentes congelados en el tiempo, en forma de exvotos de hombres y mujeres presentando sus ofrendas a los dioses; escenas de batallas y danzas decorando ricos vasos; o excepcionales grupos escultóricos con nobles, sacerdotes, guerreros y divinidades. Aunque también debemos ser muy conscientes de que estas imágenes nos muestran a sus protagonistas tal como ellos querían ser vistos, que no necesariamente sería como fueron realmente.

No podemos olvidarnos de la numismática, aunque sea una fuente de aparición tardía y no esté presente en toda la península ibérica, ya que en ella también encontramos elementos epigráficos e iconográficos que pueden sernos de una gran utilidad. Las monedas muestran con orgullo el nombre de la ciudad que las acuñó, y en ellas aparecen con frecuencia representaciones de nuestros antepasados mostrándonos sus vestimentas, luciendo sus joyas o portando sus

armas y protecciones y, muchas veces, montando caballos completamente enjaezados.

Pero, sin duda, la principal fuente de conocimiento de que disponemos hoy en día es la arqueología, que no deja de sacar a la luz sus antiguas ciudades, fortificadas con potentes murallas, torres y fosos; sus necrópolis, en cuyas tumbas encontramos ricos ajuares en los que las armas ocupan un lugar muy destacado e, incluso, los campos de batalla en que aquellos hombres se batieron con fiereza contra un enemigo muy superior.

A lo largo de esta obra trataremos de repasar todos y cada uno de los elementos que intervienen o afectan de un modo directo a la guerra: cómo eran las sociedades indígenas, a qué dioses se encomendaban antes de la batalla o cuáles fueron las circunstancias que motivaron el alistamiento de sus guerreros como mercenarios en conflictos ajenos; qué armas utilizaron y de qué manera evolucionaron estas a lo largo de los siglos; y por último revisaremos las fortificaciones con las que protegían sus ciudades. También trataremos de dilucidar el modo en que aquellos aguerridos soldados batallaban, la manera en que supieron adaptarse a las formas de lucha de los poderosos oponentes con los que tuvieron que enfrentarse, y cómo fue aquel largo proceso hasta que los romanos lograron imponerse a todos sus enemigos, quedando como amos indiscutibles del mar Mediterráneo, al que, por fin, pudieron llamar Mare Nostrum.

PARTE 1

UNAS SOCIEDADES
GUERRERAS

EL PRESTIGIO DEL GUERRERO

Ya hemos hablado en la introducción las dificultades que encuentran los investigadores a la hora de conocer muchos aspectos del mundo indígena peninsular. Y, entre los que se resisten con más fuerza a revelarnos todos sus secretos, tenemos que referirnos a la sociedad o, más bien, a las sociedades, pues también hemos indicado ya la absoluta falta de homogeneidad entre las diferentes culturas que poblaron nuestras tierras hace más de veinte siglos.

Son varios los elementos que dificultan la comprensión de los aspectos inmateriales de estas culturas (no solo de la sociedad), y entre ellos destaca la escasez de fuentes escritas, sobre todo para los momentos más antiguos, algo que, aunque es un problema generalizado, afecta de una manera más sangrante, si cabe, a los pueblos del interior y norte peninsular.

Pero a pesar de estas dificultades, las investigaciones no dejan de aportar nuevos elementos que, poco a poco, van dibujando unas sociedades que se nos presentan complejas y muy diversas.

Lo primero que se desprende de estas informaciones es la ya comentada existencia de importantes diferencias entre las sociedades de los distintos ámbitos culturales peninsulares, y que estas, además, no permanecerán inamovibles a lo largo de los siglos. Por ello, ni son comparables las conclusiones que podamos obtener, por ejemplo, para los contestanos, con las referidas a los cántabros; ni la situación

de estos mismos pueblos era la misma con en el siglo V a. C. que en el momento de la conquista romana.

ÁREA IBÉRICA

De los datos obtenidos en esta zona podemos deducir la existencia de una clara jerarquización social que se nos presentará de muy diferentes formas a lo largo y ancho del extenso territorio ocupado por esta cultura.

Los investigadores han encontrado indicios de la posible existencia de monarquías de carácter sacro para los momentos más antiguos del área ibérica meridional, mientras que en el noreste, aunque nada indica la presencia de monarquías similares, sí que encontramos evidencias de jefaturas fuertes ya desde el siglo VI a. C., como queda reflejado, por ejemplo, en las casas-torres descubiertas en el área del Bajo Aragón turolense o la conocida tumba de Les Ferreres, en Calaceite (Teruel), donde se localizaron diversos elementos de lujo, y de la que hablaremos más adelante.

Aproximadamente a partir de 500 a. C., en el sur y sureste peninsular encontraríamos unos *príncipes* que ya no se dicen descendientes de los dioses, sino de héroes míticos fundadores de su estirpe. Mientras que en torno al 400 a. C. se aprecian cambios sustanciales en estas mismas áreas, que podrían haber acarreado una importante inestabilidad social, algo que tendría su reflejo en la destrucción violenta de los monumentos funerarios en los que estarían representados los dirigentes anteriores y su ideología. A partir de estos momentos las necrópolis crecen y nos ofrecen una imagen de menor desigualdad entre los individuos allí enterrados, con la extensión de las armas a tumbas no propiamente aristocráticas.¹

Esta aristocracia tampoco sería homogénea, ya que dentro de ella habría diferentes niveles de poder e influencia. Bajo estas elites encontraríamos al grupo más numeroso, compuesto por hombres libres pero dependientes de los anteriores, y que sería también muy

heterogéneo, tanto por las ocupaciones que desempeñarían sus miembros como por su nivel económico. Ocupando la parte más baja de la pirámide social es muy probable la existencia de siervos o, incluso, de esclavos.

Al estudiar las fuentes antiguas, los investigadores se encuentran con otro problema importante que ya avanzamos antes, y es que la mayoría de ellas proceden de un momento muy avanzado, como mínimo de los tiempos de la conquista romana, y cuando se refieren a los dirigentes de los distintos pueblos los designan con los nombres de magistraturas y dignidades que son familiares a los autores, todos griegos o romanos. Así, los llaman *rex*, *regulum*, *dux*, *strategós*, *princeps*, *dinastes*, etc., aunque con frecuencia nos resulte complicado saber a ciencia cierta las razones para darles una u otra denominación, ya que no es raro que se lleguen a utilizar varios títulos diferentes para los mismos individuos.

Estaríamos, sobre todo en las áreas ibéricas meridionales, ante una sociedad de tipo clientelar, en la que estos líderes, se les diera el nombre que se les diera, se rodeaban de un número variable de personas, los clientes, que gozaban de privilegios y protección a cambio de prestar sus servicios siempre que fueran requeridos por el *príncipe*. Entre estas obligaciones estarían, sin duda, las militares, aunque en tiempo de paz se dedicaran a sus menesteres habituales, que podrían ser de lo más variado: agricultores, artesanos, etc. También, en la configuración de los ejércitos ibéricos encontramos una desigualdad evidente, ya que los cargos de responsabilidad estarían formados por miembros de la aristocracia intermedia, los mismos que llegarían a encabezar las fuerzas de caballería, mientras que el resto de guerreros movilizados constituirían el grueso del ejército. Todo parece indicar que cada uno de ellos se armaría según sus posibilidades económicas.

Aunque, como decimos, estas jefaturas unipersonales parecen más propias del sur peninsular, también son mencionadas por las fuentes en otros territorios ibéricos más septentrionales, como cuando se nos habla de Edecón o los caudillos Indíbil y Mandonio.

Algunos autores consideran que, de acuerdo con estas mismas fuentes, mientras en el sur los *monarcas* como Culchas parecen ejercer su poder sobre un número de ciudades, que podría ser mayor o menor, en el noreste lo harían sobre etnias completas, como sería el caso del citado Edecón sobre los edetanos, o de Indíbil sobre los ilergetes. Pero esto es algo que no se puede asegurar al cien por cien ni es compartido por todos los investigadores.

En el arte ibérico encontramos abundantes representaciones iconográficas de miembros de estas aristocracias exhibiéndose en las actividades que ellos consideraban propias de su grupo social: la caza, la guerra, los desfiles y paradas, etc.

De estas actividades, la que más que nos interesa para la temática de este libro sería, lógicamente, la guerra, que también es una de las que aparecen con mayor frecuencia, entre otras cosas porque la defensa de la comunidad es la principal justificación de la existencia de esta aristocracia y sus *príncipes*. Por eso los vemos representados luchando en combates, ya sean reales o con un trasfondo mitológico, en los que muestran su fuerza, valor y destreza. Algunos de los mejores ejemplos de estos combates los podemos contemplar en los grupos escultóricos del conjunto de Cerrillo Blanco, entre los que parecen distinguirse también escenas de duelos. Pero no debemos olvidarnos de los muchos vasos cerámicos con decoración figurativa localizados en diversas zonas ibéricas, aunque estos sean muy posteriores.



Vasos cerámicos ibéricos con escenas pintadas: arriba, posible baile aristocrático procedente de Sant Miquel de Liria (Valencia). Museo de Prehistoria de Valencia. Dibujo de Elena Bonet (1995). Abajo, sendas escenas alejadas en el espacio pero que parecen representar un mismo episodio mitológico en el que un héroe se enfrenta contra una fiera agarrándola por la lengua. A pesar de que ambos hombres van armados solo emplean sus manos. La de la izquierda procede de Elche (Alicante), la de la derecha del Castelillo de Alloza (Teruel). Dibujos del autor.

Ya hemos indicado que la práctica cinegética es otra de las actividades en las que querían verse representadas las clases privilegiadas, que considerarían la caza mayor como un sucedáneo de la guerra, razón por la que son muchos los ejemplos de esta actividad en el arte, principalmente en los vasos decorados con escenas procedentes de Liria (Valencia), aunque también aparecen con frecuencia en el Bajo Aragón. En ocasiones estas representaciones de

caza se llevan a un plano simbólico o mitológico, y es curioso cómo en dos vasos localizados en Elche (Alicante) y El Castellido de Alloza (Teruel), aparece una escena idéntica, en la que un hombre se enfrenta a una fiera de gran tamaño y la agarra con una mano por la lengua. En ambas representaciones el guerrero va armado, en la primera con una lanza que porta en posición de descanso, y en la segunda con una espada que no llega a sacar de su funda. Parece evidente que en los dos casos se está representando una misma escena mitológica con un héroe que, muy posiblemente, sería ampliamente reconocido por los que contemplaban los vasos.

Aunque en el mundo ibérico abundan las menciones a jefaturas políticas unipersonales, no sería esta la única forma de gobierno, ya que los autores antiguos también nos hablan de la existencia entre los íberos de órganos de decisión colegiada, que han llegado hasta nosotros con los nombres de senados o consejos de ancianos. Como ejemplo tenemos el caso de Sagunto, para el que Tito Livio nos dice que en el momento de su asedio por Aníbal, en 219 a. C., poseía un senado, entre otras instituciones que él define como de corte itálico. Otra referencia a estos órganos colectivos la encontramos con motivo de la destrucción de las murallas de los asentamientos fortificados del noreste peninsular ordenada por Marco Porcio Catón en el 195 a. C. y que, según Tito Livio, fue decidida por la falta de colaboración de los senadores de estas ciudades en la búsqueda de una solución para evitar nuevas rebeliones de sus pueblos. Vemos que este tipo de instituciones parecen ser más frecuentes en la mitad septentrional del área ibérica.

CENTRO Y NORTE PENINSULAR

Desgraciadamente, no es mucho lo que sabemos sobre las posibles formas de gobierno o las instituciones celtíberas para los momentos más antiguos de esta cultura, dado que carecemos de fuentes escritas de esa antigüedad que hagan referencia a las mismas. Afortunadamente, esto cambia en el siglo II a. C., ya que con los

conquistadores romanos llegan historiadores, como Polibio, que nos dejan constancia de lo que ven y del devenir de las campañas militares. Ya hemos dicho que ahora se invierte la situación anterior, y para estos momentos avanzados disponemos de más información referida a los territorios y culturas del interior y norte de la península que a las áreas ibéricas, dado que en estas los enfrentamientos con los romanos son ya muy escasos. Aun así, la mayoría de los relatos que nos han llegado de estas campañas no están escritos de primera mano, ya que sabemos que los autores no fueron testigos directos de los hechos que nos narran. Por eso, con frecuencia, es difícil distinguir entre realidad e invención o exageración. Si a esto unimos el hecho de que los escritores trataban de enaltecer a las fuerzas y generales romanos y agrandar sus victorias, llegaremos a la conclusión de que los textos que nos legaron han de ser tomados con mucha cautela.

Otra fuente de conocimiento de las sociedades del interior y norte de la península es la epigrafía, pero tenemos el inconveniente de que las inscripciones más antiguas están escritas en alfabeto y lengua celtibéricos, todavía no descifrados, mientras que la epigrafía romana procede de un momento tardío. Para entonces, la prolongada presencia romana ya había provocado cambios muy importantes en las sociedades indígenas, pero un cuidadoso estudio de estas inscripciones todavía permite encontrar en ellas rastros de las antiguas organizaciones sociales. Un problema a destacar es la enorme disparidad en la distribución de estos hallazgos epigráficos. Si bien son relativamente abundantes en las áreas celtíbera y lusitana, no lo son tanto en las regiones más norteñas, e incluso carecemos absolutamente de ellos en el territorio várdulo.

Durante bastantes décadas los autores han insistido en que en el área no ibérica peninsular predominaría un régimen social de tipo gentilicio, en el que cada comunidad se consideraría integrante de un mismo grupo familiar (una *gens*) con lazos de consanguinidad y descendiente de un antepasado común, ya fuera este real o mítico. A

la cabeza del grupo se situaría un personaje destacado, que tendría autoridad sobre todos los miembros de la comunidad.

Pero en los últimos años son cada vez más los investigadores que consideran que esa visión es errónea, y que las sociedades del centro y norte peninsular estarían más avanzadas de lo que esta organización gentilicia supone.

Nadie duda de la importancia de los grupos familiares en aquellos momentos, pero esta se quedaría en el ámbito privado y no se trasladaría a la esfera política. Por tanto la sociedad estaría basada, más bien, en criterios de pertenencia a una comunidad concreta, una ciudad o núcleo de población de mayor o menor entidad, pero que tendría su territorio y sus órganos de gobierno. Por supuesto, en las áreas en que se ha detectado una jerarquización del poblamiento, estos órganos de gobierno se encontrarían en la ciudad u *oppidum* que ejerciera la capitalidad.

Otra certeza que se obtiene del estudio de todos los datos disponibles es que, al igual que pasaba con los íberos, no habría algo parecido a estados entre estos pueblos. Cuando hablamos de celtíberos, vetones, vacceos, etc., no debemos caer en el error de asignarles una entidad política unitaria que nunca existió, ni olvidar que los nombres con los que han llegado hasta nosotros les fueron dados por los romanos, sin que podamos saber si los criterios que utilizaron para individualizarlos y nombrarlos tenían unas bases suficientemente sólidas. Como decimos, las informaciones parecen indicar que los habitantes de aquellos territorios se considerarían, sobre todo, miembros de sus comunidades más inmediatas: su castro, su aldea, por mucho que pudieran tener en común con otros pueblos no muy lejanos. Ellos no se verían como parte de algo superior, más allá, quizá, de la consciencia de pertenencia a un mismo grupo étnico, aunque también es cierto que con el tiempo parece apreciarse una cierta tendencia a la agrupación de comunidades próximas en unidades político-territoriales de mayor extensión, como vemos por ejemplo en los territorios en los que se distingue una jerarquización de los asentamientos. Esta falta de sentimiento de pertenencia a una

misma entidad superior podría explicar algunas reacciones que encontramos durante las guerras de conquista, en las que no era raro que determinadas comunidades se pusieran del lado de los invasores frente a sus propios vecinos. Más tarde volveremos sobre este asunto.

Quizás en el norte peninsular esto no fuera del todo así, ya que en el área cantábrica conocemos unidades étnicas que agruparían a los habitantes de diversos asentamientos, aunque ciertamente abarcando territorios de una extensión limitada. Serían los *populi*, tribus de las que conocemos un número importante de nombres, tanto para el área cántabra como la astur: blendios, concanos, vadinienses, orgenomescos, paésicos, plentusios o avariginos entre otros.

Pero la falta de unidad territorial más allá de estas excepciones puntuales, siempre de ámbito muy reducido, no quiere decir que en caso de necesidad no se pudieran formar coaliciones entre diferentes ciudades y amplios territorios, algo que veremos con frecuencia en los enfrentamientos con Roma, cuando se llegaron a formar ejércitos tan heterogéneos como el que lideró el caudillo Hilerno para acudir en defensa de la ciudad carpetana de Toletum cuando esta fue atacada en 193 a. C., y que reunió fuerzas celtíberas, vetonas y vacceas. Más frecuentes son las menciones a coaliciones de arévacos, belos y titos en las posteriores guerras celtibéricas. De todos modos veremos más adelante que, a la hora de establecer acuerdos o formar coaliciones militares, a menudo se hace referencia a que entre algunas de las ciudades aliadas existían lazos de tipo familiar o incluso étnico.

Todo parece indicar que muchos núcleos importantes de población funcionarían como verdaderas ciudades-estado independientes, cada una con su territorio, más o menos extenso, y sus correspondientes órganos de gobierno. Las fuentes escritas, al igual que veíamos en el área ibérica, nos hablan de las instituciones y magistraturas indígenas, a las que los historiadores romanos dan los mismos nombres que ellos usan para las suyas, cuando estas, lógicamente, serían diferentes, por mucho que tuvieran aspectos en común. Cuando nos hablan de senados y asambleas no debemos

identificarlos automáticamente con las mismas instituciones romanas.

Aun así, tenemos datos concretos que nos pueden ayudar a conocer su funcionamiento. Por ejemplo, todo parece indicar que los denominados senados estarían compuestos por los ancianos pertenecientes a las familias principales de cada ciudad, y que en sus manos quedaría toda la política de pactos y alianzas, la resolución de conflictos internos y la responsabilidad de declarar la guerra o firmar la paz.

Otras decisiones deberían ser tomadas por las asambleas de ciudadanos, seguramente formadas por todos los hombres libres en edad de empuñar las armas. Entre estas decisiones estaría la elección de algunos magistrados, como vemos en Numancia en el año 153 a. C., cuando a la muerte de Caro se elige a Leucón y Ambón como líderes militares. También en asamblea se elegiría a los interlocutores con los romanos, como los que designaron en 137 a. C. los mismos numantinos para negociar un tratado de paz con Sempronio, y a los que las fuentes denominan arcontes.²

Vemos pues que, de entrada, habría una clara distinción entre ambas instituciones por lo que respecta a la edad de sus miembros, algo que implicaría también un distinto enfoque de las relaciones entre las comunidades y de las posibles soluciones a los conflictos en que se veían envueltos. A una visión más reflexiva y conservadora de los senados se enfrentaría el punto de vista de los jóvenes guerreros, ávidos por emular las acciones heroicas de sus mayores y antepasados. Un ejemplo claro de los enfrentamientos que provocaron estas dos posiciones contrapuestas nos lo proporciona el historiador Apiano, cuando narra cómo el numantino Retógenes consigue escapar del cerco a su ciudad y buscar ayuda en las ciudades próximas:

Había, sin embargo, una ciudad rica, Lutia, distante de los numantinos unos trescientos estadios (unos 55 kilómetros), cuyos jóvenes simpatizaban vivamente con la causa numantina e instaban a su ciudad a concertar una alianza, pero los de más edad comunicaron este hecho en secreto a Escipión.

Este, al recibir la noticia alrededor de la hora octava, se puso en marcha de inmediato con lo mejor de sus tropas ligeras y, al amanecer, rodeando Lutia con sus tropas, exigió [que le entregaran] a los cabecillas de los jóvenes. Pero, después que le dijeron que estos habían huido de la ciudad, ordenó decir por medio de un heraldo que saquearía la ciudad, a no ser que le entregaran a los hombres. Y ellos, por temor, los entregaron en número de cuatrocientos. Después de cortarles las manos, levantó la guardia y, marchando de nuevo a la carrera, se presentó en su campamento al amanecer del día siguiente.

APIANO, *Iberia*, 94.

Con tal de proteger a la comunidad, el consejo de ancianos no tuvo reparos en entregar a los partidarios de la ayuda a Numancia, a pesar de que sabía que les esperaba un terrible castigo, aunque no habían emprendido todavía ninguna acción contra Roma.

Pero sería más habitual que las decisiones de ambas instituciones fueran coincidentes, como vemos en 154 a. C., cuando el senado de Segeda, a pesar de las exigencias de Roma, decide no demoler las nuevas murallas que estaba levantando. Esta decisión fue refrendada luego por la asamblea popular. Como sabemos, este hecho fue la excusa para que Roma reanudara la guerra contra los celtíberos y el preludio del épico episodio de Numancia.

Todos los datos parecen indicar que tanto los senados como las asambleas estarían formados exclusivamente por varones, quedando las mujeres relegadas del ámbito de la toma de decisiones políticas en sus comunidades, aunque sin duda influirían en ellas.

Pero esto no quiere decir que entre todos los miembros de estos órganos colegiados existiera una igualdad real. Habría determinadas familias aristocráticas situadas por encima del resto y que, muy posiblemente, coparían los puestos de responsabilidad. De entre los miembros de estos grupos familiares emergerían las poderosas figuras que nos han referido las fuentes, líderes militares que verían reforzada su posición social por la numerosa clientela que los apoyaba. Por supuesto, los guerreros más prestigiosos alcanzarían una posición de superioridad sobre el resto, que mantendrían cuando la edad les hiciera dejar las armas; un ejemplo de estos líderes

militares aristocráticos sería Alucio, al que las fuentes presentan como un «príncipe» de los celtíberos, y que se puso a las órdenes de Escipión, junto con 1.400, jinetes como agradecimiento por haberle devuelto este a su prometida tras la toma de Qart Hadasht a los cartagineses en 209 a. C., y haberla respetado. Otros individuos destacados que aparecen en las fuentes son Caro, el ya mencionado Retógenes y, por supuesto, Viriato, cuya vida resume de esta manera el poeta e historiador hispanorromano Lucio Anneo Floro:

Recobraron ánimo los lusitanos gracias a Viriato, hombre de gran habilidad, que de pastor se hizo bandolero, de bandolero se convirtió súbitamente en militar y general, y de no abandonarle la suerte hubiera sido el Rómulo de España.

FLORO, I, 33, 15.

Está claro que en esta breve semblanza del caudillo lusitano prima más el aspecto legendario que el histórico, y no son pocos los historiadores que dudan mucho de que sus orígenes fueran tan humildes como las fuentes pregonan. De todos modos, sí que es posible que no procediera de una familia de la alta aristocracia y, a pesar de ello, pudiera escalar posiciones hasta colocarse a la cabeza de los lusitanos (Diodoro Sículo lo denomina *basyleus*, rey). Esto nos estaría indicando que los grupos sociales lusitanos no serían totalmente herméticos, sino que podría haber una cierta permeabilidad que permitiera ascender, sobre todo en una cultura en las que las hazañas en el campo de batalla eran una de las mejores cartas de presentación.

Lo que parece confirmarse es la presencia de esclavos entre los indígenas del interior peninsular, ya que así aparece recogido en varias fuentes escritas.

Vemos pues que, al igual que en tantos otros aspectos de estas culturas, no existe una uniformidad en las formas de gobierno a lo largo y ancho de la península. Pero en lo que sí suelen coincidir la mayoría de las fuentes es en describir a los pueblos peninsulares como especialmente belicosos, algo que habría que matizar, aunque

tenga una parte de verdad, ya que, si bien es cierto que los choques entre indígenas parecen frecuentes, no hay evidencias de que los pueblos prerromanos peninsulares fueran más agresivos o estuvieran más predispuestos para la guerra que el resto de pueblos contemporáneos europeos y mediterráneos.

LAS MONOMACHIAS

Hoy tenemos datos suficientes, procedentes tanto de la iconografía como del estudio de los ajuares de las necrópolis más antiguas, para considerar que en los primeros momentos de las culturas protohistóricas peninsulares los conflictos armados se dirimirían con frecuencia mediante el enfrentamiento de campeones elegidos entre los aristócratas de los bandos contendientes. El resto de la población quedaría relegada en la tarea guerrera, para la que las élites se considerasen las únicas legitimadas.

Veremos que, con el tiempo, la forma de hacer la guerra evolucionó, entre otras cosas implicando a un número cada vez más elevado de guerreros, pero la ideología heroica pervivió. Por eso encontraremos en las fuentes diversas referencias a la importancia que daban todos los pueblos prerromanos hispanos³ a los combates individuales. En estos, dos guerreros demostraban su valor ante los enemigos y ante las fuerzas propias, enfrentándose en combate singular. Este tipo de lucha rememoraría acciones de sus antepasados y héroes mitológicos, por lo que serían las de mayor valor simbólico para la mentalidad guerrera imperante. Por ello, sería frecuente que, antes de comenzar una batalla campal, los guerreros más destacados de un bando retaran a los iguales del otro. Las peripecias y el resultado de estos «combates de campeones» no se quedarían en el campo de batalla, sino que muchos de ellos serían narrados por «contadores de historias», y circularían de boca en boca entre las gentes, aumentando la fama de los intervinientes, fuera cual fuera el resultado. Esto no es algo exclusivo de la península ibérica, también lo vemos en otros territorios y culturas como en Irlanda, con las

hazañas de Cú Chulain o Fer Diad, y en Grecia, donde los combates singulares tienen un gran protagonismo en obras como la *Iliada* o la *Odisea*, donde, por ejemplo, encontramos narrados al detalle las luchas de Héctor o Aquiles.

Uno de los episodios más conocidos en el ámbito peninsular es aquel ocurrido ante la ciudad vaccea de Intercatia (Paredes de Nava, Palencia), donde un jinete indígena retó repetidamente a los romanos, sin que ninguno se atreviera a enfrentarse a él, con lo que al final tuvo que ser el propio general Escipión Emiliano quien aceptara el duelo, que terminó con la derrota y muerte del campeón vacceo. Al contrario de lo que pudiera parecer, para los hijos del guerrero derrotado aquello no fue un deshonor, sino todo lo contrario, ya que la actitud del padre fallecido era un reflejo de los valores guerreros que representaban el ideal de aquellos pueblos:

Se lee en los historiadores que aquel intercatiense cuyo padre fue muerto por Escipión Emiliano en un duelo, firmaba con un sello con la imagen de esa lucha; siendo conocida la ocurrencia de Estilón Preconio, que se preguntaba qué hubiera hecho si su padre hubiese dado muerte a Escipión.

PLINIO, *Naturalis Historiae*, 37, 9.

Otra muestra de esta mentalidad la encontramos en el combate entre el guerrero celtíbero Pirresio y Quinto Occio, legado del cónsul romano. Tras su derrota, el celtíbero entregó su espada y su *sagum* al vencedor, que le comunicó su deseo de que se uniera a él mediante pacto de *hospitalitas* una vez finalizara la guerra entre sus pueblos.

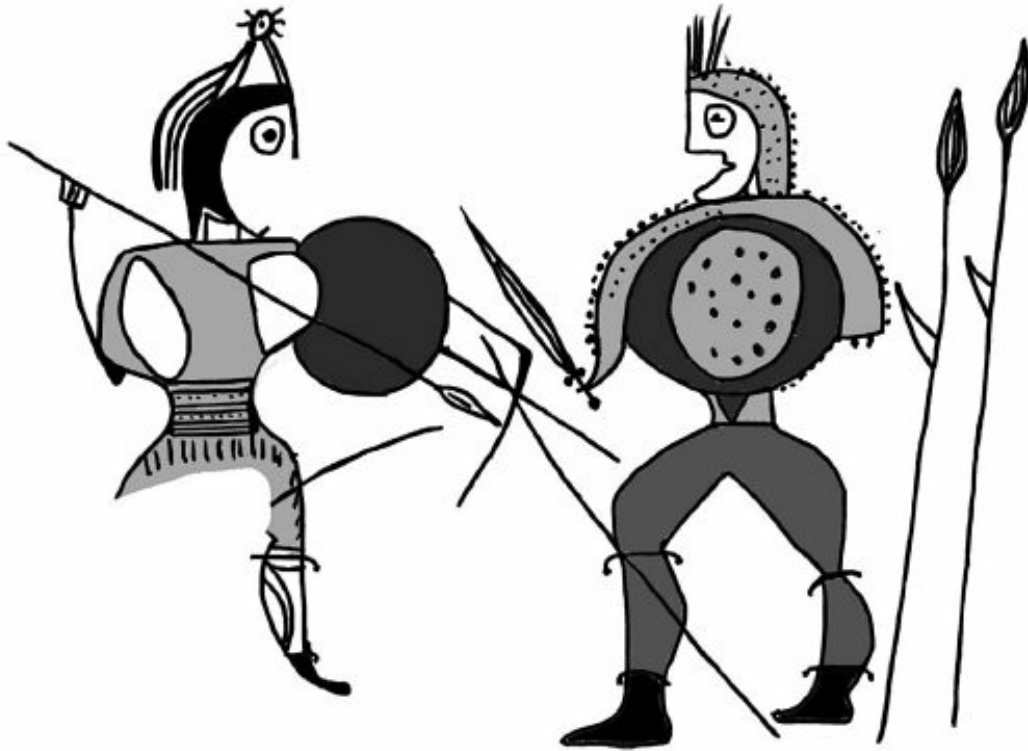
Como vemos en los ejemplos anteriores, este tipo de lucha no estaría abierto a cualquier guerrero. Por eso, con frecuencia, los contendientes aparecen citados en las fuentes como *reges* o *duces*, solo los aristócratas podían medirse en estos combates de campeones.

Los bandos enfrentados estaban muy pendientes del resultado de estas *monomachias*, y es que el componente religioso de tales luchas era un elemento de primer orden, con lo que se consideraba que las divinidades expresaban en ellas su preferencia por uno de los combatientes, algo que hacían extensivo al resto del ejército de cada

uno de ellos. La victoria del guerrero propio era vista como una prueba de que los dioses estaban con ellos, mientras que la derrota era considerada como un mal augurio para el bando del perdedor.

También en el arte encontramos representaciones de estos combates individuales entre campeones. Aparte del conjunto del Cerrillo Blanco de Porcuna, que ya hemos mencionado, uno de los ejemplos más famosos es el de la escena pintada en el *Vaso de la lucha de campeones* de Numancia, que en realidad presenta tres duelos. Entre los íberos también conocemos otras representaciones de *monomachias* en soportes variados. Un claro ejemplo es el *Vaso de los guerreros*, localizado en la antigua Edeta (Lliria, Valencia), en el que dos combatientes se enfrentan armados, uno con falcata y otro con lanza, protegiéndose ambos con escudos ovalados, mientras que están flanqueados por dos músicos que tocan una larga trompa y una flauta doble, lo que evidencia que estamos ante una escena ritual, no de batalla real. Una representación muy similar a esta es la que encontramos sobre un vaso datado en el ibérico final localizado en la ciudad ibérica de Libisosa (Lezuza, Albacete), donde vemos a dos guerreros armados con espada y escudo oval enfrentándose en combate singular, mientras un tercer individuo ameniza la lucha con la doble flauta.

Del Castelillo de Alloza (Teruel) procede el fragmento de un gran vaso con una abigarrada escena en la que se aprecia perfectamente una pareja de guerreros que luchan con espadas mientras se protegen con escudos ovalados. Su mayor tamaño respecto al resto de figuras indica claramente que son el motivo central del vaso. Otros guerreros, a pie y a caballo, parecen contemplar el combate y animar a los contendientes, separados de ellos por una valla. Uno de los espectadores tañe una flauta. En la parte inferior se observa un hombre sentado en un trono o silla con respaldo alto y que sujeta lo que parece un báculo o bastón con remate ahorquillado: quizá sea el árbitro del asalto o la autoridad que preside el combate.



Escenas de monomachia representadas en cerámicas de Libisosa (Lezuza, Albacete) la de arriba y Numancia (Soria) la de abajo. Dibujos del autor.

Por último, encontramos otro posible ejemplo representado en las caras de la *Urna funeraria de Piquía* (Arjona, Jaén), datada también en el siglo I a. C. En esta aparecen cuatro representaciones

de lucha por parejas. Dado el contexto funerario del hallazgo, estas representaciones también pudieran corresponderse con duelos en honor al difunto, por lo que la veremos más adelante con un mayor detenimiento.

FIDES, DEVOTIO Y HOSPITIUM

Tanto entre los íberos como entre los celtíberos y otros pueblos del norte y centro peninsular encontramos unas formas específicas, y en cierto modo extremas, del sistema clientelar: la *fides* y la *devotio*, referidas en este caso al clientelismo militar. Ambas implicaban la dependencia personal o colectiva respecto de un líder, pero mientras la *fides* conlleva la entrega voluntaria al servicio de ese jefe, la *devotio* va un paso más allá, puesto que, además del fuerte componente religioso, vincula la vida del cliente con la de su jefe, al ofrecerla a la divinidad para proteger la de su caudillo. Se juraba no sobrevivir al líder en el combate, lo que le llevaría al suicidio en caso de muerte de este. Si el fallecimiento sobreviniera por otras causas el *devotus* quedaba liberado de su juramento. Es famoso el caso de los caudillos ilergetes Indíbil y Mandonio, que se sublevaron contra Roma cuando se difundió la falsa noticia de la muerte del general Escipión, ya que consideraron que el vínculo adquirido con él por la *devotio* había desaparecido. Al descubrir que seguía vivo regresaron a la obediencia a Roma.

A pesar de que, en principio, la *devotio* generaba una obligación individual entre dos personas, en la práctica esto no era así, ya que cuando era el jefe de un grupo el que se implicaba, este arrastraba a todos los hombres que dependían de él. Esta circunstancia será ampliamente aprovechada por los contendientes en la segunda guerra púnica, y en concreto por sus líderes. Por ejemplo Asdrúbal, Aníbal y Escipión consiguieron importantes contingentes de fuerzas auxiliares, totalmente fieles, mediante pactos con los jefes de las comunidades. Esto nos recuerda, además, que en la mentalidad indígena los acuerdos se firmaban con los generales, no con los

estados a los que estos representaban. Para ellos Roma o Cartago eran entidades abstractas y lejanas que no entrarían en su entendimiento, mientras que la vinculación personal con sus generales era algo tangible, real y de la mayor importancia, y en la que se jugaban su honor.

Esta institución indígena también fue ampliamente utilizada en beneficio propio por los romanos en sus guerras civiles, en las que se esforzaron por conseguir verdaderos ejércitos de *devoti* indígenas fieles hasta la muerte, como nos cuenta Plutarco para las guerras sertorianas:

Era costumbre entre los hispanos que los que seguían más de cerca al general perecieran con él si moría. A esto aquellos bárbaros lo llaman consagración; al lado de los restantes generales se colocaban algunos de sus asistentes y amigos, pero a Sertorio le seguían muchos millares de hombres...

PLUTARCO, *Vidas paralelas, Sertorio*, XIV, 5-6.

Y es que no todos los líderes eran iguales, mientras los indígenas consideraban un honor ponerse al servicio de un general victorioso y de prestigio, convertirse en *devotus* de un jefe sin crédito ni reputación sería visto como una sumisión inaceptable.

Aunque a menudo encontramos referencias a la *devotio* ibérica, debemos considerar que esta expresión es incorrecta, ya que los autores antiguos mencionan con frecuencia la *devotio* entre los celtíberos y otros pueblos del área no ibérica de la península, es más, si se analizan las fuentes con detenimiento, veremos que la *devotio* es más propia del área celtibérica que de la ibérica. Además, no se circunscribía únicamente a nuestra península, pues tenemos constancia de instituciones ciertamente similares en las Galias, Germania e, incluso, en la Roma arcaica.

Lo cierto es que la *devotio* casa perfectamente con los datos que tenemos acerca de la mentalidad indígena prerromana, en la que no es tan importante la vida en sí como la forma en que esta termina. La muerte heroica, en combate, era la aspiración de todos los hombres libres, como se puede ver en un buen número de episodios acaecidos

durante la conquista romana. En Numancia, por ejemplo, cuando sus habitantes, cercados y hambrientos, se dieron cuenta de que ya no tenían escapatoria, pidieron a los romanos entablar combate, no porque esperaran vencer, algo que sabían que era materialmente imposible, sino para morir de una manera que ellos consideraban digna. Como no les fue concedido este deseo, Valerio Máximo nos dice que el líder numantino Retógenes hizo pelear a los suyos a muerte y, al final, él mismo se quitó la vida lanzándose al fuego.

Otra institución bien conocida y representada en el interior de la península ibérica, pero que apenas aparece citada entre los íberos, es el *hospitium*, un pacto de amistad y colaboración que se podía establecer entre individuos, entre individuos y ciudades, y entre grupos familiares o ciudades. Estos pactos, en principio, se establecían a perpetuidad, lo que no quita que conozcamos casos en los que estos se renovaron al cabo de un tiempo, quizá por algún cambio en las condiciones de los firmantes.



*Diferentes tipologías de tesserae de hospitalidad, todas ellas con texto escrito.
Dibujos del autor.*

Los pactos de hospitalidad, desde los tiempos de la conquista romana, solían recogerse por escrito, en concreto sobre planchas de bronce (*tabulae*), y pequeñas piezas, generalmente también de bronce, y con forma geométrica, de animales o de manos unidas, denominadas *tesserae*, de las que conocemos más de cincuenta. Es muy posible que del mismo pacto se fabricaran *tabulae* y *tesserae*. Por un lado se expondría al público el texto con las condiciones del pacto,

y por otro se fundirían dos *tesserae*, una para cada una de las partes firmantes. Sería frecuente la existencia de dos mitades que encajarían perfectamente la una en la otra formando una figura y, a veces, completando el texto grabado, que suele mostrar los nombres de los firmantes por cada parte.

Pero hemos de tener muy presente que, incluso las *tesserae* con textos escritos en lengua celtibérica, parecen ser posteriores a la llegada romana, con lo que hay indicios de que el *hospitium*, tal como ha llegado hasta nosotros, sea en realidad la adopción y adaptación a la realidad cultural y social hispana, de una institución propia de los conquistadores (la *hospitalitas*), y por tanto no algo genuinamente indígena. Pero también es cierto que todo indica que con anterioridad a la llegada de los romanos ya existía una tradición de hospitalidad y acogimiento al extranjero, aunque seguramente no estuviera tan reglada como lo fue después, así parecen indicarlo algunos autores:

Los celtíberos son crueles en sus costumbres hacia los malhechores y enemigos, pero honorables y humanos con los extranjeros. Aquellos que llegan ante ellos los invitan a detenerse en sus casas y disputan entre sí por la hospitalidad, y aprueban a todo aquel que atiende a los extranjeros, considerándolo amado por los dioses.

DIODORO SÍCULO, *Bibliotheca historica*, V, 34.

Esta hospitalidad natural hacia los forasteros quedaría reflejada en el relato del historiador sirio del siglo I a. C. Nicolás Damasceno, cuando dice que entre los celtas, mientras que el asesinato de un conciudadano se castigaba con el exilio, el de un extranjero acarreaba la pena de muerte.

Aunque, como hemos dicho, estamos ante una institución más propia del área indoeuropea peninsular, también encontramos algunos indicios de su existencia en la zona ibérica, donde tenemos un claro ejemplo en Alorco, enviado por Aníbal a Sagunto a comunicar los términos de la rendición que se exigía a la ciudad edetana en 218 a. C. De él se dice que aunque no era saguntino era

amigo de la ciudad, lo que parece implicar algún pacto de hospitalidad.

Estos acuerdos son de la mayor importancia si los trasladamos al ámbito militar, ya que es frecuente encontrar en las fuentes ejemplos de ciudades que acuden en auxilio de otras atacadas por los romanos o por otros pueblos enemigos, y muchas de ellas lo harían obligadas, de una forma más o menos estricta, por pactos de amistad previos, y que se podrían asimilar en lo esencial a los que aquí tratamos. Es posible que estos antiguos tratados de amistad se pusieran por escrito sobre materiales perecederos, pero es más probable que se tratara de pactos verbales, que pasarían de generación a generación de las partes firmantes de forma oral.

Aunque todo indica que en un principio los pactos de hospitalidad presentarían un componente de igualdad entre las partes, es muy posible que con el tiempo algunos de ellos se fueran modificando, pasando a ser de dependencia de un individuo respecto a otro o de una ciudad de otra, con lo que acabarían pareciéndose más a una relación de clientela.

Con el final de la conquista romana esta institución no desaparece, sino que son muchas las ciudades que firmarían pactos de amistad con los representantes de Roma. Un ejemplo lo encontramos en la *Tábula hospitalis* de *Clunia* (Peñalba del Castro, Soria), datada en el 40 y en la que las partes obligadas son esta ciudad celtibérica y el prefecto Cayo Terentio Basso, aunque los términos del acuerdo obligan también a los descendientes de este último.

No deja de ser interesante el hecho de que, si exceptuamos dos *tesserae* aparecidas en un campamento romano sertoriano, todas las demás piezas de las que se conoce su procedencia concreta han sido encontradas en yacimientos urbanos, lo que nos indica claramente que estamos ante un fenómeno íntimamente ligado a las ciudades.

En las sociedades antiguas los roles masculino y femenino estaban perfectamente definidos, y en la inmensa mayoría de ellas la guerra entraba dentro de la esfera masculina de forma prácticamente exclusiva. Son muy pocas las referencias a mujeres guerreras, y en muchas ocasiones estas se hallan más en el plano mítico y legendario que en el real. Este sería el caso de las famosas amazonas que mencionan las fuentes griegas, mujeres integrantes de una sociedad exclusivamente femenina, y claramente guerrera, que los griegos situaron en algún lugar de Asia Menor o en las costas del mar Negro. En este mito se entremezcla mucha fantasía con algunos atisbos de realidad, ya que se ha comprobado arqueológicamente la existencia de un número considerable de tumbas femeninas con armas (principalmente puntas de lanza y flecha) en el área ocupada por la cultura escita, en la ribera norte del mar Negro, lo que parece confirmar la presencia en esta zona de mujeres relacionadas directamente con el uso de armamento y, por lo tanto, con la guerra. Incluso se han detectado en algún esqueleto femenino signos de haber montado a caballo con asiduidad, recordemos que una de las cualidades que se adjudicaba a las amazonas era el ser excelentes jinetes (y tampoco olvidemos que en nuestros días se sigue llamando amazonas a las mujeres que montan a caballo).

Pero esto no debe hacernos olvidar que una parte importante de la información que nos dejaron las fuentes clásicas sobre este tema no son más que leyendas, sin fundamento histórico real.

En el ámbito de la península ibérica son muy pocas las referencias a las mujeres en relación a la actividad bélica, más allá de que solían ser víctimas de la misma, y proceden más del área central y septentrional que de la ibérica.

El hecho de que en algunas tumbas femeninas hayan aparecido armas ha llevado a más de uno a lanzar especulaciones que poco tienen que ver con la realidad que la visión de conjunto nos muestra. Uno de los ejemplos más claros es el de la sepultura 155 del Cerro del Santuario de Baza (Granada), célebre sobre todo por contener la escultura conocida como la *Dama de Baza*, en realidad una rica urna

funeraria que guardaba en un hueco bajo el trono los restos cremados del difunto allí enterrado, y que según los estudios realizados corresponderían a una mujer. Pues bien, entre los elementos del ajuar de la célebre *Dama* se encontró una cantidad importante de armas que, según los estudios de F. Quesada, se corresponderían, nada menos, que con cuatro panoplias completas, lo que supone el mayor conjunto de armas encontrado jamás en una tumba ibérica. Esto también nos estaría indicando que estas piezas no se corresponderían con el armamento del personaje allí enterrado, sino que habrían sido depositadas como ofrenda por (¿cuatro?) miembros destacados de la comunidad.

Aunque no hay un consenso total, son mayoría los investigadores que consideran que la presencia de armas en las sepulturas se ha de ver, no como signo de pertenencia a una casta guerrera de la persona allí enterrada, sino más bien como un indicador de estatus social del difunto. Indicios en esa dirección serían, por una parte, el hecho de que entre el ajuar de muchas de estas tumbas femeninas con armas encontramos, también, otros elementos de un alto valor, con lo que suelen estar entre las más ricas de las necrópolis, y por otra que también aparecen armas en algunas sepulturas infantiles. Aun así, hay que recalcar que el número de tumbas inequívocamente femeninas con armas es una pequeñísima parte del total que las presentan, lo que parece indicar que la asociación tumbas con armas-varón es un principio que se sigue como regla generalizada.

Aun así encontramos algunas referencias a la posible participación de mujeres en la guerra, como en dos citas del historiador romano Apiano. En la primera (Iber. LXXI), dice lo siguiente referido a la campaña de Décimo Junio Bruto en Galicia, allá por los años 137-136 a. C.:

Las mujeres combatían al lado de los hombres, perecían con ellos y no dejaban escapar ni un solo grito, ni siquiera en el momento de la muerte.

Y en la segunda, referida a los galaicos brácaros:

Junto con sus mujeres armadas también estos combatían y perecían valientemente, no replegándose ninguno de ellos ni dando su espalda ni dejando escapar un grito.

APIANO, *Iberia*, LXXII.

Poliemo, que escribió en el siglo II, nos describe así uno de los episodios más conocidos, y que también es citado por Plutarco, referido a la toma de Salamanca por los cartagineses, en el que las mujeres no solo animan a los hombres, sino que ellas mismas llegan a tomar parte en la lucha codo con codo junto a los varones de la ciudad:

Aníbal en Iberia puso cerco a una ciudad grande: Salmantida; hicieron un tratado para, recibiendo trescientos talentos de plata y trescientos rehenes, levantar el cerco. Pero no cumpliendo los salmantinos lo convenido, volviendo Aníbal lanzó los soldados a saquear la ciudad. Suplican los bárbaros que se les deje salir con un vestido junto con sus mujeres, después de abandonar las armas, las riquezas y los esclavos. Las mujeres, habiendo ocultado las espadas bajo sus vestidos, se las entregaron a los hombres. Y los soldados de Aníbal se pusieron a saquear la ciudad. Y las mujeres, animando a gritos a los hombres, les entregaron las espadas; y algunas, siguiendo a los hombres, atacaron a los que saqueaban la ciudad, de suerte que a unos hirieron y a otros mataron y se batieron juntos. Aníbal, admirado de la valentía de las mujeres, por ellas devolvió a sus hombres la patria y las riquezas.

POLIENO, VII, 48.

Tito Livio nos narra también cómo en el ataque romano a la ciudad ibérica de Ilturgis, en 206 a. C., tanto las mujeres como los niños asediados colaboraron con los hombres en la defensa, suministrando municiones a los combatientes o acercando piedras a los que reforzaban las fortificaciones. Y en la derrota su destino fue el mismo para todos: hombres, mujeres y niños fueron pasados a cuchillo.

Pero el hecho de que, salvo raras excepciones, la mujer no participara directamente en la guerra, no significa que estuviera apartada totalmente del concepto y la ideología guerrera. Son varios

los episodios de las fuentes antiguas en los que se nos narra cómo las mujeres ejercen la función de guardianas de los valores de su sociedad, recordando a los varones su obligación de actuar como verdaderos guerreros. Esto es lo que las habría llevado en los casos citados a participar en la lucha en auxilio de sus hombres. Descansaba en las mujeres buena parte de la responsabilidad de que estos no cayeran en la vergüenza y en la deshonra, lo que se consideraría mucho peor que la muerte.

Un ejemplo es el que nos dejó el historiador romano Salustio, al narrarnos las guerras sertorianas, donde nos dice lo siguiente de las mujeres celtíberas:

Las madres conmemoran las hazañas guerreras de sus mayores a los hombres que se aprestaban para el combate o el saqueo. Cuando se supo que Pompeyo se acercaba en son de guerra con su ejército, en vista de que los ancianos aconsejaban mantenerse en paz y cumplir lo que se les mandase y de que su opinión en contra no servía para nada, separándose de los hombres tomaron las armas y ocuparon el lugar cerca de Meo, diciendo a los hombres que, pues quedaban privados de patria, mujeres y libertad, que se encargasen ellos de parir, amamantar y demás funciones mujeriles.

SALUSTIO, *Historia*, 2, 92.

Estas mujeres, como guardianas del orgullo y la dignidad de la comunidad, serían también responsables de difíciles decisiones, por ejemplo la de acabar con sus vidas y las de sus hijos antes que quedar a merced de los vencedores, como vemos en este fragmento, relativo también a Brácaras:

Todas las mujeres que fueron capturadas unas se dieron muerte a sí mismas, otras dieron muerte a sus hijos con sus propias manos, prefiriendo la muerte a la cautividad.

APIANO, *Iberia*, LXXII.

Un episodio similar lo cuenta Estrabón (III, 4, 17), referido a los cántabros. En él las mujeres mataron a sus hijos antes de ser hechas prisioneras, para evitarles la deshonra de la esclavitud.

Pero la mujer era también parte (generalmente involuntaria) de un ancestral mecanismo para sellar el establecimiento de relaciones o pactos entre distintas comunidades o entre comunidades e individuos. Hablamos de los matrimonios concertados. Esto es algo que veremos con frecuencia en la protohistoria hispana, donde las fuentes nos hablan de los matrimonios de Asdrúbal y Aníbal con mujeres de la aristocracia andaluza, o del mismo Viriato, que se casa con la hija o hermana de Astolpas, muy posiblemente un miembro destacado de la aristocracia turdetana.

Como veremos más adelante, cuando unas ciudades buscan el apoyo de otras durante los diferentes episodios bélicos es frecuente que apelen a su consanguinidad como motivo que obliga a la otra parte a prestarles ayuda. No son pocos los estudiosos que consideran que esa consanguinidad les vendría de la existencia de matrimonios mixtos entre ambas comunidades.

Otro aspecto de la guerra en el que las mujeres eran protagonistas forzosas, era la costumbre de exigir rehenes de las comunidades sometidas, a fin de asegurar su lealtad al vencedor. Esta sería una práctica muy utilizada por los cartagineses, pero también empleada con frecuencia por los romanos.

No deja de ser curioso que fuera habitual tomar como rehenes a las mujeres, con preferencia incluso sobre los hijos varones, que, por lógica, pudieran parecernos más importantes a la hora de asegurar la continuidad de los linajes aristocráticos. Esto nos estaría indicando claramente que la mujer tenía una mayor importancia en las sociedades indígenas de lo que pudiera parecernos a primera vista al estudiar los distintos aspectos de estas culturas.

RITOS DE PASO O INICIACIÓN

A diferencia de las mujeres, en las que el paso de la niñez a la madurez es un proceso eminentemente biológico, marcado por la primera menstruación, en el caso de los varones podemos considerar que sería diferente, ya que para ser considerados hombres de pleno

derecho en el seno de sus comunidades, lo que incluiría la función guerrera, los jóvenes habrían de mostrar unas condiciones que excedían la simple madurez reproductiva.

Algunos investigadores consideran que ese tránsito de la niñez a la vida adulta pudo estar dividido en dos fases, cada una de ellas con sus rituales específicos: una primera entre la niñez y la adolescencia y una segunda, más importante, que los convertiría definitivamente en hombres. Según estos, las cualidades necesarias para superar estas fases se adquirirían y demostrarían durante un proceso de aprendizaje que pudo estar perfectamente definido y reglado, y que culminaría con unos ritos específicos.

¿FRATRIAS Y COFRADÍAS GUERRERAS?

Una cuestión que ha provocado, y lo sigue haciendo, una considerable controversia entre los investigadores españoles es la posible existencia entre los pueblos del interior peninsular de grupos de hombres que se apartarían de sus comunidades para dedicarse de una forma especial a la guerra, algo que se ha detectado de forma más clara entre otros pueblos europeos al norte de los Pirineos, como los galos, los celtas de las islas británicas, los germanos y otros. Serían lo que en la bibliografía especializada se denomina *mannerbünde*,⁴ aunque nosotros las conocemos como fraternías o cofradías guerreras, bandas de guerreros agrupados en torno a un líder que harían de la guerra su modo de vida.

Como decimos, las fraternías son unas instituciones típicamente indoeuropeas, por lo que no encontramos rastros de ellas en el área ibérica. El problema es que, a pesar de lo mucho que se ha dicho y escrito sobre el tema en los últimos años, es difícil también encontrar pruebas inequívocas de su existencia entre los pueblos del norte e interior peninsular.

Los investigadores que defienden esta hipótesis relacionan con las cofradías guerreras algunas citas de autores clásicos como estas dos, referidas a lusitanos y galaicos:

Cuando sus jóvenes (de los lusitanos) llegan a la culminación de su fortaleza física, aquellos de entre ellos que tienen menos recursos, pero que exceden en vigor corporal y audacia, se equipan con nada más que su valor y sus armas y se reúnen en las montañas, donde forman bandas de tamaño considerable.

DIODORO SÍCULO, *Bibliotheca historica*, V, 34, 6-7.

En la región entre el Tajo y el país de los ártabros habitan unas treinta tribus (...). La mayor parte de estas tribus ha renunciado a vivir de la tierra y se dedican al pillaje, luchando constantemente entre sí y cruzando el Tajo para atacar a los pueblos vecinos.

ESTRABÓN, *Geografía*, III, 3, 5.

Según estas fuentes, que con frecuencia se refieren a estos grupos como bandoleros, habría verdaderas bandas de guerreros que se dedicarían a lanzar razias y a saquear los territorios vecinos. Sería esta una forma de alcanzar, no solo un prestigio social en sus comunidades, sino también una cierta posición económica gracias al botín obtenido. Estos ataques, cuando se realizaban contra pueblos aliados o ya conquistados por Roma, fueron utilizados en más de una ocasión como excusa para emprender o reanudar campañas de conquista.

Estos investigadores consideran que para ingresar en las fraternidades, los jóvenes tendrían que pasar primero por una etapa de formación en la que se les iniciaba en la vida militar, tanto en su parte práctica, al ejercitarse en el empleo de las armas y las tácticas en la batalla, como en la simbólica y espiritual, ya que se trataría de inculcarles una serie de valores guerreros y morales. Sostienen que durante esta fase los adolescentes deberían superar con éxito una serie de exigentes ritos iniciáticos en los que tendrían que demostrar al grupo su valor y resistencia, con lo que sería frecuente que tomaran parte en ataques a otros pueblos vecinos, o que intentaran cazar animales especialmente peligrosos.

En otros puntos de la Europa celta se ha podido comprobar que algunos animales como el lobo o el oso eran todo un símbolo para

estas fraternidades, al representar los valores guerreros que ellos perseguían.

Allí donde se han confirmado estas prácticas iniciáticas y rituales se sabe que se incluían en ellas la elaboración e ingesta de preparados alucinógenos o alteradores de la consciencia, que ayudarían a los nuevos guerreros a superar sus miedos y a conseguir una especie de éxtasis del que hablan con frecuencia las fuentes, y que tanto temían los soldados romanos.

Los defensores de la existencia de las fraternidades no se atreven a aventurar el tiempo que los jóvenes permanecían dentro de ellas antes de pasar a dedicarse a sus quehaceres normales, ya con su nuevo estatus de hombre de pleno derecho. Consideran que era entonces, una vez demostrado su valor y conseguido algo de patrimonio, cuando los jóvenes podían ya elegir esposa y formar una familia.

Algunos investigadores consideran que existen datos que indicarían que este tipo de bandas o grupos guerreros pervivieron entre los pueblos del norte peninsular, incluso tras la conquista romana. Y es que creen que cuando las fuentes nos hablan del reclutamiento en esa zona de unidades indígenas para luchar en las legiones romanas a las órdenes de sus propios jefes, con sus armas habituales e incluso recibiendo las órdenes en su propia lengua, se estarían refiriendo en realidad a lo que quedaba de estas fraternidades. Estos guerreros aparecen en las fuentes como *symmacharios*, del término *symmachía*, utilizado por los griegos para referirse a la alianza militar entre dos o más polis. En Ujo (Mieres, Asturias) apareció la lápida de un tal Gaio Sulpicio Úrsulo, *praefecto symmachiariorum asturum* de tiempos de Trajano, o Cómodo, lo que confirmaría este tipo de reclutamiento en tierras del norte de España en plena época imperial. Al hilo de lo que indicábamos anteriormente sobre la importancia de determinados animales en el imaginario y creencias de los guerreros indígenas, no debemos pasar por alto el nombre de este *praefecto*, Úrsulo, diminutivo de oso. Por desgracia, no podemos saber si en realidad estas unidades indígenas

estarían formadas por verdaderas fraternidades o, simplemente, por aristócratas acompañados por sus clientes.

Pero, lamentablemente, hemos de decir que, a pesar de lo atractivo de estas propuestas, y con los datos de que disponemos actualmente, es muy difícil asegurar la existencia de verdaderas fraternidades guerreras entre los indígenas de la península ibérica, ya que los indicios aportados por los defensores de esta teoría no son para nada concluyentes y, en muchos casos, su ambigüedad permite basar en ellos una teoría y la contraria. En realidad esto no excluye en absoluto la posible presencia de bandas de jóvenes que, como parte de los ritos de iniciación del paso a la vida adulta de los que hablábamos al comienzo de este apartado, desarrollaran razias contra otros pueblos vecinos para demostrar su valor, pero consideramos que, por una parte, estos ataques no tendrían una importancia militar destacable, y, por otra, su motivación y trasfondo ideológico parecen estar muy alejados de los de las *mannerbünde*.

Hemos de señalar aquí que son más numerosos los autores que ponen en relación con los ritos iniciáticos, conectados o no con las fraternidades guerreras, las conocidas como saunas *castrexas*, una serie de peculiares construcciones repartidas principalmente por el área lusitana y castreña, aunque también se empiecen a conocer ejemplares en Cantabria, y con al menos un ejemplar en territorio vetón, el de Ulaca (Solosancho, Ávila).

La práctica de los baños de calor, de humo o de sudor, era conocida desde la Prehistoria en muchos lugares de Europa y Asia. Incluso conocemos el detalle de que los escitas utilizaban también las piedras calientes de sus saunas para quemar hachís, lo que dentro de aquellos pequeños recintos crearía una atmósfera psicotrópica. Para la península ibérica, aparte de las construcciones en sí, tenemos también referencias a su uso en las fuentes escritas, como esta de Estrabón refiriéndose a los lusitanos que vivían a orillas del Duero:

Siguen un modo de vida lacónico (espartano, duro), que utilizan dos veces los *alipterios* (lugares destinados a untarse grasa antes de los ejercicios), toman

baños de vapor que se desprende de piedras calientes, y se bañan en agua fría.

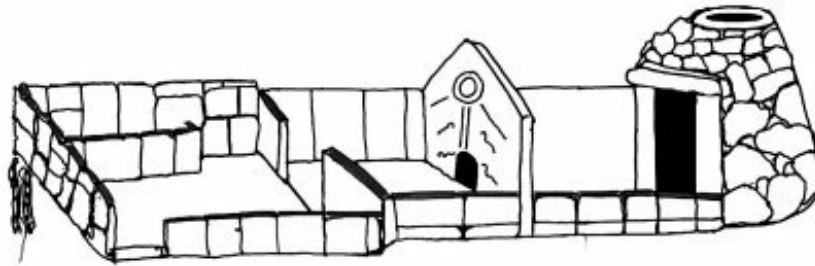
ESTRABÓN, *Geografía*, III, 3, 6.

Aunque también encontramos saunas bastante modestas, por lo general se trata de construcciones relativamente grandes, lo que nos estaría indicando un uso colectivo. Suelen estar parcialmente excavadas en el suelo o en la roca, y cuentan con varias dependencias dispuestas de forma lineal: vestíbulo, antecámara y cámara principal, tras la que se encontraba el denominado horno, un habitáculo con remate generalmente absidiado. Aunque en un principio se dudó de su utilidad, hoy parece claro que estos edificios tendrían un uso termal, que incluiría los baños de vapor y, muy posiblemente, se utilizarían como parte de rituales que irían más allá de la simple higiene personal.

Es frecuente en los ejemplares del norte de Portugal la presencia de una gran losa que separaba la antecámara de la cámara principal, y que estaba decorada en relieve con motivos complejos, por lo que se las suele denominar *pedras formosas*.⁵ Estas *pedras* únicamente tienen un estrecho agujero en su parte inferior, con lo que se evitaba que el vapor se escapara, pero obligaba a los usuarios a entrar a rastras. En las saunas localizadas en otras zonas no se han encontrado estas losas, aunque sí los rebajes donde iría colocada una estructura de separación de ambas cámaras, con lo que se supone que estas estarían fabricadas con madera u otro material del que no nos ha quedado rastro.

Algunas saunas castreñas conocidas son las de Borneiro (La Coruña), Coaña (Asturias), Sanfins (Valença, Portugal), Briteiros (Guimaraes, Portugal) y la recientemente excavada en Monte Ornedo (Valdeolea, Cantabria). También la antes mencionada de Ulaca, en este caso parcialmente excavada en la roca virgen. Lo cierto es que la lista de construcciones de este tipo identificadas no deja de aumentar con nuevos hallazgos.

Los ejemplares más antiguos parecen fecharse ya en el siglo IV a. C., con lo que quedaría clara su existencia anterior a la llegada de los romanos, aunque se ha podido comprobar que en algunos casos estas saunas se modificaron para adaptarlas a la estructura de las termas romanas.



Estructura idealizada de una sauna castrexa (arriba), y representación de la pedra formosa de la sauna de Briteiros (Portugal). Dibujos del autor.

MERCENARIOS DE IBERIA

Según el diccionario de la RAE, un mercenario es un soldado que, por estipendio, sirve en la guerra a un poder extranjero.

El mercenariado es una actividad que se ha dado a lo largo y ancho del Mediterráneo al menos desde la Edad del Bronce, cuando encontramos ya menciones frecuentes en las fuentes escritas más antiguas, como las de Mesopotamia y Egipto. Por ejemplo, sabemos que en la célebre batalla de Kadesh, que en torno al 1275 a. C. enfrentó a los ejércitos egipcios, mandados por el mismísimo faraón Ramsés II, contra los hititas encabezados por Muwatallish, de los 40.000 infantes y 3.700 carros de guerra que lucharon por estos últimos, solo 5.000 infantes y 500 carros eran hititas en sentido estricto, estando compuesto el total del contingente por fuerzas procedentes de dieciocho estados. También es cierto que desconocemos cuántos de ellos serían mercenarios propiamente dichos y cuántos formarían parte de fuerzas aliadas, ya que, con frecuencia, es difícil distinguir en las fuentes antiguas entre los que luchaban a cambio de una contraprestación y los que lo hacían, también en conflictos ajenos, pero en virtud de pactos o tratados de protección mutua.

Pero las fuentes nos dicen que en esta misma batalla también luchaba un número importante de mercenarios entre los hombres de Ramsés, algunos de los cuales (los hubsu) se hallaban establecidos permanentemente en Egipto. Mientras no se necesitaban sus

servicios vivían tranquilamente como agricultores en los lotes de tierra que les facilitaba el faraón, pero tenían la obligación de tomar las armas siempre que fueran requeridos para ello.

No deja de ser curioso que las primeras menciones a guerreros originarios de la península ibérica, y a su forma de lucha, no procedan de nuestro territorio sino del exterior, precisamente de los íberos, celtíberos y baleares que entraron al servicio de los ejércitos extranjeros en las guerras por el control del Mediterráneo. Algo lógico si tenemos en cuenta que son los griegos y romanos los únicos que nos han dejado narraciones escritas sobre aquellos acontecimientos.

Aunque bien pudieron haber formado parte ya de las fuerzas cartaginesas acantonadas en Cerdeña a mediados del siglo VI a. C., de las que habla el geógrafo griego Pausanias, las primeras menciones expresas a mercenarios ibéricos corresponden a principios del siglo siguiente, cuando las fuentes citan con frecuencia a estos guerreros, muchas veces junto a celtíberos y baleares.

Normalmente los hispanos lucharon del lado de los cartagineses, cuyos ejércitos estaban compuestos en una parte muy importante por mercenarios, y junto a ellos los encontramos, por ejemplo, en las guerras por el control de Sicilia (480-307 a. C.), donde Heródoto los menciona como parte del contingente cartaginés ya en la batalla de Hímera (480 a. C.).

En la segunda guerra greco-púnica vuelven a aparecer en la toma de Selinunte (409 a. C.), donde, según Diodoro Sículo, participaron entre 25.000 y 30.000 íberos, cifra sin duda muy exagerada. Vuelven a mencionarse al año siguiente en la conquista de Hímera, en 406 a. C. en la de Agrigento, y en 405 a. C. en Gela y Camarina, mientras que en 405-404 a. C. formarán parte de las tropas que ponen sitio a Siracusa.

Pero no solo combatirán junto a los cartagineses, ya que, aunque con mucha menor frecuencia, también lo harán a favor de los griegos e incluso en enfrentamientos entre los propios griegos. Sabemos, por ejemplo, que a finales del siglo V a. C. el general ateniense Alcibíades reclutó mercenarios bárbaros en Sicilia, entre los que había también

hispanos, y que con estas fuerzas se enfrentó a Atenas durante los últimos años de la guerra del Peloponeso, que se desarrolló entre los años 431 y 411 a. C., ya que para entonces se había pasado al lado de los espartanos.

Muy poco después, en 411 a. C., los volvemos a encontrar en Grecia, pero luchando a favor de Atenas bajo el mando de Aristarco. Estos mercenarios habían sido reclutados también en Sicilia, pero desconocemos los motivos por los que estaban allí. No se descarta que formaran parte de contingentes mercenarios permanentes que los cartagineses habrían reclutado como integrantes de las guarniciones que protegían sus ciudades en esa isla.

Cuando el cartaginés Himilcón fue derrotado en 396 a. C., se retiró de Sicilia abandonando a su suerte a los mercenarios que tenía a su servicio, entre los que se encontraba un contingente íbero. Casi todos los combatientes extranjeros traicionados murieron, no así los íberos, que supieron resistir el ataque de los de Siracusa formados en orden de batalla, y no solo eso, sino que fueron capaces de negociar su pase al servicio del tirano Dionisio I. Más tarde, Jenofonte cita un contingente de 2.000 mercenarios íberos y celtas, entre los que se contaban 50 jinetes, enviado por Dionisio II de Siracusa, mediante un contrato de cinco meses, para apoyar a Esparta en el año 368-367 a. C., cuando los tebanos trataban de conquistar Corinto. Volverán a aparecer en Siracusa a las órdenes de Hierón a finales del siglo IV a. C.

Años después los encontramos de nuevo junto a los cartagineses en la primera guerra púnica (264-241 a. C.). Tras la derrota cartaginesa pasaron también a tierras africanas, donde participaron en las revueltas de mercenarios que pusieron contra las cuerdas al estado cartaginés, y que finalizaron con la masacre de la mayoría de los mercenarios levantados en armas. Quizá sea este el episodio más importante y sangriento conocido de una rebelión de mercenarios en la Antigüedad, y se ha indicado como causa principal de la revuelta la falta de cobro de sus salarios, aunque a esta pudieron haberse sumado otros motivos más complejos.

En la segunda guerra púnica volvemos a encontrar mercenarios hispanos al lado de los cartagineses, aunque ahora ya en la península ibérica. En concreto, Silio Itálico (Púnica III, 360-361) nos dice que un contingente de concanos, pueblo del norte de Cantabria, acompañó a Aníbal en su marcha contra Roma, algo que no nos parece muy creíble, ya que todo indica que el general cartaginés reclutó a sus fuerzas entre los íberos ribereños del Mediterráneo.

También Apiano indica que en el año 208 a. C., Asdrúbal estuvo reclutando mercenarios entre los celtíberos, y al año siguiente se desplazó al océano Septentrional en busca de hombres para sus ejércitos, suponemos que cántabros y astures, con los que, ahora sí, partió hacia Italia para apoyar a Aníbal. Las fuentes también nos hablan de contingentes de mercenarios cántabros entre las fuerzas cartaginesas que se enfrentaron a los romanos en la península ibérica al mando de Hannon.

En 203 a. C., ya en las postrimerías de la segunda guerra púnica, encontramos otro episodio protagonizado por mercenarios procedentes de la península ibérica, y en el que volvieron a dar muestra de su valía y fiabilidad como profesionales de la guerra: la batalla de las Grandes Llanuras, en las cercanías de Cartago. Aquel año, 4.000 guerreros celtíberos fueron contratados por los cartagineses en un postrer intento de detener a los ejércitos romanos, que ya los combatían en su propia tierra. En el campo de batalla, el general cartaginés Asdrúbal Giscón puso a los celtíberos en el centro de la formación, lo que denota su confianza en ellos, mientras que en sus flancos colocó a la infantería cartaginesa, en su mayoría recién reclutada, y a la caballería nómada mandada por Sifax. En total sumaban unos 30.000 hombres. Pero enfrente tenían nada menos que a Escipión el Africano que, como era habitual, hizo atacar en primer lugar a su caballería, reforzada también por numerosos jinetes nómadas proporcionados por el rey Masinisa. Los inexpertos cartagineses fueron incapaces de contener el ataque y huyeron despavoridos. Solo los 4.000 celtíberos mantuvieron la formación, obligando a entrar en combate a las tres líneas de infantería romana,

ayudados por el ataque de su caballería a la retaguardia celtibérica. El resultado final fue una gran masacre en la que casi todos los mercenarios hispanos murieron en sus puestos.

Hasta ahora solo hemos hablado de los casos en los que los mercenarios hispanos aparecen mencionados en las fuentes escritas, pero la arqueología también puede confirmar lo que nos cuentan los autores antiguos, e, incluso, darnos pistas sobre su participación en otros conflictos de los que no teníamos constancia.

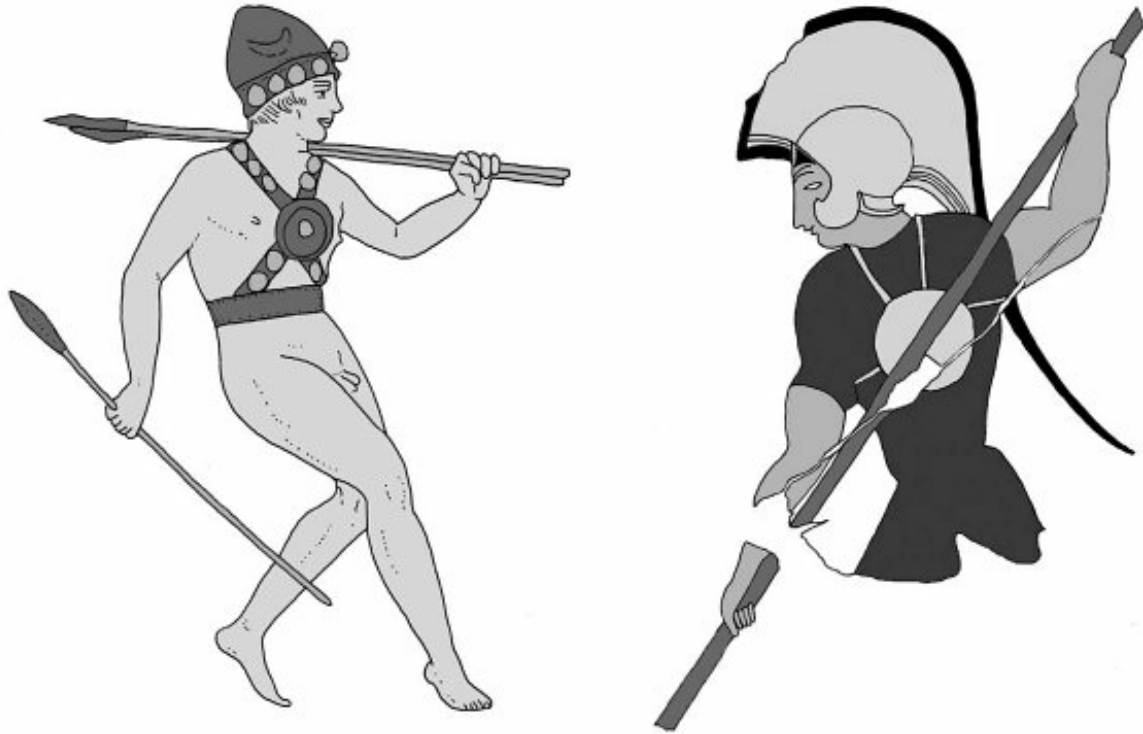
De todos modos, hemos de reconocer que las abundantes referencias a estos mercenarios que hemos indicado no se corresponden con los escasísimos hallazgos arqueológicos, ya que en el caso de Sicilia se limitan a dos grebas de clara tipología ibérica enterradas en el cementerio de Hímera, y que sin duda habrían pertenecido a alguno de los muchos mercenarios muertos en la batalla del 480 a. C., en concreto a un íbero, ya que la tipología de las piezas sicilianas es similar a otras encontradas en Guardamar del Segura (Alicante) o Cártama (Málaga). En la misma Hímera se encontraron también otras grebas de tipología hispana dentro del Templo de la Victoria, donde habrían sido depositadas como ofrenda en agradecimiento de la victoria griega sobre las tropas cartaginesas, incluidos sus mercenarios. Pero no solo encontramos tales ofrendas en este templo griego de Sicilia. En el santuario panhelénico de Olimpia, ya en la propia Grecia, se han encontrado una greba, un disco-coraza y un broche de cinturón de tres garfios, todos de la época de la batalla de Hímera y de tipologías que remiten al noreste de la península ibérica. Otra greba de tipo ibérico se localizó en Locris, en el extremo sur de Italia. La presencia de estos elementos en los santuarios ha llevado a pensar a los investigadores que estaríamos ante lo que se conoce como *spolia hostium*, trofeos militares que se consagraban en templos y santuarios de los lugares de procedencia de las tropas vencedoras en una batalla.

Pero más interesante es la localización de elementos de procedencia hispana en diversos lugares de Italia, dado que las fuentes en ningún momento mencionan la presencia allí de

mercenarios hispanos. Por una parte se han localizado piezas de adorno, en concreto broches de cinturón y fíbulas anulares, en Liguria, Etruria y Córcega, en contextos del siglo V a. C., a los que habría que añadir una lastra funeraria (losa de piedra decorada) localizada en la necrópolis de Cerveteri, en la que aparece un guerrero con una coraza de discos de tipo hispano. Por otro lado, en la Italia meridional tenemos una crátera lucana datada a comienzos del siglo IV a. C. en la que se ha pintado un guerrero desnudo pero portando sus armas, en concreto un casco de tipo Pilos, un cinturón conocido como samnita, tres lanzas o jabalinas y una coraza de discos idéntica a otras halladas en el área celtibérica. Tanto el detalle de las tres lanzas como el tipo de disco coraza han llevado a algunos autores a considerar que lo que se representa en esta pieza es un mercenario celtibérico que luchó en el sur de la península itálica en un momento especialmente inestable en aquella zona.

La posible presencia de mercenarios hispanos en el sur de Italia también viene sugerida por la fabricación en la península ibérica de diversas armas con unas influencias que apuntan claramente a esa zona, como veremos más adelante.

A pesar de lo dicho, la falta de alusiones a mercenarios hispanos en las guerras desarrolladas en el sur de la península itálica podría no ser tal, ya que en las fuentes aparecen con frecuencia referencias a mercenarios celtas, colectivo en el que muy bien podían haber sido incluidos los celtíberos, como parece sugerir el desarrollo por estos de un nuevo casco exclusivo de la Celtiberia: el tipo hispano-calcídico, una tipología con claros precedentes en modelos calcídicos y suritálicos, aunque será en la Celtiberia donde estos elementos se combinen y el casco se transforme y alcance un barroquismo extremo en su ornamentación. La inexistencia de modelos similares o intermedios entre los cascos itálicos y celtibéricos en cualquier otro lugar, sugiere la necesidad de la presencia física de individuos que conocieron los ejemplares originales, aunque los reinterpretaron y adaptaron a sus gustos y necesidades.



Imágenes extraídas de una lastra funeraria localizada en Ceri (Cerveteri, Italia) la de la derecha y de una crátera lucana que se conserva en el museo de Viena (Austria) la de la izquierda. Según investigadores como R. Graells, podrían representar a mercenarios hispanos que lucharon en guerras de la península itálica. Dibujos del autor, izqda. a partir de M. Weber.

El mercenariado que podríamos llamar clásico se dio entre los hispanos básicamente entre el siglo V a. C. y el inicio de la segunda guerra púnica, en 218 a. C. A partir de ese momento los indígenas que participaron en la lucha, tanto junto a los cartagineses como, con menor frecuencia, junto a los romanos, lo harán principalmente en virtud de alianzas entre los pueblos indígenas, o alguno de sus dirigentes, y los generales de los combatientes extranjeros. Aun así, el mercenariado clásico a cambio de dinero continuará, sobre todo entre los pueblos del interior, como los celtíberos. Y es que, Según Tito Livio, el primer contingente de mercenarios contratado en la historia de Roma fue un grupo de 200 celtíberos de familias principales enviados a Italia en 212 a. C. a cambio del mismo sueldo que les ofrecía el ejército cartaginés. Con ello trataban de animar a otros

hispanos para que se alistaran en las filas romanas y, de paso, dejaran las cartaginesas.

Los motivos principales para el enrolamiento como mercenarios en ejércitos extranjeros serían a la vez económicos y sociales, ya que esta era una de las pocas vías que tenían los hombres sin recursos de ascender socialmente, tanto por las riquezas que se les prometían como por el prestigio añadido que, en unas sociedades guerreras como las hispanas prerromanas, suponía el regresar victorioso de la batalla.

El problema es que todo indica que eran muy pocos los que lograban retornar a casa. La mayoría serían incapaces de ahorrar nada de su salario (cuando lo cobraban), con lo que entrarían en un círculo vicioso de prórrogas en el servicio que, en demasiadas ocasiones, solo acababa con la muerte. Es más que expresiva la cita que incluimos, referida a los baleares pero que podemos hacer perfectamente extensiva al resto de mercenarios, tanto hispanos como de otras procedencias:

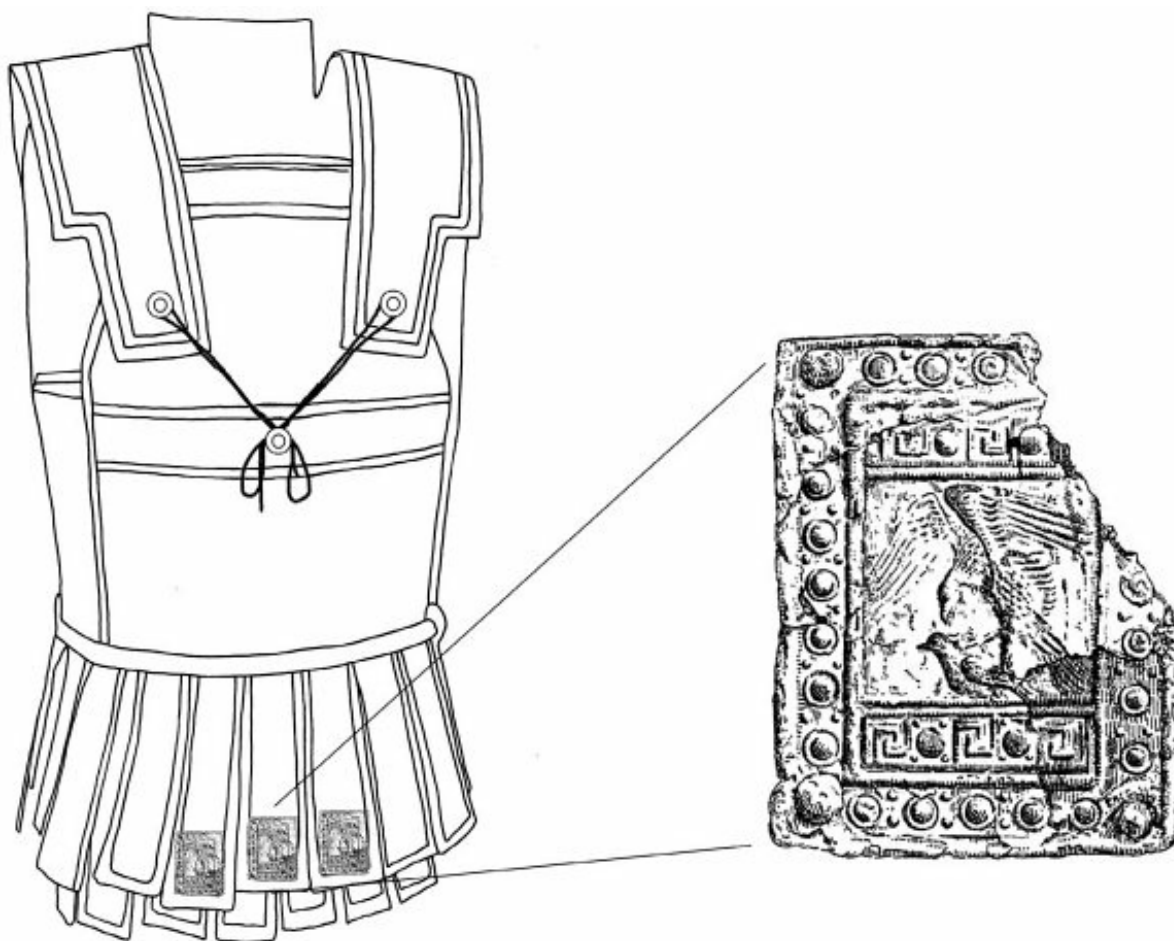
En las campañas acaecidas antiguamente a los cartagineses, no se llevaron los salarios a la patria, sino que gastaron profusamente toda la paga en comprar mujeres y vino.

TIMEO, XVII, 4.

Consideramos que entre los pocos que regresaran predominaron aquellos que gozaban de mejor posición social. Por una parte sabemos que una de las formas de retribución de los mercenarios era la entrega de tierras en propiedad en las áreas en disputa, algo que resultaría mucho más atractivo para las clases más desfavorecidas que para las élites, con lo que los primeros no dudarían en afincarse en sus nuevas granjas como flamantes propietarios, estuvieran estas donde estuvieran, antes que volver a donde nada tenían.

Otros indicios del regreso de los privilegiados serían los elementos aparecidos en diversas tumbas de la península ibérica y que algunos arqueólogos consideran una prueba del retorno de mercenarios. Se trata de objetos que se podrían calificar como bienes

de prestigio, por ejemplo, las muserolas (bozales de caballo) halladas en dos tumbas de La Pedrera de Valfogona (Lérida), de fabricación macedonia y que estaban acompañadas de otros objetos de un valor elevado.



Posible remate de pteryges procedente del Cabecico del Tesoro (Murcia), y su colocación en una coraza orgánica tipo linothorax. Dibujo del autor y Nieto (1944).

Otros elementos de prestigio son los aparecidos en dos tumbas de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila) y El Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia). Se trata de sendos conjuntos de dos discos-coraza de hierro asociados a varias placas de hierro recubiertas por una lámina de plata decorada. Por un lado estamos ante dos de los tres únicos ejemplos de discos-coraza de hierro conocidos en la península

ibérica, mientras que las placas decoradas (idénticas en los dos casos) muestran unos motivos similares a los que presentan diversas monedas de Agrigento (Sicilia). Estas placas podrían pertenecer a *pteryges*, unas tiras de cuero o lino que colgaban de la cintura de las corazas de los soldados griegos o romanos y que, a veces, estaban rematadas en sus extremos por láminas decorativas como las que nos ocupan. Por otra parte, los discos-coraza de hierro parecen tener su origen en tradiciones del sur de Italia, aunque la utilización de ellos de cuatro puntos de sujeción apunta a la fabricación de los mismos en la península ibérica.

En la necrópolis de Son Pellisser (Calviá, Mallorca), encontramos también elementos que nos podrían estar indicando que allí fueron enterrados mercenarios retornados. En concreto se trata de tres armas de hierro totalmente ajenas a la tradición cultural isleña y, sin embargo, muy propias de territorios mediterráneos no muy lejanos: una falcata, una *machaira* de tipología itálica y un *xiphos*, la típica espada corta griega. La coincidencia de estas tres armas en tres enterramientos datados todos ellos a finales del siglo V a. C., parecen señalar que estaríamos ante las tumbas de tres guerreros locales que prestaron sus servicios como mercenarios en las guerras greco-púnicas, donde ya hemos indicado anteriormente que la presencia de honderos baleares está ampliamente documentada.

Otro de los indicadores que se han esgrimido para asegurar que serían muy pocos los mercenarios que regresaran a sus tierras de origen es la escasez de hallazgos en la península ibérica de monedas acuñadas entre los siglos V y III a. C., algo ilógico si hubieran sido muchos los retornados, que habrían traído consigo la parte de su salario que hubieran conseguido ahorrar, fuera esta mayor o menor, ya que, como veremos, estos cobraban por lo general su soldada en dinero. Aunque esto es cierto, con muy pocas excepciones, también hay que tener en cuenta las tremendas exacciones impuestas por Roma a los pueblos indígenas entre los siglos III y II a. C. Por ejemplo, según Tito Livio, solo los años 195, 194 y 180 a. C., aparte de importantes cantidades de plata sin amonedar, Roma recaudó la

friolera de 1.110.639 monedas de plata de todo tipo, lo que en unas sociedades escasamente monetizadas como las hispanas de aquella época supondría que habrían tenido que entregar hasta la última moneda de plata disponible.

Aunque habría reclutamientos individuales, los indicios apuntan a que sería más habitual el reclutamiento colectivo, en el que individuos preeminentes de las sociedades indígenas se enrolarían aportando contingentes más o menos importantes de hombres, vinculados a ellos por algún tipo de dependencia. Es muy posible que estos grupos formaran unidades completas, que lucharían con su estructura propia. El reclutamiento colectivo sería frecuente en la segunda guerra púnica, como vimos al hablar de la *devotio*, pero es muy probable que se diera ya desde un primer momento, como probaría el episodio que comentábamos con anterioridad, cuando en 396 a. C. los mercenarios fueron abandonados a su suerte por los cartagineses, y solo los íberos salvaron la vida al mantener la formación y negociar su pase al servicio de los siracusanos. Esto parece indicar que formaban una unidad cohesionada y que disponían de un interlocutor capaz de llevar a buen fin sus negociaciones, quizás el mismo líder que los embarcó en la aventura mercenaria.

Podríamos considerar este enrolamiento más o menos forzado por lazos clientelares como una tercera causa del alistamiento, aparte de la económica y la búsqueda del prestigio social del que hablábamos antes.

De un momento ligeramente anterior al episodio siracusano, en concreto el año 406 a. C., procede una mención expresa a la recluta de mercenarios hispanos por parte de los cartagineses:

Los dos (Aníbal e Imilco), deliberando de común acuerdo, enviaron, cargados de dinero, a ciertos barones de gran dignidad entre los cartagineses, unos a Iberia, otros a las Islas Baleares, con el encargo de que reclutasen el mayor número posible de mercenarios.

DIODORO SÍCULO, *Bibliotheca historica*, XIII, 80.

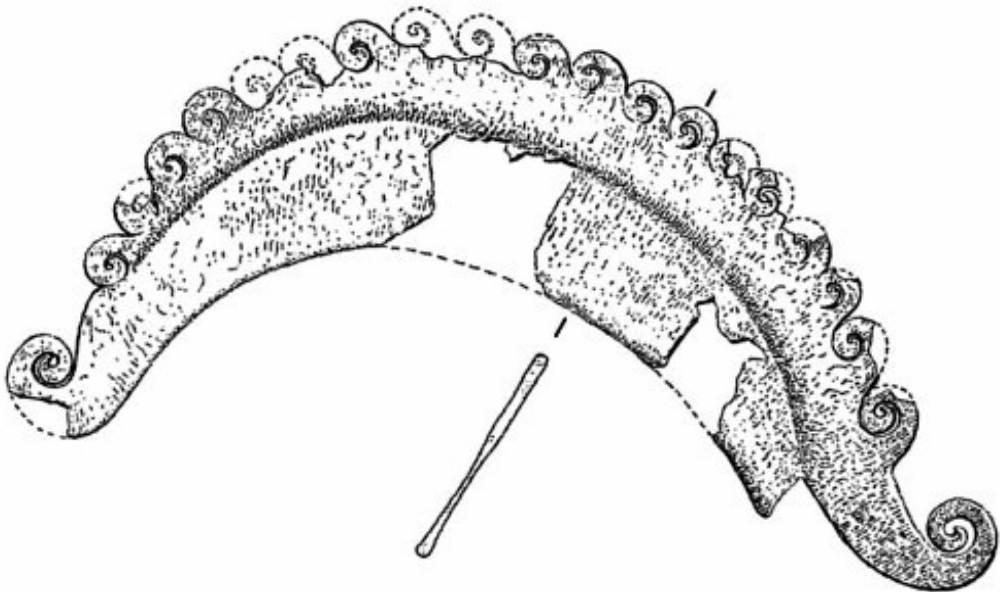
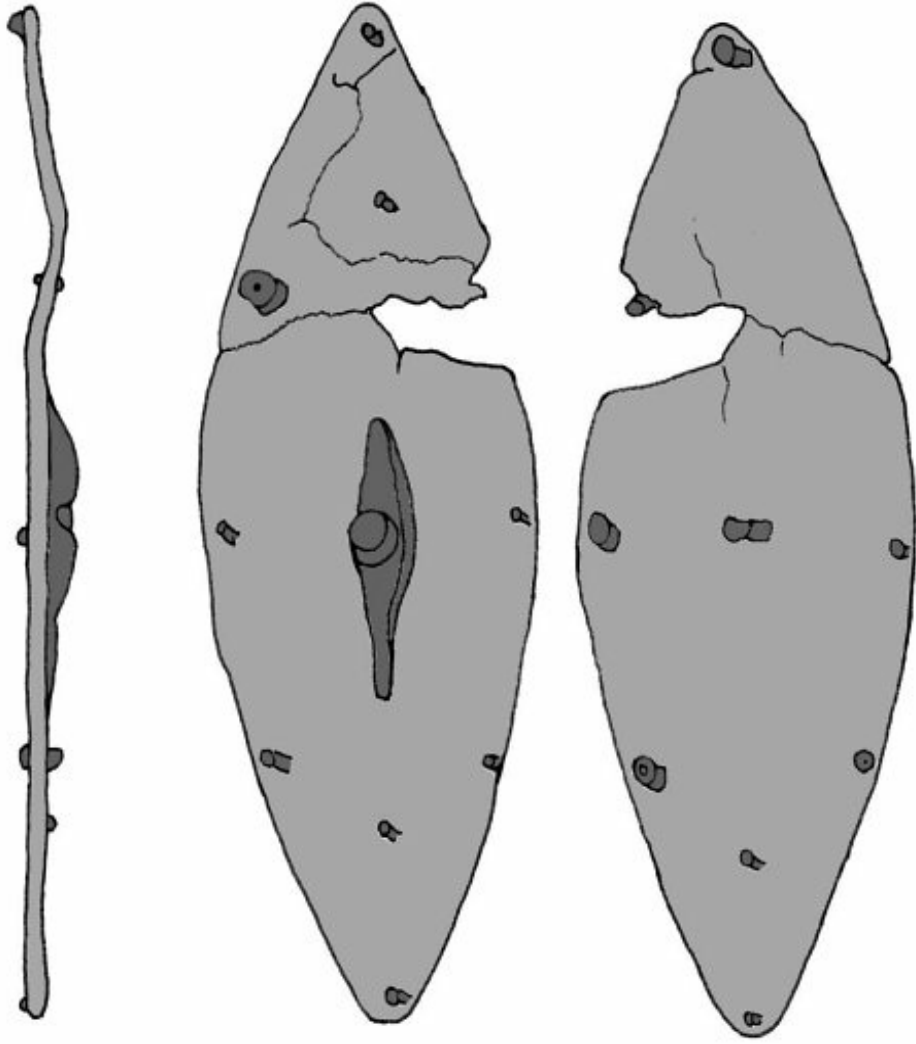
Gracias a las fuentes escritas y, sobre todo, a la arqueología, se han podido identificar varios posibles centros de reclutamiento, casi todos en el área ibérica, aunque estos irán cambiando con las circunstancias históricas y políticas. Así, para los momentos más antiguos podría haber puntos de enrolamiento desde el siglo VI a. C. en Gadir (Cádiz) y Emporion (Ampurias, Gerona); desde el siglo V a. C. podrían encontrarse en Cástulo (Linares, Jaén), Villaricos (Almería) y en la zona de Benicarló (Castellón). En el archipiélago balear sería la colonia fenicio-púnica de Ebussus (Ibiza) el principal punto de alistamiento de guerreros procedentes de las islas, sobre todo de sus afamados honderos.

A partir del siglo IV a. C. se reclutarían mercenarios en el asentamiento de El Gandul (Alcalá de Guadaira, Sevilla), donde se ha encontrado un buen número de monedas cartaginesas del siglo IV y principios del III a. C., y en Elche (Alicante), mientras que para los siglos finales las fuentes nos hablan de reclutamiento de guerreros a sueldo en Mallorca y Menorca, como los 2.000 hombres que el general Magón pudo reunir en el invierno de 206 a 205 a. C. en la isla de Menorca y que fueron enviados a Cartago. También podríamos encontrar otros puntos de enrolamiento en la capital cartaginesa en la península de Qart Hadasht (Cartagena, Murcia) y Sagunto (Valencia).

Como decimos, estos posibles centros de reclutamiento vienen definidos en su mayoría por el hallazgo de materiales arqueológicos exógenos, principalmente elementos de la panoplia del guerrero. Por ejemplo, en el entorno de Benicarló se han encontrado un broche de cinturón samnita, cascos montefortinos antiguos y parte de un casco hispano-calcídico. Pero también por elementos encontrados en otros puntos del exterior, como las protecciones localizadas en Hímera de las que hablábamos antes, y que remitían al noreste español. Del Ampurdán catalán proceden una serie de flechas de tipo «Olympia», que solo se encuentran entre el golfo de León y Sicilia, lo que evidenciaría un importante contacto e intercambio de tecnología militar entre esas zonas.

En el sureste también tenemos indicios de contactos directos con otras áreas del Mediterráneo, como es la presencia de una cresta de casco de hierro recubierta por una lámina de plata encontrada en la necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia), muy similar a otra encontrada en una tumba de Lavello, en el sur de Italia. También de El Cigarralejo y de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia), proceden sendos *prometopidia* (frontaleras de caballo) elípticos, de hierro y recubiertos por una lámina de plata, elementos muy similares al que apreciamos en la escultura de una cabeza de caballo hallada en La Font de la Figuera (Valencia). Es este un objeto de prestigio típico del sur de Italia.

No tenemos ni una sola referencia al salario que cobrarían los mercenarios hispanos en aquella época, aunque, por comparación con otros guerreros mediterráneos a sueldo, sabemos que percibían una cantidad en el momento de su alistamiento más la soldada, que variaría de forma notable de un caso a otro. De todos modos las informaciones indican que no eran sueldos elevados, en muchas ocasiones inferiores al de un obrero no especializado. Por ejemplo, mientras que los artesanos que a fines del siglo V a. C. trabajaban construyendo el Erecteion de Atenas cobraban unos nueve óbolos diarios, los mercenarios en la misma época ganaban entre tres y seis (seis óbolos = una dracma).



Frontalera de caballo de hierro (prometopidion), localizada en una tumba de Coimbra de Barranco Ancho (Jumilla, Murcia), y cresta de casco procedente de la necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia). Ambas piezas están fabricadas en hierro y conservan restos de lámina de plata. Dibujo de la frontalera por el autor a partir de García Cano (1999). Cresta de Cuadrado (1968).

Sabemos, por ejemplo, que los mercenarios incluidos en la expedición ateniense a Sicilia del 415-413 a. C. cobraban una dracma diaria y que además sufrían un agravio comparativo, ya que los ciudadanos-soldados atenienses que les acompañaban percibían 45 dracmas al mes, es decir, un 50 por ciento más. Los mercenarios que lucharon junto a Jenofonte en Persia en el 400 a. C. percibían 25 dracmas al mes —cinco óbolos al día—, mientras que las tropas de élite que acompañaban a Alejandro en 329 a. C. cobraban 30 dracmas al mes. No está claro si en estas cantidades estaba incluida la manutención de los soldados o esta se entregaba aparte, aunque sí que conocemos algunos casos como el de los mercenarios enviados a Sicilia por Atenas sobre el año 350 a. C., que percibían cuatro óbolos diarios en metálico más dos en comida.

Tenemos constancia de que en los reinos helenísticos los sueldos mejoraron a partir del siglo III a. C., cuando este oficio se dignificó, aunque desconocemos si esta mejora se extendió a otros ámbitos geográficos.

Pero la soldada no era la única fuente de ingresos de los mercenarios, y es que el botín, obtenido tanto del saqueo de ciudades como de muertos o vencidos, e incluso por la venta o rescate de cautivos, podía llegar a ser un negocio de lo más lucrativo, y en las ocasiones en que los cobros se demoraban, casi su única fuente de ingresos.

No debemos olvidar la promesa de tierras de la que ya hemos hablado antes, y que para algunos mercenarios podía ser más importante que el mismo dinero, ya que la falta de medios de subsistencia era en muchas ocasiones la causa principal de su alistamiento, con lo que la aspiración de muchos de ellos era

convertirse en agricultores de sus propias tierras, estuviesen estas donde estuviesen.

Tenemos constancia de que con ocasión de hechos relevantes se podía duplicar o triplicar el sueldo, y en caso de hazañas excepcionales los premios también lo eran, como las coronas de oro mencionadas en las fuentes, por valor de hasta 10.000 dracmas, lo que suponía el salario de más de 25 años.

Pero como el dinero casi todo lo puede, también se utilizaba este para comprar voluntades, con lo que no eran infrecuentes los cambios de bando de mercenarios ante succulentas promesas económicas. Quizás el caso más conocido sea el del íbero Merico, oficial encargado de la defensa de Achradina, uno de los sectores de Siracusa durante el asedio a esta ciudad cartaginesa (214-212 a. C.), que se pasó al bando de Marco Claudio Marcelo con sus tropas, permitiendo la entrada de las fuerzas romanas y propiciando así la caída de la ciudad. Estos lo premiaron generosamente con la ciudadanía romana, la ciudad siciliana de Morgantina con su territorio y la participación en el desfile de la *ovatio* del cónsul victorioso en Roma, portando la corona de oro con la que también fue obsequiado.

Aun así, la fidelidad de los mercenarios no solo dependía del puntual cobro de su salario o de eventuales «contraofertas» del enemigo, sino también de las posibilidades de triunfo en el combate. Estos hombres eran conscientes de que el bien máspreciado que tenían era su propia vida, con lo que, en ocasiones, no dudaban en desertar o cambiarse de bando cuando veían que las probabilidades de victoria eran escasas.

Los generales sabían de lo inconstante que podía llegar a ser la voluntad de los soldados de fortuna bajo sus órdenes y lo dañino que resultaba para la moral de la tropa la presencia de individuos descontentos, con lo que no era raro que se deshicieran de los que consideraban de dudosa fiabilidad cuando habían de emprender empresas de gran envergadura. Un ejemplo de esto lo encontramos en la actuación de Aníbal antes de cruzar los Pirineos en su marcha hacia Italia, cuando licenció a una parte de sus tropas, reacias a

acompañarle en semejante propósito. De ese modo, evitaba tener entre sus filas un foco de descontento y de discordia.

Otra forma que ha llegado hasta nosotros de asegurarse la fidelidad de los mercenarios era retenerles un porcentaje de su sueldo, que se les entregaba solo a la finalización del contrato firmado.

Al hilo de lo que comentábamos antes sobre la importancia de la entrega de tierras para los mercenarios, habría que indicar que en el mismo episodio de Achradina, Merico obtuvo como premio quinientas yugadas⁶ de tierra fértil, Beligeno —quien convenció al anterior para pasarse al bando romano— 400 yugadas, y el resto de sus hombres otros importantes lotes de tierra en Morgantina, donde llegaron a acuñar monedas con tipos similares a los ibéricos, y que incluían la leyenda *hispanorum* (de los hispanos).

EL GUERRERO Y EL MÁS ALLÁ

La ideología guerrera iba muy unida al sentimiento religioso, algo natural si tenemos en cuenta que los pueblos antiguos estaban convencidos de que eran los dioses los que otorgaban la victoria o castigaban con la derrota. Por ello debió de ser muy habitual que antes de entrar en batalla se siguieran determinados ritos, que con frecuencia incluirían sacrificios a las divinidades para atraer su favor. Esta tarea la podían llevar a cabo los augures o, incluso, verdaderos sacerdotes, aunque la existencia de estos últimos no está confirmada para todos los pueblos de la península ibérica. Generalmente se ofrecerían animales aunque, como veremos, las fuentes también hacen referencia a sacrificios humanos. Del mismo modo se practicarían auspicios, por ejemplo observando el vuelo de las aves o estudiando las entrañas de los animales sacrificados, para tratar de conocer la voluntad de los dioses en relación al desarrollo del combate.

El geógrafo e historiador griego Estrabón indica que los auspicios también se realizaban utilizando a prisioneros y condenados a muerte:

Los lusitanos realizan sacrificios y examinan las vísceras (entrañas) sin separarlas del cuerpo; observan igualmente las venas del pecho y practican la adivinación palpando. De la misma manera auscultan las vísceras de sus prisioneros, cubriéndolas con sagos; cuando la víctima cae por obra del sacerdote supremo realizan una primera predicción a partir de la forma de

caer el cadáver. Amputan las manos derechas de sus cautivos y las consagran a los dioses.

ESTRABÓN, *Geografía*, III, 3, 6.

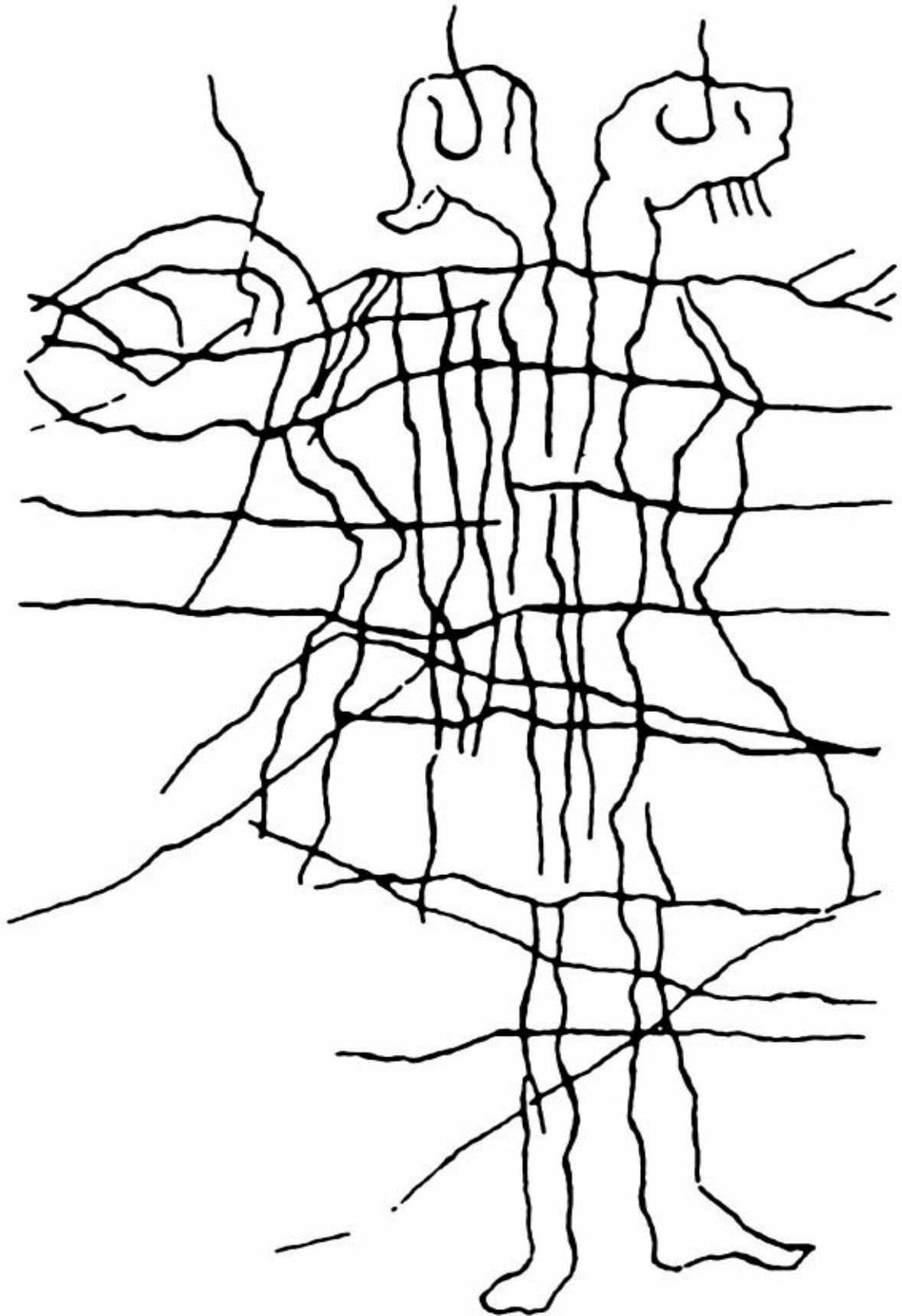
Al hablar de los panteones prerromanos peninsulares, lo primero que llama la atención es la desigual distribución de las divinidades identificadas, ya que al casi total desconocimiento de teónimos para el área cultural ibérica, se contraponen el gran número de dioses que las fuentes, y sobre todo la epigrafía, nos muestran en el norte peninsular.

A pesar de que en muchos casos es difícil, si no imposible, asignar a estas divinidades atribuciones concretas, encontramos algunas que parecen estar íntimamente relacionadas con la guerra.

Lo que sí es habitual en toda la península, del mismo modo que lo fue en todos aquellos territorios a los que llegaron los conquistadores romanos, es el sincretismo⁷ que se produjo entre los dioses locales y los aportados por los recién llegados. En virtud de las atribuciones y características de cada una de estas divinidades, los romanos las asimilaban con las suyas, con lo que, con mucha frecuencia, son los nombres dados por estos últimos aquellos con los que conocemos a la mayoría de dioses prerromanos peninsulares, lo que no deja de tener sus inconvenientes, ya que es muy difícil distinguir los aspectos que compartían de los que los diferenciaban.

En el centro y norte peninsular encontramos algunos dioses pancélticos, es decir, que son conocidos en diferentes ámbitos celtas de Europa, pero también otros locales, que recibían culto en áreas muy limitadas, de tal modo que hay teónimos que tan solo aparecen en una única inscripción.

Entre las divinidades pancélticas con atribuciones guerreras, encontramos a Lug/Lugus, una de las más importantes, pues se situaría por encima del resto de dioses. Los romanos lo asimilaron a Mercurio, ya que se le consideraba inventor de todas las artes y oficios. En su faceta guerrera encabezaba un ejército contra las fuerzas del caos, para lo que se armaba con una lanza de plata.



Posible representación bicéfala del dios Lug, grabada sobre una roca localizada en el santuario al aire libre de Peñalba, en Villastar (Teruel). Dibujo del autor.

Existen numerosas pruebas del culto a Lug en la península ibérica, entre las que habría que destacar el llamado Santuario de Lugus, situado en una montaña de Peñalba de Villastar (Teruel). Allí, en un alto farallón rocoso, han aparecido inscripciones con su nombre, y figuras grabadas que se supone que representan a esta divinidad.

También son frecuentes las menciones a Lug en inscripciones de todo el ámbito celta peninsular, donde además encontramos topónimos derivados de él, como Lugo, Lugones (Asturias), etc.

Otra divinidad pancéltica sería Epona, la diosa de los caballos. En principio no se puede decir que estemos ante una divinidad propiamente guerrera, pero el caballo, independientemente de su incuestionable utilidad como medio de transporte y herramienta de trabajo agrícola, era una poderosa arma de guerra, y tenía una importancia simbólica de primer orden en la mentalidad aristocrática prerromana, ya que suponía un claro elemento de diferenciación entre las élites y el resto de hombres, que debían combatir a pie. Epona sería adoptada posteriormente por los romanos como diosa de la caballería, por lo que se conocen en Europa numerosas inscripciones de época imperial dedicadas a ella.

Tenemos documentado en numerosas inscripciones un dios indígena de nombre desconocido, pero que fue pronto asimilado a Marte, el dios guerrero por excelencia de la mitología romana. Aparece siempre con un epíteto claramente celta, como Mars Borus en Monte Santo, Idanha a Nova, Beira Baixa y Castelo Branco (Portugal); Mars Sagatus (Astorga, León); Mars Tilenus (Los Villares, León); Mars Tarbucellis (Montariol, Braga), o Mars Cariociecus (Tuy, Pontevedra).

Otras divinidades regionales serían Cosus, identificado en una veintena de inscripciones del área galaico-lusitana y el Bierzo leonés, y que parece también estar vinculado al mundo bélico; Bandua, con

una treintena de dedicatorias en el área galaico-lusitana, también asimilado a Marte como defensor de las comunidades indígenas, y de posible género femenino; y Trebaruna, considerada una diosa protectora de la familia y la comunidad, pero en un sentido militar, no profiláctico, y cuyo culto se ha detectado en Cáceres y la Beturia portuguesa. Algunos autores consideran que se asimiló a la Victoria romana.

Estrabón menciona a un dios, que él equipara al dios griego de la guerra, Ares, y nos dice que en el norte de Hispania se le sacrificaban caballos, machos cabríos y prisioneros. Añadiendo que: «Acostumbran a hacer hecatombes de cada clase de víctimas a la manera griega» (*Geografía* 3, 3, 7). Los griegos sacrificaban animales domésticos, desde gallos a bueyes, para luego asarlos al fuego, entregar a los dioses su parte y consumir el resto en un banquete popular.

Dejamos para el final una de las posibles divinidades guerreras más mencionadas para la península ibérica, pero, a la vez, la que más quebraderos de cabeza ha provocado a los investigadores. Nos referimos a Neto/Netón. Basta una somera búsqueda por Internet para que encontremos decenas de páginas en las que se habla de este dios de la guerra, del que se suele decir que recibía culto en un principio en la Turdetania y la Bastetania, y que luego pasó a ser panhispánico, ya que sería adorado en toda la península, tanto por íberos como por celtas. Pero esto no está tan claro como pueda parecer. Hagamos un repaso a las fuentes para poder distinguir los datos reales de los añadidos e invenciones.

La más clara mención a este dios, y en la que se especifica que sería una divinidad guerrera, ya que la asimila a Marte, es la que hace el escritor romano Macrobio refiriéndose a los habitantes de Acci (Guadix, Granada).

También los accitanos, pueblo de Hispania, adoran con la máxima devoción una estatua de Marte adornada con rayos, a la que denominan Netón.

MACROBIO, *Saturnalia* I, 19, 5.

Pero no debemos olvidar que Macrobio escribió en el siglo IV de nuestra era, con lo que no podemos saber con certeza si el culto a esta divinidad comenzó allí en época prerromana o llegó con posterioridad desde otro lugar.

Un indicio de que podría ser un culto local lo aporta un pedestal de estatua localizado en la misma Acci en 1623, en el que se lee una dedicatoria que parece comenzar de este modo: «A la joven Isis, por mandato del dios Netón...». El problema es que el pedestal está roto justo en el comienzo del posible nombre del dios (solo se lee, y parcialmente, NET...), con lo que no hay total seguridad de que esa lectura sea la correcta.

Otras dos posibles menciones a esta divinidad aparecerían grabadas en sendas aras de piedra localizadas en Coninbriga (Portugal) y Trujillo (Cáceres). Lamentablemente ambas piezas se encuentran en paradero desconocido desde el siglo XIX, con lo que, independientemente de su interpretación, no hay seguridad ni siquiera de que fueran auténticas. Y es que tenemos constancia de la existencia de varias inscripciones falsificadas en las que se hace mención a este dios.

Pero a pesar de la poca consistencia de los datos citados hasta ahora, hay que reconocer que encontramos otras fuentes que sí que nos pueden aportar una información crucial. En el caso del hallazgo en Huelva en 1975 de una inscripción que podría confirmar el culto a esta divinidad. Sobre un vaso griego datado en el siglo VI a. C., alguien grabó una posible dedicatoria a Niethos, divinidad que algunos autores, como Almagro Gorbea, consideran es el mismo Netón. Si se confirmara esta interpretación, se debería considerar la existencia de una divinidad indígena con ese nombre ya en época tartésica, a la que se habría seguido rindiendo culto en época posterior en una amplia zona del sur peninsular y, posiblemente, más al norte, ya que encontramos varias inscripciones con nombres que podrían derivarse de nuestro teónimo. Por ejemplo, en la cara A del bronce de Botorrita I, aparece la palabra *neito*, mientras que en dos inscripciones de Ullastret (Gerona) y un monumento de piedra de Binéfar (Huesca),

aparece la palabra *Neitin*. De todos modos, habría que tomar estas interpretaciones con precaución, ya que no todos los investigadores están de acuerdo en que estas inscripciones se refieran a la divinidad de que hablamos.

En conclusión, podemos decir que aunque no hay ninguna prueba irrefutable de ello, es posible la existencia de una divinidad indígena prerromana con el nombre de Netón/Neto/Neitin, con atributos guerreros, y a la que se habría rendido culto en el sur peninsular y, posiblemente, también en la Celtiberia.

Por lo que respecta a las Islas Baleares, tenemos un considerable número de estatuillas de bronce que se han identificado como la representación de una divinidad guerrera. Muestran todas ellas una iconografía muy similar: un varón desnudo pero en posición amenazante, armado con una lanza y protegido con escudo y casco, que puede tener una tipología muy variada. Aunque la mayoría de piezas proceden de excavaciones antiguas y hallazgos casuales, todo indica que se encontrarían originariamente en santuarios y otros lugares de culto, y solo han aparecido en Mallorca y Menorca.

Se desconoce la divinidad concreta a la que harían referencia, con lo que hay investigadores que las relacionan con el dios oriental que aparece en numerosas estatuillas por el Mediterráneo, y a las que se conoce como *smiting gods*, que representan a una divinidad guerrera siempre con su brazo derecho levantado, al parecer blandiendo una lanza, perdida en la mayoría de los casos; mientras que otros autores consideran que más bien sería un trasunto del dios de la guerra itálico, Marte, de donde deriva el nombre con el que tradicionalmente se viene designando a estas piezas: Mars Balearicus.

Al encontrarse la mayoría fuera de contexto y ser piezas perdurables que podrían haberse utilizado durante mucho tiempo, es difícil darles una cronología concreta, aunque se suelen situar entre los siglos IV y II a. C. Tampoco está claro su lugar de producción, pero su claro regusto clásico parece indicar para algunas de ellas una procedencia itálica, más concretamente etrusca, y que habrían sido traídas por comerciantes o mercenarios retornados, pero no se

descarta su manufactura en otros lugares, incluidas las propias Islas Baleares, ya fueran obra de artesanos locales o foráneos.

RITOS Y CULTO

Desconocemos casi todo de los rituales religiosos practicados por los indígenas a la hora de relacionarse con los dioses, ya que la mayoría de ellos no han dejado huella en el registro arqueológico y apenas aparecen mencionados en las fuentes, pero tenemos pistas sobre algunos de ellos. Por ejemplo, se ha documentado tanto en el área ibérica como en el interior y norte peninsular la ofrenda de armas a las divinidades, aunque no sería algo frecuente, ya que en buena parte de estos territorios el destino más habitual para las armas era su depósito en las tumbas, algo en lo que se parecerían a los etruscos y otros pueblos itálicos.

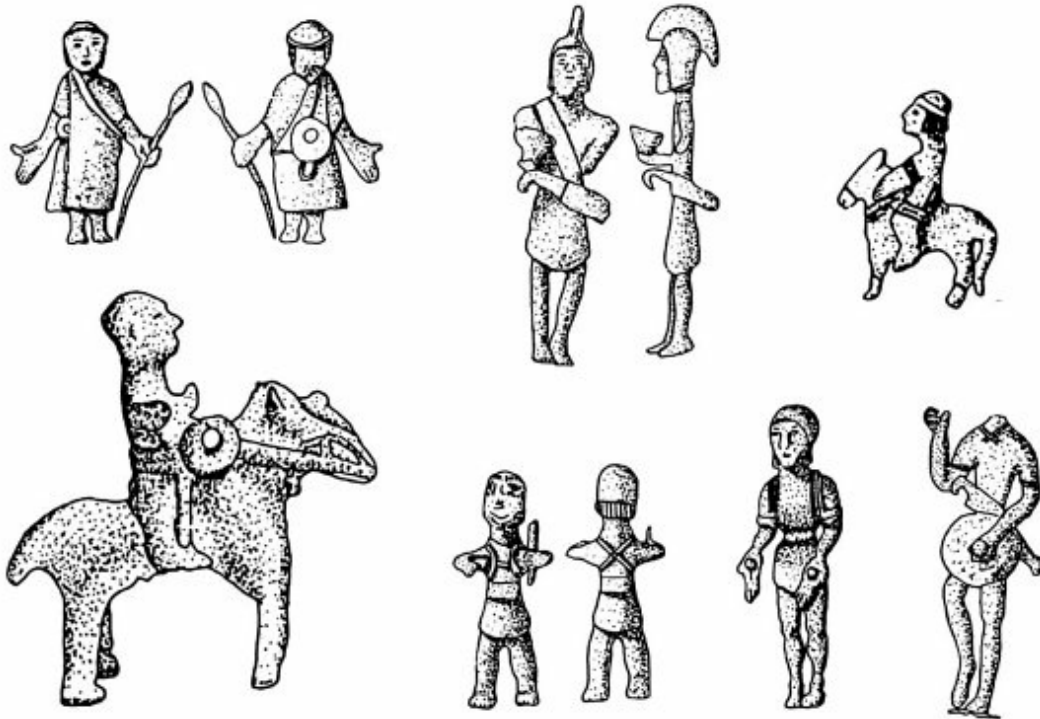
Entre los escasos ejemplos conocidos, podemos indicar que en el ámbito ibérico se han localizado armas en algunos lugares con funciones culturales, donde habrían sido depositadas por los fieles, quizás en agradecimiento por alguna victoria militar, aunque esta no sería una práctica tan habitual como en los ámbitos itálico o griego, donde las armas son relativamente frecuentes en todo tipo de santuarios y lugares de culto. Por ejemplo, en el santuario del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete), aparecieron diversas armas de hierro (falcatas, puntas de lanza y flecha, puñales, etc.) en muy mal estado de conservación. También se han encontrado armas en los santuarios jienenses del Castellar de Santisteban y el Collado de los Jardines (Santa Elena), tanto de tamaño real como en miniatura, La Encarnación (Murcia), La Serreta (Alcoy, Alicante), etc. Una miniatura de falcata se localizó también en el santuario de El Cigarralejo (Mula, Murcia). Luego hablaremos de las espadas perforadas localizadas en yacimientos catalanes, algunas de las cuales podrían haber estado expuestas en santuarios.

Bien conocidas en el interior y norte peninsular son las deposiciones de armas, generalmente espadas y cascos, en ríos y

lagos; aunque en algunos casos nos encontramos con el problema de distinguir en estos hallazgos entre las ofrendas a las divinidades y las simples pérdidas accidentales de estas armas, que también las habría. Aunque lo cierto es que una parte importante de las armas encontradas en estas circunstancias tienen evidencias de haber sido inutilizadas de forma intencionada antes de ser arrojadas al agua, lo que nos indica voluntariedad en la acción. Otro factor que dificulta el estudio de las circunstancias que rodean a estas piezas es el hecho de que buena parte de ellas procedan de hallazgos casuales, por ejemplo durante obras de dragado. Estas deposiciones votivas serían relativamente frecuentes durante la Edad del Bronce, pero mucho más raras en el momento posterior que aquí estudiamos, y los hallazgos se concentran en las desembocaduras y vados interiores de ríos de la vertiente atlántica peninsular y sus afluentes. Sin duda el hallazgo acuático más conocido para la época que nos ocupa es el del casco hispano-calcídico localizado en La Fuentona, junto al nacimiento del río Avión, en Muriel de la Fuente (Soria), datado entre finales del siglo IV y principios del III a. C.

Otra modalidad de ofrenda es la que se realizaba introduciendo las armas en las grietas de las rocas. Esto se conocía ya en el santuario de Los Almaciles (Granada), donde parece ser que se encontraron algunas falcatas en miniatura encajadas en las fisuras de la piedra, pero recientemente se ha puesto de manifiesto también en el área celtibérica, con el conocido caso de los cascos hispano-calcídicos expoliados del yacimiento celtibérico de Aranda del Moncayo (Zaragoza), que, al parecer, se localizaron introducidos en grietas de las rocas tras haber sido concienzudamente aplastados. Tampoco se descarta que alguno de estos cascos procediera de un posible santuario situado dentro del mismo asentamiento.

EXVOTOS DE BRONCE IBÉRICOS



Exvotos de bronce ibéricos representando guerreros, tanto a pie como a caballo. Dibujos de L. Prados Torreira (1988).

Los exvotos de bronce son, sin duda, una de las muestras más reconocibles del arte ibérico, pequeñas figuritas de entre siete y once centímetros de altura, fabricadas en bronce por el procedimiento de la cera perdida y que pueden representar figuras humanas completas o partes de ellas, animales (sobre todo caballos) u objetos, entre los que destacan las miniaturas de armas, como falcatas. Se han localizado más de 10.000, aunque la mayoría proceden de solo dos yacimientos: el Collado de los Jardines (Santa Elena) y la Cueva de la Lobera (Castellar de Santisteban), ambos en la provincia de Jaén. Hay otros focos de localización de estos exvotos, aunque con una producción más modesta y tardía, por ejemplo el Santuario de la Luz en Murcia.

Los exvotos eran ofrendas que las gentes realizaban en determinados lugares de culto con las que solicitaban un favor a las divinidades o les agradecían uno ya recibido.

Dentro del grupo de figuras humanas encontramos hombres y mujeres oferentes o en actitud de plegaria, pero también bastantes guerreros, tanto a pie como a caballo, muchas veces presentando sus armas a la divinidad.

Dado que estas figuras se fabricaron durante toda la vida de la cultura ibérica, hasta bien entrada la romanización, en ellas se puede seguir la

evolución del equipamiento militar, aunque hay que tener en cuenta que en muchas ocasiones se emplearían convenciones a la hora de representar estas figuras, lo que puede implicar anacronismos en la forma de vestir o en el armamento que portan.

También hay que tener muy presente que la técnica empleada en su fabricación hacía muy difícil con los medios de la época la representación de determinados elementos, con lo que las espadas se muestran a menudo muy cortas, como si fueran puñales, las *caetrae* suelen ser demasiado pequeñas, y las lanzas se realizaban aparte y se añadían con posterioridad, por lo que los exvotos aparecen normalmente sin ellas.

En el noreste peninsular han sido localizadas diversas espadas tipo La Tène, y sus vainas, perforadas de tal modo que los investigadores consideran que estuvieron clavadas sobre algún soporte en el interior de edificios singulares, por ejemplo en l'Illa d'en Reixac (Ullastret) o Más Castellar (Pontós), ambos en la provincia de Gerona. En el primer asentamiento, junto a las espadas aparecieron cráneos perforados o atravesados por grandes clavos de hierro, y que también habrían estado expuestos en los muros de algunos edificios o en las murallas. Aunque no está claro que los lugares donde aparecieron tuvieran una finalidad religiosa, la funcionalidad ritual de estas armas perforadas parece clara. Sobre el tema de los cráneos enclavados volveremos más adelante.

Encontramos también armas utilizadas en rituales domésticos. En algunos casos las piezas se embuten en los muros u otra parte de la construcción, como los dos ejemplos que vamos a comentar, pertenecientes a ámbitos culturales muy diferentes. En el Cerro de la Merced (Cabra, Córdoba), y por lo tanto en área ibérica, se localizó recientemente una manilla de hierro de escudo circular empotrada dentro de un muro de obra, justo frente a la puerta de un edificio aristocrático. Esta pieza, además, tiene sus particularidades, en primer lugar por su antigüedad, ya que es más propia del siglo III a. C., aunque se encontraba en un edificio de finales del siglo II a. C.; y por otro lado por su tamaño, ya que mide cerca de sesenta centímetros, lo que implica que habría pertenecido a un escudo

mayor a lo habitual. El motivo de colocar esa pieza allí no es conocido con total seguridad, pero todo indica una finalidad apotropaica, es decir, protectora. Alguien habría colocado aquella manilla de escudo, que no olvidemos que es un arma defensiva, un elemento de protección, dentro del muro para que protegiera la entrada al edificio y a los que en él habitaban.

El otro ejemplo a comentar es una vaina de puñal de tipo Monte Bernorio localizado en la importantísima ciudad vaccea de Pintia (Padilla de Duero, Valladolid). Se trata de una pieza datada en el siglo IV a. C. que fue cuidadosamente depositada sobre una peanilla de barro y enterrada al pie de un banco de obra, todo en un salón de banquetes datado ya en el siglo I. Por lo tanto, estamos de nuevo ante la amortización de un arma antigua dentro de una estructura de habitación muy posterior, ya que la fecha de fabricación de la vaina dista entre trescientos y cuatrocientos años de la de su enterramiento. En este caso, los investigadores lo interpretan como una ofrenda fundacional realizada con ocasión de una reforma de la vivienda, y con ella se buscaría también la protección del edificio y sus moradores. Para ello utilizaron una pieza de lujo de gran significación y que, muy posiblemente, habría pertenecido a algún ilustre antepasado.

Como vemos, en ambos casos se utilizan piezas de armamento antiguo, que con seguridad tendrían una significación especial para sus propietarios, para buscar una protección mágica o religiosa de un edificio. Es de suponer que estas deposiciones irían acompañadas de algún tipo de ritual del que no nos han quedado huellas.

LAMUERTE DEL GUERRERO

En unas sociedades como las que habitaban la península ibérica en época prerromana, en las que ya hemos visto que el ideal guerrero estaba muy presente en la vida de los varones, no podemos olvidarnos del momento final, el de la muerte, que lógicamente todos deseaban que se produjera en combate y con las armas en la mano.

Esta mentalidad guerrera queda reflejada en la presencia en las sepulturas de las armas del difunto, al que acompañarían también al más allá.

Antes de hablar de los rituales seguidos tras el fallecimiento de una persona hemos de recordar que solo una parte de la población era enterrada en las necrópolis, por lógica aquella que gozaba de una posición socioeconómica más elevada. Desconocemos el destino que se daría al resto, a los más desfavorecidos. Esto supone una enorme discriminación, ya que a una parte importante de la sociedad se le negaban unos ritos que debían permitirles el renacimiento en el más allá. De este modo vemos cómo los rituales funerarios eran utilizados por las élites como un elemento más para reforzar los vínculos de pertenencia a esas clases privilegiadas y diferenciarles del resto.

Ya hemos indicado que una característica que se repite en buena parte de los pueblos prerromanos peninsulares es la presencia de armas en sus tumbas. Pero, como también dijimos antes, una conclusión a la que han llegado los investigadores al estudiar las sepulturas es que la aparición de armas en ellas no tiene por qué significar necesariamente que allí se enterrara un guerrero, parece ser más bien un indicador social, quizá la señal de que nos encontramos ante la sepultura de un hombre libre, y por lo tanto con derecho a portar armas. Esa sería la razón de que también hayan aparecido armas en algunas tumbas infantiles, y aunque en la mayoría de estos casos se trataba más bien de adolescentes, también se conocen armas en algunas tumbas de niños de corta edad, por ejemplo, la número 21 de la necrópolis vaccea de Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid), que albergaba una punta de lanza y la guarda de un puñal tipo Monte Bernorio junto a los restos de un infante de tan solo tres años.

Aunque hemos visto que la cremación era el rito funerario generalizado en la protohistoria peninsular, sabemos que este no era el único. Ya hemos dicho antes que desconocemos el destino final de los muchos cuerpos que no se enterraban en las necrópolis, pero, además, las fuentes nos indican que en el área meseteña, al menos entre los celtíberos y los vacceos, y quizá también entre los cántabros,

el destino que se reservaba para los caídos en combate no era la pira funeraria, sino la exposición del cadáver para que fuera devorado por los buitres, aves consideradas sagradas, ya que pensaban que trasladaban al cielo el alma del difunto.

Los vacceos ultrajan los cuerpos de los cadáveres de los muertos por enfermedad, ya que consideran que han muerto cobarde y afeminadamente, y los entregan al fuego; pero a los que han perdido la vida en la guerra los consideran nobles, valientes y dotados de valor y, en consecuencia, los entregan a los buitres porque creen que estos son animales sagrados.

CLAUDIO ELIANO, *Varia Historia*. X, 22.

No hace mucho se encontró en la necrópolis de Pintia una lámina de bronce recortada con la forma de una cabeza de buitre, algo que los investigadores ponen en relación con esta idea de los carroñeros como animales psicopompos, acompañantes del alma de los difuntos hasta el más allá.

Lo dicho en las fuentes sobre la exposición de los cadáveres parece ser refrendado por la iconografía, donde los ejemplos más conocidos son, sin duda, las dos representaciones de aves sobre guerreros caídos localizadas en Numancia. También se ha sugerido que una escena similar está representada en la parte inferior de la estela discoidal cántabra de Zurita de Piélagos.

Aunque las fuentes no mencionan esta práctica para el ámbito cultural ibérico, encontramos dos escenas donde bien pudieran estar representadas. Por un lado tenemos la llamada estela del Palao (Alcañiz, Teruel), al parecer parte de un monumento mayor, que muestra un jinete armado con lanza y caetra, y a los pies de su caballo, el cuerpo de otro hombre, al parecer muerto y desnudo. Junto a él se aprecian lo que parecen ser tres buitres a punto de devorarle una mano y los pies. Entre las aves se distingue también un lobo o perro. La escena se completa con una gran mano en la parte superior izquierda, de la que hablaremos más adelante. El monumento se ha datado entre los siglos II y I a. C.

También podría ser interpretada en el mismo sentido la imagen que encontramos sobre un vaso ibérico localizado en Libisosa (Lezuza, Albacete), es decir, en plena zona ibérica, en la que se ve un ave lanzándose en picado sobre lo que parece el cadáver de un guerrero junto a una lanza. Es de destacar que esta última pieza está datada en pleno siglo I a. C., es decir, un momento en el que la actual provincia de Albacete estaría ya en pleno proceso de romanización.



Posibles representaciones de cadáveres de guerreros expuestos a los buitres. Las dos de arriba proceden de Numancia (Soria), mientras que la de abajo fue localizada en Libisosa (Lezuza, Albacete). Dibujos del autor.

Otra modalidad de enterramiento con armas, aunque no en el ámbito estrictamente peninsular, es la que se ha documentado en las islas de Mallorca y Menorca, consistente en la utilización de cuevas

naturales como necrópolis y el cubrimiento de los cuerpos allí sepultados con cal. Curiosamente, el uso de la cal está presente por igual en las inhumaciones, más típicas de la tradición isleña, y en las cremaciones, introducidas por influencias externas. Como hemos visto en el apartado dedicado al mercenariado, entre el ajuar de estos enterramientos han aparecido algunas armas como espadas, un regatón y sobre todo cuchillos, pero ninguna arma defensiva.

Uno de los aspectos que siempre ha llamado la atención de los arqueólogos que excavan las necrópolis protohistóricas hispanas es que las armas depositadas en las tumbas aparecen normalmente inutilizadas de forma intencionada: los cascos han sido chafados o destrozados a golpes de espada, los *soliferrea* se encuentran enrollados sobre sí mismos, las espadas dobladas y con el filo mellado a golpes, e incluso hay puntas de lanza que también han sido dobladas en ángulo. Con frecuencia las manillas de los escudos aparecen dentro de las urnas funerarias, a veces retorcidas y aplastadas, lo que evidencia que también estos han sido quemados previamente en la pira funeraria.

Los investigadores han tratado de dilucidar el motivo de esta inutilización, y aunque una hipótesis sostuvo en el pasado que se trataba de una simple cuestión práctica para poder introducir las armas en la fosa que, lógicamente, en las cremaciones era de pequeñas dimensiones, hoy pocos dudan de que los motivos serían más complejos, ya que es evidente un intento deliberado de inutilización de esas armas. Y no se trataba tan solo de evitar que pudieran ser robadas y utilizadas por otros, dado que uno de los pasos en el ritual funerario era su cremación en la misma pira del difunto; las altas temperaturas alcanzadas, de hasta 900 grados, dañaban irremediablemente el metal dejando las armas inservibles, con lo que nadie iba a robar unas armas que sabían que no valían para nada. ¿Por qué entonces destrozarse antes esas armas que el fuego se iba a encargar de inutilizar? Cada vez son más los que consideran que había motivos ideológicos y religiosos, que requerían la total

destrucción de las armas para que estas pudieran ser usadas por el difunto en el más allá.

Y es que el mundo de los ritos funerarios relacionados con el armamento apenas empiezan a ser conocido de una forma superficial y, por ejemplo, son bastante recientes los primeros estudios que analizan la posición de las distintas armas dentro de la fosa, que en muchos casos seguía unos patrones perfectamente definidos. Un ejemplo lo encontramos en la necrópolis de Cabezo Lucero (Guardamar de Segura, Alicante), donde las falcatas se colocaban alineadas en sentido este-oeste, quizá sugiriendo una semejanza entre el transcurso de la vida y el movimiento del sol: nacimiento-salida por oriente y muerte-puesta por occidente. En esta misma necrópolis vemos que, con frecuencia, los escudos no fueron quemados y se utilizaron como base sobre la que se depositaban las demás armas, colocando siempre en la posición superior la lanza, lo que podría indicar que se le otorgaba una importancia simbólica superior al resto.

Se echan de menos estudios similares para necrópolis del resto de áreas culturales peninsulares, que ayudarían mucho a comprender unos rituales que cada vez se nos presentan como más complejos y llenos de significados, que, en su mayoría, aún se nos escapan. Aquí encontramos el problema añadido de que muchas de las excavaciones, sobre todo en la meseta, son muy antiguas, con lo que en muchos casos ni siquiera tenemos claro qué armas concretas se encontraron dentro de cada tumba, no digamos ya su posición dentro de ella.

¿COMBATES EN HONOR DE LOS MUERTOS?

Como hemos visto anteriormente, en el arte prerromano hispano son relativamente frecuentes las escenas de combate por parejas, y no son pocos los investigadores que consideran que al menos una parte de estas pudieran corresponderse con duelos rituales con un carácter funerario.

Los combates funerarios en honor a personajes destacados de la sociedad serían bastante habituales en la Antigüedad, y los podemos ver perfectamente descritos incluso antes, como en la *Ilíada* de Homero, donde Aquiles organiza estas luchas en honor al fallecido Patroclo, y ya en el ámbito que nos ocupa los volvemos a encontrar en los funerales por el caudillo lusitano Viriato, narrados así por el historiador Apiano:

El cadáver de Viriato, magníficamente vestido, fue quemado en una altísima pira; se inmolaron muchas víctimas, mientras que los soldados, tanto los de a pie como los de a caballo, corrían formados alrededor con sus armas y cantando sus glorias al modo bárbaro y no se apartaron de allí hasta que el fuego fue extinguido. Terminado el funeral, celebraron combates singulares sobre su túmulo.

APIANO, *Iberia*, 71.

Diodoro Sículo añade que en estos duelos ante la pira de Viriato se batieron nada menos que doscientas parejas de guerreros.

Para el área ibérica encontramos una narración de Tito Livio que nos aporta mucha e interesante información, a pesar de proceder del ámbito romano. Se trata de los funerales por los generales romanos Publio y Cneo Escipión, celebrados en Cartagena en 208 a. C., cuando Escipión el Africano, hijo del primero de ellos, consiguió recuperar los restos de sus parientes, muertos en combate tres años antes. Según Livio, en honor a los fallecidos se celebraron combates entre guerreros enviados por los dirigentes de numerosas ciudades ibéricas para que demostraran su valor y su temple. También, y este es un dato muy interesante, lucharon particulares que tenían diferencias sin resolver y querían dirimirlas por las armas e, incluso, el historiador romano nos dice que se batieron dos príncipes íberos de nombres Corbis y Orsua, primos para más señas, que se disputaban el poder sobre la desconocida ciudad de Ibe. Muy importante es el detalle indicado por Livio, según el cual, cuando Escipión se ofreció para mediar entre ambos, estos rechazaron su intervención, indicando «que no aceptarían el arbitrio de nadie, fuera hombre o

dios, excepto de Marte, y solo a él apelarían». Esto nos estaría indicando que estos combates gladiatorios funerarios se realizaban en honor de un dios de la guerra, que el historiador romano asimila a Marte.

Aparte de esta mención, no tenemos narraciones específicas en relación al mundo indígena peninsular, aunque sí contamos con diversas manifestaciones artísticas que muy bien podrían representar estos combates funerarios. A pesar de que no haya certeza sobre su significado real, tenemos el tantas veces citado conjunto escultórico del Cerrillo Blanco de Porcuna, que incluye varias escenas de combates a pie y a caballo, aunque por desgracia la sistemática destrucción a que fueron sometidas las esculturas nos impiden conocerlas mejor. De gran importancia también es la ya mencionada «urna de los guerreros», hallada hace pocos años en el interior de una rica tumba de cámara en la necrópolis de Piquía (Arjona, Jaén), y datada en el siglo I a. C., es decir, en pleno proceso de romanización.

Las cuatro caras de esta caja de piedra están decoradas con relieves que muestran escenas de lucha, siempre por parejas. Por motivos de espacio, los lados largos se han aprovechado para mostrar las escenas con caballos, en uno se ve a un jinete armado con lanza enfrentándose a un infante que se defiende con una especie de porra; en el lado opuesto encontramos dos jinetes enfrentados, uno portando lanza y el otro defendiéndose con una caetra.⁸ En uno de los lados menores se ha plasmado el enfrentamiento entre dos infantes armados con falcatas, que se protegen uno con una caetra y el otro con un *scutum*,⁹ mientras que en el último lado se enfrentan sendos combatientes armados del mismo modo, con caetra y lanza, ante un tercer individuo, desnudo, expectante y sin armas, que se encuentra entre ellos, lo que parece identificarlo como un árbitro o juez.

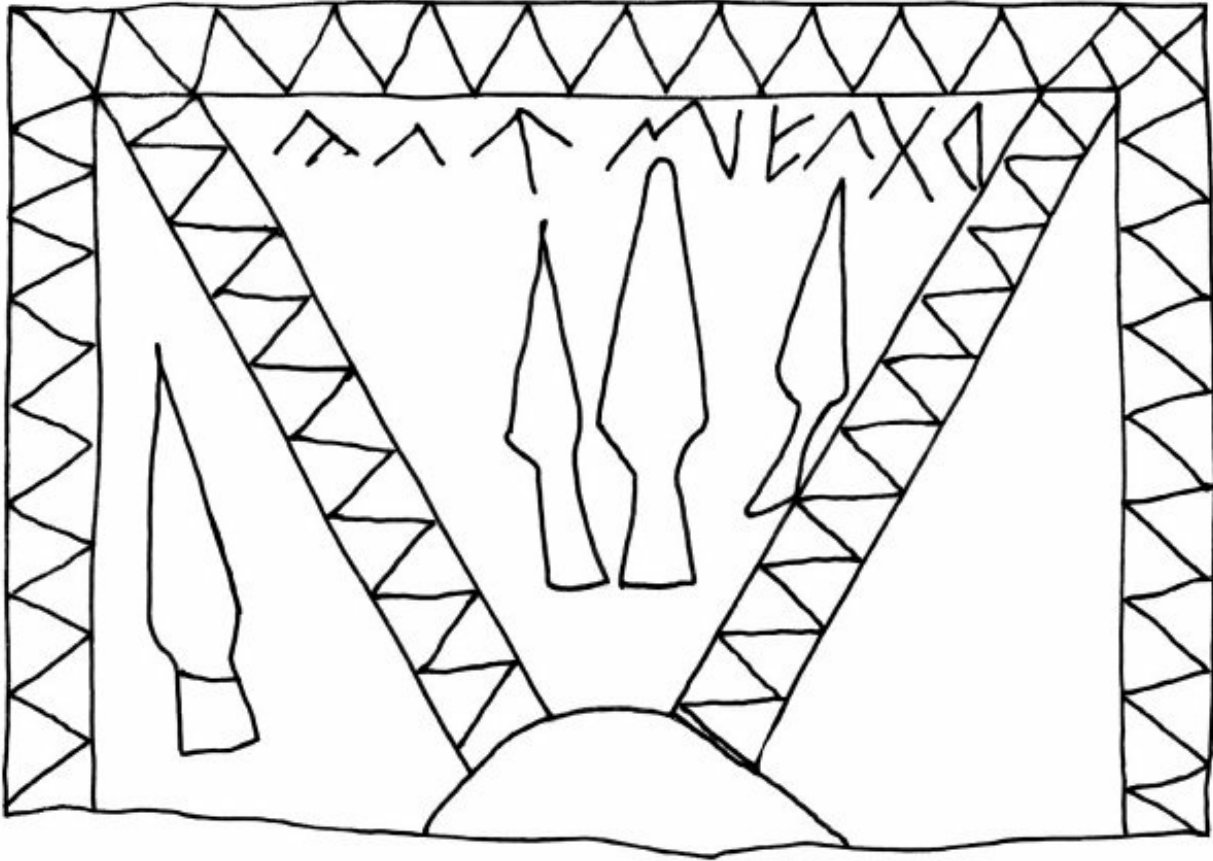
Estos elementos, y el hecho de que se hayan representado sobre una urna cineraria, han llevado a los investigadores a proponer que lo que los relieves nos muestran serían combates funerarios celebrados durante los funerales en honor del difunto.

Si hacemos caso a lo referido para otras culturas contemporáneas, la mayoría de estos duelos se librarían a primera sangre, con lo que no sería habitual la muerte de ninguno de los combatientes, aunque sin duda se producirían bajas.

LAS ESTELAS CON PUNTAS DE LANZA DEL BAJO ARAGÓN

Nos encontramos ante un grupo de piezas bastante uniforme, formado por una veintena de estelas de piedra localizadas en diversos puntos del Bajo Aragón, más otras seis localizadas en Cataluña, en las que se ha representado un número variable de puntas de lanzas. En la mayoría aparece únicamente la punta o moharra, aunque hay varias en las que se ha representado también el asta, e incluso en una de ellas los regatones. Algunas piezas incluyen en la escena otros elementos, como jinetes o caballos solos, perros o una mano cortada.

Los investigadores aún no se han puesto totalmente de acuerdo sobre el significado final de estas estelas, pero lo ponen en relación con una cita de Aristóteles, que escribió lo siguiente:



Fragmento de estela ibérica representando puntas de lanza procedente de Mas de Madalenes (Cretas, Teruel). Dibujo del autor.

Entre los íberos, pueblo belicoso, se elevan tantas lanzas en torno a la tumba de un hombre como enemigos haya aniquilado.

ARISTÓTELES, *Política*, VII, 2, 11; 1324b.

Algunos estudiosos han llegado a la conclusión de que esta costumbre antigua de clavar lanzas alrededor de las tumbas se podría haber transformado más tarde en el grabado de las puntas sobre las estelas, ya que mientras el texto del filósofo griego está fechado en el siglo IV a. C., las estelas que comentamos se vienen datando entre los siglos II y I a. C., aunque hay que tener en cuenta que todas las estelas han sido localizadas sin contexto arqueológico, con lo que su datación no puede considerarse segura al cien por cien. El hecho de que estas piezas no se hayan encontrado en su posición original ha hecho dudar a algunos investigadores, incluso, de que se trate realmente de estelas

funerarias —la hipótesis más admitida—, ya que por regla general no se encuentran en ámbitos funerarios. Otras opciones barajadas son que nos encontremos ante monumentos conmemorativos o hitos fronterizos.

De todos modos, la costumbre de clavar lanzas en ámbitos funerarios ha podido ser documentada arqueológicamente en necrópolis ibéricas, como la de El Cigarralejo (Mula, Murcia) y La Oriola (Amposta, Tarragona), pero solo en el interior de algunas tumbas, donde han aparecido puntas clavadas dentro de la fosa, desconociéndose si en algún momento las hubo también sobre ellas.

No parece que el número de puntas tenga relación directa con el número de enemigos muertos, ya que con frecuencia se adapta al espacio disponible. Los investigadores consideran que las puntas serían en realidad una abstracción de la guerra, el combate y la victoria.

Se considera que estas representaciones son propias del área aragonesa, y que las estelas localizadas en Cataluña podrían relacionarse con el estacionamiento en campamentos romanos de tropas auxiliares procedentes del Bajo Aragón, pero encuadradas en las legiones que se dirigían a combatir a la Galia.

EL CULTO AL CRÁNEO Y LAS CABEZAS CORTADAS

Un tema sobre el que se ha escrito bastante en los últimos años, pero que todavía plantea más preguntas que respuestas, es el de las decapitaciones y el posible culto al cráneo entre los habitantes prerromanos de la península ibérica.

De todos son conocidas las referencias en las fuentes a diversas prácticas de los celtas en relación a las cabezas cortadas. Son varios los autores antiguos que nos hablan de la costumbre de guardar en sus casas las cabezas de los enemigos muertos, conservadas en aceite de cedro, para enseñarlas, orgullosos, a las visitas; y Estrabón nos dice también que, una vez finalizado el combate, los celtas colgaban de sus monturas las cabezas de los enemigos muertos y las llevaban a

casa para exponerlas como trofeos. Este autor añade que esta era una costumbre habitual entre la mayoría de pueblos del norte.

Pero, como decimos, los textos mencionados se refieren a los celtas de más allá de los Pirineos, con lo que no hay seguridad de que estas prácticas fueran también comunes en la península ibérica, aunque tenemos algunos indicios que apuntan en esa dirección. Quizá la más clara es una cita de Diodoro Sículo referida a la toma de Selinunte en el año 409 a. C., en la que nos dice lo siguiente referido a los mercenarios hispanos que formaban parte del ejército cartaginés:

Según su costumbre, mutilaban los cadáveres; unos se ceñían el cuerpo con manos cortadas, otros blandían cabezas en las puntas de las lanzas y jabalinas.

DIODORO SÍCULO, *Bibliotheca historica*, XIII, 56.5-sq.

Pero también es cierto que por una única cita no podemos hacer extensiva esa costumbre al resto de pueblos peninsulares. ¿O sí?

Algunos autores ponen en relación con las prácticas galas a las que nos referíamos antes las cabezas de piedra que se han localizado sobre todo en el área *castrexa*, aunque también han aparecido en otras áreas *celtizadas*, por ejemplo de Extremadura. Por cierto, que algunas de las halladas en el noroeste podrían pertenecer a esculturas de guerreros que han aparecido decapitadas, algo similar a lo que vemos con diversas piezas del santuario ibérico del Cerro de los Santos (Montealegre, Albacete), pero en otras es evidente que fueron esculpidas desde un primer momento como piezas exentas, ya que incluso presentan una protuberancia en la parte posterior para embutirlas en un muro y que quedaran así expuestas, como las que conocemos en Acebo y San Martín de Trevejo, en la cacereña Sierra de Gata.

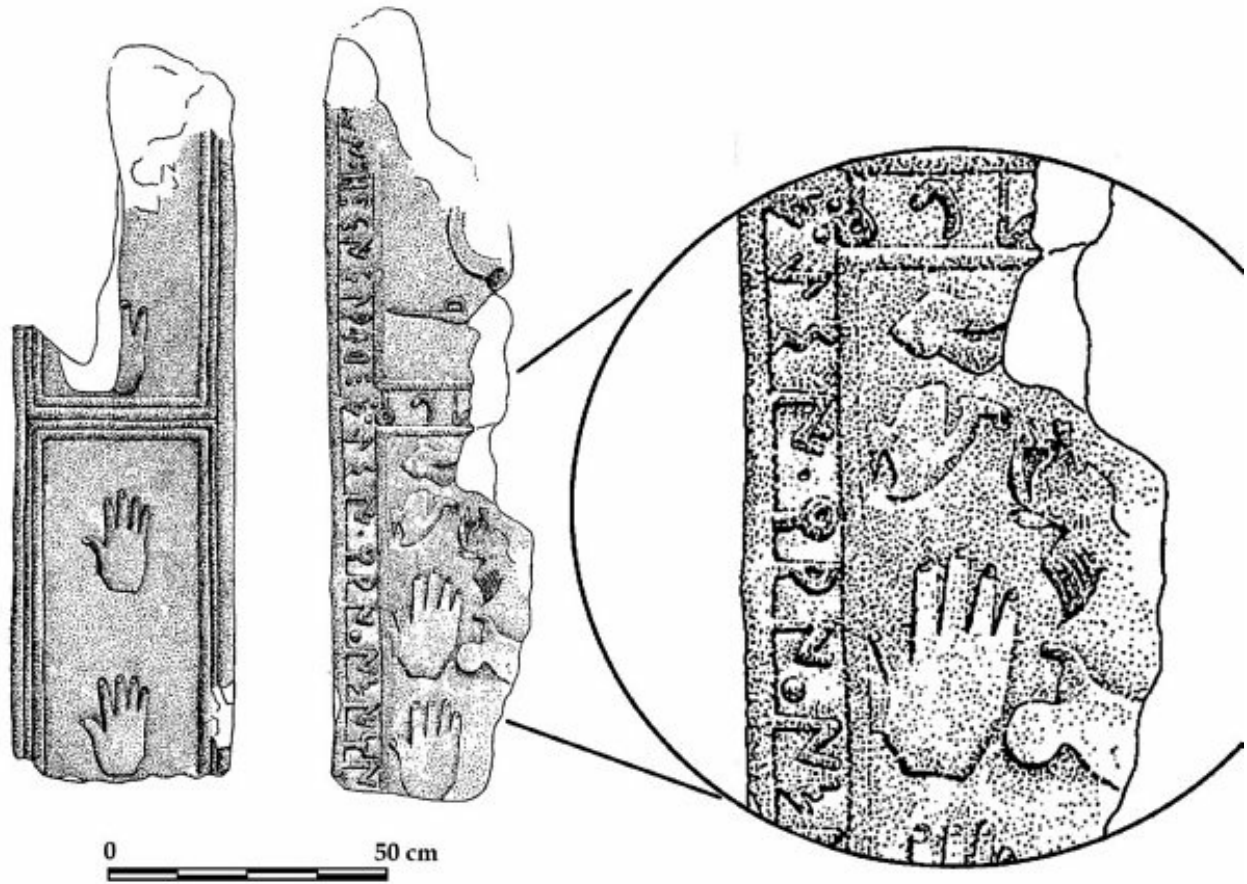
Algunos investigadores consideran que, más que trofeos de guerra, estas cabezas representarían sacrificios humanos en honor a las divinidades.

No tenemos tan claro que las múltiples representaciones de cabezas y rostros humanos que aparecen en piezas de las más

variadas tipologías: armas, vasijas, joyas, etc., repartidas por la mayoría de áreas culturales peninsulares, representen siempre cabezas cortadas, tal como mantienen diversos autores, aunque reconocemos que habría algunas excepciones que sí parecen más evidentes, por ejemplo diversas fíbulas meseteñas de las denominadas «de caballito», entre las que destaca la conocida pieza aparecida en Lancia (Villasabariego, León), que muestra a un guerrero a caballo con una cabeza humana exenta bajo el morro del animal, y que podría representar a un enemigo muerto. O el báculo celtibérico de Numancia, con dos prótomos de caballo, bajo el morro de cada uno de los cuales hay una cabeza humana, y otras dos más en las oposiciones que deberían ocupar las patas del animal.

Diferente parece el caso de las numerosas esculturas ibéricas de leones con una cabeza humana en sus fauces o bajo una de sus patas, de las que se conocen en torno a una docena, la última de las cuales apareció en 2013 junto a la puerta norte de Cástulo (Linares, Jaén). Los estudios parecen indicar que la mayoría procederían ya de un momento en que la romanización estaba introduciendo elementos simbólicos nuevos, y este sería uno de ellos.

Un caso especial es el de la pieza recuperada en la partida de La Vispesa, en Binéfar (Huesca), identificada como parte de un monumento más complejo. Se trata de un bloque de piedra arenisca con forma de paralelepípedo que presenta textos ibéricos y figuras en relieve. Entre estas figuras destacan dos siluetas humanas, una aparece descuartizada, seccionada por la cintura, sin cabeza ni manos; la otra, aunque incompleta por rotura de la piedra, muestra claramente que no tiene manos. Entre ambas figuras se talló un grifo, la mítica criatura con cuerpo de león y cabeza de águila. Además, tanto en su cara frontal como en la lateral que se conserva, aparecen varias manos amputadas de gran tamaño.



Monumento de La Vispesa (Binéfar, Huesca). Dibujo de F. Marcos y V. Baldellou (1976).

Pero la existencia de indicios de posibles rituales en los que los cráneos humanos eran un elemento destacado se ha propuesto en más lugares, algunos muy distantes entre sí. Por ejemplo, en el poblado de La Hoya (Laguardia, Álava) se produjeron dos hallazgos bastante elocuentes. Por un lado, se localizó una vasija junto a la cual descansaba una bóveda craneal humana, interpretándose por los investigadores que el recipiente era una ofrenda hecha a la cabeza allí depositada. En otro punto del mismo yacimiento se encontraron sendas losas de piedra cubiertas de grafitos grabados, dos de los cuales parecen representar figuras humanas sin cabeza. Hay que destacar que, tanto estas piedras como la bóveda craneal anterior, se encontraban dentro de sendos edificios singulares, es decir, no parece tratarse de simples viviendas.

Mucho más claras son las evidencias de culto al cráneo en el yacimiento de La Alcudia (Elche, Alicante), donde al excavar un edificio de más que probable finalidad religiosa, se localizaron en el suelo sendos depósitos de ofrendas muy próximos entre sí. En uno de ellos se había enterrado un cráneo humano, mientras que en el otro se depositaron varias cabezas pertenecientes a figuritas de terracota que habían sido deliberadamente decapitadas.

Por otra parte, durante los trabajos llevados a cabo por Blas Taracena en Numancia en 1940 se descubrieron varios cráneos dentro de las casas, todos ellos sin la mandíbula inferior. De entre todos los hallazgos destacaba el de cuatro cráneos aparecidos en una misma casa de la manzana XXIII, en concreto entre los derrumbes de una posible planta superior. Por desgracia carecemos de información que pueda aclararnos el motivo de la presencia de estas calaveras dentro de una vivienda.

CABEZAS ENCLAVADAS

Diferente es el caso de los cráneos humanos localizados en diferentes yacimientos catalanes, y datados entre el siglo V y el II a. C. Estos presentan agujeros que los atraviesan totalmente, y algunos incluso conservan los clavos con los que estarían sujetos a la pared o algún soporte. Se trata siempre de cráneos pertenecientes a varones adultos, y es imposible saber si procederían de personas ajusticiadas por algún motivo, si serían trofeos de enemigos muertos en combate, o si procederían de algún ritual que implicara sacrificio de víctimas humanas, pero las marcas revelan que al menos algunos habrían sido decapitados, es decir, que no se limitaron a recoger cráneos de esqueletos antiguos para enclavarlos.

En varios se han identificado también heridas ya cicatrizadas y otras recientes, posiblemente hechas poco antes de la decapitación, lo que parece indicar que se trataría de guerreros y que se habría producido una lucha previa a la muerte.

A principios del siglo XX se localizaron en el Puig Castellar (Santa Coloma de Gramanet, Barcelona), al parecer al pie de la muralla, varios cráneos perforados. Uno de ellos conservaba un clavo de 25 centímetros que lo atravesaba, y el resto presentaba manchas de óxido alrededor de los agujeros. El hecho de que fueran localizados al pie de la muralla hace pensar que, muy posiblemente, en origen estuvieron clavados en la parte exterior de la misma, de modo que fueran visibles para visitantes y posibles enemigos. Hay indicios de que estos cráneos también se expondrían en las fachadas de las viviendas de algunos notables, así como en un edificio singular de l'Illa d'en Reixac (Ullastret, Gerona), donde estaría adosado a una columna, seguramente clavado a un soporte. En unas excavaciones realizadas en 2012 en el Puig de Sant Andreu, también en Ullastret, se localizaron otros cinco cráneos perforados, concentrados en la misma calle donde se ha identificado un edificio singular, y con el que, muy posiblemente, habría que vincularlos.

Los cráneos enclavados parecen estar relacionados con las armas perforadas —en concreto espadas La Tène I a las que nos referíamos con anterioridad— que también se han localizado en algunos casos como el mencionado de l'Illa d'en Reixac y el Puig de Sant Andreu, donde acompaña a dos cráneos perforados. No queda claro si estas armas eran trofeos de guerra que se exponían en las paredes como pruebas de victorias concretas u ofrendas a las divinidades.

También han aparecido cráneos enclavados en otros asentamientos catalanes, como el Molí d'Espígol (Tornabous, Lérida) o Mas Castellar (Pontós, Gerona).

Podría estar relacionada con estos cráneos aislados la localización de sendas tumbas de incineración en la necrópolis del Turo dels dos Pins de Cabrera de Mar (Barcelona), dado que entre sus restos no aparece ningún hueso del cráneo, cuando normalmente son de los más frecuentes. Esto podría estar indicándonos una decapitación previa a su cremación, aunque es de suponer que esta no habría sido realizada por los mismos que los decapitaron, ya que no parece muy compatible profanar el cadáver quitándole la cabeza y

proceder luego a su cremación, un ritual que no era practicado sino con personas de una mínima posición social.

MANOS CORTADAS

También está documentada la costumbre de cortar las manos a los vencidos, práctica esta que fue bastante común en otras culturas mediterráneas, por ejemplo en Asiria y el Antiguo Egipto, donde aparece en numerosos relieves como modo de contabilizar las bajas enemigas tras una batalla.

Al cortar la mano derecha de un hombre se le priva de la posibilidad de portar armas, con lo que deja de ser un guerrero, y si se le amputan ambas se lo convierte en una persona dependiente e inútil, una carga para la comunidad. Para la mentalidad indígena se consideraría un castigo mucho peor que la muerte.

En la península ibérica contamos con diversas evidencias de esta práctica, tanto arqueológicas como documentales. Entre las primeras, sendos relieves localizados en el área ibérica de los que ya hemos hablado antes. Uno es el monumento de la Vispesa, decorado con numerosas manos amputadas, siempre la derecha, que, recordemos, es la que normalmente empuña las armas. El otro relieve aparece sobre la estela del Palao, y se encuadra dentro de una escena más compleja, con un jinete armado y el cadáver de otro guerrero a los pies del caballo. Pero lo que nos interesa a nosotros es la representación de una gran mano exenta en la parte superior izquierda de la composición. Al igual que en el monumento de la Vispesa, se trataría de la mano derecha. Los investigadores consideran que la mano representaría al guerrero derrotado y muerto.

Pero también las fuentes escritas nos hablan de estas amputaciones. En concreto disponemos de tres claros ejemplos. Por un lado, el texto que mencionábamos anteriormente de la toma de Selinunte en 409 a. C., en el que se dice que los mercenarios hispanos a sueldo de los cartagineses rodeaban su cintura con las manos amputadas a los vencidos. Por otro, Estrabón nos dice que los

lusitanos cortaban la mano derecha de los cautivos y las consagraban a sus dioses. Y un último ejemplo es el que nos transmite el historiador romano Sexto Aurelio Víctor, referido al ámbito celtibérico, al contarnos cómo un padre numantino, para elegir entre dos pretendientes, les dijo que entregaría a su hija a aquel que le presentara la diestra de un contrincante. Como vemos, encontramos evidencias de las amputaciones en las más diversas áreas culturales peninsulares, lo que parece indicar que fue una práctica ampliamente extendida.

En el capítulo dedicado a la conquista de Hispania veremos cómo los romanos utilizarán en diversas ocasiones la amputación de las manos como cruel castigo a los indígenas hispanos, aunque, por otra parte, Diodoro Sículo nos dice que fue precisamente de los hispanos de los que aprendieron los romanos esta práctica.

PARTE 2

LA HORA DE LA VERDAD

¿CÓMO LUCHABAN LOS INDÍGENAS HISPANOS?

Resulta prácticamente imposible saber con certeza cómo serían los conflictos armados en los momentos más antiguos de la protohistoria de la península ibérica. Las primeras fuentes que escriben sobre nuestro territorio, como la ya citada *Ora Marítima* de Avieno, se limitan a una somera descripción de las costas peninsulares y la enumeración de los pueblos indígenas que las habitaban, con muy pocos detalles sobre sus sociedades, economía, etc. Esto nos obliga a echar mano de otras fuentes más modernas, ya de tiempos de la segunda guerra púnica y posteriores, o intentar extrapolar lo que sabemos sobre otros pueblos mediterráneos contemporáneos. Ambas opciones tienen sus riesgos, ya que, por una parte, cuanto más nos alejamos en el tiempo de un suceso determinado, más se desdibuja este, sobre todo en una época en la que no existía una transmisión escrita de los acontecimientos; y por otra, aunque con seguridad habría semejanzas con otros pueblos coetáneos, también serían muchas las peculiaridades.

Aquí es donde la arqueología y la iconografía salen en nuestra ayuda, y es que, aunque las fuentes permanezcan mudas, las piedras y las tumbas nos hablan. Porque cada forma de hacer la guerra requiere de unas fortificaciones, de unas armas y unas protecciones específicamente adaptadas a ella.

Las excavaciones arqueológicas han sacado a la luz numerosas obras defensivas mientras que, gracias a los rituales funerarios empleados en buena parte de la península, encontramos muchos elementos de la panoplia depositados en las sepulturas de los guerreros que las usaron en vida.

Por otro lado tenemos también un número importante de representaciones artísticas que nos resultan de una gran ayuda, sobre todo para los momentos más antiguos. Por desgracia no las encontramos en todas las áreas peninsulares, con lo que los datos que podemos obtener de ellas son siempre parciales.

Pero poco a poco estamos consiguiendo superar todas estas trabas. A lo largo de décadas de trabajo, los investigadores han ido recopilando una información que no deja de ampliarse y completarse, lo que nos permite tener una visión cada vez más clara de cómo serían los conflictos armados en los primeros momentos de las culturas protohistóricas peninsulares.

Y todo parece indicar que en los choques de aquella época solo participaría una parte muy pequeña de la sociedad, los aristócratas, y que en las batallas tendrían un papel fundamental las luchas individuales entre campeones de los bandos enfrentados. No nos entretendremos en estos combates, pues ya los hemos tratado en el capítulo anterior.

Estas élites serían lo más parecido a verdaderos guerreros, ya que, a pesar de su fama de belicosos, todo parece indicar que los indígenas de la península ibérica no tenían ejércitos permanentes, y en su día a día la mayoría de aquellos hombres serían simples agricultores, ganaderos o artesanos, que cuando eran requeridos para ello echaban mano de sus armas y se ponían a las órdenes de los aristócratas locales, que serían los responsables últimos de las campañas militares. Generalmente los enfrentamientos se producirían con los pueblos y territorios cercanos, y podrían venir motivados por cualquier excusa, desde contenciosos por lindes hasta supuestas afrentas o, simplemente, una sucesión de malas cosechas que llevaban a codiciar los recursos del vecino. También serían fuente

de conflictos los intentos de controlar las vías de comunicación, por las que se movían tanto los ganados como las mercancías objeto de comercio, algo que reportaría importantísimos beneficios a las comunidades de paso, aunque por supuesto estos solo llegarían a las élites de los territorios. Estas campañas militares serían de muy corta duración, y por regla general se circunscribirían a los meses con mejores condiciones climatológicas, es decir entre la primavera y el otoño y, si era posible, a las épocas en que no había tareas agrícolas inaplazables.

Las fuentes clásicas, que como venimos indicando son en su práctica totalidad tardías, indican a menudo que estos indígenas practicaban la guerra de guerrillas, razias y golpes de mano en los que participaban grupos de guerreros que sorprendían a los adversarios, les causaban el mayor daño posible, tratando ya de paso de conseguir un buen botín, y tal como habían llegado huían valiéndose de su perfecto conocimiento del terreno.

Algo similar nos cuentan sobre los ataques a las ciudades. Según estas fuentes raramente se producirían sitios o ataques masivos, ya que lo más frecuente sería intentar asaltarlas por sorpresa, desistiendo si eran descubiertos. Caso de conseguir tomarlas, lo normal sería que no las ocuparan de forma permanente, sino que se limitaran a saquearlas y después las abandonarían.

Sorprendentemente, la mayor parte de la historiografía española defendió hasta hace pocas décadas esa romántica idea de la guerra de guerrillas, obviando las muchas veces que esas mismas fuentes hablaban de ejércitos de miles de guerreros que se enfrentaban a romanos y cartagineses en verdaderas batallas campales.

Afortunadamente, hoy en día esto ha cambiado bastante. Vemos que la mayoría de los autores coinciden en lo esencial con los historiadores de tiempos pasados en lo que respecta a los ataques a las ciudades, aunque también veremos más adelante que los indígenas establecieron algún sitio y consiguieron tomar al asalto ciudades de una importancia considerable; pero discrepan en lo dicho sobre el modo de combatir, ya que la práctica totalidad de los

investigadores actuales consideran que tanto los íberos como los celtíberos conocían los fundamentos de la guerra compleja con anterioridad al inicio de la segunda guerra púnica. Para otros pueblos peninsulares la situación sería distinta, como iremos viendo.

Y aquí habría que precisar en primer lugar qué es lo que entendemos por guerra compleja, que podemos definir como aquella en la que, además de utilizarse un importante número de guerreros, estos combaten en formación cerrada, siguiendo unas tácticas y estrategias prefijadas para cada combate. Además de la planificación de la batalla, la guerra compleja incluye otros aspectos de la mayor importancia, como pueden ser el reclutamiento de contingentes muy numerosos de hombres, el traslado de los mismos y la logística, dentro de la que hay que resaltar el avituallamiento, ya que la alimentación de hombres y animales resulta totalmente imprescindible no solo para su mera subsistencia, sino también para mantener la moral de las fuerzas en combate. Un ejército mal alimentado combate mal, y son numerosos los casos conocidos en la historia militar de todas las épocas en los que la escasez de comida ha llevado a levantamientos, motines y deserciones.

Para hacernos una idea de las cantidades de alimentos necesarios para un ejército en campaña podemos recordar a Polibio, que daba como referencia para la alimentación de las tropas romanas la cantidad de 865 gramos de trigo al día. Si eso lo trasladamos a un ejército real como el que en 206 a. C., y bajo el mando de Indíbil, se enfrentó a los romanos, y que se componía de unos 22.500 hombres, vemos que solo en trigo habrían precisado de más de 19 toneladas diarias. Qué decir de las fuerzas que supuestamente logró reunir el caudillo Indortes para enfrentarse a los cartagineses al comienzo de la incursión de Amílcar en la península, y que según las fuentes llegaba a los 50.000 hombres: estaríamos ante unas necesidades que superarían las 43 toneladas al día. Y, lógicamente, a los guerreros les gustaba acompañar el pan con algo más consistente, por lo menos de vez en cuando, normalmente queso, tocino o carne en salazón.

Los autores clásicos nos indican que el pan que comían los soldados romanos —*panis militaris*— era siempre de trigo, elaborado para que aguantara mucho tiempo, y que había dos versiones: *panis militaris castrensis*, que era el pan corriente, y *panis militaris mundus*, de mayor calidad y quizá destinado solo a los mandos. El reparto de cebada como alimento principal era considerado por los legionarios como un castigo.

Por supuesto, no hay indicios de que ninguno de los pueblos prerromanos peninsulares tuviera una alimentación preestablecida para sus guerreros como la que citamos para los itálicos, pero sin duda, y al igual que para el resto de población, la base estaría también en los cereales, y las cantidades tampoco serían muy diferentes de las que vemos para los romanos. En concreto, en los yacimientos ibéricos el cereal más abundante es la cebada, que seguramente se consumiría en forma de gachas, sopa u otras formas diferentes al pan, ya que las proteínas solubles en agua que contiene este cereal no presentan la forma de gluten, necesaria para la panificación, lo que da como resultado un pan excesivamente pesado, y más difícil de digerir que el de trigo. Entre el resto de pueblos de la península el panorama no sería muy distinto, aunque habría variantes, más a nivel local que regional.

No debemos olvidarnos de la alimentación de los animales, sobre todo de los caballos, como los 2.500 que acompañaban a Indíbil en el mismo enfrentamiento que citábamos anteriormente, que precisarían también del suministro regular de importantes cantidades de forraje y grano. En concreto Polibio nos indica que los jinetes romanos recibían unos 190 kilos de cebada al mes para la alimentación de sus monturas, con lo que ese contingente necesitaría de casi 16 toneladas diarias de este cereal. A esto habría que añadir una importante cantidad adicional de trigo, ya que para completar la alimentación de sus caballos los jinetes recibirían también una cantidad mayor de trigo que los guerreros de a pie. Es de suponer que con mucha frecuencia, sobre todo entre los jinetes hispanos, una parte

importante de ese cereal, si no toda, se supliría con el pasto natural de los animales en el campo.

Como es fácil de imaginar, sería imposible mantener semejante suministro de alimento sin un adecuado tren de intendencia, con personas dedicadas en exclusiva a la obtención de vituallas y forraje, que lógicamente se buscarían en su mayor parte en las zonas de paso y los alrededores de los lugares de estacionamiento. Es conocida la anécdota en la que el cónsul Marco Porcio Catón, al comienzo de sus campañas hispanas, despide a los abastecedores del ejército con su famosa frase: *Bellum se ipsum alet* (la guerra se alimenta a sí misma). Esto creaba no pocas tensiones en los lugares por los que pasaban las tropas, acentuadas en el caso de que estas se establecieran por un tiempo en un mismo punto. Si estaban en territorio enemigo habrían de arrebatarse lo que necesitaban a la fuerza, y si se encontraban entre amigos o aliados, el exceso de demandas podía volver a las poblaciones locales en su contra.

Son frecuentes las menciones en las fuentes a las actividades de los forrajeadores, que en más de una ocasión se veían envueltos en enfrentamientos o sufrían emboscadas por las fuerzas enemigas, razón por la que solían ir escoltados. Una táctica también habitual en aquellos tiempos era destruir todo lo que no pudiera ser aprovechado, quemando las cosechas y otros suministros del territorio enemigo, e incluso matando a los animales domésticos que no podían llevarse, todo con el fin de debilitar al contrario, causándole el mayor daño posible y privándole de alimentos y otras provisiones necesarias.

Volviendo a los fundamentos de la guerra compleja, hemos de recordar aquí algo que ya comentamos anteriormente. A partir del siglo V a. C. guerreros íberos, celtíberos y baleares se integrarán como mercenarios en los ejércitos más modernos de su época, los griegos y cartagineses. El conocimiento del funcionamiento de estos ejércitos les habría permitido perfeccionar los sistemas de lucha propios, con lo que no se puede descartar que hubieran trasladado posteriormente las nuevas técnicas aprendidas a sus comunidades de origen, por lo menos algunas de ellas. Y es que no sería lógico que, habiendo

conocido formas de lucha altamente efectivas, no las hubieran utilizado ni las hubieran dado a conocer al regresar a casa, teniendo en cuenta que estos conocimientos les supondrían una gran ventaja estratégica ante sus enemigos tradicionales.

Ya en la segunda guerra púnica vemos que una parte importante de los guerreros hispanos se adaptaron, sin aparentes problemas y desde un primer momento, a la lucha en formación que practicaban tanto cartagineses como romanos, siendo encuadrados muchas veces en el centro de las formaciones, el punto más delicado y del que con frecuencia dependía el resultado de una batalla. Algo que ningún general en sus cabales se hubiera atrevido a hacer sin la seguridad de que estos guerreros iban a responderle.

Así los encontramos en 216 a. C., cuando el ejército de Aníbal se enfrentó a los romanos en Cannas con íberos y celtas en el centro de la formación, consiguiendo la victoria. En 206 a. C., en Ilipa, será Publio Cornelio Escipión el que utilice a los auxiliares íberos y celtíberos como principal fuerza de choque contra lo más granado de las tropas cartaginesas, derrotando a un enorme ejército formado (según Polibio) por 70.000 infantes, 4.000 jinetes y 32 elefantes.

Las fuentes también nos hablan de la alta estima en la que se tenía a los mercenarios y aliados procedentes de la península ibérica y Baleares, a los que se consideraba valientes y fiables, en contraposición a otros como los celtas. Así nos lo cuenta Polibio al narrar la marcha de Aníbal en el año 217 a. C. camino de la batalla del lago Trasimeno. El cartaginés colocó a los íberos y africanos en la vanguardia, delante de los bagajes y provisiones, y detrás a los celtas, seguidos de la caballería.

Puso a su hermano Magón como jefe de la retaguardia, más que nada porque los galos eran blandos y aborrecían las penalidades; si, al sufrirlas, intentaban retroceder, Magón podría impedirselo con la caballería, que se les echaría encima. Los íberos y los africanos hicieron la marcha por las marismas aún no removidas, y la concluyeron con penalidades soportables, puesto que todos eran gente sufrida y habituada a tales dificultades.

POLIBIO, *Historias*, III, 79, 1-6.

Como veremos al hablar de la evolución de la panoplia, todo parece indicar que en sus comunidades de origen los guerreros íberos y celtíberos eran multiusos, ya que podían actuar como infantería pesada, integrados en formaciones que no tenían por qué ser tan rígidas como las cartaginesas o romanas; pero que también podían utilizarse como infantería ligera, hostigando a las fuerzas enemigas para tratar de desordenar sus filas. Esto no quita para que, en muchos casos, fueran los más desfavorecidos de estas comunidades, los que no podían costearse más que las armas más simples, quienes realizarían esas funciones de hostigamiento con una o varias jabalinas y lanzando piedras a mano o con honda.

Lo dicho hasta ahora se refiere, principalmente, a los guerreros íberos y celtíberos, ya que en otros pueblos, como los lusitanos o los diversos pueblos del norte peninsular, sí que encontramos de una forma más clara evidencias de una lucha en orden abierto que pudiéramos considerar como guerra de guerrillas, algo que nos indica directamente Diodoro Sículo cuando dice que los lusitanos eran inferiores a los celtíberos en el combate cerrado. Sobre este punto volveremos más adelante ya que también parece apreciarse una progresiva evolución en la forma de lucha de los lusitanos, algo lógico, por otra parte.

Más tardío será el uso por todos de unidades de caballería, como veremos en el apartado dedicado al empleo del caballo.

Lo que seguimos sin tener claro es el mecanismo utilizado para conformar los ejércitos indígenas en aquellos momentos, ya que existen dos posibilidades. Una sería la existencia de milicias clientelares, grupos de guerreros que prestarían su servicio de armas a miembros de las élites con los que estarían unidos por esos lazos de clientela. El segundo modelo estaba muy extendido en el Mediterráneo de la época, y se basaría en una milicia timocrática¹⁰ cuya posición en el campo de batalla vendría definida por las armas que pudiera ser capaz de costearse. Una tercera opción sería la combinación de ambos modelos, por ejemplo, en caso de tener que

hacer frente a una amenaza de mayor relevancia se podría formar un ejército mayor si a la milicia clientelar, generalmente poco numerosa, se le sumaban contingentes de ciudadanos armados.

VASO DEL COMBATE DE LOS GUERREROS CON CORAZA



«Vaso de los guerreros con coraza», procedente de Sant Miquel de Liria (Valencia). Museo de Prehistoria de Valencia. Dibujo de Porcar (1934).

Hablábamos en la introducción de este libro de la importancia de la iconografía a la hora de conocer muchos de los aspectos de las culturas protohistóricas peninsulares, entre ellos el de la guerra. Y entre estas fuentes iconográficas destacan las cerámicas pintadas, frecuentes en diversos yacimientos ibéricos como Elche (Alicante), Oliva (Valencia), Archena (Murcia), Castelillo de Alloza (Teruel) y, muy especialmente, Liria (Valencia), donde desarrollaron un estilo propio en el que son frecuentes las escenas de procesiones, paradas militares y batallas, en las que se representa a los combatientes con todo lujo de detalles.

El vaso que comentamos es el conocido como «Lebes del combate de los guerreros con coraza», una pieza localizada en el asentamiento de Sant Miquel de Liria (Valencia), la antigua Edeta, concretamente en el interior de lo que se cree que era un templo urbano.

La pieza está decorada con un friso corrido que parece representar una escena de combate en el que intervienen seis guerreros a caballo y otros seis a pie. Por la posición de las figuras y algunos otros detalles, todo apunta a la existencia de dos bandos enfrentados; en uno estarían todos los jinetes y los dos guerreros a pie situados más a la izquierda de la imagen, que avanzarían

delante de los caballos, mientras que en el bando contrario encontraríamos a los otros cuatro guerreros a pie, que se enfrentan a los anteriores.

Se puede apreciar un distinto tratamiento en los infantes; así, mientras los dos de la izquierda van armados con una lanza o jabalina en su mano derecha y una falcata en la izquierda, los cuatro de la derecha portan solo una arma de asta, y con la otra mano sujetan un escudo oval que presenta en el frontal un mismo dibujo que se asemeja a un rombo, quizás indicativo de su familia, etnia o ciudad.

Todos parecen vestir una cota de malla, lo que da nombre a la pieza, algo que es frecuente en las cerámicas de Liria pero inexistente en la realidad, ya que hasta ahora no ha aparecido ni un solo resto de este tipo de protecciones, con lo que es más que probable que lo que aquí se representó fuera algún tipo de protección acolchada, no una cota.

Vemos que la mayoría de los guerreros parecen llevar casco u otra protección en la cabeza, pero destaca el infante situado más a la izquierda, que porta un casco con gran penacho que nos recuerda mucho a uno de bronce localizado en la necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia).

Por otro lado, vemos que son muy escasas las referencias directas a enfrentamientos entre los propios hispanos y, como decíamos antes, en su mayor parte están relacionadas con el desarrollo de la segunda guerra púnica y las posteriores guerras de conquista romanas. Pero también es cierto que la arqueología nos aporta en ocasiones información sobre posibles episodios bélicos sucedidos antes de que los historiadores griegos y romanos pusieran un pie en la península y de los que, por tanto, no tenemos constancia escrita.

Quizás el caso más conocido sea el del *oppidum* ibérico de la Bastida de les Alcusses (Mogente, Valencia). Este asentamiento tuvo una vida corta, ya que se levantó durante el siglo V a. C. y fue destruido y abandonado en la segunda mitad del siglo IV a. C., con lo que solo estuvo habitado durante cinco o seis generaciones.

Lo interesante para nosotros es que, cuando se excavó, se descubrió que el asentamiento había sido destruido por el fuego, quedando los ajuares de las viviendas sepultados bajo los escombros, intactos. Solo algunas partes del poblado se reconstruyeron y volvieron a ocuparse con posterioridad.

De entre los numerosísimos objetos encontrados destaca el mayor lote de armas localizado hasta ahora dentro de un poblado, con un total de 163 piezas¹¹ (incluidos los arreos de caballo). Armas que se repartían por numerosas viviendas y, significativamente, junto a algunas de las cuatro puertas del asentamiento, donde proporcionalmente aparecen más armas de guerra que en el resto del poblado. No deja de ser indicativo del ambiente de inseguridad existente el hecho de que dos de las puertas del poblado hubieran sido tapiadas ya en un momento previo al episodio de destrucción.

Desconocemos los detalles del ataque y la identidad de los atacantes, pero nos encontramos en un momento muy anterior a la llegada de ejércitos extranjeros a la península ibérica, con lo que si tenemos en cuenta que esta zona del interior valenciano estaba ocupada por pueblos íberos y rodeada de pueblos íberos, los atacantes no podían ser más que íberos.

Más dudas existen en relación a la destrucción del poblado ibérico de La Celadilla (Ademuz, Valencia). Este yacimiento, situado a caballo entre las provincias de Valencia, Cuenca y Teruel, en una zona considerada fronteriza con los celtíberos, fue destruido aproximadamente por las mismas fechas que el anterior por un incendio, y tampoco se volvió a reconstruir. Lo más llamativo es la localización entre las ruinas de cuatro cuerpos, todos de varones, que quedaron tendidos en el punto donde murieron, cubiertos por los escombros de las viviendas. En una excavación de urgencia anterior ya se habían encontrado otros tres esqueletos, aunque entonces sus excavadores consideraron que se trataba de enterramientos en fosa, algo verdaderamente inusual en el mundo ibérico. Hasta ahora, los investigadores no han encontrado armas ni marcas en los cuerpos que puedan inducir a pensar en una muerte violenta ni en una destrucción intencionada del asentamiento en el transcurso de un ataque, aunque no deja de ser llamativo que el lugar no se volviera a habitar nunca después de la destrucción, algo que no sería muy lógico si se hubiera tratado de un incendio accidental. Llama la atención el hecho de que, a pesar de tratarse de un pequeño asentamiento de

unos 5.000 metros cuadrados, contaba con unas potentísimas defensas, lo que pudiera estar en relación con su estratégica situación en el curso alto del río Turia, en un punto desde el que se controla una importante ruta natural entre la costa y el interior peninsular.

Donde no hay duda de la existencia de un ataque y la destrucción violenta del poblado es en La Hoya (Laguardia, Álava), en territorio berón. Allí se documenta un nivel de destrucción, también del siglo IV a. C. que evidencia que el asentamiento fue arrasado precisamente en un día de mercado, con las mercancías expuestas en sus calles para la venta, aunque posteriormente se reconstruyó y siguió habitado hasta el siglo III a. C., cuando fue abandonado de forma pacífica. Lo más reseñable para nosotros es que en sus calles se hallaron sepultados dos esqueletos con signos evidentes de haber sufrido una muerte violenta. El cuerpo de un varón joven fue encontrado decapitado, con la cabeza a once metros del esqueleto y marcas claras de corte en los huesos del cuello, mientras que en otra calle apareció el cuerpo de una chica de unos dieciséis años de edad, y a unos tres metros de ella se encontró su antebrazo con los huesos cortados limpiamente de un tajo. Todavía conservaba colocadas sus pulseras.

En este caso también carecemos de indicios que nos puedan indicar quiénes fueron los autores del brutal ataque, más allá del hecho evidente de que en aquel momento solo podía tratarse de otros indígenas.

Desconocemos el tamaño y estructura de las fuerzas que tomarían parte en estos episodios, aunque en ningún caso encontramos detalles que nos indiquen que estamos ante asaltos masivos ni asedios, sino más bien ataques por sorpresa.

Cuando por fin encontramos en las fuentes escritas información sobre episodios bélicos desarrollados en suelo peninsular vemos que, a menudo, estas se contradicen. Y es que, aunque insisten en la idea de que los indígenas peleaban al modo de bandidos, nos dan detalles que dicen todo lo contrario, porque, si se estudian estos relatos con un mínimo de detenimiento, vemos que la forma de combate que describen para los íberos o los celtíberos no difiere apenas de la

utilizada por los romanos, empleando todos una infantería ligera; una infantería «de línea» articulada en alas, generalmente compuestas cada una por un pueblo diferente, que se identificaría por enseñas o estandartes; y unidades de caballería.

Una de las primeras menciones a choques entre íberos y romanos en suelo peninsular nos la aporta Tito Livio, quien refiere que en 211 a. C. las legiones de Publio Escipión cortan el paso a 7.500 suesetanos mandados por el caudillo Indíbil, y especifica que ambos ejércitos se enfrentan en orden de marcha, sin llegar a adoptar líneas de batalla.

Para el año 206 a. C. encontramos la primera descripción de una batalla en la que se nos indica detalladamente la táctica utilizada por las fuerzas ibéricas, en este caso ilergetes. Las fuerzas indígenas estaban formadas por 20.000 guerreros de infantería y 2.500 de caballería. De ellos, 13.000 infantes se despliegan en un angosto valle delante de su caballería, con la intención de que, en el momento del choque de las fuerzas de a pie, los jinetes atacaran el flanco romano en una maniobra envolvente. Los 7.000 infantes restantes quedaron como fuerza de reserva en la colina que cerraba el valle. Pero la maniobra no dio el resultado esperado, ya que los romanos se percataron de las intenciones de Indíbil, y su caballería sorprendió a la ibérica desde atrás, impidiéndole actuar y cortándole la retirada. La infantería romana derrotó primero a los infantes íberos y luego acabó con la caballería. Según Polibio, la práctica totalidad de las fuerzas ibéricas desplegadas en el valle fueron aniquiladas, mientras que las de reserva se retiraron de forma ordenada. Pero, como veremos ahora, parece que la masacre no fue tan abultada como recogen las fuentes romanas y, a pesar de la victoria, los romanos sufrieron 1.200 muertos y 3.000 heridos, lo que nos indica lo encarnizado del combate.

Tenemos la descripción de otra batalla solo unos meses más tarde, en 205 a. C., en la que Indíbil y Mandonio lograron reunir 30.000 soldados de infantería y 4.000 jinetes procedentes de diversos pueblos ibéricos. De entre ellos, los que más fuerzas aportaron fueron

de nuevo los ilergetes y los ausetanos, y el que tan poco tiempo después de la anterior derrota consiguieran reunir semejante ejército parece confirmar que los muertos en aquella batalla no habían sido tantos como nos dicen las fuentes romanas.

Esta vez el combate se desarrolló en una llanura, quizá porque Indíbil se confió de su superioridad numérica sobre los romanos. El caudillo ibérico formó la infantería por pueblos: en el centro colocó a los ausetanos, a la derecha los ilergetes y a la izquierda el resto. Entre los distintos contingentes dejaron pasillos por los que debía pasar la caballería propia tan pronto comenzara el choque, y que mientras tanto permanecía en retaguardia. Pero la maniobra no salió como los íberos esperaban, ya que esos mismos pasillos fueron aprovechados por los jinetes romanos, que se anticiparon y entraron por ellos acosando a los infantes ibéricos y desbaratando sus líneas. Los jinetes ibéricos, acorralados en la retaguardia, sin espacio para maniobrar, optaron por desmontar y pelear como fuerzas de infantería. La lucha fue encarnizada, y no se decantó del lado romano hasta que los que combatían contra los ilergetes, que fueron los que más resistencia opusieron y donde luchaba el mismo Indíbil, recibieron refuerzos de una legión que permanecía en reserva. La derrota ibérica fue total, ya que según Tito Livio perecieron 13.000 hombres, entre ellos Indíbil, y otros 1.800 fueron hechos prisioneros, por solo 200 muertos del lado romano. Los indígenas entregaron poco después al otro líder de la revuelta, Mandonio, que fue inmediatamente ajusticiado por los romanos, con lo que terminaron definitivamente las sublevaciones de este pueblo.

Vemos en ambos casos cómo, a pesar de que las estrategias estaban bien planteadas, pecaron de previsibles, con lo que los romanos fueron capaces de anticiparse en las dos acciones y decantar la victoria de su lado.

Otro ejemplo lo encontramos pocos años más tarde, en 195 a. C., cuando Marco Porcio Catón desembarca en Rhode con un ejército de más de 20.000 hombres, dispuesto a sofocar la revuelta general iniciada un par de años antes. Ante el enorme tamaño del ejército

ibérico acampado junto a Emporion, que como mínimo doblaba al romano, Catón no se atreve a enfrentarse a él directamente, por lo que se dedica a saquear los campos cercanos, mientras completa el adiestramiento de sus soldados con incursiones nocturnas contra los íberos para atemorizarlos. Lo más destacable es que los indígenas se encontraban acantonados en el interior de un campamento con varias puertas y protegido por una empalizada, al modo de los que construían tanto los romanos como los cartagineses a la finalización de cada jornada de marcha, y de los que pudieran haber aprendido los íberos.

La batalla de Emporion fue ganada de forma indiscutible por las tropas de Catón, aunque el ejército ibérico trató de formar en orden de combate ante su campamento (y en parte lo consiguió), lo que nos indica que esa era la forma habitual de lucha para ellos, y presentó una férrea resistencia ante los romanos, que finalmente obtuvieron una victoria total en la que Tito Livio cifra en más de 40.000 los muertos del lado ibérico, un número que consideramos a todas luces exagerado. Apiano nos indica que este sería el número total de guerreros que formaban el ejército indígena, algo bastante más plausible.

El hecho, ya mencionado en varias ocasiones, de que la forma de lucha de los guerreros íberos y celtíberos no fuese muy diferente de la de los ejércitos complejos mediterráneos, queda bien reflejado en este episodio que nos narra Tito Livio, referente al enfrentamiento de Marco Silano con un contingente de celtíberos a las órdenes del cartaginés Magón, hecho sucedido en 207 a. C.:

Había en el ejército celtibérico cuatro mil hombres con escudos y doscientos de caballería, formando casi una legión normal (...), pero apenas hubieron cruzado la empalizada los romanos les lanzaron sus pilos. Los hispanos se agacharon para evitarlos y, a continuación, se levantaron para descargar los suyos, que los romanos recibieron según su costumbre con los escudos superpuestos; luego cerraron distancia y combatieron cuerpo a cuerpo con sus espadas (...). Luego tuvieron que luchar individualmente o en parejas, como si se tratara de duelos.

El historiador romano nos narra la batalla como si ambos ejércitos lucharan de forma similar. En concreto aquí se explica el choque de ambas infanterías pesadas, pero también se dice que el ejército celtibérico estaba compuesto por 9.000 hombres, y que los 5.000 armados de una manera más sencilla (infantería ligera, operativamente hablando similar a los *velites* romanos), fueron situados en la reserva. Un detalle de la mayor importancia es que, poco antes, Livio nos había indicado que las fuerzas celtibéricas acababan de ser reclutadas. Si eran reclutas que no habían recibido todavía instrucción militar por parte de los cartagineses, eso significa que lucharon como sabían y del modo en que estaban acostumbrados a hacerlo y que, como percibió el historiador romano, este no difería mucho del utilizado por las legiones romanas.

Años más tarde, en 185 a. C., tuvo lugar otro enfrentamiento entre celtíberos y romanos en las proximidades de Toledo. Tito Livio nos dice que los romanos acamparon no muy lejos de donde lo habían hecho ya los celtíberos, y que los choques comenzaron entre los forrajeadores de ambos ejércitos. En auxilio de estos se fueron enviando más y más refuerzos desde los dos bandos, hasta que llegó un momento en que la totalidad de las fuerzas estaba peleando. Lo curioso es que se indica que tanto romanos como celtíberos luchaban del mismo modo, de manera desordenada y sin formaciones reconocibles, lo que parece que favoreció a los indígenas, que derrotaron a los itálicos causándoles 5.000 muertos y obligando a los supervivientes a refugiarse en su campamento. Estos esperaron a la noche y huyeron sigilosamente amparados en la oscuridad.

Pero no todo fue desorden e improvisación entre los celtíberos en este episodio. A la mañana siguiente fueron ellos los que lanzaron una ofensiva contra el ya vacío campamento romano, en la que Tito Livio nos indica que se aproximaron en orden de batalla.

El mismo historiador nos describe también la batalla que tuvo lugar en el año 181 a. C. en otro punto de la Carpetania, en concreto

en las cercanías de Aebura, *oppidum* aún no localizado con seguridad, cuando una coalición de celtíberos consiguió reunir un poderoso ejército de 35.000 guerreros. El autor latino nos aporta un detalle importante al señalar que los indígenas habían levantado un campamento fortificado con un *vallum*,¹² del mismo modo que hacían los romanos durante sus expediciones. El uso de campamentos temporales de campaña lo encontramos en otras narraciones de estas guerras, como en el episodio del que hablábamos antes, ocurrido en las proximidades de Toledo. Esto muestra un importante grado de formación y disciplina, y nos ofrece una imagen que, de nuevo, se aleja bastante de esa guerra de guerrillas que se nos ha venido inculcando durante tanto tiempo.

Siguiendo con este incidente, el pretor de la Citerior, Quinto Fulvio Flaco, estaba acampado con su ejército enfrente de los celtíberos, y vemos tanteó a los indígenas enviando de forma repetida a su caballería a las proximidades del campamento enemigo. En respuesta a cada provocación romana los celtíberos salían de su campamento, siempre de forma ordenada, y precedidos por la caballería, que protegía el despliegue de la infantería.

En días siguientes fueron los celtíberos quienes se desplegaron en formación de manera repetida, invitando a la batalla campal a las fuerzas romanas, que rehuían el ataque a la espera del momento adecuado.

Y por fin llegó la batalla final, en la que los celtíberos se defendieron con fiereza, y llegaron a poner en serias dificultades a las líneas romanas, pero fueron completamente derrotados, 23.000 resultaron muertos y 4.700 fueron hechos prisioneros, además de sufrir la destrucción de su campamento. Pero de la dureza del combate nos habla el número de bajas del ejército romano, que perdió casi 3.500 hombres, aunque también es cierto que la peor parte se la llevaron los auxiliares hispanos que formaban el ala izquierda de la formación, de los que murieron 2.400, y que, curiosamente, parece que estaba compuesta también por celtíberos.¹³ Hemos de reseñar aquí que Tito Livio nos indica que, tras la victoria,

los romanos también arrebataron a los celtíberos treinta y ocho enseñas militares, lo que nos hablaría de unidades bien definidas dentro del ejército indígena, quizá formada cada una por un grupo de guerreros de la misma procedencia. Veremos que son frecuentes las menciones en las fuentes a enseñas tomadas a los indígenas.

Los historiadores romanos nos refieren en varias ocasiones una maniobra utilizada por los ejércitos celtibéricos: el *cuneus* o ataque en cuña, de la que Tito Livio dice que era una «táctica de combate en la que su fuerza es tal que no hay posibilidad de resistirlos, sea cual sea el terreno al que los lleve su empuje». Con ella se trataba de quebrar las líneas enemigas concentrando el grueso de las fuerzas en un punto concreto, sobre el que se presionaba con los hombres más decididos al frente.

Un ejemplo de su uso lo encontramos en 185 a. C. cuando los pretores C. Calpurnio Pisón y L. Quincio Crispino se enfrentaron a orillas del río Tajo a una coalición indígena, posiblemente formada por celtíberos, carpetanos y vetones.

El enemigo, en vista de que no era capaz de moverlas de su posición de otra manera (las líneas romanas), adoptó la táctica de combatir en cuña, y cada vez más numeroso y compacto presionaba sobre el centro.

TITO LIVIO, *Ab urbe condita*, 39, 31.

El historiador romano nos dice claramente que los indígenas no atacan ya desde un principio en cuña, sino que adoptan esa formación durante el combate. Esto hace imprescindible una instrucción previa en la que se ha de practicar el cambio de una formación a otra en mitad de la batalla, algo nada fácil de conseguir. Y hemos de incidir en el hecho de que, en este caso concreto, estamos ante una coalición de fuerzas de diversa procedencia, no solo geográfica, sino también étnica, que deberían conocer previamente esta táctica para poder aplicarla.

A la mayor o menor dificultad de la maniobra en sí y del modo de pasar de una formación a otra, hemos de añadir un elemento de la mayor importancia como es la transmisión de las órdenes dentro de

ejércitos del tamaño de los que aquí intervienen (unos 35.000 hombres por parte de los indígenas), tarea complicada que precisaría del empleo de emisarios o de un sistema de señales visuales o sonoras que todos los combatientes, o al menos sus mandos inmediatos, debían ser capaces de interpretar. Se han localizado numerosas trompas de cerámica en territorio celtibérico, algunas de las cuales presentan modelada en su parte más ancha la cabeza de un lobo. Durante mucho tiempo se ha considerado que estos instrumentos serían trompas de guerra, aunque hoy no son pocos los investigadores que lo dudan. Pero lo cierto es que consideramos que estos instrumentos serían perfectamente válidos para la transmisión de órdenes en el campo de batalla.

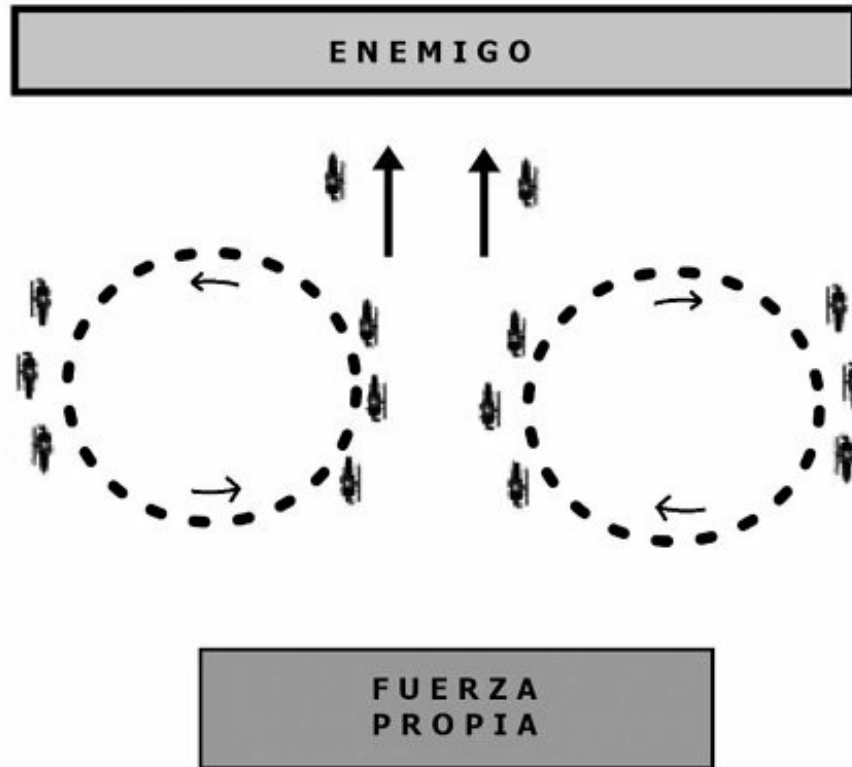
El ataque en cuña lo encontramos utilizado de nuevo por los celtíberos en la emboscada que sufrieron las fuerzas de Fulvio Flaco en el Saltus Manlianus (valle del Jalón). Al igual que ocurrió junto al Tajo, al ver los indígenas que su ataque convencional no surtía el efecto deseado, adoptaron la formación en cuña presionando hasta casi hacer ceder las líneas romanas. Solo la desesperada intervención de la caballería itálica, que atacó los flancos de la cuña, consiguió deshacer la formación celtíbera y dar la victoria a los romanos.

Donde sí parece claro que los indígenas hispanos no habían adoptado los principios de la guerra compleja, ni disponían de una capacidad bélica que les permitiera enfrentarse en batalla formal a las tropas romanas, es en la cornisa cantábrica. Allí, las fuentes siempre nos hablan de escaramuzas, emboscadas y tácticas que nos remiten a un sistema de guerra tribal bastante alejado de las prácticas de íberos y celtíberos, no digamos ya de las de los nuevos invasores. Su forma tradicional de lucha sí que se basaría en los golpes de mano y ataques por sorpresa, con los que tratarían de hacerse con el mayor botín posible y huir antes de que el objetivo atacado, generalmente algún pueblo vecino, pudiera reaccionar. Esta sería la misma táctica que utilizarían también con las legiones romanas, aunque ahora, más que botín, buscarían causarles todas las bajas posibles.

Tenemos constancia de que los galaicos practicaban este tipo de ataques por sorpresa, como cuando en 137 a. C. las tribus brácaras atacaron la retaguardia del ejército de Décimo Junio Bruto y se hicieron con parte de sus provisiones. Desconocemos las circunstancias de otra batalla (¿o quizá fue la misma?) mencionada por Paulo Orosio, que habría enfrentado ese mismo año a las tropas de Bruto con un enorme ejército galaico al que, según este historiador, le causaron la poco creíble cifra de 50.000 muertos.

Aun así, tenemos constancia de algún intento de los indígenas norteños de presentar batalla a los romanos, como cuando los cántabros, en el año 26-25 a. C., envalentonados porque las legiones no eran capaces de doblegarlos, se enfrentaron a ellos junto a la ciudad de Bergida, pero el resultado no pudo ser más desastroso, fueron masacrados, y los supervivientes tuvieron que huir para salvar su vida.

Sí que tenemos referencias en esta zona a una táctica muy concreta, pero en este caso referida a la caballería y a un momento ya tardío, es el llamado «círculo cantábrico», una eficaz maniobra ofensiva que, según las fuentes, era típica de algunos pueblos de la cornisa cantábrica, como los astures o los propios cántabros. Los jinetes atacaban en dos hileras paralelas, pero cuando llegaban frente al enemigo, lanzaban sus jabalinas a la vez que se abrían uno para cada lado describiendo una gran curva. Los jinetes que venían detrás hacían lo mismo, con lo que formaban dos ruedas girando en direcciones opuestas. El «círculo cantábrico» permitía que constantemente llegaran nuevos guerreros al frente, mientras que los que habían lanzado sus armas se dirigían a retaguardia, donde reponían sus venablos. Esto conseguía un enorme desgaste de las fuerzas que recibían el incesante ataque de la caballería, siempre en movimiento, lo que dificultaba alcanzarlos; y era especialmente útil contra arqueros e infantería pesada, como las legiones romanas. Su gran efectividad hizo que los mismos romanos adoptaran esta táctica tras sufrirla en sus carnes durante las guerras cántabras.



*Esquema de la maniobra de caballería conocida como «círculo cantábrico».
Dibujo del autor.*

Parece ser que la táctica de caballería que el historiador Flavio Arriano denomina *cantabricus impetus* se refiere a esta misma maniobra.

Las fuentes también mencionan otra forma de ataque de la caballería denominada *cantabricus densus*, que se podría traducir como «cantábrico apiñado» o «cantábrico compacto», pero lamentablemente no explican en qué consistía. Por el nombre bien pudiera tratarse de un ataque masivo a fin de romper la formación enemiga.

Desgraciadamente, las fuentes antiguas que narran la conquista del norte peninsular se centran casi exclusivamente en las guerras astur-cántabras, con algunas menciones a la Gallaecia como las que acabamos de ver, por lo que no tenemos ninguna información referida al Cantábrico Oriental. Pero los indicios de que disponemos

apuntan a que las formas de lucha de sus habitantes serían muy similares a las de sus vecinos.

Por lo que respecta a los lusitanos, hemos visto antes que las fuentes insisten con frecuencia en indicar que practicaban una guerra más propia de bandidos y salteadores que de ejércitos formales, con emboscadas y ataques por sorpresa que trataban de sorprender a los romanos sin llegar nunca al choque frontal de ambas fuerzas. A la vez, alaban la fiereza de estos guerreros, que no dudaban en enfrentarse a tropas muy superiores, como una ocasión en la que trescientos lusitanos lucharon contra un millar de romanos, u otro episodio en el que un guerrero indígena, al verse rodeado por varios jinetes romanos, atravesó con su lanza uno de los caballos y, cuando su jinete cayó, le cortó la cabeza de un tajo, provocando que el resto huyeran aterrorizados.

Tenemos la descripción detallada que hace Apiano de la emboscada que los hombres de Viriato tendieron a las tropas del pretor Vetilio el año 146 a. C. Según este autor, cuando los romanos perseguían a las tropas lusitanas que habían escapado de un enfrentamiento anterior, fueron conducidas hasta un largo desfiladero, posiblemente en la serranía de Ronda, en cuyas laderas se había ocultado la mayor parte de las fuerzas indígenas. Cuando todos los romanos estuvieron dentro de la quebrada, Viriato, al mando de un millar de jinetes, se dio la vuelta taponando la salida. Se inició entonces el ataque de todas las fuerzas lusitanas sobre la larga fila de romanos, que no podían defenderse empleando sus tácticas habituales, con lo que de los 10.000 hombres de que disponía Vetilio murieron 4.000, incluido él mismo, al que mató un guerrero sin saber quién era, aunque le pareció un tipo «viejo, gordo e inútil». Los 6.000 romanos supervivientes huyeron y buscaron refugio en Carteia (San Roque, Cádiz).

Los lusitanos no siempre rehuían el choque frontal con las legiones romanas, ya que con frecuencia se nos da cuenta de lo que las fuentes consideran una maniobra típica de los lusitanos. Esta consistía en buscar la batalla campal y, tras un primer choque,

simular que eran superados e iniciar una retirada. Lo habitual era que los romanos aprovecharan la huida para tratar de dar caza a la mayor cantidad posible de enemigos en desbandada, con lo que las líneas romanas se deshacían en numerosos grupos desorganizados. En aquel momento los lusitanos daban media vuelta y atacaban de forma ordenada a las dispersas tropas romanas, causándoles verdaderas masacres.

Esta maniobra es narrada en numerosas ocasiones durante el transcurso de las guerras lusitanas, tantas que debemos indicar que nos resulta muy poco creíble que siguiera resultando tan efectiva como indican las fuentes. Podía funcionar cuando se hacía la primera vez, o si se volvía a intentar al cabo de un tiempo, y se alternaba con otras tácticas diferentes, pero nunca si se repetía de forma constante. Y es que, a pesar de lo mucho que se ha hablado de la incapacidad militar de buena parte de los generales romanos, hoy son muchos los investigadores que, sin llegar a negarla rotundamente, la relativizan, ya que a lo largo de la vasta historia militar romana han sido muchos los que, a pesar de ocupar el mando de las legiones por su cargo político, han destacado tanto por su visión estratégica como por su habilidad para manejar a las tropas. Y no podemos olvidarnos de los mandos intermedios, como podían ser los centuriones, verdaderos profesionales de la guerra que con frecuencia pasaban media vida enlazando campaña tras campaña. Cuesta mucho creer que estos se dejaran engañar con una maniobra repetida hasta la saciedad.

También tenemos constancia de que en no pocas ocasiones eran los romanos los que rehusaban el choque frontal, algo ilógico si estuvieran ante simples bandidos incapaces de luchar en formación. Como ejemplo podemos citar lo sucedido el año 145 a. C., cuando Roma envió a la Ulterior al cónsul Fabio Máximo Emiliano con un ejército de 15.000 legionarios, 2.000 jinetes y diez elefantes. Como estos soldados acababan de ser reclutados en Roma y no tenían experiencia en el combate, el cónsul evitó el choque frontal con las tropas de Viriato y soportó las continuas provocaciones y ataques a sus forrajeadores y tropas de aprovisionamiento sin abandonar la

seguridad de Urso (Osuna, Sevilla). Solo al año siguiente, cuando consideró que sus hombres estaban preparados, se enfrentó a los lusitanos, y aun así solo consiguió unas victorias más que discretas.

También hay que resaltar aquí que en las narraciones que los autores romanos hacen de las guerras lusitanas son innumerables las menciones a la toma de ciudades enemigas por parte de los guerreros indígenas, pero solo conocemos el sitio de la ciudad de Ocilis, en el norte de África. Desconocemos si se darían otros sitios formales, o si se trataría exclusivamente de simples asaltos por sorpresa de asentamientos poco protegidos, algo que no parece muy creíble para todos los casos conocidos, dado que algunas de las ciudades mencionadas son de una cierta importancia y estarían bien defendidas. De nuevo nos encontramos ante tácticas que no son las propias de un grupo de bandoleros ni de la guerra de guerrillas.

Todo esto podría hacernos pensar en una evolución, desde los primeros choques con las fuerzas romanas, en las que los lusitanos utilizarían las formas de lucha que habían venido empleando sus antepasados desde tiempos inmemoriales, basadas efectivamente en los ataques por sorpresa con fuerzas poco numerosas, y en los que no tenía cabida la batalla formal; hasta los momentos más avanzados, en los que los indígenas utilizarán unas tácticas muy similares a las de los ejércitos romanos, que habrían aprendido tras muchos años de enfrentamientos con las tropas extranjeras.

Aunque la mayoría de noticias que tenemos sobre la forma de lucha de los indígenas hispanos se refieren a los pueblos peninsulares, también encontramos algunas menciones a los baleares de Mallorca y Menorca, aunque siempre referidas a su habilidad en el uso de la honda, algo que los hizo merecidamente famosos. Se nos dice, además, que no solo utilizaban esta arma para el disparo individual, sino también para lanzamientos masivos que impedían a los enemigos una adecuada defensa, ya que no sabían por donde les podían llegar los proyectiles. Un ejemplo lo tenemos en la descripción que hace Tito Livio del intento del cartaginés Magón de fondear en Mallorca para pasar el invierno en 206 a. C.:

Su flota se encontró con una recepción bastante hostil, como si la isla hubiese estado habitada por los romanos. La honda, de la que los baleares hacen aún hoy el mayor de los usos, era por entonces su única arma y ningún país se les acerca en la habilidad con que la manejan. Cuando los cartagineses trataron de acercarse a tierra, cayó sobre ellos una lluvia tal de piedras, como si fuera una tormenta de granizo, que no se aventuraron al interior del puerto.

TITO LIVIO, *Ab urbe condita*, XXVIII, 37.

Esta misma lluvia de proyectiles la sufriría años después el cónsul romano Quinto Cecilio Metelo, apodado Baleárico, cuando en 123 a. C. se aproximó a Mallorca con la intención de conquistarla.

Para terminar este punto, debemos señalar que encontramos de nuevo una evidente contradicción en las fuentes, cuando por una parte nos hablan del individualismo de los pueblos indígenas, su incapacidad para unir sus fuerzas y la imposibilidad de vivir en paz con sus vecinos; y a la vez nos presentan en numerosas ocasiones a esos mismos indígenas reunidos en alianzas y coaliciones establecidas para hacer frente a enemigos comunes. Aunque, quizá, más que una contradicción, deberíamos considerarlo como la demostración palpable de la capacidad de los pueblos peninsulares para adaptarse a las circunstancias políticas y militares de cada momento, en extremo cambiantes, y como el reflejo de unas relaciones sociales mucho más complejas de lo que pudiera parecernos a simple vista.

Más adelante volveremos con detenimiento sobre este tema para tratar de las coaliciones y alianzas de las que las fuentes no han dejado testimonio, en su mayoría formadas por los indígenas para defenderse de los grandes ejércitos mediterráneos, aunque a veces también para luchar entre ellos.

¿CONOCIERON LOS ÍBEROS LA GUERRA NAVAL?

Entre las muchas referencias de las fuentes antiguas a los guerreros peninsulares no encontramos ni una sola mención a fuerzas navales

indígenas, ni siquiera contingentes mercenarios de Iberia embarcados en los navíos de las armadas púnica, romana o griega, y eso a pesar de que tenemos datos claros que indican que los íberos conocían y practicaban la navegación de manera habitual. En la carta comercial conocida como Ampurias I, escrita en griego sobre una lámina de plomo, y datada en el siglo VI a. C., un comerciante griego de Emporion recibe instrucciones de su jefe para que entre en contacto con un tal Baspedas, un íbero de Saiganthe —¿Sagunto?—, a fin de que este le proporcione transporte naval para un cargamento, seguramente de vino.

Aparte de esta importante referencia, tenemos también evidencias en varios pecios hundidos en las costas mediterráneas españolas de una posible tradición indígena en la construcción naval. En concreto en las dos embarcaciones hundidas en la playa de Mazarrón (Murcia), del siglo VII a. C., otra en Binissafuller (Menorca), siglo IV a. C. y finalmente la de Cala Cativa I, hundida en el cabo de Creus (Gerona), y datada a mediados del siglo I a. C.

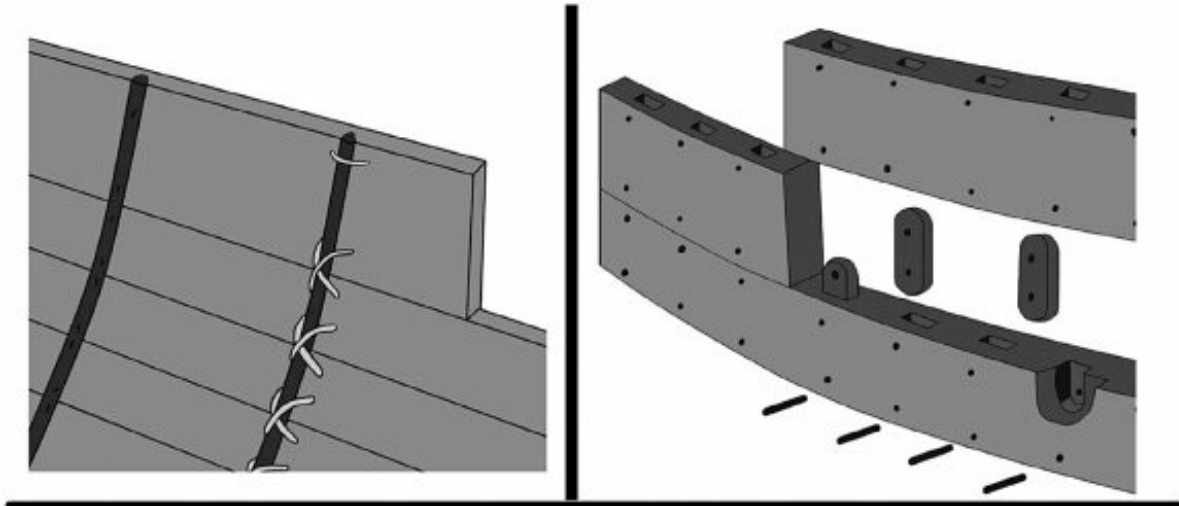
Todas estas embarcaciones comparten algunas características con otras repartidas por todo el Mediterráneo, como que están construidas con el sistema de casco primero, es decir, una vez puesta la quilla se colocaban las tablas del casco y, solo después, las cuadernas, a modo de costillas que reforzaban el conjunto y ayudaban a mantener la forma del casco; o que las tablas del casco se unían entre sí mediante el sistema de mortajas, lengüetas y espigas, técnica de origen cananeo traída a la península por los fenicios. Varios cascos también presentan en algunos puntos uniones de las tablas mediante cosido con fibras vegetales, al parecer reparaciones posteriores a su construcción realizadas por carpinteros de ribera diferentes a los constructores.

Pero hay una característica compartida por las embarcaciones señaladas y que no aparece en el resto de naufragios conocidos: la combinación de tablazón unida mediante el sistema de mortajas, lengüetas y clavijas, con el cosido con cuerdas de las cuadernas a las tablas. Las fibras se pasarían por unos orificios hechos en el casco,

cruzándose sobre cada cuaderna. En el resto de pecios conocidos en el Mediterráneo en los que las tablas se han ensamblado mediante este sistema, la unión de cuadernas y casco se realiza siempre con clavos de bronce o hierro.

El sistema de cosido no aporta ninguna ventaja sobre el uso de clavos metálicos, incluso presenta importantes inconvenientes, sobre todo la necesidad de una mayor vigilancia y mantenimiento, ya que la rotura de una sutura puede resultar muy peligrosa si no es detectada y reparada rápidamente. Se desconoce por tanto la razón última del mantenimiento de esta técnica, ciertamente arcaizante, aunque algunos investigadores consideran que se trataría de una decisión de los carpinteros de ribera indígenas de mantener esta técnica ancestral, en unos barcos construidos en su mayor parte utilizando técnicas importadas, principalmente fenicias. Se podría considerar una especie de firma para que se supiera que esos barcos, los tripulara quien los tripulara, habían sido construidos por carpinteros de Iberia.

A las embarcaciones anteriores se podría añadir la de Cap de Vol, hundida como la de Cala Cativa I en el cabo de Creus, y datada en torno al cambio de era, por mostrar también evidencias de estos cosidos en la tablazón, además de un detalle muy curioso: en el interior del orificio en el que se encajaba el mástil los arqueólogos encontraron una moneda ibérica que, evidentemente, fue colocada allí de forma intencionada, quizá como parte de algún rito en busca de protección.



Arriba izquierda, sistemas de unión de las cuadernas a la tablazón del casco de un barco: con clavos y cosidas. Derecha: sistema de unión de las tablas del casco mediante mortajas, lengüetas y clavijas. Debajo: escena del «Vaso del combate naval», Sant Miquel de Liria (Valencia). Museo de Prehistoria de Valencia. Dibujos del autor.

Pero todos estos ejemplos se refieren a embarcaciones comerciales, las de Mazarrón transportaban litargirio, un subproducto de la obtención de plata por copelación, mientras que el resto llevaba ánforas de vino. ¿Tenemos alguna evidencia de la existencia de embarcaciones de guerra o enfrentamientos navales en el mundo indígena de la península ibérica?

La respuesta podría estar en un vaso localizado junto a muchos otros en un posible templo urbano del asentamiento ibérico de Sant Miquel de Liria (Valencia), la antigua Edeta, una pieza realmente

excepcional, ya que parece representar una escena de combate entre las tripulaciones de dos embarcaciones.

Los barcos pintados en la vasija tienen quilla recta y proa con mascarón en forma de animal indeterminado. Sobre la cubierta se aprecia lo que parecen unas velas cuadradas dibujadas de forma muy rudimentaria. Para representar el mar el artista pintó bajo los barcos peces y una línea ondulada.

Las tripulaciones de ambas embarcaciones se atacan con jabalinas y los del barco a la izquierda de la imagen también luchan contra un infante dibujado en un tamaño mayor y situado en tierra firme, que tiene una jabalina clavada en su escudo mientras porta en un costado lo que parece una espada de antenas. Los escudos de todos los combatientes son cóncavos hacia el exterior.

Se desconoce el significado concreto de esta escena, que es única en el repertorio iconográfico ibérico. Y es que se viene considerando que las decoraciones de estos vasos muestran situaciones ideales en las que gustan verse representadas las élites ibéricas: desfiles, bailes, luchas y combates rituales, pero una batalla naval no parece algo muy típico de esta aristocracia guerrera.

Es aquí donde habría que indicar que algunos autores proponen que, al menos una parte de estos vasos, podría estar representando episodios históricos reales, con lo que no se puede descartar que lo que vemos en este *lebes* sea la plasmación de un combate naval que sucedió verdaderamente. Hay historiadores que van más allá y llaman la atención sobre la más importante batalla naval que se desarrolló durante la segunda guerra púnica en las costas mediterráneas peninsulares, la que en el año 217 a. C. enfrentó a las armadas romana y púnica en las bocas del Ebro, y en la que los romanos derrotaron a los cartagineses cuando estos tenían toda o buena parte de su flota varada o fondeada en la costa y la mayoría de la tripulación en tierra. Hemos de reconocer que esto cuadraría perfectamente con la escena del vaso, con los barcos enfrentándose a tiro de jabalina de la costa, desde donde al menos un guerrero participa en la batalla.

MÁS ALLÁ DE LA VICTORIA: EL DESTINO DE LOS VENCIDOS

Cuando tratamos de la guerra, sobre todo en tiempos lejanos, se suele hablar principalmente de los vencedores, entre otras cosas porque son ellos los que nos dejaron escrita la historia; pero, ¿qué pasa con los vencidos?

Por supuesto que cada caso sería diferente, pero entre los ganadores encontramos una serie de comportamientos hacia los que han quedado a su merced que se repiten con frecuencia, aunque también es cierto que en estas conductas habría una graduación en la dureza de las consecuencias y en la crueldad de las acciones que, normalmente, estaría en relación directa con lo costosa que hubiera resultado la victoria, tanto en esfuerzo como en vidas.

Por desgracia, en este aspecto tenemos el mismo problema que con tantos otros de los que aquí tratamos, carecemos de datos referidos a la situación en la península ibérica con anterioridad a la llegada de los ejércitos mediterráneos, y con ellos los autores que dejaron constancia de lo que vieron o les contaron. Aun así, podemos identificar una serie de comportamientos que han estado, y por desgracia siguen estando, muy extendidos por todo el mundo y en cualquier época.

Las reacciones más inmediatas a la batalla solían ser las más crueles, ya que en realidad suponían una continuación de la lucha. Por eso no faltaban las matanzas, no solo de combatientes vencidos,

normalmente en el momento de la huida, sino también de los habitantes de las ciudades si la victoria había consistido en la toma de una de ellas. No era extraño que estos baños de sangre fueran indiscriminados y no se respetara siquiera a los ancianos, mujeres y niños. Con frecuencia, estaríamos ante reacciones espontáneas de los guerreros, que se vengaban así de las bajas sufridas, pero en ocasiones la orden de no dejar supervivientes era una decisión política que los soldados, simplemente, acataban. Es el caso de la toma de Iliturgi, donde Publio Cornelio Escipión incita a sus tropas a vengar el cambio de bando de la ciudad en el año 211 a. C., tras la derrota y muerte de Publio Escipión. El resultado fue recogido de esta forma por Tito Livio:

Entonces sí que quedó patente que el ataque a la ciudad era debido a la rabia y el odio. Nadie pensó en coger prisioneros, nadie pensó en el botín a pesar de que todo se ofrecía al saqueo; degollaron indiscriminadamente a los que tenían armas y a los que estaban desarmados, a las mujeres y a los hombres; en su airada crueldad llegaron a dar muerte a los niños de corta edad. Después prendieron fuego a las casas y arrasaron lo que no podía ser consumido por las llamas, tales ansias tenían de borrar incluso las huellas de la ciudad y hacer desaparecer el recuerdo del lugar donde residían sus enemigos.

TITO LIVIO, *Ab urbe condita*, XXVIII, 20, 6-7.

Hemos de tener muy presente también que si duro era el destino que esperaba a todos los capturados en la guerra, lo era doblemente para las mujeres de cualquier edad, ya que era habitual que fueran forzadas sexualmente antes de ser vendidas como esclavas o, simplemente, asesinadas.

La siguiente reacción en caliente solía ser el saqueo de las riquezas de los vencidos, algo que, lógicamente, se daría sobre todo tras la toma de ciudades, aunque también tras la conquista de los campamentos enemigos o el ataque a las columnas en marcha. La obtención de botín era algo habitual en las guerras antiguas, y sería considerada casi como una parte de la retribución de los guerreros y

soldados, aunque no en todos los ejércitos estaba regulado del mismo modo. Así, vemos que entre los romanos eran los generales los responsables del reparto de los botines conseguidos, y con frecuencia utilizaban esta potestad para ganarse el favor de sus tropas, lo que sobre todo en momentos avanzados del Imperio les daría muy buenos réditos políticos.

Algo muy parecido ocurriría entre los cartagineses, cuyos generales se valían de esta discrecionalidad en el reparto de los botines para animar o presionar a sus hombres. Un claro ejemplo es lo ocurrido en el sitio de Sagunto del 219 a. C., donde, ante lo prolongado y duro del asedio, Aníbal les prometió la totalidad del botín que se consiguiera, renunciando él a su parte que, lógicamente, sería muy superior a la del resto.

No debemos olvidarnos de la rapiña sobre los caídos en el campo de batalla, a los que se despojaría de cualquier efecto de valor que portaran. Aquí habría que señalar la importancia de las armas y protecciones, por un lado por su alto precio, y por otro porque con frecuencia pasarían a equipar a los guerreros vencedores. Un ejemplo claro son los cascos de tipo Montefortino utilizados por los indígenas hispanos, que provendrían en muchos casos de estos saqueos.

La apropiación de los bienes de los vencidos se extendía también a los productos agropecuarios. Como ya dijimos antes, si en el momento de la campaña militar los cultivos estaban maduros, solían ser recogidos por los atacantes para utilizarlos como parte de su manutención y, si no podían aprovecharlos, directamente los destruían. Algo similar ocurría con los ganados, que con frecuencia pasaban a manos de los vencedores o eran sacrificados si no se los podían llevar. Esta podría ser la razón por la que, como veremos más adelante, en muchos asentamientos, sobre todo del interior y norte peninsular, existen espacios amurallados y áreas libres dentro del recinto de las ciudades, que podrían haber estado destinados a acoger a los ganados en caso de amenaza de un ataque.

Tras las matanzas y saqueos los vencedores solían imponer condiciones o sanciones. Estas podían ir desde la simple exigencia de

una reparación económica, a medidas de gran dureza, como los castigos físicos o la esclavitud de toda la población vencida.

Las exacciones económicas eran habituales tras la conquista de una ciudad enemiga, o como precio a pagar para evitar sufrir un ataque. Encontramos numerosos casos a lo largo de las campañas de cartagineses y romanos en la península ibérica, por ejemplo tras la toma de Helmántica por Aníbal, que exige a sus habitantes trescientos talentos, o los treinta que los numantinos se comprometieron a pagar a Pompeyo dentro de un acuerdo de paz. Como vemos, estas compensaciones se solían exigir en plata, pero dada la escasa disponibilidad de metales preciosos para muchos pueblos, sería frecuente que en los pagos se incluyera el suministro de otros bienes, como los *sagos* (mantos), pieles y caballos que los numantinos pagaron a Pompeyo en el mismo acuerdo anterior.

Quizás el peor castigo que podía imponerse a los indígenas peninsulares tras una derrota era la esclavitud, una práctica común en el Mediterráneo antiguo y de la que no se escaparon nuestros ancestros, como veremos más tarde que les ocurrió a los supervivientes de Sagunto y Numancia entre otros. Tan dura se les hacía esta pérdida de libertad que no fueron raros los suicidios colectivos o los ataques desesperados para morir con las armas en la mano, algo mucho más honroso para ellos que pasar el resto de sus días sometidos a un amo.

Estas autoinmolaciones, en muchas ocasiones precedidas de la muerte de los niños y mujeres, serían el reflejo de la visión extrema del sentido del honor de estas comunidades. Según esta, en el caso de que llegara la derrota tratarían de que no quedara nadie que sufriera su estigma, con lo que si los hombres caían en la batalla, también tendría que morir el resto de su pueblo. Así deberíamos considerar el episodio de la toma de Astapa donde sus moradores, ante el inminente asalto de los ejércitos romanos, decidieron amontonar en la plaza todos los objetos de valor, e hicieron que se sentaran encima sus mujeres e hijos. Alrededor levantaron piras y eligieron a cincuenta jóvenes armados, con las órdenes de que si los romanos

conseguían entrar en la ciudad debían matar a las mujeres y niños y prender fuego a sus riquezas, cosa que finalmente hicieron.

Este heroico y a la vez extremo y cruel comportamiento ha sido exaltado por la historiografía durante décadas, aunque la realidad no siempre acompaña a la propaganda. Por ejemplo, se ha hecho mucho hincapié en el sacrificio colectivo de los habitantes de Sagunto, que tras quemar todo lo que de valor había en su ciudad, se lanzaron ellos mismos sobre las llamas, pero las mismas fuentes que narran este episodio nos dicen que los saguntinos supervivientes al asalto cartaginés fueron vendidos como esclavos en la Turdetania. Es decir, que no todos los saguntinos (o arsetanos) murieron en aquella acción. Algo parecido podríamos decir respecto de Numancia. Allí también las fuentes nos hablan del suicidio colectivo de sus últimos habitantes, pero del mismo modo nos indican que muchos supervivientes fueron vendidos como esclavos, y que cincuenta de ellos fueron enviados a Roma para exhibirlos en el desfile triunfal de Escipión.

Otra práctica también habitual en aquellos momentos, y que ya vimos con anterioridad, era la toma de rehenes de los pueblos vencidos e incluso de algunos que se entregaban sin lucha. Con esto se trataba de asegurar su fidelidad o el cumplimiento de pactos. Lo habitual era que se tomara como rehenes a los hijos o esposas de los miembros de la aristocracia, ya que la pérdida de estos suponía la desestructuración de las sociedades indígenas.

En las fuentes encontramos gran cantidad de ejemplos de la existencia de rehenes, entre los que quizás el más famoso sea el episodio de la liberación de gran cantidad de ellos por Escipión tras la toma de Qart Hadasht, a los que se respeta y se permite regresar a sus comunidades de origen sin pedir nada a cambio.

Algo parecido había ocurrido unos años antes en Sagunto, cuando las argucias de un íbero llamado Abilix le permitieron entregar a los romanos a todos los rehenes que Aníbal había ido capturando en las ciudades por las que pasaba, y que había recluido

en la ciudadela saguntina. Cuando Escipión los recibió los devolvió a sus ciudades predisponiéndolas a su favor.

Como vemos, los rehenes eran concentrados en ciudades importantes y consideradas seguras, donde se mantenían durante el tiempo que sus captores consideraran oportuno.

A pesar de que se suele citar siempre a los cartagineses como muy dados a la exigencia de rehenes, algo queda reflejado en los dos casos anteriores, lo cierto es que esta era una práctica muy utilizada también por los romanos. Como ejemplo podemos indicar que, tras sus victorias a lo largo de la costa mediterránea y en las Baleares en 217 a. C., Cneo Cornelio Escipión recibió a los embajadores de ciento veinte pueblos, que reconocieron su autoridad y le hicieron entrega de rehenes, en esta ocasión, y según las fuentes, de forma voluntaria.

Con frecuencia, las imposiciones de los vencedores no se circunscribían a uno solo de los elementos citados, sino que sumaban varios. Conocemos el caso del cónsul romano Lúculo, que en 151 a. C. firmó un tratado con la ciudad vaccea de Cauca (Coca, Segovia) que obligaba a estos al pago de cien talentos de plata, renunciar al uso de fuerzas de caballería, entregar rehenes y acoger en la ciudad a una guarnición de 2.000 soldados romanos.

Otras exigencias a los vencidos podían ser la entrega de las armas, como hizo Catón en 195 a. C. o la prohibición de levantar nuevas ciudades impuesta por Graco a los celtíberos en 179 a. C.

En otras ocasiones los pueblos sometidos tenían que soportar crueles castigos por el simple hecho de mostrar su apoyo a otros en rebeldía. Es el conocido y ya mencionado caso de la celtibérica Lutia, donde los romanos amputaron las manos a cuatrocientos de sus jóvenes simplemente por haberse mostrado a favor de socorrer a los numantinos. Con esta acción Escipión se aseguraba de que nadie más se atreviera siquiera a pensar en acudir en auxilio de la ciudad arévaca.

Desconocemos si con anterioridad a la llegada de los bárquidas se producían en la península verdaderas guerras de conquista, en las que los vencedores se apropiaran del territorio de los derrotados. Las

fuentes posteriores mencionan a régulos que dominaban varias ciudades, de los que sin duda el más conocido sería el ya citado Culchas, que llegó a «reinar» sobre veintiocho *oppida* turdetanos, pero hoy por hoy no podemos saber los mecanismos por los que ejercía el control sobre estas ciudades, ni de qué modo había llegado a obtenerlo.

De lo que sí tenemos constancia, como ya hemos indicado antes para los poblados de La Hoya y La Bastida de les Alcusses, es de destrucciones de ciudades antes del inicio de la segunda guerra púnica, con lo que los autores no pudieron ser más que indígenas peninsulares.

Una novedad surgida con la llegada de los ejércitos cartagineses y romanos fue que las derrotas indígenas supusieron la total sumisión a la voluntad de los conquistadores de grandes áreas geográficas y culturales de la península. Esto acarrió la desestructuración política de estos territorios, ya que los vencedores podían confirmar a los gobernantes existentes o cambiarlos a su antojo por otros más afines a sus intereses, aunque ya hemos dicho que a los recién llegados les interesaba mantener las estructuras de poder ya establecidas, eso sí, siendo ellos los que las dirigían de forma completa.

El control de estos pueblos por los conquistadores supuso la aparición de una nueva exigencia a los vencidos, la entrega de guerreros que ahora deberían luchar encuadrados en los ejércitos de los que poco antes eran sus enemigos. Estas exigencias serán constantes durante la segunda guerra púnica, cuando las practicaron tanto cartagineses como romanos, y continuaron luego durante las guerras de conquista romana de la península ibérica.

UNA MIRADA DISTINTA: ARQUEOLOGÍA DE LOS CAMPOS DE BATALLA

Estamos ante una disciplina arqueológica relativamente nueva en nuestro país, aunque con algo más de recorrido en otros países. Quizás una peculiaridad es que aquí ha sido aplicada a enfrentamientos más antiguos que en el resto de casos estudiados, que van desde la batalla del bosque de Teutoburgo, que enfrentó a romanos y germanos en Alemania (9 d. C.) hasta algunas batallas de la guerra civil estadounidense (1861-1865).

A diferencia de los yacimientos arqueológicos tradicionales, en los que encontramos muestras de una ocupación más o menos prolongada o reiterada y, con frecuencia, diversas estructuras de hábitat; un campo de batalla se caracteriza precisamente por lo efímero de su ocupación, aunque, como veremos, en algunas ocasiones se levantan construcciones de una entidad considerable.

Una de las particularidades de los campos de batalla suele ser su gran extensión, con frecuencia de centenares de hectáreas, algo que, unido a los escasos vestigios que han perdurado, dificulta enormemente su estudio.

A la hora de determinar la localización y extensión de un campo de batalla se suele hacer un uso intensivo de detectores de metales, dado que los elementos presentes en estos lugares suelen ser en su mayoría metálicos, como armas o restos del equipo militar. También se utilizan sistemas electrónicos de información geográfica (SIG),

para situar cada pieza en la cartografía con la mayor exactitud posible, lo que tiene una importancia crucial a la hora de reconstruir los movimientos de tropas y los choques entre ellas.

Como dijimos anteriormente, era habitual que al finalizar las batallas los vencedores saquearan los cadáveres y recogieran todos los elementos que pudieran serles de utilidad, como armas, protecciones y cualquier objeto de valor que llevaran los caídos. Esto hace que en las prospecciones de estos campos las piezas sean menos numerosas de lo que pudiera parecer lógico después de un enfrentamiento, y haya que echar mano de otros elementos de pequeño tamaño y valor, que por ello habrían resistido al paso de los saqueadores. Entre los más habituales en las batallas en las que intervienen tropas romanas están los clavos de *caligae*. Estas pequeñas tachuelas son un elemento de una gran importancia para los investigadores, ya que aparte de indicar la presencia de los soldados itálicos, nos informan del movimiento de las tropas por el terreno, dado que su pérdida era habitual y constante en la vida del calzado típico de las legiones. Es normal que los investigadores las recuperan por centenares.

En el cerro de las Albahacas, cerca de Santo Tomé (Jaén), encontramos el que parece ser el escenario de uno de los enfrentamientos de mayor relevancia de los desarrollados entre romanos y cartagineses durante la segunda guerra púnica en la península ibérica, la batalla de Baécula (208 a. C.). En ella, los investigadores consideran que se enfrentaron unos 15.000 soldados (muchos menos que los que indican las fuentes), mandados por Asdrúbal Barca, hermano de Aníbal, y Escipión el Africano. Se ha podido reconstruir el movimiento de las tropas siguiendo el rastro de los clavos de las *caligae*, las armas y el resto de elementos del equipamiento de los soldados, así como monedas y piezas de adorno, como fíbulas. En total, unos 4.000 objetos relacionados con la batalla han podido ser recuperados en la zona, también restos de tres de los cuatro campamentos que mencionan las fuentes (dos por cada ejército), de algunos de los cuales tenemos, incluso, el trazado de las empalizadas de madera, perceptibles por los huecos de los postes.

La distribución de estos objetos ha permitido la reconstrucción del devenir de la batalla, que en buena medida sigue la narración hecha por Tito Livio. Por ejemplo, el historiador nos dice que Asdrúbal envió a un grupo de honderos a un saliente desde el que hostigar a los romanos que se aproximaban y, efectivamente, se detecta un primer choque en el que los glandes son muy abundantes para hacerse luego más escasos en la ladera por la que los honderos se retiraron. También se puede seguir por los *clavi caligae* el itinerario que un grupo de legionarios romanos siguió sin enfrentamiento alguno para rodear a las fuerzas cartaginesas, lo que está en concordancia con la narración de Livio, según la cual, mientras Escipión atacaba de frente, Lelio rodeaba el cerro donde estaba el campamento cartaginés para atacarlo por un costado en una maniobra de tenaza. Por último, también ha podido ser reconstruido el itinerario de Asdrúbal en su retirada cuando vio que la batalla estaba perdida.

El caso de El Pedrosillo (Casas de Reina, Badajoz) es diferente, allí ha sido localizado un enorme complejo militar romano que se extiende por una superficie de unas 350 hectáreas, y que estaría compuesto por dos recintos poligonales, fortines de planta circular y un sistema de defensas complementarias, todos construidos en piedra, entre los que hay que reseñar la presencia de muros aislados (lo que en los tratados se llama «títula»). Los investigadores interpretan estos restos como un posible campo de batalla que se habría preparado por las legiones romanas para enfrentarse a un ejército enemigo dotado de poderosa caballería, y lo sitúan cronológicamente dentro de las guerras lusitanas (155-138 a. C.). Entre los restos materiales localizados, además de piquetas de tiendas de campaña, se han recuperado proyectiles de honda de plomo (glandes) y la punta de un proyectil de catapulta.

PARTE 3

LOS INSTRUMENTOS
DEL GUERRERO

UNAS PANOPLIAS QUE EVOLUCIONAN CON LA MANERA DE HACER LA GUERRA

Entre el siglo VI a. C., que tomamos como punto de partida para el desarrollo de este trabajo, y el año 19 a. C., en el que las tropas romanas dan por terminada la conquista de la península, transcurren casi seis siglos, tiempo en el que, como ya hemos visto en el capítulo anterior, la forma en que los indígenas hacen la guerra se adapta y evoluciona de un modo notable. Como es lógico, cada manera de combatir precisa de unas armas específicamente adaptadas a ella, con lo que a lo largo de ese dilatado periodo de tiempo asistiremos a una transformación en la panoplia de los pueblos peninsulares que, con frecuencia, correrá pareja con los cambios en su forma de guerrear.

Ya vimos en la introducción que el siglo VI a. C. marca también el inicio de la segunda Edad del Hierro (o Hierro II) en la península ibérica, etapa en la que se producen una serie de transformaciones en las sociedades que la habitan, que llevan al surgimiento de las culturas protohistóricas. En estos cambios jugará un papel de primer orden la generalización del uso del hierro, con el que los indígenas podrán fabricar herramientas más resistentes con las que ampliar las tierras de cultivo y hacerlas más productivas, y mejores armas con las que enfrentarse a sus enemigos, además de todo tipo de utensilios que les facilitarán la vida cotidiana de una forma notable. También vimos que estas transformaciones no se producen de una manera simultánea en todos los territorios, ya que comienzan en el área

ibérica y se desplazan por el interior hasta llegar a los pueblos ribereños del Cantábrico.

Un detalle muy a tener en cuenta es que no se aprecia una ruptura entre la primera y la segunda Edad del Hierro, con lo que, por ejemplo, en el área ibérica se detecta una transición acelerada pero gradual, sin cambios culturales excesivamente bruscos, aunque sí encontramos modificaciones de importancia en el armamento. Es el caso de las espadas, que veremos más adelante.

En el mundo celtibérico esta transición es incluso más suave y progresiva. En este periodo no solo encontramos una continuidad en las poblaciones que ocupaban el territorio, sino que estas, con frecuencia, siguen habitando los mismos castros, lo que no quita que también aparecieran poblados de nueva planta y que algunos otros fueran abandonados.

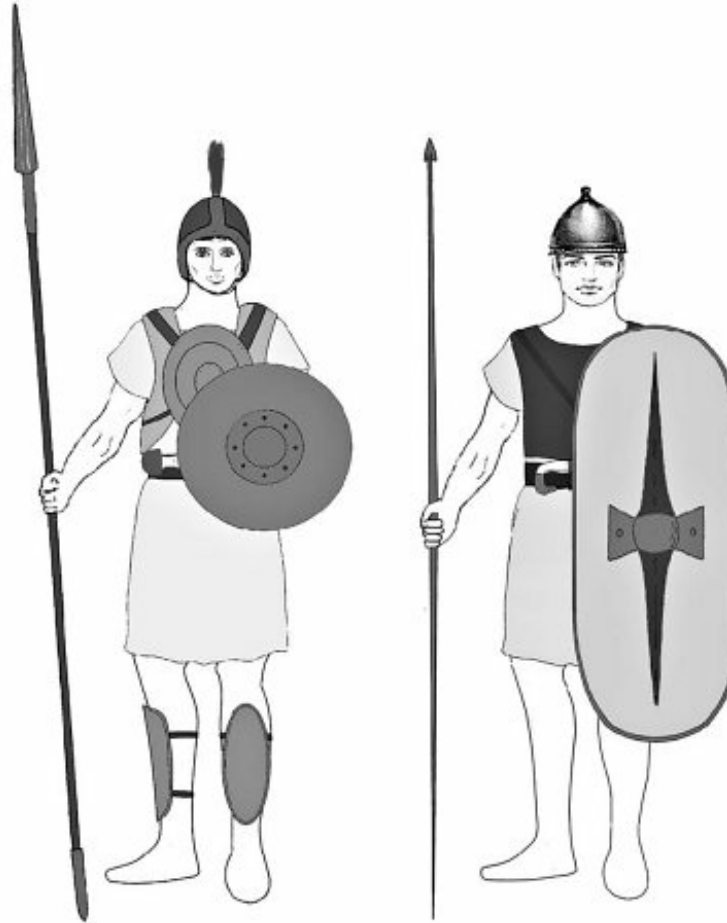
Se ha detectado que en los momentos más antiguos del Hierro II, fundamentalmente el siglo VI a. C., son muy pocas las tumbas con armas en toda la península, y las que las tienen suelen ser siempre las más ricas de las necrópolis. Contienen panoplias complejas, con armas y protecciones pesadas y caras, solo al alcance de unos pocos, que son los héroes de los bandos enfrentados, que pelearían en los combates individuales de los que hablamos con anterioridad. Un buen ejemplo sería la tumba de Les Ferreres, en Calaceite (Teruel), datada a mediados del siglo VI a. C., sobre la que volveremos varias veces en este libro, y que, además de varios vasos cerámicos y dos espadas de hierro, contenía una rica coraza repujada, un par de grebas, un caldero y un trabajado soporte para el mismo, todo de bronce.

Se aprecia además en estos momentos una cierta uniformidad en el armamento de todas las áreas peninsulares. En las pocas tumbas que contienen armas predominan pesadas lanzas con enormes moharras, que llegan a superar los setenta centímetros de longitud, con un marcado nervio central, y acompañadas de grandes regatones. Una diferencia importante es que, mientras que en el área ibérica las

espadas y protecciones son escasas, en la meseta son prácticamente inexistentes.

Los combates entre campeones de los que hablábamos antes han quedado también reflejados en diversas obras escultóricas algo más tardías, todas en el área ibérica, entre las que hay que destacar el conjunto del Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén), datado ya en el siglo VI a. C. Es muy reseñable la calidad y nivel de detalle de estas esculturas, y lo que es más importante, los hallazgos arqueológicos confirman que la panoplia de armas que aparece en ellas se corresponde con piezas reales, lo que nos lleva a pensar, con una cierta seguridad, que el resto de elementos que encontramos representados en las obras pero que no han llegado hasta nosotros por estar fabricados en materiales perecederos (protecciones, vestimenta, arreos de caballo, etc.), también reflejarían fielmente la realidad.

De las numerosas piezas de este conjunto, sin duda habríamos de destacar el grupo en el que un jinete desmontado alancea de frente a otro guerrero, al que le sobresale la punta de la lanza por la espalda. El jinete porta en la mano izquierda un escudo circular, espada de frontón al cinto, protecciones acolchadas y discos-coraza en el torso, además de grebas metálicas protegiéndole las espinillas. Junto a él se encuentra su caballo ricamente enjaezado, todo un símbolo de su alto estatus.



A la izquierda, un típico guerrero ibérico del siglo V a. C., con protecciones acolchadas, discos-coraza, caetra, casco con cimera y grebas metálicas. Va armado con una pesada lanza y una espada de frontón que porta al cinto. A la derecha se representa a un guerrero, también ibérico, del siglo II a. C., que se protege con un sencillo colete de cuero, casco tipo Montefortino y escudo ovalado. Va armado con un soliferrum y una falcata al cinto. Dibujos del autor.

Otras esculturas, de un tipo similar e idéntica cronología, han aparecido en diversos lugares del área ibérica, como Elche (Alicante). Lamentablemente, su estado de fragmentación hace casi imposible la reconstrucción de la mayoría de ellas.

Es de suponer que estos aristócratas no acudirían solos al campo de batalla, sino que se harían acompañar de otras tropas peor armadas, o equipadas solo con armas de circunstancia, que no han dejado su huella en el registro arqueológico ni en la iconografía.

Desgraciadamente, no tenemos para el interior peninsular conjuntos escultóricos equiparables a los anteriores, por lo que carecemos de los detalles que aquellos nos aportan para el mundo ibérico, pero aun así, en estos momentos encontramos ya en las mesetas una completa panoplia bastante similar a la de las áreas ibéricas, hasta el punto de que hay investigadores que sostienen que, al menos una parte de los guerreros representados en el conjunto del Cerrillo Blanco, serían en realidad celtíberos, quizá mercenarios al servicio de las élites turdetanas.

Vemos que durante este siglo V a. C. se produce en la meseta un aumento en los tipos de armas, con influencias que llegan de las diversas áreas ibéricas, aunque de una forma diferenciada. Por un lado, se observa que desde el ámbito mediterráneo les llegarán los discos-coraza, las espadas de frontón o los grandes tachones de bronce de los escudos; mientras que a través de Aragón y Cataluña les llegarían otras armas más propias del sur de Francia, como el *soliferreum* o las espadas de antenas, que en la meseta se tornarían muy populares. Pero también encontramos armas propias, como las espadas de tipo Miraveche, exclusivas de la meseta Norte.

Aun así, en las tumbas del interior peninsular de esta época las espadas siguen siendo más escasas que en el área ibérica, y la falcata, quitando algún ejemplar aislado, prácticamente inexistente.

Las lanzas van disminuyendo ahora el tamaño de puntas y moharras en todas las áreas peninsulares.

En la meseta aparecen también en este siglo los primeros cascos metálicos, generalmente de gran sencillez, fabricados con varias láminas de bronce unidas mediante remaches, y con decoración repujada. Son elementos que parecen responder más a tradiciones centroeuropeas o del norte de Italia que del Mediterráneo. Entre los más conocidos están los de tipo Alpanseque.

A pesar de que, como hemos dicho, muchas de estas armas tienen su origen fuera del área meseteña, no tardarán en fabricarse allí, adaptándose a su tradición y gustos estéticos.

Será también en el siglo V a. C. cuando comiencen a aparecer en la península ibérica los primeros puñales, en concreto los tipos de frontón y de antenas atrofiadas, aunque estas armas alcanzarán su máxima difusión durante el siglo siguiente, cuando encontremos en el interior peninsular modelos originales de nueva creación.

Con el tiempo se producen importantes cambios, muy visibles en el área ibérica. Allí la sociedad evoluciona y los antiguos aristócratas, que ocupaban su posición por derecho de sangre, son sustituidos por una nobleza guerrera en la que se tendrían más en cuenta las hazañas en el campo de batalla. Si las tumbas con armas eran raras en los siglos VI y V a. C., vemos que en el siglo IV a. C., ya en el Ibérico Pleno, las necrópolis crecen, y las armas en ellas se hacen muy frecuentes, llegando en algunas a aparecer en más de un 70 por ciento de las tumbas (lo que vendría a suponer las de la práctica totalidad de los varones allí enterrados), aunque en el conjunto del área ibérica las tumbas con armas para este siglo serían en torno al 35 por ciento del total. En contraste, carecemos para este periodo de las fuentes iconográficas que teníamos para el anterior, lo que es un factor limitativo muy a tener en cuenta.

En las necrópolis del área celtibérica asistimos a un proceso similar, creciendo el porcentaje de tumbas con armas, aunque aquí no se llegue al nivel del Levante, ya que en los cementerios con más armamento, como La Mercadera (Rioseco de Soria, Soria), el porcentaje de tumbas con armas es de poco más de un 40 por ciento del total. En Uvero (Soria) todavía es menor, del 34 por ciento.

En el siglo IV a. C. asistimos al fin de la uniformidad que veíamos en los momentos más antiguos, aunque en todos los ámbitos culturales encontraremos excepciones, ya que siempre aparece algún ejemplar aislado de armas más propias de otras áreas. Así, mientras en el mundo ibérico predominan las espadas de frontón, que van cediendo su puesto a las falcatas, en el celtibérico se multiplicarán los tipos de espadas de antenas atrofiadas, aunque con predominio de las «Aguilar de Anguita», así como algunos ejemplares de espadas de frontón. Aparecen las espadas rectas de tipo La Tène I, los puñales

Monte Bernorio-Miraveche y los primeros puñales con empuñadura de triple chapa y remate en forma de frontón, que se diversificarán pronto en todas sus variantes y alcanzarán un gran desarrollo y una justa fama. Otros elementos que se adscriben al área celtibérica para estos momentos son los cascos hispano-calcídicos, que no se habían documentado hasta hace pocos años.

Algo también característico de la Celtiberia es que la proporción de arreos de caballo en las tumbas es muy superior a la que vemos en el área ibérica, detalle muy importante que nos podría estar indicando que las fuerzas de caballería aparecen primero en la meseta. Sin embargo, otros elementos de la panoplia localizados en las tumbas del área meseteña, como las jabalinas, faláricas y *soliferrea*, son similares a los de la costa oriental y el sur peninsular.

Mientras en las áreas ibéricas encontramos los puñales de frontón exento y los de antenas, en las mesetas estos serán más raros, ya que vemos que aquí prefieren los de tipo Monte Bernorio-Miraveche y los de empuñadura de triple chapa, así como ejemplares híbridos, con una mezcla de características de tipos diferentes.

Los escudos, a pesar de ser circulares como en el área ibérica, adoptarán aquí peculiaridades tanto en la empuñadura como en el umbo, por ejemplo el de tipo radial, al parecer heredero de los grandes tachones de bronce de los que hablábamos antes para momentos más antiguos.

Vemos que a lo largo del siglo IV a. C. la panoplia se hace más sencilla y ligera, y por lo tanto más barata y accesible para grupos sociales más amplios. Las costosas protecciones de bronce, como los discos-coraza, los tachones de escudo y las grebas, prácticamente desaparecen. Suponemos que serían sustituidos por elementos orgánicos que no han dejado huella en el registro arqueológico.

En el área ibérica se aprecia en este periodo una importante diferenciación regional.

En la Alta Andalucía, Levante y sureste peninsular vemos cómo se impone la falcata, desbancando a las espadas de frontón o de antenas atrofiadas, características del periodo anterior.

En el noreste, sin embargo, encontramos una gran influencia transpirenaica, con una importante presencia de espadas rectas de tipo La Tène, mientras que las falcatas serán excepcionales, y siempre importadas.

En el área turdetana las tumbas con armas siguen siendo muy escasas, lo que indica una pervivencia de las tradiciones orientalizantes de siglos anteriores, algo visible también en la presencia de puntas de flecha con empuñadura de cubo, doble filo y, generalmente, arponcillo lateral, un arma originaria del otro extremo del Mediterráneo, y muy utilizada en la península ibérica por fenicios y cartagineses.

Otra característica común y generalizada en todas las áreas es que muchas tumbas con armas también contienen ahora herramientas y elementos propios de profesiones y oficios diversos: ganaderos, orfebres, comerciantes, etc., por lo que se podría decir que la guerra se democratiza y la posesión de armas se convertirá en sinónimo de ciudadanía y símbolo libertad.

Los cambios en la panoplia parecen indicar también una modificación en la forma de lucha. Vemos cómo ahora, al menos en el área ibérica, se constituye algo parecido a una panoplia estandarizada, compuesta por una lanza pesada, un arma de asta arrojada, ya fuera jabalina, *falárica-pilum* o *soliferreum*, y una espada o puñal, pensados principalmente para herir de punta, así como un escudo circular como protección principal. Este equipo sería perfectamente adecuado para un guerrero multiuso que lucharía generalmente en batallas cuerpo a cuerpo o en orden cerrado, pero que podía emplearse también como infantería ligera o para librar combates entre campeones. Estas serían las formas normales de lucha de los indígenas peninsulares antes de la llegada de los grandes ejércitos mediterráneos, y como hemos visto, no se alejan mucho de las utilizadas por estos.

La llegada de los ejércitos cartagineses y romanos en el siglo III a. C., y su enfrentamiento en suelo ibérico, afectará de una forma muy profunda a la forma de hacer la guerra y a la panoplia de los guerreros

locales, que adoptarán algunas de las armas y tácticas de los combatientes extranjeros.

Como es lógico, a partir de estos momentos encontramos ya mucha más información, proporcionada no solo por las fuentes escritas, sino también por la numismática y por la iconografía, con esculturas en piedra como los relieves de Osuna (Sevilla), datados entre los siglos III y II a. C., y las cerámicas pintadas, tanto del área ibérica como de la celtibérica, en las que se representan guerreros completamente equipados, unas veces en solitario y otras en escenas de desfiles y combates.

Los principales influjos externos los vemos en el armamento defensivo, donde, por influencia púnica, se extenderá entre los íberos el uso del escudo oval, antes restringido al noreste peninsular. En estos momentos se harán bastante comunes los cascos itálicos de bronce de tipo Montefortino.

También el armamento local evoluciona, haciéndose más ligero. No solo las lanzas siguen disminuyendo su peso y tamaño, sino que aumenta la proporción de armas arrojadas, y disminuyen las manillas de escudo, lo que podría confirmarnos lo que indican las fuentes escritas, que además de su empleo como infantería de línea, sería frecuente que las tropas indígenas fueran utilizadas por los ejércitos extranjeros como infantería ligera, que porta menos elementos de protección para ganar en agilidad.

En el área celtibérica se aprecia una cierta continuidad en el armamento, pero se hacen más frecuentes ahora las espadas de tipo La Tène, a veces también junto al *gladius hispaniensis* derivado de ellas. Se generalizan los puñales con empuñadura de triple chapa, que van abandonando el remate de frontón para conformar la empuñadura bidiscoidal. Curiosamente, mientras en las mesetas este tipo de armas estará muy presente hasta la conquista romana, en el área ibérica los puñales irán desapareciendo a lo largo del siglo III a. C.

Las representaciones artísticas muestran también el uso de grebas de material orgánico, posiblemente fabricadas con piel, que se

enrollaban a las espinillas a modo de polainas.

Parece que las armas se tornan menos frecuentes en las tumbas celtibéricas a partir del siglo III a. C. aunque, si nos fijamos en la necrópolis de Numancia, con sepulturas datadas entre finales de este siglo III y el último tercio del siglo II a. C., vemos que los elementos de la panoplia están presentes en prácticamente la mitad de las tumbas y, mientras en las más antiguas encontramos espadas tipo La Tène y puñales de frontón, en las más modernas (siempre anteriores a su destrucción el 133 a. C.) contienen puñales bidiscoidales, pero no espadas.

Por fin podemos hablar ya de una fuerza de caballería ibérica propiamente dicha, que aparece ampliamente reflejada en las fuentes romanas, con menciones a millares de jinetes que eran reclutados, aparentemente, sin mucha dificultad. Como hemos indicado antes, hay indicios de que en el área celtibérica las fuerzas de caballería habrían nacido en un momento ligeramente anterior.

Vemos cómo desde el principio de este periodo habrá indígenas que se enfrentan a los ejércitos extranjeros, mientras que otros se alían con ellos. Aunque en un principio los nativos que luchaban junto a los extranjeros empleaban sus armas y protecciones tradicionales, con el tiempo irán incorporando elementos foráneos, que poco a poco sustituirán a los propios, y a lo largo de los siglos II y I a. C. los guerreros indígenas se irán diluyendo de forma gradual dentro de los ejércitos romanos en los que se han encuadrado, hasta que terminen por perder totalmente su panoplia y sus formas de combate propias, lo que no deja de ser otro de los muchos aspectos del proceso que conocemos como romanización.

Hasta ahora nos hemos centrado en los pueblos ibéricos y celtibéricos, que son los que nos han proporcionado más información, tanto escrita como arqueológica, pero, ¿qué pasa con el resto de áreas y pueblos? Pues que los datos de que disponemos son muy desiguales. Mientras para algunos, como los vetones y vacceos, sí que conocemos gran cantidad de armas, la información que tenemos sobre las panoplias de los demás es muy escasa, sobre todo de los que

habitaban el noroeste peninsular y el resto de la costa cantábrica. Aun así, trataremos de dar una visión general con los datos disponibles a día de hoy.

LOS VACCEOS

En el territorio vacceo (Alto Ebro y Duero medio), se aprecia una menor permeabilidad a los influjos procedentes de otras zonas, lo que se traduce en menos tipos de armamento y una mayor originalidad de los mismos. Vemos también cómo aquí las necrópolis son algo más modernas, y se datan las primeras a finales del siglo V o principios del IV a. C., con lo que faltan los tipos de armas más antiguos.

Es característica de esta zona la casi total ausencia de espadas de cualquier tipo, algo que contrasta con sus vecinos vetones y celtíberos. Más frecuentes son los puñales de tipo Monte Bernorio, que parecen tener su origen en este área y que, a diferencia de la espada tipo Miraveche, sí que se difundirán por el norte peninsular y también hacia territorio vetón y arévaco. Con el tiempo comienzan a aparecer puñales de tipo bidiscoidal, que poco a poco se imponen a los anteriores. Una derivación de los puñales bidiscoidales serían los de tipo Villanueva de Teba.

Los investigadores llaman la atención sobre la presencia entre los ajuares funerarios vacceos de bolas de piedra con evidencias de haber sido cremadas con el cadáver y que algunos consideran que pudieran ser proyectiles de honda.

Los escudos típicos, y casi exclusivos, de esta zona serán las *caetrae* tipo Monte Bernorio, de fabricación más compleja que la de otros escudos redondos, y con múltiples variantes.

Vecinos de los vacceos por el este fueron los turmogos, pueblo que no vamos a tratar, dado que la escasa información que tenemos sobre ellos apunta a que su armamento era muy similar al de los pueblos que los rodeaban: vacceos, cántabros, autrigones y celtíberos.

LOS VETONES

Estamos ante una región más abierta a las influencias exteriores que la vaccea, por lo que encontramos en ella algunas concordancias con el área celtibérica, sobre todo entre los siglos IV y II a. C., pero también algunos elementos típicos del territorio ibérico. Aparecen puñales tipo Monte Bernorio, que como hemos visto son típicos de los vacceos, sin embargo apenas encontramos aquí espadas de La Tène, tan típicas del mundo celtibérico, y de donde, muy posiblemente, se importaron los pocos ejemplares conocidos. Tampoco aparecen los modelos de espadas de antenas más antiguos (Arcachón y Echaury).

Predominan las espadas de antenas tipos Aguilar de Anguita y Alcacer do Sal, aunque los Atance y Arcóbriga también estarán presentes, así como los puñales bidiscoidales en sus múltiples variantes. Los puñales de frontón son mucho más escasos que en otras áreas de la península.

Esta abundancia de tipos e influencias sería la razón por la que en el área vetona se encuentra un mayor número de piezas híbridas, algo que dificulta el estudio tipológico de las mismas.

En esta zona no aparecen discos-coraza, toda vez que la única pareja conocida, de hierro, y encontrada en la necrópolis de La Osera, es idéntica a otro ejemplar del Cabecico del Tesoro (Murcia), con lo que se considera que el ejemplar vetón es importado del área ibérica.

Los escudos presentan también una mayor variedad que en el área vaccea, con ejemplares de umbo radial para los momentos más antiguos, mientras que luego abundarían las *caetrae* con manilla de aletas, de tipología ibérica, y que todo parece indicar que carecían de umbo metálico, ya que este nunca aparece. Más numerosos serían los escudos sencillos, con una simple varilla curva de hierro como manilla.

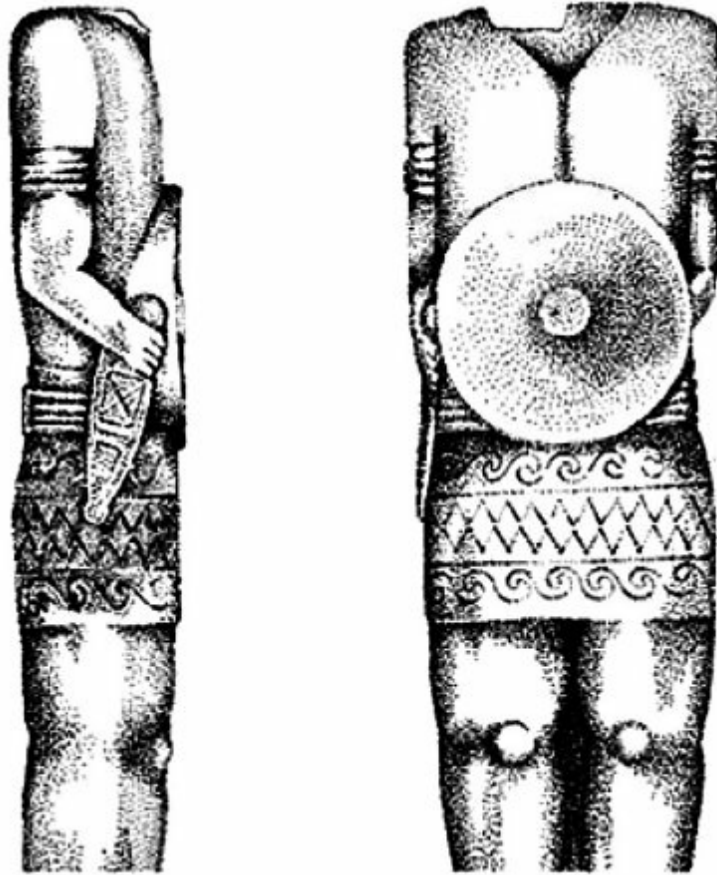
EL NORTE PENINSULAR

Uno de los grandes inconvenientes que encuentran los investigadores al estudiar la panoplia de la cornisa cantábrica y el noroeste peninsular es que en esta amplia zona carecemos de necrópolis, y como hemos visto, la gran mayoría de las armas contabilizadas hasta ahora en la península ibérica proceden de tumbas. Si a esto añadimos que el suelo ácido y húmedo de la región dificulta de forma considerable la conservación de los objetos de hierro, el resultado es evidente: muy pocas armas de la Edad del Hierro norteña han llegado hasta nosotros.

Esto crea importantes problemas incluso a la hora de hacer una valoración general de las sociedades de esta zona, ya que el hecho de contar con tan pocas piezas de armamento ha hecho que más de un investigador haya propuesto que la razón de ello hay que buscarla en la escasa belicosidad de los pueblos que habitaron la región. Pero olvidamos que si a otros pueblos, como por ejemplo los celtíberos, famosos en las fuentes antiguas por su predisposición para la guerra, les quitáramos las armas localizadas en las necrópolis, tendríamos un panorama muy parecido al del noroeste, con lo que también pudiera plantearse que estamos ante una sociedad pacífica y poco dada a los conflictos armados.

Dentro de este panorama de escasez armamentística, encontramos en el norte peninsular una llamativa falta de espadas, suplida en parte en el noroeste por la presencia de puñales de antenas y grandes cuchillos afalcatados que, en algunos casos llegan a tener hojas de dimensiones similares a las de algunas espadas cortas de la meseta (tanto de antenas como de frontón) aunque, como veremos, algunos autores insistan en no darles la consideración de armas de guerra. También aparecen puntas de lanza de hierro y de bronce.

GUERREROS CASTREXOS



Guerrero castrexo de Campos (Portugal). Dibujo de Ferreira Silva (1986).

Frente a la escasez de armamento real, encontramos en el noroeste los conocidos como *guerreiros castrejos*. Se trata de esculturas de bulto redondo, normalmente de tamaño bastante mayor del natural, que representan a guerreros armados. Suelen seguir un patrón muy similar, ya que visten túnica de manga corta con cuello de pico, a veces decorada, que les llega hasta mitad de los muslos y que se ajusta a la cintura mediante un ancho cinturón. No hay evidencias de que porten ningún tipo de coraza o protección corporal. Se protegen con un pequeño escudo circular con umbo hemiesférico, que portan a la altura de la cintura, asegurado a la mano o antebrazo izquierdo mediante una correa que se cruza formando una equis. Estos escudos son planos o cóncavos hacia el exterior, y están representados con un tamaño muy pequeño, aunque es muy posible que en la realidad fueran mayores, pero los escultores trataron de evitar dejar elementos salientes en el granito por el evidente riesgo de rotura. Algunos de ellos conservan intrincados motivos decorativos que se asemejan a laberintos.

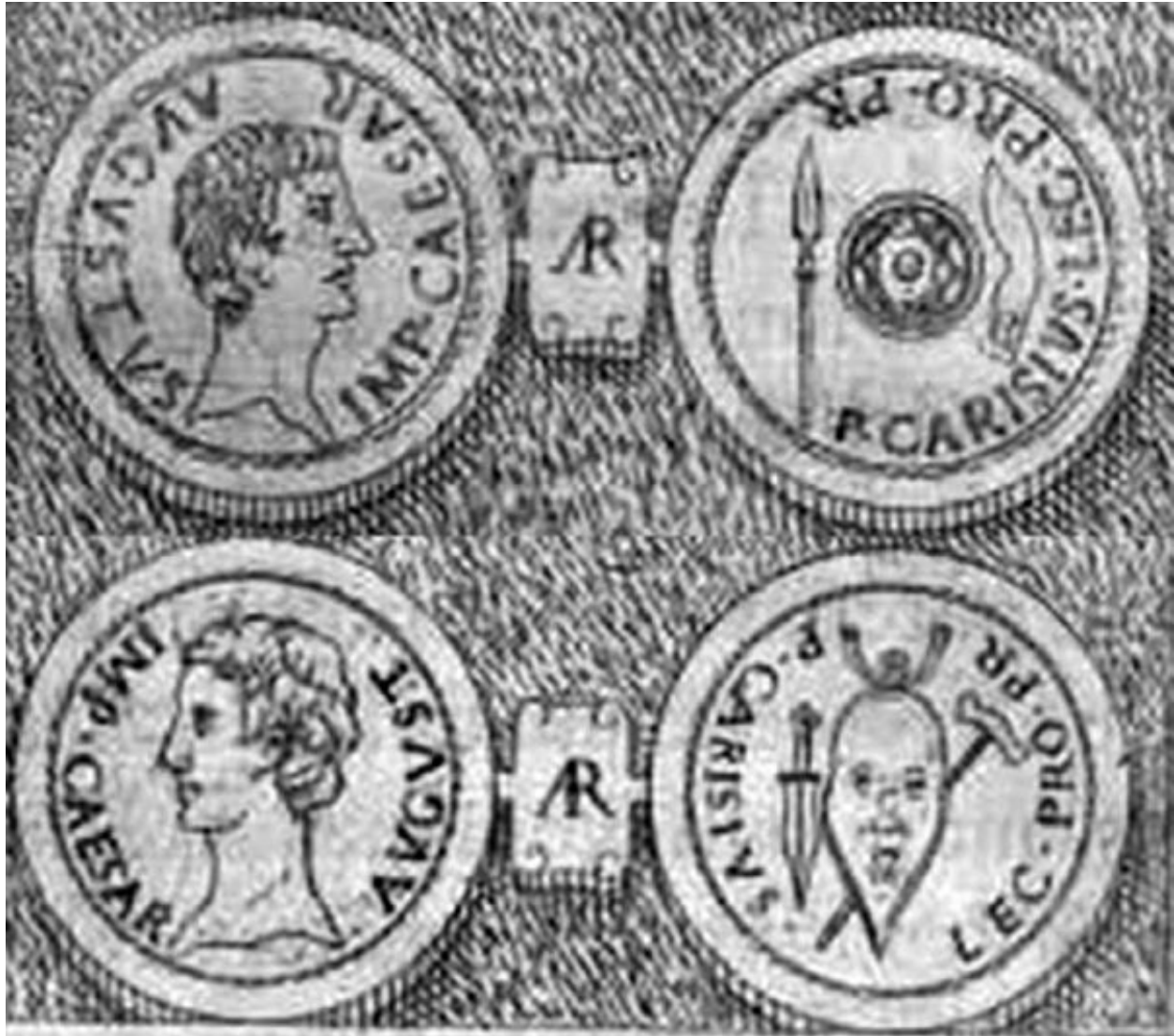
Los *guerreiros* están armados con un puñal o espada corta que suelen portar al cinto y, sobre el que en ocasiones descansa la mano derecha. En unos pocos casos tienen el arma desenvainada en la mano derecha y pegada al cuerpo hacia el hombro. Aunque muchas de estas esculturas aparecen cortadas a la altura de las pantorrillas, algunas de ellas portan también lo que parecen unas polainas o grebas de material orgánico.

Aquellos *guerreiros* que conservan cuello y cabeza suelen mostrar enormes torques en el cuello, y muchos portan también brazaletes —*viriae*—. Solo dos de ellos, los de Sanfins y Capeludos (ambos en Portugal) se cubren con prendas de cabeza: un casco romano tipo *Buggennum* el primero, y un casco o gorro cónico el segundo.

No hay acuerdo entre los investigadores a la hora de establecer una cronología para estas esculturas, aunque cada vez son más los que consideran que son tardías, muy posiblemente de un momento posterior a la llegada de los romanos a la zona, como demostraría el casco del *guerreiro* de Sanfins o los puñales que portan que, a pesar de que el granito no conserva los detalles con claridad, podrían ser de la familia de los discoidales que, aunque ya hemos visto que aparecen en la meseta en el siglo III a. C., fueron adoptados y difundidos por las tropas romanas tras sus campañas por el centro peninsular. Curiosamente, ninguno porta puñales de antenas o cuchillos afalcatados de los que se han encontrado en esta zona.

RESTO DE CORNISA CANTÁBRICA

Los *astures* protohistóricos habitaban un área muy superior a la Asturias actual, ya que por el sur su territorio incluía la provincia de León, buena parte de Zamora, e incluso tierras ahora portuguesas. Encontramos también aquí una desesperante falta de armamento, sobre todo en su vertiente norte, donde tan solo han aparecido grandes cuchillos afalcatados o de hoja triangular y empuñadura de hierro, algunos puñales de antenas similares a los que encontramos en el área *castrexa* gallega, y puntas de lanza. Las espadas son también prácticamente inexistentes.



Denarios de Publio Carisio en los que se aprecian diversas armas que algunos investigadores consideran propias de los pueblos astur-cántabros a los que había derrotado. Ilustración del tratado de numismática de Fulvio Orsini (1576). Llamam la atención la falcata en la pieza superior, y el casco con máscara y el hacha de doble filo en la inferior.

La mayor parte del armamento que conocemos de los cántabros procede de yacimientos del sur de la cordillera Cantábrica, donde encontramos asentamientos de la importancia de Monte Bernorio. Las armas que encontramos en el área meridional tienen muchas similitudes con las de sus vecinos vacceos destacando, lógicamente, los puñales tipo Monte Bernorio.

Polémico es el posible empleo, por cántabros y astures del hacha de doble filo, la bipenne. Los que defienden su utilización llaman la atención sobre dos fuentes. Por un lado tenemos los denarios acuñados en Emérita (Mérida, Badajoz) entre los años 25-23 a. C. por Publio Carisio, el conquistador de las tierras de los astures, y en los que, supuestamente, aparecerían representadas las armas utilizadas por este pueblo, entre las que encontramos lo que parece una bipenne. Pero no son pocos los investigadores que consideran que esta acuñación no muestra específicamente las armas cántabras, sino trofeos de armas de pueblos derrotados en un sentido amplio, lo que vendría refrendado por el hecho de que en dos de las series acuñadas por Carisio aparece también una falcata, que sabemos a ciencia cierta que no era un arma típica del norte peninsular. La segunda fuente es el siguiente pasaje de Silio Itálico:

El cántabro Laro era temible por la naturaleza de sus miembros y por su corpulencia, aunque no dispusiera de dardos. Como es la fiera costumbre de esta gente, se enfrenta a la batalla empuñando el hacha con la mano diestra. A pesar de que viera que los guerreros se dispersaban rechazados, una vez destruida la juventud de su gente, sin embargo él en solitario colmaba el campo de cadáveres. Además, si el adversario se encontraba cerca, le gustaba herirle de manera frontal, si la lucha llegaba desde la izquierda, giraba el dardo. Pero cuando el fiero atacante llegaba por la espalda no se turbaba, sino que lanzaba hacia atrás su hacha de doble filo.

SILIO ITÁLICO, *Púnicas*, 16, 46-65.

El problema es que Silio no era historiador, sino poeta y, como tal, daba más importancia a la épica de los relatos que a la veracidad de los datos y detalles que incluía en los mismos, razón por la cual los historiadores son muy cautos a la hora de admitir sus escritos como fuentes válidas.

En contra de estas dos fuentes tenemos el hecho incontestable de que, hasta el día de hoy, no ha aparecido ningún hacha de doble filo en la zona. Se podría alegar con toda razón que, como dijimos antes, en el área cantábrica y el noroeste son muy pocas las armas

localizadas, pero también es cierto que tenemos acuñaciones en lengua ibérica, en concreto de la ceca de Arsaos, que posiblemente estuviera en territorio vascón, en las que aparece lo que algunos consideran también una bipenne (otros piensan que es un dardo o un arma arrojadiza indeterminada), y tampoco en ese territorio ha aparecido ninguna de estas armas.

De todos modos, reconocemos que no es posible descartar al cien por cien la existencia real de hachas de doble filo, con lo que quedaremos a la espera de las sorpresas que la arqueología nos pueda deparar en años venideros. Sin ir más lejos, hay investigadores que llaman la atención sobre algunas hachas de una sola hoja encontradas en esta zona, pero que parecen estar incompletas, con lo que piensan que podría faltarles otra hoja simétrica. Sería el caso de un ejemplar aparecido en Pisoraca (Herrera de Pisuerga, Palencia) en el que se aprecia perfectamente una fractura, aunque es muy arriesgado aventurar si la parte que falta era otra hoja similar, un pico, etc.

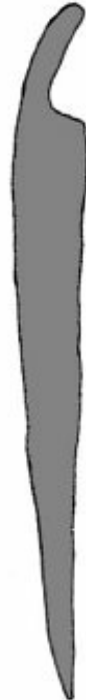
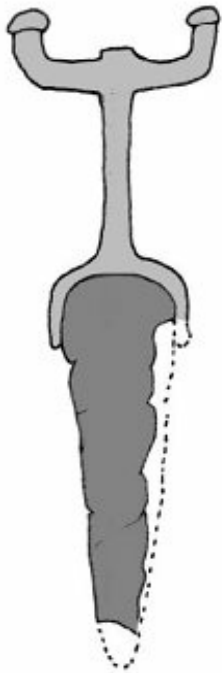
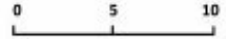
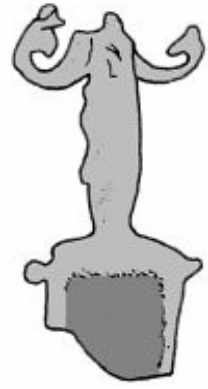
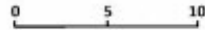
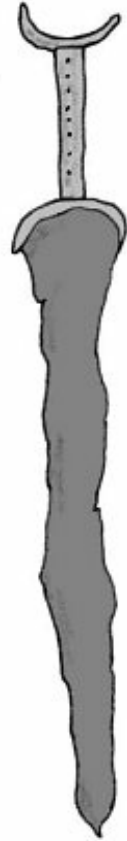
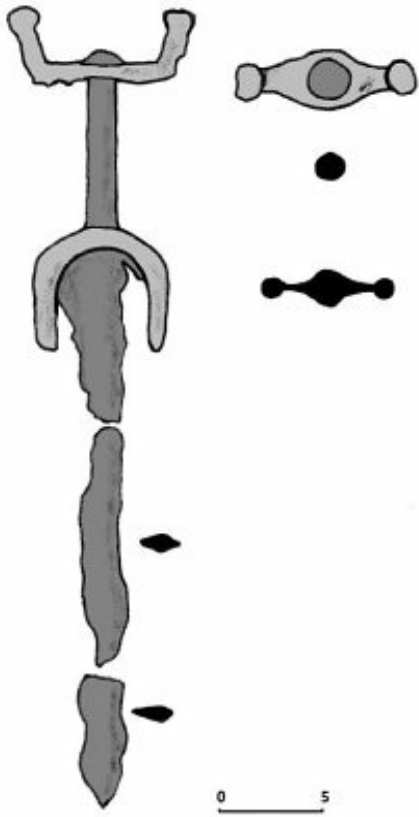
De todos modos, hemos de recordar que hasta hace no mucho tiempo desconocíamos totalmente la existencia de unas piezas tan espectaculares como los cascos hispano-calcídicos, y ahora ya hay un buen número catalogado, con lo que no sería nada extraña la aparición de nuevos tipos dentro de las panoplias indígenas peninsulares.

El resto del Cantábrico Oriental muestra la misma escasez de piezas de armamento, con solo puntas de lanza y jabalina, pocos puñales y ausencia de espadas. Una excepción sería el sur del territorio autrigón, en uno de cuyos principales asentamientos (Miraveche, Burgos), se ha encontrado el mayor lote de espadas del tipo que lleva su nombre. También en Álava, sobre todo en su mitad sur, encontramos un panorama ligeramente diferente al resto de la cornisa cantábrica, con armas de los tipos habituales en la meseta y abundancia de puñales tipo Monte Bernorio-Miraveche. Destacan los yacimientos de Carasta (Caicedo-Sopeña) y, sobre todo, La Hoya (Laguardia), cuya necrópolis ha proporcionado importantes lotes de armamento.

LA PANOPLIA BALEAR

A pesar de que este trabajo está centrado en el ámbito geográfico de la península ibérica, incluiremos una breve descripción de las armas utilizadas por los pueblos que habitaban las Islas Baleares con anterioridad a la conquista romana. En concreto nos referiremos a Mallorca y Menorca, dado que Ibiza quedaba bajo la órbita fenicio/cartaginesa, con lo que el panorama allí es diferente.

Como ya dijimos al hablar de los contextos funerarios indígenas, en Mallorca están presentes tanto las inhumaciones como las cremaciones en el interior de cuevas y bajo una cubierta de cal, tratamiento funerario que se documenta durante el llamado periodo postalayótico, que comienza en 550 a. C. y perdura hasta el cambio de era, con lo que cubre el ámbito cronológico tratado en este libro.



Armas baleares de la segunda Edad del Hierro: espadas de antenas y «falcata baleárica». Dibujos del autor a partir de Fernández Miranda (1978).

Entre las armas presentes en las tumbas mallorquinas encontramos espadas de antenas, de las que la inmensa mayoría son de tipologías antiguas, y emparentadas con modelos del sudeste francés, en concreto del Languedoc-Rousillon, aunque, como veíamos antes, estas espadas también se encuentran en aquellos primeros momentos en el noreste peninsular.

Se trata de espadas de hierro, con empuñadura de espiga terminada en antenas bien desarrolladas y remates redondeados, con una guarda, también redondeada o angular, que envuelve el arranque de la hoja. Los ejemplares mallorquines se encuentran en muy mal estado de conservación, y no se aprecia en ellos decoración de ningún tipo. Las hojas pueden tener o no el nervio central marcado.

Los investigadores han encontrado importantes problemas para fijar la cronología de estas armas, dado que las tumbas en las que se han encontrado han sido fechadas entre los siglos VI y III a. C. Esto supondría que algunas de estas piezas podrían haber sido amortizadas en un momento muy posterior a sus homólogas del sur de Francia y la península ibérica, datadas entre los siglos VII-VI a. C. Pero no podemos obviar la posibilidad de desfases temporales importantes entre el momento de la fabricación de una pieza y el de su depósito en la tumba.

Aparte de estas espadas de tipo Languedoc-Rousillon han aparecido otras de antenas de tipología más moderna. Así, encontramos una que, muy posiblemente, pertenezca al tipo Arcachón (tipo I de Quesada), y otra, localizada en el yacimiento de Es Morro, de una tipología excepcional por la terminación de sus antenas, que su excavador denomina: «En cabeza de pato con casco». También se han encontrado algunos puñales de antenas.

Mención aparte merece un tipo de espada identificada en estas dos islas, a la que se ha bautizado, de una forma manifiestamente errónea, como «falcata baleárica».

El principal motivo por el que se le ha dado este nombre es que tiene un filo ligeramente curvo, pero ahí terminan todas las similitudes. Vemos que se trata de un arma con hoja de un solo filo, que mantiene su perfil triangular a lo largo de toda su longitud, aunque disminuyendo de grosor hacia la punta, mientras que el contrafilo es romo. Carece de la característica silueta en S de la hoja de la falcata, originada por el estrechamiento de la hoja en la parte cercana a la empuñadura, ya que en las armas baleares, el arranque de la hoja junto a la guarda es, precisamente, la parte más ancha.

Otro aspecto que presenta una lejana similitud formal con la falcata es la empuñadura, que en el arma baleárica es también continuación de la hoja y se conforma sobre una lengüeta plana, pero, a diferencia del arma ibérica, no se curva en el pomo en torno a la mano.

Por lo que respecta a las espadas de tipo La Tène, en Baleares se ha encontrado tan solo un posible ejemplar en Cova Moja de Mallorca, identificado durante muchos años como «falcata baleárica». Pero existen muchas dudas, dado que no se encuentra completa. Por la anchura de su filo podría ser adscrita al tipo I, que se caracteriza por tener la punta más afilada y una menor longitud que los tipos posteriores.

También se han localizado varios ejemplares de espadas y puñales con empuñadura de lengüeta, ya sea esta simple o bipartita y que, dados los problemas que encontramos para datar las tumbas mallorquinas con una cierta precisión, se han fechado entre los siglos V y II a. C.

Por lo que respecta a las armas de asta, se han localizado puntas de lanza y/o jabalina de empuñadura tubular, que se caracterizan por la enorme variedad de tipos, y con puntas fabricadas tanto en hierro como en bronce. Resulta interesante la localización en la cueva de Son Bauçà de dos puntas de bronce de tipología atlántica, aunque no haya posibilidad de saber ni su procedencia concreta ni la forma en que llegaron hasta allí.

También han aparecido algunas puntas de flecha de bronce datadas en este periodo, todas de empuñadura tubular, menos una que lo tiene de pedúnculo, localizada en la cueva de Cometa dels Morts I, y que tiene la peculiaridad de que, además de un largo pedúnculo, presenta sendas muescas en la base de la hoja para dificultar su extracción una vez clavada, algo inédito en la península ibérica y en Francia. Se ha datado entre los siglos IV y II a. C.

Las puntas de flecha de empuñadura tubular pertenecen a diferentes tipologías, incluida una de tipo poligonal que puede considerarse una excepcionalidad en todas las Islas Baleares. También encontramos otra de tipo fenicio-púnico de arponcillo lateral, tan frecuente en Ibiza y algunas áreas de la península. En total, el conjunto de puntas se pueden fechar entre los siglos VI y II a. C.

UN NUEVO METAL

Las distintas fuentes antiguas suelen coincidir en alabar la calidad de las armas fabricadas por los indígenas de la península ibérica. Autores como Polibio, Posidonio o Filón atribuían esto al excelente hierro disponible como materia prima y a la habilidad de los herreros locales, que utilizaban técnicas muy perfeccionadas y que a ellos llamaban la atención, como enterrar el hierro durante un tiempo para que desaparecieran las impurezas, o combinar en las hojas de las espadas láminas de acero y hierro dulce para conseguir aunar flexibilidad y dureza, técnicas de las que hablaremos más adelante.

Pero esta supuesta altísima calidad de los hierros y aceros peninsulares habría de ser matizada, al menos en parte, ya que tras los estudios metalográficos realizados con técnicas actuales a un número cada vez más importante de piezas repartidas por toda nuestra geografía, se ha podido comprobar que la calidad de estas armas era muy irregular, y con frecuencia los metales dejaban bastante que desear.

Todos hemos leído la cita de Filón de Bizancio donde dice que los herreros hispanos comprobaban la calidad de las armas que acababan de forjar colocándoselas sobre la cabeza y tirando de la punta y la empuñadura hasta que estas tocaran los hombros. Solo pasaban la prueba si luego recuperaban su posición inicial. Bueno, si lo que nos gusta es recibir alabanzas, esta cita está muy bien, pero a poco que nos paremos a pensar, veremos que, precisamente, una de las

características de las espadas prerromanas peninsulares es su corta longitud, con lo que muy pocas de ellas alcanzarían los ochenta centímetros que, como mínimo, necesitaríamos para poder realizar esta prueba tal como la explica el sabio griego. Si a eso le añadimos que, por ejemplo, la hoja de las falcatas podía llegar a alcanzar casi un centímetro de espesor, llegaremos a la conclusión de que si intentáramos doblarla sobre nuestra cabeza, seguramente lo único que obtendríamos sería una buena cefalea. Solo con algunas espadas tipo La Tène, las más largas de las utilizadas en la península en aquella época, podríamos realizar esta prueba, ya que se conoce algún ejemplar que sí alcanza los ochenta centímetros, lo que no sabemos es el resultado que obtendríamos.

Antes de entrar de lleno con la panoplia utilizada en el periodo aquí estudiado consideramos interesante hacer un somero repaso del panorama armamentístico de los siglos previos, lo que sería la primera Edad del Hierro.



«Estela del Suroeste» procedente de Cabeza de Buey (Badajoz) y conservada en el Museo Arqueológico de Badajoz. Se distinguen perfectamente dos personajes,

un carro con dos caballos, diversas armas (lanza, espada y escudo) y otros efectos, como una fibula y dos posibles espejos. Dibujo del autor.

Y aquí deberíamos hablar en primer lugar de Tartessos, la cultura que se desarrolló en la Baja Andalucía en los siglos previos al nacimiento del mundo ibérico. A este horizonte cultural se adscriben, al menos, una parte de las llamadas «estelas del suroeste», aunque las más antiguas parecen retrotraerse hasta los últimos estadios del Bronce Final (siglos XI-X a. C.). Se trata de estelas de piedra con grabados que parecen representar al difunto junto a una serie de elementos que mostrarían su alta posición social, sobre todo sus armas, entre las que aparecen espadas y lanzas, cascos (en ocasiones con cuernos) y escudos circulares, generalmente con una escotadura en forma de V. También son frecuentes los carros de guerra. Tanto las espadas como las lanzas representadas encuentran su correspondencia con ejemplares reales de bronce localizados en diversas partes del sur peninsular, por ejemplo en el conocido depósito de la ría de Huelva, contemporáneo a algunas de estas estelas.

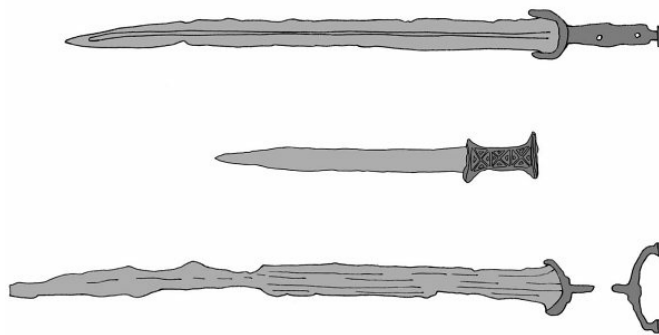
Las primeras armas de hierro no se fabricarán en la península ibérica hasta el siglo VII a. C. Para estos momentos tempranos encontramos principalmente dos tipos de espadas: unas de empuñadura de lengüeta rematada en un botón, derivadas de las espadas de bronce del sur peninsular, y que aparecen sobre todo en Andalucía y Levante; y las de empuñadura de espiga y antenas desarrolladas, que proceden básicamente de modelos transpirenaicos, aunque con algunas influencias mediterráneas, y que se localizan sobre todo en Cataluña y Aragón. Independientemente del tipo de empuñadura, ambas espadas poseían una hoja larga (generalmente más en las de antenas) y estrecha, lo que unido a las lógicas carencias técnicas de aquellos primeros momentos de conocimiento de la nueva tecnología, llevaría a que la calidad de las mismas fuera ciertamente limitada. No disponemos de espadas de hierro para estos momentos

más antiguos ni en las mesetas, ni en el noroeste, ni entre los pueblos cantábricos.

Veamos ahora, brevemente, algunos de los ejemplares de espada de hierro más antiguos localizados hasta ahora en la península ibérica.

En una tumba orientalizante de la necrópolis de Los Higueros, en Cástulo (Linares, Jaén), apareció un ejemplar de espada del tipo Ronda-Sa Idda, con la peculiaridad de que, en vez de bronce, que es lo habitual en esta tipología, estaba fabricada en su totalidad en hierro, a excepción de un remache de bronce en la empuñadura, siendo el único ejemplar de este tipo y material encontrado en la península ibérica. Está datada en el último cuarto del siglo VII a. C., y supondría un paso intermedio en el cambio de tecnología metalúrgica, al utilizar el hierro en una tipología de espada que hasta ese momento se había fabricado solo en bronce. Esta espada, lamentablemente hoy perdida, reproducía fielmente los modelos originales bronceos en todos los detalles, y se considera que sería una producción local, ya que tenemos constancia de la fabricación de las espadas de bronce de este tipo en la zona por la aparición de un molde de fundición en Ronda (Málaga).

Otras espadas de hierro de esta primera época en el sur peninsular son las aparecidas en ricas tumbas de las necrópolis de El Palmerón (Niebla, Huelva), Los Higueros (Cástulo, Jaén) y La Joya (Huelva).



*Algunas de las armas de hierro más antiguas fabricadas en la península ibérica.
De arriba a abajo: espada recta con empuñadura de lengüeta procedente de*

Mianes (Tarragona), espada con empuñadura de bronce del Tossal de los Regallos en Candanos (Huesca), y espada de antenas de Camallera (Gerona). Dibujos del autor a partir de Quesada (1997).

Como hemos dicho antes, en áreas más septentrionales encontramos principalmente espadas con empuñadura de espiga y remate de antenas como las de La Fila de la Muela (Alcorisa, Teruel), Camallera, o Ampurias (ambas en Gerona). Aun así, en la necrópolis de La Solivella (Castellón), encontramos dos espadas de empuñadura de lengüeta rematada con un botón, datadas en el siglo VI a. C. Una de ellas está casi completa, y conserva 36 centímetros de hoja. Son bastante parecidas a la de El Palmerón y presentan evidentes influencias del sur peninsular.

En el Tossal de los Regallos (Candanos, Huesca), se ha encontrado una espada muy diferente, con hoja recta de hierro de tan solo 31 centímetros y una curiosa empuñadura de bronce con decoración geométrica excisa. Está datada en el siglo VI a. C., y no se conoce ningún otro ejemplar similar.

De esta época son también las primeras puntas de lanza de hierro, que podían superar ampliamente el medio metro de longitud y presentaban un nervio muy marcado, un tipo que enlaza con las primeras lanzas ibéricas y celtibéricas.

METALURGIA DEL HIERRO

Antes de repasar las distintas armas que conformaban la panoplia de los pueblos indígenas, sería conveniente echar un vistazo a la obtención de la materia prima de la que estaban hechas la inmensa mayoría de ellas: el hierro.

El hierro tiene dos importantes ventajas sobre el bronce utilizado hasta aquel momento. Por una parte las propiedades del nuevo metal permitían fabricar herramientas y armas más duras y afiladas que con el bronce, y por otra la abundancia de minerales férricos en la naturaleza facilitaba el aprovisionamiento de los mismos sin

depender del comercio con otras regiones, en ocasiones muy lejanas, que era el principal problema del bronce, sobre todo por la escasez de estaño en muchas zonas, entre ellas la península ibérica.

No obstante hay que tener en cuenta que en un principio, y hasta que se consiguió dominar completamente la técnica de producción del nuevo metal y su aplicación en la fabricación de los objetos, las armas de bronce podían superar ampliamente en calidad a las de hierro.

Todavía no está cerrada la cuestión de cómo se inició la fabricación del hierro en la península ibérica, ya que, aunque tradicionalmente se viene señalando a los fenicios como responsables de esta innovación, hay autores que consideran que no tuvo que ser necesariamente así. Es cierto que los fenicios conocían ya el hierro cuando se asentaron en nuestras costas allá por el siglo X a. C., y que hay constancia de que lo fabricaban en sus colonias y factorías del sur peninsular al menos desde los siglos VIII-VII a. C., pero también lo es que muy poco tiempo después los indígenas hacían lo propio en algunos asentamientos, como en El Castellar de Librilla (Murcia). Esta rápida adopción local de la nueva tecnología nos indicaría que debían de tener unos avanzados conocimientos metalúrgicos previos. También tenemos el nódulo de mineral férrico localizado en La Fortalesa de Vilars de Arbeca (Lérida), fechado en torno a 700 a. C., cuando aún no se había detectado en la zona ningún tipo de contacto con los comerciantes orientales. Todo esto abre la puerta a la posibilidad del descubrimiento casual por los propios indígenas, ya que está comprobado que durante el proceso de fundición del bronce se puede formar hierro de manera residual.

Más abundantes son los objetos de hierro, muy antiguos y ya manufacturados localizados en la península y que, con total seguridad, serían importados. Como ejemplo tenemos el brazalete y el remate de hierro con incrustaciones de oro que aparecieron formando parte del tesoro de Villena (Alicante), cuyo ocultamiento se ha fechado entre los siglos XIII y XII a. C. Algo que nos demuestra que

los primeros objetos fabricados con el nuevo metal eran considerados piezas de lujo solo al alcance de las élites.

Dentro de este grupo más antiguo de piezas de importación, encontramos también un buen número de sierras y cuchillos de hierro de dorso curvo localizados en el centro de Portugal y fechados entre los siglos XIII y X a. C. Se han relacionado con la denominada pre-colonización fenicia, es decir con los viajes comerciales realizados por este pueblo semita a la península ibérica con anterioridad a la fundación de asentamientos estables.

La llegada del hierro a las mesetas será algo más tardía, pero poco, ya que encontramos objetos de este metal en ajuares de tumbas datadas en el siglo IX a. C., como en la necrópolis de Palomar de Pintado (Villafranca de los Caballeros, Toledo), o en la de Arroyo Culebro (Leganés, Madrid).

Todo parece indicar que el hierro no llegaría al Cantábrico hasta finales del siglo VII a. C.

Sea como fuere, parece claro que fueron los fenicios los responsables de la difusión tanto del nuevo metal como de la técnica para producirlo, aunque ya dijimos que habrá que esperar todavía hasta el siglo VI a. C. para que las armas y herramientas de hierro se generalicen por amplias zonas de la península.

Como en todos los oficios artesanos, habría herreros de muy diferentes capacidades, y no todos dispondrían de los conocimientos y la habilidad necesarios para la elaboración de las piezas de mayor calidad, como algunos tipos de armas, que precisaban de las técnicas más avanzadas y una dedicación casi exclusiva. La mayoría de los que desempeñaban su trabajo en los asentamientos menores se limitarían a reparar piezas dañadas o a fabricar algunas sencillas, y muy probablemente se dedicarían a la herrería a tiempo parcial.

Como hemos dicho antes, los autores antiguos alabaron tanto la calidad de las armas de los indígenas peninsulares como la del hierro con el que se fabricaban. Estas fuentes llegan a describir algunas de las técnicas supuestamente utilizadas por los íberos, como la que

indicamos a continuación, aunque también es cierto que hasta ahora no ha podido demostrarse su eficacia de forma experimental.

(Los íberos) Tienen un modo singular de preparar las armas que utilizan para su defensa. Entierran láminas de hierro y las dejan hasta que, con el tiempo, la parte débil del hierro consumida por la herrumbre se separa de la parte más dura; de esta hacen espadas excelentes y los demás objetos concernientes a la guerra.

DIODORO DE SICILIA, *Bibliotheca historica*, I, 329.

El principal problema técnico que encontraban en aquel tiempo para la obtención del nuevo metal era que les resultaba imposible alcanzar los 1.536° C necesarios para fundir el hierro quemando leña o carbón. Por eso, tras la extracción del mineral (principalmente limonita, goethita y hematites), procederían a su reducción en hornos de barro, en los que se alternaban capas de carbón y mineral. No está cerrada la cuestión de si estos hornos dispondrían de alimentación de aire forzada mediante fuelles o serían de tiro libre, en los que el aire entra a través de unas toberas de barro instaladas en su base gracias a un principio físico natural. A continuación se procedía al martillado de la «esponja férrica» resultante, hasta conseguir eliminar la mayor cantidad posible de impurezas. Una vez listos, los lingotes de hierro se repartían entre los herreros, que los calentaban en forjas abiertas avivadas por fuelles de piel con toberas de cerámica y los martillaban sobre el yunque hasta darles forma.

Esta tecnología de fabricación es la responsable de que los hierros de aquella época suelen carecer de la homogeneidad deseable, pues es frecuente encontrar en los análisis trazas de escorias atrapadas en la masa férrica, lo que perjudica la calidad del resultado final.

Los herreros indígenas conocían el proceso del acerado, que endurecía la parte más superficial de la pieza mientras que mantenía flexible el núcleo. Esto lo conseguían manteniendo el elemento al rojo entre carbones durante un tiempo determinado. Más dudoso es que llegaran a dominar la técnica del templado, para lo que se

necesitaba un elevado conocimiento empírico del fuego, ya que había que enfriar súbitamente la pieza de acero (no funciona con el hierro) cuando esta alcanzaba una temperatura determinada, algo que solo se podía saber en aquellos momentos por el color exacto del metal. Aun así se conocen piezas de acero templado, y aunque algunas de ellas pudieran ser resultado de un proceso casual, en otras es evidente la intencionalidad. Es posible que en este detalle encontremos una prueba de la diversa capacidad de los herreros indígenas de la que hablábamos antes. No todos tendrían los conocimientos necesarios para aplicar de un modo correcto estas técnicas más complejas.

Aquí hemos de recordar el hecho de que la mayoría de armas que han llegado hasta nosotros fueron sometidas al fuego de la pira funeraria. Esto implica que las altas temperaturas de la hoguera pudieran haber alterado la composición y estructura metalográfica de las piezas, algo que puede inducir a error en los resultados de los estudios que se les realizan en la actualidad.

Ya los autores antiguos hablaban de la fabricación de las hojas de las falcatas mediante la soldadura de tres láminas alternas: hierro dulce-acero-hierro dulce. Esto ha podido ser comprobado en muchos casos, aunque esta técnica no siempre se utilizó de la manera más adecuada. Los estudios también han determinado que esta forma de fabricación de las hojas no es exclusiva de las falcatas, sino que se utilizó con cierta frecuencia en otras tipologías de espadas peninsulares. Sobre este punto volveremos al hablar de las falcatas.

Por último nos referiremos al acabado de las piezas y su decoración.

Es frecuente que muchas espadas protohistóricas peninsulares presenten estrías y acanaladuras a lo largo de la hoja. Estas aligeraban el arma a la vez que daban una mayor rigidez a la hoja, y estarían hechas mediante el burilado,¹⁴ ya fuera en frío o en caliente, no mediante la forja. Aunque todos hemos leído que estas acanaladuras se realizaban con la intención de facilitar la entrada de aire en la herida y causar una muerte más rápida del enemigo, esto es falso. Un arma blanca es igual de mortífera con o sin acanaladuras.

Un aspecto relacionado con el acabado de muchas armas que ha originado una cierta controversia es la posibilidad de que estas hubieran sido recubiertas de forma intencionada con una fina capa de magnetita. Esta capa da como resultado un llamativo acabado negro o gris oscuro, y protege muy eficazmente al hierro de la corrosión. Además, su dureza hace más difícil el rallado de la superficie. La magnetita es un tipo de óxido de hierro, que se puede formar también de forma natural, el problema es que, mientras que algunos autores consideran que esta capa es demasiado uniforme para ser natural, otros opinan que podría ser resultado tanto de la oxidación natural como del proceso de soldadura de las diversas láminas que conforman la hoja. Lo mismo puede decirse del posible doble recubrimiento de bronce-magnetita identificado en algunas piezas, donde el bronce aparece en una finísima capa entre la magnetita y la superficie de la pieza. Como decimos es un asunto que todavía no está cerrado de una forma satisfactoria.

No es nada raro encontrar armas y fundas decoradas, llegando algunas de ellas a estar completamente cubiertas de motivos ornamentales. La técnica más habitual en la península era el nielado o damasquinado, por el que se grababan los motivos sobre el metal mediante burilado, generalmente en frío, embutiendo luego en los canalillos resultantes hilos de plata o cobre, tras lo que se sometía la pieza al calor para fijarlos. Con ello se lograba efectos decorativos de gran belleza por el contraste de colores entre los damasquinados blancos o amarillos y el fondo negro o gris del arma.

METALURGIA DEL COBRE/BRONCE

A pesar de que, como ya hemos indicado, la inmensa mayoría de armas de la época que aquí estudiamos se fabricaban en hierro, también se siguieron produciendo algunos elementos de bronce durante toda la Edad del Hierro, sobre todo de la panoplia defensiva, como umbos de escudo, discos-coraza, cascos o grebas. En cuanto a las armas ofensivas, estas son muy escasas, ya que, si exceptuamos

algunos puñales de antenas del noroeste, que se siguen fabricando con la empuñadura, e incluso la hoja, de bronce, tan solo encontramos puntas de flecha y alguna moharra de lanza.

La metalurgia del bronce era mucho más sencilla que la del hierro. Las piezas de armamento estudiadas están fabricadas en su mayor parte con bronce binarios (cobre-estaño), aunque los ternarios (cobre-estaño-plomo) también están presentes, siempre en menor cantidad.

Para la obtención del cobre se utilizarían normalmente hornos semienterrados en el suelo o, con menos frecuencia, vasos-horno de cerámica, con los que se podía alcanzar los 1.083° C necesarios para la fusión del mineral. Una vez añadido el estaño al cobre la tarea se facilitaba ya que, dependiendo de la aleación elegida, la temperatura de fusión podía bajar, incluso, hasta los 830° C, que era posible alcanzar con crisoles cerámicos más sencillos.

La mayoría de elementos de bronce de la panoplia defensiva se fabricaban mediante el martillado del lingote de metal hasta obtener una lámina del grosor deseado, a la que luego se daría la forma precisa, también por martillado. Otras piezas, como las puntas de flecha, se fabricarían mediante fundición, para lo que se utilizaban moldes bivalvos, generalmente de piedra caliza, bastante sencillos y sin salidas de gases, pero que solían incluir varias piezas en el mismo molde.

Algunos ejemplares de cascos griegos de tipo corintio, encontrados en el sur peninsular, están fabricados mediante una combinación de fundición y su posterior martillado, con el que se le daba la forma definitiva y los diferentes grosores que presentan en cada una de sus partes. Pero no olvidemos que todo parece indicar que estos cascos eran en su totalidad piezas de importación, y que habrían sido fabricadas en Grecia o en las colonias del sur de Italia (la Magna Grecia).

LAS ARMAS DE LOS GUERREROS DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

Al proceder al estudio de las armas en la protohistoria peninsular nos encontramos con una serie de circunstancias que pueden alterar de manera importante las conclusiones finales, por lo que hay que tenerlas muy en cuenta.

Las principales de ellas tienen como origen el mismo contexto funerario de donde proceden la inmensa mayoría de las piezas recuperadas, ya que, aunque también se localizan armas en lugares de habitación o en escenarios de batallas, el porcentaje de estas en el total es mínimo.

Para empezar, desconocemos los criterios que siguieron nuestros ancestros a la hora de depositar unas u otras armas en las tumbas, ya que parece clara la existencia de preferencias en la elección de los elementos de la panoplia que acompañarían al difunto en su viaje al más allá, elección que presenta diferencias destacables dependiendo del área geográfica y del momento histórico. Por ejemplo, en las necrópolis celtibéricas más antiguas no aparecen espadas, cuando es muy probable que sí se utilizaran.

Un detalle que hay que tener en cuenta a la hora de establecer la cronología de un arma en base al resto del ajuar que la acompaña es que no debió de ser infrecuente que, dado su alto valor económico y simbólico, estas pasaran de padres a hijos durante varias generaciones, con lo que podría haber un desfase importante entre el

momento de fabricación de la pieza y el de su amortización en la sepultura. Un ejemplo de esto lo encontramos en la espada tipo Miraveche encontrada en la tumba de un sexagenario en Pintia (Padilla del Duero, Valladolid) datada en el siglo IV a. C., cuando las armas de ese tipo más modernas localizadas lo han sido en contextos del siglo V a. C. Y no nos olvidemos de la vaina de puñal de tipo Monte Bernorio localizada, cuidadosamente enterrada, en la misma Pintia, y donde lo curioso es que por su tipología está datada en el siglo IV a. C., mientras que la vivienda donde se encontró se fecha en el siglo I d.C., es decir, que la pieza se conservó en la familia durante cinco siglos hasta que fue enterrada en el suelo de la vivienda, razón por la que su excavador utiliza para ella el término de puñal-reliquia.

Por otro lado, es relativamente frecuente que las armas no se depositaran completas en las tumbas, siendo habitual encontrar una funda sin el puñal, un regatón de lanza sin moharra, etc.

Otro aspecto de la mayor importancia a tener en cuenta es el ritual funerario que se utilizaba en la protohistoria peninsular de manera prácticamente exclusiva: la cremación. Esto implicaba la casi total destrucción por el fuego de los elementos no metálicos de la panoplia, algo que dificulta de forma importante el estudio de algunas piezas, como pueden ser los escudos y algunos cascos y corazas fabricados con materiales orgánicos, sin olvidarnos, claro, de las fundas de muchas espadas o los astiles de lanzas y jabalinas. A esto habría que añadir que, tras el apagado de la pira, se procedería a la recogida de los restos que habían de ser incluidos en la tumba y, de la mayor o menor minuciosidad con que se hiciera esta tarea dependerá que encontremos más o menos piezas de pequeño tamaño, importantes para conocer detalles sobre la estructura de algunos elementos de la panoplia, como los escudos. No podemos olvidarnos tampoco de la alteración que sufren los metales sometidos a las altas temperaturas, algo que, como ya hemos visto antes, puede modificar sus características físicas y falsear los resultados de los estudios metalográficos.

Una última limitación, aunque nada despreciable, es el hecho de que muchas necrópolis, sobre todo de la meseta, se excavaron a principios del siglo XX, sin las técnicas y conocimientos de que se dispone hoy en día, con lo que se perdió mucha información y material que hoy nos resultarían de gran ayuda. Para su análisis dividiremos el total de elementos de la panoplia en dos grandes grupos, teniendo en cuenta si su finalidad principal es la de defenderse de los ataques del enemigo o, por el contrario, tratar de herir al oponente.

ARMAMENTO DEFENSIVO

Dentro de esta categoría podemos hacer una subdivisión entre los elementos para la «defensa activa»: los escudos; y aquellos destinados a la «defensa pasiva»: protecciones corporales y corazas, cascos y grebas.

Escudos

Protegen al guerrero de una forma activa, ya que al poder desplazarlos libremente permiten desviar o detener los golpes y proyectiles.

Los dos tipos identificados en el área ibérica son el circular (*caetra*) y el ovalado o rectangular (*scutum*).

La «caetra» era un escudo circular con un tamaño que podría oscilar entre los 40 y los 90 centímetros de diámetro y los cuatro y seis kilos de peso. Se encontraría en todas las áreas culturales peninsulares, aunque mientras en el área ibérica parecen predominar los diámetros de entre 50 y 70 centímetros, en la meseta serían ligeramente menores, con medidas entre 40 y 60 centímetros. Se ha podido calcular el grosor gracias a los muchos remaches localizados, que sujetarían los umbos y manillas atravesando totalmente el escudo, y que arrojan un espesor máximo de unos 15 milímetros en el centro, y mínimo de 10 en los bordes.

En la zona ibérica los modelos más antiguos se fechan en los siglos VI y V a. C. y, muy posiblemente, algunos estarían fabricados con varias capas de cuero superpuestas, solas o unidas a una pequeña base de madera. No se descarta que se utilizara un molde para darles la forma deseada. En la cara exterior se clavarían grandes tachones de bronce, que además de proteger la mano y dar cohesión al conjunto, tendrían una función decorativa. Las manillas de sujeción podían ser metálicas o de algún material orgánico que no ha llegado hasta nosotros, aunque todas tendrían anillas de hierro para pasar una correa (el telamón), que servía tanto para transportar el escudo colgado como para asegurarlo a la mano durante la batalla. Este tipo de *caetra* se puede distinguir en una de las esculturas del conjunto de Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén), donde se aprecian perfectamente en su cara interna tres capas concéntricas que se superponen, dejando lógicamente un borde bastante más delgado que la parte central, algo que ya hemos visto que era lo habitual en todas las *caetrae*.

A partir del siglo IV a. C. los escudos se fabricarían generalmente con listones de madera ensamblados con espigas, también de madera, y algún adhesivo. Se reforzarían exteriormente mediante una piel que se sujetaba por la cara interna utilizando pequeños clavos metálicos. Estrabón nos dice que también había escudos circulares hechos de tendones. Por regla general, las *caetrae* serían ahora mayores que los anteriores, y planas o de tendencia convexa, aunque se ha podido comprobar, gracias a algunas representaciones pintadas en vasos de Liria, y estudiando la curvatura de las manillas conservadas, que en algunos casos estos escudos tendrían forma cóncava hacia el exterior, algo que veremos también en la meseta, entre los lusitanos y en el área castrexa.

En la cara exterior se solía fijar el umbo, una pieza circular abultada, generalmente metálica, aunque también podía ser de madera, clavada en el centro del escudo para reforzar el conjunto y proteger el lugar tras el que se encontraba la mano del guerrero. En el ámbito ibérico los umbos metálicos son más escasos que en la meseta, y los que hay suelen ser hemiesféricos, con un reborde plano

con agujeros por los que pasarían los clavos que los sujetaban al cuerpo del escudo. Muy posiblemente, bajo la parte metálica habría un núcleo de madera que le daría mayor solidez, y que iría unido al umbo mediante un clavo, del que con frecuencia encontramos el agujero en el centro de la parte metálica. La mayoría de los umbos son muy sencillos y lisos, pero hay otros más trabajados, con decoraciones que, en algunos casos, como en varios ejemplares encontrados en La Serreta (Alcoy, Alicante), presentan en el reborde detalles vegetales calados de una gran complejidad.

Ya hemos dicho que el escudo se sujetaba mediante una manilla, normalmente metálica, clavada en el centro de la cara interna, donde se vaciaba una concavidad protegida por algún elemento textil para evitar rozaduras en los nudillos. En el área ibérica esta manilla solía terminar en unas aletas, aunque hay otras más sencillas, y llevaba por lo general una argolla móvil en cada uno de sus extremos por donde se pasaría el telamón.

Hoy parece claro que la manilla servía para empuñar el escudo y no para abrazarlo, con lo que, como dijimos al principio, estaríamos ante un escudo que sería más apto para su empleo separado del cuerpo, parando los golpes con él de una forma activa y, por tanto, más adecuado para la lucha individual que para la guerra en formación cerrada. En esta última el escudo se suele abrazar, quedando pegado al cuerpo, protegiéndolo de una forma pasiva del ataque enemigo, algo similar al típico escudo de los hoplitas griegos —el *aspis*—. Para que la *caetra* pudiera ser utilizada de una forma efectiva en formación cerrada manteniendo la manilla en su posición central debería tener un diámetro cercano al metro y algún tipo de sistema de sujeción al brazo próximo al borde externo, realizado en cuero u otro material perecedero que no ha llegado hasta nosotros y que tampoco aparece en las representaciones artísticas conocidas. Lógicamente, cuanto menor fuera el diámetro del escudo más apropiado sería para la lucha individual y menos para la formación cerrada.

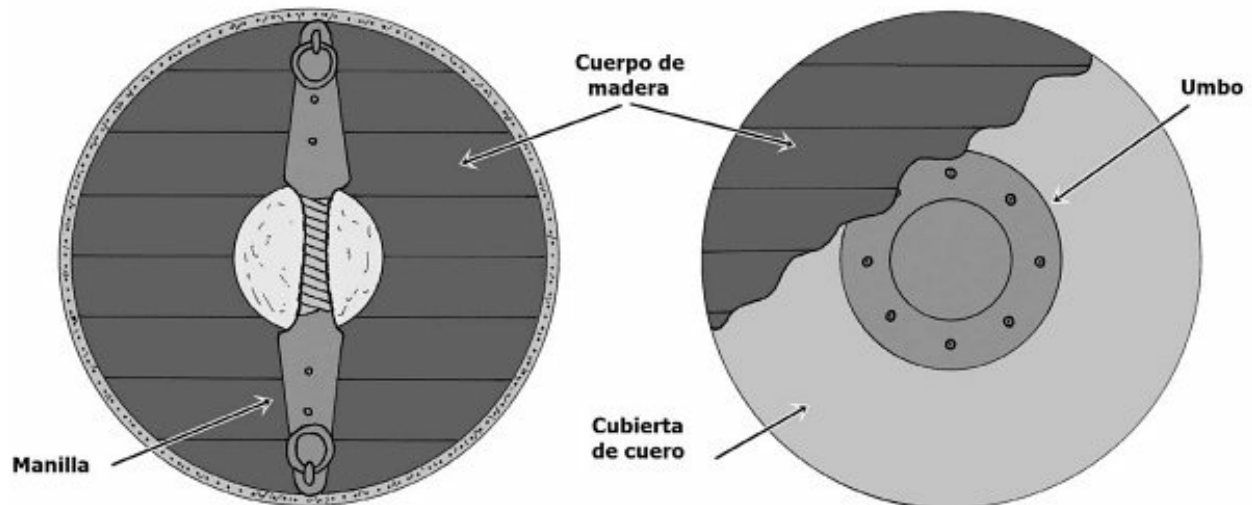
Tradicionalmente, se ha venido situando el origen de la *caetra* en Tracia, donde en el siglo VI a. C. las fabricaban en bronce o madera. Desde allí se habría extendido por todo el Mediterráneo, estando presente en el siglo V a. C. en Grecia y en la península itálica. Pero para la península ibérica contamos con las ya señaladas estelas del suroeste, datadas las más antiguas en el Bronce Final (siglos XI-X a. C.) en las que, entre otro armamento y objetos de lujo, aparecen representados numerosos escudos circulares, muchos de ellos con una escotadura lateral y círculos concéntricos marcados que sugieren que estaban hechos de varias capas, como indicábamos para los modelos ibéricos más antiguos. Por lo tanto, el origen de los escudos circulares hispanos habría que buscarlo en la misma península ibérica.

Ya hemos dicho que los pueblos de la meseta y el norte peninsular también utilizaban este escudo, que allí parece tener un tamaño ligeramente menor que en el ámbito ibérico y, además, tendría por lo general una manilla de sujeción bastante más sencilla. En contrapartida, en esta zona encontramos una mayor variedad de umbos.

Las *caetrae* son relativamente frecuente en las necrópolis de la meseta, sobre todo para los momentos más antiguos, cuando solo encontremos las sujeciones metálicas de las manillas, pero estas no aparecen porque estarían hechas de materiales perecederos, lo mismo que los umbos, en caso de que tuvieran.

Posteriormente encontraremos en las tumbas meseteñas manillas sencillas formadas en la mayoría de las ocasiones por una simple varilla estrecha y curvada, con los extremos algo ensanchados y agujereados para pasar los remaches que las sujetarían al escudo, y con sendas argollas para enganchar el telamón. Es evidente que a esa varilla se le enrollaría algún elemento como una tira de cuero o cuerda para facilitar su agarre, ya que si no esta tarea resultaría muy incómoda. En otros casos las manillas son más anchas, similares a los tipos más sencillos del área ibérica, y también se han encontrado

algunas manillas de aletas plenamente ibéricas, con seguridad importadas.



Dibujo del autor mostrando la reconstrucción de un escudo circular con manilla de aletas típica del área ibérica.

Pero como dijimos con anterioridad, los umbos metálicos también son relativamente frecuentes en la meseta, primero grandes tachones de bronce similares a los contemporáneos ibéricos, que luego disminuirán de tamaño y se diversificarán.

Los celtíberos emplearían tanto escudos redondos como ovalados, y se suelen encontrar umbos hemisféricos lisos con reborde plano y manillas también bastante sencillas, que podrían pertenecer a ambos tipos.

En el área vetona es más habitual un tipo de *caetra* caracterizada por su umbo radial. Parece que este umbo se deriva de los grandes tachones de bronce de épocas anteriores, aunque los radiales están fabricados en hierro. Presentan cuerpo troncocónico con una cruceta en su cara frontal, atravesada en su centro por un largo remache que lo uniría al cuerpo del escudo. De la base del umbo parten un número variable de radios (entre 12 y 25), rematados en sus extremos por círculos, rombos, etc., que a veces se alternan. A diferencia de lo que veíamos en el escudo Monte Bernorio, este umbo no suele

acompañarse de manilla metálica, por lo que se supone que esta se fabricaría en algún material perecedero, como cuero o madera.

El nacimiento de este tipo de escudo se ha datado a mediados del siglo V a. C., y perdurará hasta finales del IV o principios del III a. C.

En el área vetona son también bastante frecuentes las manillas de aletas de tipología ibérica, normalmente sin umbo metálico asociado, por lo que se supone que este tipo de escudos carecerían de umbo o lo tendrían de madera.

Entre los escudos redondos propios del área meseteña encontramos los de tipo Monte Bernorio, caracterizados por tener una forma ligeramente cóncava hacia el exterior y por su peculiar umbo, formado por un cono truncado, a veces redondeado, abierto al frente y con los bordes lisos o serrados. Presenta una característica cruceta interior y un amplio reborde, generalmente con cuatro orificios para los clavos de sujeción al cuerpo de la *caetra*. A veces aparece otro cerco metálico exterior al umbo.

Este escudo tendría también unos tirantes de alambre por su cara interna, que parece que funcionarían como tensores de la piel que lo recubría exteriormente. A finales del siglo IV a. C. los tirantes pasan a la cara externa, y en una fase más avanzada desaparecen.

Las *caetrae* de tipo Monte Bernorio aparecen a principios del siglo IV a. C. Parece que en aquel momento serían muy pequeñas (sobre 30 centímetros de diámetro), y seguramente carecerían de umbo metálico, ya que este nunca aparece, pero durante la segunda mitad de ese siglo aumentan de tamaño y adquieren las características típicas por las que son conocidos. Este escudo se encuentra sobre todo en necrópolis del área vaccea, aunque no es infrecuente en otras zonas de la meseta.

Ya dijimos que entre los conocidos «guerreiros castrexos» encontramos muchos que portan un pequeño escudo circular orientado al frente, en posición de defensa, y que los hay tanto planos como cóncavos hacia el exterior. Algunos están decorados en su cara visible con grabados representando motivos geométricos que, supuestamente, en los originales irían pintados.

Estrabón nos describe para los lusitanos unas *caetrae* similares a estas:

Tienen un escudo pequeño de dos pies de diámetro, cóncavo por delante, sujeto con correas, pues no tiene empuñadura ni asas.

ESTRABÓN, *Geografía*, III, 3, 6.

Y Diodoro de Sicilia nos amplía la información sobre los escudos de los lusitanos y su forma de utilizarlos:

En combate portan unos escudos, pequeñísimos, de nervios trenzados, capaces, por su solidez, de proteger magníficamente el cuerpo. Manejan estos escudos con pericia, tal y como hacen en el combate, a uno y otro lado y, con gran habilidad, evitan que sus cuerpos sean alcanzados por los golpes que se les lanzan.

DIODORO SÍCULO, *Bibliotheca historica*, V, 34, 5.

El «escudo oval», como su nombre indica, tenía forma ovalada o rectangular, generalmente rematado por extremos semicirculares. Parece ser originario del norte de la península itálica, donde se documenta ya en el siglo VIII a. C., y desde allí se extenderá ampliamente por toda el área mediterránea, siendo empleado por los etruscos entre los siglos VII y IV a. C., y por los pueblos célticos a partir del siglo IV a. C. Los legionarios romanos adoptan el *scutum* en el siglo V a. C. y los *thureophoroi*¹⁵ helenísticos entre los siglos III y I a. C.

En la península ibérica sería utilizado sobre todo por los íberos, aunque parece ser que los celtíberos también lo emplearon. Así nos lo dice Diodoro Sículo: «Algunos celtíberos se arman con escudos celtas (rectangulares), otros, en cambio, llevan *cyrtias* redondos» (V, 33-38), pero lo cierto es que no ha aparecido ningún elemento arqueológico que lo confirme. También es verdad que, como ya hemos indicado, algunos umbos y manillas pueden pertenecer indistintamente a escudos rectangulares y circulares.

Es posible que los lusitanos también lo emplearan, pero, al igual que entre los celtíberos, su uso sería muy limitado, y siempre en un momento tardío. No hay constancia de su utilización por otros pueblos del norte peninsular.

En el área ibérica hay que diferenciar el área catalana y oriente de Aragón que, muy permeables a las influencias llegadas del otro lado de los Pirineos, adoptarán el escudo oval de cuerpo plano, refuerzos en los extremos y característico umbo de hierro de aletas, ya en el siglo IV a. C.; mientras que más al sur no se comenzará a emplear de forma generalizada hasta finales del siglo III a. C., con motivo de la llegada de los ejércitos cartagineses, y por su influencia el tipo más frecuente en la zona sería el *thureos* ovalado.

Pero al sur del Júcar también han aparecido algunos umbos bivalvos, que es la tipología más antigua asociada a los escudos ovales, y anteriores a los de aletas. Estos umbos son originarios del área que rodea los Alpes, es decir, la misma región en la que nace la cultura celta de La Tène. Los ejemplares más antiguos se fechan en el siglo IV a. C. (El Cigarralejo, Murcia; o Pozo Moro, Albacete), y podrían estar relacionados con el mercenariado, aunque las últimas investigaciones apuntan a que este tipo de umbo también se fabricó en la península ibérica, y que pudo perdurar mucho más tiempo de lo que se había creído, incluso hasta el siglo II a. C., como sería el caso de la pieza localizada en El Romazal (Plasenzuela, Cáceres), con lo que las dataciones más antiguas mencionadas quedarían en el aire a la espera de nuevos hallazgos.

Como vemos, los escudos ovales serían más frecuentes al norte del Ebro, donde sabemos que la influencia gala se hacía notar con fuerza en la panoplia, mientras que en el resto del área ibérica se alternaban con los circulares.

El escudo oval era de grandes dimensiones, con una altura de entre 70 y 150 centímetros y una anchura de entre 50 y 80. Esto permitía al guerrero protegerse el cuerpo casi en su totalidad, tanto en el combate individual como en formación cerrada. También era utilizado por guerreros a caballo, aunque aquí el tamaño podía llegar

a ser un obstáculo. Su peso estaría en torno a los 4-6 kilos, dependiendo de los materiales de fabricación y el tamaño.

Podrían estar hechos de una sola plancha de madera o, más frecuentemente, de listones encolados reforzados exteriormente, y a veces también interiormente, con cuero o tejido. De acuerdo con algunas imágenes, sobre todo de las cerámicas de Liria, algunos podrían estar recubiertos de piel con pelo y no se descarta la existencia también de escudos fabricados con mimbres trenzados.

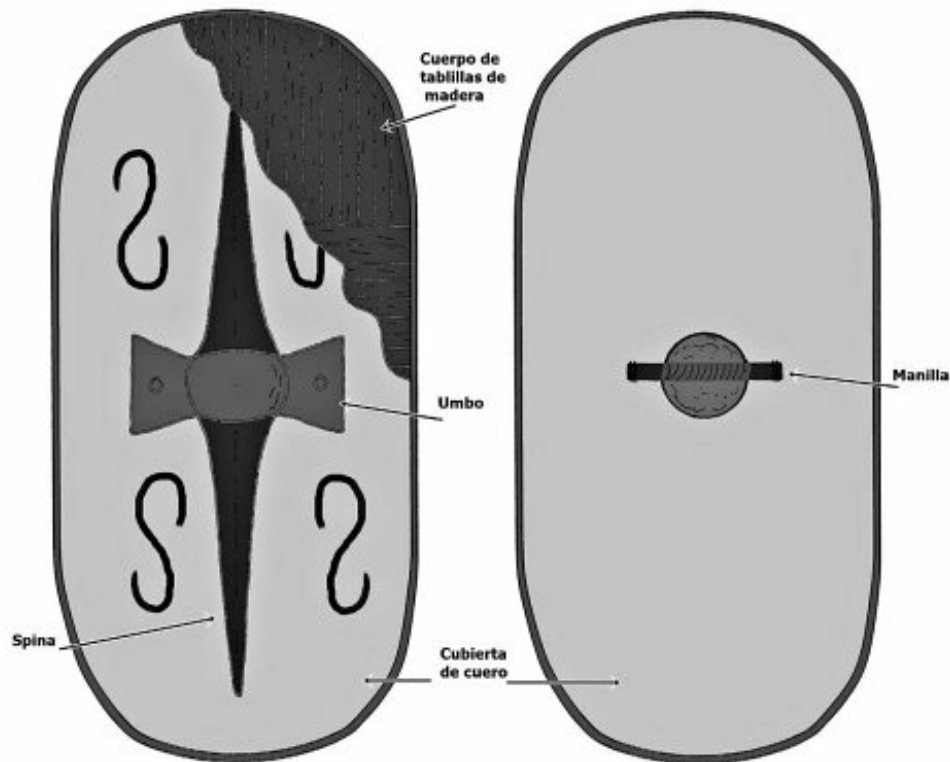
Los bordes podían reforzarse con una orla de hierro para protegerlos de los golpes de espada y evitar su deterioro al apoyarlos en el suelo.

En la cara interna del escudo se tallaba una concavidad para albergar la empuñadura. Este hueco se forraba de piel o tela para proteger la mano que sujetaba la manilla, que seguramente estaría fabricada de madera o formada por dos cuerdas o tiras de cuero cruzadas, ya que no ha aparecido ninguna de hierro que se pueda adscribir con seguridad a este tipo de escudos. La manilla se colocaba de manera horizontal, lo que permitía una defensa más activa que si se fijaba en vertical, aunque en alguna representación, como la de la urna de Piquía, aparece un escudo oval con manilla vertical.

La *spina* era un refuerzo longitudinal de madera que se clavaba en el exterior del escudo, dando solidez al conjunto. Es posible que los escudos más sencillos, como los de mimbre que mencionábamos antes, no llevaran este refuerzo. El umbo metálico no sería imprescindible pero sí frecuente, protegiendo el punto tras el que se situaba la mano. En este tipo de escudos el umbo más habitual era el conocido como «de alas de mariposa». Más tardía será la utilización de umbos circulares, que se distinguen de los de las *caetrae* por ser los primeros de mayor diámetro.

Se ha podido observar, sobre todo en las pinturas sobre cerámica de Liria, que sería frecuente que los escudos presentaran decoración en su cara exterior. Vemos que, a veces, los motivos decorativos se repiten, lo que ha llevado a los investigadores a proponer que estos dibujos podrían identificar a una determinada ciudad, familia, etc., al

igual que ocurría en aquellas mismas fechas en otros lugares del Mediterráneo.



Dibujo del autor mostrando la reconstrucción de un escudo ovalado con manilla de madera, spina y umbo metálico de aletas.

Los elementos de «protección pasiva» son aquellos que, simplemente, se llevan puestos para proteger determinadas partes del cuerpo del guerrero, sin posibilidad de realizar con ellos ninguna acción; básicamente son los cascos y las protecciones corporales.

Cascos

Los elementos diseñados para la protección de la cabeza son de capital importancia para los combatientes, dado que resguardan una de las partes más vulnerables del cuerpo. Sin embargo, una de las primeras conclusiones a la que se llega al estudiar al armamento

defensivo de la península ibérica es la escasez de cascos metálicos, sobre todo en el ámbito ibérico.

Los ejemplares más antiguos, localizados en el sur peninsular, como el casco corintio hallado en el río Guadalete, fechado a principios del siglo VII a. C., y los de similar tipología recuperados en la ría de Huelva, en la desembocadura del Guadalquivir, y en una tumba en Málaga, datados los tres en el siglo VI a. C., son de factura griega y, por tanto, ajenos al mundo ibérico.

Se aprecia, por tanto, una casi total falta de restos de cascos metálicos en las fases más antiguas de la cultura ibérica, lo que nos induce a pensar que en aquellos momentos predominarían entre los íberos elementos de protección para la cabeza fabricados en cuero u otro material orgánico.

Una razón de la escasez de estos cascos metálicos podría ser su alto precio, lo que haría que estuvieran solo al alcance de las clases más privilegiadas. Para hacernos una idea de su valor económico podemos poner un ejemplo conocido, aunque referido a Grecia donde, a finales del siglo VI a. C., un casco de bronce costaba treinta dracmas, lo mismo que seis bueyes de sacrificio. Aquí, sin duda, su precio sería aún mayor, al ser un elemento importado muy raro. Eso hacía que estas valiosas piezas pasaran con frecuencia de padres a hijos o que se repararan una y otra vez, como se ha podido comprobar en algunos cascos peninsulares.

En el ámbito celtibérico nos encontramos con un panorama algo diferente al ibérico. De entrada, tenemos citas de autores clásicos que nos hablan de cascos metálicos para esta cultura, por ejemplo esta:

Los celtíberos... en caso de guerra guarnecían su cabeza con un casco de bronce adornado de gran cresta de color escarlata.

DIODORO SÍCULO, *Bibliotheca historica*, V, 33.

Estas referencias han sido refrendadas por la arqueología, ya que disponemos de diversos cascos metálicos de fabricación local fechados a partir del siglo V a. C. Uno podría ser el ejemplar localizado

por el Marqués de Cerralbo en la necrópolis de Aguilar de Anguita, aunque también cabe la posibilidad de que se trate de un modelo importado del área central mediterránea, quizás etrusco. Está fabricado a partir de dos láminas de bronce conformadas mediante martilleado, solapadas y unidas con remaches, técnica que encontramos también en otros cascos celtibéricos antiguos. La calota se prolonga ligeramente por los laterales, a modo de carrilleras. Los bordes irían recorridos por una banda decorativa de hierro, que serviría también de refuerzo.

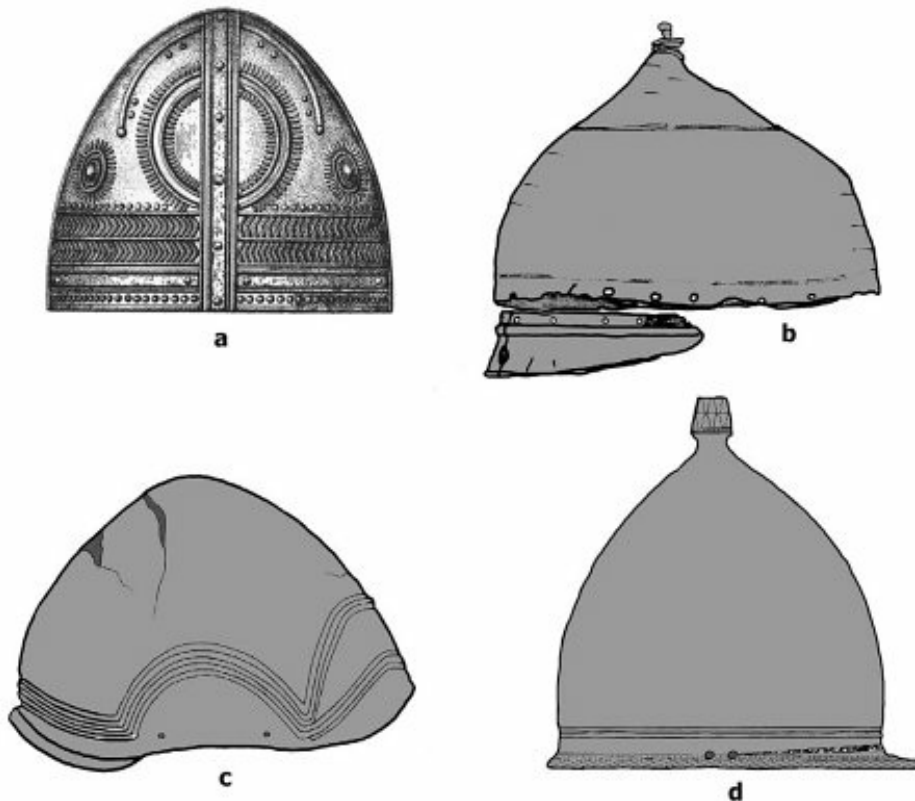
Otros cascos meseteños son los del tipo Alpanseque-Almaluez, de los que conocemos en estos momentos en torno a una decena de piezas. Están datados también en el siglo V a. C., y toman el nombre de las dos necrópolis sorianas donde se recuperaron los primeros ejemplares. Se han identificado dos versiones, aunque su apariencia externa sería muy similar, una realizada con una sola lámina de bronce binario, y otra en la que se ensamblan cuatro láminas moldeadas, para lo que se utilizan clavos de bronce y hierro, con unas cintas interiores de refuerzo de hierro. En su cara exterior estaban recorridos por unas bandas de bronce repujado que dividían la calota en cuatro cuadrantes, estuviera esta fabricada en una o cuatro piezas.

Seguramente tendrían forma hemiesférica, a pesar de que en la primera reconstrucción que hizo Juan Cabré lo representó con una tendencia cónica, lo que ha condicionado la imagen posterior que tenemos de estos cascos. Su decoración repujada recuerda a la de los discos-coraza de esa misma zona y cronología.

Una evolución de esta tipología es la pieza que se conserva en la colección Torkom Demirjian (Nueva York), datada a caballo entre los siglos V y IV a. C. Está fabricada a partir de una única lámina de bronce martilleada y presenta soportes laterales para la inserción de cuernos u otros elementos de adorno.

No sabemos con seguridad el material con el que estarían fabricados los modelos originales de los cascos que lucen algunos de los guerreros del conjunto del Cerrillo Blanco de Porcuna, del siglo V

a. C., ya que aunque se suele indicar que se trataría de capacetes de cuero, esto es algo que no podemos asegurar con total rotundidad.



Diversos cascos metálicos utilizados en la península ibérica: a) tipo Alpanseque (Soria), b) casco celta de hierro procedente de La Pedrera de Vallfogona (Balaguer, Lérida), c) casco celtibérico de la colección Gómez Aguilar, procedente del área de Numancia y d) casco de tipo Montefortino procedente de Benicarló (Castellón). Dibujos: a) Cabré (1940), b y c) autor, y d) A. Oliver.

Para el siglo IV a. C. encontramos en la meseta algunos ejemplares de cascos sencillos de forma hemiesférica y decoración repujada más simple que en los modelos del siglo anterior.

Diferentes serían los cascos hispano-calcídicos, a los que ya nos referimos al hablar del mercenariado, y que formaban hasta hace pocos años una tipología completamente desconocida en nuestro país. Un desafortunado episodio de expolio y venta ilícita en el extranjero los ha puesto en boca de todos.

El modelo del que derivan es un tipo griego identificado por primera vez en pinturas sobre vasos cerámicos aparecidos en Calcis (Eubea), de ahí su nombre. A diferencia del muy extendido casco corintio, que a cambio de su excelente protección limita de forma considerable la visión y audición, el casco calcídico deja las orejas al descubierto, así como buena parte del rostro, aunque unas grandes carrilleras fijas (las paragnátides) protegen los laterales de la cara. Este casco se ha localizado con frecuencia en la zona con más presencia griega del sur de Italia (la Magna Grecia), donde se identifican diversas modificaciones y variantes. Por ejemplo se aumentan los elementos decorativos, añadiéndole adornos laterales y crestas, y se sustituyen las carrilleras fijas por otras articuladas. Estos modelos modificados son conocidos como ítalo-calcídicos. Se supone que fue en el sur de la península itálica donde los conocieron los mercenarios celtíberos en el siglo V a. C. Estos los adoptarían y, ya en su tierra de origen, los modificaron para adaptarlos a sus gustos, dando lugar al modelo al que aquí nos referimos, exclusivo de la península ibérica.

El casco hispano-calcídico presenta similitudes con el original calcídico, como su estructura general o el arranque del protector nasal, mientras que otros detalles son más parecidos al modelo suritálico, como las paragnátides articuladas o los ribetes y cintas metálicos, que en el modelo celtibérico se remachan y no se sueldan como en el ítálico.

Se trata de cascos fabricados a partir de una única lámina de bronce martilleada hasta darle la forma requerida a la calota, lisa y a veces con carena, a la que se recorta el hueco para las orejas en los laterales y para el rostro en el frontal, con el protector nasal reforzado en el centro. Presentan también guardanucas bien marcado y grandes carrilleras triangulares, articuladas mediante bisagras y proyectadas hacia delante.

La lámina de bronce es más fina que en los modelos originales, lo que los hace más ligeros, pero a la vez se refuerzan con un ribete a modo de cordón cilíndrico que recorre todo el borde de las piezas.

También los apliques sobre las cejas y los laterales proporcionarían una protección adicional, además de conseguir un efecto decorativo, ya que tienen forma serpentiforme, con diversas terminaciones en prótomos zoomorfos. Estos adornos se completan con otros soportes en ambos lados para colocarle elementos como alas, cuernos, plumas, etc., y un soporte superior terminado en forma de horquilla, que sujetaría una cresta vertical o *lophos*. Esta cresta se mantendría en su sitio gracias a su sujeción a sendas anillas móviles situadas en la parte frontal y en la trasera.

La combinación de la cresta central y los dos apliques laterales debería producir un efecto de gran vistosidad, algo que encontramos también en otros cascos, como el que porta uno de los guerreros del conjunto del Cerrillo Blanco de Porcuna. Esta estética coincidiría con la descripción que aparece en algunas fuentes clásicas de cascos peninsulares, por ejemplo la que hace Estrabón al hablar del armamento de los lusitanos, en el que incluye los cascos y demás protecciones:

La mayor parte llevan corazas de lino y pocos cotas de malla y casco de tres cimeras; los demás se cubren con cascos tejidos de nervios.

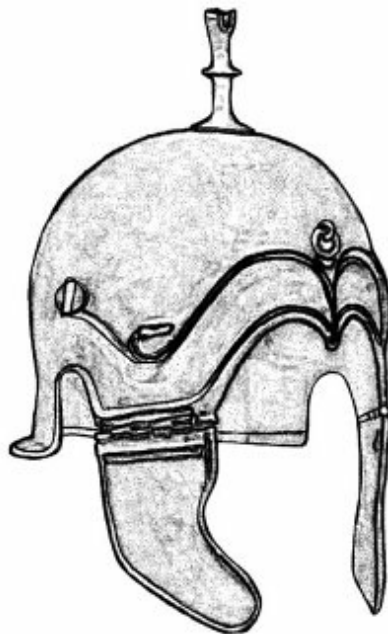
ESTRABÓN, *Geografía*, III, 3,6.

Hasta el momento se conoce casi una cuarentena de cascos de esta tipología, de los que aproximadamente la mitad procederían de Aranda del Moncayo (Zaragoza), donde es muy probable que se localizara la ciudad celtibérica de Aratis. El resto se han localizado en diversos yacimientos, en su mayoría del área celtibérica, como Numancia (Soria) o Contrebia Cárbita (Villas Viejas, Cuenca), pero también en la vetona, como los depositados en la necrópolis de la Osera (Ávila). Solo se ha encontrado uno en territorio ibérico, en concreto se localizó sumergido en el mar frente a las costas de Benicarló (Castellón), con lo que no se puede asegurar el origen de su propietario, ya que muy posiblemente proceda de un pecio.

Los ejemplares recuperados se han datado entre la segunda mitad del siglo IV y finales del siglo III a. C., aunque la fecha en que fueron amortizados pudiera ser muy posterior, incluso de principios del siglo I a. C. Lógicamente en este dilatado periodo de uso el modelo inicial habría sufrido diversas modificaciones, aunque estas no afectaron al aspecto general del casco.

Parece ser que los ejemplares localizados en Aranda de Moncayo se encontraron aplastados de forma intencionada, y no está claro si habían sido introducidos en grietas de las rocas o depositados en un edificio singular a la entrada del poblado. Lo que parece evidente es que su deposición se habría realizado siguiendo algún rito desconocido para nosotros.

LOS CASCOS EXPOLIADOS EN ARANDA DE MONCAYO, O LA DESIDIA OFICIAL EN LA CONSERVACIÓN DEL PATRIMONIO HISTÓRICO



Uno de los cascos hispano-calcídicos supuestamente expoliados de la antigua ciudad celtibérica de Aratis (Aranda de Moncayo, Zaragoza) y exportados ilegalmente. Dibujo del autor.

Pasaremos a revisar brevemente uno de los más lamentables episodios de desidia de las autoridades culturales españolas en relación a nuestro patrimonio histórico. Nos referimos a la exportación y venta de un conjunto de cascos de tipo hispano-calcídico que fueron expoliados en la década de los ochenta del siglo pasado, por personas desconocidas, de un yacimiento arqueológico de Aranda de Moncayo (Zaragoza).

En mayo de 1990 el Römisch-Germanisches Zentralmuseum de Maguncia (Alemania) recibe de un anticuario español afincado en Suiza una oferta para comprar varios cascos de un tipo desconocido hasta el momento, e incluso les deja dos ejemplares para que los puedan inspeccionar. Por lo visto estos cascos habían sufrido manipulaciones por manos inexpertas, que habían utilizado incluso el soplete para una primera restauración, y su estado era bastante deficiente. Ante el origen más que dudoso de las piezas, los representantes del museo declinaron la oferta, se negaron a su restauración, e incluso lo participaron a la Interpol, por lo que el anticuario los vendió a otro comerciante de Berlín. Finalmente, las

piezas terminaron en manos de un rico coleccionista de armas antiguas de esa ciudad, Axel Guttmann. Allí fueron restauradas y expuestas en su museo privado.

Aquel mismo año, otros dos cascos de similar tipología y, al parecer, de la misma procedencia, fueron vendidos en pública subasta en Londres. Sabemos que uno de ellos acabó en Hong Kong.

En el año 2000 hubo un primer intento por parte de las autoridades españolas de recuperar los cascos y otras armas extraídos y exportados de forma ilegal, pero sin resultados positivos.

A la muerte del señor Guttmann (2001) sus herederos van sacando a la venta, en diferentes lotes y casas de subastas, numerosas piezas de la colección de armas antiguas, y en 2008 el doctor M. Müller-Karpe, uno de los especialistas del museo de Maguncia que tuvo en sus manos los cascos en 1990, pone en conocimiento de las autoridades alemanas y españolas, y de la Interpol, la aparición de dos de nuestros cascos en el catálogo de la casa de subastas Hermann Historica, lo que no evitó que se vendieran ambos y que se siguieran subastando varios más ese mismo año y los dos siguientes. Por fin, en 2011 la Fiscalía de Múnich paraliza la subasta de dos piezas y las interviene cautelarmente, dando un plazo de tres meses a las autoridades españolas para que los reclamen, algo que, inexplicablemente, no sucedió, con lo que finalmente los dos cascos se vendieron. Desde entonces el tiempo ha ido pasando ante la inoperancia de las instancias españolas, y a pesar de que en

algún momento parece que las autoridades judiciales y culturales de nuestro país han parecido tomarse el asunto más seriamente, lo cierto es que las subastas se han ido sucediendo y los cascos dispersándose. Aunque algunos parecen estar localizados, como los seis que adquirió el Musée d'Art Classique de Mougins (Francia) y otro que está en una colección privada de Tarragona, otros están en paradero desconocido, como un segundo ejemplar que parece ser que vino también a España. Todo indica que algunos continúan en poder de la familia Guttman, ya que en 2013 se intentaron subastar nuevas piezas en Múnich.

A día de hoy, y a pesar de que en los últimos años se ha detenido a algunos expoliadores, acusados de sustraer miles de piezas del yacimiento de Aranda de Moncayo, y que pudieran haber estado también relacionados con los cascos robados, no se ha podido recuperar ni una sola de las piezas exportadas ilegalmente.

Para que nos hagamos una idea del dinero que se ha movido en torno a estos importantísimos cascos, indicaremos que el precio que se ha pagado por las piezas conocidas va desde los 19.000 euros por uno subastado en Múnich en 2008, a los 77.000 euros pagados por cada uno de los que se subastaron en la misma ciudad dos años más tarde.

Además de estos modelos de cascos metálicos, se conocen también algunas otras piezas sueltas localizadas en la península ibérica, pero de difícil adscripción, como el ejemplar cónico y con decoración repujada que se conserva en el museo de la Fundació Privada per l'Arqueologia Ibèrica de Figuerola del Camp (Tarragona), al parecer procedente del entorno de Numancia, y datado entre los siglos IV y III a. C.

Por lo que respecta a los cascos orgánicos, su misma composición ha impedido que ninguno llegue hasta nosotros, pero encontramos diversas representaciones artísticas que parecen mostrarlos aunque, lógicamente, no hay total seguridad de ello. Entre estas, quizá las más conocidas sean las del tantas veces mencionado conjunto escultórico del Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén), pero también algunas de las que aparecen en las ya tardías cerámicas de estilo narrativo de Liria y en algunos exvotos de bronce procedentes de los santuarios de Jaén. Hablaríamos de una prenda de cabeza de tipo capacete, cerrada

lateralmente y dotada de amplios refuerzos protegiendo tanto la zona de la nuca como los parietales, y en muchos casos con una cimera que sostendría un penacho, probablemente de crin. Estos cascos proporcionarían una considerable protección, ya que cubrían eficazmente buena parte de la cabeza, aunque en contra tenían el hecho de que, al tapar los oídos, impedían una buena audición, lo que en el combate podía ser fatal.

La representación más conocida de un casco bastante similar al aquí descrito la tenemos en el conocido jinete de la Bastida de Les Alcusses (Moixent, Valencia), rematado por una descomunal cimera.

Ya hemos visto que Estrabón nos dice que los lusitanos utilizaban cascos hechos con tendones, extremo este que, por razones obvias, no ha podido ser corroborado por la arqueología, aunque hay autores que consideran que algunos de los guerreros que aparecen representados en los relieves de Osuna cubriría su cabeza con este tipo de cascos.

Pero aunque en el área ibérica los hallazgos de cascos metálicos han sido muy escasos hasta la fecha, sobre todo para los primeros siglos de esta cultura, esto no significa que fueran totalmente desconocidos. Entre los pocos ejemplos recuperados y datados con anterioridad a la llegada de los púnicos, encontramos varios cascos procedentes de lugares muy dispares, como un silo en Can Miralles (Cabrera de Mar, Barcelona) o las necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia) y La Pedrera de Vallfogona (Balaguer, Lérida). Son cascos de tipo céltico, fabricados en hierro, y con el cubrenuca en una pieza independiente, aunque unida mediante remaches. Están datados a finales del siglo IV a. C. o principios del III, y todo indica que serían piezas importadas, ya fuera de Centroeuropa o del norte de Italia. Muy posiblemente estén relacionados con la actividad mercenaria.

Pero a finales del siglo III a. C. se torna habitual encontrar en necrópolis repartidas por todo el ámbito ibérico y meseteño ejemplares de cascos del tipo Montefortino. Este casco, llamado también «etrusco-itálico», se desarrolló en el centro de Italia en el siglo IV a. C., a partir de modelos de hierro procedentes del norte de

esa península. Está fabricado en una sola pieza mediante el martilleado de una lámina de bronce. Tiene forma hemiesférica u ovoide, con un pequeño guardanucas y un remate en forma alargada con un botón en la parte superior, a veces perforado, que serviría para adosarle o introducirle plumas, crines de caballo o un penacho de otro material. En el área ibérica, los más antiguos se han localizado en el sudeste peninsular, y no se descarta que, al menos algunos de ellos, pudieran haber sido traídos por mercenarios retornados.

Tenemos también representaciones de estos cascos en las cerámicas de Lliria, donde se identifican fácilmente por el botón superior.

Originariamente, este tipo de casco portaba paragnátides o carrilleras articuladas, pero algo característico de los ejemplares procedentes de ámbitos indígenas de la península ibérica es que aparecen casi siempre sin ellas.

Suelen presentar decoración sogueada en el reborde inferior, y también se han encontrado algunos con soportes laterales para colocar plumas o penachos.

Se sujetarían bajo la barbilla del guerrero mediante un barboquejo de cuero, del que han quedado restos en un ejemplar localizado en Gorrita (Valladolid), que conservaba también la hebilla del mismo y unos remaches de bronce que decorarían la tira de cuero, y que se sujetaba al casco por dos clavos situados en ambos laterales. En algunos ejemplares se localizan dos anillas bajo el guardanucas, que muy posiblemente sirvieran también para la sujeción del casco a la cabeza.

Se supone que estos cascos, como todos, llevarían un forro interior de cuero o tejido grueso para ajustarlo mejor a la cabeza, y absorber en lo posible los golpes que pudieran recibir en la batalla.

En el momento en que se inicia la segunda guerra púnica los cascos de tipo Montefortino estaban ya muy extendidos por el continente europeo y por otros puntos del Mediterráneo. Cuando los bandos en conflicto se enfrentaron en suelo hispano era la protección de cabeza utilizada tanto por los cartagineses como por los legionarios

romanos, que estuvieron equipados con él hasta su sustitución, ya en el siglo I a. C., por el más conocido *buggennum*. Por ello no resultó difícil a los guerreros peninsulares conseguir estos cascos, que procederían por lo general de derrotas de los ejércitos enemigos.

Aunque la gran mayoría de estos cascos serían importados, todo indica que en un momento tardío, que se puede situar en el siglo I a. C., también se fabricaron en suelo peninsular, aunque solo en el noroeste, donde se han encontrado diversos ejemplares de cascos de tipo Montefortino con unas características diferenciadas del resto de piezas conocidas dentro y fuera de la península ibérica. Se trata de cascos con una abundante decoración en su parte inferior, por encima del borde, y un remate de forma cónica también muy decorado mediante grabado, que en algunas ocasiones presenta una anilla a la que se engancharía una cadena que por el otro extremo se unía al guardanucas, y cuya finalidad podría ser llevar el casco colgado al hombro cuando no se utilizara. Muestras de esta variante serían los ejemplares aparecidos en Lanhoso y Castelo do Neiva, ambos en el norte de Portugal.

Protecciones corporales

Al igual que con los cascos, encontramos dos tipos básicos de protecciones en función del material utilizado para su fabricación: de metal y orgánicos.

En toda la península ibérica no encontramos corazas metálicas al estilo de las que aparecen en otros puntos del Mediterráneo en las mismas fechas, con una sola excepción segura, la parte frontal de una coraza bivalva de bronce localizada en una tumba del paraje de Les Ferreres (Calaceite, Teruel), de la que ya hablamos con anterioridad. Está datada en el segundo cuarto del siglo VI a. C., y estaba acompañada de otro armamento y objetos de lujo. Falta la mitad de la coraza que protegía la espalda.

Aunque solemos mencionar esta coraza como un caso único, no debemos olvidar que en la necrópolis noreste de Ampurias (Gerona) y en una tumba de la necrópolis de Granja de Soley (Santa Perpetua de Mogoda, Barcelona) han aparecido fragmentos de lámina de bronce repujado que, según algunos investigadores, bien pudieran pertenecer a sendas piezas similares a la de Calaceite.

Diferente es el caso de otro frontal de coraza anatómica de bronce hallado en el mar frente a las costas de Almuñécar (Granada), de un tipo totalmente desconocido en la península ibérica pero habitual en el sur de Italia, de donde podría haber llegado de manos de un comerciante o un mercenario ibérico retornado, aunque también podría haber pertenecido, simplemente, al patrón de una embarcación extranjera naufragada.

Muy frecuentes en las representaciones pictóricas de las cerámicas de Liria son lo que parecen corazas de escamas o de malla de hierro, pero esta abundancia en la iconografía no ha sido corroborada después por la arqueología, ya que no se ha localizado en toda el área ibérica ni un solo elemento que pueda ser atribuido con seguridad a este tipo de protecciones.

Las dos láminas perforadas de bronce de 80 por 80 milímetros localizadas en una tumba de la necrópolis del Orleyl (Vall d'Uixó, Castellón), que para algunos investigadores podrían ser escamas perteneciente a una coraza, han sido descartadas como tales ante la total falta de paralelos, no solo en la península ibérica, sino también en todo el Mediterráneo.

Por otro lado, tenemos los restos de lo que para algunos era una coraza de anillas reforzada con placas rectangulares, que apareció cubriendo una urna funeraria en la necrópolis del Camino de la Cruz (Hoya Gonzalo, Albacete), identificación que no es compartida hoy por casi ningún autor.

Esta falta de hallazgos ha propiciado que sean muchos los investigadores que opinen que lo que realmente se representa en los vasos pintados edetanos no serían corazas sino coseletes acolchados fabricados en materiales perecederos, similares al *spolas*¹⁶ griego.

Para el resto de la península tampoco encontramos restos seguros de corazas de malla ni de escamas, por mucho que Estrabón dijera que, aunque de forma muy limitada, los lusitanos utilizaban cotas de malla. Lo más parecido que se ha encontrado han sido restos de malla fabricada con anillas de bronce en las necrópolis de Almaluez y Clares, aunque todo indica que no se trataría de corazas, por un lado porque por su tamaño y construcción no parecen ofrecer mucha protección, y en segundo lugar porque los restos encontrados en el segundo de los cementerios citados, el único del que conocemos la composición del ajuar, estaban acompañados de otros elementos de adorno pero ningún arma, y apuntan, más bien, a que se tratara de una tumba femenina.

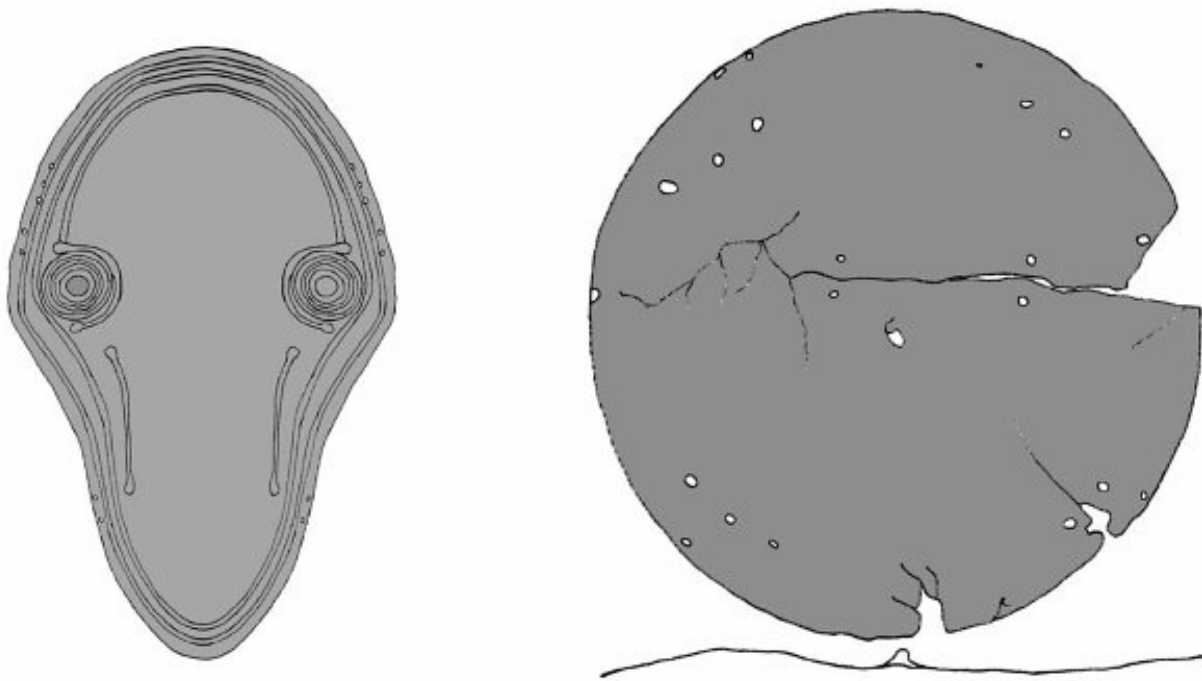
De todos modos, no podemos descartar la aparición en el futuro de este tipo de protecciones, ya que sabemos a ciencia cierta que eran usadas tanto por los cartagineses como por los romanos, y sería muy lógico que más de un indígena se pudiera haber equipado con ellas tras conseguirlas en alguna victoria militar, tal como hicieron con otras piezas de la panoplia.

Las protecciones corporales metálicas por excelencia en la península ibérica antigua son los discos-coraza, de los que se han localizado ya más de cincuenta ejemplares distribuidos por una amplia zona, aunque claramente concentrados en el noreste peninsular y la Celtiberia. En este caso sí se corresponden las representaciones artísticas y los hallazgos arqueológicos, o casi.

Se trata de unos discos de entre 17 y 29 centímetros de diámetro, y un espesor que varía entre 0,8 y 2 milímetros. Se aprecia una evolución desde los ejemplares más antiguos, cuyo grosor rondaría el milímetro, a los más tardíos, que alcanzan los espesores máximos. Se fabricarían generalmente en bronce, aunque nos han llegado también algunos ejemplares de hierro, en concreto sendas parejas localizadas en las necrópolis de El Cabecico del Tesoro (Murcia) y La Osera (Ávila), más un ejemplar suelto aparecido en el asentamiento de La Bastida de les Alcusses (Moixent, Valencia). Lo ejemplares de hierro están datados todos en la primera mitad del siglo IV a. C.

Estos discos se utilizaban por parejas, uno protegiendo el pecho y el otro la espalda, quedando ambos firmemente unidos por cadenas o correas que se pasaban por los hombros y los costados de los guerreros. Es importante señalar que, a diferencia de los modelos itálicos, con dos o tres puntos de anclaje, los ejemplares encontrados en la península ibérica tienen siempre cuatro puntos de sujeción, lo que se convierte en uno de sus elementos característicos. Generalmente estarían unidos a una base de cuero o tejido para evitar rozaduras y amortiguar los impactos. De esta base acolchada solo nos han quedado detalles como las perforaciones a lo largo del borde de algunos discos, que servirían para fijar el almohadillado mediante cosido. Sería muy importante un buen ajuste al cuerpo para impedir que su movimiento dejara huecos que permitieran al enemigo herir zonas vitales.

Estos discos podrían colocarse directamente sobre la ropa o superponiéndose a otra protección orgánica como las prendas de cuero o las protecciones acolchadas que veremos más adelante.



Greba procedente de la necrópolis del Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante), y disco-coraza procedente de la necrópolis de La Olmeda

(Guadalajara). Dibujo y restitución del autor.

En una de las esculturas del Cerrillo Blanco, un guerrero presenta, además de los discos frontal y dorsal, otros más pequeños protegiendo los muslos y los hombros, algo inédito en todo el Mediterráneo.

Como veíamos al hablar del mercenariado, los ejemplares de hierro del Cabecico del Tesoro y La Osera iban acompañados de unas placas idénticas de forma rectangular, y recubiertas de una lámina de plata decorada. Según las últimas hipótesis, estas placas podrían ser remates de *pteryges*, el recubrimiento metálico de las tiras del faldellín de una coraza de cuero o lino, con lo que estaríamos de nuevo ante una coraza mixta que combinaba una pieza de material orgánico sobre la que se fijaban los discos de hierro mediante correas y un remache central.

El origen de los discos-coraza aún no está despejado al cien por cien, aunque los últimos estudios parecen apartar las hipótesis que lo situaban en Mesopotamia porque aparecían en los relieves del palacio de Sargón II (siglo VIII a. C.). Hoy sabemos que estas protecciones estaban presentes en la península itálica en el siglo VII a. C., aunque desaparecen de allí a finales del siglo VI o principios del V a. C. Todo indica que desde Italia se habrían difundido por el golfo de León hasta el sur de Francia ya en el siglo VII a. C., desde donde llegarían a la península ibérica, penetrando por el noreste, razón por la que los ejemplares más antiguos presentes en suelo peninsular los encontramos en Cataluña y norte de Castellón. En las décadas en torno al año 500 a. C. se difundirían hacia la meseta, desapareciendo del noreste ibérico, y a partir de ese momento los encontramos sobre todo en el área celtibérica, aunque también se datan en el siglo V a. C. las esculturas del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén) y La Alcudia de Elche (Alicante), donde están claramente representados estos elementos. No deja de ser curioso que en Andalucía no haya aparecido ningún ejemplar real y en el área valenciana sean muy

escasos. En el siglo IV a. C. se datan algunas piezas halladas en territorio vetón y vacceo, así como en el sudeste peninsular.

Los datos disponibles a día de hoy indican que estas protecciones continuarán utilizándose hasta finales del siglo IV a. C.

Su fabricación era sencilla, ya que se limitaba al martilleado del metal para conseguir una lámina uniforme que se recortaba con forma circular. Luego se perforaba para unir las sujeciones y en algunos casos se decoraba, sobre todo con discos concéntricos, semicírculos y punteados, realizados mediante repujado. Esta decoración es más frecuente en los momentos más antiguos, aunque se encuentra en todos los periodos. Más escasa es la decoración a base de damasquinado de plata, como la que presenta un excepcional ejemplar localizado en la necrópolis de Aguilar de Anguita (Guadalajara). Y extraordinaria sería la decoración figurada, como la espectacular cabeza de lobo en relieve que aparece en la conocida escultura del torso de un guerrero localizada en Elche, y que no se corresponde con ningún ejemplar real de los encontrados hasta la fecha.

En un 85 por ciento de los discos estudiados en el área celtibérica estaríamos ante bronce binarios (bronce-estaño), y el restante 15 por ciento sería ternario, ya que incluirían el plomo en su composición, aunque en porcentaje variable.

Se ha especulado con que no solo hubiera discos de metal, sino que también se hubieran fabricado de cuero o tejido, y que realizados en estos materiales se pudieran haber seguido utilizando durante más tiempo, como parecen sugerir algunos exvotos de bronce de los depositados en los santuarios, que presentan estas protecciones aunque están datados en fechas más tardías a las indicadas anteriormente. Esto es algo difícil de demostrar, pero lo cierto es que los discos que muestran estos exvotos tienen apariencia metálica, aunque también es cierto que en las cerámicas con decoración figurada, realizadas entre finales del siglo III y el siglo I a. C., no aparece ni una sola representación de discos-coraza.

Otras protecciones metálicas serían las *grebas*, llamadas *cnemides* por los griegos, que son espinilleras realizadas generalmente de bronce, y más raramente de hierro o cuero. Suelen estar repujadas en los bordes, y estarían forradas de tejido o cuero en su cara interna, para evitar las rozaduras y aumentar la protección. Unas correas rodearían las pantorrillas manteniéndolas en su posición.

El origen de estas protecciones en la península ibérica parece estar en modelos del sur de Francia, a su vez derivados de otros centroeuropeos, y que penetrarían a través de los Pirineos ya en el siglo VI a. C., razón por la cual los ejemplares más antiguos los encontramos otra vez en el área catalana y en el norte de Castellón. Su entrada en la península sería paralela a la de los discos-coraza pero, curiosamente, mientras estos se difunden pronto y de una forma amplia por el interior peninsular, las grebas metálicas solo aparecen en áreas costeras, no conociéndose hasta ahora ningún ejemplar entre los celtíberos u otros pueblos de las mesetas. De todos modos, no se puede descartar que aparezcan en un futuro, ya que en algunas representaciones artísticas, como el conocido «vaso de los guerreros» de Numancia, se aprecian perfectamente las grebas que portan ambos contendientes, aunque desconozcamos si se trataba de elementos metálicos o, más probablemente, orgánicos.

En el mundo ibérico las grebas sí aparecen con frecuencia en contextos de los siglos VI y V a. C., tanto en tumbas como en representaciones escultóricas, por ejemplo las ya mencionadas de Elche y el Cerrillo Blanco de Porcuna. Estas son unas protecciones que se adaptan bien a los combates en formación cerrada del tipo de los desarrollados por los hoplitas griegos, donde protegían la parte de las piernas no cubierta por el enorme escudo circular que portaban, pero también al tipo de lucha que se supone que practicaban los íberos en los primeros momentos de esa cultura, cuando serían frecuentes los combates heroicos entre guerreros seleccionados por ambos bandos. Del mismo modo aparecen en las obras de Homero, donde encontramos numerosas menciones a estas protecciones a

pesar de que esta obra es anterior a la aparición de los hoplitas. También se ha indicado que podría ser más un elemento de prestigio y ostentación que de combate, ya que su utilización no debería de ser nada cómoda.

Al igual que ocurría con los discos-coraza, las grebas metálicas desaparecen del contexto arqueológico a lo largo del siglo IV a. C., aunque no se descarta que se continuaran utilizando otros elementos de protección de las espinillas realizados en materiales orgánicos, a modo de polainas, como las del ya citado vaso de los guerreros de Numancia del siglo I a. C., o las que parecen llevar algunas esculturas de *guerreiros castrexos*, que muy posiblemente sean en su mayoría ya de época romana.

Un aspecto interesante, que ya vimos al tratar del mercenariado hispano en el Mediterráneo antiguo, es el hallazgo de varias grebas de tipología ibérica depositadas en cementerios y santuarios griegos de Sicilia y la misma Grecia, y que se corresponderían con parte de la panoplia de guerreros íberos enrolados en el ejército púnico durante el siglo V a. C. Tras su derrota, parte de sus armas se ofrecerían a los dioses.

Antes de finalizar este punto querríamos llamar la atención sobre unas piezas que aparecen de forma habitual entre los ajuares masculinos de muchas áreas de la península, aunque no se suelen considerar elementos de la panoplia guerrera, nos referimos a los «broches de cinturón».

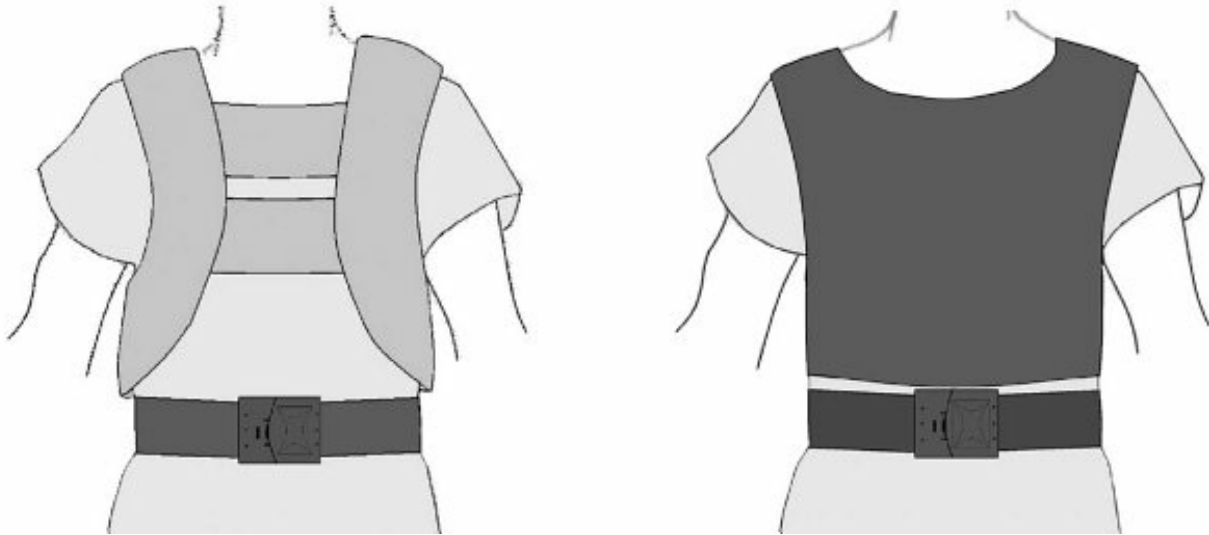
Encontramos aquí una gran variedad de tipos, pero querríamos llamar la atención sobre unos modelos concretos, formados por dos placas de bronce rectangulares, una con un número variable de garfios o enganches en su parte interior (macho), y otra con varias ranuras en la que engancharían los garfios anteriores (hembra). Pues bien, muchos de estos broches tienen un tamaño más que considerable, por ejemplo, uno encontrado en una necrópolis ibérica de Mahora (Albacete) tiene una altura de 10,5 centímetros, y una anchura, sumando ambas placas, que se acercaría a los 20.

Aunque la función principal de estos broches sería la que su nombre indica, y su gran tamaño tiene mucho que ver también con la ostentación, razón por la que suelen estar muy decorados, a nadie se le escapa que estos elementos podrían suponer una eficaz protección del vientre del guerrero, parte no cubierta por los discos coraza que vimos anteriormente. Y no olvidemos que los anchos cinturones de cuero que los acompañaban le protegerían también los costados.

En contra de una posible finalidad defensiva de estos broches está la circunstancia de que su gran tamaño dificultaría los movimientos de un combatiente, en concreto la flexión del tronco.

Los expertos reconocen que las «protecciones corporales realizadas con materiales orgánicos» serían las preferidas por los indígenas peninsulares. Entre ellas ya hemos indicado la posible existencia de discos-coraza y grebas fabricados en cuero, pero tenemos constancia por la iconografía y las fuentes de otros dos tipos muy concretos:

Por un lado encontramos las protecciones fabricadas a base de capas superpuestas de lino o, más probablemente, de cuero, similares a los coletos medievales, chalecos que cubrían todo el torso, y que si estaban bien fabricados podían ser tan efectivos o más que los realizados en metal, y bastante más cómodos al tener una cierta flexibilidad. Un ejemplo bien conocido de este tipo de protecciones sería el *linothorax*, al parecer utilizado por los griegos, y que según una cita de Estrabón también era utilizado por los lusitanos.



Dibujos del autor representando una protección corporal acolchada y otra de cuero de tipo «colete».

Un segundo tipo sería el de las protecciones acolchadas, que aparecen representadas en las esculturas de Cerrillo Blanco y Elche y en algunos exvotos de bronce depositados en santuarios jienenses. No tenemos datos que indiquen que se utilizaran también por los pueblos de la meseta o por los íberos del norte, aunque esto no sería nada extraño.

Se trataría de anchas bandas acolchadas con forma de ocho en posición horizontal, que se cruzaban en la espalda y se unían en la parte frontal con dos bandas del mismo material. Tanto este tipo como el colete anterior podían utilizarse en solitario o colocarse sobre ellos los discos coraza, con lo que se aumentaba la protección.

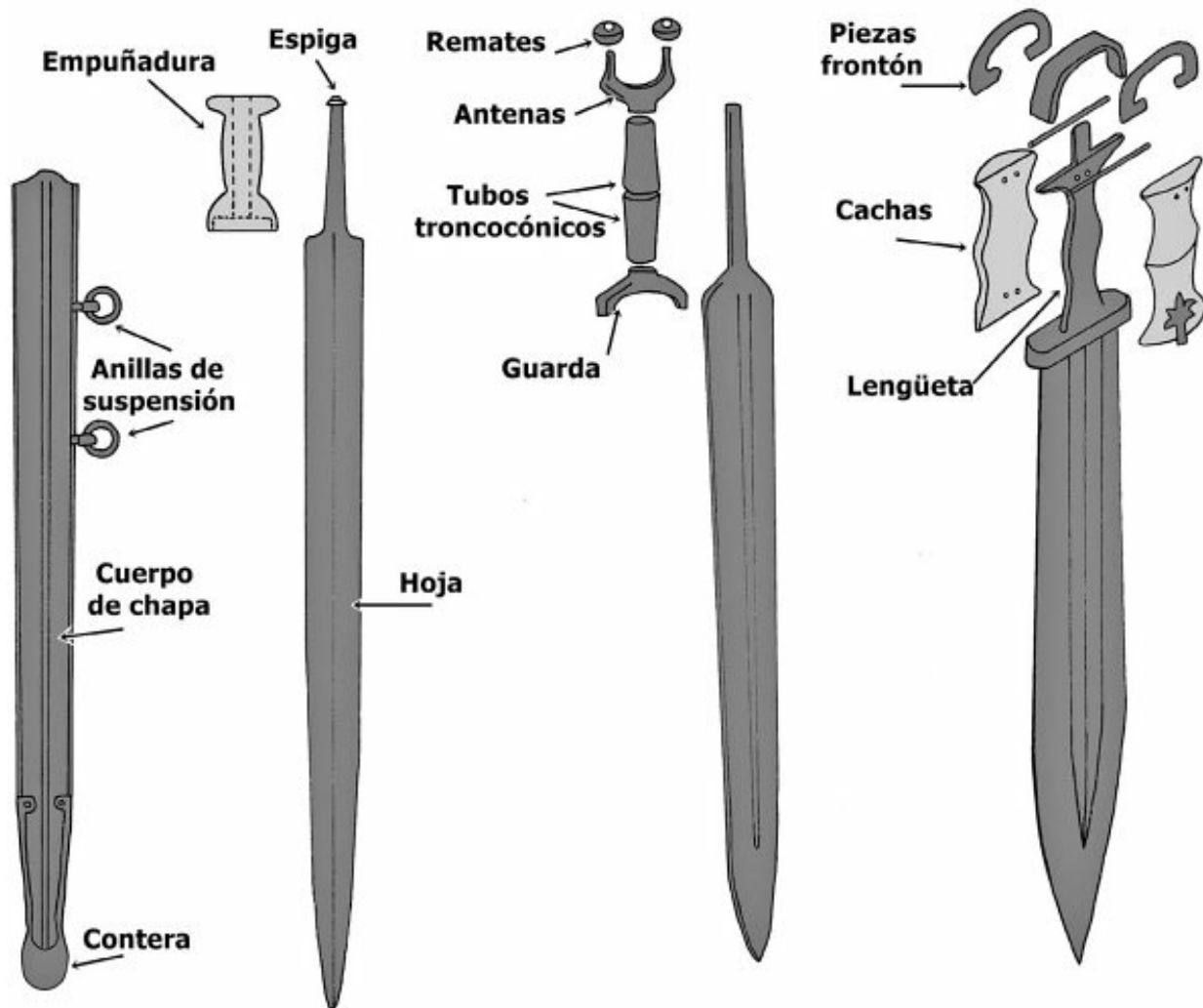
ARMAMENTO OFENSIVO

Dentro de este amplio grupo habría que hacer una primera división entre las armas que los guerreros utilizaban para el combate cuerpo a cuerpo, es decir utilizándolas para golpear o ensartar sin soltarla en ningún momento, que serían la lanza y la espada en todas sus variantes; y las que empleaban para el combate a distancia, es decir lanzándolas: en concreto el *soliferreum*, la falárica-*pilum*, la jabalina, el arco y las flechas y la honda.

En primer lugar haremos un repaso a los diversos tipos de espada utilizadas por los indígenas peninsulares. Además de los modelos de los que hablamos al comienzo del capítulo, y que son anteriores al momento histórico que aquí estudiamos, encontramos los siguientes:

La espada tipo Miraveche

Es muy poco frecuente, y se localiza exclusivamente en la meseta Norte, en concreto en los cursos altos del Pisuerga y el Ebro, con algunos ejemplares aislados localizados en el curso medio del Duero. El yacimiento que ha proporcionado más ejemplares hasta el momento es el epónimo de Miraveche (Burgos), en territorio autrigón, con seis unidades.



Despiece de distintos tipos de espada, de izquierda a derecha: tipo La Tène con funda de chapa, de antenas y de frontón. Dibujos del autor.

Se trata de una espada de hierro corta, ya que su longitud total media está en torno a los 47 centímetros, con hoja recta de lengua de carpa¹⁷ que presenta un marcado nervio central y, en algunos casos, estrías paralelas al filo. A pesar de que son pocos los ejemplares conocidos, tenemos empuñaduras muy variadas, ya que su núcleo puede ser tanto de espiga como de lengüeta, y estar rematadas con un botón cónico o unas pequeñas antenas. Son muy característicos los gavilanes¹⁸ de su guarda, curvados hacia abajo, donde se abren ligeramente, y que al unirse a la parte superior de la hoja, que presenta sendos rebajes semicirculares, dejan unos recazos¹⁹ cuasi

circulares. Algunos gavilanes conservan remates de bronce en forma de cabeza de jabalí. Algunas características de este arma, como esos recazos, la relacionan con determinadas espadas del Bronce Final o el Hierro Antiguo, con lo que podrían datarse en torno al siglo VI a. C., aunque son varios los hallazgos que deberían fecharse al menos en el V a. C., o incluso después, como el ejemplar recuperado en una tumba de la necrópolis de Pintia (Padilla del Duero, Valladolid), datado en el siglo IV a. C., y que ya mencionamos con anterioridad.

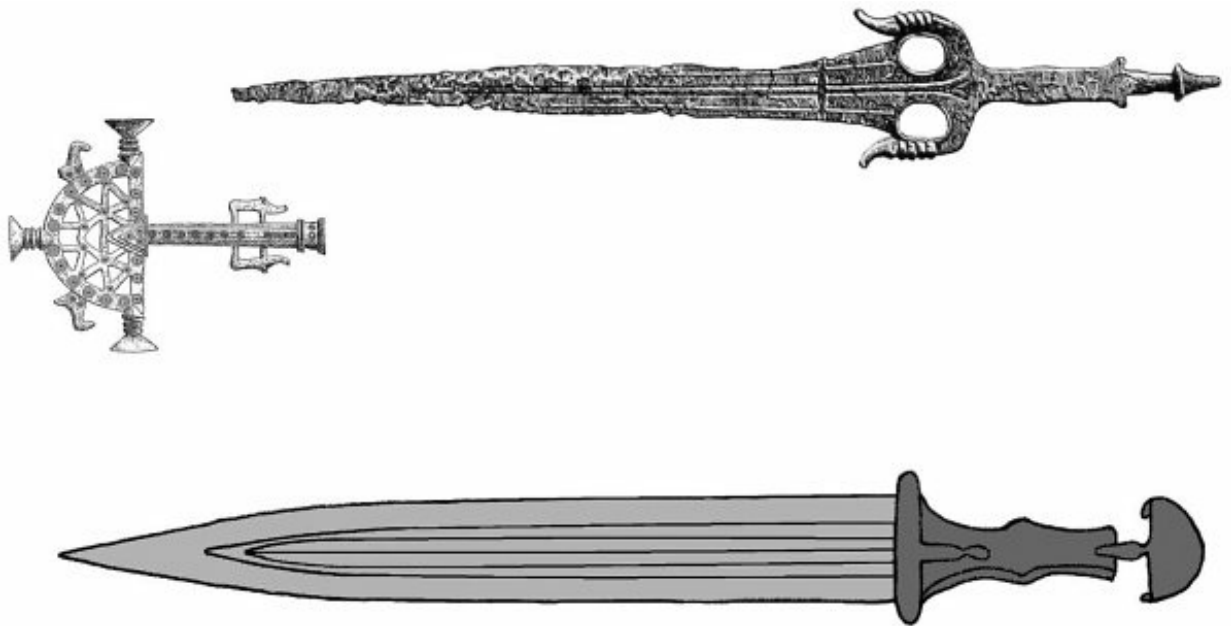
Las vainas serían de algún material perecedero, y de ellas solo se conservan los rebordes y la contera²⁰ de bronce. Esta última solía tener forma de abanico y estar muy decorada, tanto que durante un tiempo se consideraron remates de báculo o *signa equitum*.

Espada de frontón exento

Aparece ya en representaciones artísticas del siglo V a. C., como el conjunto de Cerrillo Blanco, pero su origen no está nada claro, pues, aunque podría haber llegado de la mano de los fenicios, su origen bien pudiera ser itálico o griego. En Bétera (Valencia) se encontró una espada de bronce de tipo «Terni», con empuñadura de lengüeta y pomo de frontón, datada en el siglo VIII a. C. Este modelo italiano se considera el antecedente más inmediato para las espadas de hierro de frontón exento de la península ibérica. Desde Andalucía Oriental y el sudeste peninsular se difundió hacia la meseta y buena parte del área ibérica.

La de frontón es una espada de hoja ancha, recta, y de doble filo, a menudo con tendencia pistiliforme. Sus principales características distintivas se encuentran en la empuñadura, formada por una lengüeta plana, en realidad prolongación de la hoja, con unos salientes centrales, que le dan forma romboidal, y que estaría cubierta con cachas de madera o hueso. Su nombre procede del remate semicircular del pomo, generalmente fabricado en bronce y de una

cierta complejidad, ya que se componía de diversas piezas que rara vez aparecen en su totalidad.



Arriba. Espada tipo Miraveche con el espectacular remate de la contera, fundido en bronce. Según Schüle (1969). Abajo. Espada de frontón procedente de la necrópolis de La Osera (Ávila). Dibujo del autor a partir de Baquedano (1996).

La hoja presenta normalmente una decoración a base de estrías que la recorren siguiendo la silueta del filo. Es frecuente que las estrías centrales estén contenidas entre dos acanaladuras más anchas, un patrón que veremos luego también en muchas espadas de antenas atrofiadas.

En algunas espadas y puñales de frontón, sobre todo localizadas en el área ibérica, se ha identificado un motivo decorativo consistente en una palmeta estilizada metálica, que formaría un remate en el centro de la guarda, y que originariamente quedaría superpuesto a las cachas. El origen de este motivo decorativo habría que buscarlo en el ámbito griego, lo que podría darnos pistas también sobre la procedencia última de los prototipos de esta espada.

Se trata de un arma relativamente pequeña, ya que la hoja mide en la mayoría de los casos entre 30 y 45 centímetros, mientras que la

longitud total de la espada superaría por poco el medio metro. Su corta hoja hace suponer que, aunque pudiera ser utilizada tanto para herir de filo como de punta, parece que está más pensada como arma punzante.

Ya dijimos que los ejemplares más antiguos de la península se localizan en el área ibérica, datados en el siglo V a. C., y de allí pasarían a la meseta durante ese mismo siglo. Pero en toda la península sufriría diversas modificaciones para adaptarla a las necesidades y gustos de los pueblos que la habitaban y que la diferencian de otras armas similares aparecidas por el resto del Mediterráneo.

Entre finales del siglo V y principios del IV a. C. la espada de frontón fue desapareciendo gradualmente del área ibérica para dejar paso a la falcata, aunque en la meseta su uso continuó durante un tiempo, quizá por el poco éxito que en esta zona tuvo la icónica espada curva ibérica.

Se han localizado algunas espadas similares, tanto por lo que respecta a la hoja como al cuerpo de la empuñadura, de lengüeta plana, pero en las que se ha sustituido el remate en frontón por otro trilobulado, de fabricación más sencilla.

Espadas de antenas atrofiadas

Proceden de modelos del sur de Francia, con lo que se documentan en primer lugar en Cataluña ya en el siglo VII a. C., como vimos al principio del capítulo, en un contexto por tanto preibérico, descendiendo por la meseta y Levante hasta ocupar prácticamente toda la península.

Las espadas peninsulares de la segunda Edad del Hierro son de menor tamaño que las francesas y con las antenas en ángulo recto, atrofiadas y reducidas a unas protuberancias ligeramente separadas entre sí, que, dependiendo del modelo concreto, tendrán remates de forma discoidal, bitroncocónica o globular. La hoja es recta y más

corta aún que en los modelos de frontón, de 33/34 centímetros de longitud media, con dos filos paralelos, triangulares o ligeramente pistiliforme, aunque normalmente más ancha en la zona cercana a la empuñadura. Esta, a diferencia de las espadas de frontón, es de espiga en la mayoría de los casos, y se cubre con dos cilindros o piezas poligonales que forman las cachas. La longitud total quedaría por regla general ligeramente por debajo de los 50 centímetros.

Los ejemplares localizados en la península se han encuadrado en seis tipos, que en un principio se denominaron con los nombres de los yacimientos donde se identificaron por primera vez, aunque luego F. Quesada propuso una numeración de los tipos del I al VI que se ha considerado más apropiada, dado que no vincula las armas a yacimientos o áreas geográficas concretas, algo que podría inducir a error. Estos son los tipos:

Arcachon (Quesada I). Tiene su origen en Aquitania, en el suroeste francés, y de allí procederían las piezas localizadas en la península. Se conocen pocos ejemplares, todos en la submeseta Norte, es escasa en la Celtiberia, y desconocida en el área ibérica.

Se caracteriza por tener una hoja recta triangular con nervio central bien marcado, sin estrías ni acanaladuras, que se prolonga en una lengüeta con forma losángica²¹ que forma el alma de la empuñadura. Esta lengüeta, a la que se fijan la guarda, arqueada o en ángulo recto, y las antenas, se recubre con dos láminas de hierro, también romboidales, para darle el volumen necesario para su agarre, aunque se conocen ejemplares en los que las cachas serían orgánicas. Las antenas, con remates bitroncocónicos, están más desarrolladas que en modelos posteriores. Es la única espada de antenas utilizada en la península con empuñadura de lengüeta en vez de espiga.

Tiene una hoja de unos 33/34 centímetros de media, y una longitud total que no suele llegar al medio metro.

Son las espadas de antenas atrofiadas más antiguas de los localizadas en la península ibérica, y se datan entre finales del siglo VI y principios del V a. C., con más probabilidad en la segunda fecha.

Echauri (Quesada II). Espada de hoja recta y aguda de doble filo, en ocasiones con nervio central, sin acanaladuras ni estrías, que se prolonga en una espiga para formar el alma de la empuñadura, compuesta por sendos manguitos, generalmente bitroncocónicos, unidos por un anillo central, que revestirían un núcleo de material orgánico, seguramente madera o hueso. La guarda es por lo general curva, aunque también se conocen algunos ejemplares que la tienen recta. Las antenas están moderadamente desarrolladas, se rematan con tres discos, de los que el central es de mayor diámetro. Es un arma corta y, aunque se encuentran hojas entre 27 y 40 centímetros, la media es similar a las espadas anteriores, unos 33/34 centímetros, y con una longitud total cercana a los 50.

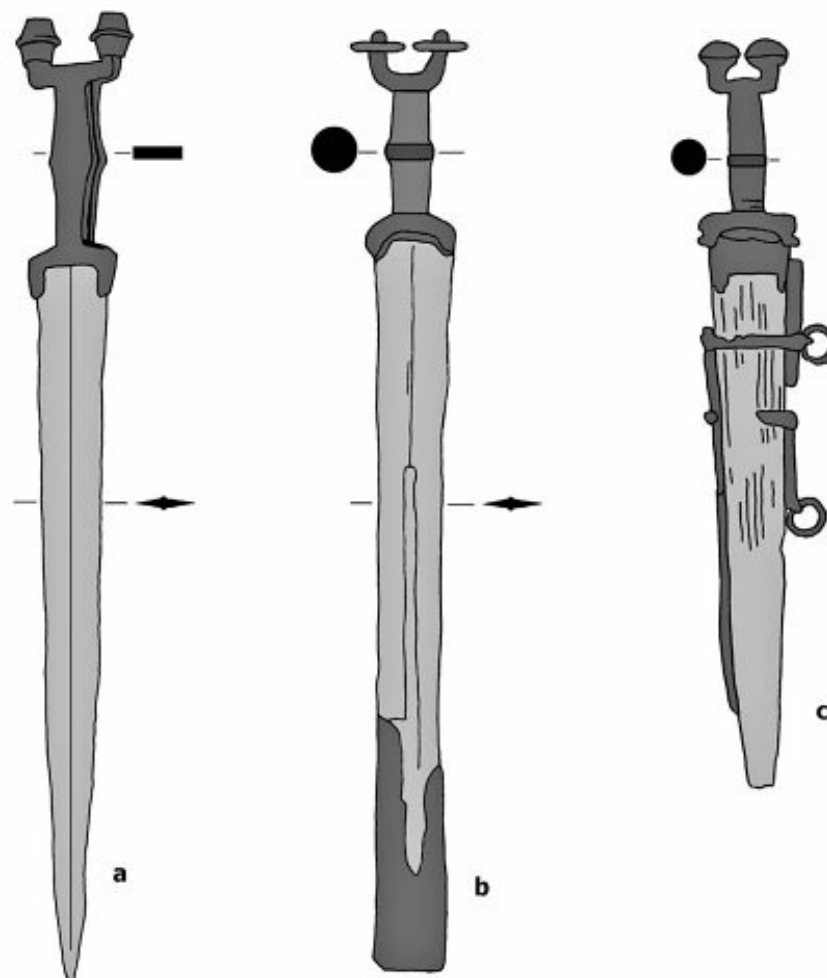
Características de estas espadas son sus vainas, completamente metálicas y terminadas en su parte inferior en forma de espátula.

Se datan entre principios del siglo V y finales del IV a. C., y son típicas de la meseta Oriental y Navarra. Todo indica que los ejemplares más antiguos procederían de Aquitania, pero pronto se comenzarán a fabricar en suelo peninsular, adaptándose a los gustos locales. No se encuentran en la submeseta Sur ni en territorio ibérico.

Aguilar de Anguita/Illora (Quesada III). Son contemporáneas al tipo anterior, con lo que se fabricarían entre principios del siglo V y finales del IV a. C. Se caracterizan por su hoja recta, generalmente de filos paralelos, aunque se encuentran algunos ejemplares pistiliformes, y generalmente con acanaladuras longitudinales. La hoja se continúa en una espiga que conforma el alma de la empuñadura, de sección circular y formada por dos piezas tubulares que recubren la espiga y se unen en el centro mediante un anillo. El pomo finaliza en unas antenas remachadas, terminadas en sendos botones de forma esférica o lenticular.

La longitud total media de estas espadas está en casi 42 centímetros, con una hoja que ronda los 32 de media.

La vaina sería de cuero u otro material orgánico, con una estructura metálica que es lo único que suele aparecer.



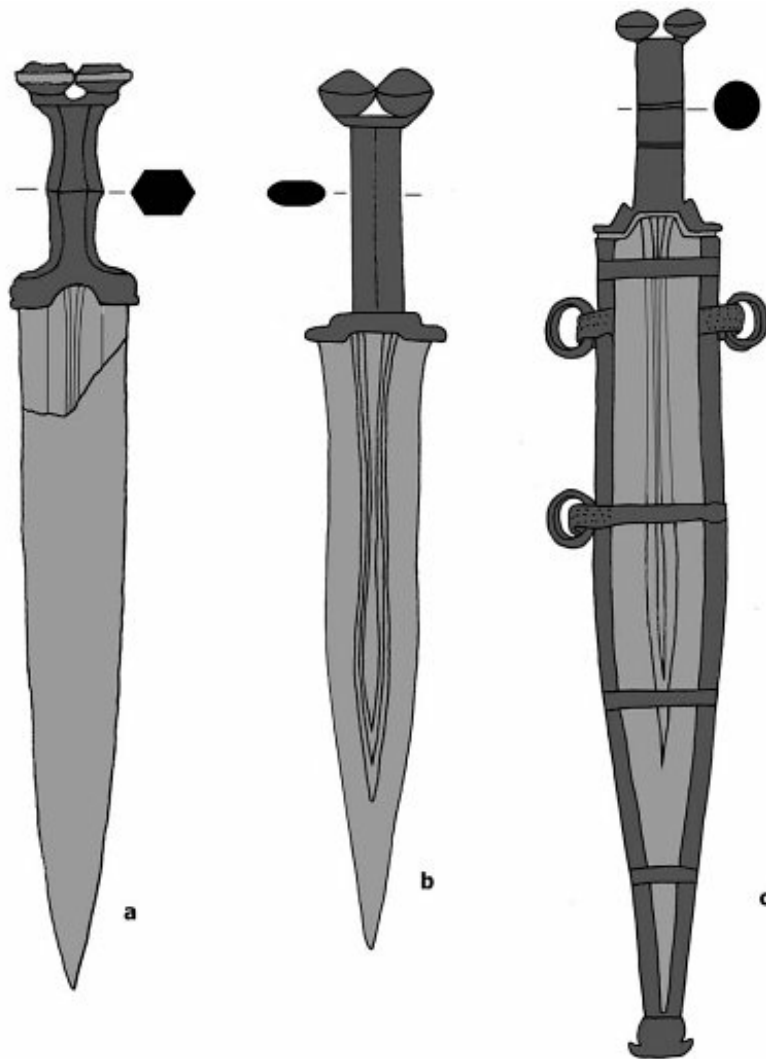
Espadas de antenas atrofiadas de tipos I (Arcachón), II (Echauri) y III (Aguilar de Anguita-Íllora), todas procedentes de la necrópolis de Aguilar de Anguita (Guadalajara). Dibujos del autor a partir de Quesada (a-1997), García Jiménez (b-2006) y Schüle (c-1969).

Quizá sea la primera espada de antenas inequívocamente peninsular, y tuvo gran difusión, con lo que se encuentra en las dos submesetas y en algunas áreas ibéricas.

Alcacer do Sal (Quesada IV). Aunque recibe el nombre por el yacimiento epónimo al sur de Lisboa donde fue documentada por primera vez, hay otros yacimientos donde son más numerosas, como la necrópolis de La Osera (Chamartín, Ávila).

Tiene hoja recta de filos paralelos que convergen en el tercio final, con estrías a lo largo del centro de la misma, normalmente

enmarcadas por dos profundas acanaladuras. El alma de la empuñadura lo forma una espiga, continuación de la hoja, que se recubre con la empuñadura propiamente dicha, formada por dos partes gemelas, poligonales, de entre cuatro y ocho facetas que se unen dejando una arista resaltada en el centro. Tanto la empuñadura como la guarda y los remates suelen estar profusamente decorados con motivos nielados a base de hilos de plata y cobre.



Espadas de antenas atrofiadas de tipos IV (Alcácer do sal) depositadas en el Museo Arqueológico de Jerez (Cádiz), V (Atance), procedente de la necrópolis de La Mercadera (Rioseco de Soria, Soria) y VI (Arcóbriga), procedente de la necrópolis de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila). Dibujos del autor a partir de Barrionuevo Contreras (a-2016), Taracena (b-1932) y Cabré (c. 1932).

Las antenas son muy cortas, y con remates globulares, lenticulares o de tres discos superpuestos que llegan a descansar sobre el mismo pomo.

La guarda es recta, con unas muescas laterales que recuerdan un rostro humano, y una escotadura semicircular en el centro abierta hacia la hoja. Esta última mide unos 32 centímetros de media, lo que nos da una longitud total para la espada de unos 42,5 centímetros.

Estas piezas se datan entre los siglos IV y III a. C., y son relativamente frecuentes tanto en la meseta Occidental como el área ibérica andaluza.

Atance (Quesada V). Se trata de una versión simplificada y de menor tamaño de las espadas tipo Aguilar de Anguita, de la que parece derivar. Tiene hoja recta de filos paralelos o ligeramente pistiliformes, con estrechas acanaladuras longitudinales y empuñadura de sección aplanada o rectangular con los ángulos redondeados, formada por una chapa conformada que envuelve la espiga. La guarda es recta, y las antenas, muy poco desarrolladas, finalizan en remates lenticulares carenados o globulares.

La vaina sería de material orgánico con rebordes metálicos, aunque en alguna ocasión la parte frontal al espectador está conformada por una chapa metálica decorada.

Son unas espadas muy pequeñas, ya que la longitud total media está en unos 40 centímetros, mientras que la hoja rondaría los 30.

Están fechadas entre principios del siglo IV y finales del III a. C., y se dan sobre todo en la meseta Oriental, donde los celtíberos la usaron con frecuencia junto a espadas rectas tipo La Tène.

Arcóbriga (Quesada VI). Espada de hoja recta de filos pistiliformes con finas acanaladuras, que se prolonga en una espiga recubierta por sendas piezas tubulares para formar la empuñadura. La guarda es recta, con frecuencia escalonada, y las antenas son prácticamente inexistentes, estando los remates, de forma lenticular, en contacto con el pomo.

La vaina es de armazón metálico y cuerpo de algún material orgánico, pero es frecuente que en el frontal presente láminas metálicas, siempre muy decoradas con damasquinados y, a veces, caladas. La ornamentación suele estar muy presente también en la empuñadura.

Las dimensiones de estas espadas son ligeramente superiores a los modelos anteriores, ya que su hoja mide un promedio de 34,4 centímetros, mientras que la longitud media total es de 44,5. Al alargarse algo la hoja manteniendo la misma anchura de modelos anteriores, se produce el efecto visual de parecer un arma más esbelta. De todos modos, una de las características de esta espada es la gran diferencia de tamaños entre los ejemplares encontrados, que van de los 34,5 a los 67 centímetros.

Algunos investigadores han propuesto que el alargamiento de la hoja de esta espada pudiera estar relacionado con la aparición en la península de modelos del tipo La Tène, de mayor longitud de hoja, lo que obligaría a alargar la propia para no estar en inferioridad de condiciones frente al enemigo, aunque nosotros consideramos que la diferencia de tamaño con otros modelos es tan pequeña que apenas se ganaría ventaja con este mínimo alargamiento. Además, ya hemos indicado que el tipo V, que es el más pequeño entre las espadas de antenas, se utilizaba en la Celtiberia de manera contemporánea a las largas espadas tipo La Tène.

Las espadas de antenas del tipo VI se documentan en las mesetas occidental y oriental, y apenas aparecen en territorio ibérico. Se datan desde el siglo IV a finales del II a. C.

Como pasaba con la espada de frontón, a lo largo del siglo IV a. C. los modelos de antenas serán sustituidos por la falcata en toda el área ibérica excepto el noreste, donde se prefieren las espadas tipo La Tène.

Espada de La Tène

Es frecuente en el noreste peninsular y la Celtiberia, y más rara cuanto más al sur. Procede también de modelos transpirenaicos, desde donde llegaría en el siglo IV a. C.

Se trata de un arma de hoja recta de dos filos paralelos bastante más larga que las espadas que hemos visto hasta ahora. En la Galia evoluciona durante los siglos III y II a. C. desde los modelos de La Tène I, con hojas entre 41 y 76 centímetros hasta los de La Tène III, con hojas de entre 70 y 90 centímetros, con lo que allí el arma completa podía llegar fácilmente al metro de longitud en su etapa final.

Esta espada servía tanto para herir de punta como de filo, aunque evoluciona de tal modo que en los modelos más tardíos —La Tène III— la punta es redondeada, lo que evidencia un uso para cortar más que para clavar. Teniendo en cuenta las limitaciones de la metalurgia de la época vemos que estas hojas tan largas podían ocasionar importantes problemas, como nos cuenta Polibio:

Se ha notado ya que, por su construcción, las espadas galas solo tienen eficaz el primer golpe, después del cual se mellan rápidamente, y se tuercen de largo y de ancho de tal modo que si no se da tiempo a los que las usan de apoyarlas en el suelo y así enderezarlas con el pie, la segunda estocada resulta prácticamente inofensiva.

POLIBIO, *Historias*, II, 33, 3-6.

Como decimos, este arma fue muy frecuente en el noreste peninsular, pero también en la meseta Oriental, donde sufre una serie de modificaciones que afectan principalmente al sistema de enganche, ya que se le añaden sendas argollas para llevarla colgada en horizontal de un tahalí que cruza el pecho, en vez de en vertical, como era normal entre las galas. Además se sustituyó la característica vaina de chapa de hierro por otra hecha de madera o cuero con rebordes metálicos. En el noreste, sin embargo, se mantuvieron tanto la vaina metálica como el sistema de enganche original, consistente en una presilla metálica unida a la vaina por la que se pasaba el cinturón.

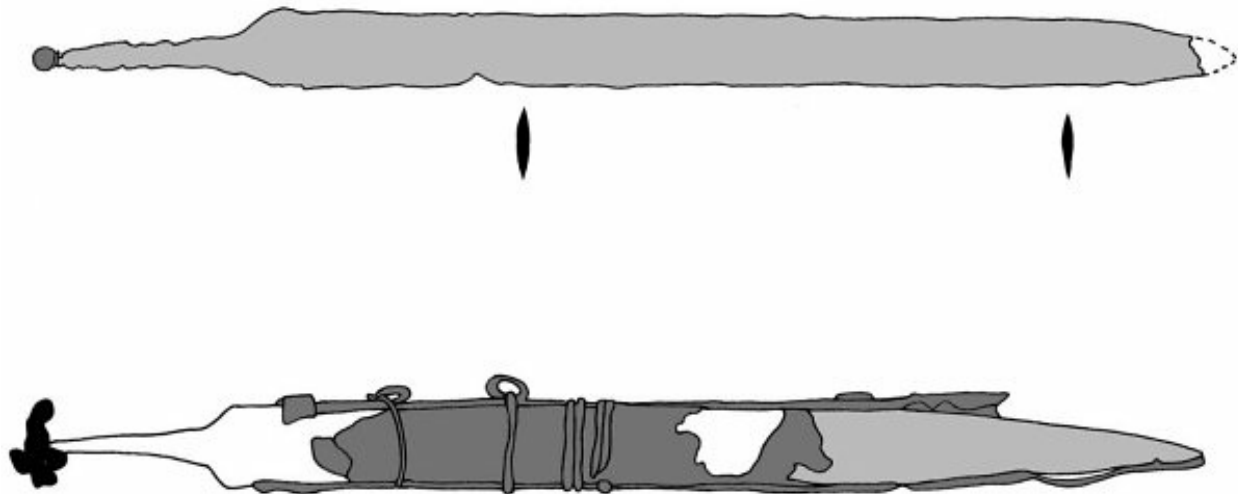
Los celtíberos conservaron básicamente la estructura de la espada La Tène I, más corta. Fue este modelo celtíbero evolucionado el que los romanos conocieron cuando llegaron a la meseta y tomaron prestado para crear el *gladius hispaniensis*, tan alabado por las fuentes como temido por los adversarios de Roma.

Todos hemos oído hablar alguna vez de la temible espada que los itálicos adoptaron tras conocer sus virtudes en las campañas en Hispania durante la segunda guerra púnica, pero, irónicamente, hasta hace muy pocos años nadie sabía cómo era esa famosa espada.

En las luchas contra Roma (200 a. C.) conocieron los macedonios la espada hispana que los romanos habían adoptado... Cuando vieron los cuerpos despedazados por la espada hispana, brazos cortados del hombro, cabezas separadas del cuerpo, truncada enteramente la cerviz, entrañas al descubierto y toda clase de horribles heridas, aterrados se preguntaban contra qué armas y contra qué hombres tendrían que luchar.

TITO LIVIO, *Ab urbe condita*, XXXI, 34, 4.

Durante mucho tiempo se buscó entre las armas hispanas un candidato apropiado como origen de la espada romana sin resultados satisfactorios. Las espadas romanas más antiguas conocidas, muy parecidas a los modelos griegos, eran cortas y punzantes, lo mismo que las tardías, también puntiagudas y aún más cortas, aunque pudieran ser usadas asimismo para golpear de filo; pero nos faltaba el modelo intermedio, precisamente el *gladius hispaniensis* tardorrepblicano, para poder compararlo con las armas indígenas y así tratar de encontrar el modelo del cual derivó.



Arriba. Espada tipo *La Tène* procedente de La Pedrera de Vallfogona (Balaguer, Lérida), y abajo *Gladius hispaniensis* romano procedente de Delos (Grecia).
Dibujos del autor a partir de Ribes (2002) y Connolly.

Al buscar entre las espadas hispanas, las principales candidatas eran las de frontón y las de antenas atrofiadas, aunque las dudas seguían pesando más que las certezas, ya que, por una parte, las espadas de frontón casi habían desaparecido a finales del siglo III a. C., que es cuando se supone que este *gladius* fue adoptado, mientras que las espadas de antenas atrofiadas parecían demasiado cortas para haberlas tomado como modelo. Algunos, en un intento de demostrar la cuadratura del círculo, se empeñaron incluso en señalar a la *falcata*, cuando era evidente que esa espada curva difícilmente podía haber sido origen de otra recta.

Como decimos, el problema principal era que no se conocían ejemplares reales del *gladius* romano más allá de alguna representación artística, siempre dudosa. Pero afortunadamente esto ha cambiado en los últimos años, ya que han aparecido (o se han identificado) numerosos ejemplares de *gladii hispanienses* datados entre el siglo II y el I a. C., y no solo en la península ibérica, también en otros puntos como Egipto, Francia, Grecia, Eslovenia, etc. Ahora sabemos que se trataba de armas de doble filo y hoja recta de 60/70 centímetros, con filos paralelos o ligeramente pistiliformes que acababan en una punta aguda. La empuñadura era siempre orgánica y

con espiga de perfil rectangular, y la vaina de cuero o madera, generalmente con armazón metálico. El arma se llevaría colgada en bandolera de una tira de cuero que se sujetaba a la vaina por unas argollas laterales.

Al disponer de ejemplares del arma romana ya se ha podido buscar el candidato hispano con una mayor seguridad, y todas las pistas apuntan hacia las espadas celtibéricas evolucionadas a partir de modelos de La Tène I de las que hablábamos antes, ya que coinciden prácticamente en todo: tipo y longitud de hoja, empuñadura de espiga, vaina de madera/cuero ribeteada e, incluso, en el sistema de sujeción.

También las fuentes antiguas nos aportan algunas pistas en este sentido, por ejemplo esto es lo que nos cuenta Polibio al hablar de la batalla de Cannae, que tuvo lugar en 216 a. C.:

Los iberos y los galos tenían el escudo muy parecido, pero en cambio las espadas eran de factura diferente. Las de los iberos podían herir tanto de punta como por los filos; la espada gala, en cambio, servía solo para herir de filo, y ello a cierta distancia.

POLIBIO, *Historias*, III, 114, 2-4.

En realidad, hay un momento en el que es muy difícil (a veces imposible) diferenciar entre una espada recta meseteña y un *gladius* porque son literalmente idénticos, debiendo recurrir los investigadores al estudio del contexto arqueológico para calificarla como arma indígena o romana.

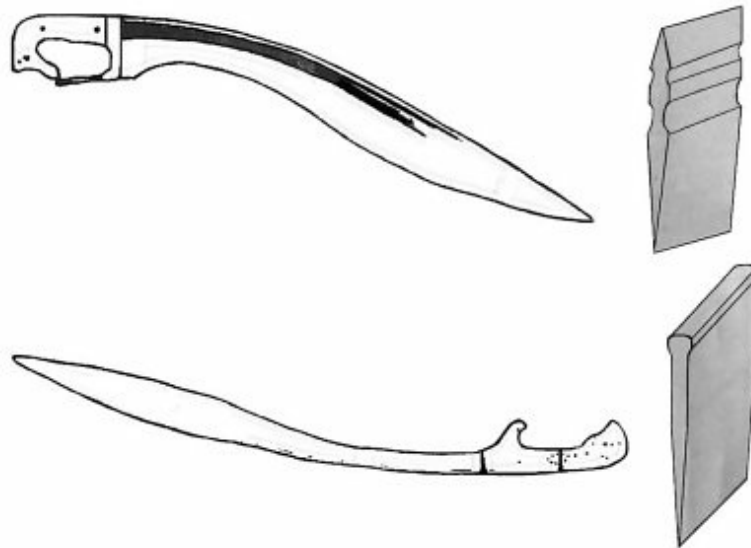
Falcata

Es sin duda el arma más conocida de los íberos, aunque hoy sabemos que ni fue la más utilizada durante todo el periodo que nos ocupa, ni estuvo presente en todas las áreas ibéricas, ya que es muy rara en el noreste. Lo que sí que parece claro es que estamos ante un arma especial, con unas connotaciones que exceden las de simple

herramienta bélica y se adentran en otros terrenos menos conocidos relacionados con el prestigio y las creencias religiosas. No olvidemos que los cuchillos sacrificiales que aparecen en algunas representaciones artísticas tienen forma afalcatada.

Hoy pocos dudan de que el origen de la falcata hay que buscarlo en la *machaira* o *kopis*, que apareció en la región balcánica de Iliria a finales del siglo VII a. C. Desde allí pasó a Grecia y a la península itálica, donde fue adoptada por los etruscos. De los modelos itálicos procedería la falcata, que está presente en suelo ibérico ya en el siglo V a. C., como podemos ver en alguna de las esculturas del Cerrillo Blanco.

GÉNESIS DE LA FALCATA IBÉRICA



Dibujos del autor de una falcata (arriba) y una machaira (abajo) y sección de sus hojas, en los que se aprecian las diferencias entre ambas armas.

Cuando la *machaira-kopis* llegó a la península, no se adoptó tal cual, sino que sufrió una serie de importantes modificaciones para adaptarla a los gustos y usos propios de los indígenas, lo que ha llevado a más de un investigador a afirmar que el resultado es un arma totalmente nueva, que solo conservaría de las anteriores una cierta similitud en el aspecto general. Estos cambios fueron los siguientes:

- Se acortó considerablemente la hoja, con lo que la longitud total pasó de 80-90 centímetros de las itálicas a 55-70 en las ibéricas.
- Se robusteció la hoja, ya que a la vez que esta se acortaba, se ensanchaba, sobre todo en la parte más cercana a la guarda, que en la *machaira/kopis* era notablemente estrecha.
- Se eliminó el reborde que recorría el contrafilo de la *machaira/kopis*, que servía para aumentar su rigidez y le daba un perfil en T. Aun así, se conoce al menos una falcata, localizada en Fuenterrobles (Valencia), en la que el lomo está recorrido por una varilla que se soldó sobre las láminas que conformaban la hoja, pero esta no sobresalía del ancho de la hoja, como vemos que era habitual en la *machaira*.
- Tras eliminar ese reborde se dotó a la hoja de un doble filo en su mitad inferior.
- Se añadieron acanaladuras a lo largo de la hoja que a la vez que aligeraban el arma, aumentaban la rigidez de la hoja, con lo que se contrarrestaban los efectos de la eliminación del reborde del contrafilo.
- Con frecuencia se cerró completamente la guarda, ya que en la *machaira/kopis* quedaba ligeramente abierta y con los extremos salientes.
- Se modificó de manera sustancial la silueta del arma. En vez de la suave pero continuada curvatura de los modelos originales, en la falcata la curvatura de la hoja suele ser

algo mayor, y es frecuente un pronunciado cambio de dirección de esta más o menos en el punto donde comienza el doble filo.

Se desconocen los motivos que llevaron a los íberos a tomarse tantas molestias para adaptar un arma extraña a sus gustos cuanto ya tenían otras perfectamente aptas para su forma de hacer la guerra: las espadas de frontón y las de antenas atrofiadas. La razón podría obedecer a motivos religiosos o de prestigio que por el momento se nos escapan.

Ya hemos indicado antes que esta espada no fue utilizada por todos los íberos, siendo más frecuente en la Bastetania, la Oretania y la Contestania. También aparecen algunos ejemplares en otras áreas no ibéricas del interior peninsular, aunque no es frecuente.

Como ya dijimos al hablar de la metalurgia, la hoja de este arma solía fabricarse con tres láminas alternas: hierro dulce-acero-hierro dulce, soldadas en caliente mediante golpes de martillo sobre el yunque, lo que permitía combinar la dureza y resistencia del filo de acero con la flexibilidad que le aportaban los forros de hierro dulce. Pero se conocen ejemplares en los que el orden de las láminas se invierte: acero-hierro dulce-acero. Es habitual que las láminas laterales sean más estrechas que la central y no lleguen al filo.

El resultado de esta técnica multilaminar, eran hojas de un considerable grosor, ya que en la zona más cercana a la guarda podían alcanzar casi los 10 milímetros de espesor. El peso del arma rondaría los 800 gramos.

En resumen, la falcata es un arma robusta de hoja curva y doble filo en su mitad inferior, con unas dimensiones totales de entre 55 y 70 centímetros y una hoja de entre 45 y 55, más pensada para herir de punta, aunque su uso al estilo de los sables también es muy efectivo.

El cuerpo de la empuñadura estaba formado por la continuación de la lámina central de las tres que componían la hoja, a la que luego se añadían unas cachas de madera o hueso. Como ya hemos dicho, la

guarda solía ser cerrada, unas veces por el mismo cuerpo de la empuñadura, otras al añadir una cadena o una varilla, con lo que envolvía y protegía la mano completamente. El extremo superior de la guarda solía estar rematado en forma de cabeza de ave, caballo o felino.

Al igual que hemos visto con otras armas, es frecuente encontrar falcatas profusamente decoradas, tanto en la empuñadura como en la hoja, mediante la técnica del nielado o damasquinado con hilo de plata o cobre, formando motivos a veces de gran complejidad. Estos resaltarían especialmente sobre una superficie que en origen tendría un tono oscuro, muy apropiado como soporte decorativo.

Es frecuente encontrar los herrajes de las fundas que, aparte de los rebordes metálicos de la embocadura, suelen incluir otras dos o tres guarniciones transversales con unas anillas por las que pasaría la correa que mantendría el arma casi horizontal sobre el abdomen, como veíamos al hablar de las espadas de La Tène de la meseta. El cuerpo de estas fundas sería de cuero, quizá reforzado con tablillas de madera, y las partes metálicas, siempre de hierro.

Las fuentes mencionan la existencia de pequeños cuchillos afalcatados que se llevarían introducidos en la misma funda que la falcata, y que podrían utilizarse como una especie de herramienta multiusos. Esto ha podido ser constatado por los hallazgos arqueológicos.

Para concluir el apartado dedicado a las espadas, queremos indicar que, como hemos visto, una de las particularidades de la mayoría de modelos de la península ibérica es que suelen ser armas cortas y robustas, algo que se hace evidente en el tratamiento que se da a los modelos importados, que se adaptan aquí a estas características, como podemos ver perfectamente en la falcata. En este punto podría estar la clave de la tan alabada calidad que encontramos en las fuentes clásicas al hablar de las espadas hispanas, ya que como hemos dicho anteriormente, los estudios metalográficos realizados

hasta ahora nos indican que la calidad de los aceros dejaba, en muchos de los casos bastante que desear. Pero una hoja corta y gruesa siempre es mucho más resistente que una larga y estrecha, aunque esta esté fabricada con un mejor acero.

Los puñales

Forman parte de la panoplia del guerrero, aunque no se utilizarían en el combate más que en caso de necesidad, con lo que también tendrían una función social, de exhibición del estatus, razón por la que muchos de los ejemplares conocidos presentan ricas decoraciones damasquinadas, tanto en la hoja como en la empuñadura y vaina. Es más, veremos que en algunos modelos concretos parece primar el aspecto estético sobre el práctico. Este tipo de arma es mucho más habitual en la península ibérica que en el resto de Europa, y aparecen antes en el ámbito ibérico que en la meseta.

En estas dos áreas encontramos puñales «de frontón» y «de antenas atrofiadas» muy similares a las espadas antes reseñadas, de las que en muchos casos se diferencian únicamente por la longitud de la hoja, con lo que a veces es un tanto aventurado decir si un arma concreta es un puñal o una espada corta.

Típicos del área ibérica son unos puñales de antenas atrofiadas y empuñadura facetada (similar a la de las espadas tipo IV de Quesada) pero que presentan una hoja triangular de anchura inusitada y muy rica decoración, lo que los convertía en armas de muy poca utilidad práctica pero de gran vistosidad como elemento de distinción social.

Los puñales de antenas más antiguos se datan en el siglo V a. C. y no parecen haber sobrepasado el siglo III a. C.

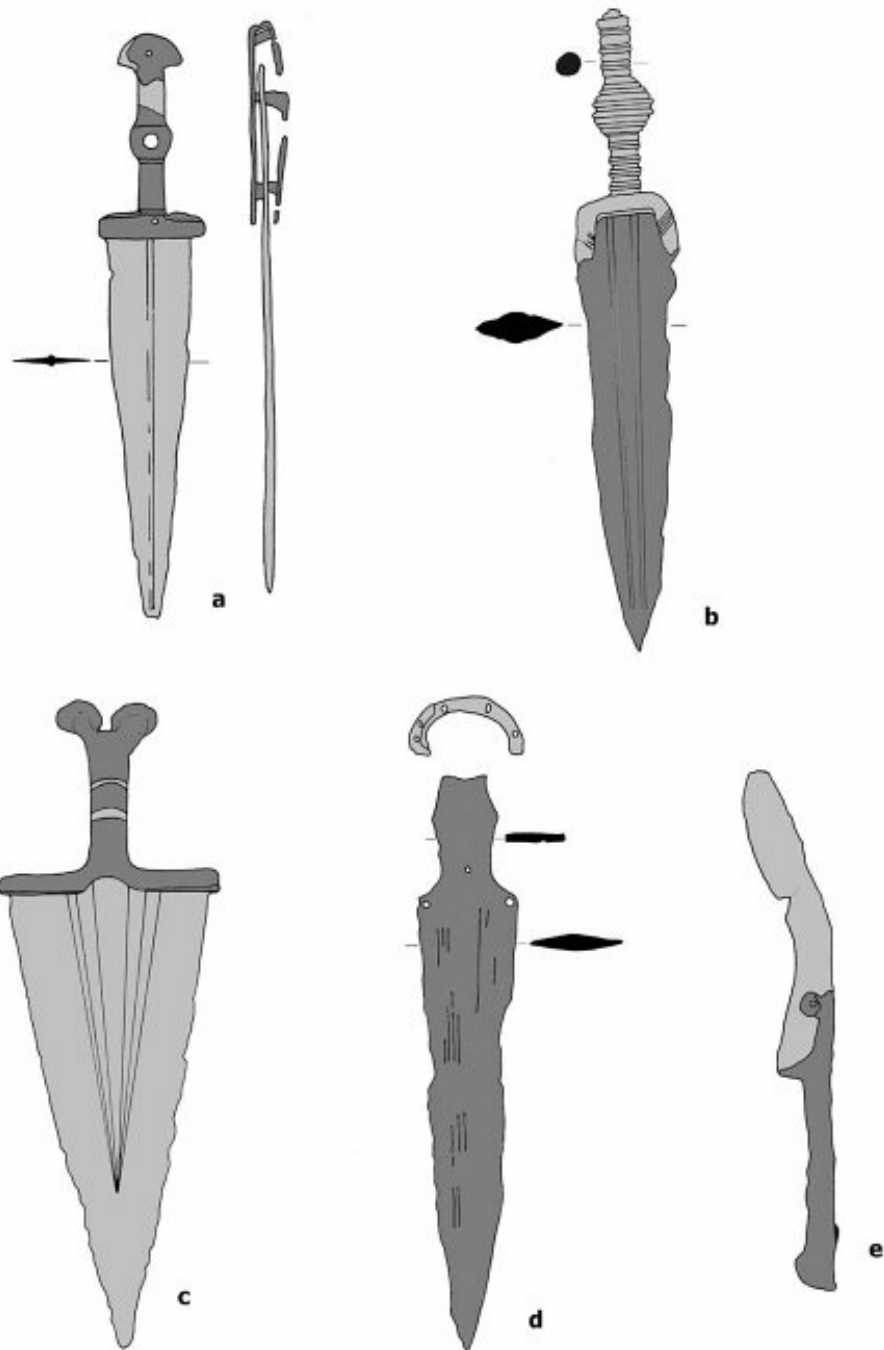
Los puñales de frontón tienen también hoja triangular, pero mucho más estrecha que los modelos de antenas que comentábamos antes, a veces ligeramente pistiliforme, y suelen estar también decoradas con acanaladuras que las recorren totalmente. La longitud

total ronda los 30 centímetros, mientras que la hoja no excede de los 20. Se encuentra especialmente en Andalucía Oriental, el sudeste peninsular y la meseta, coincidiendo con la espada del mismo tipo. Se suelen datar en los siglos V y IV a. C., desapareciendo después.

Los puñales «bidiscoidales», también llamados biglobulares, son armas originadas en territorio celtibérico, aunque el éxito del diseño llevó a una amplia dispersión por la península ibérica, e incluso a su adopción por los ejércitos romanos.

Este puñal, de hoja recta o ligeramente pistiliforme de unos 18 centímetros de longitud media, se caracteriza por su empuñadura, montada sobre una lengüeta plana, continuación de la hoja, a la que se unirían unas cachas de madera o hueso, que se recubrían a su vez con sendas chapas de hierro, con frecuencia ricamente decoradas con hilo de plata u oro. Es por eso que este modelo se suele incluir en una categoría más amplia: los «puñales de empuñadura de triple chapa».

En este tipo concreto la empuñadura presenta dos formas discoidales, una en el centro para facilitar el agarre y otra en el pomo para evitar que el arma se resbalara, detalles estos que darán nombre al modelo.



Distintos puñales peninsulares: a) de frontón-discoidal, procedente de La Hoya (Laguardia, Álava); b) un ejemplar único de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante); c) ibérico de antenas procedente de Almedinilla (Córdoba); d) de frontón exento, procedente de Cabezo Lucero y, e) cuchillo afalcatado del Raso de Candeleda (Ávila). Dibujos del autor a partir de Gil Zubillaga (a-1997), Quesada (b y d-1997) y Fernandez Gómez (e).

Nace a finales del siglo IV o, más probablemente, a principios del III a. C., y parece ser una evolución del puñal de frontón, que lo precedió en el tiempo en la misma zona, algo que vendría refrendado por la existencia de puñales híbridos de frontón-discoïdales, que podrían ser un paso intermedio entre uno y otro modelo. Estos puñales con remate de frontón también tenían la empuñadura de triple chapas, con lo que son diferentes de los puñales y espadas de frontón exento que vimos anteriormente.

Un modelo tardío de puñal bidiscoïdal, en el que las chapas exteriores de la empuñadura adoptaban una silueta facetada con aristas, será adoptado por las tropas romanas que luchaban en Hispania y, andando el tiempo, se convertirá en el *pugio*, el puñal que durante tres siglos acompañó a los legionarios por todo el Imperio.

Los puñales del tipo «Monte Bernorio-Miraveche» se distancian en su apariencia del resto de armas de este tipo aparecidas en la península ibérica.

Se trata de piezas de gran complejidad en su fabricación y riqueza en su decoración, tanto del puñal en sí como de su empuñadura y las piezas metálicas del tahalí que suelen acompañarlo.

La hoja puede tener forma triangular con los filos rectos, o de «lengua de carpa» en su tercio inferior, y su longitud siempre está por debajo de los 20 centímetros en los ejemplares más antiguos, aunque con el tiempo se alarga para volver a decrecer en los últimos momentos de su uso. Es relativamente frecuente que estas hojas estén recorridas por acanaladuras paralelas al filo en toda su longitud, y algunos ejemplares presentan nervio central.

El núcleo de la empuñadura estaba formado por la prolongación de la hoja en una fina espiga, que en algunos casos es triple. Tanto la guarda como el pomo suelen tener forma naviforme,²² y con frecuencia son idénticos, colocados frente a frente, inversamente entre sí. En algunos casos, principalmente tardíos, el pomo alcanzaba tales dimensiones que dificultaría de forma importante su uso práctico. Las cachas se fabricaban en hueso.

También se conocen ejemplares en los que el pomo naviforme se sustituye por un doble disco, quizás influenciados por las espadas de antenas con las que conviven.

La longitud total de estos puñales no suele sobrepasar los 25 centímetros.

La vaina es metálica, formada en su parte principal por dos chapas de hierro unidas, y suele ser de gran vistosidad, sobre todo por el remate de la contera, que con frecuencia presenta cuatro discos marcando un rectángulo, aunque también hay otras formas, como un único disco de mayor tamaño o un rectángulo o cuadrado calado. Es frecuente que el tercio inferior de la vaina presente un estrechamiento que se adapta a las hojas de «lengua de carpa».

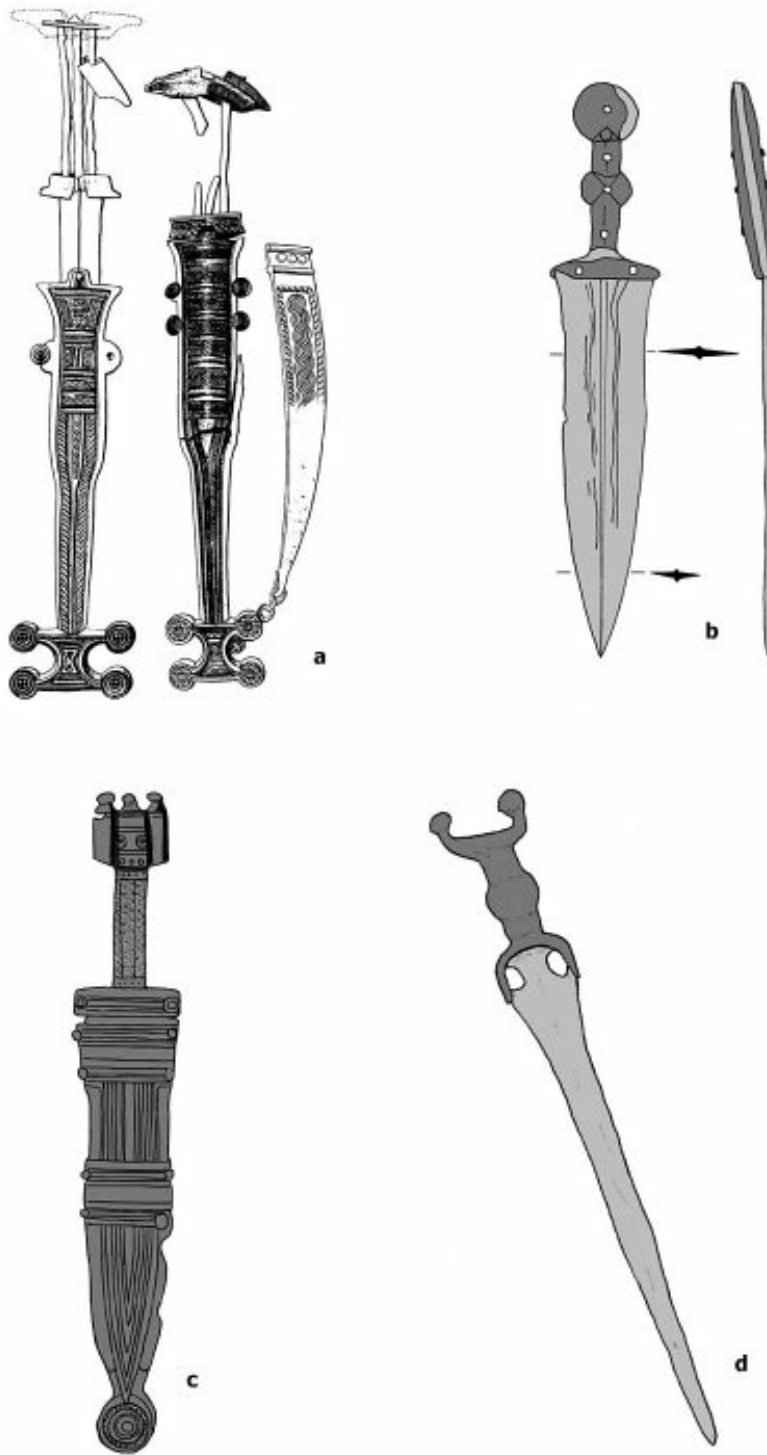
Pero uno de los aspectos que más destaca en estos puñales es la extrema ornamentación de muchos de los ejemplares conocidos, que con frecuencia incluye el grabado y el damasquinados con hilo de plata o cobre formando motivos geométricos y figuras, tanto animales como humanas, que a veces incluyen escenas de lucha.

Las vainas irían unidas al correaje mediante unos remaches. El llamado tahalí²³ incluiría al menos una parte metálica, consistente en una pieza de hierro alargada y ligeramente curvada, que solía ser también objeto de una rica decoración, a juego con la vaina a la que acompañaba.

El puñal Monte Bernorio-Miraveche es un arma propia, y casi exclusiva, de la meseta Norte. Los ejemplares más antiguos parecen proceder del norte del territorio vacceo, desde donde se expandiría a tierras vetonas y celtibéricas, con lo que todo indica que estamos ante un arma de origen peninsular. No se han encontrado armas con estas características en ningún otro lugar, ni del Mediterráneo ni del resto de Europa y, curiosamente, no se conoce ni un solo ejemplar en zona ibérica.

Aunque en un principio se especuló con que más que un arma estaríamos ante un elemento de exhibición del estatus de su portador, hoy se considera que, independientemente del hecho de que se tratara de piezas que no estaban al alcance de cualquiera, eran armas

plenamente funcionales y efectivas que se podrían usar sin problemas.



Distintos puñales peninsulares 2: a) Monte Bernorio-Miraveche (Miraveche, Burgos); b) bidiscoidal (Palencia); c) de filis curvos procedente de Villanueva de

Teba (Burgos) y d) de antenas galaico de Chao San Martín (Grandas de Salime, Asturias), con hoja de bronce. Dibujos a) Cabré (1920), del autor a partir de: b) O. A. Alonso (2004) y c) Ruiz Vélez (2005).

En cuanto a su cronología, parece que los ejemplares más antiguos se datarían a finales del siglo V a. C., perdurando hasta principios del siglo II a. C.

Los «puñales de filos curvos», tipo antes denominado La Osera o Villanueva de Teba, al considerar que se trataban de dos armas diferentes por la gran distancia existente entre los dos yacimientos donde fueron identificados, son puñales de hoja pistiliforme con nervio central muy marcado, y normalmente decorada con acanaladuras que dibujan la silueta del filo a ambos lados del nervio. Las hojas tienen una longitud media de 20 centímetros y una anchura en la base de cinco. En total, el puñal mediría en torno a los 35 centímetros.

La empuñadura de esta arma es muy compleja. Va montada sobre un núcleo de espiga, generalmente de perfil rectangular, y se compondría de guarda, puño y pomo. Se han encontrado muy pocas guardas, formadas por tres láminas, generalmente una de bronce que iría en el frontal, otra de hierro, y por lo tanto menos vistosa, que iría en la trasera, y una tercera de madera o hueso (no conservada) que se situaría entre ambas. Las tres piezas estarían unidas por un perno en cada extremo que las atravesaba manteniéndolas presionadas sobre la espiga y la base de la hoja. El puño sería cilíndrico de madera o hueso, a veces recubierto por dos láminas de bronce sujetas por sendos anillos, también de bronce, mientras que el pomo puede tener muy diferentes configuraciones, desde un simple casquillo de bronce a los complejos modelos típicos de Villanueva de Teba (Burgos), con tres cilindros de bronce que parecen representar un rostro humano estilizado.

La vaina es metálica, compuesta por una lámina frontal, generalmente de bronce, otra trasera de hierro y un reborde, también de hierro, con perfil en V, que las une a lo largo de todo el perímetro.

La contera iría rematada en forma discoidal. También suele aparecer casi siempre el tahalí de hierro, bastante similar al que acompaña al puñal Monte Bernorio-Miraveche.

El arma nace a principio del siglo II a. C., y parece ser el resultado de la evolución del puñal tipo Monte Bernorio-Miraveche, con lo que estamos ante un arma típica de la submeseta Norte. Perduraría durante todo el siglo I a. C.

Tanto estos puñales como sus fundas y tahalíes presentan abundante decoración, lo que unido a las pequeñas dimensiones de su empuñadura, apenas suficiente para una mano adulta, ha inducido a determinados autores a considerar que sería más un objeto de prestigio que un arma pensada para el combate; pero, al igual que veíamos con el modelo anterior, hay que reconocer que es totalmente funcional.

Algunos investigadores consideran que este puñal también pudo tener influencia en el nacimiento del *pugio* romano.

Una característica de los puñales localizados en la meseta es la abundancia de modelos híbridos, que mezclan características y elementos de varios tipos, algo extensible también a las espadas. Con frecuencia esto sería consecuencia de que la mayoría de las armas se fabricaban en pequeños talleres locales, con gustos y tradiciones muy específicos. Un ejemplo es el puñal de Doroño (Burgos) que se expone en el Museo de Armería de Vitoria, con empuñadura de lengüeta con disco central rematada con antenas atrofiadas, y hoja lisa con marcado nervio central.

Puñales de antenas galaicos

En el noroeste peninsular se ha encontrado una serie de puñales con empuñadura de antenas bastante desarrolladas que finalizan en remates cilíndricos o troncocónicos. A diferencia de otras espadas y puñales de antenas, en la mayoría de estos la empuñadura está formada por una única pieza de bronce fundida. Esta incluye también

las antenas y la guarda, que presenta gavilanes curvados hacia abajo abrazando el hombro de la hoja. En el castro de Elviña (La Coruña) se ha localizado un molde para la fabricación de estas empuñaduras.

Conocemos una variante de este puñal que presenta una empuñadura compuesta por tres partes independientes: mitad inferior con la guarda, de bronce, mitad superior con las antenas, también de bronce, y una pieza central de unión que nunca aparece, solo encontramos el hueco, con lo que se supone que sería de madera o hueso.

Las hojas, triangulares y lisas, podrían ser tanto de hierro como de bronce, y suelen presentar un marcado nervio central. Algunas de estas hojas tienen en su base unos rebajes semicirculares, que al cubrirse con los gavilanes curvados de la guarda dejan unos recazos prácticamente circulares, herencia de armas más antiguas, y muy parecidos a los que veíamos en las espadas de tipo Miraveche. La hoja se continúa con una espiga cuadrangular que atraviesa a lo largo la empuñadura, y se fija en el extremo de esta remachándola sobre una virola de bronce entre las antenas.

Los puñales de este tipo localizados tienen una longitud total de entre 20 y 35 centímetros, y unas hojas que en su mayoría estarían entre 15 y 20.

La vaina sería de madera, como ha podido comprobarse en un ejemplar encontrado en Taramundi (Asturias), que conservaba bastantes restos de ella, además de la contera completa, fundida en una pieza de bronce de perfil subrectangular, con los lados ligeramente curvos, calados circulares y remate inferior con rodillos transversales. Presenta dos clavos para su fijación a la funda.

Una curiosa variante es el puñal localizado en el castro de Chao San Martín (Grandas de Salime, Asturias), en el que, a diferencia de lo que vemos en el resto de ejemplares, la hoja es de bronce, y es la empuñadura la que se ha forjado en hierro, aunque con una tipología idéntica a las de bronce.

Un importante problema que encuentran los investigadores es concretar la cronología de estas armas, ya que son muy pocas las que

han aparecido en un contexto datable de una manera más o menos fiable. Esto ha puesto en evidencia una contradicción, ya que, aunque su aspecto general, y el hecho de que muchas de estas armas estén fabricadas completamente en bronce, parece retrotraerlas a momentos muy antiguos, incluso del siglo VI a. C., las piezas que han podido datarse de una forma precisa son mucho más modernas, a partir de mediados del siglo II a. C., con lo que muchas serían ya contemporáneas a la presencia romana. Ante este conflicto solo caben dos respuestas: o se trata de tipos antiguos que han permanecido prácticamente inalterados durante muchos siglos, o los ejemplares considerados más antiguos no lo son tanto. Para aumentar la confusión, al realizar pruebas de radiocarbono a la funda de madera del puñal de Taramundi de la que hablábamos antes, estas arrojan unas fechas calibradas de entre los siglos XIV y IX a. C.

Estas son dudas que lastran un mayor conocimiento de estos puñales y que, sin duda, serán resueltas por los investigadores conforme avancen las excavaciones y se recuperen más piezas en su contexto original.

En cuanto a su distribución, se aprecia una clara concentración de estos puñales de antenas en el norte de Galicia y occidente asturiano, mientras que son muy escasos en el sur de la comunidad Gallega y norte de Portugal.

Esto es importante, ya que en esta última zona encontramos con frecuencia grandes cuchillos afalcatados que no se encuentran en el norte, lo que podría indicarnos que en el sur estos cuchillos tendrían la misma función que los puñales en el norte, algo que veremos a continuación.

Cuchillos afalcatados del noroeste

Los cuchillos afalcatados están muy extendidos a lo largo y ancho de la península ibérica, y se encuentran ya desde la Primera Edad del Hierro. Un ejemplo adscrito a los inicios de la cultura ibérica es el que

identificamos representado en el monumento ibérico de Pozo Moro, fechado en torno al año 500 a. C., donde es utilizado para sacrificar un jabalí. La relación entre este tipo de cuchillos y los sacrificios parece clara, al menos en el en el área ibérica.

La mayoría de autores coinciden en considerar que no estaríamos, por regla general, ante un arma de guerra, lo que no quita para que sea un cuchillo que podría causar la muerte perfectamente. Sabemos que solía formar parte de la panoplia del guerrero porque son frecuentes en las tumbas con armamento, y ya hemos indicado que se han encontrado fundas de espada preparadas para alojar también uno de estos cuchillos, que han llegado a encontrarse in situ en algún caso. Aun así, es más probable que se utilizaran en realidad como una herramienta multiuso por su evidente utilidad práctica.

Pero existen una serie de circunstancias que nos llevan a pensar que el caso de los cuchillos afalcatados del noroeste podría ser diferente.

En primer lugar está la considerable diferencia de tamaño entre estos cuchillos y otros aparecidos en el resto de la península. Por ejemplo, vemos que entre los vetones, las hojas de los cuchillos afalcatados tienen de media en torno a los 12 centímetros de longitud, y es raro el que alcanza los 20, mientras que los ejemplares de la Celtiberia son ligeramente mayores, con una media que ronda los 14 centímetros. Sin embargo, entre los cuchillos afalcatados localizados en el área galaica son muchos los que exceden los 20, y no es raro que alcancen los 30. Quizá los que más se aproximen a estos son los encontrados en el vecino territorio vacceo, también de un tamaño considerable.

El resultado es que tenemos armas con una longitud de hoja muy similar, e incluso superior, a las de los puñales que hemos visto con anterioridad, que, recordemos, estaban entre los 18 y los 20 centímetros; y en los ejemplares mayores nos acercaríamos a las hojas de algunos modelos de espada (recordemos que las espadas de antenas del tipo V o Atance tenían una hoja de unos 30 centímetros).

Pero lo que nos hace sospechar que en esta zona los cuchillos afalcatados podrían ser un elemento importante de la panoplia guerrera es la casi total ausencia de otras armas de puño, como pueden ser espadas o puñales, ya que, como hemos visto antes, los puñales de antenas galaicos se distribuyen por el norte de esta región, pero son muy raros en el sur de Galicia y norte de Portugal.

Estos cuchillos cuentan con hoja de sección triangular de un solo filo, y lengüeta corta de empuñadura, normalmente atravesada por uno o dos remaches, que sujetarían las cachas de madera o hueso, generalmente no conservadas. Se conoce algún ejemplar que en vez de lengüeta presenta un cubo cilíndrico para encajar un mango.

El hecho de que sean armas de un solo filo no les resta capacidad de penetración, algo que podemos comprobar fácilmente con cualquier navaja moderna.

Armas de asta

Estamos ante un variado grupo de armas que ha tenido una enorme importancia durante siglos. Dentro de estas hay que diferenciar entre aquellas pensadas para ser empuñadas, la lanza, y las que se fabrican para ser lanzadas: jabalina, *soliferreum* y falárica/*pilum*.

«Las lanzas» fueron las armas principales del combate cuerpo a cuerpo durante los momentos más antiguos de la protohistoria, y no solo en la península ibérica, sino en todo el Mediterráneo, por más que tanto en las fuentes como en la iconografía se haya querido dar un protagonismo superior a las espadas, sobre todo, y en lo que a nosotros nos afecta, a la falcata o al *gladius hispaniensis*.

La lanza se compone de tres elementos: la punta o moharra, el astil de madera y el regatón o contera.

Lógicamente, la parte más importante es la punta, de la que se ha identificado una enorme variedad de tipos en los distintos territorios, aunque las podríamos agrupar en tres formas básicas: triangulares,

foliáceas²⁴ y de perfil ondulado, estas últimas mucho más frecuentes en la meseta que en las áreas ibéricas.

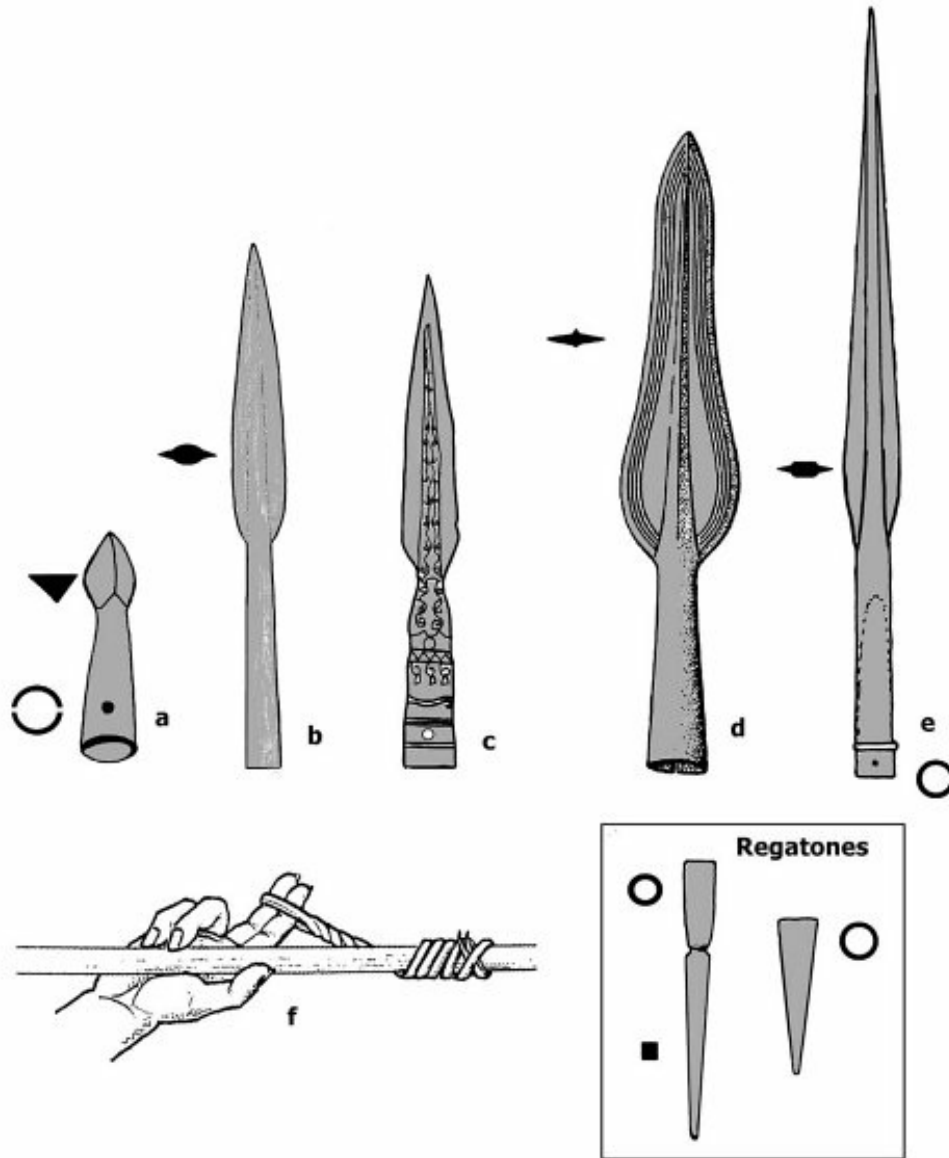
Al ser un arma no arrojadiza, no solo sería importante que dispusiera de una punta bien aguzada, sino también que los bordes estuvieran perfectamente afilados para poder utilizarlos como arma de corte.

Las puntas son robustas, y suelen presentar un marcado nervio central, más señalado en el área ibérica que en la meseta. Algunas lucen decoraciones damasquinadas, principalmente en el cubo de unión al astil y en el nervio central, muy similares a las que podemos encontrar en muchas espadas.

En esta época, lo habitual es que tanto las puntas como las conteras se realizaran en hierro, aunque se han encontrado algunos ejemplares aislados de bronce, más frecuentes en el noroeste peninsular.

Los regatones son cilindros metálicos acabados en forma cónica más o menos aguzada y tenían varios usos: como contrapeso de la punta, para proteger el extremo del asta, y como punta de circunstancia si se rompía la moharra.

El astil era de madera y su longitud podía variar considerablemente, aunque se considera que rondaría los dos metros, uniéndose a él tanto la moharra como el regatón mediante abrazaderas sujetas por pasadores metálicos. Esto nos da una longitud total del arma que en el siglo VI a. C. podría llegar perfectamente a los tres metros.



Distintos tipos de puntas de lanza y jabalina: a) maciza piramidal perforante para jabalina de La Osera (Ávila), b) de jabalina de cubo largo de El Cigarralejo (Mula, Murcia), c) de lanza, con decoración damasquinada (Carasta, Álava), d) de lanza, con fillos ondulados, La Osera (Ávila), e) de lanza de hoja larga, f) esquema de uso del amentum. En el cuadro, dos tipos de regatones. Dibujos del autor a partir de Cabré (a y c-1950) y Cuadrado, (b-1987).

Desde los momentos más antiguos se aprecia en todas las zonas un proceso gradual por el que las lanzas se hacen más cortas y ligeras, disminuyendo el tamaño de las puntas y conteras, que en un principio habían llegado a superar los 70 y 40 centímetros de longitud

respectivamente. Durante las fases más modernas encontramos unas armas que podríamos considerar multiusos, ya que, aparte de en la lucha cuerpo a cuerpo, también podrían utilizarse como armas arrojadas.

«El *soliferreum*» es un arma fabricada completamente de hierro, y consiste en una varilla de unos dos metros de longitud y entre 10 y 15 milímetros de diámetro, con un engrosamiento en el centro para facilitar su agarre e impedir que resbale. El peso estaría en torno a los 800 gramos.

La punta es pequeña para mejorar su poder de penetración, lo que le permite atravesar sin problemas los escudos y las protecciones de los guerreros. Suele tener aletas o barbas para impedir que sea extraído con facilidad una vez clavado, ya que causaría graves desgarros en la carne y dificultaría utilizar de forma inmediata los escudos en los que se clavara.

Está específicamente diseñado para ser lanzado, pudiendo alcanzar distancias de unos 30 metros.

Los estudios indican que procedería del sur de Francia, en concreto de Aquitania y el Languedoc, donde era conocido ya en el siglo VI a. C. de allí pasaría a la meseta y Cataluña en el siglo V a. C., descendiendo hacia el sur hasta ocupar toda el área ibérica, de donde no desaparecerá hasta el siglo I a. C.

Hay que tener en cuenta que fabricar este arma a partir de una sola pieza de hierro, dando forma a cada una de sus partes con las limitadas técnicas de la época, requería una considerable habilidad y conocimientos, por lo que no estaría al alcance de cualquier herrero rural.

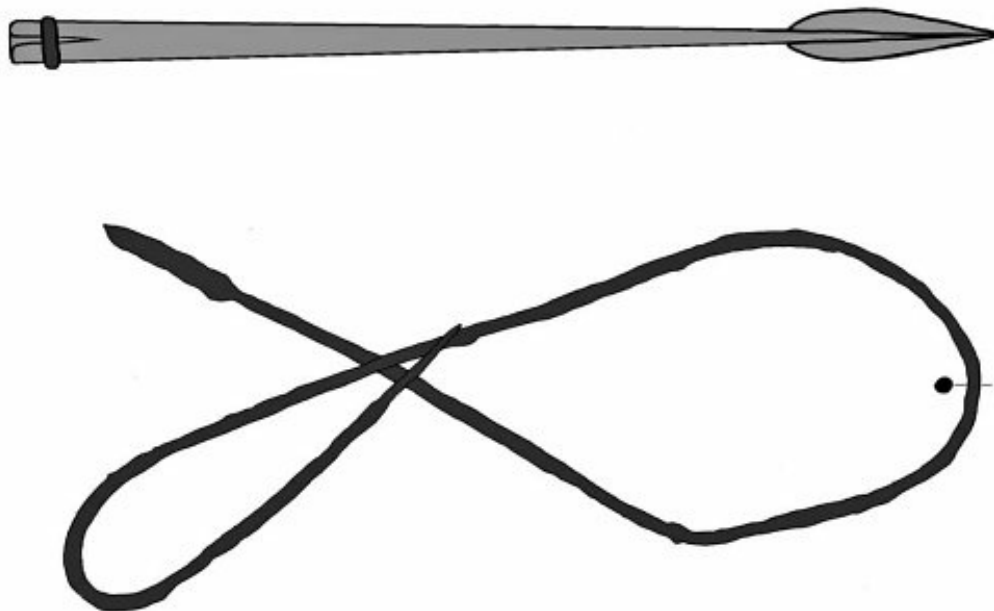
«La falárica» era muy similar al *pilum* ligero romano (algunos investigadores la llaman también *pilum*), y su uso en batalla sería casi idéntico. Constaba de una punta de hierro pequeña, prolongada con una varilla acabada en un cilindro hueco en el que se insertaba un asta más corta que la de las lanzas. A veces contaba también con regatón. La parte metálica podía exceder del metro de longitud. Tito Livio nos indica que esta era muy útil para enrollarle estopa u otro

material impregnado en líquido inflamable, que se prendía antes de lanzar el arma, causando pavor entre los oponentes. Esto era también muy efectivo para incendiar máquinas de asalto.

El proyectil empleado por los saguntinos era la falárica, una jabalina con un asta de abeto y redondeada hasta la punta donde sobresalía el hierro que, como en el pilo, tenía la punta de hierro de sección cuadrada. Esta parte estaba envuelta en estopa y untada con pez; la punta de hierro tenía tres pies de largo y podía penetrar tanto la armadura como el cuerpo. Incluso si solo quedaba atrapada en el escudo y no alcanzaba el cuerpo, era un arma de lo más formidable porque, cuando se lanzaba con la punta prendida en llamas, el fuego se avivaba con un calor feroz al atravesar el aire y obligaba al soldado a arrojar su escudo y quedar indefenso contra el ataque subsiguiente.

TITO LIVIO, *Ab urbe condita*, XXI, 8.

La falárica se encuentra presente a lo largo de todo el periodo estudiado, con un área de distribución bastante similar a la del *soliferreum*.



Arriba. Dibujo de punta de falárica. Abajo. Soliferreum procedente del Raso de Candeleda (Ávila). Dibujos del autor; soliferreum, a partir de Fernández Gómez (1986).

El uso táctico de estas dos armas era muy parecido, lanzándose contra el enemigo cuando este se encontraba tan solo a unos 15-20 metros de distancia, justo antes de entablar combate a espada. Por el diseño de sus puntas atravesarían sin problemas los escudos, alcanzando al contrario si este lo llevaba pegado al cuerpo, y en caso de no ser herido tendría que soltarlo, ya que es casi imposible el uso efectivo del escudo con una de estas armas clavada en él. Así nos cuenta Tito Livio su uso en el contexto de los enfrentamientos entre los íberos y el ejército romano de Catón en 195 a. C. en las inmediaciones de Rhode (Rosas, Gerona):

Cuando, después de arrojados los *soliferrea* y las faláricas, desenvainaron las espadas, fue como si se iniciara de nuevo el combate, no recibían heridas por lanzamientos imprevisibles efectuados al azar desde lejos; en el cuerpo a cuerpo confiaban por entero en su valor y su fuerza.

TITO LIVIO, *Ab urbe condita*, XXXIV, 14, 8.

El poeta Silio Itálico también nos habla del uso por parte de los saguntinos de unas gigantescas faláricas que necesitaban de «muchos brazos» para su lanzamiento. Evidentemente se trata de una más de las exageraciones a que nos tiene acostumbrados este autor, sin ninguna base real.

«La jabalina» es la más sencilla de estas armas arrojadizas, ya que cuenta con una punta de hierro más pequeña que las de las lanzas, el astil más corto y generalmente carece de regatón. Las distancias alcanzadas con ella serían inferiores a las del *soliferreum* y la falárica, aunque este alcance se podía aumentar considerablemente utilizando lo que los romanos llamaban *amentum* y los griegos *ankyle*. Y es que a lo largo de la historia de la guerra una preocupación constante ha sido tratar de aumentar el alcance de las armas ofensivas, algo ya constatado en la Prehistoria, cuando se utilizaban propulsores de madera o hueso. En la protohistoria hispana vemos que se utilizaba una tira de cuero atada o enrollada al astil de la jabalina, con una lazada por la que se pasaban los dedos

índice y anular, y que funcionaba como un propulsor a la vez que mejoraba la precisión. Este *amentum* se utilizaría por lo menos desde el siglo II a. C., y aparece representado en diversas piezas cerámicas con decoración pictórica, tanto del área ibérica (en vasos de Liria) como celtibérica (por ejemplo el célebre vaso del combate de campeones de Numancia).

El *amentum* se basa en el principio de la palanca, ya que al soltar la jabalina de la mano, esta se sigue impulsando por un instante con los dedos mediante esa tira de cuero.

Enrollando un *amentum* de unos 45 centímetros al astil se conseguía imprimir un giro al arma en el momento del lanzamiento, lo que mejoraba notablemente la precisión de esta. Es lo mismo que siglos después se hizo con las armas de fuego, a las que se dotó de un rayado en el interior del cañón para hacer que los proyectiles salieran girando.

Según experimentos realizados recientemente, utilizando este sistema el alcance de la jabalina aumenta en un 58 por ciento, pasando de 20 a algo más de 30 metros.

Los guerreros solían llevar varias jabalinas, o combinar lanza pesada para el combate cuerpo a cuerpo y jabalina/*soliferreum*/falárica para el combate a distancia. Hay autores que indican la posibilidad de que algunas jabalinas llevaran también regatón, lo que en muchos casos dificulta la distinción entre jabalina y lanza ligera.

La jabalina es frecuente en todos los ámbitos protohistóricos peninsulares y en todas las cronologías, y no sería únicamente un arma de guerra, ya que también se emplearía habitualmente para la caza. Coincidiendo con el inicio de la segunda guerra púnica se empieza a encontrar un tipo de punta de jabalina con forma piramidal maciza y de claro uso militar, ya que es ideal para atravesar escudos y corazas, pero no tanto para la caza, y que se solía llevar en manojos de varias unidades.

«Los proyectiles» localizados en la península ibérica son las puntas de flecha y los glandes (proyectiles de honda).

Su posible uso de forma generalizada en la guerra sigue siendo objeto de polémica entre los investigadores que lo defienden y los que lo niegan, y es que, a pesar de que en las fuentes antiguas se menciona con frecuencia a honderos baleares entre los contingentes mercenarios enrolados en los ejércitos mediterráneos, es difícil extrapolar esto a los pueblos indígenas peninsulares, y lo cierto es que tanto las flechas como los proyectiles de honda son muy escasos en contextos ibéricos, celtibéricos o del resto de áreas culturales.

En toda la península ibérica no se conoce ni una sola representación iconográfica del uso de la honda o el arco en el periodo que nos ocupa.

La reticencia a usar estas armas vendría motivada posiblemente por razones ideológicas, al considerar poco noble y valeroso el ataque a larga distancia. Además sería contrario a los intereses aristocráticos, ya que cualquier campesino con un mínimo de entrenamiento, y utilizando elementos muy baratos y rudimentarios podía convertirse en un temible adversario.



Puntas de flecha de procedencias diversas: a) fenicio-púnica de tres filos, cubo y arponcillo lateral, b) de pedúnculo y c) de aletas; d) hondero en un grabado antiguo; e) glante de barro; y f) glante bicónico de plomo. Dibujos del autor, excepto d.

«Las puntas de flecha» aparecen muy raramente en las tumbas, donde el resto de armas se cuentan por millares, y también son muy escasas en los asentamientos. Esto ha llevado a pensar que el arco podría ser utilizado principalmente para la caza y, solo de forma esporádica en acciones bélicas, por ejemplo en el caso de ataques a asentamientos, donde sus habitantes se defenderían con todo lo que tuvieran a mano. Pero su uso en la guerra no sería frecuente antes de la segunda guerra púnica, momento a partir del cual los hallazgos de estas armas se multiplican.

Las puntas de flechas localizadas son en su mayoría de dos tipos: de pedúnculo y aletas, y de doble filo, cubo de empuñadura y arponcillo lateral, estas últimas, con nervio central muy marcado, son típicas del mundo fenicio-púnico, por lo que son más frecuentes en Andalucía y el sudeste peninsular, aunque se localizan también ejemplares aislados en otras áreas, principalmente ibéricas. Entre las de aletas encontramos tipos muy variados, que muchas veces aparecen mezclados, con lo que no hay una única tipología típica para la península ibérica.

«La honda» es un arma relativamente sencilla de fabricar con materiales asequibles para cualquiera, pero de una gran efectividad si se sabe utilizar. Está formada por dos tiras largas unidas a un ensanchamiento en el que se coloca el proyectil. Una de las tiras puede terminar en un lazo para sujetar al dedo medio y la otra en un abultamiento que se sujeta entre el índice y pulgar y que se soltará en el momento del lanzamiento. Una vez colocado el proyectil en la parte ancha, se gira varias veces para proporcionarle velocidad y afinar la puntería: luego, dando un enérgico impulso final en la dirección del blanco, se suelta la correa de disparo y se libera el proyectil a gran velocidad. Su potencia se basa en una combinación de la fuerza centrífuga de los giros y el efecto palanca del lanzamiento.

El alcance máximo con estos proyectiles podría superar los 400 metros, mientras que en tiro de precisión estaríamos en torno a los 50-75 metros, dependiendo lógicamente de la habilidad del tirador. Como curiosidad, podemos decir que el actual record de distancia

reconocido es de 437,10 metros, usando una honda de 129,5 centímetros de longitud y un proyectil ovoide de piedra de 52 gramos.

Pero aunque decimos que en la península ibérica su uso no se generalizó hasta la segunda guerra púnica (por ejemplo, sus proyectiles están presentes en el que se considera escenario de la batalla de Baécula, en Santo Tomé, Jaén), hay un territorio español donde no solo se utilizaba la honda, sino que los guerreros que la empleaban alcanzaron fama en todo el Mediterráneo antiguo. Hablamos, cómo no, de los honderos baleares.

Son muchos los autores que ya en la Antigüedad ensalzaron la habilidad de los habitantes de las conocidas entonces como islas Gimnesias con la honda, de entre ellos extraemos este fragmento de la obra del historiador y geógrafo griego Estrabón, que vivió en torno al cambio de era, y que resume un poco lo que de los baleares habían dicho otros antes que él:

No obstante sus sentimientos pacíficos, la defensa de su codiciada riqueza ha hecho de ellos los honderos más famosos, y dicen que esta destreza data, sobre todo, desde que los fenicios ocuparon las islas... En el combate se presentan sin ceñir, teniendo el escudo de piel de cabra en una mano y en la otra una jabalina endurecida al fuego; raras veces una lanza provista de una pequeña punta de hierro. Alrededor de la cabeza llevan tres hondas hechas de «melánkranis», una especie de esparto del cual se hacen las cuerdas, de junco negro, de cerdas o de nervios: una larga, para los tiros largos; otra corta, para los cortos, y otra mediana, para los intermedios. Desde niños se adiestran en el manejo de la honda, no recibiendo el pan si no lo han acertado antes con ella; por esto, Metelo,²⁵ cuando navegando hacia las islas se acercó a ellas, mandó tender pieles sobre la cubierta de los navíos para defenderse de los tiros de honda.

ESTRABÓN, *Geografía*, III, 5, 1.

Como vemos, las hondas se podían fabricar de muchos materiales y tener distintas longitudes, tanto para adaptarlas a las propias características de su propietario como al empleo que se les quisiera dar, ya que a mayor longitud de las tiras se conseguía un mayor alcance.

Una de las ventajas de la honda sobre otras armas arrojadas, como el arco, es la gran disponibilidad de munición sin tener que transportarla desde los lugares de origen, porque piedras se pueden encontrar por casi todas partes. Pero también es cierto que es más fácil afinar la puntería si se utilizan proyectiles de características y pesos similares, con lo que la tendencia de los honderos, sobre todo en la guerra, fue a usar proyectiles normalizados, fabricados en barro o plomo, siendo estos últimos los más efectivos. Todo parece indicar que los honderos baleares utilizaron piedras como munición hasta que fueron integrados como mercenarios en los ejércitos púnicos que luchaban en Sicilia ya en el siglo V a. C., cuando conocerán los glandes de plomo.

Tenemos constancia de que en el transcurso de la segunda guerra púnica, en concreto en la batalla de Cannas en 216 a. C. y en la de Dertosa de 215 a. C., Aníbal utilizó a los honderos baleares contra los ejércitos romanos. Estos actuaban como primera fuerza antes de llegar al cuerpo a cuerpo, ya que el gran alcance de sus proyectiles les permitía hostigar y desbaratar las líneas enemigas antes de estar a tiro de los oponentes.

«Los glandes de plomo» utilizados como proyectiles de honda se encuentran en la península solo en contadas ocasiones con anterioridad a la segunda guerra púnica, por ejemplo los cuatro ejemplares localizados en el área de Ullastret (Gerona), datados en la primera mitad del siglo IV a. C. A partir del siglo III a. C. el panorama cambia y se tornan frecuentes en toda el área ibérica, con hallazgos como el del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia), donde se localizó un conjunto de 41 glandes de plomo, datados a principios del siglo II a. C., junto a una dependencia en la que se han documentado actividades metalúrgicas.

Por regla general, los glandes localizados son de forma bicónica u ovalada, de 3-4 centímetros de longitud y uno de diámetro. El peso de los glandes localizados está entre los 30 y los 45 gramos, observándose una tendencia al aumento de peso entre finales del siglo III y finales del I a. C. Desconocemos el peso de las piedras

utilizadas como proyectiles, ya que es muy difícil distinguirlas en el registro arqueológico. Diodoro Sículo indicaba que los baleares eran capaces de lanzar piedras de una mina de peso (400 gramos), lo que puede parecernos exagerado, aunque todos hemos visto imágenes de soldados lanzando granadas de mano con honda durante la Guerra Civil española, y estos artefactos podían exceder fácilmente el medio kilo. Pero coincidimos con la mayoría de autores en que el lanzamiento de proyectiles de más de 100 gramos no sería ni habitual ni muy efectivo.

¿Enseñas, signa militaria, signa equitum, estandartes o cetros?

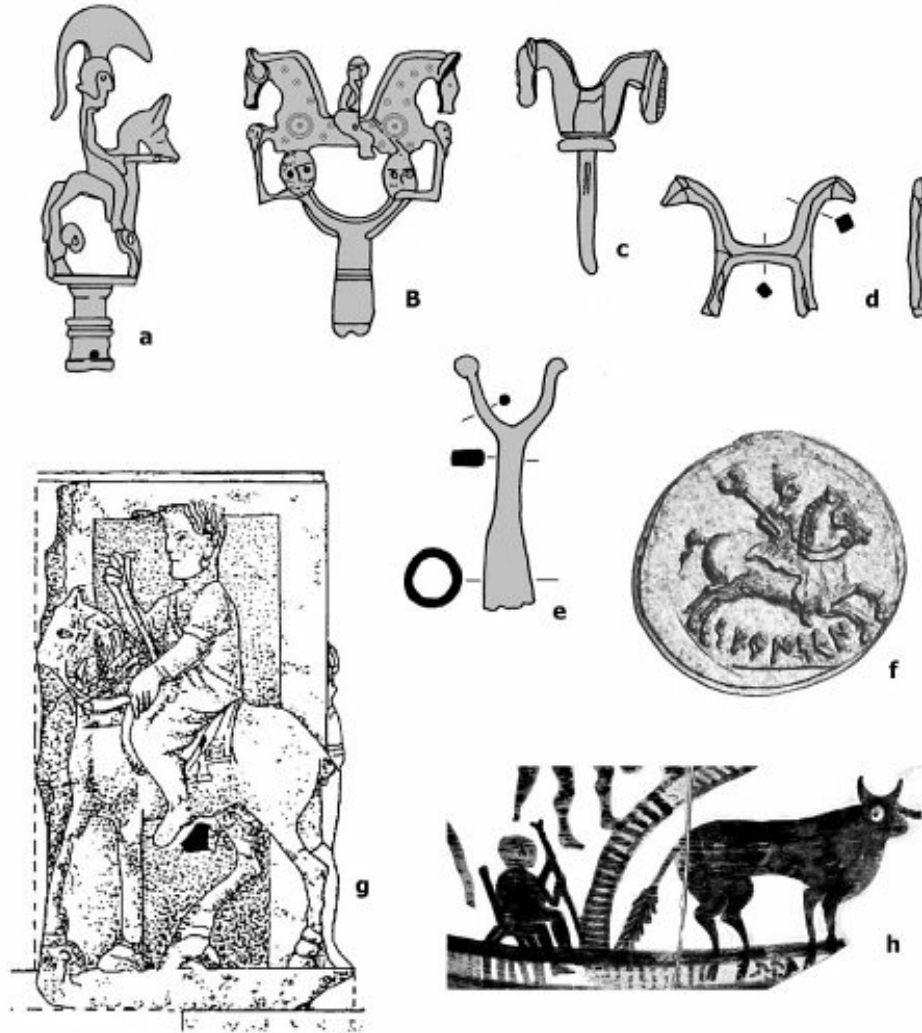
Las fuentes antiguas que narran las guerras que se sucedieron en el suelo peninsular mencionan a menudo las enseñas que los romanos arrebataban a los indígenas (también al contrario, por supuesto), con frecuencia en muy alto número. Queda claro, por tanto, que estos elementos eran utilizados de forma habitual, el problema es que desconocemos cómo serían esas enseñas, con lo que no podemos estar seguros de si se ha encontrado ya alguna.

Lo que sí se han localizado en la mayoría de áreas culturales peninsulares son una serie de objetos singulares que, a pesar de no existir unanimidad entre los investigadores, pudieron haber servido como cetros, insignias de mando (*signa equitum* o *signa militaria*) o remates de estandarte aunque, como veremos, los tipos son muy variados y denotan también diferentes utilidades.

En el ámbito ibérico se ha localizado una serie de figuritas, todas ellas de una tipología muy similar, y de las que, sin duda, la más conocida es la conocida como «Jinete de Moixent». Se trata de figuras de bronce de pequeño tamaño (entre 7 y 12 centímetros incluido el cubo de empuñadura), y fundidas a la cera perdida, que representan a un jinete con vistoso casco con cimera. La mayoría de ellas (la de Cuenca, las de Espejo y la de Saint Germain) conservan una base

plana con un empuñadura tubular para ser encajadas en un mástil, del que tenemos al menos una parte en el ejemplar de Cuenca, un tubo de bronce de 41 centímetros de longitud al que falta el extremo superior, y en cuya base se encajaría un asta de madera, lo que daría como resultado un conjunto de una altura considerable (figura + tubo de bronce + asta de madera). Estas circunstancias han llevado a muchos investigadores a identificar estas piezas como posibles estandartes o *signa equitum*.

El principal problema que encontramos en esta tipificación es que una de las características primordiales que ha de cumplir un estandarte es su visibilidad, con lo que se precisaría de un tamaño mínimo para poder ser visualizado e identificado por los guerreros desde una distancia prudencial. Pero vemos que estos jinetes tienen una altura máxima de 12 centímetros, lo que haría muy difícil que fueran distinguidos en el fragor de la batalla. Por ello nos inclinamos a pensar que estas piezas podrían ser, más bien, el remate del estandarte, que dispondría de otros elementos más visibles, fabricados en tela u otro material perecedero, y que irían montados como una bandera o un *vexillum*.²⁶



Posibles signa equitum, remates de cetro, etc. a) jinete del museo de Cuenca; b) remate de báculo de Numancia; c) de Santa Marina de Valdeolea (Cantabria); d) posible remate de Altikogaña (Eraul, Navarra); e) remate de Quintana de Gormaz (Soria); f) moneda de Sekeisen mostrando a un portador de bastón con remate ahorquillado; g) cipo funerario de Jumilla (Murcia), en el que el jinete sujeta con la mano un bastón con remate ahorquillado, y h) pintura sobre un vaso de Castellillo de Alloza (Teruel), mostrando a una persona, que parece presidir un duelo, sujetando un bastón con remate ahorquillado. Dibujos del autor a partir de: A. Martínez Velasco (c y d-2016) y Schüle (e-1969).

Estas piezas tienen una cronología antigua, ya que parecen retrotraerse a la segunda mitad del siglo V a. C. Por ejemplo, si tenemos en cuenta que La Bastida de les Alcusses de Moixent fue

destruida en el siglo IV a. C., es evidente que su famoso jinete es anterior.

Dentro del ámbito celtibérico encontramos una serie de objetos de diferente factura y, muy posiblemente, también de distinta utilidad o significado, ya que todo parece indicar que se trataría, más bien, de remates de cetros o bastones de mando. Distinguimos dos posibles variantes: la primera está representada por varias piezas de bronce que muestran sendos prótomos de caballo unidos por la grupa, por lo tanto mirando uno hacia cada lado, y que en algún caso incluyen el jinete. Son muy similares en estilo y decoración a las famosas fíbulas de caballito celtibéricas. En la base tienen un cubo de empuñadura para alojar un astil de madera. Un ejemplar aparecido en las excavaciones de Numancia de 1923 conservaba restos de este astil y también un regatón en el extremo del mismo, lo que nos ha proporcionado la longitud total de la pieza, ya que entre el remate y el regatón había una distancia de 1,5 metros. Otras piezas similares han aparecido acompañadas de regatones, lo que indica claramente que estaban pensados para poder ser clavados o apoyados en el suelo.

El segundo tipo aparecido en territorio celtibérico es mucho más sencillo, ya que se reduce a una simple horquilla de hierro o bronce, a veces con sus extremos enrollados y decorados con aros pendientes y, generalmente, con cubo de empuñadura en su base. Este tipo de remates no han aparecido en territorio ibérico, sin embargo es allí donde se han encontrado algunas claras representaciones artísticas de estos elementos y que, además, nos muestran su uso. Por un lado tenemos uno de los relieves del tipo²⁷ funerario de Coimbra de Barranco Alto (Jumilla, Murcia), en el que se distingue perfectamente a un jinete portando uno de estos elementos, al parecer apoyado sobre la cadera, y sujetándolo con los dedos colocados entre los brazos de la horquilla. Del Castiello de Alloza (Teruel) procede un fragmento de vaso cerámico en el que parece mostrarse un combate singular entre dos guerreros. Pues bien, en él aparece una figura sentada en un asiento con respaldo alto o trono, sujetando con ambas manos un bastón rematado claramente con una horquilla, por lo que

se ha considerado que muy posiblemente se tratara de la autoridad que presidía el duelo.

En algunas monedas de la ceca ibérica Seteiskan (localizada en el Bajo Ebro) aparece un jinete portando un elemento similar apoyado también en la cadera. Está rematado por una horquilla con el cubo de empuñadura resaltado. En otros ases de la ceca celtibérica de Sekaisa estas insignias o bastones de mando están rematados por un ave, posiblemente un águila. A diferencia del tipo celtibérico con prótomos de caballo, no se han localizado regatones acompañando a los tipos de remate ahorquillado, algo lógico si, como vemos, se portaba en la mano y se apoyaba en la cadera.

Los ejemplares celtibéricos suelen tener unas dimensiones de entre 10 y 12 centímetros de altura total, y se datan en un amplio periodo comprendido entre los siglos IV y I a. C.

Dentro de este ámbito celtibérico, encontramos una cita referida al año 152 a. C., en la que se nos habla de un «bastón de heraldo», lo que no podemos saber a ciencia cierta es si se refería a alguno de los tipos que estamos describiendo aquí.

Los nertobrigenses, al ser conducidos contra ellos máquinas de asalto y plataformas, enviaron un heraldo revestido de una piel de lobo en lugar del bastón de heraldo y solicitaron el perdón.

APIANO, *Iberia*, 48.

También en el área cántabra aparecen unos pequeños elementos de bronce con dos prótomos de caballo dándose la espalda. Algunos de ellos, en vez de cubo de empuñadura, presentan en la base una espiga que se clavaría en un astil de madera. Su pequeño tamaño (total con espiga en torno a los diez centímetros y remate en sí de unos tres) hace que difícilmente pudieran servir como estandarte.

Una variante de la pieza anterior, identificada en Monte Bernorio (Villarén de Valdivia, Palencia) presenta la misma estructura de caballos unidos por la grupa, pero estilizada hasta el extremo de que es difícil distinguir los équidos. Curiosamente un ejemplar muy similar al anterior apareció en Altikogaña (Eraul, Navarra). Estos dos

ejemplares carecen de cubo o espiga de sujeción en su base, aunque parece que las patas de los caballos están rotas en ambos casos, con lo que desconocemos cómo sería el remate inferior y su sistema de enmangue. Son también de muy pequeño tamaño, por ejemplo, el de Altikogaña tiene una altura de solo 2,45 centímetros, aunque hay que tener en cuenta que, como hemos indicado, no se conserva completo.

Unos últimos elementos que han sido considerados durante bastante tiempo como *signum equitum* o remate de cetro proceden del entorno del yacimiento burgalés de Miraveche. Se trata de piezas formadas por un cilindro vertical hueco al que se le adosa un remate semicircular calado que se abre en abanico y se decora en su parte exterior con pájaros o formas cónicas. Están fabricados enteramente de bronce y se conocen muy pocos ejemplares, todos muy parecidos. El tamaño ronda los 15 centímetros, incluido el enmangue. Hoy los investigadores consideran que estos elementos serían en realidad conteras de las fundas de las espadas de tipo Miraveche.

Pero hay datos para pensar en la existencia de otro tipo de insignias. Como bien ha estudiado el historiador Eduardo Peralta, son varias las fuentes romanas (eso sí, ya de finales del siglo II d. C.) en las que se menciona una insignia militar conocida como *cantabrum*, y que a pesar de su nombre podría haber sido utilizada por varios pueblos de la cornisa cantábrica. No hay seguridad de cómo sería esta, aunque en base a algunos indicios y por similitud con otras enseñas romanas, podría estar compuesta por un asta vertical con un travesaño del que colgaría un paño cuadrangular. En la tela podría llevar representada un aspa, a modo de cruz de San Andrés, que se ha identificado grabada en algunas inscripciones del norte de la península, como la estela funeraria de un miembro de la tribu cántabra de los vadinienses localizada en Liegos (Burón, León), que presenta en la parte superior del texto un aspa enmarcada por un rectángulo. En otros casos encontramos esta misma figura relacionada con unidades militares hispanas encuadradas en las legiones romanas que luchaban fuera de su tierra, como un ara localizada en High Rochester (Gran Bretaña), dedicada a las

divinidades y estandartes de una unidad auxiliar vándula, y en la que aparece grabado el mismo dibujo, al parecer el estandarte de la unidad dedicante. Pero, como decimos, se trata de piezas ya de época imperial romana, y hoy por hoy resulta imposible saber en qué momento comenzaron a utilizarse.

EL USO DEL CABALLO EN LA GUERRA

En las fuentes antiguas hay numerosas referencias a los jinetes hispanos, de los que se alaba su habilidad y cualidades, pero hemos de recordar, una vez más, que estos autores (si exceptuamos las anteriores referencias a mercenarios) escriben en su totalidad partir del siglo III a. C., cuando narran los enfrentamientos entre cartagineses y romanos en la península ibérica. Aquí trataremos de dilucidar un aspecto un tanto espinoso, el momento a partir del cual se puede hablar realmente de una fuerza de caballería entre los indígenas prerromanos, sobre todo entre íberos y celtíberos.

Lo primero que necesitamos por tanto es definir el concepto de fuerza de caballería y aquí, aun con importantes diferencias de criterio, se suele considerar que existe caballería como tal cuando un grupo de jinetes, en un número considerable, combate siguiendo una táctica común y con unas formaciones reconocibles.

Tenemos constancia del uso del caballo por parte de los íberos desde el mismo nacimiento de esta cultura, con ejemplos tan reseñables como el grupo escultórico de Cerrillo Blanco, datado en el siglo V a. C., en el que un guerrero alancea a un enemigo caído mientras tiene junto a él a su caballo. Pero en ese momento no se puede hablar, ni de lejos, de una fuerza de caballería como tal, y eso queda perfectamente reflejado en esa misma escultura. El guerrero habría llegado al campo de batalla montado en su caballo como forma de hacer evidente su alto estatus social, pero luego lucha pie a tierra.

Tampoco se debería considerar caballería la lógica existencia de jinetes que combaten entre las fuerzas de infantería por su superior categoría jerárquica, para poder así trasladarse de un punto a otro del escenario de la batalla dando órdenes y animando a sus tropas, ni los posibles y esporádicos ataques de estos en grupo pero sin la doctrina común de uso de la que hablábamos antes.

Un elemento iconográfico que ha reforzado de una manera importante la imagen que tenemos de los pueblos ibéricos como experimentados jinetes son las monedas, entre las que es frecuente encontrar la representación de un guerrero a caballo portando una lanza. Pero los investigadores consideran que, a pesar de que en el momento de emisión de estas monedas ya existía una verdadera caballería ibérica y celtibérica, es muy posible que este motivo fuera copiado de monedas extrajeras anteriores, en concreto de modelos griegos e itálicos, ya que todo indica que entre los pueblos peninsulares nunca existió una caballería pesada del tipo que aparece representado en las acuñaciones.

Un detalle ciertamente llamativo, y que deberíamos tener en cuenta, es que tanto los íberos como los celtíberos conocieron de primera mano el uso de la caballería durante su alistamiento como mercenarios, sobre todo en Sicilia, pero a su regreso a casa no aplicaron estos conocimientos y experiencias, teniendo que esperar aún mucho tiempo hasta que podamos hablar de fuerzas de caballería propiamente dichas. Habría que estudiar los motivos por los cuales estos no aprovecharon una ventaja tan evidente ante sus enemigos, aunque quizá lo impedía un detalle tan sencillo como el reducido número de caballos y jinetes disponibles en aquellos momentos, sin olvidarnos, por supuesto, de las habituales reticencias a la aplicación de innovaciones en todas las épocas y sociedades.

Aquí habríamos de llamar la atención sobre la escasez de arreos de caballo en las tumbas ibéricas, en contraste con su frecuente aparición en representaciones artísticas de diverso tipo. Y es que de las más de 700 tumbas ibéricas estudiadas con método arqueológico solo contenían espuelas o bocados menos del 7 por ciento del total,

normalmente las más ricas de las necrópolis, lo que no deja de ser lógico.

Esto nos lleva a la conclusión de que durante los primeros siglos de las culturas protohistóricas peninsulares el caballo sería otro más de los elementos suntuarios de las élites, que podrían utilizarlo para trasladarse al lugar del enfrentamiento, pero lucharían en tierra tras dejar el caballo a buen recaudo, ya que era un elemento demasiado valioso para exponerlo al peligro de la lucha. Las fuentes nos dicen que esto se seguiría haciendo en los siglos siguientes en caso de necesidad:

Esto tienen de particular los celtíberos en la guerra: cuando ven que sus infantes ceden, descabalgan y dejan los caballos dispuestos en formación; al efecto disponen unos pequeños clavos al extremo de las riendas, los que clavan en el suelo enseñando a los caballos a no moverse de la fila hasta que ellos vuelven y arrancan los clavos.

POLIBIO, *Historias*, III, 95.

Como vemos, este texto de Polibio se refiere a los celtíberos, entre quienes, como ya dijimos, los elementos materiales relacionados con los caballos aparecen en un momento ligeramente anterior al área ibérica.

Con el inicio de la segunda guerra púnica, todos los indígenas podrán ver en su propio territorio cómo los contendientes hacen uso de verdaderas fuerzas de caballería bien cohesionadas y entrenadas, y comprenderán las ventajas que comporta su utilización.

Es en estos momentos cuando las fuentes comienzan a mencionar contingentes de caballería indígena cada vez más numerosos. Por ejemplo, cuando Aníbal comienza su marcha hacia Italia en 218 a. C. deja en Iberia una guarnición en la que se incluyen trescientos jinetes ilergetes. En 206 a. C. Indíbil y Mandonio son ya capaces de reunir contra Roma un ejército que contaba con 2.500 jinetes, que aumentaron a 4.000 al año siguiente.

Pero, incluso en esos momentos, los jinetes no tienen problemas en desmontar y luchar como infantería, tal como nos cuenta Tito

Livio al hablar de la rebelión de los ilergetes en el año 205 a. C., donde el mismo Indíbil baja de su caballo para ponerse al frente de sus hombres.

No habrían los bárbaros resistido un tan vigoroso asalto si el mismo reyezuelo Indíbil, con los jinetes desmontados, no se hubiera lanzado delante de las primeras tropas de infantería...

TITO LIVIO, *Ab urbe condita*, XXIX, 2,13.

VASO CON ESCENA DE DOMA



«Vaso de la doma» procedente de Sant Miquel de Liria (Valencia). Museo de Prehistoria de Valencia. Dibujo del autor.

Son muchas las representaciones artísticas de jinetes y caballos solos en el arte ibérico, pero muy escasas las que pudieran representar escenas de doma: esta es una de ellas. Se trata de un lebes localizado en el asentamiento valenciano de Sant Miquel de Liria, en el que se desarrolla la decoración en forma de friso corrido con varias escenas que parecen representar distintas situaciones o momentos independientes, aunque no existen separaciones entre ellas.

En esta pieza el artista ha representado una escena de caza de jabalí con perros, el enfrentamiento de dos guerreros con un toro, la lucha entre dos infantes; también un jinete y, junto a él, la escena de doma que nos ocupa, en la que se aprecia perfectamente cómo un hombre (el supuesto domador), sujeta con una cuerda al caballo, al parecer de la boca, con lo que es posible que el animal lleve colocado un bocado que no se aprecia. En su mano derecha levanta un palo con el que amenaza al caballo, que se encabrita de las patas delanteras. Algunos autores consideran que el jinete que aparece a la derecha representaría al mismo caballo una vez domado, por lo que ya se deja montar.

Es de destacar el simpático detalle de los cuatro perros, similares a nuestros podencos, que juegetean despreocupados alrededor de la escena.

Esto es algo en lo que también insistirá Estrabón, añadiendo que entre los íberos era normal que dos hombres compartieran el caballo, y que uno desmontara para entrar en combate como parte de la infantería.

A lo largo del siglo I a. C. se desencadenaron varias guerras civiles entre los propios romanos, y muchos episodios se desarrollaron sobre suelo de la península ibérica. Las fuentes nos indican que en estas guerras tanto César como Pompeyo pudieron reclutar millares de jinetes entre los pueblos ibéricos sin aparentes problemas. Eso nos indicaría que en aquel momento las fuerzas de caballería indígenas eran ya una realidad plenamente consolidada.

Otro elemento que nos confirma este hecho lo encontramos en la cerámica con decoración figurada de Oliva y Liria, datada entre finales del siglo III a. C. y el siglo I a. C., donde aparecen con frecuencia grupos de jinetes, tanto en sucesiones que sugieren desfiles, como en actitudes de combate, incluyendo caballeros que luchan con lanza contra infantes a pie.

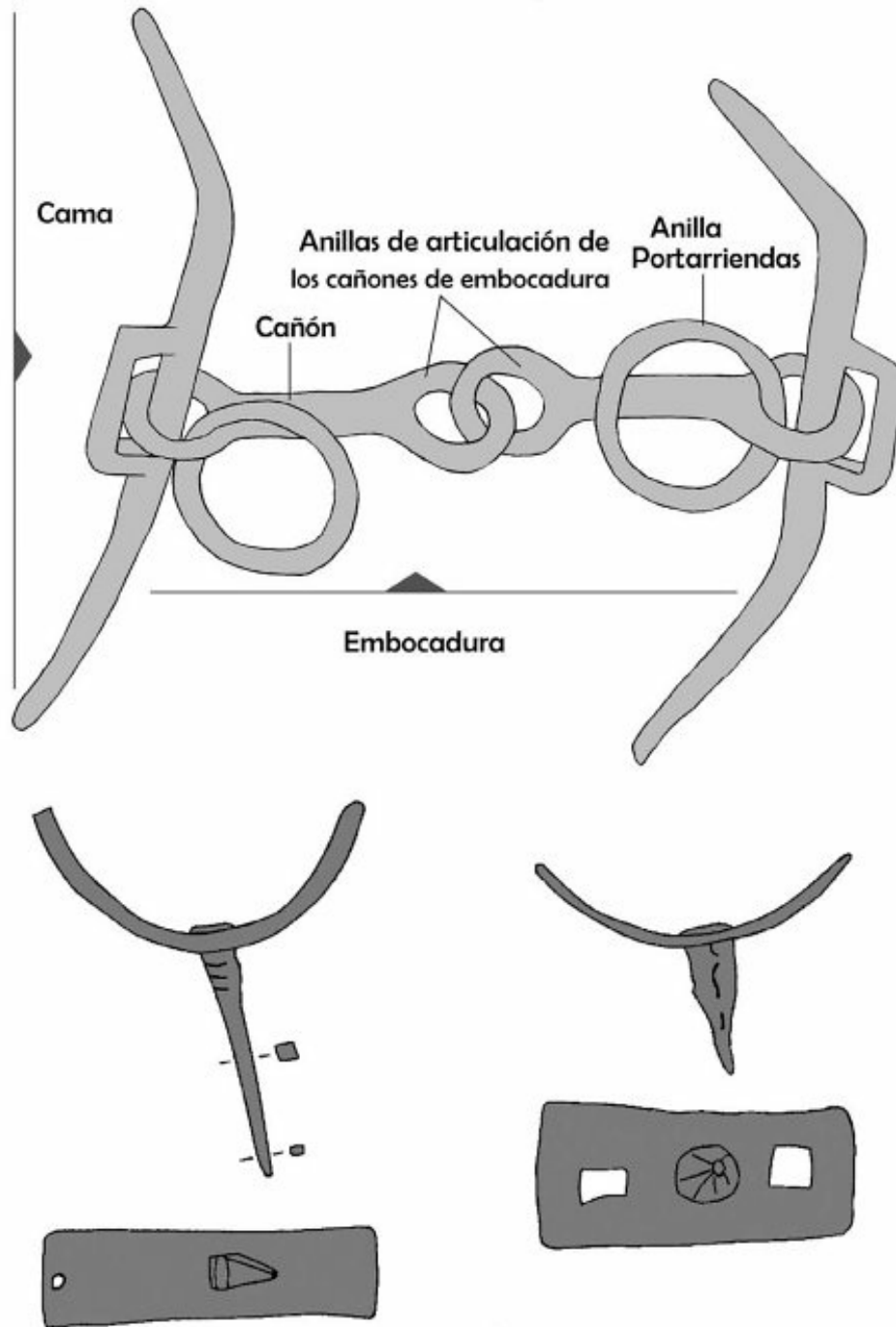
Entre los motivos que llevan a la aparición de estas fuerzas de caballería indígenas, ya indicamos el hecho de que desde el inicio de la conquista cartaginesa, las élites pudieron comprobar la eficacia de este arma; además, sabemos que los bandos contendientes exigirán la aportación de contingentes de jinetes, que si no estaban habituados a esta forma de lucha, serían aleccionados rápidamente por sus reclutadores.

Vemos también cómo en estos momentos se está produciendo un fenómeno, al menos en toda el área ibérica, por el que los territorios políticos se amplían de una forma importante, ya sea por la aparición de monarquías fuertes o por la formación de confederaciones de ciudades. Al ampliarse las zonas de captación de recursos lo hacen también las de reclutamiento de personal que puede costearse un caballo. El aumento del número de jinetes provocaría también un

cambio en su modo de utilización, permitiendo el uso de tácticas que antes eran imposibles por una simple cuestión numérica.

El uso de unidades de caballería se extendería a lo largo y ancho de la península, no solo en áreas ibéricas y celtibéricas, y vemos cómo, por ejemplo, los jinetes cántabros aportarán a los ejércitos romanos unidades auxiliares de caballería, aunque también es cierto que las noticias sobre estos reclutamiento son ya muy tardías, como tardía fue la conquista de los territorios norteños.

Del hábil uso de las unidades a caballo por parte de los cántabros y astures ya hemos hablado al tratar la forma de lucha de los indígenas peninsulares, pero recordemos las menciones en las fuentes a maniobras específicas de caballería practicadas por estos pueblos, como el *cantabricus circulus* y el *cantabricus densus*, tan eficaces que fueron adoptadas por los ejércitos romanos.



*Arriba: bocado de caballo de filete articulado con indicación de sus partes.
Abajo: espuelas ibéricas. Dibujos del autor.*

Desgraciadamente, solo han llegado hasta nosotros unos pocos elementos relacionados con el uso del caballo que, por lógica, son los fabricados en materiales duraderos, básicamente metal. Han

desaparecido todos los elementos orgánicos de las bridas, mantas de montar, cinchas etc.

Las piezas recuperadas son, básicamente, espuelas y bocados.

«Los bocados» localizados en la península ibérica para el momento que nos ocupa corresponden todos al tipo denominado de filete articulado. Los más antiguos conocidos en la península aparecen en dos áreas muy diferentes y separadas entre sí: en La Ferradura (Ulldecona, Tarragona), fechado en la segunda mitad del siglo VII a. C., de filete rígido, y con dos grandes anillas que actuaban a la vez como camas y como enganche de las riendas; y en la tumba 17 de la necrópolis de La Joya (Huelva), de latón y bronce, fechados entre 700 y 650 a. C. y de filete articulado. Como vemos, ambos ejemplares están datados aún en la primera Edad del Hierro, y el segundo, además, se localiza en un área con una fuerte impronta orientalizante.

A principios del siglo V a. C. pertenecen los ejemplares encontrados en el palacio-santuario de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz), también de filete articulado pero con púas en el cañón y camas decoradas con prótomos de caballo.

Del siglo V a. C. son también los primeros bocados localizados en las necrópolis celtibéricas. Se trata siempre de modelos de hierro y filete articulado, y aparecen, lógicamente, en las sepulturas con los ajuares más ricos.

A finales de este siglo los encontramos ya en el área ibérica. Normalmente se trata de bocados más sencillos y de elaboración menos cuidada que los de la primera Edad del Hierro, todos de filete articulado y fabricados siempre en hierro. Vemos pues, que en el área ibérica la aparición de estos elementos es algo posterior a la celtibérica.

Recientemente se ha propuesto la revisión de determinadas piezas metálicas, aparecidas en yacimientos tanto de la submeseta Norte como de Andalucía e, incluso, en Murcia, y consideradas tradicionalmente camas de bocado incompletas. Se trata de unos elementos de forma prismática alargada, horadados en su parte

central por una ranura longitudinal que los atraviesa. Los remates laterales pueden ser rectos o curvados. El hecho de que, con frecuencia, hayan aparecido en tumbas donde ya había un bocado perfectamente identificable, y su comparación con piezas similares aparecidas en otros puntos de Europa, han llevado a proponer que no se trataría de camas de bocado sino de alamares, sistemas de cierre para atalajes ecuestres, de los que solo se ha conservado la parte metálica.

Un último elemento ideado para el control de los caballos son las espuelas.

«Las espuelas» localizadas en los distintos ámbitos culturales peninsulares se pueden dividir básicamente en dos tipos:

Las articuladas, con solo cinco ejemplares conocidos, todos procedentes del sudeste peninsular (Alicante, Murcia y Granada), son elementos muy complejos, al estar compuestos por más de 30 piezas de hierro unidas. En el Cigarralejo (Murcia) han sido localizadas en contextos de principios del siglo IV a. C., contemporáneas a las de cuerpo rígido.

El resto de las espuelas identificadas son más sencillas y relativamente abundantes en todas las áreas. El cuerpo es rígido, con muy variadas formas, y fabricado en bronce o hierro, mientras que el acicate puede presentar diferentes longitudes y ser de hierro, de bronce o combinado. En los extremos del cuerpo presentan sendos orificios por los que pasarían unas tiras de cuero para sujetarlas al pie.

Los pueblos protohistóricos peninsulares no conocieron la silla de montar. Podemos ver numerosas representaciones artísticas que muestran una manta, más o menos elaborada, sujeta al animal con una cincha, y que haría esta función.

A pesar de que, a principios del siglo XIX, el marqués de Cerralbo indicó que había localizado un total de diez herraduras entre los ajueres de varias tumbas celtibéricas de la necrópolis de Aguilar de Anguita, datadas por él en torno al siglo IV a. C., lo cierto es que no se ha documentado con seguridad en toda la península ibérica ni una

sola herradura que se pueda datar en la época aquí estudiada, con lo que consideramos que para evitar los problemas en los cascos de los équidos, los indígenas peninsulares utilizarían hiposandalias, una especie de calzado para caballos y mulas consistente en una suela que se sujetaba al casco mediante cordones. Estas suelas podían estar fabricadas en hierro, bronce, cuero o incluso esparto.

Aparte de estos elementos, suelen aparecer en las tumbas diversas anillas y elementos metálicos que bien pudieran pertenecer a los atalajes o ronzales de los caballos.

También, aunque de manera mucho menos frecuente, encontramos un elemento de adorno para la cabeza de los équidos, las frontaleras, llamadas *prometopidia* por los griegos. Encontramos dos modelos: unos circulares, que podemos ver en esculturas como la del jinete de Hoya Gonzalo (Albacete) y en caballos del conjunto del Cerrillo Blanco de Porcuna, pero de los que no se conocen ejemplares físicos; y otros, que sí han aparecido en las excavaciones, consistentes en placas ovaladas alargadas, fabricadas en hierro o bronce y cubiertas por una lámina de plata en la parte delantera, que se colocarían también en la frente del animal. Como ya vimos al hablar del mercenariado, las piezas ovaladas peninsulares parecen seguir modelos itálicos, y se localizan únicamente en el sureste, por lo tanto en áreas ibéricas.

Otros elementos relacionados con los caballos, aunque ciertamente escasos, serían los bozales y los narigones, anillas sujetas a la nariz del animal para facilitar su manejo.

A pesar de las numerosas representaciones de «carros de guerra» en las llamadas estelas del suroeste, hasta el momento no se ha encontrado ningún elemento que nos indique que los indígenas de la península ibérica los utilizaran en ningún momento. Las ruedas de radios localizadas en la cámara de Toya (Jaén) y la tumba 176 de Baza (Granada) tenían los radios forrados de hierro y el eje reforzado, esto las haría demasiado pesadas y aumentaría la posibilidad de que se rajaran al coger velocidad. Es más probable que pertenecieran a carros de transporte, eso sí, más lujosos que los utilizados

habitualmente para las labores cotidianas, como corresponde a los ocupantes de tumbas tan ricas como las citadas.

PARTE 4

CARA A CARA CON
LOS GIGANTES
MEDITERRÁNEOS

La evolución natural de los pueblos prerromanos de la península ibérica se vio truncada de repente por la llegada a sus tierras de los que en aquellos momentos eran los ejércitos más poderosos del Mediterráneo, que se enfrentaron en su solar usando y abusando a su antojo de los indígenas, a los que les costó demasiado tiempo darse cuenta de que peligraba su misma existencia como pueblos libres.

Pero hay que reconocer que las poblaciones locales no fueron meros actores pasivos en este proceso, sino que se enfrentaron a los invasores prácticamente desde el primer momento, aunque bien es cierto que unos con más firmeza, tesón y éxito que otros.

Existe la idea, bastante generalizada, de que una de las razones por la que tanto cartagineses como romanos consiguieron conquistar la península ibérica fue la falta de unidad de los distintos pueblos indígenas que la habitaban, algo que les impedía luchar juntos contra el enemigo común. Así, incluso, lo aseguraban ya las fuentes antiguas:

Es de creer que la emigraciones de los griegos a los pueblos bárbaros tuvieron por causa su división en pequeños estados y su orgullo local, que no les permitía unirse en un lazo común, todo lo cual les priva de fuerza para repeler las agresiones venidas de fuera. Este mismo orgullo alcanza entre los íberos grados mucho más altos (...). Llevaban una vida de continuas alarmas y asaltos, arriesgándose en golpes de mano, pero no en grandes empresas, y ello por carecer de impulso para aumentar sus fuerzas uniéndose en una confederación potente (...). Luego vinieron a combatir a los íberos los romanos, venciendo una a una a todas las tribus, y aunque tardaron en ello

mucho tiempo, acabaron, al cabo de doscientos o más años, por poner el país enteramente bajo sus pies.

ESTRABÓN, *Geografía*, III, 4, 5.

Pero esta visión de exacerbado individualismo tampoco es totalmente cierta, porque ya hemos visto que las menciones en las fuentes a alianzas y coaliciones indígenas son muy frecuentes, y el número de guerreros que se llegaban a reunir en ellas era verdaderamente elevado.

Es evidente que para conseguir negociar estas alianzas y coaliciones debían de existir contactos previos entre los diferentes pueblos peninsulares, y unos sistemas más o menos permanentes de comunicaciones entre los distintos territorios. Esto permitiría a los indígenas obtener información sobre la marcha de los acontecimientos y les ayudaría a tomar las decisiones más acertadas en cada momento, que es de suponer que se determinarían por los líderes o en reuniones de las élites de cada entidad indígena.

Encontramos una prueba de la existencia de estos canales de comunicación en la estratagema que el cónsul Marco Porcio Catón se vio obligado a utilizar en el año 195 a. C. para conseguir que un grupo de ciudades rebeldes del noreste peninsular derribara sus murallas. Envió emisarios con cartas selladas que debían ser entregadas el mismo día. En ellas se ordenaba al *senado* de cada ciudad la inmediata demolición de sus defensas. Dado que no les dejaron tiempo para consultarlo con el resto de ciudades implicadas, todas cumplieron la orden ante el temor a las consecuencias en caso de ser la única que desobedeciera. De este modo, el cónsul consiguió que las murallas fueran derribadas sin tener que emplear ni un solo legionario.

El uso de esta treta nos está indicando claramente que los romanos eran conscientes de la existencia de mecanismos de comunicación y coordinación entre las ciudades y pueblos indígenas, lo que les permitía contrastar opiniones y tomar medidas conjuntas en casos de necesidad como el que nos ocupa.

No debemos olvidar un elemento del que hablamos ya al tratar sobre la sociedad, se trata de las relaciones de hospitalidad existentes entre los indígenas, que hemos visto que los romanos consideraron equiparable a su *hospitium* y que, muy posiblemente, estaría en la base de muchas alianzas y peticiones de ayuda de unos pueblos a otros.

Aquí también tenemos que tener en cuenta un detalle de la mayor importancia pero que a veces se nos escapa. Aunque nosotros veamos ahora la península ibérica como una unidad geográfica y casi política, sobre todo desde el punto de vista español, aquellos indígenas la verían de otro modo y considerarían que ellos tenían poco o nada que ver con otros pueblos peninsulares, sobre todo los de áreas culturales diferentes. Es de suponer que para un íbero edetano, tan extranjero sería un romano como un vacceo o un cántabro, quizás incluso menos, ya que los íberos tendrían más contactos con otros pueblos ribereños del Mediterráneo que con los del Cantábrico peninsular.

Esta asimilación de unos extranjeros a otros sería la causa por la cual las posiciones de las distintas comunidades variarían constantemente a lo largo de las guerras de conquista, tanto de cartagineses como de romanos, y vemos con frecuencia cómo se enfrentan los que antes eran aliados, o luchan codo con codo aquellos que aparecían como enemigos acérrimos no mucho tiempo atrás. Estos cambios de fidelidades, y las diferentes visiones de la situación en cada momento llevarían también a tensiones dentro de las mismas ciudades, donde hay constancia de bandos pro-romanos y pro-cartagineses, que con frecuencia luchaban entre sí por el poder, y que sufrían las consecuencias derivadas de su posicionamiento cada vez que cambiaban las tornas.

Por ello en las siguientes páginas, aunque haremos un repaso cronológico al proceso de conquista por parte de los ejércitos extranjeros, vamos a tratar de hacer un especial hincapié en el modo en que los pueblos indígenas reaccionaron a la presencia extranjera, tanto por la información que nos aportan las fuentes escritas clásicas

como por la obtenida a través de la arqueología y otros estudios recientes.

LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA

Hemos de recordar de nuevo aquí el dicho de que la historia la escriben los vencedores, ya que, desgraciadamente, solo contamos con la visión romana de esta contienda, y eso a pesar de que tenemos constancia de que también hubo historiadores entre las fuerzas cartaginesas, y de que fueron varios los autores que escribieron sobre esta guerra desde el punto de vista púnico. Por ejemplo, sabemos que el historiador griego Sileno de Calacte, que escribió una historia de Cartago, y Sosilo de Lacedemonia, que fue profesor de griego de Aníbal, acompañaron a este general cartaginés en sus expediciones y se convirtieron en sus historiadores oficiales. También hay noticias de diversos anales y libros de la historia de los púnicos que sobrevivieron a la destrucción de la ciudad en el año 146 a. C., algunos incluso hasta finales del siglo IV de nuestra era, como aquellos a los que se refería San Agustín cuando defendía los *libri punici*. Desgraciadamente solo nos quedan de ellos algunas citas y referencias sueltas, pero la información que contenían se ha perdido. Es indudable que si estas obras se hubieran conservado, la visión que tenemos de este conflicto, y del mundo púnico en general sería muy distinta.

El año 237 a. C. supuso el principio del fin para las culturas indígenas peninsulares. Aquel año, un potentísimo ejército cartaginés desembarcaba en la colonia fenicia de Gadir al mando del general Amílcar, miembro destacado de la poderosa familia Barca. Lo

acompañan su cuñado Asdrúbal y su hijo Aníbal, que entonces tan solo contaba con nueve años.

Las razones que motivaron la expedición cartaginesa no están totalmente claras, pero parece evidente que el detonante habría que buscarlo en la derrota que sufrieron en la primera guerra púnica (264-241 a. C.), a consecuencia de la cual Roma les había arrebatado Sicilia, Córcega y Cerdeña, y había terminado con su hegemonía en el mar Mediterráneo.

Sea cual fuere el motivo último, lo cierto es que, tan pronto pusieron pie en la península ibérica, iniciaron una política de conquista que en la zona costera, salpicada de colonias fenicias y con tratos frecuentes con los mismos cartagineses, les resultaría casi un paseo militar. Muy diferente fue la situación que se encontraron tan pronto comenzaron su avance hacia el interior.

Antes de entrar de lleno en el proceso de conquista sería aconsejable describir someramente los ejércitos cartagineses que se enfrenaron a los indígenas.

Para la época que aquí tratamos estarían formados en su inmensa mayoría por fuerzas extranjeras, incluidos los mandos intermedios, normalmente de la misma nacionalidad que sus soldados. Solo los jefes superiores serían cartagineses o africanos altamente *punicizados*. Pero esto no quiere decir que todos los guerreros extranjeros fueran mercenarios, ya que habría muchos enviados por territorios aliados o súbditos de Cartago.

El ejército se componía de infantería pesada, infantería ligera, y una numerosa caballería. Disponían también del apoyo de artillería, que utilizaron con frecuencia desde mucho tiempo antes que los romanos. No nos referiremos a su poderosa flota por exceder el objetivo de este trabajo.

En cuanto a la panoplia con la que se equipaban los ejércitos que Amílcar trajo a la península ibérica, vemos que esta sería muy variada, algo que parece lógico en un ejército compuesto por contingentes de procedencias tan dispares, y en el que cada uno de estos lucharía con sus armas propias. De todos modos, los soldados

africanos que formaban el núcleo de estas fuerzas, como los libios (los soldados propiamente cartagineses no salían de África desde el siglo IV a. C.) lucharían en falanges y se armarían al estilo griego, con coraza de lino, casco de bronce, un gran escudo redondo u ovalado y lanza pesada.

En general estas características son las que definen a los ejércitos helenísticos de la época, de los que este podría considerarse un buen ejemplo, aunque falte uno de los elementos más conocidos y vistosos, la falange de largas picas (*sarissae*), que utilizaba una forma de combate excesivamente rígida para luchar contra los indígenas de la península ibérica.

Como hemos indicado, en los ejércitos cartagineses tenían una gran importancia las fuerzas a caballo, y combinaban la caballería pesada libia con otra ligera, principalmente nómada, pero también formada en ocasiones por celtíberos, íberos o galos.

Los elefantes eran un arma más psicológica que otra cosa, y hay investigadores que consideran que su efectividad real sería más que dudosa, dado lo impredecible de estos animales, que podían volverse contra los suyos cuando resultaban heridos, como veremos más adelante. Pero lo cierto es que si se siguieron utilizando durante siglos y que incluso los romanos, que tuvieron que enfrentarse a ellos en más de una ocasión, los incluyeron en sus ejércitos, es porque los aspectos positivos superaban claramente a los negativos.

El peligro de los elefantes era su descontrol si resultaban heridos o se asustaban, aunque parece que los cartagineses encontraron un sistema, ciertamente radical, para evitar los efectos devastadores de estos animales enfurecidos en las fuerzas propias, como nos cuenta Tito Livio al referirse a la batalla de Metauro en Italia (207 a. C.):

Más elefantes fueron muertos por sus propios conductores que por el enemigo. Tenían estos un escoplo de carpintero con un martillo, cuando las bestias empezaban a enfurecerse y a arremeter contra los suyos, el conductor colocaba el escoplo entre las orejas en el mismo punto de articulación donde se unía la cerviz con la cabeza, y lo clavaba de un golpe lo más fuerte que podía.

Aunque es muy posible que también utilizaran algunos elefantes asiáticos, que les llegarían a través de Egipto, todo parece indicar que la mayoría de los animales utilizados por los cartagineses eran de una especie ya extinta que habitaba los alrededores de la cordillera del Atlas, en el norte de África, de un tamaño inferior al de los elefantes asiáticos y los africanos de las sabanas meridionales, con lo que debemos de desechar la idea de arqueros sobre torres a lomos de estos animales, como hemos visto representado en multitud de ilustraciones. Normalmente irían montados solo por un guía, que haría embestir al animal embestir contra las líneas enemigas, tratando de desbaratarlas con su impresionante masa y presencia, y abriendo el paso a las tropas propias. Eso no quita que el conductor del animal pudiera ir armado en ocasiones con arco y flechas o jabalinas.

Como veremos más adelante, los romanos también harán uso de los elefantes como armas de guerra, incluso en Hispania, aunque de una forma mucho más limitada que los cartagineses.

Pero volvamos al inicio de la conquista púnica de Iberia. Diodoro Sículo indica que tan pronto Amílcar abandonó la franja costera hubo de enfrentarse a un poderoso ejército formado por turdetanos (los llama tartesios), íberos y celtas procedentes de tierras más interiores, comandados por dos caudillos locales, Istolacio e Indortes, sobre los que, a pesar de lo que se ha escrito, no hay motivos claros para pensar que fueran hermanos.

El choque con estas fuerzas quizás estuviera relacionado con el intento de Amílcar de controlar los ricos distritos mineros de Sierra Morena, habitados algunos de ellos por poblaciones célticas (no olvidemos que Diodoro indica que Istolacio e Indortes eran generales de los celtas). Esta región era denominada por Plinio Beturia Céltica, y abarcaba un área situada aproximadamente entre el Guadiana y el Guadalquivir, y que no hay que confundir con la Beturia túrdula, también entre esos mismo ríos pero más al este y habitada por los

túrdulos, gente de origen turdetano pero muy influenciada culturalmente por las poblaciones fenicio-púnicas. Para otros autores se trataría de jefes oretanos, ya que este pueblo, a pesar de ser ibérico, tiene una cierta influencia céltica; o quizás, incluso, mercenarios celtíberos, dado que es sabido que estos fueron contratados en otras ocasiones por los turdetanos.

Sea como fuere, lo cierto es que Istolacio fue el primero en enfrentarse a los cartagineses, siendo derrotado y muerto, a pesar de lo cual los púnicos incorporaron a su ejército 3.000 de los guerreros vencidos, dejando en libertad a otros 10.000.

Indortes no tardó en seguir la misma suerte, o peor, ya que todo indica que sus 50.000 hombres (cifra a todas luces exagerada) no llegaron siquiera a entrar en batalla, y muchos de ellos fueron masacrados cuando intentaban huir. Para Indortes, el general cartaginés guardaba el cruel castigo que normalmente se reservaba para los desertores, fue torturado, le arrancaron los ojos y, finalmente, murió crucificado.

Lo que no nos dice Diodoro es si los componentes de estos numerosos ejércitos indígenas eran aliados o mercenarios. Y es que, aunque de lo escrito por el historiador griego parece deducirse que eran tropas coaligadas, encontramos un detalle que nos podría indicar que al menos una parte de ellos eran mercenarios, y es la aparente facilidad con la que 3.000 prisioneros procedentes del ejército de Istolacio cambiaron de bando y se pusieron a las órdenes del enemigo cartaginés.

Roma se alarmó ante la actividad militar de los bárquidas en la península ibérica, por lo que en 231 a. C. envió una delegación a entrevistarse con Amílcar, que justificó sus campañas con la necesidad de obtener recursos con los que pagar la enorme indemnización de guerra adeudada a Roma tras su derrota en Sicilia, que ascendía a la astronómica cifra de 3.200 talentos de plata (unas 82 toneladas). La embajada regresó a Italia satisfecha con las explicaciones.

Encontramos un vacío de nueve años en las fuentes que relatan la conquista, hasta que nos cuentan que en 228 a. C. Amílcar muere mientras trata de conquistar la ciudad de Helike, de discutida situación, aunque bien pudiera tratarse de Elche de la Sierra (Albacete), en territorio de los *orissos*, identificados por la mayoría de autores con los oretanos. Hay sospechas de que en este episodio las fuentes romanas pudieran haber intentado ocultar una derrota ominosa de los ejércitos cartagineses, al indicar que si estos perdieron la batalla no fue por la capacidad militar de los íberos, sino porque los púnicos no tenían completas sus fuerzas y además fueron traicionados por un poderoso rey indígena (Orisón), que se cambió de bando. Con esto quizá trataban de ensalzar al enemigo cartaginés, ya que cuanto más fuerte dibujaran a este mayor sería la gloria del general romano que los conseguirá derrotar unos años más tarde, Escipión, El Africano. No olvidemos que, aunque son varios los historiadores que nos narran este episodio, el primero en hacerlo fue Polibio que, casualmente, era amigo de Escipión y lo acompañó en algunas de sus campañas.

Tras el fallecimiento de Amílcar, será su yerno Asdrúbal («el Bello», no confundir con Asdrúbal Barca) quién se haga cargo del mando del ejército cartaginés, y lo primero que hará será terminar con la resistencia oretana, vengando así la muerte de su suegro. Para ello toma las doce ciudades que habrían apoyado a Orisón en su traición a Amílcar. Luego ampliará las áreas controladas por los cartagineses por todo el sureste y fundará su nueva base de operaciones en la península, para lo que elegirá un puerto natural con una privilegiada posición en la costa mediterránea. La bautizará como Qart Hadasht, aunque nosotros la conocemos como Cartagena (Murcia), y completará su sistema defensivo con una serie de fortificaciones en el territorio cercano, de las que la más conocida es El Tossal de Manises (Alicante), poderosa fortaleza protegida por torres, que estuvieron dotadas de artillería lanzadora de bolas de piedra (bolaños), entre las que se han encontrado algunas fabricadas

con roca volcánica de Cartagena, lo que indica claramente la relación directa entre ambos asentamientos.

Asdrúbal era un hábil general, que a sus dotes militares sumaba las diplomáticas, ya que con su buen trato hacia las élites, y detalles como contraer matrimonio con una princesa de la Alta Andalucía, supo atraerse las simpatías de los dirigentes indígenas. También es verdad que nunca sabremos si estas esposas (la de Asdrúbal y años después la de Aníbal) les fueron ofrecidas en matrimonio de forma voluntaria o fueron ellos los que forzaron a los padres de las jóvenes a entregárselas para legitimarse en el poder.

Sea como fuere, lo cierto es que con su forma de actuar consiguió que lo aclamaran como máxima autoridad de los íberos, cuyos líderes tenían la falsa impresión de encontrarse dentro de una alianza en la que su voz era escuchada, y que a la vez seguían conservando su autonomía. Pero la realidad era muy distinta, ya que, en la práctica, la hegemonía púnica era total en todos los aspectos, e, incluso, establecieron mecanismos para asegurarse la fidelidad de las élites, como la «invitación» a Qart Hadasht de destacados miembros de las aristocracias locales y sus familiares, que eran recibidos en la capital como huéspedes, aunque la realidad es que eran rehenes que aseguraban la fidelidad de sus comunidades de origen.

El empuje cartaginés levantó de nuevo las suspicacias de Roma, que veía cómo su enemigo parecía recuperarse demasiado deprisa de su reciente derrota mediterránea. Por eso envió una segunda embajada para pedir explicaciones al caudillo cartaginés, firmando el famoso tratado del Ebro del año 226 a. C., por el que este río se convertía en el límite septentrional a la expansión cartaginesa. Se ha hablado mucho acerca de las razones por las cuales los romanos firmaron este tratado que, de facto, dejaba a disposición de su enemigo la mayor parte de Hispania, pero hay que tener en cuenta las circunstancias del momento, con una Roma atemorizada por los galos, que la amenazaban entonces desde el norte. Muy posiblemente, con este acuerdo se trataba de evitar que los cartagineses cruzaran los Pirineos y se unieran al enemigo transalpino. Por otra parte, es muy

probable que Roma recibiera también las quejas de sus aliados comerciales griegos de Massalia (Marsella), que tenían por sus intereses y los de sus fundaciones en el golfo de Rosas: Emporion y Rhode, si continuaba el avance cartaginés hacia el noreste peninsular.

Asdrúbal murió asesinado en 221 a. C., al parecer degollado por un esclavo «celta», que bien pudiera ser celtíbero, en lo que algunos autores han querido ver la consecuencia de una *devotio*, en la que el esclavo vengaría a un jefe anterior muerto por los cartagineses.

Asdrúbal será sucedido por Aníbal, el hijo de Amílcar, que en 220 a. C. emprenderá una serie de campañas militares que le llevarán hasta la meseta Norte, por territorios de los olcades, los carpetanos y los vacceos, en las que toma Helmántica (Salamanca) y Arbucala (Toro, Zamora). Plutarco nos aporta información interesante sobre la primera de estas ciudades, que Aníbal sitió hasta que sus habitantes se doblegaron y se comprometieron a entregarle trescientos rehenes y otros tantos talentos de plata. Pero, tan pronto los cartagineses levantaron el asedio, los de Helmántica se olvidaron de sus promesas, por lo que Aníbal regresó dando carta blanca a sus tropas para que saquearan la ciudad, abandonada por sus moradores a toda prisa. Tras nuevas súplicas el cartaginés les devolvió la ciudad y les perdonó su deslealtad.

Una vez finalizada esta campaña, y cuando se dirigía de vuelta a su base en Qart Hadasht, Aníbal fue atacado por un poderoso ejército indígena formado por una coalición de carpetanos, olcades y algunos vacceos que habían huido de Helmántica. Livio nos habla de 100.000 guerreros (como casi siempre, cifra con seguridad exagerada), que atacan a los púnicos en las cercanías del Tajo, y nos dice expresamente que si los cartagineses se hubieran enfrentado a los indígenas en batalla campal habrían sido derrotados, por eso Aníbal retrocedió hasta llegar al río, lo cruzó y se valió de él como foso, atacando a sus oponentes cuando vadeaban las aguas, para lo que se ayudó de cuarenta elefantes que corrían de un lado a otro de la orilla pisoteando a cuantos conseguían cruzar. La victoria fue para los cartagineses, que hicieron huir a los indígenas supervivientes,

recibiendo la sumisión de los carpetanos. Tito Livio nos dice que tras esta batalla quedaron en manos púnicas todas las tierras al sur del Ebro, con la excepción claro, de Sagunto.

Pero no todo eran batallas. Mientras proseguía con sus conquistas militares, Aníbal se había esforzado por establecer y reforzar las relaciones de amistad con las élites indígenas e, imitando a Asdrúbal, contrajo matrimonio con una princesa indígena de Cástulo, de la que Silio Itálico nos dice que se llamaba Himilce.

Aun así, la confrontación final con Roma era inevitable, y llegó a cuenta de Sagunto, ciudad, al parecer, aliada de griegos y romanos, a la que Aníbal puso sitio el año 219 a. C. con la excusa de que molestaba a sus aliados turboletas, que en otras fuentes aparecen como turdetanos, algo que resultaría difícil dada la gran distancia entre ambos territorios.

A pesar de que durante mucho tiempo se ha debatido sobre la responsabilidad última del incumplimiento del tratado anterior, llegando a indicarse que el río Iberus al que se refiere el tratado no era el Ebro, sino el Júcar o el Segura, o incluso, como decía Apiano, que Sagunto se encontraba al norte de ese río; hoy parece claro que fue Roma la que rompió el acuerdo con los cartagineses, al no existir ninguna cláusula en el mismo que preservara la seguridad de Sagunto.

El sitio de la ciudad edetana fue minuciosamente narrado por Tito Livio, que nos describe tanto las técnicas de asalto usadas por los cartagineses como los sistemas de defensa de los saguntinos.

La ciudad de Sagunto, la Arse ibérica, se alza en la parte más elevada de un cerro alargado situado a unos seis kilómetros de la costa, donde entonces se levantaba un importante puerto comercial en lo que hoy se conoce como Grau Vell y que, por cierto, no es mencionado por el historiador romano.

Lo primero que hizo Aníbal fue arrasar los campos de los alrededores de la colina, de modo que no pudieran ser aprovechados por los saguntinos, y sin más preámbulos se lanzó al ataque, ya que su intención no era establecer un largo sitio sino tomar la ciudad al

asalto. Por eso atacó simultáneamente por tres puntos. Encontró un ángulo de la muralla que consideró más débil y allí concentró el trabajo de los arietes, protegidos por manteletes,²⁸ pero los saguntinos no estaban dispuestos a facilitarles la tarea, por lo que reforzaron los muros y no cesaron en el lanzamiento de proyectiles, lo que obligó a los cartagineses a retirarse. Además, los íberos no se quedaron esperando tras la seguridad de sus murallas, sino que realizaron numerosas salidas para enfrentarse a los atacantes, lo que causó importantes bajas en ambos bandos.

El mismísimo Aníbal resultó herido en una pierna por un dardo cuando se acercó en exceso a las murallas, pero tan pronto estuvo restablecido se reanudaron las hostilidades, y el ataque no tardó en convertirse en un sitio en toda regla. En apoyo al cerco que poco a poco se cerraba sobre la ciudad, los cartagineses utilizaron de una manera muy activa diversas máquinas de asalto, como los arietes que no cesaban de golpear los muros y la artillería, que barría de defensores sus almenas.

Vimos anteriormente la descripción que Tito Livio hacía de la falárca y cómo los saguntinos la usaban como arma incendiaria, provocando el terror de la infantería cartaginesa, pero esta también era muy útil para dañar las máquinas de asalto, construidas en su práctica totalidad en madera, por mucho que se tratara de protegerlas del fuego cubriéndolas con pieles mojadas.

Tito Livio nos cifra en 150.000 los cartagineses que rodeaban Sagunto. Sin duda se trata de una cifra muy exagerada, pero es evidente que los sitiadores eran muy superiores en número a los sitiados, que no darían abasto en proteger todo el perímetro amurallado de las continuas acometidas. Pronto las fortificaciones comenzaron a acusar el trabajo de los arietes y un amplio lienzo con tres torres se derrumbó, dejando a la vista la ciudad indígena.

Encontramos aquí un dato que prueba la capacidad militar ibérica, muy alejada del viejo tópico de la guerra de guerrillas. Y es que Tito Livio nos cuenta que cuando los cartagineses treparon sobre los escombros de la muralla, se encontraron a los saguntinos

formados en línea de batalla entre la muralla caída y las casas, lo que nos habla de una disciplina e instrucción militar propia de ejércitos complejos. Tras un durísimo enfrentamiento, los íberos fueron capaces de rechazar el ataque y poner en fuga a los asaltantes, causándoles gran número de bajas.

En el transcurso del prolongado asedio llegó la tercera y última legación romana para pedir a Aníbal el cese inmediato de la agresión, pero este ni siquiera la recibió, razón por la que se fueron directamente a Cartago, donde sus peticiones también fueron rechazadas.

Mientras tanto, en Sagunto, las tropas cartaginesas se tomaron un respiro, durante el cual, y para subirles un poco el ánimo, Aníbal les prometió la totalidad del botín que se consiguiera cuando tomaran la ciudad. Pero los arsetanos no estaban por la labor de dejarse vencer fácilmente, y aprovecharon los días de descanso de sus sitiadores para reconstruir las murallas derribadas en los días anteriores y reforzar el resto. Algo que no les serviría de mucho, pues los cartagineses reanudaron los ataques con más ímpetu y ayudados de nuevas máquinas, como una torre de asalto más alta que las murallas, desde la que no cesaban los disparos de artillería que mantenían los muros limpios de defensores. Esto permitió que un grupo de quinientos africanos, armados de picos, pudieran socavar la base de la muralla, provocando derrumbes que abrieron brechas por las que las tropas cartaginesas pudieron, por fin, penetrar en Sagunto. Una vez dentro se hicieron fuertes en una elevación, levantando una especie de ciudadela protegida con artillería, y desde ella siguieron hostigando a los íberos, que a su vez levantaron con los escombros un nuevo muro con el que aislaron una parte de lo que quedaba de su ciudad, que no dejaba de menguar.

Pero todo su afán fue inútil, y poco a poco el esfuerzo y el hambre fueron haciendo mella en sus cuerpos. La situación se hizo tan desesperada que, según Silio Itálico, se tuvieron que comer las cortezas de los árboles y el cuero de sus escudos. Un saguntino de nombre Alcón pasó secretamente al campamento cartaginés para

pedir la paz, pero ante la oferta que le hizo Aníbal, según la cual los habitantes de la ciudad tendrían que abandonarla sin otra cosa que la vestimenta que llevaran puesta e ir a vivir allá donde se les indicase, no se atrevió siquiera a presentarla ante los suyos, pues estuvo seguro de que le hubiera supuesto la muerte. Finalmente fue otro hispano, de nombre Alorco, al servicio de los cartagineses pero amigo de los saguntinos, quizá por vínculos similares a la institución del *hospitium*, quien les presentó la oferta y les aconsejó aceptarla en estos términos:

Esto, aunque duro y pesado, os aconseja vuestra propia suerte. Yo, desde luego, no dejo de tener esperanzas de que, cuando el poder sobre todas las cosas haya pasado de vosotros a él, aún os devuelva algo de ello. Pienso de todos modos que es mejor sufrir esto a que dejéis, según el derecho de la guerra, que vuestros cuerpos sean robados, mutilados, arrastrados, y que dejéis que ante vuestros ojos sean mancilladas vuestras mujeres e hijas.

TITO LIVIO, *Ab urbe condita*, XXI, 7.

Fue entonces cuando tuvo lugar el episodio tantas veces reproducido por artistas y narradores de todas las épocas. Ante el inminente final, y sin llegar a debatir siquiera la propuesta de rendición, muchos miembros de la élite saguntina decidieron que no permitirían que los púnicos disfrutaran de sus riquezas, por lo que las quemaron en una enorme pira a la que ellos se lanzaron también. Otros se encerraron en sus casas y les prendieron fuego.

Las tropas de Aníbal, después de ocho largos meses de asedio, pudieron entrar a sangre y fuego en lo que quedaba de Sagunto, asesinando a la mayoría de los que no se habían quitado ya la vida y rescatando de las llamas lo poco que pudieron. Aun así, todavía lograron vender algunos supervivientes como esclavos y enviar a Cartago un reducido botín.

La caída de Sagunto propició la inmediata declaración de guerra por parte de Roma, mientras que Aníbal iniciaba, casi de manera simultánea, la marcha hacia Italia, con intención de combatir a su enemigo en casa. Pero los romanos también eran conscientes de que

una parte importante del poder de los cartagineses procedía de Iberia, con lo que decidieron atacarla en un intento de cortar sus suministros, tanto de hombres como de plata.

Lo primero que hicieron fue enviar embajadores a la península en busca de aliados entre los indígenas o, al menos, para tratar de que estos no apoyaran a los cartagineses. Pero no tuvieron el éxito esperado, ya que entre los íberos se consideraba que Roma había dejado caer a Sagunto sin prestarle la ayuda solicitada y a la que tendrían derecho como aliados. Así nos lo cuenta Livio:

Llegaron después junto a los volcianos²⁹ y la respuesta que les dieron fue ampliamente conocida en toda Hispania y determinó que el resto de tribus estuvieran en contra de una alianza con Roma. Esta contestación fue dada por el más anciano de su consejo en los términos siguientes: «¿No os avergüenza, romanos, pedir que tengamos amistad con vosotros en vez de con los cartagineses, en vista de cuánto han sufrido por vuestra culpa vuestros aliados, a quienes traicionasteis con más crueldad que la que sufrieron de los cartagineses, sus enemigos? Os aconsejo que busquéis aliados donde no se haya oído nunca hablar de Sagunto».

TITO LIVIO, *Ab urbe condita*, XXI, 19.9-10.

Dado el escaso éxito obtenido por los legados, detrás de ellos llegaron las tropas. Tras varias victorias iniciales, las cosas se tuercen para los romanos, que en el 211 a. C. sufren un fuerte revés con la muerte de los hermanos Publio y Cneo Escipión, el primero en Iliturgi (Cerro Maquiz), en las cercanías de Mengíbar (Jaén), y el segundo por tierras de Murcia; los restos de sus ejércitos se repliegan hacia los Pirineos y los cartagineses vuelven a ser dueños de la península.

Al mando de Publio Cornelio, hijo del primero de los fallecidos hermanos Escipión, nuevas tropas romanas desembarcan en Tarraco a finales del verano de 210 a. C. y permanecen allí preparando sus fuerzas hasta el verano de 209 a. C. Cuando considera que su ejército está listo, Escipión se traslada a marchas forzadas, y seguido por mar por su flota, hasta la base cartaginesa en Qart Hadasht, a la que ponen

sitio, bombardean y finalmente toman, obteniendo un enorme botín de armas y suministros, decantando desde ese momento la marcha de la guerra hacia el lado romano. Esta nueva realidad se confirma con la victoria de Baécula (Santo Tomé, Jaén) en 208 a. C. y el posterior asedio a Baria (Villaricos, Almería), que provocan que, ante la ya evidente imposibilidad de ganar la contienda, las ciudades fenicio-púnicas se fueran rindiendo a los romanos una tras otra, tratando de alcanzar acuerdos lo más favorables posibles para sus intereses. El Africano vengó la muerte de su padre sitiando y arrasando Iiliturgi, donde pasaron por las armas a todos los que encontraron en su interior, sin respetar sexo ni edad. Según las fuentes romanas, esta ciudad se había pasado al bando cartaginés tras la muerte de Escipión padre y había ejecutado a los romanos que trataron de refugiarse allí.

La última ciudad en entregarse a los itálicos sería Gadir, que en el año 206 a. C. conseguía el establecimiento de un *foedus iniquum*, con unas condiciones bastante ventajosas, ya que les permitían mantener una cierta autonomía tanto económica como política e, incluso, monetaria.

PARTICIPACIÓN DE LOS INDÍGENAS EN LA GUERRA PÚNICA

Los habitantes de la península ibérica no fueron en ningún momento meros espectadores de los enfrentamientos entre las fuerzas romanas y cartaginesas. La guerra había llegado hasta las puertas de sus casas y a ellos no les quedó más remedio que tomar partido, unas veces de forma voluntaria y otras a la fuerza, por uno u otro de los bandos contendientes. Por supuesto estas decisiones no las tomaba el pueblo en su conjunto, sino sus élites, y de lo acertado o no de la elección de estas dependería el futuro de toda su comunidad, ya que si la mala fortuna hacía que se decantaran por el bando perdedor las consecuencias podían ser realmente nefastas, como ya hemos visto.

Los primeros en entrar en contacto con las fuerzas extranjeras, lógicamente, fueron los más cercanos al área del Estrecho, y ya hemos indicado que si bien las poblaciones fenicias allí asentadas desde hacía siglos los recibieron de forma amistosa, tan pronto trataron de penetrar en el interior se sucedieron los enfrentamientos. Pero un hábil uso de la estrategia del palo y la zanahoria consiguió que una amplia zona, ocupada por turdetanos, bastetanos, oretanos y contestanos, quedara pronto bajo control cartaginés de una manera más o menos efectiva. La situación en áreas más interiores, como las mesetas, era muy diferente, a pesar de las campañas de Aníbal que antes comentábamos.

La necesidad de los indígenas de tomar partido por uno de los contendientes también tendría efectos importantes en sus sociedades y en las relaciones con otros pueblos, ya que esas elecciones los convertirían de inmediato en amigos o enemigos de sus vecinos. Estas circunstancias crearían tensiones, pero también podrían facilitar el establecimiento de alianzas, o incluso el nacimiento de realidades políticas más amplias que las existentes hasta aquel momento. Son varios los ejemplos de grandes alianzas creadas para enfrentarse a los invasores, como vimos anteriormente con la coalición de íberos y celtas que se enfrentaron a Amílcar al mando de Istolacio e Indortes. Otro episodio similar es el que sufrió Aníbal, cuando fuerzas vacceas, olcades y carpetanas coaligadas trataron inútilmente de cortar el camino a los púnicos el año 220 a. C.

En otras ocasiones los indígenas aprovecharían la presencia de los poderosos ejércitos extranjeros para buscar apoyo en sus luchas internas o con otros pueblos o ciudades vecinas, como vemos en el embrión del conflicto de Sagunto.

De todos modos las fidelidades no serían eternas, y son muchos los casos conocidos en los que los pueblos hispanos, o mejor sus líderes, cambiaban su apoyo de uno a otro de los bandos contendientes.

Al estudiar esta aparente inconsistencia de la voluntad de los indígenas, hemos de tener muy presente que, de acuerdo a su mentalidad, cuando ellos hacían un pacto lo hacían con un líder concreto con nombre y apellidos, ya fuera este un político o un general, no con un estado o con su senado. Muchas veces, la mayor o menor fortaleza del vínculo que los unía dependía del prestigio y carisma de la persona con la que se firmaba ese acuerdo. No había punto de comparación entre los pactos firmados con Escipión o Aníbal, y aquellos signados con generales segundones, en los que el estricto cumplimiento de sus condiciones por parte de los indígenas no estaría garantizado con la misma seguridad.

Aun así, estos victoriosos generales también sufrirían en sus propias carnes la falta de compromiso de algunas tropas indígenas.

Eso fue lo que le pasó a Aníbal en el 218 a. C., cuando inicia su marcha hacia Italia. Antes de cruzar los Pirineos unos 3.000 carpetanos abandonaron el ejército púnico, tras lo que Aníbal tomó la decisión de licenciar a otros 7.000 hispanos que no le ofrecían suficientes garantías.

Otras veces estas deserciones se producían en el peor de los momentos posibles, en medio de la batalla, con lo que dejaban al resto de sus compañeros de filas en una situación más que difícil. Un ejemplo es la batalla de Hibera (sur de Tarragona), en 215 a. C., cuando el centro de la formación cartaginesa, formado en su mayoría por mercenarios hispanos, abandonó la lucha propiciando la rotunda victoria romana. Según Tito Livio, los celtíberos que formaban parte del ejército de Cneo Escipión en 211 a. C. lo abandonaron a su suerte tras recibir una generosa oferta de Asdrúbal Barca, lo que provocó la derrota romana y la muerte de su general. Pero hay que tener en cuenta que este episodio es puesto en duda por no pocos historiadores, que piensan que bien pudiera ser una invención para justificar la derrota romana y aumentar la animadversión contra los celtíberos, que, no lo olvidemos, se convertirían años después en los principales enemigos de Roma en la península ibérica.

Pero los generales extranjeros, conocedores de la mentalidad indígena, trataban de atraerlos y mantenerlos a su lado con diversas técnicas, unas más amistosas que otras, que iban desde los matrimonios mixtos a la entrega de rehenes, algo esto último que, como ya hemos señalado antes, fue utilizado tanto por púnicos como por romanos, y que los indígenas sentirían como una afrenta, ya que suponía que su palabra no era considerada garantía suficiente de que los pactos se iban a cumplir. La liberación de estos rehenes también fue utilizada como modo de ganarse a los indígenas, como hemos visto ya en los episodios de Sagunto y Qart Hadasht, en los que fueron los romanos los que supieron jugar bien esta baza contra los cartagineses.

Pero quizás el ejemplo más claro de la indecisión en que se encontraron los líderes de los pueblos indígenas peninsulares al tener

que hacer frente a una situación desconocida, como era la lucha en su mismo territorio de las dos potencias del Mediterráneo, lo encontramos entre los pueblos del noreste peninsular, sobre todo los ilergetes, que aparecen en las fuentes romanas cambiando de bando en varias ocasiones, dependiendo las circunstancias del momento.

En estas difíciles circunstancias volvemos a encontrar entre los ilergetes, ausetanos y lacetanos claras evidencias de la existencia de vínculos o alianzas que les obligaban a prestarse ayuda mutua en caso de peligro, con lo que aparecían luchando juntos en no pocas ocasiones.

Aun así, el primer pueblo en ser derrotado por los romanos tras su desembarco en la península será el ilergete, que pierde también su capital, Atanagrum, e incluso a su jefe, el famoso Indíbil, que será hecho prisionero por los romanos. Después caerán los ausetanos, en cuya ayuda acudirán los lacetanos, que son también derrotados y pierden 12.000 hombres, teniendo que huir su líder, Amusicus, que se refugia junto a Aníbal, mientras su pueblo compra la paz por veinte talentos de plata.

En el año 217 a. C. los ilergetes vuelven a realizar incursiones contra pueblos aliados de Roma bajo la dirección de Mandonio e Indíbil, que había sido ya liberado, pero de nuevo son derrotados por los romanos.

Es muy curioso el hecho de que Indíbil no vuelva a aparecer en las fuentes hasta el año 211 a. C., y lo haga luchando a favor de los cartagineses, pero no en su lugar de origen, sino en el sur de la península ibérica y mandando a 7.500 suesetanos (pueblo situado en el centro de Aragón, al oeste del territorio ilergete). Mucho se ha especulado sobre esta llamativa circunstancia: ¿qué hacía un conocido caudillo mandando el ejército de un pueblo que no es el suyo y muy lejos de su patria? Las posibles explicaciones son varias. Por un lado, no se puede descartar que tras su segunda derrota, en 217 a. C., el líder ilergete fuera expulsado del poder por una facción prorromana de su propio pueblo, teniendo que buscar refugio entre los vecinos suesetanos, pero por otro, también es posible que estos

guerreros suesetanos fueran en realidad parte de los muchos que estarían unidos a él por relaciones de clientela o incluso de *devotio*, y que Indíbil hubiera vendido a los íberos del sur sus servicios como mercenario acompañado por este ejército.

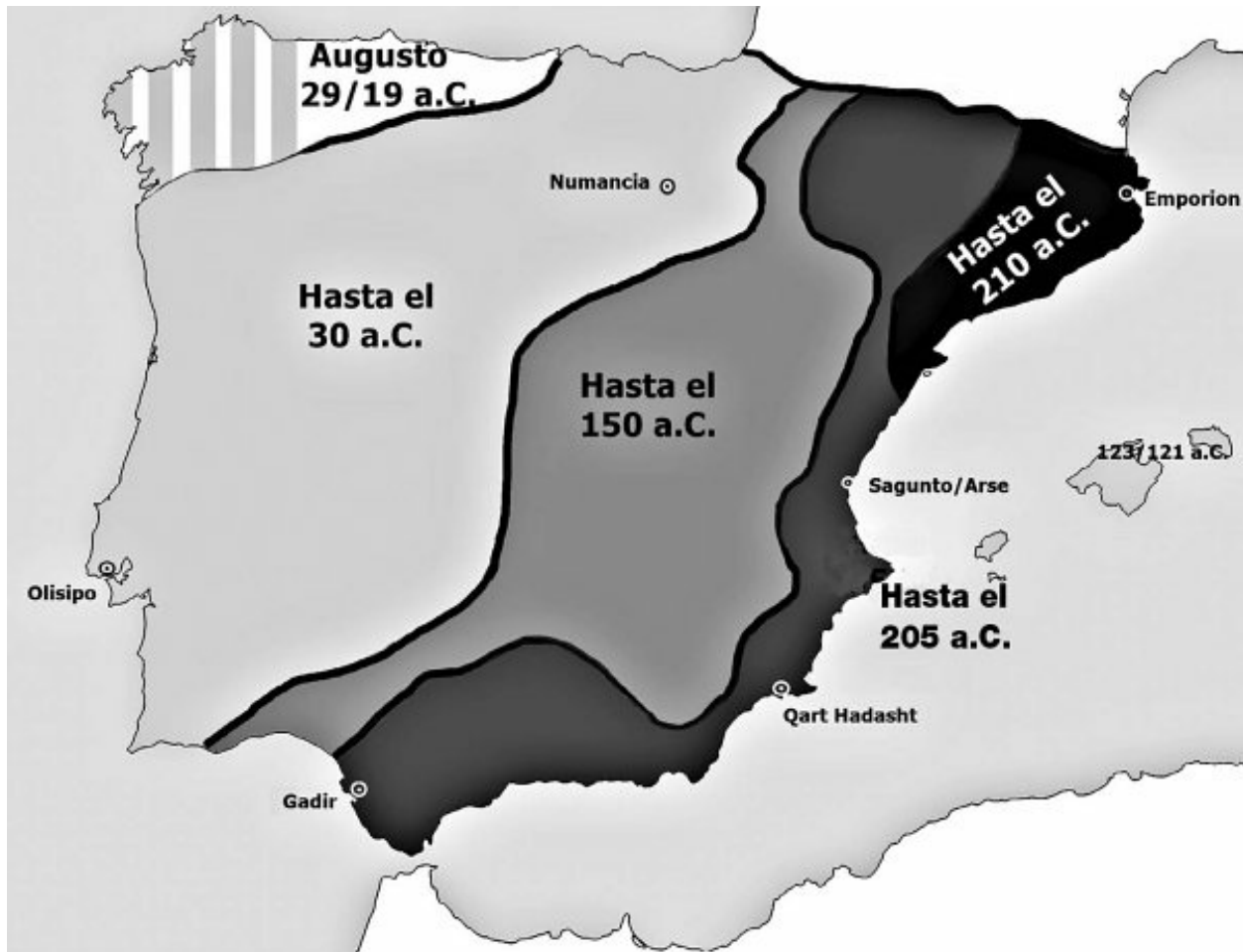
Pero no tardarían en cambiar de nuevo las tornas, y sabemos que desde 208 a. C. Indíbil y Mandonio son aliados de Roma, o mejor dicho de Escipión, que ese mismo año les había devuelto a sus mujeres e hijas, liberadas tras haber permanecido como rehenes de los cartagineses en Qart Hadasht. Esta alianza durará poco ya que, ante el rumor que se extiende en el 207-206 a. C. de que el general romano había muerto, Indíbil y Mandonio consideraron que los lazos que los unían habían muerto con él y emprendieron una campaña junto a sus tradicionales aliados, los lacetanos, y ayudados por un grupo de celtíberos, contra los sedetanos y suesetanos, que seguían fieles a Roma. Al conocer que Escipión está vivo detienen sus acciones y se retiran a su campamento, pero cuando son conscientes de que el general romano los va a castigar de todos modos por su acción, vuelven a atacar a los sedetanos con un ejército de 20.000 infantes y 2.500 jinetes, lo que los lleva a terminar enfrentándose a los romanos en batalla campal. A pesar de resultar derrotados, causan a los itálicos 1.200 muertos y 3.000 heridos, lo que da idea de lo reñido de la lucha. Aun así, Indíbil, Mandonio y el régulo de los lacetanos, del que no conocemos el nombre, consiguen escapar y pactan su rendición (*deditio*) con Escipión, que la acepta, aunque les obliga al pago de una importante indemnización.

La última aparición de Indíbil llegará tan solo un año después, cuando, ante la marcha de Escipión fuera de Hispania, el ilergete se considera de nuevo libre de sus compromisos (que, recordemos, él estaba convencido de que eran con Escipión, no con Roma) y se rebela de nuevo junto a los ausetanos y otros pueblos vecinos, enfrentándose a los romanos en territorio sedetano. Pero son derrotados de forma estrepitosa, y los romanos dan muerte a 13.000 indígenas, entre ellos a Indíbil y a muchos otros jefes.

Mandonio consigue escapar y convoca una asamblea con los supervivientes. Esta se reúne y envía emisarios ante los generales romanos en busca de un acuerdo. Pero los romanos están ya cansados de esta situación y para no atacar los territorios rebeldes, los itálicos exigen la entrega de Mandonio y el resto de líderes rebeldes, además de rehenes y cuantiosos tributos. La asamblea aceptó las condiciones y entregó a los mandos, que fueron inmediatamente ajusticiados por los romanos.

Hemos de resaltar aquí la existencia de esa asamblea (*concilium* la llama Tito Livio), capaz de tomar decisiones colegiadas sobre aspectos tan importantes como este, que incluye nada menos que la entrega de los jefes de las fuerzas en campaña. Algunos investigadores consideran que quizás esta asamblea fuera en realidad el órgano de control y deliberación de la coalición de pueblos que se enfrentaban a los romanos, razón por la que estaba por encima de los líderes militares que mandaban sus propios ejércitos.

LA LARGA CONQUISTA ROMANA DE HISPANIA



Mapa del autor en el que se muestra de forma aproximada el avance teórico de las conquistas romanas. Decimos teórico porque es imposible conocer los límites

precisos en cada momento y, además, la presencia de bolsas de inestabilidad en zonas supuestamente ya controladas militarmente fue una constante a lo largo del proceso de conquista.

Una vez derrotados los cartagineses los romanos no abandonaron la península ibérica, sino que permanecieron aquí con sus legiones, aunque parece haber un primer momento de duda sobre los siguientes pasos a dar. La capital de la República se había percatado del inmenso valor de este territorio, repleto de materias primas por aprovechar, minas por explotar y tierras por cultivar, y ahora ellos eran los hipotéticos amos de todo aquello. Pero una cosa era la teoría y otra muy diferente la realidad que tenían enfrente, un inmenso territorio habitado por pueblos guerreros que ya habían dejado bien claro que no les gustaba tener dueño. ¿Cómo llegar a dominar aquella tierra sin que se convirtiera en una sangría continua para Roma?

Decíamos que la última ciudad aliada de los cartagineses en caer fue Gadir, en el año 206 a. C., pero vamos a ver que con la finalización de la guerra púnica en la península ibérica, esta no quedó pacificada, ni mucho menos, ya que pronto los romanos tuvieron que hacer frente a diversas sublevaciones indígenas, más o menos importantes y coordinadas, que protestaban por la gravosa presencia de los itálicos en sus tierras y por el saqueo sistemático que los diferentes magistrados puestos al mando llevaron a cabo, tanto con la intención de aportar a las arcas de Roma como de llenar sus propias faltriqueras.

Tenemos noticias de un primer levantamiento en el año 200 a. C., cuando Cayo Cornelio Cetego se enfrentó y derrotó a un gran ejército indígena en territorio sedetano, causándoles nada menos que 15.000 muertos y arrebatándoles setenta y ocho enseñas. El elevado número de fallecidos, aunque seguramente inflado como casi todos estos datos de las fuentes, nos indicaría que el ejército vencido era de una magnitud muy considerable, lo que apunta a una coalición de

diversos pueblos del noreste más que a fuerzas únicamente sedetanas.

A pesar de las revueltas, el Senado romano se puso pronto manos a la obra para administrar tan amplios territorios. Comenzó en 197 a. C. dividiendo la Hispania conquistada en dos provincias, la Citerior (más hacia aquí, desde el punto de vista romano), que ocupaba buena parte del litoral mediterráneo, desde los Pirineos hasta Cartagena; y la Ulterior (más hacia allá, desde el punto de vista romano) que comprendía aproximadamente Andalucía. Los territorios interiores se irían incorporando a estas dos provincias, conforme se fueran conquistando más adelante.

Con esta división se trataba de hacer más fácil la organización del territorio y su cobertura administrativa. Al frente de cada una de las provincias Roma puso a un gobernador con el rango de pretor.

Pero no hubo que esperar mucho para que la dura realidad viniera a recordarles la dificultad del trabajo que tenían por delante. Las revueltas estallaron en una serie de conflictos que se fueron enlazando de forma consecutiva (revuelta de 197 a. C., guerras lusitanas, celtibéricas y cántabras), lo que se convirtió a la postre en una larga y sangrienta conflagración que ocupó casi los siguientes doscientos años. Hubo que esperar hasta 19 a. C., para que el general Agripa terminara con la última resistencia de los cántabros, ya en tiempos del primer emperador, Augusto, que llegó a participar personalmente en la campaña, lo que nos da una idea de la importancia que había adquirido este problema en Roma. No significa esto que durante los dos siglos que median entre el desembarco de los Escipiones en Ampurias y el final de las guerras cántabras se desarrollara una guerra continuada, eso habría sido algo que ningún ejército ni pueblo hubiera podido soportar, sino que los conflictos fueron surgiendo aquí y allá de forma esporádica y con una mayor o menor duración y virulencia a lo largo de ese tiempo, lo que no quita que hubiera largos periodos de paz, y generaciones afortunadas que nunca conocieran la guerra.

Las motivaciones para esta «guerra por entregas» no están del todo claras, porque parece evidente que muy poco después de derrotar a los cartagineses, Roma tenía tomada la decisión de conquistar la totalidad de Hispania, pero no deja de ser llamativo que los periodos de paz o escasa actividad militar en la península coincidan con frecuencia con episodios bélicos de los romanos en otros puntos del Mediterráneo, como las guerras macedónicas (200-196 a. C. y 171-168 a. C.), la de Antíoco (192-188 a. C.) o la tercera guerra púnica (149-146 a. C.). Parece que los romanos procuraban no tener más frentes abiertos al mismo tiempo de los que podían manejar de forma adecuada.

Antes de comenzar con el proceso de conquista, veamos someramente cómo era el ejército romano que se enfrentó a los indígenas hispanos.

En primer lugar habría que matizar de forma importante la imagen que se ha venido transmitiendo a lo largo de los siglos de las legiones romanas, una verdadera máquina de hacer la guerra, a la vez sólida y flexible, con una disciplina a toda prueba que les permitía desplegar multitud de maniobras con la precisión de un ballet. Todo indica que en estos momentos nos encontraríamos ante unas fuerzas con una organización menos rígida y que, como iremos viendo, practicaba una forma de combate que no se diferenciaba tanto de la de los indígenas como se nos ha venido contando por la historiografía tradicional. También estaría muy lejos de presentar la uniformidad, tanto en el armamento como en el resto de equipamiento, que se nos ha mostrado hasta la saciedad.

Es por todos conocida la descripción que hace Polibio de las legiones romanas a mediados del siglo II a. C., posiblemente válida también para la época de las guerras púnicas, aunque no son pocos los autores que consideran que esta estructura no se reproduciría a rajatabla. Según el historiador romano, un ejército consular estaría formado por dos legiones ciudadanas de 4.500 hombres cada una, que compondrían el núcleo del ejército y, normalmente, formarían en el centro. A ambos costados se situarían dos *alae* de aliados itálicos,

armados y organizados de forma similar a los romanos, y a continuación las tropas auxiliares, compuestas por indígenas, que se habían comenzado a reclutar en Hispania durante la segunda guerra púnica.

En los extremos de los flancos situarían la caballería propia y auxiliar. La caballería propiamente romana se componía de tan solo 300 jinetes por legión, divididos en diez *turmae* de treinta caballos cada una. Esta escasa fuerza se compensaba en parte con la caballería de los aliados itálicos, que podía triplicar a la romana propiamente dicha, y la de los auxiliares.

Como decimos, estos números serían teóricos, y variarían con frecuencia, tanto hacia arriba como hacia abajo, lo mismo que el de auxiliares, que podían llegar a alcanzar porcentajes muy elevados del total de los ejércitos.

En el transcurso de las guerras en Hispania se produjeron cambios de la mayor importancia en las legiones romanas. En 107 a. C. se permitió por primera vez que los ciudadanos más pobres se alistaran a cambio de una soldada, lo que abrió la puerta a la profesionalización de los ejércitos que se produciría en los siglos siguientes. También los aliados y auxiliares van adquiriendo una mayor importancia en el organigrama de las legiones, hasta el punto de que llegan a sustituir por completo a la caballería y la infantería ligera romanas.

La profesionalización de los legionarios llevó también a una mayor homogeneidad en el equipamiento, que ahora pasa a ser suministrado por el Estado, al no poder ser adquirido por la mayoría de los soldados. Todos contarían con espada, *pilum*, escudo oval o rectangular, cota de malla y casco.

Ya en orden de batalla la fuerza estaría encabezada por 1.200 infantes ligeros (*velites*), encargados de iniciar el combate hostigando y tratando de desorganizar las filas enemigas lanzándoles sus jabalinas. Se protegían con un escudo circular, y portaban también espada para el caso de llegar al cuerpo a cuerpo.

Tras los *velites* encontramos tres líneas sucesivas de infantería pesada: 1.200 *hastati*, 1.200 *princeps* y 900 *triarii*. Las dos primeras líneas disponían de dos jabalinas pesadas llamadas *pila* (singular, *pilum*), por lo tanto un arma también arrojadiza, mientras que los *triarii*, que eran legionarios veteranos, portaban el *hasta*, una lanza pesada diseñada para ser empuñada o enristrada, pero no lanzada. Las fuentes nos dicen que estas *hasta* medían seis pies (aproximadamente 180 centímetros), lo que se nos antoja poco si lo comparamos con otras lanzas pesadas, y no digamos con las *sarissas* helenísticas, que podían llegar a medir hasta siete metros.

Cada una de estas líneas, llamadas *acies*, se dividía en veinte centurias, agrupadas por parejas en diez manípulos.

Como hemos indicado, los aliados y auxiliares lucharían por lo general a ambos lados de las legiones ciudadanas, mientras que en los extremos se situarían las fuerzas de caballería. Pero veremos que será relativamente frecuente que esta estructura varíe y se coloque a los aliados en posiciones centrales.

Cuando llegaron a la península ibérica en el año 218 a. C. para combatir a Aníbal, los legionarios utilizaban una espada corta derivada del *xiphos* griego, pero pronto conocen la espada recta de los celtíberos y sus ventajas, y la adoptan con muy pocos cambios, dando lugar al conocido *gladius hispaniensis*, en el que no nos vamos a detener, ya que está ampliamente tratado en el capítulo dedicado al armamento indígena. Esta espada estuvo en servicio entre las fuerzas romanas hasta el cambio de era, cuando se sustituyó por la tipo «Mainz», de hoja más corta y ancha, quizá la espada romana más conocida por el gran público, y que a su vez será sustituida, ya a mediados del siglo I de nuestra era, por la tipo «Pompeya».

Ya hemos indicado que la mayoría de legionarios portaban *pila*, jabalinas pesadas compuestas por una punta pequeña que se continuaba con un largo vástago metálico hasta unirse a un asta corta de madera mediante un cubo hueco o una lengüeta con pasadores. El *pilum* era un arma muy similar a la falárica utilizada por los indígenas peninsulares.

Otras armas ofensivas utilizadas por los ejércitos romanos eran la honda y el arco, cuyos proyectiles han aparecido en abundancia en sus campamentos y en los asentamientos atacados por ellos. En aquellos momentos tanto honderos como arqueros serían, en su mayoría, extranjeros al servicio de Roma.

A su llegada a la península ibérica los legionarios hacía tiempo que habían abandonado el gran escudo circular copiado de modelos griegos como el *aspis*, muy útil para la guerra de tipo hoplita de siglos anteriores, pero no tan eficiente como el escudo rectangular que utilizaban ahora, y que al estar curvado en forma de teja envolvía el cuerpo del combatiente protegiéndolo de forma más efectiva. Los jinetes portaban un escudo oval más plano y pequeño para hacerlo más manejable sobre el caballo.

Como protecciones corporales, en los primeros tiempos de la conquista romana cada uno se surtía como podía, algunos carecían de ellas y otros llevaban placas metálicas rectangulares o corazas de lino. Como hemos dicho antes, con el tiempo se generalizarán las cotas de malla de anillas (*lorica hamata*) o, de forma menos habitual, de escamas (*lorica squamata*). Estos distintos tipos de protecciones convivirán en el tiempo, lo que, como hemos indicado antes, rompía la uniformidad que solemos asociar a las legiones romanas.

Los cascos más utilizados por los romanos al inicio de sus campañas en suelo peninsular eran los de tipo Montefortino, ampliamente utilizados también por los indígenas hispanos, que con frecuencia se surtirían de ellos tras las derrotas romanas. A partir de César, con los cambios en el armamento que acompañan la profesionalización del ejército, se dotará a los legionarios con un modelo simplificado e industrializado derivado del anterior: el *Buggenum*, o un tipo todavía más sencillo, el *Coolus-Mannheim* que, por ejemplo, pierde el característico remate superior de los modelos anteriores.

Por último, hemos de hacer referencia a la artillería, que fue ampliamente utilizada por los romanos en sus enfrentamientos en la península ibérica, primero contra los cartagineses, que también

disponían de este armamento, y luego contra los indígenas, que solo sufrieron sus efectos a pesar de que, como veremos, hay algún indicio de su uso, aunque solo sea de manera muy excepcional, por parte de estos. Lógicamente, estos ingenios eran utilizados, sobre todo, para expugnar las ciudades enemigas asediadas, aunque también para defenderlas si sus habitantes disponían de ellas.

Las piezas de artillería, definidas como máquinas lanzadoras de proyectiles, podían ser ligeras o pesadas, siendo las ligeras las únicas que han dejado restos en suelo peninsular. A diferencia de los arcos, que basan su funcionamiento en el aprovechamiento de la fuerza de la tensión de la madera, estas máquinas utilizaban un mecanismo de torsión, donde la fuerza era proporcionada por un haz de fibras, que podían ser cuerdas, tendones, etc., que se retorcían transmitiendo su empuje a unos pequeños brazos de madera unidos por una cuerda, encargada de impulsar el proyectil elegido.

Todo indica que el ingenio más utilizado en la península ibérica fue el *scorpio*, una catapulta lanzadora de grandes flechas con punta de hierro que, a pesar de que no era muy grande, sería transportada desmontada, seguramente en carro o a lomo de caballerías. Hasta ahora se han encontrado restos de cinco ejemplares. En el Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel) aparecieron fragmentos de dos de ellos, otros dos, con sus partes metálicas completas, se localizaron en Caminreal (Teruel) y Ampurias (Gerona), y elementos metálicos de un quinto se han identificado en el castro del Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz). Sus proyectiles se han recuperado en numerosos yacimientos, y entre ellos hay puntas preparadas específicamente para incorporarles material inflamable.

Una versión reducida sería la *manuballista*, que podía ser utilizada por un solo hombre.

Aparte de las máquinas lanzadoras de flechas, había *ballistae* lanzadoras de proyectiles de piedra. Estos bolaños han aparecido en abundancia en numerosas ciudades que sufrieron los asedios de las legiones. Las *ballistae* también funcionarían con mecanismo de

torsión, y las habría de muy diversos tamaños, como evidencian los diferentes calibres de los proyectiles de piedra localizados.

Otra arma utilizada por los ejércitos romanos fueron los elefantes de guerra, cuyo uso copiaron de sus enemigos cartagineses. No nos extenderemos en detalles de su empleo, que ya se trataron al hablar del ejército cartaginés, solo indicaremos que hay constancia de su utilización por los romanos en diversas ocasiones. Por ejemplo en el año 145 a. C., cuando Fabio Máximo Emiliano fue enviado a Hispania con tropas de refuerzo, entre las que se contaban diez elefantes; en 141 a. C., también durante las guerras lusitanas, cuando Quinto Fabio Máximo Serviliano recibe otros diez animales; ya durante el sitio de Numancia, en 153 a. C., Nobilior se presentó ante sus murallas con otros diez paquidermos, y más tarde será Escipión Emiliano quien, entre sus fuerzas en Hispania, cuente con una docena de elefantes.

Pasemos ahora al desarrollo de la larga conquista de Hispania por las legiones de Roma.

Como hemos indicado antes, tras la derrota cartaginesa la paz duró poco para los romanos, pues, además de la batalla de 200 a. C. en territorio sedetano, que con seguridad no sería la única, en el año 197 a. C. tuvieron que hacer frente a una amplia revuelta indígena.

Esta rebelión, como muchas otras, se suele achacar a la imposición de fuertes tributos a los pueblos indígenas y a la rudeza y violencia con que estos se exigían por parte de los romanos. Un ejemplo sería la queja que el año 199 a. C. remitió la ciudad de Gadir a Roma, protestando porque se le estaba haciendo pagar más de lo acordado en el momento de su defección del bando cartaginés. Hemos de tener en cuenta que Gadir se sometió a Roma mediante un pacto que la convertía en ciudad federada, lo que implicaba unas condiciones mucho mejores de las que tenía el resto, con lo que nos podemos hacer una idea de cuál sería la situación de los territorios y ciudades que habían sido conquistados por la fuerza de las armas.

Tenemos, además, pruebas fehacientes de este expolio, ya que han llegado hasta nosotros datos concretos de los tesoros que los

procónsules enviados el año 199 a. C., es decir, los que ocuparon el poder en Hispania justo antes de la rebelión de 197 a. C., entregaron al erario de Roma al finalizar su mandato. Cneo Cornelio Blasi3n, que desarroll3 su labor en lo que luego ser3a la Hispania Citerior deposit3 1.515 libras³⁰ de oro, 20.000 de plata y 34.500 denarios acu3ados, mientras que su colega de la futura Ulterior, Lucio Stertino, entreg3 50.000 libras de plata. Por supuesto que a estas cifras habr3a que sumar lo que cada uno se embolsara como bot3n particular, que no ser3a poco, ya que, por ejemplo, sabemos que este mismo Stertino levant3 en Roma, pagados de su bolsillo, dos arcos honor3ficos en el Foro Boario y otro en el Circo M3ximo, todos adornados con estatuas doradas.

Los pretores que tuvieron que lidiar con la rebeli3n de 197 a. C. fueron Cayo Sempronio Tuditano para la Citerior y Marco Helvio Blasi3n para la Ulterior.

Tito Livio nos indica que se produjo una batalla campal en la que el ej3rcito de Cayo Sempronio Tuditano fue derrotado y diezmado, muriendo tambi3n el propio pretor. Desgraciadamente carecemos de datos sobre las circunstancias y detalles de este choque, que caus3 una honda impresi3n en Roma. Solo sabemos que hasta el a3o siguiente la provincia no tuvo un nuevo gobernador.

Cuando Blasi3n, compa3ero del anterior, y flamante gobernador de la Ulterior, se incorpora a sus nuevos dominios, se topa tambi3n all3 con una importante sublevaci3n que recorr3a buena parte del territorio. Las fuentes identifican a varios de los l3deres rebeldes, como Culchas, al que se califica como rey y del que dicen que gobernaba sobre diecisiete ciudades, o Luxinio, al frente de tropas procedentes de Carmo (Carmona) y Bardon, de localizaci3n desconocida, y a los que tambi3n apoyaban las ciudades costeras de origen fenicio de Malaca y Sexi, as3 como toda la Beturia.

Como dec3amos, es muy destacable el hecho de que se levanten en armas territorios con tradiciones culturales y pol3ticas tan distintas, ya que participan en la revuelta turdetanos, fenicio-p3nicos de la costa y celtas de la Beturia.

Otro aspecto que no deja de ser curioso es que en 206 a. C., ese mismo Culchas que ahora se rebela, controlaba veintiocho ciudades y era aliado de los romanos, con lo que en los nueve años transcurridos había visto cómo su poder menguaba de forma muy considerable al perder el control sobre once ciudades. Desconocemos los motivos de esta reducción, pero no es descartable que en esa limitación a su poder esté, al menos, una de las causas de su levantamiento en armas.

Los pretores elegidos para 196 a. C. fueron Quinto Minucio Termo para la Hispania Citerior y Quinto Fabio Buteón para la Ulterior, que, ante el cariz que tomaba la situación, fueron urgidos a trasladarse a sus destinos junto a unas fuerzas de 4.000 legionarios y 300 jinetes cada uno.

Minucio se estrenó, nada más llegar a Hispania, enfrentándose en las proximidades de la ciudad de Turda a un contingente íbero al mando de los líderes indígenas Budar y Besadine. El resultado fue favorable a los romanos, que habrían causado 12.000 muertos a los indígenas y capturado al caudillo Budar. La situación de la ciudad de Turda es, hoy por hoy, desconocida, y ninguno de los dos jefes íberos aparece en otras fuentes anteriores o posteriores.

Pero la situación en la Citerior, lejos de mejorar, se había encallado ante la impotencia romana, por lo que en 195 a. C., junto a los pretores correspondientes, el Senado envió a uno de los dos cónsules de ese año, Marco Porcio Catón, el Viejo, al frente de su correspondiente ejército consular, para tratar de conseguir la pacificación de las provincias.

Ese mismo año, cuando el pretor de 197 a. C. Marco Helvio Blasión, que había tenido que retrasar su regreso a Italia por una larga enfermedad, trataba de abandonar Hispania junto a una escolta de 6.000 legionarios, fue atacado en las cercanías de Iliturgi (Mengíbar, Jaén) por un contingente de 20.000 indígenas, a los que las fuerzas romanas vencieron y causaron 12.000 bajas. Esta victoria le valió a Blasión una *ovatio* a su llegada a Roma, donde entregó al

tesoro público la fortuna que mencionábamos antes, procedente de los tributos impuestos a los indígenas hispanos.

La trayectoria de Catón el Viejo en Hispania será de la mayor importancia para el discurrir de los acontecimientos posteriores, aunque su labor no fue fácil, porque los problemas le acompañaron desde su misma llegada a la península. Y es que nada más desembarcar tuvo que desalojar a los íberos que se habían hecho fuertes en la ciudadela de Rhode (Rosas, Gerona), y a continuación enfrentarse a dos asuntos urgentes: por un lado, los íberos de la zona se habían levantado en armas, con lo que tuvo que planificar la batalla que, finalmente, se dio junto a Emporion, como ya vimos en el capítulo dedicado a la forma de lucha de los indígenas, y por otro hubo de dar una respuesta adecuada a la solicitud de ayuda presentada por una delegación encabezada por el hijo de Bilstages, rey de los ilergetes. En aquel momento este pueblo era aliado de Roma, razón por la cual estaba siendo atacado por los otros pueblos ibéricos sublevados. Los ilergetes explicaron a Catón que si no les prestaba un mínimo de 3.000 soldados no podrían rechazar el asedio al que estaban siendo sometidas sus ciudades. El problema era que Catón necesitaba a todos y cada uno de sus hombres para la gran batalla que se avecinaba, razón por la que ideó una estratagema para no defraudar a los ilergetes y a la vez no comprometer su propia situación ante el inminente enfrentamiento. Hizo embarcar de nuevo a un tercio de su ejército en las naves, supuestamente para trasladarlo hacia el sur y desde allí socorrer a sus aliados ilergetes, pero tan pronto como la delegación indígena abandonó la ciudad, hizo volver a tierra a sus legionarios y aprestó a todas sus fuerzas para atacar a los íberos que amenazaban Emporion.

Ya hemos visto en el capítulo indicado, que, finalmente, el ejército ibérico fue completamente derrotado, y que las cifras que han llegado hasta nosotros (40.000 guerreros en total o 40.000 muertos indígenas, según las fuentes), seguramente sean exageradas, pero sea como fuere, lo que parece claro es que estamos ante un ejército de enormes proporciones, que no podría proceder únicamente del

territorio indigete que rodea Emporion, con lo que hay que pensar en una amplia coalición que incluiría buena parte de los pueblos del noreste peninsular. Esto vendría refrendado por la difícil situación de los, hasta no mucho tiempo atrás, belicosos ilergetes, que pidieron ayuda a Catón para poder mantenerse fieles a Roma, diciéndole expresamente al cónsul que si este no les ayudaba no tenían a nadie más a quien recurrir, ya que carecían de aliados entre sus vecinos, algo que, incluso, podría empujarlos a cambiar de bando y unirse a la coalición rebelde.

La derrota ibérica hizo que cada ciudad buscara una salida lo más favorable posible a sus intereses particulares, por lo que fueron enviando delegaciones para formalizar su rendición ante Catón. Algo que nos habla de la más que posible independencia de cada núcleo urbano para decidir sobre sus acciones, sin necesidad de consensuarlas con entidades superiores de tipo político o étnico. Esto vendría refrendado por el hecho de que siete *castella* bergistanos se rebelaron tan pronto les llegaron noticias de que Catón se había marchado, pero esta rebelión no se extendió al resto del territorio, ni siquiera a las demás ciudades bergistanas, que dejaron solos a los levantiscos frente a las consecuencias de su acción.

Mientras tanto, en el sur peninsular, el pretor de la Ulterior, Apio Claudio Nerón se enfrentó, con el refuerzo de las legiones de su colega de la Citerior, Publio Manlio, a un numeroso ejército turdetano, al que derrotaron sin mayores problemas, pero el hecho de que los túrdulos reclutaran a 10.000 mercenarios celtíberos para continuar con la lucha hizo que el mismo Catón se dirigiera con sus fuerzas en ayuda de los pretores, lo que nos indica que los romanos no tenían mucha confianza en la victoria.

Cuando Catón llegó, trató de convencer a los mercenarios celtíberos de que se quedaran al margen, para lo que les ofreció una generosa compensación, pero estos mantuvieron su fidelidad a los túrdulos y rechazaron la oferta romana, aunque Plutarco dice que habrían estado dispuestos a mudar su opinión por 40.000 libras de plata, una cantidad verdaderamente disparatada. Desgraciadamente

no disponemos de datos sobre el transcurso de este combate, aunque todo indica que los indígenas fueron derrotados. Un detalle curioso es el hecho de que, a pesar de estar juntos en esta campaña, celtíberos y túrdulos ocupaban campamentos distintos y separados, lo que facilitó las conversaciones de los primeros con los romanos.

Sabemos que Catón regresó a continuación al norte del Ebro para tratar de pacificar la región de forma definitiva, pero dejó en la Turdetania la mayor parte de sus fuerzas, lo que nos indica lo inestable de la situación en aquella zona.

Una vez en el noreste se preparó para acabar con los últimos focos de resistencia en tierras lacetanas y bergistanas, para lo que unió su menguado ejército a las fuerzas de sus ahora aliados ausetanos, sedetanos y suesetanos. Primero se presentaron ante la ciudad donde se encontraban los lacetanos, que salieron al ataque en tropel tan pronto vieron acercarse a los suesetanos, sus enemigos tradicionales. Una vez derrotados, Catón acabó también con los escasos focos de resistencia bergistana, con lo que consideró pacificada toda la Hispania Citerior. Se ha venido considerando que en aquellos momentos la práctica totalidad del área cultural ibérica estaba ya bajo la órbita romana, pero eso no era totalmente cierto en el sur, como veremos al tratar de las guerras lusitanas. Aun así, en el año 194 a. C. Catón recibió el triunfo en Roma como reconocimiento de sus victorias.

Pero aunque la tarea de Catón fue muy efectiva, la situación en el interior de Hispania estaba lejos de poder ser considerada controlada. Tito Livio nos cuenta que ese mismo año el pretor Sexto Digicio, sucesor de Apio Claudio al frente de la Ulterior, perdió hasta la mitad de sus hombres en varias derrotas sucesivas de las que no disponemos de detalles.

El año 193 a. C. será Marco Fulvio Nobilior quien derrote a un importante ejército conjunto de vacceos, vetones y celtíberos en las proximidades de Toledo, consiguiendo, incluso, capturar a Hilerno, posiblemente «rey» de los carpetanos que habitaban esa ciudad.

Como vemos, estamos de nuevo ante una importante coalición de pueblos que, en algunos casos, procedían de tierras muy lejanas.

LAS GUERRAS LUSITANAS

En 194 a. C. comenzaron los problemas con los pueblos indígenas que habitaban el occidente peninsular. De ese año son las primeras noticias sobre ataques lusitanos a zonas bajo control romano. En concreto, Publio Cornelio Escipión Nasica, primo de Escipión el Africano, derrotó a un grupo lusitano en las cercanías de Ilipa (Alcalá del Río, Sevilla), cuando regresaba de una de sus campañas de saqueo cargado de riquezas. Escipión recuperó lo robado, repartió la mitad entre sus tropas y devolvió el resto a sus legítimos propietarios. Según Tito Livio, los romanos habrían dado muerte en esta acción a más de 12.000 lusitanos.

Hay constancia de otros ataques perpetrados por una coalición de fuerzas lusitanas y celtíberas los años 188-187 a. C. Estas acciones llegaron prácticamente hasta la costa gaditana, y causaron tal alarma que los pretores solicitaron a Roma refuerzos para poder aplacarla.

De nuevo, una coalición lusitano-celtibérica volverá a reunirse en 155 a. C. y, a pesar de que fue derrotada por los romanos, marcará el inicio de las guerras lusitanas, que durarán oficialmente hasta el año 136 a. C. La reiterada aparición conjunta de ejércitos lusitanos y celtíberos, a pesar de no ser pueblos vecinos, parece indicar que entre ellos existía algún tipo de relación o alianza, algo que también podría explicar la relativamente frecuente presencia de materiales celtibéricos en el área lusitana a lo largo del siglo II a. C.

Todos estos ataques a territorios aliados de Roma serán la excusa que utilizarán los itálicos para comenzar sus campañas contra los lusitanos, algo que no deja de tener su lógica, ya que para Roma no era fácil conseguir que los pueblos indígenas dejaran las armas y se sometieran a su poder. Una de las contrapartidas que se prometía a los pueblos sometidos era la garantía de seguridad. Si se permitía que los lusitanos, o cualquier otro enemigo, atacaran impunemente a los aliados de Roma, se corría el riesgo de que estos rompieran los pactos y se rebelaran contra quienes no eran capaces de cumplir con lo prometido.

Y es que, a pesar de lo que muchos creen, el dominio romano sobre el sur peninsular no era en esta época tan absoluto como pudiera parecer. Había muchos pueblos ibéricos que no se resignaban al sometimiento, sobre todo en zonas del alto y medio Guadalquivir o en la Bastetania. Los lusitanos lo sabían, y aprovechaban esta situación de inestabilidad para continuar con sus ataques sobre tierras béticas, llegando a todos los puntos de la actual Andalucía, y vemos que en muchos de estos lugares encontraban apoyos más o menos evidentes.

Sabemos, por ejemplo, que Lucio Emilio Paulo fue derrotado en 191-190 a. C. cuando acudió en defensa de los bastetanos, que, recordemos, se encontraban en el interior de la actual provincia de Granada. Según Tito Livio la batalla se desarrolló en las cercanías de la ciudad de Lyco, que para algunos sería Ilurco (cerca de Pinos Puente, Granada), y los romanos habrían perdido más de 6.000 hombres. Pero Paulo no se dio por vencido y consiguió reunir otro ejército mediante una «movilización general» decretada entre los pueblos de la Ulterior, con el que consiguió infligir una dura derrota a los lusitanos en algún lugar del norte de Andalucía. Según Tito Livio murieron 18.000 lusitanos y otros 1.300 fueron hechos prisioneros. Plutarco añade que Paulo consiguió la rendición de 250 «ciudades» que, lógicamente, habrían apoyado a los lusitanos. Aun así, en Roma no estaban nada satisfechos con la actuación del pretor, y a pesar del gran botín que presentó ante el Senado no le fue concedido el triunfo,

ni siquiera la *ovatio*. En lugar de ello se tuvo que conformar con una simple acción de gracias a los dioses.

Un detalle muy importante es que, en agradecimiento a su apoyo en esta difícil situación, Lucio Emilio Paulo dio la libertad a los habitantes de una población menor, la *Turrís Lascutana* (Alcalá de los Gazules, Cádiz), que hasta aquel momento habían sido siervos de la vecina ciudad de *Asta Regia* (Mesas de Asta, Cádiz), un *oppidum* que, parece ser, había aprovechado las turbulencias políticas del momento para rebelarse contra Roma. Conocemos esta manumisión por aparecer recogida en el conocido como «bronce de Lascuta», una placa que se encontró en 1866 en Alcalá de los Gazules y que se considera la más antigua inscripción latina localizada en España aunque, desgraciadamente, hoy se encuentre en el museo de El Louvre (París). Es de suponer que esta recompensa no sería la única de este tipo repartida por los romanos a sus aliados, pero hasta el momento no disponemos de informaciones que confirmen este extremo.

Para poner orden, Roma reforzó el patrullaje de las legiones por la zona comprendida entre el Guadiana y el Guadalquivir, lo que parece que cortó allí las incursiones lusitanas, pero los ataques contra otros territorios bajo dominio romano no cesaron totalmente, lo mismo que las protestas indígenas ante el Senado, provocadas por los continuos abusos de los funcionarios romanos, que exprimían a los hispanos con unas exacciones muy por encima de las recogidas en los tratados. La falta de respuestas adecuadas por parte de Roma hizo que volvieran los levantamientos, y tenemos constancia de que en los años 163 y 162 a. C. los lusitanos sufrieron nuevas derrotas a manos de los romanos, aunque desconozcamos más detalles.

Después de unos años de relativa calma, o al menos de falta de noticias de enfrentamientos de importancia, la situación estalla en 155-154 a. C., cuando los pretores de esos años, Manilio y Calpurnio Pisón, fueron derrotados al enfrentarse a una coalición de lusitanos y vetones comandados por un caudillo lusitano de nombre Púnico que, según Apiano, causaron a los romanos 6.000 bajas. Tras estas

victorias, los lusitanos y sus aliados recorrieron el sur de Andalucía atacando diversas poblaciones habitadas por blasto-fenicios, es decir, ciudades costeras situadas aproximadamente entre Cádiz y Almuñécar (Granada), lo que nos da una idea de su fuerza y capacidad operativa.

En el ataque a una de estas ciudades el mismo Púnico muere en 153 a. C., al ser golpeado en la cabeza por una piedra lanzada por los defensores, y los lusitanos eligen como su sucesor a un tal César o Kaisaro, que continúa sus ataques a poblaciones de la costa mediterránea andaluza. El hecho de que la muerte del líder lusitano no les causara mayores problemas, y que su sustituto fuera nombrado de forma inmediata sin afectar a la operatividad de la fuerza, nos indica a las claras que no estamos ante una simple banda de ladrones, como dicen con frecuencia las fuentes filo-romanas.

Roma está cada vez más preocupada, por lo que ese año adelantan las elecciones y envían a Hispania al cónsul Quinto Fulvio Nobilior como gobernador de la Citerior y a Lucio Mummio como pretor de la Ulterior.

Pero la situación no mejoró. Mummio se estrenó con una importante derrota ante los lusitanos de César gracias a una maniobra que luego repetiría Viriato en numerosas ocasiones. Tras un primer choque entre ambos ejércitos los lusitanos fingieron una retirada para provocar la persecución romana. Cuando los romanos rompieron su formación, y se desperdigaron tratando de dar caza a los hispanos que huían, estos se revolvieron y atacaron a las desordenadas tropas legionarias, causándoles unos 9.000 muertos. Los lusitanos consiguieron un gran número de enseñas romanas, que pasearon por Lusitania y Celtiberia como prueba de sus triunfos y de que los invasores no eran invencibles, tratando así de animar a otros pueblos a que se unieran a la lucha (recordemos que en ese mismo año —153 a. C.— ya estaba en marcha la segunda guerra celtibérica).

Apiano nos indica que este no era el único grupo lusitano que actuaba contra los territorios protegidos por los romanos. Nos habla también de un tal Cauceno, que actuaba al sur del Tajo, y que atacó y

tomó la ciudad de Conistorgis, capital de los conios y de localización desconocida, aunque debe de encontrarse en las proximidades del golfo de Cádiz. Esto es importante, ya que todo parece indicar que se trataba de grupos que actuaban de forma independiente, no como ejércitos de los lusitanos, sino como grupos de guerreros que seguían a un líder concreto sin coordinarse entre ellos.

Pero Cauceno no se conformó con las tierras hispanas y, en un movimiento cuanto menos curioso, cruzó el Estrecho de Gibraltar con sus tropas, en una operación a la que no debemos restar mérito, ya que no sería fácil en aquella época organizar el embarque de miles de hombres de una manera improvisada, y más para gente del interior peninsular, poco acostumbrada a esos menesteres. Desconocemos el número de hombres que tomarían parte en esta expedición pero debió de ser muy considerable ya que, mientras unos ponían sitio a la ciudad de Ocilis (la actual Arzila, Marruecos), otros realizaban incursiones por diversos puntos de esa parte del norte de África. Encontramos aquí una de las pocas menciones en las fuentes al sitio de una ciudad por parte de ejércitos indígenas peninsulares.

Aun así, el pretor romano no cejó en su empeño y, tras reforzar su diezmado ejército con nuevos contingentes, Mummio los persiguió con sus legiones al otro lado del Estrecho y los derrotó de forma contundente, ya que les obligó a levantar el sitio de Ocilis y aniquiló al grupo que saqueaba el territorio, causándoles 15.000 muertos y obteniendo un importante botín, con el que pudo contentar a sus hombres. Esto le valió la concesión del triunfo a su llegada a Roma, quizá más como forma de levantar la moral pública que porque se lo mereciera realmente. Y es que las continuas derrotas en suelo hispano se veían ya con gran preocupación en la capital de la República. Pero las cifras de muertos dadas para esta campaña (como casi todas) parecen muy infladas. Resultan poco creíbles tantas bajas enemigas cuando el ejército de Mummio se componía, según las propias fuentes romanas, de tan solo 9.000 infantes y 500 jinetes, una fuerza muy inferior a la de los lusitanos, ya que si nos atenemos

a las bajas sufridas, el ejército indígena podría, fácilmente, haber doblado al romano en número de efectivos.

En el año 152 a. C. fueron enviados a Hispania el cónsul Marco Claudio Marcelo para la Citerior y Marco Atilio Serrano como pretor de la Ulterior, y parece que la suerte les acompañó, porque se sucedieron algunas victorias, como la de Nertóbriga (quizás en las proximidades de Fregenal de la Sierra, Badajoz), tomada por Marcelo en su camino a Corduba, donde pensaba pasar el invierno y apoyar a Atilio. Con la fuerza que les otorgaban sus dos ejércitos reunidos atacaron el territorio lusitano, penetrando profundamente y tomando una de sus principales ciudades, Ostrakae (aún no localizada), con cuyos habitantes negociaron un tratado de paz que quedaría en papel mojado por ambas partes, aunque esta importante victoria hizo que diversos pueblos vecinos, entre ellos varios en territorio vetón, se pusieran del lado romano.

Los enfrentamientos entre romanos y lusitanos continuaron, aunque finalmente Claudio Marcelo consiguió que Roma aceptara un tratado de paz que trajo una pequeña tregua en los enfrentamientos.

Pero tras esta paz efímera llegaría el periodo más sangriento de las guerras lusitanas, y uno de los más trágicos de toda la conquista romana de Hispania.

En el origen de los problemas está la sustitución de los anteriores gobernadores en 151 a. C. por el cónsul Lucio Licinio Lúculo para la Citerior, y el pretor Servio Sulpicio Galba para la Ulterior.

Galba se encontró ya con su primera derrota cuando se dirigía al sur a relevar a Atilio y tomar posesión de su cargo. Los lusitanos le salieron al paso no muy lejos de Carmo (Carmona, Sevilla) infligiéndole una dura derrota en la que perdió 7.000 hombres, en su mayoría legionarios con muy poca experiencia. Parece ser que los indígenas volvieron a utilizar la estrategia de la falsa huida y el contraataque una vez las tropas romanas se desorganizaban. Tras refugiarse en Carmo, Galba reunió un poderoso ejército de 20.000 hombres entre romanos y fuerzas aliadas, y con él se dirigió hacia la capital conia, Conistorgis, ahora aliada de Roma, donde invernaron.

Mientras tanto, Lúculo puso en práctica en la Citerior una estratagema que luego compartiría con Galba para vergüenza de Roma. Atacó la ciudad vaccea de Cauca (Coca, Segovia) pero, incapaz de tomarla, firmó con sus habitantes un tratado de paz que, a pesar de su dureza, ya que obligaba al pago de cien talentos de plata, renunciar al uso de fuerzas de caballería, entregar rehenes y acoger en la ciudad a una guarnición de 2.000 soldados romanos, no tenía intención de respetar, ya que ordenó a sus hombres que, una vez en su interior, acabaran con la vida de sus habitantes. Según Apiano, en la matanza morirían los 20.000 varones que encontraron en la ciudad, cifra a todas luces muy exagerada si tenemos en cuenta la superficie y población que se calcula para las ciudades vacceas de la época.

La noticia de la matanza recorrió la meseta, y los habitantes de las ciudades cercanas las abandonaron a toda prisa, refugiándose en las montañas o en otras ciudades mejor protegidas. Una de estas ciudades era Intercatia (quizá Paredes de Nava, Palencia), donde se había concentrado una formidable fuerza compuesta por 20.000 guerreros de infantería y 2.000 de caballería, que rechazaron una y otra vez a los romanos. Gracias a la intervención del general Escipión Emiliano se pudo llegar a un acuerdo de paz, y Lúculo buscó otros lugares donde llenar sus arcas. Primero probó suerte en Pallantia (Palenzuela, Palencia), donde los vacceos volvieron a derrotarlo, obligándole a desistir del asedio y dirigirse al sur, perseguido por los indígenas, que causaron muchas bajas en su retaguardia.

Una vez en la Ulterior se reunió con Galba, al que tampoco le había ido muy bien en sus enfrentamientos con los lusitanos, ya que sus tropas habían sufrido gran número de bajas en diversos choques.

Tramaron entonces un plan similar al utilizado por Lúculo en Cauca. Concedores de la falta de tierras de los lusitanos, que los romanos consideraban una de las causas de sus continuas incursiones en los territorios controlados por Roma, Galba ofreció a los indígenas tierras si renunciaban a sus ataques y entregaban sus armas. Según las fuentes, fueron 30.000 los lusitanos que accedieron al trato y se presentaron desarmados en el lugar acordado. Galba los

repartió en tres campamentos separados para poder controlarlos mejor y, cuando los tuvo donde quería, comenzó la matanza. Unos 9.000 hombres fueron masacrados y otros 20.000 fueron esclavizados y vendidos en las Galias. Solo un millar pudo escapar, entre los que se encontraba Viriato, al que este sangriento episodio marcaría de por vida.

La actuación de los dos gobernadores fue tan miserable que fue repudiada incluso en Roma, y fueron muchos los senadores que clamaron contra la actuación de sus representantes, llegando a pedir que se constituyera un tribunal para investigar la actuación de Galba y depurar sus responsabilidades, así como solicitar que se tratara de liberar de nuevo a los lusitanos vendidos como esclavos. Pero finalmente todas estas protestas quedaron en nada. A Lúculo su enorme patrimonio le sirvió para comprar las voluntades necesarias y que se hiciera la vista gorda, mientras que Galba, a pesar de ser juzgado, fue absuelto de los cargos después de entregar al Senado buena parte del dinero que se había embolsado en Hispania. Su vergonzosa actuación, y el proceso judicial subsiguiente, no evitaron que solo cinco años más tarde fuera nombrado cónsul.

A partir de este cruento episodio entra en escena el que será protagonista indiscutible de la última fase de las guerras lusitanas: Viriato.

Tras un paréntesis en las fuentes, quizá provocado por una falta de ataques de los lusitanos, diezmados por la matanza anterior y agotados tras años de lucha, volvemos a encontrar en 147 a. C. una nueva incursión de un ejército de 10.000 lusitanos, que penetran en la Turdetania siguiendo el valle del Guadalquivir, aunque son interceptados por el pretor Cayo Vetilio en las proximidades de Urso (Osuna, Sevilla) con un ejército similar al rebelde, causándoles numerosas bajas y cercándolos. Ante lo desesperado de la situación, los lusitanos enviaron una legación a Vetilio prometiéndole que se someterían al poder romano si les entregaban tierras donde asentarse. Vetilio accedió, pero fue entonces cuando apareció la figura

de Viriato para recordarles la traición de Galba y prometerles que él les sacaría de tan apurada situación.

En aquel episodio, Viriato se puso al frente de los lusitanos por primera vez, y ya no dejó la jefatura hasta que fue asesinado ocho años después.

La estratagema que utilizó Viriato nos la cuenta Apiano con detalle:

Este (Viriato) colocó a todos los hombres de frente, como en disposición de combate, ordenándoles que cuando montaran a caballo se dispersasen en todas las direcciones y huyesen como pudieran por caminos diversos hasta la ciudad de Tribola y que allí le esperasen. Por otra parte seleccionó a un millar de jinetes para que se quedasen junto a él. Dispuestas estas cosas, Viriato montó a caballo y los lusitanos se dieron a la fuga. Vetilio no se molestó en perseguir a quienes huían en dispersión, sino que se dirigió contra Viriato, que permanecía en guardia y atento a los acontecimientos para entablar combate con él. Pero Viriato, con sus velocísimos caballos, pasó todo aquel día y el siguiente corriendo por la llanura, hostigándole, replegándose, haciéndole frente de nuevo y atacándole.

APIANO, *Iberia*, 62.

La segunda noche, Viriato burló a los romanos y abandonó el lugar con sus tropas para ir a reunirse con el resto en Tribola, donde tuvo tiempo de preparar una emboscada contra las lentas legiones de Vetilio que habían salido tras ellos. Colocó a la mayor parte de sus hombres emboscados en un desfiladero, posiblemente en la Serranía de Ronda, mientras que con los demás atrajo a los romanos hacia el punto elegido mediante la consabida táctica de los ataques y retiradas alternos. Cuando todos los legionarios estuvieron en el estrecho vallejo, Viriato y sus hombres se dieron la vuelta y les atacaron de frente, mientras que las fuerzas escondidas en las laderas masacraban por sus flancos a los romanos, dispersos en una larga fila imposible de defender. Murieron unos 4.000 romanos, incluido Vetilio, mientras que el resto huyó como buenamente pudo. Esta victoria dejó a los lusitanos vía libre para recorrer toda la Bética sin contratiempos, y afianzó a Viriato al mando de los lusitanos.

En el año 146 a. C. llegó a la Ulterior el pretor Cayo Plaucio, sustituto del fallecido Vetilio, que pidió refuerzos a Claudio Unimano, pretor de la Citerior, de donde le llegaron 5.000 celtíberos (belos y titos), ahora aliados de Roma. Pero Viriato salió al paso al ejército del gobernador y lo derrotó, desplazándose a través de Sierra Morena hasta la Carpetania, que asoló sin apenas oposición, ya que las guarniciones romanas habían huido ante la llegada del poderoso ejército lusitano. En este periodo atacó y tomó la importante ciudad de Segóbriga (Saelices, Cuenca)

En la Carpetania fue atacado de nuevo por Plaucio, que había reorganizado sus fuerzas, reuniendo unos 10.000 hombres, pero los romanos volvieron a ser derrotados.

Las fuentes nos dicen que, tras derrotar a Plaucio, los lusitanos se hicieron fuertes en el Mons Veneris (monte de Venus), cuya localización sigue siendo un misterio, por mucho que haya sido situado por algunos en la sierra de San Vicente, en el extremo oriental de la sierra de Gredos, por otros en la sierra de Santa Marina, en Cáceres, y por otros en la sierra de la Estrella (Portugal). Sea cual sea su localización concreta, todo indica que se trataba de un lugar estratégico difícil de expugnar, como pudo comprobar el mismo Plaucio, que intentó desalojarlos sin éxito. Viriato pudo entonces saquear con total impunidad los territorios vecinos, mientras el romano reconocía su incapacidad abandonando el lugar y volviendo a su provincia, como nos indica Apiano, a «instalar en verano sus cuarteles de invierno».

Pero Viriato no se conformó con incursiones limitadas a los alrededores de su refugio y lanzó expediciones de gran envergadura, como la que en el año 143 a. C. alcanzó Segovia, en territorio Vacceo, aunque todo parece indicar que sin demasiado éxito. Por esas mismas fechas las fuentes nos hablan de otra incursión que lo habría llevado hasta el Ebro. No tenemos detalles, aunque parece que consiguió que diversos pueblos se levantaran contra Roma, objetivo que, muy posiblemente, fuera uno de los buscados con estas expediciones.

El año 146 a. C. Roma había derrotado definitivamente a Cartago y destruido su capital en la tercera guerra púnica, con lo que, por fin, pudo disponer de más hombres y medios para dedicar a las guerras hispanas. Por eso en el 145 a. C. el Senado decide el envío de un ejército consular (recordemos que estos se componían de dos legiones) al mando de un cónsul veterano de las luchas contra griegos y cartagineses: Fabio Máximo Emiliano, hermano de Escipión Emiliano.

Este se dirigió a Hispania con 15.000 infantes recién reclutados, 3.000 jinetes y diez elefantes, mientras Plaucio, su predecesor en el mando de la Ulterior, era condenado en Roma al destierro por haber renunciado a la lucha y haber retirado a sus fuerzas a los cuarteles de invierno antes de tiempo.

La bisoñez de sus tropas de infantería fue la razón por la que durante todo ese año Fabio Máximo rehusó entrar en combate con los lusitanos, aunque estos no dejaron de acosarle. Siguió ejercitando a sus hombres en la ciudad de Urso (Osuna, Sevilla) hasta que consideró que estaban preparados y, entonces, ya en 144 a. C., presentó batalla y derrotó a las tropas de Viriato, que hubo de abandonar el valle del Guadalquivir acosado por las tropas romanas, que también le atacaban por el norte al mando del pretor de la Citerior: Cayo Lelio, el Sabio.

Fabio Máximo terminó su mandato en el año 143 a. C., siendo sustituido por Quinto Pompeyo Aulo, que obtuvo algunos éxitos iniciales, obligando a los lusitanos a volver a su refugio en el Mons Veneris, aunque estos, en un contraataque, vencieron a las legiones de Aulo, arrebatándole numerosas enseñas. Vemos cómo las derrotas regresan para los romanos, y Viriato vuelve a controlar las tierras béticas, reconquistando una vez más la ciudad de Tucci (Martos, Jaén), que había cambiado de manos en numerosas ocasiones durante la guerra, y desde la que lanzaba sus incursiones por el valle del Guadalquivir y la Bastetania.

A la vez, incitándoles con sus victorias y, mostrándoles las enseñas arrebatadas a los romanos, conseguía que numerosas

ciudades celtíberas volvieran a tomar las armas, reanudándose las guerras celtibéricas, que se reavivaran para entrar en su tercera y última fase.

La situación en Hispania era preocupante, con dos importantes conflictos desarrollándose simultáneamente, con lo que es muy posible que Roma llegara a temer un contagio al resto de pueblos indígenas y un levantamiento general. El año 141 a. C. el Senado envió a Quinto Fabio Máximo Serviliano, que debido al recrudecimiento de la guerra numantina no pudo disponer de las fuerzas que deberían haberle correspondido, pero aun así consiguió reunir 18.000 hombres de a pie y 1.600 jinetes, a los que habría que añadir diez elefantes y otros 300 jinetes africanos aportados por el rey de los númidas, Micipsa.

Se alternaron los éxitos y las derrotas, ya que, aunque los romanos recuperaron diversas ciudades en manos de Viriato, también sufrieron graves contratiempos como la pérdida de 3.000 legionarios en un contraataque de los lusitanos, que obligaron a Serviliano a retirarse hasta la ciudad de Tucci. Pero la guerra continuaba y los romanos pudieron recuperar terreno y acosar a Viriato, que tuvo que volver a Lusitania. Durante esa persecución por tierras conias y lusitanas Serviliano sufrió una derrota a manos de los que las fuentes romanas denominan *latrones*, al mando de los que, por sus nombres, podrían ser dos desertores romanos, Curio y Apuleyo. El hecho de que estos mandaran un ejército de 10.000 hombres nos indica que no estamos ante unos simples bandidos.

Finalmente, los romanos contraatacaron y vencieron a estos rebeldes, matando a Curio, y recuperando diversas ciudades, que habían vuelto a pasarse al bando lusitano, como Gemmella, Obolcola y Eiskadia, al parecer situadas al sur de Córdoba. Esta traición la castigó Serviliano de forma especialmente dura, ya que hizo 10.000 prisioneros, de los que 500 fueron decapitados y el resto vendidos como esclavos. También derrotó a otra banda de *latrones* mandada por un tal Connobas, que salvó la vida al entregarse de forma

voluntaria, pero 400 de sus hombres sufrieron la amputación de la mano derecha.

Querría hacer un inciso para llamar la atención una vez más sobre un aspecto muy llamativo en este conflicto, como es la complejidad política y social que se aprecia en estos momentos en el sur peninsular, ya que vemos cómo, en zonas supuestamente bajo el dominio romano, hay ciudades que apoyan abiertamente a los lusitanos, o que cambian de bando repetidas veces según las circunstancias de cada momento. Tampoco parece que los lusitanos tuvieran mayores problemas para dominar extensas áreas en teoría protegidas por Roma, algo que les habría resultado imposible si no contaran con amplios apoyos, sobre todo de las élites locales. Estas acciones nos muestran una vez más que no estamos ante vulgares bandoleros, como nos han transmitido las fuentes.

Llegamos ahora a un episodio de la mayor importancia en el desarrollo de las guerras en Hispania. En el transcurso de estas campañas, Serviliano había puesto cerco a la ciudad de Erisana, en algún lugar indeterminado de la Beturia, pero Viriato consiguió romper el cerco y penetrar en la ciudad durante la noche. Por la mañana sorprendieron a los soldados romanos que cavaban los fosos, masacrándolos. Esto provocó la huida del grueso de las tropas de Serviliano, que fueron acorraladas contra un precipicio, sin posibilidad de escapatoria. Pero cuando se preveía una derrota total ante los romanos, Viriato sorprende con una oferta de paz a cambio de que Roma respetara su autoridad sobre los territorios ocupados en aquellos momentos. Y lo más sorprendente no es que Serviliano aceptara el trato, ya que lo cierto es que tampoco tenía otra opción, sino que el Senado romano lo refrendara y, además, otorgara al líder lusitano el título de *amicus populi romani*, amigo del pueblo de Roma, lo que equivalía a considerarlo «rey» de unos extensos territorios que, en la práctica, se reconocían ahora como independientes. Esto sorprende más aún si observamos la reacción de Roma ante otros tratados muy cercanos en el tiempo, como los pactos firmados en el 139 y 137 a. C. entre los celtíberos y los gobernadores

romanos, que fueron rechazados por el Senado de forma enérgica a pesar de ser más duros con los indígenas.

Mucho se ha escrito sobre las razones que llevaron a Viriato a buscar un acuerdo de paz con los romanos cuando tenía la victoria al alcance de la mano, y más habiendo sufrido en sus propias carnes la nula fiabilidad de la palabra romana. Dejando de lado la hipócrita posición que encontramos en las fuentes itálicas, que atribuyen esta decisión a la benevolencia y clemencia del líder lusitano, hoy no son pocos los investigadores que piensan que quizá la clave de esta conducta haya que buscarla en que en este tratado, por primera vez, se ofrecía a los lusitanos la consolidación de su dominio sobre un amplio territorio que permitiría terminar, de una vez por todas, con la tradicional carencia de tierras que indican las fuentes al referirse a las causas de la propensión de este pueblo al bandolerismo. En otros tratados de paz, anteriores y posteriores a este, la entrega de tierras figura siempre entre las ofertas de Roma, la diferencia está en que en esta ocasión Viriato no espera que le entreguen nada, sino simplemente que respeten lo que él mismo ha tomado ya por la fuerza. Pero otros historiadores no están de acuerdo con esta visión, ya que, a su parecer, demostraría una excesiva credulidad por parte de Viriato, que tenía motivos sobrados para dudar del pacto acordado con Serviliano, que recordemos que fue firmado cuando el romano se encontraba en una situación desesperada, por lo que creen encontrar la explicación en posibles disensiones internas en el bando lusitano. Consideran que entre sus partidarios serían muchos los que estarían ya cansados después de tantos años de lucha ininterrumpida y desearían poder seguir una vida más tranquila. Por otro lado nos encontramos con las clases más acomodadas de la sociedad lusitana, que sentirían como propias las malas relaciones de Astolpas con su pariente político y verían peligrar sus privilegios ante un líder, como Viriato, que despreciaba las riquezas y la ostentación. Todas estas circunstancias unidas pudieran haber resquebrajado el apoyo incondicional del que había disfrutado el carismático líder no mucho tiempo atrás. Viriato sería consciente de tales disensiones y habría

preferido un final honroso para sus campañas antes de que las fisuras se hicieran evidentes para todos, aunque es muy posible que en su fuero interno no considerara aquella opción como su preferida, ni mucho menos.

Como vemos, las opiniones de los expertos no son unánimes, pero tampoco tienen por qué ser excluyentes entre sí y, quizá, la motivación final haya que buscarla en una suma de todos estos factores que, sopesados por Viriato, le llevaron a tomar la decisión de terminar con la guerra.

Pero, como era previsible, la paz duró poco. Serviliano fue sucedido al año siguiente en el mando de la Ulterior por su hermano, el cónsul Quinto Servilio Cepión, quien desde un primer momento optó por una política de enfrentamiento con los lusitanos, solicitando del Senado autorización para romper un tratado que él consideraba vergonzante para Roma. El acuerdo de paz fue anulado y se autorizó a Cepión a reanudar la guerra a pesar de las protestas de Viriato, que no tuvo más remedio que evacuar algunas de sus ciudades en la Beturia y retirarse hacia la Carpetania, aunque no pudo evitar ser perseguido y acorralado por las legiones romanas, a las que volvió a engañar, consiguiendo escapar hacia el noroeste a través de los territorios de vetones y galaicos, aliados de los lusitanos, razón por la que estos también recibieron la poco amigable visita de Cepión y sus tropas.

Aquí las fuentes se vuelven un tanto confusas, pero parece ser que el cónsul a cargo de la Citerior, Marco Popilio Lenas, también participó en el acoso a la Lusitania, aunque en otro frente distinto, ya que no hay menciones de combates con Viriato, que tras continuar sus enfrentamientos con Cepión, entró en negociaciones con Lenas.

EL BANDOLERISMO LUSITANO



Grabado antiguo que muestra una imagen idealizada del caudillo lusitano Viriato.

Uno de los tópicos más extendidos entre los autores clásicos que escribieron sobre la península ibérica y su conquista por Roma es el de los bandoleros. Las menciones a los indígenas como ladrones y bandidos que atacaban constantemente a los pueblos peninsulares más avanzados (por supuesto, aquellos amigos de Roma), ansiosos por arrebatárles sus riquezas, son constantes en todas las fuentes. Pero aunque esta mala fama alcanza en uno u otro momento a casi todos los pueblos peninsulares, hay algunos que reciben estos apelativos de forma continua, y esto es especialmente frecuente en el caso los lusitanos.

Los historiadores romanos hacen constantes alusiones a que los lusitanos se dedicaban al bandolerismo como consecuencia de vivir en un territorio pobre y sin tierras suficientes para alimentar a toda la población. Los jóvenes que no encontraban otra salida se lanzaban a la rapiña de sus vecinos como única forma posible de vida. Estos autores consideraban también el hecho de que la sociedad lusitana fuera eminentemente rural, sin ciudades importantes, como otro rasgo de barbarismo y atraso, que ellos relacionan directamente con la práctica del bandidaje.

En no pocas ocasiones encontramos también alusiones al carácter natural de los hispanos en general, a los que ellos consideraban propensos al bandolerismo.

Los investigadores han llamado la atención sobre el hecho de que, por lo general, los historiadores prorromanos tildaban de bandoleros y ladrones a todos los que se enfrentaban o resistían a Roma. Como ejemplo tenemos el caso de los tantas veces citados caudillos ilergetes Indíbil y Mandonio, que de ser calificados como *reges* (reyes) cuando eran aliados de Roma pasan a ser considerados ladrones jefes de ladrones (*latrones latronumque duces*) cuando rompen sus acuerdos con los itálicos y sublevan a su pueblo.

Pero eso no siempre es así, aunque no tengamos totalmente claro el porqué. Por ejemplo, vemos que mientras las alusiones a los lusitanos como bandoleros son constantes, otros pueblos indígenas que se enfrentaron a Roma con gran crudeza, como los numantinos, no reciben nunca ese calificativo, y eso a pesar de que los celtíberos habían tendido emboscadas a los itálicos en numerosas ocasiones utilizando tácticas que estos consideraban más propias de *latrones*.

Consideramos que un elemento de diferenciación es la situación concreta del área en la que se producen los ataques, se califica de bandoleros a todos aquellos que atacan a los romanos o a pueblos situados en zonas ya sometidas de una forma más o menos efectiva al poder de Roma. Los romanos opinan que en zonas pacificadas no se puede dar una guerra ordinaria (*bellum iustum*), con lo que cualquier actividad rebelde o levantamiento en armas es considerado por ellos como bandolerismo.

Viriato accedió a la exigencia de entrega de los rebeldes y desertores que tenía consigo, aunque mató antes a una parte, entre los que se encontraba el mismo Astolpas, su suegro. No está claro si estas muertes fueron una exigencia de Lenas o las decidió Viriato motu proprio, aunque todo indica esto último, ya que los romanos respondieron cortando las manos a los rehenes que tenían en su poder antes de devolverlos. Pero cuando el cónsul exigió la entrega de las armas, Viriato se sintió insultado y terminó con las conversaciones, volviendo cada cual a sus posiciones previas.

En el año 139 a. C. se sitúan las últimas negociaciones lusitanas, estas con el belicoso Cepión, aunque, en esta ocasión, en vez de acudir él en persona, Viriato envió como emisarios a tres de sus

hombres en los que tenía plena confianza. Se llamaban Audax, Ditalco y Minuro y, a pesar de que luchaban con los lusitanos, procedían de Urso (Osuna, Sevilla), ciudad turdetana y, por lo tanto, de una zona supuestamente ya controlada por Roma. Pero estos traicionaron a su jefe y, en vez de negociar un tratado de paz, llegaron a un acuerdo con Cepión y asesinaron a Viriato mientras este dormía en su tienda, huyendo después al campamento romano para escapar de las iras de los lusitanos y cobrar la recompensa prometida, algo que nunca consiguieron. Aquí hemos de señalar que la famosa frase «Roma no paga traidores» nunca fue pronunciada por Cepión, como aparece en algunas fuentes, sino que es un añadido posterior.

Los lusitanos quedaron desolados ante el asesinato de su carismático jefe, y le honraron con un funeral extraordinario del que hablamos en el capítulo dedicado a la religión. Pero se daban perfecta cuenta de que su futuro era ahora mucho más incierto.

Viriato fue sucedido por un tal Táutalos o Tautamos, que continuó con la lucha lanzando una incursión por el norte de Andalucía hasta la Bastetania, llegando a las proximidades de Qart Hadasht, donde fue derrotado por Cepión, aunque ahora este se mostró más condescendiente con los indígenas, a los que incluso repartió tierras, con lo que la guerra entró en su fase final. Al año siguiente (138 a. C.), Cepión fue sustituido en el cargo por el cónsul Décimo Junio Bruto, que se dirigió con sus legiones hacia el norte por territorio lusitano, atravesó el Duero, el Limia y el Miño, y derrotó a los brácaros y galaicos, por lo que se le concedió el triunfo en Roma y se le dio el nombre de Galaico.

El final definitivo de esta guerra vino con la entrega de tierras y el asentamiento de los pocos combatientes lusitanos que quedaban en activo, con lo que Bruto trataba de evitar que volvieran a las andadas.

Aun así, durante los años siguientes, las fuentes siguen haciendo referencia a incursiones de grupos de lusitanos en la Bética y a choques con las fuerzas romanas, aunque con una frecuencia y virulencia muy inferior a las de los años anteriores. La última

mención a estos enfrentamientos procede del año 94 o 93 a. C., cuando Estrabón nos dice que el mismo Publio Cornelio Escipión tuvo que combatir a los lusitanos, sin que tengamos muchos detalles del episodio.

Pero antes incluso de que terminaran estos choques, la lenta pero continuada penetración de la forma de vida romana iba ya transformando la sociedad lusitana. Este proceso se aceleró de manera notoria con la consecución de la paz y el traslado, voluntario o forzoso, de muchas poblaciones indígenas desde las montañas al llano.

Aunque no tengamos la completa seguridad de que estén relacionadas con estas guerras, hemos de hacer referencia a la detección por los arqueólogos de niveles de destrucción y evidencias de enfrentamientos violentos en algunos poblados de áreas supuestamente controladas ya por Roma en aquellos momentos. Entre los más conocidos encontramos los casos del Cerro de la Merced (Cabra) y el Cerro de la Cruz (Almedinilla), ambos en la provincia de Córdoba. En estos dos asentamientos se ha documentado su destrucción violenta hacia finales del siglo II o principios del I a. C., desconociendo las circunstancias que la motivaron. Algunos autores han planteado la hipótesis de que algunos de estos enfrentamientos tuvieran que ver con las incursiones del caudillo lusitano Viriato que, como hemos visto anteriormente, penetró de forma importante en tierras andaluzas por aquella misma época. Lo que no queda claro es si los actos de destrucción los cometerían los lusitanos durante sus razias, o los romanos como castigo a las ciudades que prestaron apoyo a los hombres de Viriato.

Sea como fuere, el caso es que ambos asentamientos fueron arrasados. En Almedinilla, destruida en torno al año 140 a. C., han sido localizados entre los escombros varios cadáveres que quedaron sepultados por el derrumbe de las casas. Algunos presentan signos evidentes de una muerte violenta, con lesiones producidas, al parecer, por cortes de espada. Por ejemplo, uno de ellos recibió un tajo en la

cadera y otro a la altura del cuello, que le seccionó parte de un omóplato. Un segundo individuo sufrió la amputación de un pie, recibió otro tajo en la rodilla y, muy posiblemente, le fue seccionado el antebrazo derecho a la altura del codo.

En el Cerro de la Merced, que albergaría un gran edificio aristocrático dotado de impresionantes muros de cuatro metros de espesor, se han detectado evidencias de la demolición deliberada del mismo en un momento ligeramente posterior la destrucción de Almedinilla. Nunca fue reocupado.

CONQUISTA DE GALICIA

Las primeras noticias que nos han llegado sobre incursiones romanas a la actual Galicia se enmarcarían en operaciones militares contra los lusitanos, a los que ya dijimos que Cepión persiguió en 139 a. C. hasta algún punto de los confines noroccidentales de la península. Pero, como hemos indicado antes, será tras la muerte de Viriato cuando el senado romano encargue a Décimo Junio Bruto, uno de los cónsules del año 138 a. C., emprender una verdadera campaña militar para controlar el norte del territorio lusitano.

Tomando como base de operaciones la ciudad de Olisipo (Lisboa) realizará una primera incursión que parece que llegó hasta el Duero, y de la que apenas sabemos nada. Será al año siguiente, durante una prórroga de su mandato, ahora como procónsul, cuando dé comienzo de verdad la conquista de la actual Galicia, a la que dieron este nombre por una de las primeras tribus que encontraron al norte del Duero, los galaicos.

Durante la primavera de 137 a. C. el ejército romano emprende la marcha siguiendo la línea de la costa para evitar posibles emboscadas en bosque y pasos de montaña. Pero conforme se internan en aquel territorio incógnito, los mandos romanos tienen que hacer frente a un enemigo con el que no habían contado, y es que los legionarios eran conscientes de que se dirigían hacia el fin del mundo conocido, un lugar que en el imaginario popular era tierra de leyendas y supersticiones, habitada por seres fantásticos y donde cualquier

prodigio les parecía posible. Sin duda el episodio más conocido de aquella expedición, y que pone claramente de manifiesto la mentalidad y los temores de las tropas romanas, es aquel en el que los legionarios se negaron a cruzar el río Limia, al considerar que en realidad se trataba del mítico Leteo, el río del olvido, y que tan pronto atravesaran sus aguas perderían hasta el último de sus recuerdos. Ante la rotunda negativa de sus hombres a continuar, el mismo Bruto arrebató la insignia de la unidad al *signifer*³¹ y vadeó la corriente. En realidad, ninguno de los autores antiguos menciona en ningún sitio que el procónsul llamara uno por uno y por su nombre a todos los tribunos y centuriones para demostrar que no había perdido la memoria, como se ha contado después de forma insistente, simplemente cruzó y los legionarios lo imitaron, quizás en pos de la enseña de su unidad, que para ellos era sagrada.

Los romanos continuaron hacia el norte, pero parece que en esta ocasión no fueron más allá del río Miño. Las fuentes clásicas repiten que los legionarios se negaron a continuar al ver con sus propios ojos cómo el sol era tragado por el mar por encontrarse, ahora sí, en los confines de la tierra. Pero hemos de recordar que estas mismas tropas habían subido desde *Olisipo* siguiendo la costa atlántica, con lo que ya debían de estar más que acostumbrados al espectáculo del crepúsculo marino, así que es muy posible que su retroceso tuviera más que ver con un ataque del que nos da cuenta Apiano, y según el cual, las tribus brácaras sorprendieron a la retaguardia romana y les arrebataron las provisiones, poniendo en peligro también la línea de comunicaciones con sus bases en el área del Tajo.

Y este no fue el único enfrentamiento en aquellas tierras, ya que tenemos constancia de que Bruto hubo de entablar una nueva batalla contra otro ejército galaico, que supuestamente habría acudido en apoyo de los lusitanos, y que Orosio nos cifra nada menos que en 60.000 hombres. Según este autor los romanos los habrían derrotado, matando a 50.000 guerreros y apresando a otros 6.000, es decir, que según estas cifras habrían causado a los indígenas más de un 93 por ciento de bajas, algo claramente inverosímil. Pero,

independientemente de las cifras, casi con seguridad infladas, podemos entrever en esta cita la existencia, también entre estos pueblos del noroeste, de coaliciones y alianzas como las que hemos visto ya en otros puntos de la península, lo que les permitía reunir ejércitos muy importantes si eran atacados por enemigos poderosos como el que nos ocupa.

Esta victoria le valió a Décimo Junio Bruto disfrutar en Roma de la ceremonia del triunfo, y recibir a partir de entonces el sobrenombre de Callaicus.

Tras esta campaña, al menos en teoría, el sur de Galicia quedaba bajo el dominio romano. Y decimos en teoría porque son muy escasos los datos que indiquen la presencia efectiva de Roma en estas tierras, al menos hasta la expedición que el año 61 a. C. llevará a cabo el mismísimo Julio César, entonces propretor de la Hispania Ulterior, que se trasladó por mar hasta Brigantium, posiblemente la actual Coruña, y que en aquellos momentos sería un importantísimo centro de almacenamiento y distribución de mercancías especialmente valiosas, sobre todo oro y estaño. No deja de ser elocuente que entre las fuerzas que acompañaban a César se encontrasen un considerable número de embarcaciones y tropas aportadas por la aristocracia romana de Gadir, lo que indica la importancia comercial de esta expedición, que trataría de apropiarse de la secular ruta fenicia del estaño.

Después de esta campaña volvemos a encontrar un periodo sin noticias de incidencias en el área galaica, hasta que años más tarde se vean envueltos en los enfrentamientos que rodearon a las guerras astur-cántabras. Sabemos, por ejemplo, que las tropas de Publio Carisio, después de cercar a los cántabros en el monte Vindio, se desplazaron hasta Bérigidum, en el Bierzo leonés, y desde allí, penetraron en Galicia en el verano del año 25 a. C. Tres años más tarde se reprodujeron revueltas entre los pueblos cantábricos, y parece ser que en ellas también participarían galaicos procedentes de las zonas interiores montañosas, aún no sometidos completamente al poder de Roma.

Como veremos más adelante, esta sublevación finalizó con el sitio de los rebeldes en el monte Medullius, donde los que no murieron fueron vendidos como esclavos. Con esta matanza finalizó la conquista total de Galicia y su inclusión definitiva en el ya Imperio romano.

LAS GUERRAS CELTIBÉRICAS

Las conocidas como guerras celtibéricas se desarrollaron, en parte, de forma paralela a las lusitanas. Las fuentes nos indican incluso que los lusitanos trataron, con mayor o menor éxito, de incitar a la rebelión de los celtíberos y otros pueblos de la meseta. Una manera de que los romanos tuvieran nuevos frentes abiertos y les resultara más difícil defenderlos todos de una manera efectiva.

Como vimos anteriormente, tras la pacificación de buena parte del área ibérica por Catón en 194 a. C. Roma se aplicó, primero en estabilizar las fronteras con los pueblos del interior, y luego, en emprender expediciones de castigo contra aquellos que atacaban a pueblos aliados o los territorios por ellos controlados.

Estamos por tanto ante un periodo de casi quince años en los que no se desarrollaron campañas a gran escala, y que se rompe en el 180 a. C., cuando el procónsul de la Citerior, Tiberio Sempronio Graco, emprende una campaña contra los celtíberos, a los que se acusa de lanzar incursiones contra sus vecinos.

Dentro de esta campaña Livio, nos narra un episodio cuando menos curioso, ocurrido durante el ataque a la ciudad celtibérica de Cértima, y que nos muestra de forma clara las distintas concepciones de la guerra entre los itálicos y los hispanos. Y es que cuando vieron acercarse las máquinas de asedio romanas, los habitantes de la ciudad pidieron permiso a Graco para solicitar ayuda a otros pueblos vecinos. El romano accedió y los pueblos interpelados por los de Cértima

enviaron diez emisarios a entrevistarse con el procónsul, al que preguntaron por qué estaba tan seguro de que iba a vencer en un enfrentamiento contra los celtíberos. Como respuesta, Graco hizo maniobrar a su ejército completamente equipado, y ante tal demostración de fuerza los emisarios se volvieron a sus ciudades de origen sin socorrer a los sitiados, por mucho que estos les hacían señales con fuegos en las torres solicitando su auxilio.

El año 179 a. C. Graco pone sitio a la ciudad de Alce, que se rinde al ver el efecto de las máquinas de asedio romanas, entregando un gran botín y numerosos rehenes pertenecientes a las élites indígenas. Es entonces cuando Livio nos transmite un hecho muy interesante, ya que un tal Thurro, régulo de aquellos territorios y que el historiador romano califica, de una manera ciertamente exagerada, como «el hombre más poderoso de Hispania», se pasa al bando romano, al considerar que había sido traicionado por sus antiguos aliados. Cuando recibe garantías de que ni él ni su mujer e hijos serán ajusticiados, pide poder combatir a las órdenes de Graco con la siguiente justificación:

Te seguiré contra mis antiguos aliados, ya que ellos no han querido tomar las armas para defenderme.

TITO LIVIO, *Ab urbe condita*, XL, 48-49.

Esto viene a corroborar lo que hemos venido diciendo de manera insistente con anterioridad, que para los pueblos indígenas peninsulares no eran mucho más extranjeros los romanos que sus vecinos, con los que, a pesar de que podían formar coaliciones y alianzas cuando las circunstancias lo aconsejaban, también guerreaban y se enfrentaban a menudo, tal como habían hecho durante siglos antes de la llegada de las legiones itálicas.

Esta campaña se decidió al año siguiente, cuando las fuerzas de Graco derrotaron a un poderoso ejército celtíbero al que le causaron unas 22.000 bajas y tomaron setenta y dos enseñas en las cercanías del Mons Chaunus, identificado con el Moncayo, y que el poeta

hispano-románico Marcial consideraba como la montaña sagrada de la Celtiberia.

Esta victoria llevó consigo también la firma de unos importantísimos tratados de paz con belos y titos (posiblemente también con los lusones), que aseguraron la paz en la región durante más de veinte años. El hecho de que se firmara la paz de forma conjunta con todos estos pueblos podría estar indicándonos que también antes habrían estado luchando juntos, lo que vendría refrendado por las cifras de combatientes a que antes hacíamos alusión, demasiado grandes para proceder de uno solo de estos pueblos.

Segunda guerra celtibérica

Pero la paz, como todo en este mundo, tampoco es eterna, con lo que los enfrentamientos volvieron a la Celtiberia de forma prácticamente simultánea al comienzo de la guerra en Lusitania. Y en este nuevo episodio la protagonista será una ciudad prácticamente desconocida hasta entonces: Numancia.

El nombre de la ciudad arévaca aparece por primera vez en las fuentes romanas en el año 153 a. C., cuando los habitantes de Segeda (El Poyo de Mara, Zaragoza), en territorio belo, buscan refugio en la primera ante la amenaza de Roma.

La excusa para que los itálicos reanudaran las hostilidades en territorio celtíbero fueron las obras de ampliación de la ciudad y sus murallas que los segedenses habían iniciado un año antes, con la intención de acoger a los habitantes de otras poblaciones cercanas. Roma consideró que estas obras contravenían lo pactado con Graco en 179 a. C. que, entre otras cosas, establecía la prohibición de levantar nuevas ciudades sin autorización de Roma. Los segedenses, a través de un anciano de nombre Caccio, alegaron que ellos no habían construido ninguna ciudad nueva, sino que se habían limitado a ampliar la ya existente, algo no prohibido en el tratado, pero los

romanos no estuvieron de acuerdo, y se valieron de esta acción como excusa para reanudar la guerra contra los celtíberos.

Dado que a la llegada de los ejércitos romanos, al mando del cónsul Quinto Fulvio Nobilior, las murallas aún no estaban terminadas, los habitantes de Segeda abandonaron su ciudad y huyeron hasta Numancia, con la que es evidente que estarían unidos por lazos de amistad, seguramente establecida en un pacto de hospitalidad que obligaba a las partes a prestarse apoyo mutuo, y al que muy posiblemente habría que añadir también relaciones familiares, ya que Floro dice que eran *socii et consanguineos suos*. Es muy posible que aquí se refiriera a la existencia de matrimonios mixtos entre las élites de ambas ciudades, fórmula que sabemos que era muy utilizada en la Antigüedad para sellar este tipo de pactos.

Al narrar este episodio podemos caer en el error de pensar que se trataba de ciudades vecinas, cuando la realidad es que estaban separadas por unos 110 kilómetros y, aunque ambos asentamientos se encontraban en lo que los romanos llamaban Celtiberia, Numancia era una población arévaca, mientras Segeda lo era bela. Las fuentes nos indican que hasta Numancia se trasladaron no solo los guerreros, sino toda la población, que, es de suponer, se llevaría consigo las pertenencias que pudiera cargar y sus animales domésticos, para muchos su único modo de vida. Esto implica que se formaría una lenta caravana que tardaría en recorrer la distancia entre las dos poblaciones un mínimo de dos días y medio o tres. El hecho de que los segedenses hubieran de buscar refugio en una ciudad tan lejana nos está indicando algo muy importante: que muchas otras, más cercanas y de su misma etnia, les habrían negado el apoyo.

Como dato curioso, podemos indicar que este episodio bélico, que en un principio podría parecernos de poca importancia, sobre todo si lo comparamos con otros cercanos en el tiempo, es la causa de que nuestro calendario empiece el día 1 de enero y no el 15 de marzo, como sucedía hasta entonces. El adelanto del comienzo del año se decretó por el Senado romano a fin de que a los nuevos gobernadores

les diera tiempo a llegar con sus tropas a Hispania y estar listos para iniciar las campañas en primavera.

En Numancia se nombró al segedense Caro como responsable de la defensa de la ciudad, cargo que le duró poco, ya que a los tres días de su nombramiento murió mientras dirigía una emboscada contra las tropas de Nobilior, a las que sorprendió en un desfiladero cercano a Numancia. Los celtíberos habían conseguido reunir un gran ejército formado por 20.000 infantes y 5.000 jinetes, y tenían enfrente a 30.000 romanos. La victoria se la adjudicó la coalición celtibérica, aunque murieron unos 6.000 guerreros por cada bando. Las bajas indígenas se produjeron en su mayoría cuando se retiraban, masacrados por la caballería romana.

El hecho de que los 6.000 muertos por el bando itálico fueran ciudadanos romanos (no aliados, ni auxiliares) causó tal conmoción en Roma, que a partir de entonces el 23 de agosto, fiesta romana de la Vulcanalia, fue considerada fecha nefasta, y en ella ningún general romano entablaría batalla de forma voluntaria.

De regreso en la ciudad, los celtíberos supervivientes eligieron como nuevos jefes a dos numantinos: Ambón y Leucón, mientras Nobilior instalaba su campamento a seis kilómetros al este de Numancia, en la Gran Atalaya de Renieblas, donde recibió el refuerzo de trescientos jinetes y diez elefantes enviados por el rey de los nómadas, Masinissa.

Una vez completado su ejército se enfrentó a los celtíberos ante los muros de la ciudad arévaca, dejando los elefantes en la retaguardia hasta el momento del enfrentamiento. De repente, las tropas romanas se abrieron, dejando paso a los animales, que avanzaron causando el pavor de los indígenas, que jamás habían visto semejantes bestias, y huyeron a refugiarse tras las murallas. Pero desde allí descubrieron que aquellos extraños animales no eran invencibles, ya que el impacto de una gran piedra en la cabeza de uno de los paquidermos hizo que este se enfureciera y arremetiera contra los romanos, seguido por los otros nueve, provocando la desorganización de los atacantes y la huida de muchos de ellos para

no perecer bajo las patas de los gigantes. El momento de desconcierto fue aprovechado por los celtíberos, que contraatacaron causando la muerte de más de 4.000 romanos y tres elefantes, además de conseguir numerosas armas y enseñas.

Los numantinos aprovecharon la posición de ventaja que les proporcionaban las dos victorias consecutivas para ofrecer un acuerdo a los romanos, pero el orgullo de Nobilior le impidió aceptar las condiciones. En vez de eso trató sin éxito de cortar los suministros que llegaban desde Uxama, aunque solo consiguió perder gran cantidad de hombres. Ante sus continuos fracasos trató de reforzar su ejército reclutando guerreros indígenas en las zonas de la Celtiberia controladas por Roma, pero después de sus derrotas ante los numantinos su prestigio estaba por los suelos, y le fue negada la ayuda. El invierno se le echó encima y se tuvo que retirar, sin ningún avance significativo, a su campamento de invierno en Renieblas. Cuando su mandato finalizó al año siguiente y fue relevado por el nuevo cónsul, Marco Claudio Marcelo, la situación seguía enquistada y sin visos de una pronta solución.

Marcelo, veterano que ya había ocupado con anterioridad una magistratura en Hispania, inició sus campañas en el valle del Jalón, donde atacó las ciudades de Nertóbriga y Occilis, ambas en territorio de los belos, a los que exigió que trataran de convencer a los arévacos rebeldes para que volvieran a la obediencia a Roma. Los nertobriguenses, además, se comprometieron a enviarle tropas de caballería. A continuación, Marcelo se dirigió a las zonas rebeldes interiores, pero por el camino la retaguardia de su ejército fue atacada y les robaron gran cantidad de provisiones y bagajes. Se desconoce quiénes fueron los responsables del ataque, pero cuando llegaron los jinetes que Nertóbriga había prometido, Marcelo los culpó a ellos de la emboscada, los hizo prisioneros y vendió sus caballos. A continuación regresó a Nertóbriga dispuesto a ponerle sitio, pero sus habitantes le ofrecieron un nuevo tratado de paz, que fue aceptado por el romano.

Al mismo tiempo, otros pueblos celtíberos buscaron también firmar acuerdos basados en los firmados en su día con Graco, pero dadas las importantes discrepancias existentes entre las distintas ciudades, se resolvió que cada cual enviara una delegación ante el Senado romano para que fuera este quien decidiera sobre el posible acuerdo de paz con todas ellas. Ya en Roma, los representantes de las ciudades belas y titas, más favorables a la metrópoli, fueron recibidos como aliados, mientras que los díscolos, entre los que se encontraban los numantinos, fueron obligados a acampar y esperar fuera de las murallas. En el Senado había dos facciones con posturas enfrentadas sobre la política a desarrollar en Hispania, pero al final salió victoriosa la que defendía una actitud más beligerante, en la que militaba el mismo Escipión Emiliano. El veredicto final fue desestimar el acuerdo de paz propuesto por Marcelo y volver a declarar la guerra a los celtíberos.

Ante las dificultades para reclutar las tropas que acompañarían a su relevo, debido al temor a los hispanos que empezaba a extenderse por la capital itálica, Marcelo tuvo que aplazar el regreso a Roma tras finalizar su mandato. Aprovechó el tiempo de espera para realizar un último intento de llevarse la gloria de ser recordado como el general que derrotó a Numancia, con lo que atacó de nuevo a los celtíberos, que se vieron forzados a volver a encerrarse entre sus murallas, y a nombrar a su nuevo líder, Litennón, como interlocutor, no solo de los arévacos, sino también de los belos y titos.

Finalmente, ese 152 a. C. llegaron a un acuerdo por el que los numantinos se vieron obligados a la entrega de numerosos rehenes y al pago de 600 talentos de plata, que hubieron de reunir con aportaciones de toda la Celtiberia, ya que en Numancia no se disponía de semejante fortuna. Este tratado sí que fue aceptado por Roma, lo que proporcionó a la región un periodo de nueve años de relativa paz.

Cuando el año 151 a. C. el cónsul Lucio Licinio Lúculo se hace cargo de la Citerior, encuentra la Celtiberia pacificada y, por tanto, sin muchas posibilidades de obtener ningún botín. Ese sería el motivo por el que emprendió una campaña contra los vacceos, de la que ya

hablamos anteriormente al tratar las guerras lusitanas, y con cuya miserable actuación llenó de vergüenza incluso a los mismos autores romanos que nos hicieron llegar la narración de los hechos.

Pero la paz en la Celtiberia se mantuvo, llegando incluso estos pueblos a apoyar a los romanos con el envío de tropas en su lucha contra los lusitanos, en concreto 5.000 guerreros belos y titos en 147 a. C.; y solo se quebró el año 143 a. C., cuando da inicio la que los propios romanos denominaron *Bellum Numantinum*, la guerra numantina o tercera guerra celtibérica, que duró diez años. Tiempo en el que se convirtió en símbolo de resistencia a las fuerzas invasoras y motivo de pavor para los habitantes de Roma, que se resistían a alistarse para ser enviados a la que consideraban una muerte segura.

Guerra numantina

Como decimos, la guerra se inicia el año 143 a. C. con una rebelión generalizada de arévacos, belos, titos y lusones, y hasta que el 1 de enero de 134 a. C. Publio Cornelio Escipión Emiliano tome posesión del consulado, serán varios los generales que se estrellan contra los muros numantinos.

Se ha llamado la atención sobre el hecho constatado de que la reanudación de los enfrentamientos en la Celtiberia coincidiera con el punto más virulento de la rebelión del caudillo lusitano Viriato, que, como ya hemos visto, trató en diversas ocasiones de animar a la revuelta a otros pueblos indígenas.

En este punto de la narración debemos traer a colación a un personaje del que se sabe muy poco pero del que se ha escrito mucho, quizá demasiado. Nos referimos a Olíndico u Olónico.

Este nombre aparece en las fuentes en dos ocasiones. En primer lugar, en las *Periochae*, el resumen de la *Historia de Roma desde su fundación* de Tito Livio, donde encontramos también las partes perdidas de la obra del autor romano. En este resumen aparece una

escueta mención a un tal Olónico, que se levantó en armas contra Roma el año 170 a. C.:

El alboroto causado en Hispania por Olónico terminó al resultar muerto.

TITO LIVIO, *Per.*, 43.

No hay más datos.

La segunda mención la encontramos en un texto de Floro, y parece referirse a un momento posterior, en concreto al año 143 a. C., y es más extensa, aunque también llena de incógnitas difíciles de interpretar. Dice así:

Todo el peso de la lucha recayó en lusitanos y numantinos, no sin razón, pues fueron los únicos de los pueblos del territorio hispánico en poseer caudillos. Habría recaído también en la totalidad de los celtíberos de no haber sido muerto al comienzo de la guerra el cabecilla de la sublevación, Olíndico, hombre extraordinariamente destacado por su astucia y osadía —si hubiese tenido éxito—, que, a modo de un profeta, blandiendo una lanza argétea como si hubiese sido enviada del cielo, había seducido las mentes de todos. Pero al haber irrumpido de noche con idéntica temeridad en el campamento del cónsul fue alcanzado por la jabalina de un centinela junto a su misma tienda.

FLORO I, 33, 13-14).

Para empezar nos encontramos con la controversia de si ambas fuentes se refieren al mismo individuo o estamos ante dos personas diferentes. A favor de que ambos textos se refieran al mismo líder está el hecho de que los dos están resumiendo la misma obra de Tito Livio, y tanto en Floro como en la *Periochae* solo aparece una mención a este individuo, aunque en cada obra sea con un nombre diferente. A favor de que estemos ante dos personas distintas, aparte de la evidente diferencia en el nombre, está el hecho de que un episodio está situado en el año 170 a. C. y el otro en 143 a. C. El problema no son los veintisiete años de diferencia entre ambas menciones, sino el hecho de que en ambos episodios el protagonista

muere, lo que hace muy difícil que el mismo caudillo pueda aparecer en dos ocasiones distintas como azote de Roma.

Dejando esa polémica de lado y centrándonos en el Olíndico de Floro, que es el que más información nos aporta, vemos que parece describirse un líder político-militar que se rodea también de un aura religiosa, al mencionar sus supuestas capacidades proféticas y esa lanza de plata que él dice recibida del cielo (recordemos que el dios Lug de la mitología céltica también era portador de una lanza mágica de plata). Esta conjunción de funciones político-religiosas en un único individuo no debe extrañarnos en el contexto histórico en el que nos movemos, ya que es conocido que en otras culturas contemporáneas a la celtibérica las funciones políticas y religiosas iban de la mano, y que los líderes de las comunidades eran, con frecuencia, también líderes religiosos, o tenían reservadas funciones del máximo nivel en el culto religioso, al menos en su faceta pública. Eso era así incluso entre los romanos.

Floro llama a Olíndico *dux* (jefe militar, caudillo), título que aparece con frecuencia aplicado a otros líderes indígenas, pero también *summus vir*, varón máximo, que en latín resulta tan ambiguo como en castellano, ya que puede significar muchas cosas, pero está claro que se refiere a un individuo que estaba muy por encima del resto, y del que indica que se puso a la cabeza de la totalidad de los celtíberos levantados en armas. Pero su liderazgo terminó con su muerte en extrañas circunstancias, atravesado por el *pilum* de un centinela después de haber penetrado en el campamento romano por la noche y llegado junto a la tienda del cónsul. Hay autores que consideran que Olíndico habría sido uno de los responsables del reinicio de las hostilidades en 143 a. C., al incitar con sus arengas a los pueblos celtíberos, pero desgraciadamente no disponemos de más datos que puedan arrojar luz sobre la identidad y circunstancias de este interesante personaje.

Entre 143 y 141 a. C., Quinto Cecilio Metelo ocupó todo su mandato (primero como cónsul y luego como procónsul) en una prolongada campaña por la Celtiberia Citerior, la tierra de los belos,

en la que conquistó diversas ciudades, como Nertóbriga, Centóbriga y Contrebia, pero como consecuencia de su dureza, estas campañas se alargaron mucho más de lo esperado, con lo que no tuvo tiempo material para atacar los principales *oppida* arévacos: Numancia y Termancia.

Encontramos aquí otro episodio que nos puede dar pistas sobre la manera en que los celtíberos entendían la política de gestos hacia ellos. Nos dice Floro que, tras la conquista de Centóbriga, un caudillo de esta ciudad de nombre Retógenes se pasó al bando romano. Cuando acompañaba a las tropas de Metelo en el asedio a la ciudad de Contrebia, vio cómo los sitiados colocaban a sus propios hijos en las murallas como escudos humanos. A pesar de la voluntad de Retógenes de continuar con el ataque, algo que supondría la muerte segura de sus vástagos, Metelo prefirió interrumpirlo y levantar el asedio, un gesto que le valió las simpatías de muchos pueblos celtíberos y le facilitó llegar a posteriores acuerdos con ellos.

Aunque no haya certeza, este Retógenes bien pudiera ser el mismo que aparece poco después como uno de los líderes de la resistencia indígena en Numancia. Si se confirmara la identidad, estaríamos de nuevo ante un vaivén de voluntades, ya que habría pasado de un enfrentamiento con los romanos cuando estos atacaron su ciudad (Centóbriga), a una alianza posterior, para volver a situarse frente a ellos en la etapa final de la guerra numantina.

El sucesor de Metelo fue el cónsul Quinto Pompeyo Aulo, que en 141 a. C. se plantó ante Numancia con un imponente ejército, formado por 30.000 infantes y 2.000 jinetes, intentando trabar batalla campal con los numantinos, liderados ahora por un tal Megara. Estos le hicieron creer que aceptaban el enfrentamiento y formaron en orden de batalla, para simular una retirada tan pronto los romanos avanzaron. Los atacantes salieron en persecución de los celtíberos, desorganizando sus propias líneas, lo que fue aprovechado por los numantinos para contraatacar desde una posición más favorable para ellos, causando numerosas bajas entre los romanos.

Recordemos que esta es la misma táctica que hemos visto utilizar de forma reiterada a los lusitanos.

Ante este fracaso, Pompeyo se dirigió hacia Termancia (Montejo de Tiermes, Soria), pero nuevos descalabros le obligaron a cambiar de objetivo, atacando Malia, de localización desconocida, donde por fin logra una victoria, ya que sus propios habitantes mataron a un grupo de guerreros numantinos que guarnecían la ciudad y la entregaron a los romanos.

Detengámonos un momento en lo sucedido en Malia, ya que consideramos que es de la mayor importancia, dado que nos muestra la existencia de unas relaciones de los numantinos con otras ciudades arévacas que exceden los simples pactos, al incluir una guarnición militar en la población. Lo que no sabemos es si esta guarnición estaría allí ante una petición de ayuda de sus habitantes o si, por el contrario, se trataba de una imposición de Numancia. A favor de la primera posibilidad está el hecho que nos narra Diodoro Sículo referido a la ciudad de Lagni, que habría solicitado auxilio a los numantinos, que respondieron enviándoles a 400 guerreros, aunque también es cierto que cuando estos llegaron fueron traicionados por los de Lagni, que los entregaron a Pompeyo. A favor de la segunda opción está el ya citado asesinato de la guarnición numantina de Malia para entregar la ciudad a los romanos.

También hay que tener en cuenta la posibilidad de que existieran enfrentamientos entre diferentes facciones dentro de las ciudades, unas favorables a los romanos y otras a los numantinos, con lo que no sería extraño que, ante la cercanía de las tropas romanas, se produjera el asesinato de las fuerzas numantinas, que habrían sido requeridas por una de las facciones enfrentadas.

Sea como fuere, estos dos casos, que para algunos investigadores podrían referirse en realidad a un mismo hecho, aunque narrado de manera diferente por Diodoro y Apiano, nos reafirmaría en lo ya mencionado antes de la total autonomía de cada ciudad para decidir en cada momento lo que mejor le convenía, incluso aunque eso fuera

en contra de otros pueblos con los que mantenía una relación de amistad o una misma adscripción «étnica».

Pero continuemos con nuestro relato. Tras exigir rehenes a los de Malia, Pompeyo se dedicó a lanzar operaciones de castigo por la Celtiberia y la Sedetania, donde pasó el invierno. Y en la Sedetania volvemos a encontrarnos con la mención a otro «bandolero», que bien pudiera ser un caudillo rebelde. Así nos lo cuenta Apiano:

(Pompeyo) se trasladó a la Sedetania, que era devastada por un capitán de bandoleros llamado Tangino. Pompeyo lo venció y tomó muchos prisioneros. Sin embargo, la arrogancia de estos bandidos era tan grande, que ninguno soportó la esclavitud, sino que unos se dieron muerte a sí mismos, otros mataron a sus compradores y otros perforaron las naves durante la travesía. APIANO, *Iberia*, 77.

No olvidemos que la Sedetania, en el valle medio del Ebro, era territorio ibérico, y ya pacificado mucho tiempo antes, con lo que es muy probable que estos ataques fueran llevados a cabo por pueblos vecinos, no ibéricos, que vivían del saqueo de estos prósperos territorios, algo que estaría avalado por el posible origen celta del nombre Tangino.

Finalmente el mandato de Pompeyo fue prorrogado, y para la primavera regresó ante Numancia dispuesto a ponerle cerco, para lo que no dudó, incluso, en intentar desviar el río Merdancho, lo que fue impedido por los continuos ataques de los numantinos, que le obligaron a retirarse. Después de tantos reveses, Pompeyo trató de salvar la cara antes de ser relevado, por lo que ideó un acuerdo secreto con los numantinos.

Los celtíberos accedieron al arreglo y simulaban aceptar unas condiciones más duras que las realmente pactadas, ya que se aparentaba una rendición (*deditio*) que no fue tal. Entregaron una parte de los treinta talentos de plata que se comprometieron a pagar a Roma, así como una considerable cantidad de *sagos* (mantos) de lana,

caballos y pieles, algunos rehenes y los prisioneros y desertores romanos que tenían en su poder.

Pero cuando más tarde los numantinos se presentaron ante Pompeyo para abonar la cantidad que faltaba según lo acordado, este, consciente de que los términos del pacto estaban muy lejos de los que Roma estaba dispuesta a aceptar, negó ante su sucesor en el cargo, Marco Popilio Lenas, haber llegado a acuerdo alguno con los indígenas. El nuevo cónsul, ante las dudas que le suscitaba lo que allí había ocurrido, remitió el asunto al Senado de Roma, hasta donde se desplazó otra delegación de los numantinos, que vieron cómo, de nuevo, se anulaba el pacto alcanzado con los romanos, aunque, eso sí, se negaron a devolverles el primer pago efectuado tras la consecución del acuerdo ahora revocado.

El Senado romano, por tanto, decretó la reanudación de la guerra, algo que, significativamente, coincidió en el tiempo con la ruptura del pacto que habían alcanzado en la Ulterior con Viriato. Roma se encontraba de nuevo fuerte, y no estaba dispuesta a aceptar de ningún pueblo indígena otro acuerdo que no fuera la *deditio*, la rendición incondicional.

Tampoco Popilio fue capaz de tomar Numancia el año 138 a. C., aunque cambió de estrategia y trató de asaltarla directamente utilizando escalas. Cuando vieron las intenciones de los romanos, los numantinos se escondieron en la ciudad a la espera del momento apropiado para atacar. Los asaltantes, al no ver en las murallas a ningún defensor que tratara de impedirles el acceso, se temieron una emboscada y comenzaron la retirada, momento que fue aprovechado por los arévacos para salir en tromba de la ciudad y causarles numerosas bajas.

Tras este nuevo revés, Popilio lanzó una expedición contra los lusones, aunque su éxito también fue escaso, y fue relevado el 137 a. C. por Cayo Hostilio Mancino sin haber conseguido el ansiado triunfo.

Pero Mancino siguió con la ya tradición romana de enlazar derrota tras derrota, llegando incluso a trasladar su campamento

hasta Renieblas ante los rumores de que un importante ejército de vacceos y cántabros se dirigía hacia el lugar en apoyo de los numantinos. La noticia era falsa, pero cuando quiso reaccionar se encontró cercado por los numantinos, por lo que se vio obligado a firmar la paz en términos de igualdad (*foedus aequum*), algo que fue considerado indigno por Roma, que condenó a Mancino a la vergüenza de ser entregado desnudo a los numantinos para que estos vengaran en él el rechazo del pacto. Pero ante la sorpresa de los romanos, los habitantes de Numancia no mostraron ningún interés en hacer daño a Mancino, lo dejaron desnudo ante sus murallas durante horas, hasta que, ya por la noche, los propios legionarios lo volvieron a recoger y lo trasladaron de vuelta a su campamento.

Roma había sustituido a Mancino por otro cónsul, Marco Emilio Lépido, que se vio obligado a respetar la paz acordada con los numantinos hasta que el Senado se pronunciara sobre el caso anterior, pero mientras este deliberaba, Lépido desobedeció las órdenes de Roma y se dedicó a atacar a los vacceos con el falso pretexto de que habían suministrado alimentos a los numantinos.

Esto le costó muy caro, ya que no solo fracasó en su intento de tomar Pallantia, sino que a punto estuvo de perder la vida. Y es que, al alargarse el asedio de la ciudad vaccea mucho más de lo esperado, las provisiones se agotaron y los hombres comenzaron a morir. Tan desesperada era la situación que Lépido ordenó levantar el campamento en plena noche, dejando allí incluso a los heridos y enfermos. Cuando los de Palantia se dieron cuenta de que los romanos huían los persiguieron, causándoles numerosas bajas, y si no fueron aniquilados todos fue porque, según Apiano, los vacceos se retiraron gracias a la intervención divina, aunque el historiador no entra en detalles. Por supuesto, la insubordinación de Lépido fue castigada por Roma, que no solo le retiró el consulado, sino que le impuso también una fuerte multa.

En los dos años siguientes se sucedieron sendos cónsules que ni siquiera intentaron la conquista de la capital arévaca. Habrá que esperar hasta 134 a. C. para que, finalmente, se plante ante las

murallas de Numancia aquel que las expugnará, Publio Cornelio Escipión Emiliano.

El sitio de Numancia

Nos encontramos ante uno de los episodios bélicos más conocido de la Europa Antigua y, sin duda, el que más tinta ha hecho derramar de cuantos acontecieron durante la conquista romana de la península ibérica.

A lo largo de los siglos, el sitio de Numancia por las tropas de Escipión Emiliano se ha perpetuado en nuestra historiografía tradicional como uno de los acontecimientos más heroicos de cuantos han sido protagonizados por los españoles en toda su historia. La resistencia ante fuerzas muy superiores, aun a sabiendas de que no había escapatoria, y la elección de la muerte antes que la ignominia de la esclavitud, ha servido para la exaltación de los más elevados valores patrios a lo largo de nuestra historia.

Ya hemos visto cómo, uno tras otro, fueron muchos los generales que se estrellaron contra el infranqueable muro de espadas de los numantinos, convirtiendo a esta pequeña ciudad arévaca en una bestia negra, temida hasta en la mismísima capital romana. Por ello el Senado tuvo que recurrir a su mejor general, Publio Cornelio Escipión Emiliano, el destructor de la poderosa Cartago, que en cuanto tomó posesión del consulado se afanó en preparar un ejército lo suficientemente poderoso como para terminar de una vez por todas con el desafío numantino, y con él se presentó ante los muros de la ciudad rebelde en la primavera del año 134 a. C.

Su intención desde el primer momento fue convertir de nuevo en verdaderos legionarios a los hombres indisciplinados y desmoralizados que encontró a su llegada ante la capital arévaca, con lo que lo primero que hizo el nuevo cónsul fue expulsar a todas las prostitutas, buhoneros y adivinos que infectaban los campamentos romanos y sus alrededores, y comenzar un duro programa de

entrenamiento e instrucción, en el que incluyó una expedición que arrasó los campos de los cercanos vacceos, lo que les proporcionó abundante grano y la seguridad de que los numantinos no recibirían apoyo de los pueblos vecinos.

Tras esto se centra en Numancia y pone en práctica una táctica que, al menos en teoría, no puede ser más simple: cercar la ciudad y rendir a sus ocupantes por hambre. Lógicamente eso es algo más fácil de decir que de hacer, pero Escipión se puso manos a la obra y no se detuvo hasta conseguirlo. En primer lugar construyó dos campamentos principales al norte y al sur de la ciudad sitiada, en Castillejo y Peña Redonda, y a continuación siete fuertes, que unió con un cerco múltiple que parecía imposible de construir. Medía cuarenta y ocho estadios (unos 9 kilómetros), y estaba formado por un primer foso reforzado por una empalizada, tras el que excavó un segundo foso con su correspondiente empalizada y, completando todo el conjunto, y como cerco más exterior, una muralla de piedra de cuatro metros de espesor en la base por tres de altura, a la que habría que sumar un parapeto de madera en su parte superior; reforzada cada treinta metros por una torre dotada de artillería de torsión (en total se levantaron unas 300 torres). En la parte norte de Numancia se extendía una zona de humedal, donde se sustituyó la muralla por un terraplén. En ambas orillas del río Duero se levantaron dos fortines de vigilancia, y se colgaron sobre las aguas troncos erizados de espadas y puntas de lanza para evitar que nadie lo utilizara como vía de entrada o salida.

Los numantinos no se quedaron impasibles viendo cómo avanzaban las obras, sino que realizaron numerosas salidas, tratando de entorpecerlas e invitando a los romanos a la batalla campal, cosa que Escipión rehusó, consciente del valor y la desesperación de aquellos hombres. Más tarde también atacarían en diversas ocasiones a las fuerzas que custodiaban las fortificaciones ya terminadas, sin ningún éxito. Ante la negativa romana al enfrentamiento directo, y a pesar del cerco, algunos numantinos consiguieron escapar en más de una ocasión, como la reflejada en el conocido episodio en el que

Retógenes, junto a otros cinco numantinos, burló el asedio para pedir ayuda exterior, aunque no consiguiera más que el apoyo de los desgraciados jóvenes de Lutia, que perdieron sus manos como castigo al desafío a Roma.

Numancia estaba completamente sola, y tras once meses de cerco la desesperada situación ya hacía mella en el ánimo de los refugiados, por lo que se envió una delegación encabezada por un tal Avaro a entrevistarse con el general romano. Pero Escipión, conocedor de la situación límite que vivía la ciudad, se negó a ningún acuerdo que no fuera la rendición incondicional y la entrega de sus armas.

Cuando la embajada regresó a Numancia y transmitió las exigencias de Escipión Emiliano los emisarios fueron muertos por los sitiados, que consideraron que estos se habían preocupado únicamente de sus propios intereses y seguridad, y no de los de su pueblo.

A partir de estos momentos la desesperación se extendió entre los numantinos. Las provisiones hacía ya tiempo que se habían terminado, por lo que tuvieron que cocer las pieles para alimentarse. Cuando terminaron con el cuero, el hambre los llevó al canibalismo, primero con los muertos y luego con los vivos.

Los más fuertes causaron violencia a los más débiles. Ningún tipo de miseria estuvo ausente. Se volvieron salvajes de espíritu a causa del hambre, de la peste, del tiempo transcurrido.

APIANO, *Iberia*, 96.

Finalmente comprendieron que todo intento de resistencia era vano, y ofrecieron la rendición a Escipión, que los emplazó para presentarse al día siguiente en un punto concreto tras haber entregado sus armas. Pero la decisión se les hacía tan difícil que pidieron al general un día más, durante el cual muchos terminaron con sus vidas antes de entregarse. Los que se presentaron en el lugar acordado causaron en los romanos una honda impresión, como nos dice Apiano:

(...) espectáculo terrible y prodigioso. Sus cuerpos estaban sucios, llenos de porquería, con las uñas crecidas, cubiertos de vello, y despedían un olor fétido... Aparecieron ante sus enemigos dignos de compasión, pero temibles en su mirada, pues aún mostraban en sus rostros la cólera, el dolor, la fatiga y la consciencia de haberse devorado los unos a los otros.

APIANO, *Iberia*, 97.

Pequeño fue el botín que Escipión logró arrancar de la ciudad arévaca, ya que esta había sido incendiada por sus habitantes antes de su entrega. Incluso tuvo que pagar de su bolsillo los siete denarios que había prometido a cada uno de sus legionarios. Pero el escaso beneficio económico fue ampliamente compensado por la gloria de ser él quien acabara con el símbolo de la rebeldía indígena ante el poder de Roma.

Sin que tratemos en ningún momento de quitar mérito a los arévacos que durante tantísimo tiempo sufrieron tan duro asedio y tan terrible final, hemos de señalar que las investigaciones de las últimas décadas nos han permitido llevar a sus justos términos este conocido acontecimiento.

Lo cierto es que, si nos atenemos a los fríos números, el enfrentamiento no podía ser más desigual. Los estudios científicos indican que la población de Numancia en los momentos previos al asedio sumaría un máximo de 5.000 personas, incluyendo hombres en edad de combatir, mujeres, niños y ancianos, esto significa que los defensores reales, teniendo en cuenta que en una situación de emergencia como esta se echaría mano de todo el que pudiera sostener un arma en las manos, no llegarían a los dos millares. Pero Apiano nos dice que Numancia era defendida por 8.000 guerreros (según Floro 4.000), lo que indica claramente que en la ciudad se habían reunido contingentes llegados de otros territorios y pueblos más o menos cercanos. Entre ellos solo conocemos a los segedenses, que con su refugio en la capital arévaca habían dado inicio a la guerra años atrás, del resto no sabemos nada.

¿Y a cuántos tenían enfrente? Las mismas fuentes nos indican que Escipión disponía de un ejército de 60.000 hombres, más de siete

veces el número de defensores (Floro rebaja la cifra a 40.000). Entre estas fuerzas encontramos, por supuesto, muchos romanos, se calculan que unos 25.000, y un buen número de auxiliares llegados de muy distintos lugares del Mediterráneo, pero también de la península ibérica. Sabemos de la presencia de honderos griegos (etolios) por los glandes de plomo con inscripciones que se han encontrado, así como del rey númida Yugurta, que se presentó ante Escipión con un contingente de jinetes y honderos más doce elefantes, pero estos serían solo una mínima parte de las fuerzas no romanas, que se compondrían básicamente de hispanos, tanto íberos como celtíberos. Esto significa que, muy posiblemente, habría más celtíberos sitiando Numancia que defendiéndola.

En cuanto al suicidio en masa de sus habitantes, nos encontramos ante un hecho narrado hasta la saciedad por numerosos autores clásicos, que además incluyen multitud de variantes, como la de Valerio Máximo, cargada de dramatismo, en la que nos cuenta que el mismo Retógenes del que hablábamos con anterioridad, tras incendiar su barrio dentro de la ciudad, ordenó a los guerreros que lucharan por parejas y que los vencedores arrojaran a los derrotados a la hoguera después de cortarles la cabeza. Cuando todos murieron cumpliendo sus órdenes, él mismo se arrojó a las llamas.

Pero todo indica que este suicidio no fue tan generalizado como las fuentes romanas y la historiografía tradicional nos ha venido contando, ya que esas mismas fuentes dicen que, de entre los numantinos que se rindieron, Escipión seleccionó a cincuenta, que fueron enviados a Roma para ser exhibidos en el desfile del triunfo, mientras que el resto fueron vendidos como esclavos. Desconocemos el número de supervivientes, aunque suponemos que estos serían en su mayoría mujeres, niños y ancianos, ya que no serían muchos los guerreros que aceptarían el deshonor de la rendición.

CONQUISTA DEL ARCHIPIÉLAGO BALEAR

Por lo que respecta a las Baleares, sabemos que en 217 a. C., un año después del desembarco de Escipión en Ampurias para hacer frente a los ejércitos de Aníbal, el general romano en persona se desplazó hasta Ebussus (Ibiza), ciudad de fundación fenicia y aliada de los cartagineses, pero fue incapaz de tomarla, con lo que se dedicó a arrasarse las tierras de cultivo para dañar su fuente de alimentos y una de las bases de su comercio. Antes de que abandonara el archipiélago se presentó ante él una delegación de las islas mayores (Mallorca y Menorca), solicitando la paz. Esto se ha interpretado por algunos autores como un intento de los indígenas autóctonos de sacudirse el dominio cartaginés y de desmarcarse de las acciones púnicas, aunque también es cierto que un año más tarde el general cartaginés Asdrúbal el Calvo atracó sus naves en las Baleares para preparar una escuadra con la que hacer frente a los ataques romanos, sin que tengamos noticias de ninguna resistencia por parte de los indígenas. En 206 a. C. será Magón quien arribe a Menorca con su flota, y aunque las fuentes nos dicen que en un principio fue recibido a pedradas, lo cierto es que pudo invernar en la isla.

Pero con el tiempo la situación cambió de forma radical. Tras la derrota cartaginesa, Roma se afanaba en completar la conquista de la península ibérica, y consideró que las Islas Baleares eran un punto estratégico de primer orden que no podían dejar de lado. Así que, con la excusa de que eran un refugio para los piratas que atacaban los

barcos mercantes romanos, entorpeciendo el comercio en esa parte del Mediterráneo, en el 123 a. C. el cónsul Quinto Cecilio Metelo atacó las islas dispuesto a conquistarlas. Esta campaña se dirigió solo a Mallorca y Menorca (las Baleares propiamente dichas, ya que Ibiza y Formentera eran conocidas como las islas Pitiusas), dado que la colonia fenicio-púnica de Ebusus había llegado a un acuerdo previo que les permitía continuar con su vida y costumbres, comprometiéndose a no perjudicar a Roma y al pago de los impuestos correspondientes.

Pero los indígenas baleares no se mostraron en esta ocasión tan amistosos como en otras anteriores, y atacaron a las naves romanas tan pronto como estas se aproximaron a la costa. Conocedor de la fama de los honderos baleares, Metelo se protegió de sus previsibles ataques del siguiente modo:

Cuando navegando hacia las islas se acercó a ellas, mandó tender pieles sobre la cubierta de los navíos para defenderse de los tiros de honda.

ESTRABÓN, *Geografía*, III, 5, 1.

No conocemos apenas detalles de la conquista, solo que duró dos años, al final de los cuales quedaron destacamentos romanos en las islas para asegurar su fidelidad.

Como consecuencia de esta victoria, al cónsul Metelo se le concedió el título de Baleárico.

LAS GUERRAS ASTUR-CÁNTABRAS

Conocemos con este nombre el conflicto que se desarrolló entre los años 29 y 19 a. C. y que permitió a Roma dominar a los últimos pueblos que se resistían a su presencia en el norte de la península ibérica: los cántabros y los astures. Roma dio tanta importancia a estas guerras que el mismo emperador Augusto se desplazó hasta Hispania para tomar parte en ellas, algo que a punto estuvo de costarle la vida.

Así inicia el historiador Lucio Anneo Floro su narración de estas campañas:

En el occidente estaba ya en paz casi toda Hispania, excepto la parte de la Citerior pegada a los riscos del extremo del Pirineo, acariciados por el Océano. Aquí se agitaban dos pueblos muy poderosos, los cántabros y los astures, no sometidos al Imperio.

FLORO, II, 33, 46.

Mucho se ha hablado sobre las causas que dieron inicio a estas guerras. Las fuentes romanas siempre han insistido en que si Roma atacó a cántabros y astures fue porque ellos no cesaban en sus incursiones contra otros pueblos ya bajo la órbita romana, como los vacceos, los turmogos o los autrigones, es decir, la misma excusa que pusieron para iniciar otras campañas anteriores, como las que habían llevado a la derrota de los lusitanos un siglo atrás.

Por otra parte, la historiografía ha considerado durante mucho tiempo que la principal razón para esta conquista era el interés romano por las ricas minas de oro, hierro y otros metales que la cordillera Cantábrica guardaba en sus entrañas, algo que sin duda también influyó en la decisión; pero hoy son muchos los que consideran que a estos motivos económico habría que sumar otros políticos y estratégicos de gran importancia. Por una parte, Augusto quería consolidarse en el poder, y una buena manera de hacerlo era presentarse como un general victorioso, con lo que decidió acabar con los últimos reductos de resistencia en Hispania, que, no lo olvidemos, continuaba siendo un foco real de inestabilidad.

Por otro lado, y desde un punto de vista estratégico, no era conveniente tener un territorio rebelde en las costas cantábricas cuando estaban en marcha nuevas campañas en el centro y norte de Europa. La pacificación de la región permitiría, además, utilizar los puertos del norte peninsular como lugar de embarque de tropas romanas para las guerras en Germania.

A pesar de que hay constancia de enfrentamientos anteriores, se viene considerando que estas guerras comienzan en el año 29 a. C., cuando las legiones encadenan una serie de victorias contra los indígenas, vendidas en Roma como grandes triunfos, aunque no solucionaron el problema.

El primero en entrar en batalla fue el general Estatilio Tauro, que ese año se enfrenta a una coalición de astures, cántabros y vacceos, a los que supuestamente derrota, sin que tengamos más datos, aunque es muy posible que, más que en Cantabria propiamente dicha, estos choques se produjeran en torno a los *oppida* del norte del territorio vacceo. La situación de inestabilidad continúa, por lo que al año siguiente será Cayo Calvisio Sabino quien se enfrente a otra coalición astur-cántabra, con otra importante victoria que le valió celebrar el triunfo en Roma. Pero de nuevo deja el problema sin resolver, y se repite el mismo esquema anterior, con la llegada de un nuevo actor, el procónsul Sexto Apuleyo, la supuesta victoria sobre los rebeldes, con

su consiguiente triunfo en Roma, y su marcha dejando el conflicto latente.

Ante la falta de resultados definitivos, el mismo Augusto decide hacerse cargo de la dirección de las operaciones militares contra los díscolos indígenas. Tras la apertura de las puertas del Templo de Jano, teatral signo de que Roma estaba oficialmente en guerra (como si antes no lo estuviera), Augusto parte hacia Hispania con tropas de refuerzo.

El emperador instala su cuartel general en las proximidades de Segisamo (Sasamón, Burgos) y diseña una maniobra envolvente basada en la penetración en territorio cántabro de tres columnas, formando un enorme tridente con la intención de dividir el territorio y aplastar la resistencia que encontrara en su interior. A la larga el planteamiento se revelará efectivo, pero, como veremos, no resultará nada fácil llevarlo a efecto, con lo que se prolongará en el tiempo mucho más de lo previsto, ya que los indígenas no presentaban batalla frontal, sino que se limitaban a hostigar de forma constante a las líneas de legionarios, que no disponían de espacio para maniobrar de la forma habitual en aquellos angostos valles y empinadas laderas.

Augusto no pudo disfrutar de la victoria en persona, ya que una enfermedad hepática y el tremendo desgaste físico y psicológico de esta guerra le obligaron a abandonar el frente y dirigirse a descansar a Tarraco, dejando la dirección de las operaciones contra los cántabros en manos de Cayo Antistio, legado de la Tarraconense, mientras que Publio Carisio, legado de la Lusitania, se pone al frente de las tropas que hostigaban a los astures por el frente más occidental.

La imposibilidad de los romanos de acabar con la resistencia indígena hizo caer a los cántabros en el error de creer que podrían derrotarlos en una batalla formal, con lo que decidieron enfrentarse a ellos en campo abierto en las proximidades de una ciudad de nombre Bergida o Attica. Según las fuentes el resultado fue una tremenda derrota para los indígenas, que perdieron a muchos hombres, viéndose obligados los supervivientes a huir, siendo ellos ahora los hostigados por los enaltecidos legionarios, que los persiguen hasta un

monte llamado Vindius, donde son sitiados hasta que mueren por inanición. Tras estas victorias, el ejército de Antistio continúa su penetración a través de la cordillera Cantábrica, atacando todas y cada una de las ciudades indígenas que encuentran a su paso. Ahora sabemos que los romanos no avanzaban por los valles, sino que, para evitar las emboscadas, lo hacían por las crestas de las montañas, por los cordales, lo que dificultaba la progresión pero la hacía mucho más segura. Entre los asentamientos indígenas atacados estaría Aracellium (quizá La Espina del Gallego, Cantabria), una importante ciudad en la que se habían refugiado un buen número de indígenas. Los romanos establecen un cerco, y a pesar de la durísima y desesperada resistencia de los cántabros, finalmente la toman a sangre y fuego.

Tras esta importante victoria todo fue más fácil para las tropas romanas, y con la ayuda de una legión que Augusto hizo enviar por mar desde Aquitania, se completó, al menos de momento, la conquista de Cantabria.

Pero aún nos queda el frente occidental, donde dijimos que el legado Publio Carisio se enfrentaba a los astures. Los indígenas habían sido acosados por los romanos, de modo que se refugiaron también en las montañas, pero allí se reorganizaron y planificaron un ataque por el que dividirían los más de 20.000 hombres con los que contaban en tres grupos, que atacarían simultáneamente los tres campamentos en los que se acuartelaban las fuerzas romanas.

Con lo que no contaban los astures era con que los habitantes de la ciudad indígena de Brigaecium advirtieran a los itálicos de los planes de los rebeldes, lo que permitió a Carisio reunir un poderoso ejército, que derrotó a las fuerzas astures en una batalla en la que las pérdidas por ambas partes fueron muy importantes.

Los restos del ejército astur huyeron y se refugiaron en una ciudad de nombre Lancia, que fue sitiada por los romanos. A diferencia de lo ocurrido en el monte Vindius con los cántabros, aquí los astures acabaron rindiéndose a cambio de que la ciudad fuera respetada.

Ante las noticias de las victorias sobre cántabros y astures, Augusto abandonó Tarraco en el invierno de 25 a. C. y regresó a la zona de operaciones, donde ordenó que se estableciera a los pueblos montañoses en el llano, y obligó a las principales familias a entregar rehenes para asegurar el cumplimiento de las condiciones de paz. Tras esto, el emperador regresó a Roma, donde cerró de nuevo las puertas del templo de Jano como prueba de que el Imperio volvía a estar en paz.

Pero era una paz más teórica que real, ya que el año siguiente un destacamento romano fue aniquilado cuando se dirigía a recoger una partida de trigo que había sido ofrecida por los indígenas cántabros. Lucio Elio Lamia, sucesor de Antistio, envió una expedición de castigo, que arrasó campos y ciudades cercanos al lugar del ataque, cortando, además, las manos a muchos prisioneros. La brutal respuesta consiguió mantener la paz durante dos años.

El siguiente estallido rebelde parece ser que vino provocado por los abusos del legado Carisio, que hicieron saltar a los astures, seguidos de inmediato por los cántabros. Cayo Furnio, que era el nuevo legado de la Tarraconense, se desplazó al lugar y aplastó sin miramientos a los cántabros, que se refugiaron en el monte Medulio, donde fueron cercados y donde prefirieron suicidarse, ingiriendo un veneno extraído del tejo, antes que rendirse y terminar sus días como esclavos.

Tras su victoria sobre los cántabros, Furnio acudió a reforzar a Carisio, consiguiendo, con el poderoso ejército así formado, acabar con la rebelión astur. Los prisioneros capturados en esta campaña fueron vendidos como esclavos, y de nuevo volvió a considerarse que la cornisa cantábrica estaba totalmente pacificada.

Pero aún quedaba la apoteosis final. En el año 20 a. C. los prisioneros esclavizados en el episodio anterior se rebelaron contra sus dueños y los asesinaron, regresando a sus tierras de origen, donde se produjo un alzamiento general.

Augusto estaba cansado ya de la situación y envió a su mejor general, Marco Vipsanio Agripa, con la consigna clara de acabar con

esta guerra de una forma definitiva. Pero la operación no resultaría nada fácil ni siquiera para él, ya que tuvo que sofocar incluso una rebelión de sus propios legionarios. Eran ya muchos años de guerra continuada y las tropas estaban hartas. Por otro lado, los indígenas sabían que era una lucha a vida o muerte, con lo que peleaban de manera desesperada. Fue una guerra sin cuartel.

La actuación de Agripa fue brutal, a la aniquilación de todos los enemigos en edad militar se sumó la destrucción de los pueblos y ciudades conquistados. Fue una victoria absoluta, y se obligó a los supervivientes a entregar las armas y a cumplir las órdenes de Augusto de que las poblaciones bajaran al llano.

De los cántabros no se cogieron muchos prisioneros, pues cuando desesperaron de su libertad no quisieron soportar más la vida, sino que incendiaron antes sus murallas, unos se degollaron, otros quisieron perecer en las mismas llamas, otros ingirieron un veneno de común acuerdo, de modo que la mayor y más belicosa parte de ellos pereció. Los astures, tan pronto fueron rechazados de un lugar que asediaban, y vencidos después en batalla, no resistieron más y se sometieron enseguida.

DIÓN CASIO, LIII

Con esta campaña se acabó de forma definitiva con las guerras cántabras y por fin, casi dos siglos después de que los romanos pusieran por primera vez un pie en la península ibérica, pudieron decir que Hispania había sido totalmente conquistada.

Evidencias arqueológicas de las guerras cántabras

Hasta hace pocos años solo disponíamos de las fuentes escritas para el estudio de las guerras cántabras, pero poco a poco esto está cambiando, ya que la arqueología está obteniendo unos más que prometedores resultados, que nos presentan de una forma real y tangible las evidencias de este conflicto. De entre los estudios que van apareciendo seleccionaremos tres ejemplos, el del castro de Monte

Bernorio (Villarén, Palencia), el de La Loma (Santibáñez de la Peña, Palencia) y el de La Espina del Gallego (Cantabria). En los tres casos estamos ante castros indígenas cántabros que fueron atacados por fuerzas romanas, de las que nos han quedado también los campamentos que construyeron en las cercanías de los castros, lo que evidencia que su expugnación no fue tarea fácil ni rápida.

El importantísimo castro de Monte Bernorio ocupa una superficie de unas 28 hectáreas y está totalmente rodeado por una fuerte muralla de piedra unida en seco, de tres y medio a cuatro metros de espesor, y a la que se le han calculado entre cuatro y seis metros de altura. Hasta el momento se han identificado tres puertas de acceso, dos de ellas en esviaje. Frente a la muralla discurriría un foso de unos cinco metros de anchura y de metro y medio a metro ochenta de profundidad.

Desde la muela amesetada donde se construyó, el *oppidum* dominaba una importante encrucijada de vías de comunicación, ya que por allí discurren los caminos que desde la meseta atraviesan la cordillera Cantábrica hasta el mar, pero también los que recorren el piedemonte en sentido este-oeste, desde los Pirineos hasta Asturias y Galicia. Por eso su control era de la mayor importancia para Roma, que levantó sobre la meseta de la Lastra, situada a poca distancia de Monte Bernorio, un *castra maiorem*, un campamento de campaña que, por sus dimensiones (41 hectáreas) es uno de los mayores conocidos en Europa.

Por los abundantes restos militares encontrados en la cara sur del castro, sabemos que el ataque romano se produjo por ese lado, y que además de armamento ligero, del que se han recuperado puntas de flecha y restos de armas de asta, se utilizó artillería, tanto catapultas del tipo *scorpio*, lanzadoras de flechas, como *ballistae* lanzadoras de proyectiles de piedra, de los que se han localizado numerosos ejemplares.

El resultado final fue la destrucción del castro, que quedó totalmente arrasado. Sobre sus escombros se instaló un *castellum* romano para evitar su reocupación por los indígenas.

Algunos investigadores consideran que Monte Bernorio se correspondería con la ciudad cántabra de Bergida o Attica, junto a la que se produjo una gran derrota de las tropas indígenas, y también parece haber indicios de que el famoso monte Vindius donde se refugiaron los supervivientes de esta batalla se encontraría en las montañas del sur de Liébana, justo en el límite entre Cantabria y Palencia, donde se han encontrado dos importantes campamentos romanos de campaña. La hipótesis de la localización del monte Vindius en esta zona no vendría motivada únicamente por la presencia de estos dos campamentos romanos, sino por tener constancia de la existencia en las cercanías del topónimo *Binduey-Vindoey*.

El castro de La Loma estaba protegido por una potente muralla, a la que se había añadido por el exterior un foso en V de unos cuatro metros de profundidad excavado en la roca. Su tamaño, unas 10 hectáreas, nos indica que se trataría de una ciudad importante, con lo que su excavador plantea que pudiera tratarse de Tamárica, la capital de los tamáricos (Camárica y camáricos en otras fuentes) para la que hasta ahora se venían proponiendo otras localizaciones. Las pruebas de la existencia de un asedio y ataque por fuerzas romanas son evidentes, ya que en La Loma se ha recuperado la más grande colección de puntas de flecha romanas conocida hasta el momento, más de seiscientas, lo que nos da una idea de la dureza de los combates. Aparte de estas puntas sencillas también las hay mayores, pertenecientes a catapultas de tipo *scorpio*, entre las que hay también un ejemplar de tipo incendiario. Se ha detectado un nivel de incendio y destrucción que marca el final del castro.

Como decimos, se han encontrado también los asentamientos de las fuerzas romanas a cargo del asedio, en concreto un campamento principal, de unas cinco hectáreas, al sur del castro, en el que han aparecido varios proyectiles de *scorpio*, y otros menores que rodearían completamente a los indígenas.

Sobre la fecha en que se produjo el asedio y toma del castro, solo sabemos que fue en el transcurso de la última fase de las guerras

cántabras (29-19 a. C.), sin que se pueda concretar más. El asentamiento no fue vuelto a ocupar, ni los romanos dejaron ningún destacamento en el lugar, como sí se ha detectado en otros lugares.

El tercer ejemplo es el castro de la Espina del Gallego, un asentamiento protegido por una triple línea de muralla que cierra la parte más expuesta. El hecho de que haya evidencias de un foso entre la segunda y la tercera muralla nos indicaría que esta última se levantó en un momento posterior para reforzar las defensas, quizás ante la inminencia de la amenaza romana. Otra prueba de esta situación de peligro es que la muralla exterior tiene mayor potencia y mejor factura que las dos interiores.

Como evidencia del asedio romano se encontró una punta cuadrada de proyectil de catapulta tipo *scorpio*.

En las proximidades de este castro se localizaron dos campamentos romanos, Cildá y el Cantón. El primero, por su tamaño y las estructuras encontradas, sería el campamento principal, y se identifica con lo que las fuentes denominan un *castra maiora*, mientras que el segundo, más pequeño, sería un *castra minora*. Además de estos dos campamentos, se han localizado restos de, al menos, un *castellum*, un pequeño fortín que completaría el sistema defensivo y de asedio romano, junto a diversos fosos y terraplenes.

Ante la importancia de los restos encontrados, su excavador considera que el castro de la Espina del Gallego podría corresponderse con Aracellium, el enclave en el que se hicieron fuertes los últimos cántabros. De confirmarse la identidad Espina del Gallego-Aracellium, el episodio bélico del que hablamos aquí habría tenido lugar el año 25 a. C.

La importancia que los romanos dieron al control de este lugar queda reflejada en la existencia, en el punto más alto del castro, de restos de un barracón romano de piedra que podría alcanzar los cien metros de longitud por unos cinco de ancho. En este edificio habría quedado una guarnición para evitar que aquella fortaleza fuera nuevamente ocupada por los indígenas.

COROCOTTA

Antes de dejar el tema de las guerras cántabras querría hacer alusión a un personaje que ha hecho derramar ríos de tinta. Pocas veces unas pocas frases escritas por un historiador han dado para tanto. Nos referimos a Corocotta, un individuo en el que algunos han querido ver a un importantísimo caudillo cántabro que encabezó la resistencia contra Roma.

En primer lugar pondremos la cita, casi una anécdota, en la que este personaje es mencionado por Dión Casio:

Irritose tanto (Augusto) al principio contra un tal Corocotta, bandolero hispano muy poderoso, que hizo pregonar una recompensa de 200.000 sestercios (el original griego dice en realidad 250.000) a quien lo apresase; pero más tarde, como se le presentase espontáneamente, no solo no le hizo ningún daño, sino que encima le regaló aquella suma.

DIÓN CASIO, LVI, 43, 3. (Traducción de Adolf Schulten).

Eso es todo. Este personaje no aparece mencionado por ningún otro autor anterior ni posterior. Ni siquiera se dice en ningún sitio que fuera cántabro. Entonces, ¿qué base hay para referirse a él como al azote de los romanos que consiguió unificar a los indígenas montañeses en las guerras cántabras?

El responsable de la creación del mito sería Adolf Schulten, el investigador alemán que tanto trabajó en España, y cuyas respetadas palabras fueron admitidas por los investigadores contemporáneos y posteriores como verdades absolutas, sin que nadie se atreviera a refutarlas. De entrada, él dio por sentado que, refiriéndose a un hispano, debería tratarse de cántabro, ya que ese fue el único conflicto al que acudió el emperador en persona los años 26-25 a. C., y lo argumenta así:

Tratándose de una guerra en Iberia, y no habiendo habido en Iberia otra en tiempo de Augusto que la Cántabro-Astúrica, este Corocotta debe de haber sido algún jefe de los cántabros o astures. Y como Corocotta se rindió al propio Augusto, debe situarse en los años 25-26, es decir, cuando Augusto personalmente estaba en Cantabria.

ADOLF SCHULTEN, *Los cántabros y astures y su guerra con Roma*, 1943.

Aparte de esta razón «de oportunidad», Schulten añadía otra lingüística, ya que consideraba que el nombre del supuesto héroe pudiera ser celta, por su raíz Coroc-, también presente en la Lusitania, donde encontramos a un Corocuta, o en Britania, donde se conoce a otro caudillo de nombre Carataco. Más recientemente, el investigador E. Peralta ha añadido que el nombre del supuesto líder tiene la misma raíz que el del dios celta Corono.

Como decíamos antes, estas tesis han sido dadas por buenas durante décadas por muchos investigadores pasados y presentes, pero ahora han salido algunas voces discordantes, entre las que destaca la de la Dra. Alicia M. Canto, que considera que Schulten se dejó llevar en exceso por la imaginación, añadiendo muchos detalles de su cosecha propia, e hizo una montaña de un grano de arena.

Para empezar, la investigadora hace hincapié en que la cita de Dión Casio no aparece en los libros que narran las guerras cántabras (LIII y LIV), como habría sido lógico en caso de tratarse de un importante caudillo cántabro, sino dos libros después (en el LVI), cuando se trata de loar la figura del emperador y su clemencia. Tampoco está de acuerdo con la traducción hecha por el historiador alemán, y donde este traduce «bandolero hispano», ella considera que debería traducirse como «ladrón en Hispania», lo que abriría la posibilidad de que procediera de fuera de la península ibérica, algo que podría verse refrendado por su nombre, que la Dra. Canto hace proceder de un animal africano, la hiena (corocotta), nombre o apodo más acorde para un bandolero, y que se ha encontrado en ciudadanos romanos de ascendencia norteafricana, como un tal M. Grunnius Corocotta, al parecer procedente de la zona de la actual Túnez.

Tampoco está de acuerdo con la interpretación de Schulten de que Corocotta se presentó ante Augusto en un campamento durante las campañas de las guerras cántabras. En ningún punto de su cita habla Dión Casio de guerras ni campamentos militares y, aun así, hemos de recordar que Augusto pasó la mayor parte de su estancia en Hispania retirado en Tarraco a causa de una enfermedad, con lo que apenas estuvo en el frente de batalla, únicamente al principio de la campaña y al final de la primera fase de la guerra, para dar directrices sobre la reorganización del territorio y el destino de sus habitantes.

PAÍS VASCO

Cuando hablamos de las campañas romanas para conquistar el norte peninsular nos solemos centrar básicamente en las guerras astur-cántabras y, en mucha menor medida, en las campañas que afectaron a la actual Galicia. El motivo es muy simple: son las únicas que han quedado recogidas en las fuentes escritas, que nos las relatan paso a paso y con todo lujo de detalles. Pero, ¿qué pasa con el Cantábrico Oriental, el territorio del actual País Vasco?

Lo cierto es que son pocas las noticias que tenemos sobre los indígenas que habitaron aquellas tierras en la Edad del Hierro y, además, se contradicen con frecuencia unas y otras. Tampoco tenemos apenas información acerca del modo y el momento exacto en el que los romanos se hicieron con su control porque, a pesar de lo que durante décadas mantuvo determinada historiografía, la presencia romana allí es innegable, y que hubo una guerra de conquista, también. Detengámonos un momento en los pueblos que, según los autores antiguos, habitaban el oriente cantábrico a la llegada de los ejércitos itálicos.

Aunque, como decimos, las fuentes no son muy claras, se menciona a cuatro pueblos que ocuparían estos territorios en la segunda Edad del Hierro, los límites entre cada uno de ellos son complicados de establecer, aunque las referencias a ríos ayudan un poco: los autrigones ocuparían el territorio entre los ríos Asón, en tierras hoy cántabras, y Nervión, en Vizcaya. Hacia el sur se

extenderían por la comarca de Las Encartaciones de Vizcaya, oeste de Álava y buena parte del norte de Burgos. Los caristios o carietes (Plinio el Viejo no los cita) estarían entre el Nervión y el Deva, ya en Guipúzcoa, ocupando el resto de Vizcaya y la parte central de Álava, aunque para algunos investigadores la parte alavesa estaría habitada por otro pueblo que mencionan algunas fuentes: los venenses. Finalmente, encontraríamos a los várdulos entre el Deva y la divisoria de aguas de los ríos Urumea y Oyarzun, ocupando por el interior la mayor parte de lo que hoy es Guipúzcoa y el este de Álava. La estrecha franja entre el río Oyarzun y los Pirineos sería territorio vascón, y sería la única salida al mar de este pueblo, que tendría allí la ciudad de Oiasso (Irún).

Una dificultad añadida a la hora de definir de una manera más o menos concreta los territorios de los diferentes pueblos antiguos (de todos ellos), está en que, por regla general, las fronteras no tendrían unos límites precisos y, además estos no serían inmutables en el tiempo. Lo que sí parece muy probable es que los territorios de autrigones, caristios y várdulos confluyeran en lo que hoy es el Condado de Treviño, formando una triple frontera, razón por la que los romanos lo denominaron *Trifinium*, palabra de la que derivaría el nombre actual.

Lamentablemente, tenemos muy poca información relativa a la conquista romana de estos territorios. Sabemos, por ejemplo, que los autrigones tomaron partido por Pompeyo en su guerra contra Sertorio (82-72 a. C.), con lo que es evidente que en aquella época, al menos los territorios autrigones más meridionales, ya tenían relaciones fluidas con los romanos. También parte de la llanada alavesa habría sido ocupada en los años posteriores a las guerras sertorianas, aunque carecemos de narraciones que nos expliquen el proceso y las campañas concretas.

Por ello tenemos que echar mano de la arqueología para obtener la información que las fuentes escritas nos niegan.

De un tiempo a esta parte se han localizado diversos campamentos romanos repartidos por tierras vascas que parecen

estar directamente relacionados con este proceso de conquista. En el cerro de Andagoste (Cuartango, Álava) se han localizado elementos de equipamiento y monedas romanas que en un principio apuntaban a la existencia de un campamento romano ocupado por un espacio muy corto de tiempo. Hoy se considera que este ni siquiera llegó a terminarse, ya que no se encuentran los típicos restos y estructuras de habitación y sí muchos elementos militares y proyectiles, sobre todo glandes de plomo, aunque también varias puntas de dardo para catapultas de tipo *scorpio*. También hay algunas evidencias indígenas, aunque mucho más limitadas: un extremo de torque, parte de la empuñadura de un puñal tipo Monte Bernorio y poco más.

Los investigadores consideran, como hipótesis más probable, que una unidad militar romana compuesta por entre 1.200 y 1.800 hombres, entre los que habría tropas auxiliares (al menos honderos), y que estaría provista de artillería de torsión, fue atacada por los indígenas en una cruenta batalla en la que se luchó incluso dentro del mismo campamento, lo que implicaría que los atacantes consiguieron rebasar las defensas romanas. Esto nos llevaría a considerar una posible victoria indígena, que daría lugar a la retirada de las tropas romanas por dos vías concretas, marcadas con un rastro de centenares de tachuelas de *caligae*.

La batalla se produjo entre los años 40 y 30 a. C., seguramente en torno al 38, y sus excavadores la ponen en relación con los combates que darían inicio a la conquista romana del Cantábrico Oriental, que pudo tener una vía de penetración por el norte de la actual Burgos, desde donde avanzarían a través de Álava, hasta llegar a las zonas montañosas de Vizcaya y Guipúzcoa.

Más al norte, en la cima del monte Illunzar (Nabarniz, Vizcaya), se han localizado los restos de un campamento militar romano. Se trata de un recinto rectangular con sus esquinas redondeadas, aunque tres de sus lados se han modificado para adaptarse al relieve montañoso. La conclusión a la que llegan los investigadores que lo han estudiado es que estaríamos ante un campamento construido por una unidad romana durante una campaña militar. No se trataría de

un campamento de retaguardia, sino de primera línea de guerra, como evidencia su doble línea de defensa al frente. Por su tamaño se estima que habría podido acoger a casi un millar de legionarios, lo que supondría dos cohortes.

Pero, ¿por qué construyeron los romanos un campamento justo en este sitio? La respuesta parece encontrarse muy cerca, a menos de un kilómetro, en el *oppidum* de Arrola o Marueleza, que se levanta justo frente al campamento romano. Se trata, quizá, del principal asentamiento indígena del Cantábrico Oriental, y como veremos en el capítulo siguiente, presenta unas potentísimas defensas con doble recinto, que habría hecho necesario que los romanos se tomaran su tiempo en el asalto.

Como dijimos antes, hacia levante encontramos el territorio de los vascones, que se extendía por una zona muy amplia, con centro en lo que actualmente es la Comunidad Foral Navarra, pero sobrepasando sus límites, al ocupar también áreas de La Rioja, Huesca, Zaragoza y Álava.

Los romanos habrían conseguido controlarlo en un proceso prolongado en el tiempo, pero del que apenas tenemos informaciones. La zona meridional aparece ya citada en las fuentes durante las campañas de las guerras celtíberas, cuando ciudades vasconas buscaron el apoyo de Roma para defenderse de los celtíberos, lo que evidencia que la romanización de este territorio se venía produciendo desde hacía tiempo de una forma progresiva y sin mayores incidentes. Antes del inicio de las guerras cántabras los romanos habían alcanzado ya Pamplona, mientras que la zona más cercana a los Pirineos sería ocupada con bastante posterioridad, aunque no tenemos datos de conflictos ni enfrentamientos.

Pero no todo fue amistad y colaboración entre los indígenas de la zona y Roma. En el centro del territorio vascón encontramos el asentamiento fortificado de Altikogaña (Eraul, Navarra), que sufrió también un final trágico, ya que se han encontrado en él claras evidencias de que fue asaltado y destruido por tropas romanas en la segunda mitad del siglo I a. C., seguramente en el contexto de las

guerras civiles que enfrentaron a los romanos al final de la República, y que aquí, como en muchas otras zonas de Hispania, obligó a los indígenas a elegir entre los bandos contendientes. Se han recuperado restos del armamento romano utilizado en el asalto, como glandes de plomo, puntas de flecha de tipo sirio y de proyectil de *scorpio*.

GUERRAS SERTORIANAS

Desde la toma de Numancia en 133 a. C. hasta el inicio formal de las guerras astur-cántabras en el año 29 a. C., transcurren ciento cuatro años en los que los indígenas podrían haber vivido en una calma relativa con los romanos, o por lo menos sin enfrentamientos demasiado importantes, pero un siglo de paz era algo demasiado bueno para ser real, y una serie de acontecimientos externos volvieron a enturbiar la vida de los ya hispanos.

Durante la última fase de la República, Roma se vio sacudida por varios conflictos civiles. Entre ellos hubo uno en el que Hispania jugó un papel de la mayor importancia, son las conocidas como guerras sertorianas, surgidas a raíz de los enfrentamientos entre las facciones políticas de los optimates y los populares.

El general popular Quinto Sertorio, uno de los que se habían tenido que exiliar a consecuencia de este conflicto, encontró en la península ibérica un lugar donde fortalecer su posición. Con sus políticas integradoras, el respeto a las tradiciones y los favores y promesas a los indígenas, fue capaz de atraerse a su bando a una parte importante de las élites hispanas, y propició que fueran muchos los pueblos que se sublevaran contra el poder de Roma y se unieran a su causa. Sertorio logró así reunir poderosos ejércitos con los que se enfrentó a las tropas enviadas por el Senado romano, mandadas en la península por Cneo Pompeyo y Cecilio Metelo. Finalmente todos sus esfuerzos fueron vanos, ya que tras la muerte de Sila (líder de los

optimates) su causa fue decayendo y sus partidarios abandonándolo. El año 72 a. C. Sertorio fue asesinado por uno de sus lugartenientes (Perpenna) durante un banquete en Osca (Huesca).

El desarrollo de las guerras sertorianas en territorio hispano fue un elemento romanizador de primer orden, y es que, como decimos, las élites indígenas de buena parte de la península se vieron obligadas a tomar partido por uno u otro bando, y los hombres fueron movilizadas por millares en apoyo del bando elegido, que en la mayoría de los casos fue el de Sertorio, quien se esforzó en extender las instituciones y organización social romanas entre los hispanos; por ejemplo, daba a los indígenas poder de decisión en algunos asuntos, y fundó en Osca una «academia» en la que los hijos de las élites eran formados a la romana, aunque en realidad aquello disfrazaba una entrega de rehenes en toda regla, con la que Sertorio se aseguraba la fidelidad de sus padres.

Tras el asesinato de Sertorio y la captura de Perpenna por los romanos, las ciudades rebeldes se fueron rindiendo a Pompeyo sin más lucha, aunque en algunos casos la fidelidad de los indígenas a la figura del líder fallecido se mantuvo incluso más allá de su muerte. Un caso extremo fue el de Calagurris (Calahorra, La Rioja), la última ciudad hispana en ser conquistada y cuyos defensores llegaron al canibalismo con tal de mantener la resistencia. Este fue el épico final de una guerra despiadada:

La macabra obstinación de los numantinos fue superada en un caso semejante por la execrable impiedad de los habitantes de Calagurris, los cuales, para ser por más tiempo fieles a las cenizas del difunto Sertorio, frustraron el asedio de Cneo Pompeyo. En vista de que no quedaba ya ningún animal en la ciudad, convirtieron en nefanda comida a sus mujeres e hijos y para que su juventud en armas pudiese alimentarse por más tiempo de sus propias vísceras, no dudaron en poner en sal los infelices restos de los cadáveres.

VALERIO MÁXIMO, VII, 6.

TERMINA LA GUERRA Y ESTALLA LA PAZ

Por fin hemos llegado al final de la conquista romana, toda la península está ya bajo su control; pero ¿qué ha pasado en los territorios conquistados a lo largo de las décadas anteriores? Por supuesto que no se puede decir que sus habitantes fueran ya romanos, por más que en algunas zonas llevaran casi dos siglos bajo la órbita romana, pero es evidente que las cosas habrían cambiado. Conforme el proceso de conquista avanzaba inexorable y el poder de los itálicos se afianzaba, los indígenas se fueron dando cuenta de que su suerte estaba echada y que cualquier resistencia era inútil. Aquello supuso un cambio en la actitud tanto de los conquistados como de sus conquistadores y, finalmente, el pragmatismo se impuso. A Roma no le interesaba el total descabezamiento de los pueblos conquistados, algo que le obligaría a sustituir todos los órganos de gobierno local por un personal adecuado del que no disponía. Por otro lado, la imposición de gobernantes foráneos causaría malestar y podía ser el germen de futuras revueltas, y para mantener el orden volvería a necesitar un importantísimo número de tropas de las que tampoco podía prescindir en otros frentes.

Por la parte indígena encontramos que, una vez que se hizo evidente que no había vuelta atrás, a las élites locales les interesaba estar a bien con los nuevos amos a fin de no perder sus prerrogativas y la supremacía dentro de sus comunidades. Esta es la razón por la que en muchos casos los romanos alcanzaron acuerdos con ellos, de

modo que se les permitía seguir rigiendo los destinos de sus ciudades, conservando incluso sus normas e instituciones, aunque siempre bajo un control más o menos directo de las autoridades romanas. Por supuesto, serían estas élites las primeras en adoptar la forma de vida de los itálicos, comenzando por los aspectos más evidentes, como la apariencia externa, la denominación de las magistraturas que ostentaban o sus mismos nombres propios. Disponemos de un importantísimo documento que nos ilustra en este proceso de transformación: el «bronce de Ascoli». Se trata de una placa en la que se da cuenta de las recompensas concedidas a una unidad de caballería hispana (la *turma salluitana*), por su participación en la toma de Asculum (Italia), en torno al año 90 a. C. Lo que nos interesa de esta pieza es que en el listado de nombres y procedencias vemos cómo, mientras la mayoría de individuos tienen nombres indígenas, los que se señalan como ilerdenses (de Ilerda-Lérida), tienen ya nombres latinos, a pesar de que sus padres mantenían los nombres ibéricos,³² y de que ellos mismos no eran romanos, ya que es en este documento donde se les concede la ciudadanía romana. Esto nos da una visión congelada en el tiempo del proceso de romanización en una zona determinada del valle medio del Ebro y para una parte concreta de la sociedad indígena, ya que el hecho de que los guerreros premiados fueran jinetes nos indicaría que a los mismos habría que situarlos en la parte alta de la pirámide social. No cualquiera podía permitirse adquirir y mantener un caballo.

Hemos de ser también muy conscientes de que el trato dado por los romanos a las diferentes ciudades, y los acuerdos a los que llegaron con sus dirigentes, variarían mucho dependiendo de cómo hubiera sido la actuación de estos durante las guerras; de modo que mientras se respetó a aquellos que se sometieron sin lucha, las nuevas autoridades no dudaron en arrasar las ciudades que se señalaron en la resistencia, ni en masacrar o esclavizar a sus habitantes.

El proceso de romanización no fue algo lineal, que avanzara con una progresión geométrica. Sobre todo al principio de la conquista,

los romanos ganaban y perdían territorios en unos movimientos de vaivén que originaban en la sociedades indígenas reacciones complejas, difíciles de comprender por nosotros. Además, una cosa es dominar un territorio militar, e incluso políticamente, y otra muy diferente conseguir que los pueblos sometidos abandonen sus costumbres, su lengua y sus dioses. Por eso, incluso varios siglos después de que, teóricamente, Hispania formara parte del Imperio romano, encontremos aspectos y detalles tanto en el arte, como en la escritura, las instituciones, etc., que nos recuerdan a unos pueblos que, durante mucho tiempo, fueron capaces de poner en serias dificultades a quienes entonces eran ya los amos del mundo conocido.

PARTE 5

VIVIR ENTRE MURALLAS

EL CONTROL DEL TERRITORIO

Desde muy pronto, el hombre aprendió que una de las mejores maneras de defenderse de los peligros era preverlos con la mayor antelación posible para evitar verse sorprendido. Cuanto más tiempo tuviera para preparar la defensa más posibilidades tendría de salir airoso del trance. Este principio era tan válido para los hombres prehistóricos que trataban de evitar el ataque de las fieras, como para la época que nos ocupa, en la que el enemigo podía ser tan solo un pequeño grupo de guerreros procedente de una ciudad enemiga vecina, o presentarse en forma de un poderoso ejército complejo llegado de allende el Mediterráneo.

Por eso el primer elemento de protección de la mayoría de asentamientos protohistóricos peninsulares era su misma situación. A la hora de elegir un emplazamiento donde establecerse se buscaban por lo general lugares elevados, con buenas defensas naturales y amplias vistas que les permitieran detectar los posibles ataques con la antelación suficiente. Por supuesto que también se tendrían muy en cuenta otros factores, como la existencia en los alrededores de abundantes pastos, tierras fértiles y, cómo no, agua, tanto para los hombres como para sus animales. No podemos dejar de lado otras circunstancias de primer orden, como serían la presencia de recursos de interés, por ejemplo minerales metalúrgicos, o la posibilidad de control de determinadas vías de comunicación.

Por supuesto que encontramos también poblados en el llano, pero en este caso suele ser frecuente que exista en las proximidades algún asentamiento en alto donde refugiarse en caso de peligro.

Todos estos factores se alternaron y combinaron, alcanzando cada uno de ellos una mayor o menor relevancia según cada asentamiento concreto, pero lo que no variaba era la búsqueda de la mayor seguridad y protección posibles.

En territorios con unas jefaturas más poderosas, que habían sido capaces de unir bajo una misma autoridad más de un núcleo de población, los dirigentes organizarían sus dominios mediante una jerarquización de los diferentes asentamientos. Los más pequeños dependerían de otros más grandes, y estos a su vez del que ejercía la capitalidad, donde residían las élites. Desde este núcleo principal se repartirían las funciones, de modo que el territorio se explotara de la manera más eficaz posible, que los núcleos de población no entraran en competencia entre ellos y que todos estuvieran convenientemente protegidos, para lo que en algunas áreas se llegaron a construir pequeños asentamientos cuya única o principal función era la defensa y control del territorio.

En el *ámbito ibérico*, vemos cómo los territorios se vertebraban alrededor de los *oppida* (singular, *oppidum*), un término no exento de polémica, pues fue usado por primera vez por los romanos para definir «ciudades» del área celtica europea que muchas veces no tenían mucho en común. Pero dado que es una palabra muy utilizada para referirse a determinados asentamientos prerromanos de la península ibérica, sobre todo del área cultural ibérica, vamos a tratar de referir una serie de características que reúnen buena parte de los hábitats incluidos en esta categoría:

- 1.

Tienen un tamaño considerable aunque, como veremos, las dimensiones pueden variar mucho. Algunos autores proponen que no debería considerarse *oppidum* un asentamiento de menos de tres hectáreas.

2.
Están fortificados.
3.
Aunque se conoce alguno en el llano, generalmente se encuentran en altura, con suficiente espacio en la zona elevada para albergar a una población importante.
4.
Tienen una o varias necrópolis en sus cercanías.
5.
Se localizan en su interior lugares de culto, que pueden ser tanto exclusivos para los habitantes del *oppidum* como destinados a los fieles de territorios más amplios, aunque en este segundo caso estaríamos ante lo que denominamos santuarios supracomunitarios, que suelen situarse con más frecuencia fuera de los asentamientos.
6.
Presentan un carácter urbano, en contraposición al aldeano. Con calles y una cierta ordenación del espacio. Se aprecian vestigios de una división del trabajo, no todo el mundo se dedicaría a la agricultura y a la ganadería, sino que también habría artesanos diversos, comerciantes y, quizás, algunos guerreros a tiempo completo.
7.
Se encuentran espacios públicos o comunales, como pueden ser algunos tipos de almacenes de gran capacidad, u hornos para la producción de pan o cerámica.
8.
Es de suponer que funcionarían como lugares de mercado e intercambio entre los habitantes del mismo lugar central, de los núcleos menores de él dependientes y los comerciantes foráneos.
9.
Serían el centro del poder político, y desde ellos se controlaría un territorio más o menos extenso que, además,

y dependiendo de las circunstancias del momento y la fuerza del gobernante de turno, no siempre sería el mismo. En algunos casos se han localizado edificios que exceden en mucho las dimensiones y complejidad de las viviendas del entorno, por lo que se considera que serían las viviendas de los aristócratas o *príncipes* que coronaban la cúspide social de los *oppida*, llegando a hablarse en algunos casos de verdaderos palacios, como el complejo excavado hace pocos años en Puente Tablas (Jaén) que, además del área residencial propiamente dicha, incluía un área sacra, otra de representación y una última dedicada a los servicios del palacio, con almacenes, aljibes, etc.

Aun así, el modelo de ocupación del territorio no será igual en toda el área ibérica. Vemos, por ejemplo, cómo en la alta Andalucía los *oppida* eran mayores, alcanzando hasta las 30 hectáreas, y se encontraban relativamente cercanos entre sí. En esta zona apenas existen asentamientos pequeños, concentrándose casi la totalidad de la población en ciudades de gran tamaño como Cástulo (Jaén) o Basti (Baza, Granada).

Por su parte, en el sudeste y Levante, encontramos una jerarquización de los asentamientos, que se encuentran más separados entre sí, y donde es difícil encontrarlos de más de 10 hectáreas. Es habitual encontrar un *oppidum* en la cúspide, en el que residirían los dirigentes, y diversas categorías de núcleos menores repartidos por el territorio.

Por ejemplo, en el territorio de Edeta (Lliria, Valencia), además de la capital han sido identificadas las siguientes categorías:

- *Pueblos o aldeas*. Asentamientos agrícolas con una superficie entre 5.000 metros cuadrados y dos hectáreas. Situados en el llano o sobre pequeños cerros junto a las

zonas de cultivos. Como ejemplo tenemos La Seña (Villar del Arzobispo).

- *Caseríos y granjas fortificadas.* Pequeñas explotaciones agropecuarias de entre 1.000 y 2.000 metros cuadrados, como El Castellet de Bernabé (Lliria).
- *Atalayas.* Pequeños asentamientos fortificados de entre 500 y 2.500 metros cuadrados, situados en puntos elevados desde donde controlan el territorio. Aunque su principal función sería la defensiva, en ellos también se desarrollarían otras actividades, por ejemplo, en El Puntal dels Llops (Olocau, Valencia), se han podido identificar trabajos de metalurgia. En este tipo de núcleos no suele faltar una torre de vigilancia.

En todo el noreste peninsular no es fácil tampoco encontrar ciudades de más de 10 hectáreas, pero también hay diferencias por zonas. Así, en el área costera catalana, aunque detectamos una jerarquización de los asentamientos, se aprecian algunas variaciones, ya que, por ejemplo, entre los pueblos costeros, kessetanos, laietanos e indiketes, encontramos más de una ciudad de primer nivel, no existiendo una identificación tan clara del resto de categorías.

Mientras tanto, en el interior de Cataluña y el Bajo Ebro aragonés, no existen grandes ciudades, ya que los núcleos mayores como pueden ser El Cogulló (Sallent, Barcelona), Molí d'Espigol (Tornabous, Lérida) o San Antonio de Calaceite (Teruel), no superan la hectárea.

Entre los *celtíberos* encontramos el castro como hábitat más característico, aunque no sea el único. Estos castros son más pequeños en la Celtiberia que en la meseta Occidental, y son pocos los que superan las cinco hectáreas de superficie, por ejemplo, Numancia (Garray, Soria), no pasó de ocho hectáreas, y Contrebia Belaiska (Botorrita, Zaragoza) o La Caridad (Caminreal, Teruel), se

quedan entre 11 y 13. Aun así, encontramos algunas ciudades mayores, como Uxama Argaela (El Burgo de Osma, Soria), que en un momento tardío pudo alcanzar las 30 hectáreas. Un caso excepcional es el de Segontia Lanka (Langa de Duero, Soria), que podría haber ocupado una superficie total de 60 hectáreas, aunque hay que tener en cuenta que no estaríamos ante un núcleo compacto sino ante una serie de caseríos reunidos en un mismo conjunto, pero que dejaban entre ellos amplios espacios vacíos. Aquí hemos de indicar que, ante la falta de excavaciones en extensión, es frecuente que estas superficies se obtengan mediante el estudio de fotografías aéreas o por la dispersión de restos en el terreno, con lo que estaríamos ante las máximas dimensiones alcanzadas por los asentamientos, muchas veces ya en época romana. Por lo tanto, es imposible saber la superficie real de muchos de asentamientos indígenas en tanto no se realicen excavaciones más amplias.

Como avanzamos en el principio del capítulo, estos castros se localizan en lugares muy variados, aunque normalmente buscan una cierta elevación, como cerros, laderas, espolones rocosos o escarpes rodeados, y protegidos, por corrientes de agua.

Al igual que vemos en el área ibérica, también encontramos entre los celtíberos una jerarquización de los asentamientos, con pequeñas aldeas y granjas, normalmente situadas en el llano, y a menudo sin defensas, que dependerían de los castros de mayor tamaño, que en algunos casos, sobre todo tardíos, llegarían a constituir *oppida* y funcionar también como verdaderas ciudades-estado. Como indicábamos antes, en estos castros sería frecuente encontrar grandes espacios vacíos entre las viviendas, espacios que quizás estaban destinados a acoger el ganado y la población dispersa por los asentamientos menores en caso de peligro.

Al norte de los celtíberos encontramos a los *berones*, que se extendían a ambos lados del Ebro, en tierras repartidas hoy entre Álava, Navarra, La Rioja y Burgos. Su capital sería Varia, identificada con el yacimiento de La Custodia (Viana, Navarra), de unas 12,5 hectáreas, y situado sobre una pequeña elevación del terreno. Parece

detectarse la jerarquización de los asentamientos, y de Varia dependerían una serie de poblados rurales de pequeño tamaño que se extienden por ambos márgenes del Ebro. Algunos, incluso, pudieran haber tenido una función de pequeñas fortalezas o atalayas para el control del territorio, algo que veíamos también entre los íberos. Dentro del territorio berón, pero ya en su límite septentrional, encontraríamos también un yacimiento muy conocido, el de La Hoya (Laguardia, Álava), situado en el llano y protegido por una muralla que lo rodeaba completamente.

El territorio *vacceo* ocuparía una superficie que, dependiendo de los autores, estaría entre los 32.000 y los 45.000 kilómetros cuadrados. Vemos que en esta área la población se concentraría en núcleos de mayor tamaño que en la celtíbera, generalmente entre 5 y 20 hectáreas, aunque los hay mucho mayores; por ejemplo, la ciudad de Paredes de Nava (Palencia), alcanza las 35 hectáreas, y Montealegre de Campos (Valladolid), casi 45 en sus últimos momentos. Estos hábitats podrían haber llegado a albergar entre 6.000 y 8.000 personas.

No parece existir una jerarquización territorial, y los núcleos están bastante alejados entre sí, alrededor de 15 kilómetros de media, aunque las pocas ciudades situadas al sur del Duero distan más de 30 kilómetros unas de otras, algo que impide totalmente la visibilidad entre ellas y dificulta su defensa, al no ser posible advertir de la llegada de posibles enemigos. Aun así, en los inmediatos alrededores de algunas ciudades vacceas se encuentran aldeas o barrios extramuros, aunque íntimamente ligados a aquellas.

Dado su gran tamaño, las ciudades vacceas se suelen situar sobre amplios cerros amesetados, a veces ocupando también parte de las laderas. Aun así, una de sus ciudades más conocidas, Pintia, de unas 25 hectáreas, fue edificada en el llano.

A diferencia de los que veíamos en los asentamientos celtíberos, donde eran frecuentes los espacios libres entre las viviendas, las poblaciones vacceas parecen ser compactas, ocupando todo el suelo disponible. Esto sería hasta cierto punto lógico, ya que al estar toda la

población concentrada en las ciudades por no existir asentamientos menores dispersos por el territorio, no habría necesidad de acogerlos intramuros en caso de peligro.

A lo largo del territorio *vetón* encontramos una gran diversidad en cuanto a la organización del territorio. Por ejemplo, en el abulense valle de Amblés parece apreciarse una cierta jerarquización de los asentamientos, con grandes castros situados en elevaciones del reborde montañoso, como Ulaca (Solosancho, 70 hectáreas), Sanchorreja (27) o Las Cogotas (Cardeñosa, 15), dedicados principalmente a la ganadería, y que seguramente controlarían una serie de núcleos de pequeño tamaño repartidos por el llano, muy posiblemente dedicados a la agricultura. Esto contrasta con el valle del Tajo, donde los asentamientos son más igualitarios, como El Carpio (Belvís de la Jara, Toledo) o Talavera la Vieja (Cáceres), y se reparten tanto por el llano como en puntos elevados, pero siempre buscando las fértiles vegas de los ríos.

En el oeste de la provincia de Salamanca los castros son en su mayoría menores de 10 hectáreas, por ejemplo Iruña (Fuenteaguinaldo) tendría nueve, Yecla de Yeltes o Las Merchanas (Lumbrales) en torno a cinco, y Salmántica, a pesar de su importancia no pasó de veinte.

Al igual que ocurre en los asentamientos celtibéricos, en los vetones encontramos grandes espacios vacíos entre las viviendas, con lo que la población sería menor que la que pudiera parecer por su tamaño. Por ejemplo, aunque en El Raso (Candeleda, Ávila) pudieron llegar a vivir unas 3.000 personas, en otros conocidos castros como Las Cogotas, quizá no pasaran de los 200/300. Estos datos de población hay que tomarlos con cautela, ya que se han obtenido principalmente a partir del estudio del número de enterramientos contabilizados en sus necrópolis.

Los asentamientos mayores se sitúan en elevaciones con la superficie amesetada, espigones interfluviales, laderas suaves o espacios rodeados por meandros, siempre buscando una cierta protección natural.

Entre los *carpetanos* tenemos dudas sobre la posible jerarquización de sus asentamientos para los momentos más antiguos, ya que no siempre los núcleos de mayor tamaño están rodeados de otros menores. A partir del siglo II a. C. esta jerarquización se hace más evidente, sin duda como consecuencia de la nueva realidad política que supone la presencia romana. Una de las particularidades de este territorio es que sus características propias se difuminan de manera muy importante al acercarse a los límites con otras áreas vecinas, como la vetona, la ibérica o la celtibérica.

Encontramos asentamientos de muy diferente tamaño dispersos por el llano, pero también otros, generalmente mayores, situados sobre puntos elevados, pero no siempre fortificados y, con frecuencia, de una cronología posterior a los del llano, como El Llano de la Horca (Santorcaz, Madrid), de 10 hectáreas o Fuente de la Mora (Leganés, Madrid), de 20. Mayores aún serían Dehesa de Oliva (Patones, Madrid) de unas 30 hectáreas, o Toletum (Toledo), y Fosos de Bayona (Huete, Cuenca), que podrían haber alcanzado las 40-45, con lo que estaríamos ante verdaderos *oppida*.

Pero estas características no pueden generalizarse, ya que en algunas zonas, por ejemplo el entorno del río Cigüela (Toledo), se detecta que asentamientos en el llano y en altura son contemporáneos, con lo que queda abierta la posibilidad de que los habitantes del llano se trasladaran a los poblados elevados solo en caso de peligro.

El principal problema que encontramos al hablar de la organización del territorio y las fortificaciones de los *lusitanos* es que no hay consenso entre los especialistas a la hora de definir el área que ocuparía este pueblo. Aunque hay una cierta coincidencia en que su núcleo habría que situarlo en el centro del oeste peninsular, entre los ríos Tajo y Duero, no están claros ni sus límites ni las fluctuaciones que las fronteras sufrieron a lo largo de los siglos, lo que hace que, según qué autor, se incluya dentro del área lusitana a Galicia por el norte, o todo el Algarve portugués por el sur. También es problemático establecer un límite por el este, ya que aunque las

fuentes nos indiquen con frecuencia que tenían como vecinos a los vetones, en algunos casos es muy difícil poder concretar con una cierta seguridad si un asentamiento determinado pertenecía a uno u otro pueblo, y más si tenemos en cuenta que, como ya hemos dicho antes para los carpetanos, una de las características generales de los pueblos vecinos es que se influyen mutuamente, hasta el punto de que las particularidades propias de cada uno de ellos suelen difuminarse y mezclarse.

Los asentamientos lusitanos se quedan por lo general muy lejos de los mayores castros de otros pueblos cercanos, como los vetones, aunque también se aprecia una gran variedad.

Al occidente de Cáceres encontramos una mayoría de pequeños castros de menos de una hectárea, algunos entre dos y cinco, y solo tres grandes, de los que destaca El Zamarril (Portaje), con unas 13 hectáreas. No está demostrada una jerarquización entre los asentamientos, aunque para el periodo final, a partir del siglo II a. C., se ha detectado el abandono de muchos castros de esta zona y la concentración de su población en otros mayores, lo que podría estar indicándonos la existencia de una autoridad superior que ordena la distribución de los asentamientos y sus habitantes. Esta nueva realidad parece estar directamente relacionada con la llegada de los ejércitos romanos y la reorganización territorial que estos impusieron, algo que ya hemos visto entre los carpetanos.

En el Alto Côa (Portugal) los asentamientos, como por ejemplo Sabugal Velho y Caria Talaia, se reparten de forma regular por alturas fáciles de defender. Todos están enlazados de forma visual, pero tampoco se ha demostrado que hubiera relaciones de dependencia entre ellos. En el Alto Mondego (Portugal) sí que parece detectarse una jerarquización en los asentamientos, que se sitúan en altozanos desde los que se dominan los pastos, vías de comunicación o recursos mineros. Las pequeñas aldeas rodean a los castros de mayor tamaño, de los que se supone que dependerían.

En el ámbito de la *cultura castrexa*, que abarcaría el norte de Portugal, Galicia y el occidente asturiano, la población habitaba desde

la Primera Edad del Hierro, pequeños castros dispersos por lugares elevados, con viviendas circulares que dejaban entre ellas espacios libres. A partir del siglo IV a. C. parece que la búsqueda de seguridad no es tan decisiva y los castros se establecen en lugares más bajos, quizá buscando unas mejores condiciones naturales, como tierras fértiles. Muchos castros antiguos no solo no desaparecen en este periodo, sino que aumentan su tamaño, pero este momento se caracteriza por la aparición de nuevos asentamientos fortificados.

Los castros siguen siendo unidades autosuficientes, pero parecen apreciarse ya síntomas de una jerarquización del territorio, más visible conforme avanza el tiempo.

Como veíamos en el área lusitana, a partir del siglo II, y sobre todo del I a. C., y coincidiendo con el avance de la dominación romana, se asiste a una reorganización de los asentamientos y una importante reordenación territorial. A este periodo pertenecen la mayoría de grandes castros reconocidos por el gran público: Santa Tecla (Pontevedra), Briteiros (Guimaraes, Portugal), Sanfins (Sanfins de Ferreira, Portugal) y Campa Torres (Gijón), aglomeraciones protourbanas con una planificación más regular, que en algunos casos se acerca a lo ortogonal, y que se erigen en centros de la administración política, militar y religiosa de cada territorio. Estos grandes castros son más propios del sur de esta región y el área costera gallega, y de cada uno de ellos dependería un número variable de núcleos menores repartidos por su territorio. En estos verdaderos *oppida* residirían los jefes de los territorios que, posiblemente, serían los mismos que se hacían representar en las esculturas conocidas como *guerreros castrexos*.

En esta región, los hábitats castreños continúan en muchas zonas incluso hasta la Edad Media.

Por lo que respecta a los *astures*, se distinguen diferencias entre los asentamientos situados más al norte, muy similares a los castros galaicos y cántabros, y los del sudeste, que se asemejan a los vacceos. Se construyen siempre sobre elevaciones fáciles de defender, y en lugares con un cierto equilibrio entre tierras fértiles y buenos pastos.

En general estamos ante asentamientos de pequeño tamaño que adquieren su configuración definitiva a partir de finales del siglo IV a. C. y que, a menudo, se seguirán habitando hasta el cambio de era. Pero también se conocen verdaderas ciudades, como Villasabriego (León), posiblemente la Lancia de las fuentes, que podría haber alcanzado las 30 hectáreas y, según algunos autores romanos, sería el núcleo más importante de los astures.

En esta área conviven las viviendas circulares con las cuadrangulares con esquinas redondeadas, y entre ellas parece haber corrales. El tamaño de las casas es bastante similar, lo que podría indicar que las diferencias sociales, aun existiendo, no serían tan grandes como en otras zonas.

Entre los *cántabros* encontramos un modelo castreño bastante parecido al galaico, al astur y al autrigón. No hay claros indicios de jerarquización, aunque el tamaño de los asentamientos varíe mucho, pero el hecho de que los castros más grandes se encuentren en el sur de la cordillera Cantábrica, controlando los accesos al valle del Duero y, por lo tanto la posible llegada de enemigos, podría indicar una especialización defensiva de estos asentamientos, y por lo tanto también una distribución de funciones entre ellos.

Dentro del territorio cántabro, Monte Bernorio (Villarén de Valdivia, Palencia) tendría unas 28 hectáreas, mientras que La Ulaña (Humada, Burgos) alcanzaría nada menos que 285, aunque hay que tener en cuenta que estaríamos ante un poblamiento disperso por lo alto de una amplia plataforma.

Hacia levante encontraríamos a los *autrigones*, *caristios*, *várdulos* y *vascones*, en algunos de cuyos territorios hemos encontrado indicios de jerarquía poblacional, con grandes asentamientos como El Castro de Carasta (Caicedo Sopeña, Álava), de 27 hectáreas, Intxur (Albitzur-Tolosa, Guipúzcoa), con 17, y el *oppidum* de Marueleza (Nabarniz, Vizcaya), con 19 en su recinto exterior y ocho en el interior; que ejercerían el control sobre otros núcleos más pequeños a su alrededor. Muy próximo al último de los asentamientos mencionados se encuentra el santuario de Gastiburu,

una peculiar construcción tetralobulada que contaba con lo que parecen unas gradas encaradas hacia el punto central, y en el que se han identificado algunas estructuras orientadas en función de criterios astronómicos.

Poco a poco vamos conociendo más aspectos relativos a la organización del territorio de los *vascones* con anterioridad a la llegada de los romanos. Este vasto territorio no era homogéneo, y sabemos que los romanos distinguían entre la franja situada más cerca de los Pirineos, lo que en las fuentes denominan el *saltus*, donde encontraríamos modelos de ocupación más próximos al Bronce Final que a la Edad del Hierro; y el *ager*, que comprendería el resto del territorio más llano y abierto a influencias externas.

Aunque los romanos nos dicen que la capital de los vascones era Pompaelo (Pamplona), hasta ahora no se ha encontrado bajo esta ciudad más que una aldea prerromana, que difícilmente podría tener la importancia que se le supone, pero no muy lejos de allí se localiza el castro de Irulegui (Lakidain), un importante asentamiento vascón que, muy posiblemente, jerarquizaba la cuenca de Pamplona.

El territorio vascón lindaba al este con los íberos y al sur con los celtíberos, lo que se aprecia de una forma muy notable en el urbanismo y arquitectura de sus poblados. Por ejemplo, en Las Eretas (Berbinzana, Navarra), encontramos un asentamiento amurallado de calle central muy similar a los que podemos ver en cualquiera de las otras dos áreas culturales indicadas.

Entre los poblados vascones sí que se aprecia una jerarquía, aunque los asentamientos principales no eran excesivamente grandes, ya que suelen tener en torno a las cinco hectáreas. De cada uno de ellos dependía un número variable de entidades menores y se ha detectado que los asentamientos centrales trataban de dominar las vías de comunicación, sobre todo, los cursos fluviales.

ARQUITECTURA DEFENSIVA Y URBANISMO

Siglos antes del momento que nos ocupa, el hombre prehistórico se dio cuenta de que el simple hecho de construir sus hábitats en lugares elevados y con buena visibilidad no le protegía de los ataques de una forma totalmente eficaz, y por eso pronto comenzó a levantar obstáculos artificiales y a crear con sus propias manos elementos y estructuras de protección que mejoraban su seguridad. Con el paso del tiempo estos elementos no dejaron de perfeccionarse y hacerse cada vez más complejos.

A pesar de que las hay muy simples, las obras defensivas de la protohistoria peninsular alcanzan en muchos casos una gran envergadura, sobre todo en los castros y *oppida* de mayor tamaño, algo que precisaría de unas jefaturas fuertes, capaces de movilizar una importante fuerza de trabajo y los muchos recursos necesarios para su construcción.

Por regla general, se aprecia que, para una misma época, las fortificaciones del ámbito ibérico presentan una mayor complejidad que las del interior y norte de la península, y que incorporan antes los avances poliorcéticos, algo lógico por su contacto directo con las grandes culturas mediterráneas.

Cinco son los principales elementos que podemos encontrar en las fortificaciones prerromanas de la península ibérica, aunque es difícil encontrarlos todos juntos incluso en los mayores

asentamientos: murallas, torres, puertas protegidas, fosos y piedras hincadas.

Las murallas

Son el elemento básico de cualquier fortificación, y están presentes en buena parte de los asentamientos protohistóricos peninsulares, por débiles que estas sean.

Lógicamente, la principal razón para amurallar un núcleo de población era la defensiva, necesaria en unas sociedades en las que ya hemos visto que las razias entre pueblos vecinos serían bastante frecuentes. Pero no podemos olvidar tampoco la motivación propagandística y de exaltación del prestigio de las élites locales, que hacían ostentación de su poder con unas fortificaciones en los asentamientos principales, que con frecuencia, excedían en mucho sus necesidades reales. También es cierto que uno de los mejores modos de defenderse es evitar el ataque, y esto es más fácil de conseguir levantando unas fortificaciones exageradas, que convencen al enemigo de la inutilidad del asalto antes siquiera de intentarlo.

Dependiendo de las características de cada asentamiento las fortificaciones serían también distintas, ya que una regla generalizada en toda la península ibérica es que estas se adaptan al terreno sobre el que se construyen. Aun así, podemos distinguir dos tipos básicos: las que rodean completamente los asentamientos y las que se limitan a proteger las partes más vulnerables.

Las primeras se suelen dar en poblados situados en llano o en cerros de tendencia cónica, lo que facilita la total circunvalación por los sistemas defensivos. Como ejemplos de este tipo tenemos La Moleta del Remei (Alcanar, Tarragona), El Puntal dels Llops (Olocau, Valencia), Numancia (Garray, Soria) o Paredes de Nava (Palencia). En los castros del noroeste este sería el tipo más habitual.

El segundo modelo, que se suele denominar con frecuencia fortificación en barrera, concentra las defensas en la parte o partes

más vulnerables del asentamiento, confiando el resto a las defensas naturales, por lo general escarpes de difícil escalada o ríos que discurren por los laterales. Como ejemplos destacados podemos citar El Brull (Barcelona) o Altikogaña (Eraul, Navarra) entre los defendidos por escarpes, y Pintia (Padilla de Duero, Valladolid) entre los bordeados por ríos.

En algunos asentamientos de gran tamaño, como la Bastida de les Alcusses, Numancia y, posiblemente, Pintia, las murallas pueden estar separadas de las viviendas, dejando una especie de camino de ronda entre ambas construcciones, pero es más habitual que las casas estén adosadas a la muralla y, sobre todo en asentamientos de pequeñas dimensiones, que los mismos muros traseros de las casas formen una precaria muralla que en realidad no dejarían de ser un mero cerramiento con escasa utilidad defensiva, más allá de cortar el paso a las alimañas. En estos casos los tejados de las viviendas podrían servir también de improvisados adarves para la vigilancia y defensa del recinto murado.

El material más utilizado en las construcciones defensivas peninsulares es la piedra, que puede ser empleada tal cual se encuentra en la naturaleza, a veces ligeramente trabajada para darle una forma más o menos apropiada para el lugar a ocupar en la obra o, en casos excepcionales, en forma de sillares bien escuadrados. El tipo de piedra utilizada dependerá de la que se encuentre en los alrededores del asentamiento. Con frecuencia se construían al mismo tiempo la muralla y el foso, ya que este se utilizaba a modo de cantera, y con la piedra extraída se levantaba el muro. De esta forma se evitaban tener que acarrear el material.

El tamaño de las piedras utilizadas variará mucho, pero en ocasiones los bloques alcanzan tamaños muy considerables, con lo que solemos hablar de muros ciclópeos, denominación que procede de la tradición griega, donde se atribuía este tipo de construcciones a los cíclopes, al considerar imposible que fueran levantadas por la mano humana.

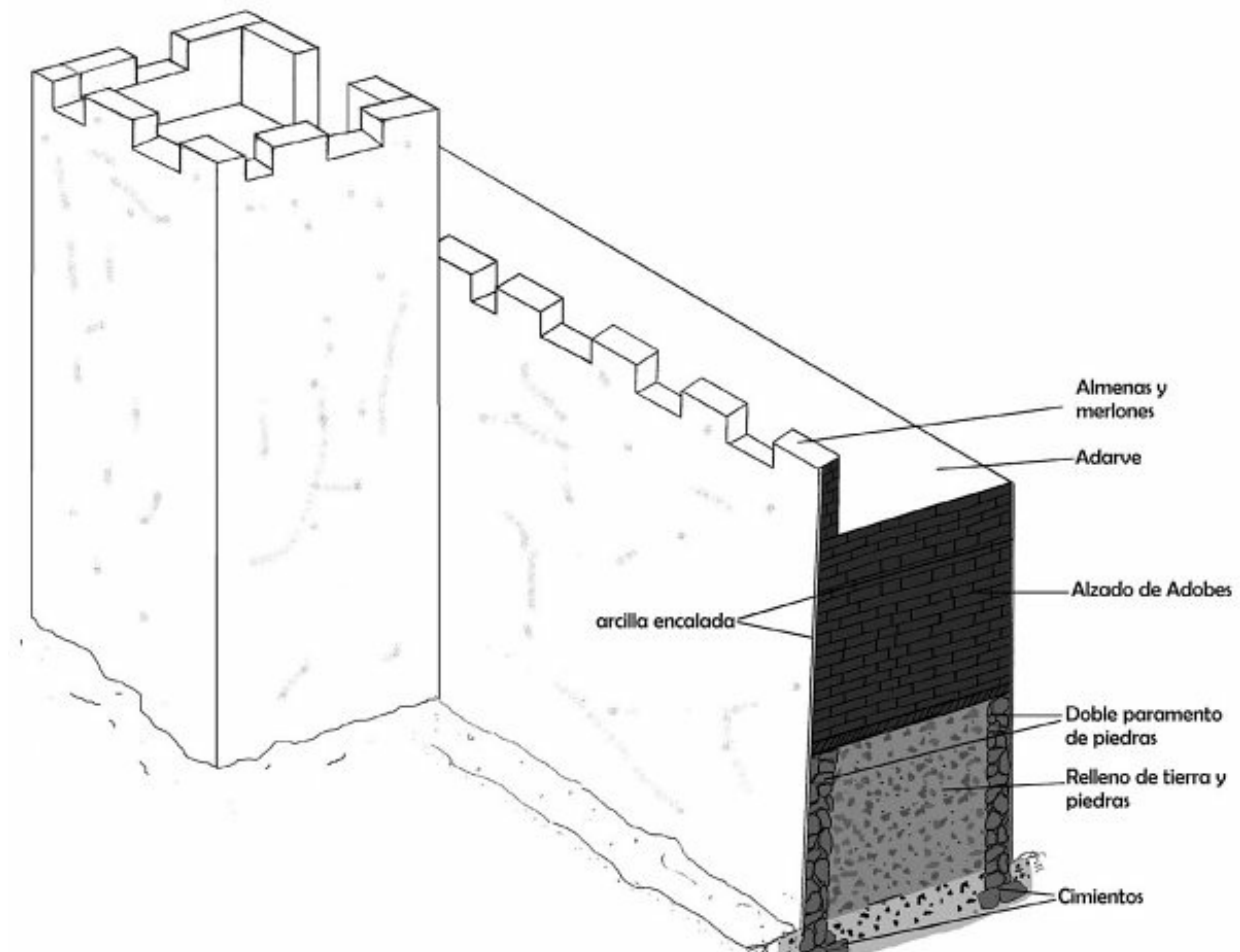
El segundo material constructivo empleado ampliamente en las murallas protohistóricas de la península ibérica es el barro, tanto en forma de adobes como de tapial.

La utilización de adobes en la construcción se documenta en la península ibérica desde el Calcolítico. Se trata de ladrillos de barro, generalmente de gran tamaño, realizados con una mezcla de arcilla, arena y paja, que puede ser sustituida también por crines de caballo o incluso estiércol, y que tiene la función de evitar que los adobes se agrieten. Se amasaba concienzudamente con los pies y se colocaba en moldes de madera, presionándola bien para que tomaran la forma y no quedaran burbujas de aire dentro, tras lo que se dejaban secar 25/30 días. Se unían entre sí utilizando una mezcla de barro y paja similar a la utilizada para fabricar los adobes, con lo que, una vez seca esta, se conseguía un todo de gran dureza. Según los estudios realizados, para alcanzar una resistencia óptima la arcilla no debe estar presente en más de un 20 por ciento, mientras que la arena debe superar siempre el 45.

Sabemos que los adobes utilizados en la península ibérica eran con frecuencia de un tamaño considerable, aunque no hay unas medidas estándar e incluso conviven distintos módulos dentro del mismo asentamiento. Así, en la Ciudadela de Calafell (Tarragona) se localizan adobes de 40 por 25 centímetros junto a otros de 26 por 16 centímetros, mientras que en el asentamiento de San Cristóbal de Mazaleón (Teruel), han sido localizados hasta seis tamaños distintos. Los grosores suelen ser más uniformes y están en torno a los 10 centímetros.

El tapial se fabrica con una mezcla muy parecida a la anterior, aunque se suele sustituir la paja por grava como elemento desgrasante, que tiene la finalidad de evitar la aparición de grietas. En vez de utilizar moldes individuales como en los adobes, la masa se vertía directamente en un encofrado de madera montado en el lugar en que se quería levantar el muro y se apisonaba para compactarla. Cuando se secaba se quitaba la armadura de madera y se volvía a

colocar más arriba, en un proceso continuado hasta alcanzar la altura deseada.



Dibujo esquemático del autor, mostrando una muralla y una torre con su estructura interna.

A pesar de que los muros de barro puedan parecernos frágiles, nada más lejos de la realidad. Es más, cuando se comienza a utilizar la artillería de torsión tanto por cartagineses como por romanos, se comprobará que las murallas de barro son más resistentes, al absorber los impactos mejor que los muros de piedra, que se desmoronan con mayor facilidad.

Cuando hablamos de obras ya de una cierta importancia, las murallas más extendidas por toda la península son las denominadas

de doble paramento, es decir, dos muros paralelos con el espacio interior relleno de piedras y tierra apisonada. En ocasiones presentan muros transversales uniendo ambas paredes, son las conocidas como murallas de cajones, introducidas en la península ibérica por los fenicios, y utilizada luego ampliamente por los cartagineses, y que proporcionan una mayor resistencia a la obra. Una variante de las murallas de cajones son las de casernas o casamatas, en las que al menos algunos de estos espacios compartimentados del interior de la muralla son huecos y accesibles mediante una puerta, con lo que podrían utilizarse como almacenes, cuerpo de guardia, etc. Entre los pocos asentamientos ibéricos donde se ha detectado este sistema están El Montgrós (El Brull, Barcelona), con cuatro de estos espacios accesibles en su muralla de barrera, levantada sobre el año 300 a. C., y Giribaile (Vilches, Jaén), con al menos cinco compartimentos.

En las obras mixtas de piedra y barro, el modelo habitual era levantar un zócalo de piedras de una altura variable y continuarlo luego con adobes o tapial hasta alcanzar el tamaño deseado.

A diferencia de lo que se aprecia en el área ibérica, en el resto de territorios peninsulares se utilizó también la madera de una forma más o menos frecuente en las obras de fortificación, ya fuera embutida en las murallas para mejorar su resistencia, ya como soporte de las piedras que la formaban o, con mucha mayor frecuencia, como remate de las mismas. Ese sería el motivo por el que en las fuentes encontramos referencias al incendio de murallas, como es el caso de Apiano cuando se refiere a la toma de Pallantia en 74 a. C., en el contexto de las guerras sertorianas.

Mención aparte merecen las llamadas murallas «vitrificadas», llamadas así porque algunas rocas muestran indicios de haber estado sometidas a muy altas temperaturas que, además, habrían de haberse mantenido durante un tiempo muy considerable hasta conseguir el vitrificado de algunas rocas. Esto sería difícil de conseguir simplemente mediante la combustión de estructuras de madera que formarían parte de las mismas murallas, y los investigadores no terminan de ponerse de acuerdo sobre las posibles circunstancias que

podrían haber originado este fenómeno. Indicios de murallas «vitrificadas» se han encontrado en el suroeste peninsular, tanto en España como en Portugal. Son relativamente frecuentes en otros países europeos como el Reino Unido y Francia.

Las torres

Se encuentran en una parte considerable de los asentamientos prerromanos fortificados, aunque a veces resulta difícil distinguir entre torres propiamente dichas y bastiones, que son simples engrosamientos de los muros que no sobresaldrían por encima de las murallas. Es frecuente que se levanten únicamente junto a las puertas, por ser estos, por lo general, los puntos más débiles de las fortificaciones. Allí, lo más habitual era situarlas de modo que los asaltantes se las encontrarán a su derecha; con ello se verían obligados a protegerse ese flanco, que normalmente es en el que se portan las armas, con lo que se les restaría efectividad en el ataque.

Se pueden encontrar torres tanto curvilíneas como cuadrangulares, aunque dependiendo de las zonas concretas predominan unas u otras. Por lo general hay una tendencia con el tiempo a pasar de las curvas a las cuadrangulares.

Lo más habitual es que fueran macizas, aunque también se conocen algunas huecas. El tamaño también varía de una forma importante.

Las puertas

Suelen ser uno de los puntos más vulnerables del sistema defensivo de los asentamientos, por ello recibían un cuidado muy especial y concentraban buena parte de las defensas, sobre todo las torres, como acabamos de ver.

Dependiendo de la importancia del asentamiento, la puerta tendría una mayor o menor anchura, aunque en los asentamientos de una cierta entidad tendrían siempre doble hoja batiente y un ancho suficiente como para permitir el paso de carros.

Las puertas en sí eran de madera, y en ocasiones se recubrirían de láminas de hierro para reforzarlas y protegerlas del fuego en los ataques. Como veremos, su espesor variaba mucho.

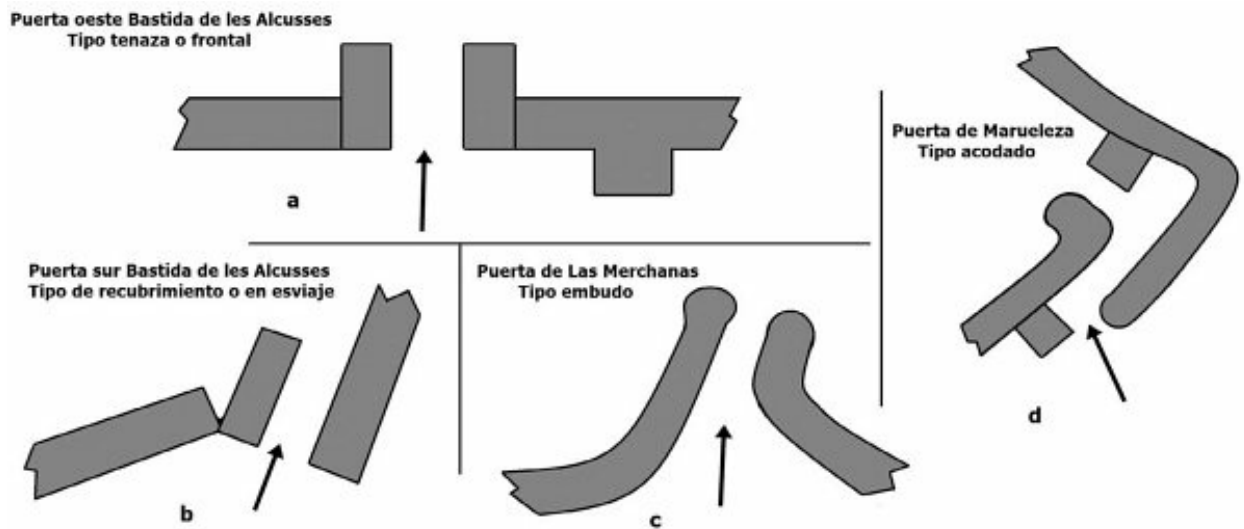
En algunos asentamientos se ha detectado el tapiado de las puertas como modo de reforzarlos en caso de ataque enemigo.

En ciudades de una cierta importancia, las puertas solían diseñarse de modo que los posibles asaltantes se vieran obligados a permanecer el mayor tiempo posible al alcance del tiro de los defensores. Esto se conseguía construyendo las entradas con unas formas determinadas, que se agrupan para su estudio en varios tipos: en codo, de tipo frontal o en tenaza, en embudo, y de recubrimiento o en esviaje.

Las puertas «en codo» presentan requiebros para evitar ser acometidas de frente. En las «de tipo frontal» el eje de la entrada es perpendicular a la muralla y se continúa con dos muros paralelos hacia el interior del asentamiento; las «de embudo» obligan a los atacantes a pasar por un espacio cada vez más estrecho y fácil de defender; mientras que en las «de recubrimiento» o «esviaje» el eje de entrada es paralelo a la muralla, y sus muros se solapan en el lugar donde queda el vano, con lo que se puede batir a los atacantes desde ambos muros. Otro tipo de puerta, más presente en asentamientos del norte peninsular, es la que se abre en un extremo de la muralla pero sobre el borde de un precipicio o acantilado, con lo que los atacantes solo pueden intentar la entrada desde un lado. Es frecuente en castros astures, aunque también en otras zonas norteñas, como en el castro de Altikogaña (Eraul, Navarra).

El número de puertas variará, normalmente dependiendo de la entidad del asentamiento. Así, mientras es raro que un asentamiento pequeño tenga más de una, esto es la norma en los grandes *oppida*.

Además de las puertas propiamente dichas, son relativamente frecuentes unas pequeñas entradas secundarias que se denominan poternas o portillos. Son de una gran utilidad desde el punto de vista defensivo, ya que podían servir de vía de salida de los defensores de un asentamiento asediado para sorprender a las fuerzas atacantes, razón por la que solían encontrarse en puntos no visibles desde los accesos principales. También podían tener otras utilidades, como permitir el acceso diario a los vecinos por puntos alejados de las puertas principales. En los asentamientos de mayor tamaño podía haber varias.



Esquemas de tipos de entradas: a) puerta oeste de La Bastida de les Alcusses (Moixent, Valencia), de tipo de tenaza; b) puerta sur del mismo asentamiento, de recubrimiento o en esviaje; c) en embudo de Las Merchanas (Lumbrales, Salamanca), y d) en codo de Marueleza (Vizcaya). Dibujos del autor.

El foso

Está presente en muchos asentamientos, aunque su frecuencia y características variarán de forma importante según la zona concreta. Se construía con la función principal de dificultar y ralentizar la

aproximación del enemigo a las murallas, pero con el tiempo sirvió también para combatir otras formas de ataque de aparición más tardía: el empleo de máquinas de asalto, como arietes y torres de asalto, y la excavación de minas bajo los muros para provocar su derrumbe. Los fosos obligaban a excavar desde más lejos y a una mayor profundidad, lo que dificultaba mucho esta operación.

Al igual que veíamos con las murallas, los fosos podían circunvalar completamente el asentamiento o limitarse a la zona o zonas más débiles, formando barreras. La anchura y profundidad de los fosos varía mucho, y el perfil podía ser en V o en U, a veces con el fondo plano. Hay fosos de enormes dimensiones, por ejemplo, el del castro de Campa Torres (Gijón, Asturias) alcanza una profundidad de 10,5 metros.

Aunque lo más habitual es encontrar fosos simples, también han aparecido múltiples, como en el Puig Pelegrí (Lérida), con cuatro fosos consecutivos, o el castro de San Chuis (Allande, Asturias) con seis. Los fosos múltiples son más habituales en el interior y norte peninsular que en el área ibérica.

Normalmente los fosos dejan libre un pasillo frente a los accesos al asentamiento, pero en La Ciudad (Paredes de Nava, Palencia), el foso parece continuar frente a las entradas, lo que haría necesario algún sistema de pasarelas o puentes removibles para permitir el acceso.

Campos de piedras hincadas (Chevaux de Frise)

Es un elemento defensivo típico de la península ibérica, aunque haya otro foco importante en las islas británicas. Los encontramos principalmente en tres áreas muy concretas del interior peninsular y son casi desconocidos en el ámbito ibérico.

Sin duda el foco más importante es el del noroeste, sobre todo dentro del ámbito de la cultura castrexa, y se reparte por castros de León, Salamanca, Zamora, Asturias y Tras-os-Montes (Portugal),

aunque se continúa hacia el sur, incluyendo territorio vetón; el segundo foco por número de campos conocidos se encuentra en la meseta Oriental, centrado en diversos castros pelendones de Soria, mientras que en el área céltica del suroeste encontramos piedras hincadas en cinco castros de Huelva y El Alentejo portugués. Conocemos algún caso aislado en la periferia de estos focos, por ejemplo en las provincias de Guadalajara, Lérida, Teruel y Castellón.

Como su nombre indica, este elemento defensivo está formado por un gran número de piedras que se clavan en el terreno con la intención de dificultar el avance de las fuerzas enemigas y redirigirlas hacia los puntos mejor defendidos.

El tamaño de las piedras varía mucho, lo mismo que la parte que sobresale de la tierra, que oscila entre los veinte y los sesenta centímetros. En relación a esto hay que tener en cuenta que si eran muy pequeñas no cumplían su función, mientras que si eran demasiado grandes podían servir de parapeto a los atacantes, con lo que había que encontrar un punto intermedio.

La profundidad de los campos conocidos varía entre los cinco y los veintisiete metros, y por lo general constituyen la defensa más externa, situándose habitualmente por fuera de los fosos, aunque también se han localizado algunos entre dos fosos, a veces sobre los mismos taludes, y otras pegados a las murallas.

Independientemente de su situación, los campos de piedras hincadas han sido datados en un amplio periodo de tiempo que abarca desde el siglo VII a. C. al I d. C., estos últimos, por tanto, ya en plena época imperial romana. Parece que algunos de los campos que conocemos se levantaron durante las guerras sertorianas (82-72 a. C.). Entre los campos más antiguos encontramos los existentes en ocho castros de la serranía soriana, en territorio celtibérico.

Aunque durante un tiempo se había propuesto que este sistema defensivo era una derivación de los campos de estacas que se encuentran por amplias zonas del centro de Europa, hoy se tiende a pensar que es una invención original de los indígenas peninsulares.

En algunos casos se han conservado en estos campos estrechos pasillos para permitir el acceso a los asentamientos, pero que redirigían a los atacantes hacia lugares más fácilmente defendibles. Un ejemplo es el del castro de Castilviejo de Guijosa (Sigüenza, Guadalajara). El campo de piedras hincadas está dividido por un pasillo de unos cuatro metros de anchura que desemboca frente al foso y la muralla. Para acceder al interior del asentamiento había que girar a la izquierda y recorrer más de cuarenta metros a tiro de los defensores, hasta alcanzar la puerta, que se abría junto al cortado. Vemos que ese mismo esquema se repite en otros asentamientos de la zona.

Tradicionalmente se ha venido sosteniendo que estos elementos buscaban entorpecer el avance de la caballería, pero ante las escasas evidencias del uso del caballo en los momentos más antiguos del empleo de las piedras hincadas, que, recordemos, se remontan en algunos casos hasta el siglo VII a. C., se ha de pensar que estaban ideadas principalmente contra la infantería, para evitar ataques masivos de guerreros a pie, a los que restaban operatividad al obligarles a estar pendientes a un mismo tiempo de los proyectiles que les pudieran llegar de las murallas y de las afiladas piedras que erizaban el suelo. Del mismo modo, entorpecerían la aproximación de máquinas de asalto, sobre todo de aquellas provistas de ruedas, como podían ser los grandes arietes y algunas torres móviles.

No debemos olvidarnos tampoco de la función monumental, aspecto que ya hemos señalado para otras obras defensivas. Con ello se trataba de aumentar la espectacularidad de las defensas por encima de sus necesidades reales, algo que servía como elemento disuasorio para los posibles enemigos, además de ser una forma de exaltar el prestigio de las élites que levantaban semejantes estructuras.

Se ha podido constatar que, en la península ibérica, los campos de piedras hincadas son propios siempre de las tierras del interior (un mínimo de 50 kilómetros a la costa), con la única excepción de Vinaroz (Castellón), mientras que tanto en Francia, con el asentamiento de Pech Mahó (Sigean, Aude), como en los muchos

ejemplos conocidos en las islas británicas, están situados en ámbitos costeros o muy relacionados con la costa. Hoy en día los investigadores opinan que si hubiera alguna relación entre estos focos, esta sería desde la península ibérica hacia las costas británicas y francesas.

Rituales mágicos de protección

Aparte de su evidente utilidad como defensa física, no debemos olvidarnos del aspecto mágico-simbólico de las murallas en las culturas antiguas, ya que constituyen un elemento que evidencia la apropiación de un espacio por parte de la comunidad allí asentada, y que separa el caos exterior del orden interno protegido por estas, algo que las convierte en un componente simbólico de primer orden. Por eso su construcción y reparaciones llevarían aparejada la celebración de rituales que, por lo general, incluirían sacrificios y ofrendas. Esto no se limitaría a las murallas, sino que abarcaría todas las obras defensivas. Estos ritos son también frecuentes en otras culturas, como la romana, que los hereda a su vez de la etrusca.

Entre los rituales identificados en relación a las murallas y otros elementos de las fortificaciones en la península ibérica, la práctica más frecuente sería la ofrenda de animales y alimentos, que se colocarían dentro de las mismas murallas o en contacto con ellas. Estos depósitos de fundación incluirían sacrificios previos de animales y, en algún caso, es posible que también de personas. Veamos algunos ejemplos.

Justo bajo la muralla del asentamiento del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel), se localizó un enterramiento ritual de animales cremados dentro de urna cerámica. Son contemporáneos a la construcción de la obra defensiva, con lo que su relación es evidente.

Se han documentado varios hallazgos de cuernas de ciervo dentro de murallas del área indoeuropea peninsular, por ejemplo en Blacos (Soria), La Hoya (Laguardia, Álava) y Peñahitero (Fitero, Navarra). Se

habla de ofrenda fundacional, aunque lo cierto es que estas podrían haber estado empotradas en la obra con las puntas hacia el exterior, y servir como un elemento más de la defensa, al dificultar la aproximación a la base del muro.

También bajo una torre del asentamiento de El Molón (Camporrobles, Valencia), se localizó un depósito fundacional relacionado con la remodelación del sistema defensivo de la puerta a finales del siglo II o principios del I a. C. Estaba compuesto únicamente por dos restos, correspondientes cada uno de ellos a la mitad derecha de la mandíbula de una oveja y de un cerdo, ambos de cuatro años de edad, y con marcas de descarnamiento, que se colocaron con los dientes hacia abajo en una pequeña fosa hemiesférica y se cubrieron con un encachado³³ de pequeñas piedras sobre el que se construyó la torre.

Aunque, como decimos, lo habitual es encontrar restos de animales, también se han hallado algunos restos humanos. Por ejemplo, en el interior de un torreón de Bílbilis Itálica (Huérmeda, Zaragoza) se localizaron los cuerpos de tres adultos. El problema es que no hay unanimidad entre los investigadores a la hora de fijar la cronología de las inhumaciones, y mientras que para unos serían la prueba evidente de un ritual fundacional con posibles sacrificios humanos, para otros los restos serían bastante posteriores a la construcción de las fortificaciones, en concreto ya de época romana imperial.

Diferente es el caso de los restos infantiles localizados entre el relleno de la muralla del asentamiento ibérico del Puig de la Nau (Benicarló, Castellón), que no tienen otra lógica que no sea el depósito ritual, aunque no tendrían por qué implicar necesariamente el sacrificio del neonato.

Terminamos con uno de los casos más recientes y mejor estudiados. En las excavaciones que se llevaron a cabo entre 2010 y 2011 en la puerta oeste del *oppidum* de La Bastida de les Alcusses (Moixent, Valencia), se pudo comprobar que, en un contexto contemporáneo a unas obras de renovación de dicha entrada, se había

enterrado un importantísimo conjunto formado por varios centenares de elementos: herrajes y carbones de una puerta anterior, armas, cerámica de importación, frutos, huesos de animales, etc., que nos hablan de un complejo ritual en el que las élites habrían celebrado un banquete (que seguramente incluiría el sacrificio de animales), para luego hacer una ofrenda que se enterró justo bajo el pasillo de entrada de la puerta principal de la ciudad. Desconocemos el significado exacto de este acto en el ámbito ibérico, pero está clara su función simbólica y ritual, y sabemos que en el mundo romano las puertas eran objeto de una atención especial a la hora de la realización de ritos, en los que se solía incluir el sacrificio de animales.

PECULIARIDADES REGIONALES DE LOS SISTEMAS DEFENSIVOS

Al estudiar los sistemas defensivos empleados en las distintas áreas culturales de la península ibérica, no encontramos con el problema de la gran diferencia de información disponible para el ámbito ibérico y para el resto de culturas peninsulares, sobre todo para algunas de ellas, lo que puede llevarnos a una visión errónea del conjunto. Por suerte, no dejan de desarrollarse nuevas campañas de excavaciones que, poco a poco, van arrojando luz sobre estas zonas menos conocidas.

A la hora de encarar su estudio, y por una simple cuestión práctica, hemos dividido la península en tres grandes áreas: la ibérica, las mesetas y la cornisa cantábrica, aun a sabiendas de lo incorrecto de mezclar denominaciones culturales y geográficas.

Ámbito ibérico

Las protecciones más sencillas de los asentamientos ibéricos son simples muros de un espesor de 50/60 centímetros, pero cuando hablamos de murallas de asentamientos de una cierta entidad lo habitual es encontrar un doble paramento.

Por lo general, la técnica constructiva de las murallas es muy similar a la utilizada en los muros de las viviendas: sobre una escasa

cimentación, que con frecuencia falta, se levanta un zócalo de piedras, generalmente mampostería de piedras someramente desbastadas. Los sillares son raros. También encontramos algunos casos de aparejo ciclópeo, aunque algunos de los ejemplos más conocidos de este tipo de murallas, como la de Tarraco (Tarragona), la de Ibros (Jaén), o la de Ocuri (Ubrique, Cádiz), hoy se sabe que pertenecen ya a época romana republicana y por lo tanto no son puramente ibéricas. En otros asentamientos encontramos también sillares de gran tamaño, como en el Castellar de Meca (Ayora, Valencia), donde se utilizaron bloques de dos metros de anchura por uno de altura.

También se ha detectado en algunas murallas el denominado aparejo poligonal, en el que cada piedra es tallada para el lugar específico que va a ocupar, de modo que sus entrantes y salientes encajen a la perfección en las piedras que le rodean, lo que daría mayor solidez al conjunto. Un claro ejemplo lo encontramos en San Antonio de Calaceite (Teruel)

En ocasiones, sobre todo en las murallas más antiguas, se ha comprobado que el muro exterior está ataludado,³⁴ y que utiliza piedras de mayor tamaño que el muro interior.

Por regla general, una vez que se había construido este zócalo de piedras, que podía presentar una altura muy variable, se continuaba levantando el muro con adobes o tapial. Aunque esto es lo más frecuente, también conocemos casos en los que la totalidad de la muralla era de piedra, como La Serreta (Alcoy, Alicante).

Suponemos que las murallas estarían coronadas con algún tipo de protección para sus defensores, ya fueran almenas y merlones o un parapeto corrido, y si tenían la anchura suficiente dispondrían de un adarve³⁵ para moverse por su parte superior.

El gran enemigo de los muros de tierra es la lluvia, por lo que se solían enlucir con barro y luego se encalaban. Este enlucido se extendía a veces al total de la muralla, incluido el zócalo de piedras: de este modo se tapaban los huecos dificultando también que los asaltantes pudieran trepar.

En El Oral (San Fulgencio, Alicante), se ha detectado una variante. El zócalo de piedra se limita a una sola hilada de bloques de gran tamaño, mientras que la práctica totalidad de la muralla se levantó con tapial, que se cubrió con un grueso enlucido de arcilla encalada de unos diez centímetros de espesor.

Algunas murallas presentan baluartes o bastiones, ensanchamientos del muro, la mayoría de las veces rectangulares, que además de reforzar la muralla permitían a los defensores batir desde varios ángulos a los posibles atacantes.

A diferencia de otras áreas de la península ibérica, en el mundo ibérico las fortificaciones incluían por lo general una única línea de muralla, aunque se conocen algunos asentamientos con dos murallas concéntricas, como el pequeño poblado de El Cardal (Ferreira, Granada), al parecer muy relacionado con la minería metálica.

Las torres

Aparecen aproximadamente en un 40 por ciento de los asentamientos fortificados ibéricos, y de estos, un 40 por ciento las presentan únicamente junto a las puertas. Es muy raro que las torres se repartan de una forma más o menos regular a lo largo de todo el perímetro de la muralla, aunque se conocen casos, como l'Alt de Benimaquia (Denia, Alicante) en su fase más antigua, o Ullastret (Gerona).

Las torres ibéricas solían ser cuadradas, pero también se han localizado algunas de planta circular, como en Ullastret, o semicircular como en San Antonio de Calaceite (Teruel).

Aunque lo habitual es que las torres fueran macizas también se conocen algunas huecas, como en la ciudadela de Calafell (Tarragona). En estos casos podrían alojar en su interior un cuerpo de guardia o similar, sobre todo las situadas junto a las puertas. En La Bastida de les Alcusses (Moixent, Valencia) se han detectado verdaderas puertas-torre, ya que las entradas presentarían

construcciones sobre ellas, es decir, que los que ingresaban en la ciudad lo hacían atravesando la base de las torres.

Solo en algunos ejemplos tardíos, como las torres poligonales del Castellet de Banyoles (Tivissa, Tarragona) encontramos indicios de conocimientos poliorcéticos avanzados, aunque todo indica que se trata tan solo de copias más estéticas que funcionales, como veremos en el apartado correspondiente.

Las puertas

En los asentamientos ibéricos suelen recibir un especial cuidado en su construcción, aunque las hay de muy variada factura. Se aprecia una evolución desde entradas sencillas, de acceso directo, en los periodos más antiguos, a otras más complejas en momentos posteriores, cuando serán habituales las de tipo frontal y de recubrimiento. Menos habitual es la entrada en codo, aunque se conocen algunos ejemplos, como en Ullastret (Gerona)

En cuanto al espesor de la puerta en sí, este variaría mucho. Por ejemplo, en El Molón (Camporrobles, Valencia) la puerta principal tenía un grosor de 25 centímetros, mientras que en el también valenciano asentamiento de La Bastida de Les Alcusses (Moixent, Valencia), se ha podido comprobar que la puerta sur tenía tan solo 5,5 centímetros de espesor, lo que nos parece realmente poco para asegurar mínimamente la entrada a una ciudad de esa importancia.

En algunos asentamientos, como este mismo de La Bastida de Les Alcusses o El Castellar de Meca (Ayora, Valencia) se ha detectado el tapiado de las puertas como modo de reforzarlas ante ataques enemigos.

El foso

Podía circunvalar completamente el asentamiento o limitarse a la zona más débil, formando una barrera. Los fosos de circunvalación conocidos son escasos, ya que en el área ibérica solo aparecen en asentamientos construidos en el llano, y eso ocurre pocas veces en núcleos de una cierta importancia. El ejemplo más conocido es el de la Fortaleza de Vilars de Arbeca (Lérida). Por lo que respecta a los fosos de barrera, estos aislarían los asentamientos del resto del terreno donde se encontrarán, protegiendo el acceso, y podemos citar como ejemplo El Molón de Camporrobles (Valencia).

La anchura y profundidad de los fosos varía mucho, pero podían alcanzar unas dimensiones considerables, como en Carrasumada (Lérida), donde tenía una anchura de unos 13 metros y una profundidad de cinco. El perfil podía ser en V o en U.

Aunque lo habitual es encontrar fosos simples, también han aparecido algunos múltiples.

Una imaginativa variante la encontramos en el asentamiento de San Antonio de Calaceite, donde se excavó (o acondicionó) una gran balsa delante de la puerta, con lo que esta hacía la función de foso además de depósito de agua. Fue construida de manera que solo dejaba libre un estrecho sendero que discurría justo bajo la muralla y una potente torre, de modo que todo el que intentara acceder a la puerta quedaría a tiro de los defensores.

Campos de piedras hincadas

En el área ibérica los campos de piedras hincadas son muy escasos, ya que únicamente se han localizado en la Fortaleza de Vilars de Arbeca (Lérida), Vinaroz (Castellón), el Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel) y Pech Mahó (Sigean, Francia).

Aquí habría que hacer algunas consideraciones, por ejemplo, en el caso de Vilars de Arbeca el campo de piedras hincadas data del momento de construcción del poblado en el siglo VII a. C., es decir, aún en la primera Edad del Hierro, mientras que después, ya en época

plenamente ibérica, se eliminó buena parte de él al construir el enorme foso que rodea al asentamiento. Esto podría estar indicándonos que los íberos no confiaban mucho en este tipo de defensas. Sin embargo, al otro lado de los Pirineos encontramos piedras hincadas en el asentamiento de Pech Mahó, que a pesar de encontrarse en actual suelo francés debemos incluir dentro del ámbito ibérico. No deja de ser curioso que los íberos traspirenaicos utilicen un elemento defensivo que parece no gustar mucho en las áreas ibéricas nucleares.

En Alcalá de Azaila se encontró un pequeño grupo de piedras hincadas que se había creado levantando lajas del empedrado de una calle, lo que nos podría estar indicando que fue un recurso desesperado para protegerse del ataque romano que, finalmente, consiguió acabar con la ciudad.

Por lo que respecta al asentamiento del Puig de la Misericordia de Vinaroz, vemos que entre la muralla y un posible foso se ha descubierto una línea con poco más de una docena de piedras hincadas. Desconocemos si originariamente habría un verdadero campo con más piedras y fue desmontado para excavar el foso, como ocurrió en Vilars de Arbeca, dado que este asentamiento también tiene sus orígenes en el siglo VII a. C., pero por el momento se desconoce la fecha de erección de las piedras conservadas.

Asentamientos con una finalidad defensiva

Hemos hablado hasta ahora de los sistemas defensivos en general y cómo estos se aplicaban a los distintos asentamientos ibéricos. Pero no debemos olvidar la existencia de una serie de construcciones que se levantaban con una finalidad eminentemente defensiva, aunque en determinados casos a esa función principal se pudieran unir otras, tanto encaminadas a la mera subsistencia de sus ocupantes, como a la obtención de determinados recursos que se dieran en la zona.

Ya vimos, por ejemplo, cómo en el área de Liria (Valencia), la antigua Edeta, los asentamientos del territorio se articulaban en tres niveles además del *oppidum* central: las aldeas, los caseríos o granjas fortificadas y los fortines o atalayas.

Los fortines se reparten por toda el área edetana y siempre se construían en puntos elevados, lo que les permitía controlar visualmente amplias zonas. De estos, el más conocido es el Puntal dels Llops (Olocau), un pequeño núcleo de tan solo 900 metros cuadrados con una única calle central y diecisiete departamentos que se abren a ambos lados de ella. Fue levantado en el área montañosa que cierra el territorio de Edeta por el norte y domina una amplia extensión del llano que se extiende a sus pies. Estaba completamente amurallado y su acceso se protegía con una potente torre cuadrada, algo de la mayor importancia en este tipo de asentamientos. Se han detectado trabajos de metalurgia en su interior y se ha descubierto un enterramiento infantil, lo que podría indicar la presencia de mujeres, aunque no se descarta que el enterramiento tuviera la función de ofrenda fundacional, para lo que no sería preciso que el bebé hubiera nacido o vivido allí.

Hay otro tipo de fortines bien distinto, aunque con la misma finalidad de protección de un núcleo de importancia. Son los que se levantaban en la costa para prevenir los ataques desde el mar. El ejemplo más conocido es el que se excavó en 2013 en El Campello (Alicante), y que protegería por el norte el importante asentamiento comercial de la Illeta dels Banyets, que se levanta en el mismo término municipal.

El fortín estaba constituido por un conjunto de forma trapezoidal que ocupaba una superficie de 350 metros cuadrados, y estaba formado por tres departamentos independientes y un patio, rodeado todo por una muralla de un metro de espesor. Se ha datado en el siglo V a. C.

Como bien dice su excavadora, Feliciano Salas, debería haber más fortines repartidos por la costa cercana para que fueran eficaces, ya que uno solo sería inútil.

Desgraciadamente, pocos meses después de su excavación este yacimiento fue arrasado de forma deliberada utilizando maquinaria pesada, con lo que mucha información se ha perdido para siempre.

Casas-torre fortificadas

Estamos ante una tipología de hábitat fortificado típica de los momentos más antiguos del área ibérica de Teruel y el Bajo Ebro, donde se han encontrado varios ejemplos entre los que destacan el Tossal Montañés en Valdeltormo y La Guardia en Alcorisa, ambos en la provincia de Teruel.

Se caracterizan por estar constituidos por un torreón exento, circular u ovalado, muy posiblemente con varias alturas habitables, al que en algunas ocasiones se le adosan otras construcciones, y que si no fuera porque en su interior se puede encontrar el ajuar habitual en una vivienda, generalmente de alto estatus, podrían darnos la impresión de que estamos ante simples atalayas con una función exclusivamente defensiva.

Quizás el ejemplar más conocido, y que más información ha proporcionado, sea el Tossal Montañés, una casa-torre circular exenta de unos 9 metros de diámetro con muros de mampostería de piedras apenas desbastadas de 1,35 metros de espesor medio, enlucidos en su interior y con una única y pequeña puerta de 80 centímetros de anchura orientada al sur. Fue destruida por un virulento incendio, pero ha llegado hasta nosotros una parte importante de su ajuar doméstico, que incluía diversos vasos cerámicos, moldes de fundición, un bastidor de telar de piedra con sus pesas de barro, o una curiosa vasija-horno. En el centro había una piedra plana sobre la que apoyaría el pilar de madera que sujetaría, al menos, un piso superior.

Se considera que estas torres serían las viviendas de familias aristocráticas, que se diferenciaban del resto con esta tipología constructiva que, además, les proporcionaba una seguridad de la que los demás no disfrutaban. Hemos de señalar el hecho de que estas

torres son contemporáneas a algunas ricas sepulturas aristocráticas como la de Les Ferreres, en Calaceite, en las que, como recordaremos, se encontraron bienes de prestigio, entre otros, su famosa coraza de bronce y fragmentos de espadas de hierro.

Meseta

A pesar de que somos conscientes de estar forzando un tanto el término geográfico al agrupar bajo este epígrafe realidades culturales muy dispares, hemos decidido incluir aquí a todos los pueblos del interior peninsular a fin de presentarlos al lector de una forma sencilla y sin un exceso de apartados.

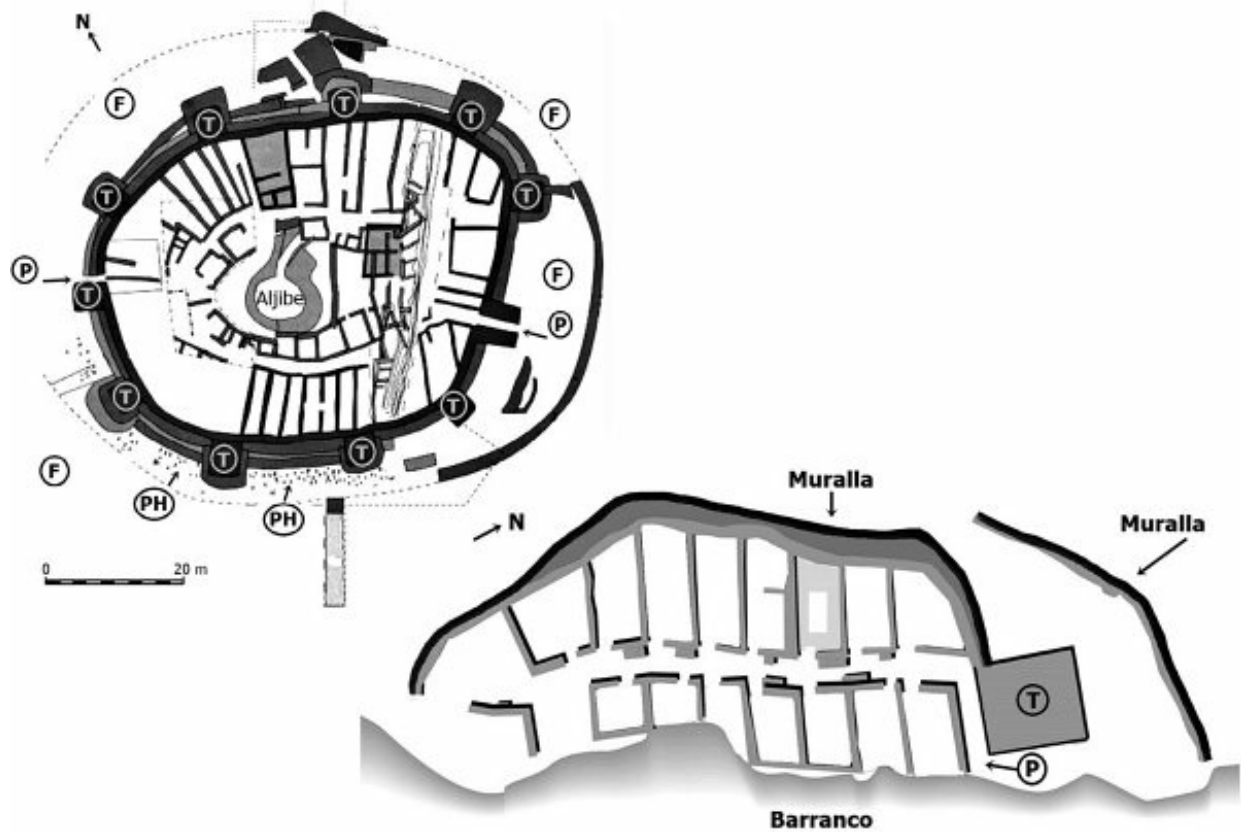
Nos encontramos en esta amplia área con realidades culturales que, a pesar de presentar determinados factores comunes que nos permiten reconocer elementos celtas de una forma más o menos evidente, también muestran peculiaridades que nos hablan de unos sustratos y unas influencias externas muy diferentes para cada zona.

1. *Ámbito celtibérico*

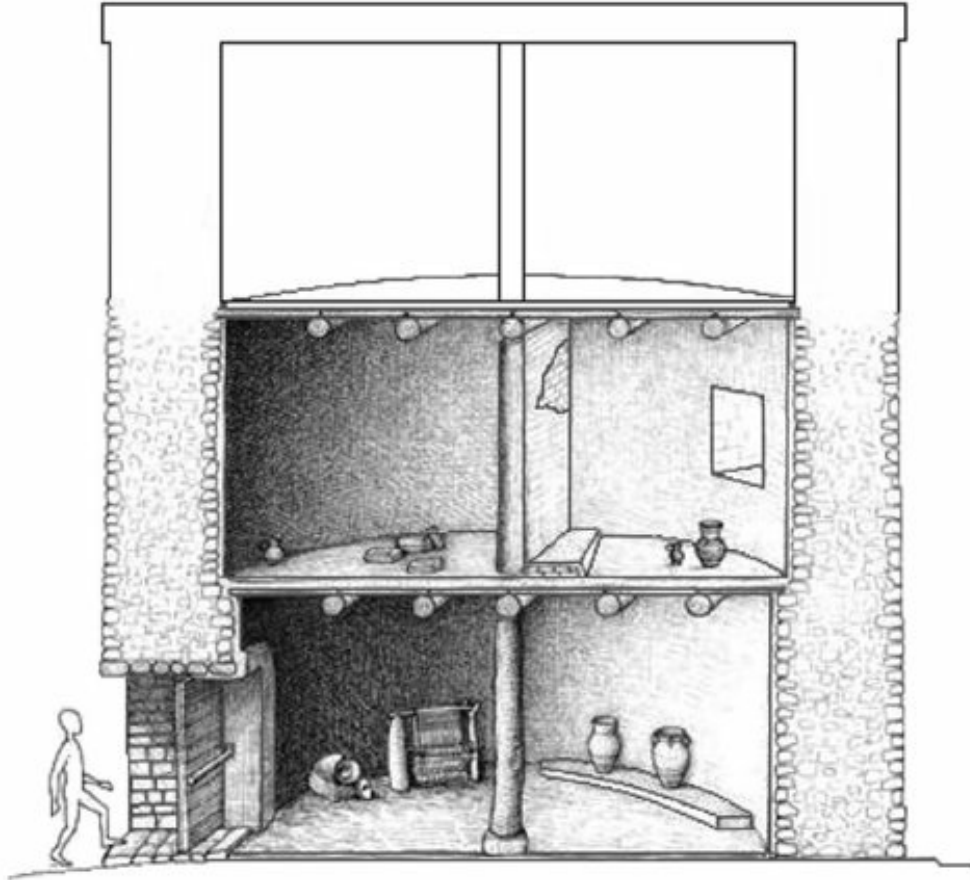
En el Celtibérico Antiguo (del siglo VII, a mediados del V a. C.) los poblados más pequeños se cercaban con simples muros de mampuesto de poco mayor grosor que el de las casas, reforzados, como mucho, con algunos bastiones. En los mayores se encontraban ya murallas de doble paramento rellenas de piedras y tierra, aunque siempre formadas por una única línea, y raramente excedían los dos metros de espesor total. Pero estamos ante un pueblo bien comunicado con el área ibérica mediterránea a través del valle del Ebro, lo que facilitaba la llegada de innovaciones, también en lo que respecta a los sistemas defensivos. De este modo, vemos cómo en el Celtibérico Pleno (de mediados siglo V a finales siglo III a. C.) las fortificaciones mejoran de forma rápida, los muros se hacen más anchos y las torres cuadradas se tornan frecuentes, aunque las líneas

de muralla seguirán ajustándose a la orografía del terreno sobre el que se asientan. Suelen predominar los trazados curvos e irregulares, pero ya a partir del siglo IV a. C. aparecerán trazados rectos, con tramos acodados que forman sencillas murallas de cremallera, en algunos casos perfectamente definidas, como en el castro de Castilviejo de Guijosa (Sigüenza, Guadalajara) con una muralla acodada de cinco tramos datada en el siglo III a. C. Ahora ya encontramos los trazados múltiples, es decir, varias líneas de murallas más o menos paralelas que rodeaban el asentamiento.

Otro ejemplo es el castro de Peña Moñuz (Olmeda de Cobeta, Guadalajara), ocupado entre los siglos IV y III a. C., que presenta un complejo sistema defensivo, compuesto por un campo de piedras hincadas de entre 12 y 16 metros de anchura, un foso excavado en la roca de cinco metros de ancho y casi dos de profundidad, y una muralla de barrera de algo más de dos metros y medio de espesor, a la que se adosaron por su parte externa un gran torreón central, de 80 metros cuadrados de planta, y una torre maciza rectangular de menor tamaño entre cada puerta y el torreón principal. Las dos puertas se abren en ambos extremos de la muralla, junto al cortado, lo que dificultaría el acceso en tropel a los posibles atacantes.



Esquema de los asentamientos ibéricos de la Fortalesa de Vilars de Arbeca (Lérida) y El Puntal dels Llops (Olocau, Valencia), con indicación de sus elementos defensivos. P: puerta, PH: campo de piedras hincadas, F: foso, T: torre.

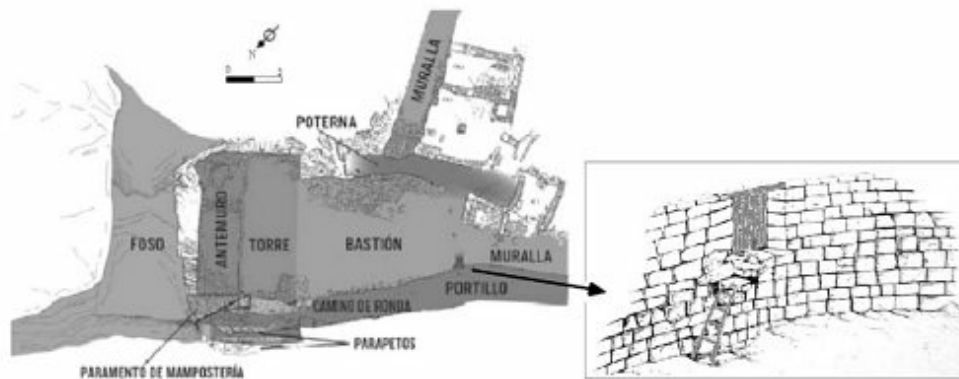


Casa-torre del Tossal Montañés (Valdetormo, Teruel). Dibujo de Pierre Moret.

Las murallas celtibéricas pueden ser verticales o ataludadas con la base muy ensanchada, como en el caso del castro de El Zarranzano (Cubo de la Sierra, Soria).

En el Celtibérico Tardío (de finales siglo III a finales siglo II a. C.) encontramos ya todos los avances poliorcéticos llegados del Mediterráneo, como antemurales, anchos fosos, murallas de cajón, etc.

UN EJEMPLO DE SISTEMA DEFENSIVO COMPLEJO EN EL INTERIOR VALENCIANO: EL POBLADO IBÉRICO DE EL MOLÓN DE CAMPORROBLES (VALENCIA)



Esquema del sistema defensivo del asentamiento de El Molón (Camporrobles, Valencia), según A.J. Lorrio. (Panel informativo en el yacimiento).

Un perfecto ejemplo de la complejidad que podían llegar a alcanzar las defensas de los asentamientos indígenas lo encontramos en este poblado ibérico. Tiene una extensión de 2,65 hectáreas y se localiza en lo alto de una muela protegida naturalmente por sus caras sur y este por escarpes rocosos casi verticales. La entrada principal se encuentra en su lado norte, protegida por sendas torres situadas en el centro de una potente muralla, de la que queda un amplio lienzo bien conservado. Pero es el extremo noreste del asentamiento el que nos interesa.

En esta parte, la muela quedaba conectada al resto de la sierra por un pequeño istmo que hacía vulnerable el poblado, por lo que se levantó allí un complejo sistema defensivo para protegerlo.

Se comenzó excavando un foso de 20 metros de longitud y 6,5 metros de anchura, que cortaba el acceso desde el istmo, y con la misma piedra extraída se levantó una potente torre precedida de un antemural, es decir otra barrera suplementaria en el mismo borde del foso que dificultaba la llegada a la torre.

Junto al costado sur de esta se abrió una puerta secundaria o poterna que daría acceso al poblado por este lado a la vez que permitía la salida y entrada de los defensores. Otro pequeño portillo se abría en la muralla del lado norte a una altura de aproximadamente 1,5 metros sobre el suelo, en un punto no visible para los posibles atacantes que llegaran desde el istmo, lo que permitía a los defensores hacer salidas sorpresa. Un segundo antemural les serviría de parapeto para defender el foso.

Estos dos accesos secundarios estaban contruidos de manera que los defensores estuvieran protegidos de la mejor manera posible. Los que salían por la poterna del lado sur tenían su costado derecho protegido por la muralla y el izquierdo por la torre; mientras que los que salían por el portillo del lado norte tendrían el costado derecho resguardado por la muralla mientras que el izquierdo lo protegerían con sus propios escudos.

A lo largo de la base de la muralla norte se ha podido identificar un camino de ronda de 1,5 metros de anchura que discurría paralelo al muro.

Curiosamente este complejo sistema defensivo no encuentra su más cercano paralelo en ningún *oppidum* de la península ibérica, sino en las defensas de la imponente fortaleza de Euryalo en Siracusa, construida coincidiendo, casualmente, con la presencia en Sicilia de importantes contingentes de mercenarios peninsulares, que bien podrían haber copiado la idea y haberla trasladado hasta su tierra de origen, donde habrían tratado de reproducirla, eso sí, a una escala infinitamente más modesta.

Un excelente ejemplo de este tipo de fortificaciones lo encontramos en el *oppidum* de Los Rodiles (Cubillejo de la Sierra, Guadalajara), que fue abandonado en un momento indeterminado de principios o mediados del siglo II a. C. Presenta tres recintos amurallados concéntricos levantados sobre terrazas sucesivas. Todas las murallas son ya de cajones. El recinto superior es el más complejo, ya que dispone de una muralla de aparejo pseudociclópeo de dos metros de espesor. Junto a la puerta se le adosa un torreón semicircular, que serviría de protección de la entrada, con lo que allí el conjunto del muro alcanza los once metros de espesor. En este tramo de mayor anchura, la muralla poseía un tercer muro interno que discurría entre los dos paramentos exteriores, y que serviría para dar mayor solidez al conjunto. Por el exterior de la muralla, a una

distancia de entre uno y dos metros de esta, discurría un antemural de un metro de espesor, que a la vez que dificultaba la llegada de enemigos al pie de la muralla, servía de refuerzo de esta, ya que aguantaba el relleno de piedras que conformaba los cimientos de la muralla.

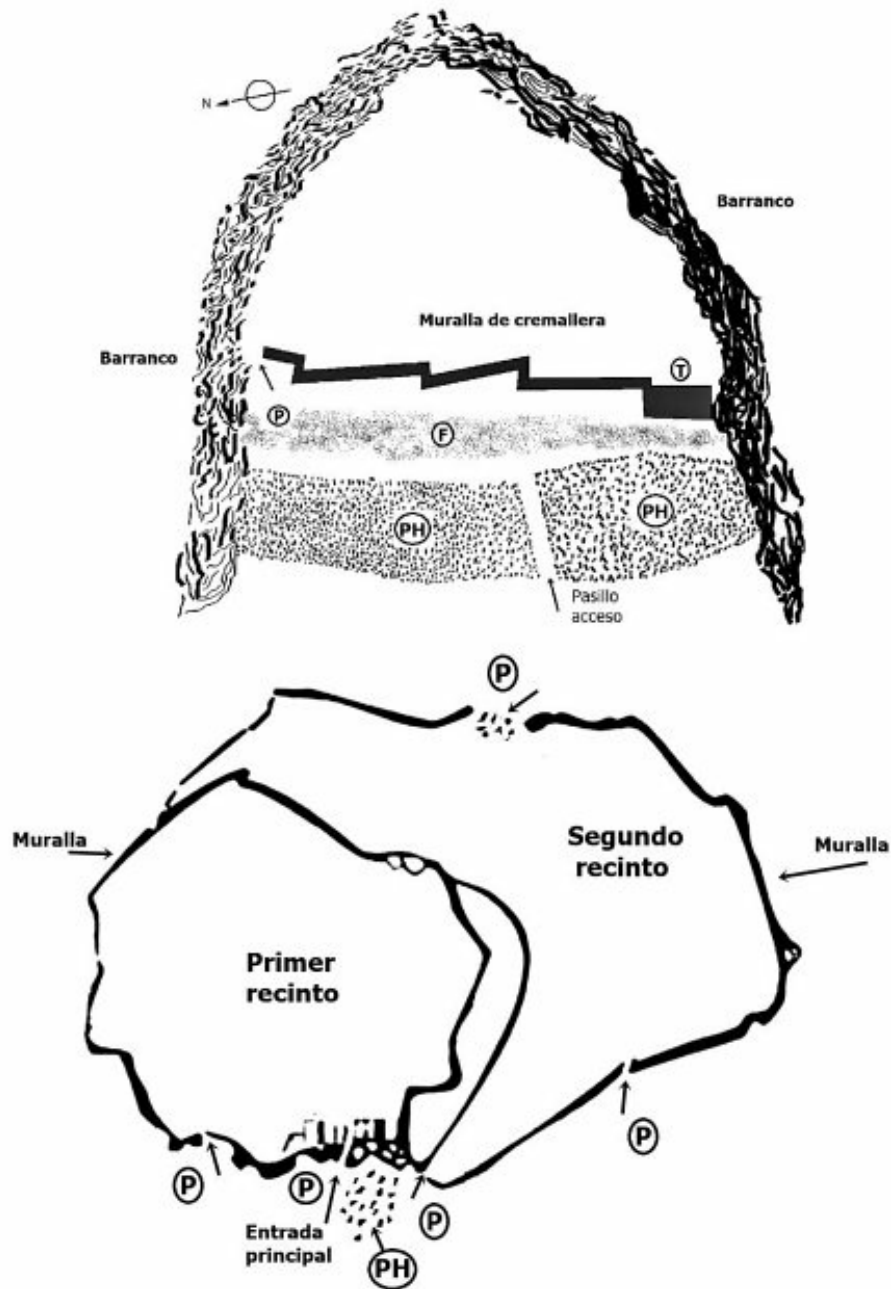
También la ciudad de Contrebia Leukade (Aguilar del río Alhama, La Rioja) presenta un espectacular sistema defensivo compuesto por una muralla y un foso de fondo plano excavado en la roca a lo largo de casi 700 metros, con hasta ocho de profundidad y entre siete y nueve de anchura. Tras la conquista romana las fortificaciones de este asentamiento sufrieron importantes modificaciones, levantándose una serie de torres compartimentadas interiormente y adosadas a la muralla, separadas entre 20 y 25 metros unas de otras.

Encontramos algunos ejemplos, ya tardíos, de utilización de sillares perfectamente escuadrados, como en Segeda II (Belmonte de Gracián, Zaragoza), pero hemos de recordar que esta ciudad se construyó *ex novo* en el siglo II a. C., tras la destrucción de la primera Segeda por los romanos, con lo que se levantarían ya con técnicas y patrones más propios de la tradición itálica.

Como hemos visto en Peña Moñuz, entre los celtíberos también son frecuentes las murallas de barrera, que protegían únicamente las partes más expuestas, sin llegar a circunvalar la totalidad del asentamiento, sobre todo cuando la orografía del terreno hacía difícil el ataque por otros frentes.

Ya dijimos al hablar de los elementos de los sistemas defensivos, que uno de los pocos focos en los que se han identificado campos de piedras hincadas se correspondía con parte de la Celtiberia. En concreto se aprecia una concentración de los mismos en diversos castros pelendones sorianos, aunque también aparece un núcleo con tres ejemplos en la provincia de Guadalajara. Estos tres castros muestran características comunes, y es que todos se ubican sobre espolones rocosos y presentan un mismo esquema defensivo: muralla con torres o acodamientos, foso y campo de piedras hincadas, y en los tres el camino de acceso entre las piedras se situó de modo que los

atacantes tuvieran que girar hacia la izquierda una vez atravesado este y caminar expuestos, en paralelo a la muralla, hasta llegar a la puerta. Estos tres castros son posteriores al resto de asentamientos celtíbericos con campos de piedras hincadas.



Esquemas de los asentamientos de Castilviejo de Guijosa (Guadalajara), arriba, y Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila), abajo, en territorios celtibérico y vetón

respectivamente, con indicación de sus elementos defensivos. P: puerta, PH: campo de piedras hincadas, F: foso, T: torre. Dibujo de Castilviejo de C. Bartolomé La Huerta (Creative Commons), modificado por el autor, y dibujo de Las Cogotas del autor.

A pesar de que hasta el momento no se han encontradas piedras hincadas en el entorno de Numancia, diversos autores consideran que pudieran haber existido, y se basan para ello en la descripción que Apiano hace de esta ciudad a la llegada de Cecilio Metelo, en la que dice que «el único camino que bajaba hacia el llano estaba defendido por fosos y *stélai*». Dado que la palabra griega *stêlè* se utiliza exclusivamente para referirse a elementos de piedra colocados de forma vertical, como estelas y mojones, sería más lógico que en este contexto se refiriera a líneas de piedras hincadas que a empalizadas, como se ha venido traduciendo por la mayoría de autores.

Aunque en los asentamientos celtibéricos predominan las entradas sencillas, también son relativamente frecuentes los accesos en esviaje, como en el castro de Valdeprado (Soria), donde los dos muros se solapan en paralelo a lo largo de 18 metros. En El Castellar (Berrueco, Zaragoza), un pequeño asentamiento de tan solo 600 metros cuadrados, se ha excavado una puerta en codo protegida en su parte exterior por un antemuro, de menor grosor que la muralla que impediría la entrada en tropel, al ser necesario esquivarlo por alguno de sus lados para alcanzar la puerta propiamente dicha. También se han detectado en diversos asentamientos portillos y accesos secundarios.

2. Ámbito berón

Son escasos los asentamientos berones estudiados y excavados, con lo cual son muy pocos los datos de que disponemos en relación a sus fortificaciones, aunque estos parecen remitirnos a modelos celtibéricos.

Uno de los que nos ofrece información, aunque sea escasa, es el poblado de la Hoya (Laguardia, Álava), un asentamiento en llano que se rodeó de una potente muralla de mampostería. Como detalle curioso encontramos el hecho ya comentado de que en la base de esta se han encontrado restos de cuernas de ciervo. Aunque en una fase anterior, las viviendas se adosaban a la muralla, en la restructuración que sufrió el poblado en el siglo V a. C. se dejó un pasillo a modo de camino de ronda entre el muro y las viviendas.

Ya dijimos que el yacimiento de La Custodia (Viana, Navarra), podría corresponderse con la capital de los berones, que aparece en las fuentes como Varia. Se trata de un importante *oppidum* que ocupa una superficie de más de doce hectáreas, y que tiene la peculiaridad de que parece estar formado por cuatro recintos yuxtapuestos, algo habitual en otras áreas, como veremos entre los vetones, pero no en esta zona. Cada uno de estos cuatro recintos parece estar circundado por su propia muralla de mampostería, pero desconocemos su trazado exacto y su estructura, ya que no se han excavado. En la cara norte se aprecian indicios de un posible foso. Parece haber contado con una puerta principal en esviaje y otras secundarias, entre las que una al menos podría ser de embudo.

3. Ámbito vetón

Las murallas vetonas son de gran potencia, ya que tienen por lo general entre cuatro y ocho metros de espesor, aunque se conocen algunas que alcanzan los catorce, como la de Yecla la Vieja (Yecla de Yeltes, Salamanca). Se levantan directamente sobre el suelo o roca virgen, sin cimientos, y suelen estar formadas por un doble paramento de mampuestos bien ajustados y en seco. El espacio interno se rellena de piedras colocadas en capas horizontales ordenadas. En ocasiones, este esquema básico se completa con otros muros adosados, ya sea en el exterior, en el interior, o en ambos, como en Las Cogotas. En el sur y oeste del territorio vetón son

frecuentes las murallas ataludadas, variando bastante la inclinación del muro exterior. La altura original de las murallas es difícil de calcular, aunque tenemos ejemplos de hasta seis metros conservados, como en el ya mencionado castro de Yecla la Vieja. Desconocemos si tendrían remates de madera o adobes.

Habrá que esperar al siglo II a. C. para encontrar entre los vetones torres cuadradas. Hasta ese momento se utilizan bastiones o ensanchamientos curvilíneos de los muros, que sirven tanto como plataformas defensivas para batir los flancos de los posibles atacantes, como de refuerzo estructural de las murallas.

La protección de los accesos a los recintos fortificados se completaba mediante entradas en embudo o en esviaje, como hemos visto en otros ámbitos peninsulares. Las de embudo son más frecuentes, con ejemplos muy claros como en Las Merchanas (Lumbrales, Salamanca), mientras que entre las de esviaje encontramos la de Ulaca (Solosancho, Ávila). Los bastiones curvilíneos sirven a veces como protección de los accesos.

También encontramos fosos, aunque en menor proporción que en otras áreas. Pero entre los mismos vetones no todos los utilizaron en igual medida, siendo más frecuentes en la zona de Zamora y norte de Portugal.

Más habituales son los campos de piedras hincadas, que en la parte occidental del territorio vetón se llegan a encontrar en un 85 por ciento de los poblados fortificados. Con frecuencia las piedras llegan hasta el mismo pie de la muralla.

Uno de los más espectaculares ejemplos de sistema defensivo en territorio vetón es el castro de La Mesa de Miranda (Chamartín, Ávila), con tres recintos yuxtapuestos, y que encierran dentro de sus 2.800 metros de muralla una superficie total de 30 hectáreas. El primer recinto es el más antiguo, y se levantaría a finales del siglo V o principios del IV a. C., mientras que el segundo dataría seguramente del III a. C. El tercer recinto es algo más moderno, y su construcción coincidiría con los momentos de inestabilidad del siglo II a. C.

Las murallas tienen en torno a los cinco metros de espesor, y son de doble paramento. La del primer recinto tiene una antemuralla a muy poca distancia, formando una especie de escalón interpuesto a los atacantes.

Las defensas del primer recinto se completan con un campo de piedras hincadas y un amplio foso, ahora colmatado por los derrumbes, que se corresponderían con los momentos más antiguos del asentamiento y que perderían su utilidad al construirse el segundo recinto.

El tercer recinto, que ya hemos dicho que es el más moderno, parece que no llegó a terminarse nunca, y no solo porque no se cierre completamente por su lado norte, sino porque en algunos puntos sus muros son de muy poca altura y no existen derrumbes a su alrededor, lo que nos indica que no llegaron a levantarse. En algunos lugares la obra presenta paramentos ciclópeos, y cuenta ya con torres cuadrangulares, al contrario que en los recintos previos, donde son todas curvas. Este recinto se levantó en parte sobre la necrópolis del asentamiento, conocida como La Osera, donde a principios del siglo XX se excavaron más de 2.200 tumbas, en las que se encontraron importantes ajuares, que incluían una gran cantidad de armas.

4. Ámbito vacceo

En la mayor parte de los asentamientos vacceos estudiados se han detectado sistemas defensivos, aunque, desgraciadamente, las excavaciones en extensión son muy escasas. Unos disponen de muralla y foso, otros solo de muralla y en algún caso únicamente se ha detectado la presencia del foso. Pero como vamos a ver, también los hay de una gran complejidad, con combinaciones variables de un número importante de elementos defensivos diferentes, aunque no se han detectado en este área campos de piedras hincadas, murallas de cajones ni trazados en cremallera.

Encontramos antecedentes a estas fortificaciones en El Soto de Medinilla (Valladolid), donde se han localizado murallas de adobes y estacas de madera fechadas en el siglo VII a. C., es decir en un momento previo al surgimiento del mundo vacceo.

Quizás el ejemplo de fortificación vaccea mejor conocido sea el de la ciudad de Pintia (Padilla de Duero/Peñafiel de Duero, Valladolid), donde se ha podido estudiar un complejo sistema defensivo compuesto por una muralla de piedra y adobe de siete metros de espesor, reforzada hacia el exterior por bastiones o torreones semicirculares. Esta muralla no rodeaba toda la ciudad, ya que por uno de sus laterales discurre el río Duero, que le daría protección. Se han localizado restos de otra muralla más antigua sobre la que se levantaría la que aquí describimos. Las fotografías aéreas indican que tendría tres puertas.

La muralla tiene una construcción muy peculiar y a pesar de su gran espesor no está formada por el doble paramento que vemos en tantos asentamientos, dado que presenta un muro exterior de piedra de unos 60 centímetros de espesor, y el resto de la estructura, hasta completar su espesor total, es de adobes, colocados a soga el primer medio metro y a tizón el resto conservado, por lo que los autores de su excavación dicen que en realidad se trataría de una muralla de adobes forrada de piedra en su cara externa. Se desconoce la altura total, ya que se ha conservado menos de un metro y medio, pero no sería inferior a los cuatro metros.

Se ha excavado un posible torreón o bastión semicircular de 14 metros de diámetro, que fue levantado con piedras sobre una base de adobes, de los que quedaban in situ cinco hiladas. Esta forma de construcción es exactamente opuesta a la utilizada en la mayoría de fortificaciones peninsulares, en las que, como hemos visto, sobre un zócalo de piedra se levantaba el alzado de adobes o tapial.

A una distancia de seis metros de la muralla se abría un foso triple de casi 30 metros de anchura y entre dos y cinco de profundidad. Dentro de dos de los fosos se han encontrado restos de troncos clavados en posición vertical que nos indicarían la existencia

de sendas estacadas³⁶ que completarían la defensa de estos. Los taludes de algunos de los fosos estarían recubiertos, al menos en parte, con lajas de piedra.

Unos 150 metros por delante de este foso se ha detectado otra muralla, levantada exclusivamente de mampostería, y que se considera de construcción posterior. No hay unanimidad entre los investigadores, ya que mientras unos consideran que sería una defensa avanzada de la propia ciudad, para otros se trataría en realidad de una obra romana levantada durante un asedio de fecha desconocida.

Este esquema de muralla, fosos, contrafosos y posibles empalizadas ha sido detectado en otros asentamientos vacceos importantes como Pallantia (Palenzuela) o La Ciudad (Paredes de Navas), ambas en la provincia de Palencia. En el último se han localizado lo que podrían ser torreones independientes separados de la muralla, situados a la derecha de las entradas y rodeados con sus propios fosos. Fosos que podrían continuar ante algunas de las entradas, con lo que sería preciso para acceder a la ciudad algún tipo de pasarela o puente que se pudiera retirar en caso de peligro.

5. Ámbito carpetano

La cultura carpetana se caracteriza por presentar una acusada influencia de elementos célticos e ibéricos. Esto es muy visible en su cultura material, pero también en su urbanismo y arquitectura, donde incluimos las estructuras defensivas.

Hasta hace poco apenas teníamos datos sobre las fortificaciones carpetanas, básicamente debido a la falta de excavaciones. Afortunadamente, esto está cambiando de forma rápida, y hoy disponemos de una cantidad de información considerable.

Sabemos que ya en el Hierro I se encuentra un poblamiento dual, con asentamientos en el llano, al parecer no amurallados y poblados en altura, protegidos con fosos y murallas de piedra.

En el Hierro II pasan a predominar los asentamientos amurallados en altura, y hay algunos que crecen hasta convertirse en verdaderos *oppida*, como Toletum (Toledo) o Fosos de Bayona (Villas Viejas-Huete, Cuenca), posiblemente la Konterbia Karbica de las fuentes.

Las murallas de los asentamientos se construyen con mampuestos unidos en seco, mientras que las torres son poco frecuentes y rara vez se encuentran por todo el perímetro de los asentamientos. También son bastante habituales los fosos, pero no se han encontrado campos de piedras hincadas.

Un ejemplo es el Cerro del Gollino (Corral de Almaguer, Toledo), un hábitat de casi 18 hectáreas formado por dos recintos amurallados adosados por un lateral, que suman entre ambos más de dos kilómetros de muralla de doble paramento, aunque de una calidad constructiva bastante limitada, ya que su anchura es escasa y carece de torres y bastiones, lo que hace que su solidez se resienta. No se han identificado más elementos defensivos, como pudieran ser fosos.

También tenemos el asentamiento de Plaza de Moros (Villatobas, Toledo), de menor tamaño pero mejor conocido. Está situado sobre un espolón rocoso con fuertes pendientes, que forma una península unida al resto del terreno por un estrecho istmo. A pesar de eso, presenta una muralla que recorre todo el perímetro del asentamiento, aunque también es cierto que esta no es demasiado potente, ya que su anchura es de solo 1,2 metros. Como no podía ser menos concentra las obras defensivas en la parte más vulnerable, el istmo, donde el muro está reforzado por dos torres, que conservan las escaleras de acceso a su parte superior. Frente a ellas encontramos el primer foso, justo al pie de la muralla, con una profundidad de cuatro metros y una anchura de algo más de siete. El segundo foso se encuentra a 32 metros del anterior y está sin excavar. Entre ambos fosos pudiera haber existido un pequeño parapeto o un contrafoso. Este poblado se data entre los siglos IV y III a. C.

6. Ámbito lusitano

Dada la gran extensión de este territorio encontramos importantes diferencias e influencias entre unas áreas y otras. Así, mientras en el norte se llega a mimetizar con el paisaje cultural *castrexo*, si avanzamos hacia el sur encontraremos muchas similitudes con el ámbito vetón.

Uno de los castros que se suele incluir en el área lusitana es El Zamarril (Portaje, Cáceres), situado en el extremo de un espigón fluvial, algo típico de esta zona.

El asentamiento está rodeado por tres líneas de muralla, todas ellas ataludadas y levantadas con lajas de pizarra unidas con barro. La primera muralla aísla la parte más alta del poblado, formando una especie de acrópolis, mientras que las otras dos discurren casi paralelas. En la zona que une el istmo con su entorno se excavó en la roca un foso de seis metros de anchura para proteger el acceso al asentamiento, formado por tres puertas sucesivas que atravesaban las tres murallas, de las que la última está dotada de poderosas defensas, ya que se encuentra flanqueada por una especie de bastiones de casi tres metros de espesor, formados en realidad por un engrosamiento de los extremos de la muralla.

7. Celtas del suroeste

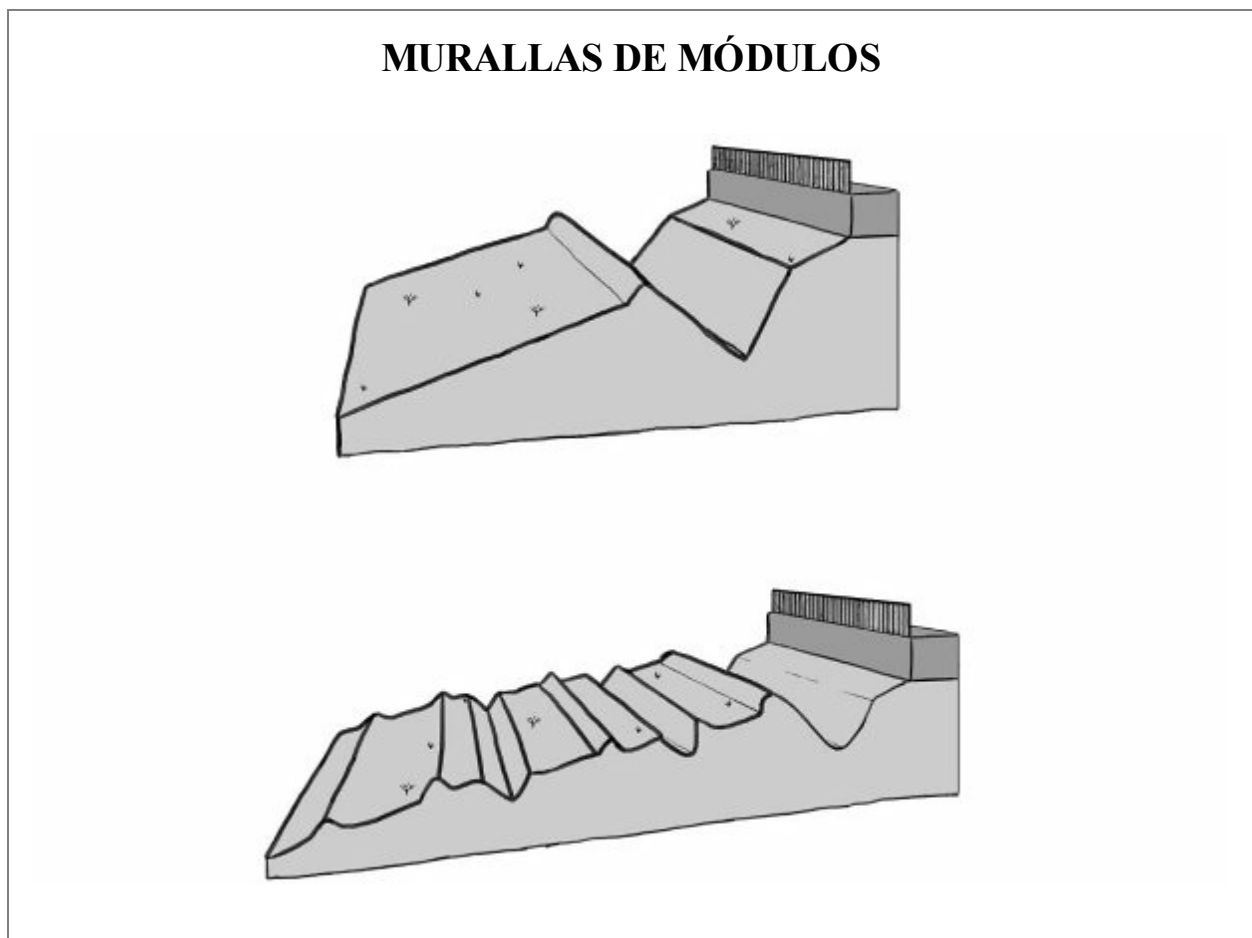
Sus raíces célticas y el contacto directo con las poblaciones fenicio-púnicas del valle del Guadalquivir implican que tanto los sistemas defensivos como otros muchos elementos de la cultura material de este territorio presenten influencias de estos dos mundos.

Quizás el mejor ejemplo de fortificaciones que podemos encontrar entre los celtas meridionales sea el Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz), un asentamiento ocupado entre finales del siglo V o principios del IV y el I a. C., y que fue levantado en un lugar muy poco adecuado, ya que, aunque está situado en una península rodeada de barrancos y cursos de agua, se encuentra en una posición

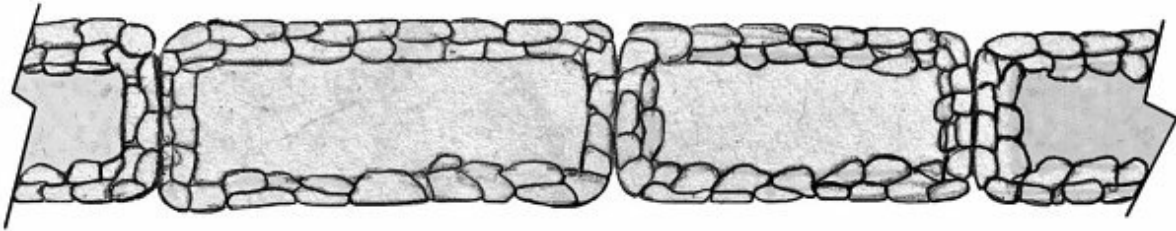
más baja que los montes que lo rodean, por lo que podía ser batido desde diversos puntos.

El conocimiento de algunas innovaciones poliorcéticas, llegadas del Mediterráneo de la mano de los fenicios, es algo que se nota en detalles como su muralla de cajones, de unos cuatro metros de espesor, y con bastiones en los puntos más débiles. También destaca su entrada, fortificada con potentes torres rectangulares huecas que flanquean un acceso que se prolonga a lo largo de 20 metros. Ante la entrada se abría un foso de once metros de anchura por cuatro de profundidad, y entre este y la muralla se extiende un campo de piedras hincadas, detalle este claramente importado de latitudes más septentrionales.

Cornisa cantábrica



Esquema mostrando sendos sistemas defensivos característicos de la cornisa cantábrica y el noroeste peninsular. Arriba: simple, y abajo: compuesto (multivallado). Dibujos del autor a partir de otros del IMBEAC.



Esquema del autor mostrando la vista cenital de una muralla de módulos. Se aprecia como cada sección de la misma conforma un módulo independiente de los vecinos.

En diversos castros del norte del territorio astur encontramos las denominadas murallas de módulos, un peculiar tipo de fortificación que se caracteriza porque los muros forman sectores o módulos independientes que tienen forma rectangular con los ángulos redondeados, y que se alinean uno adosado al siguiente para conformar el lienzo de la muralla. Este sistema constructivo tendría la ventaja de que en caso de derrumbe de un sector, los que lo flanquean quedarían intactos. Hasta ahora ha aparecido solo en castros asturianos y cántabros, con ejemplos como Campa Torres (Gijón), Castillo Veneiro (Tineo) o San Chuis (Allande).

Algunos investigadores relacionan este sistema constructivo con las murallas de cajones o de casamatas que mencionábamos anteriormente, habituales en asentamientos fenicios peninsulares y, posteriormente, en muchas fortificaciones ibéricas. Aunque la función de refuerzo es similar, hay que reconocer que, mientras que en las de cajones los muretes o tirantes transversales que unen el doble paramento de la muralla se encuentran embutidos en una misma obra longitudinal continua, en la de módulos cada uno de estos es, por lo general, totalmente independiente de los vecinos.

Al estudiar los sistemas defensivos de los asentamientos protohistóricos de la vertiente cantábrica de la península ibérica encontramos que no existe un patrón único válido para todo ese

amplio territorio, sino que se podrían identificar infinidad de modelos que, en muchos casos, tienen un ámbito muy reducido.

Aun así, los investigadores han agrupado estos sistemas defensivos en dos grandes grupos: simples y compuestos.

Los sistemas simples son los que únicamente cuentan con una muralla adaptada al relieve y, ocasionalmente, un foso ante ella. Es el más habitual en esta área.

Los sistemas compuestos añaden otras líneas defensivas por delante de la muralla y el foso. Es lo que se conoce como multivallado, en el que se interpone a los posibles asaltantes una serie de fosos y parapetos de tierra, que se organizan en líneas concéntricas, que no tienen por qué rodear completamente el asentamiento. El número de elementos de este sistema puede ser muy variado.

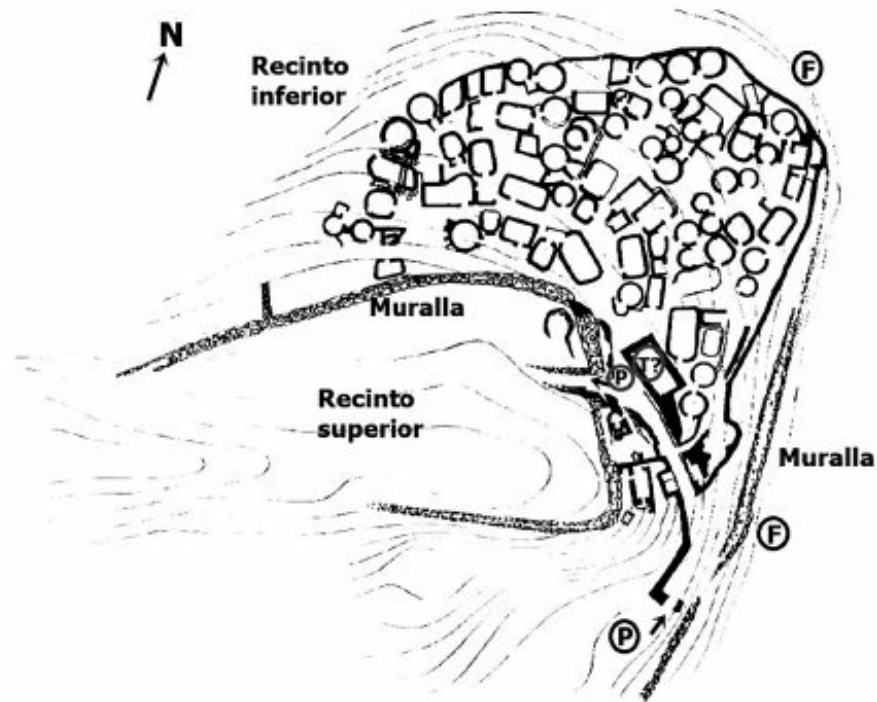
No hay que confundir el multivallado con las ampliaciones que se han detectado en algunos asentamientos, donde el crecimiento de población obligó a crear nuevos espacios donde construir más viviendas, y que se protegían con otra muralla con su foso.

En algunos asentamientos también se han identificado obras fortificadas, de mayor o menor complejidad que refuerzan las entradas u otros puntos concretos de la muralla. Son los denominados antecastros.

Las murallas conocidas son siempre de mampostería de piedra sin trabajar, o ligeramente desbastada, y unida en seco. No parece frecuente el uso de adobes ni tapial en el alzado del muro, pero sería frecuente coronarlo con empalizadas de madera. No se han encontrado por ahora ninguna defensa construida exclusivamente con tierra o con tierra y madera, ni el denominado *muris gallicus*, formado por un entramado de troncos relleno de piedras, todos modelos muy frecuentes en otros puntos de la Europa llamada céltica.

Las murallas sirven a veces para crear terrazas artificiales, ya que se rellena la parte trasera con tierra y piedras, con lo que se crea un terreno llano que se puede aprovechar para construir viviendas.

En ocasiones, se levantan terrazas escalonadas en la ladera de la montaña, lo que crea en realidad una sucesión de murallas muy difíciles de superar por los ejércitos enemigos y que, además, impiden el uso de muchas máquinas de asalto.



Esquema del castro astur de Coaña (Asturias), con indicación de sus elementos defensivos. P: puerta, F: foso, T: torre. Dibujo de F. Jordá Cerdá, modificado por el autor.

1. Ámbito de la cultura *castrexa*

Los castros fortificados aparecen en el noroeste peninsular con el inicio del primer milenio a. C., y tendrán tanto éxito que se convertirán en el modelo casi exclusivo hasta el siglo I a. C. Las mejoras en las fortificaciones irán difundiéndose de una forma progresiva desde el norte de Portugal y sur de Galicia hacia el norte, y desde la costa al interior.

Será a partir del siglo IV a. C. cuando el área castrexa entre en la segunda Edad del Hierro, y el inicio de este nuevo periodo vendrá marcado por una serie de transformaciones de gran importancia. Estos cambios pudieran estar relacionados con influencias externas, ya procedentes del continente europeo, ya del comercio púnico; sin descartar que fueran motivados por movimientos migratorios.

Las estructuras defensivas se hacen ahora más complejas, aumentando el número de recintos. Si antes la estructura que predominaba era el foso, ahora lo son los parapetos y murallas, que se multiplican. Como mínimo, los castros cuentan ahora con un parapeto y foso. Se generalizan los antefosos y se protegen los accesos a los asentamientos con estructuras defensivas más complejas.

Las defensas en general se refuerzan de forma importante. Un ejemplo son las murallas de Terroso (Povoa de Varzim, Portugal), levantadas sobre la piedra virgen con un doble paramento, y en las que para la cara externa se utilizaron grandes bloques ajustados con piedras más pequeñas sin argamasa, y que alcanzan ahora los cinco metros y treinta centímetros de espesor. El espacio entre los dos paramentos se rellenó de tierra, y en varias zonas se reforzó con muretes que formaban arcos de círculo. En el castro de Sabroso (Portugal) se detecta que en este periodo se refuerza la muralla existente mediante la construcción de otro muro con grandes bloques de aparejo poligonal, que se adosa al ya existente.

También será ahora cuando aparezcan en esta zona otros elementos defensivos, como las piedras hincadas.

Un buen ejemplo de estos castros con defensas complejas es el de As Muradellas (Lubián, Zamora), que se levanta en un área limítrofe con el sur del territorio astur. Se trata de un asentamiento de pequeño tamaño, pero protegido por un potente sistema defensivo duplicado. Al estar situado sobre un espolón rocoso las defensas se levantan únicamente en su lado este. Lo primero que se encontraría el enemigo sería un campo de piedras hincadas, seguido por un doble foso de dos y tres metros de anchura y, a continuación, una muralla, tras lo que se accede al primer recinto. A 60 metros de este muro se

repite el esquema, pero con la diferencia de que ahora encontramos primero los dos fosos, aquí mucho más amplios, ya que miden 13 y 11 metros de anchura respectivamente. A continuación el campo de piedras hincadas, y después la muralla, que encierra un recinto principal de tan solo 25 metros de diámetro. Se ha fechado entre los siglos IV y II a. C.

En algunos casos, estos asentamientos fortificados no parecen haber servido como lugar de habitación y sí como almacenes fuertemente protegidos. Ese sería el caso del Castelinho de Cilhades (Portugal), un recinto de la segunda Edad del Hierro de pequeño tamaño pero con poderosas defensas: una doble muralla protegida por torreones curvilíneos, fosos y piedras hincadas, al que se accedía por tres puertas, de las que dos fueron tapiadas, dejando solo la sudoeste, de dimensiones monumentales. Esta fortaleza fue ocupada en su primera fase en el siglo IV a. C., y conquistada por los romanos durante la segunda mitad del siglo I a. C.

En el periodo final las fortificaciones *castrexas* se hacen más espectaculares, con murallas monumentales, puertas complejas con torreones, etc. Conforme se va haciendo más evidente la presencia romana se observa que las piedras con las que se construyen las murallas se carean³⁷ a pico y se utiliza más el aparejo poligonal, a veces ciclópeo. En los últimos momentos aparecen las murallas construidas con bloques regulares de granito en hiladas horizontales, como en los castros portugueses de Ribas (Argeriz) y Populo (Alijó).

2. Ámbito astur

Como en otras áreas del norte peninsular, los fosos son las estructuras más frecuentes, y su excavación lleva aparejada la presencia de taludes de hasta diez metros de altura, que podían o no estar rematados por parapetos o murallas de hasta tres metros de espesor. Son frecuentes los sistemas defensivos compuestos, con diversas líneas de taludes y fosos.

En los castros del occidente asturiano (Pendia, Coaña, etc.) encontramos murallas formadas por hiladas horizontales de lajas de pizarra o esquisto. En otras zonas predomina la mampostería a base de piedras pequeñas unidas en seco. El aparejo poligonal es más escaso, y se da únicamente donde predominan otros materiales, como la cuarcita.

A veces se encuentran bastiones o torreones adosados a las murallas, también terrazas fortificadas y antecastros fuera del recinto principal. Como es habitual, las fortificaciones más complejas y cuidadas las encontramos en los accesos a los castros.

Hemos de recordar aquí que el territorio ocupado por los astures era mucho más amplio que la actual Asturias, ya que rebasaba ampliamente por el sur la cordillera Cantábrica y penetraba en la meseta en forma de una gran cuña que sobrepasaba el área leonesa. En esta zona más meridional encontramos sistemas defensivos más parecidos a los de sus vecinos vacceos, y en algunos casos presentan una notable complejidad, como sería el caso del castro de Las Labradas (Arrabalde, Zamora), quizás el más importante asentamiento astur, con 23 hectáreas de extensión y una doble línea de muralla. La exterior aprovecha los afloramientos rocosos como parte de las defensas, completando el resto con el muro propiamente dicho, de doble paramento y una anchura que varía de los cuatro a los seis metros. La muralla interior podría ser más tardía, seguramente levantada ante una amenaza inminente, ya que se limita a proteger la parte más elevada del castro, encerrando en su interior menos de 14 hectáreas. Aprovecha parte de la muralla exterior. Aquí el sistema constructivo también cambia, ya que la anchura de la muralla se queda en unos tres metros, y el relleno del doble paramento, que en el primer muro era de piedras y tierra, en este es de arcilla compactada. Se han localizado torres cuadradas protegiendo algunas puertas, de tipo frontal. Las defensas se completarían con un pequeño campo de piedras hincadas en su flanco oriental. Este castro fue destruido en las últimas décadas antes del cambio de era, casi con seguridad durante las guerras astures. De estos momentos proceden

los dos tesoros que han hecho famoso a este castro y que se enterrarían ante un peligro inminente, muy posiblemente ante la llegada de las legiones romanas.

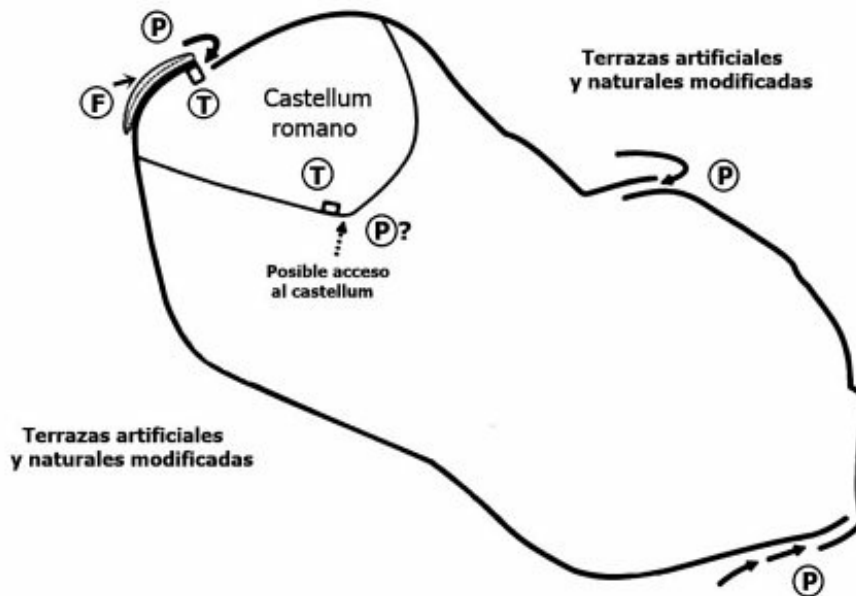
Un modelo típico del área costera astur es el que encontramos en el castro asturiano de Cabo Blanco (El Franco), que estuvo habitado entre el siglo IV a. C. y el II de nuestra era. Se levanta en una estrecha península sobre el mar, que se aísla de la tierra firme por una sucesión de barreras compuesta por cinco fosos, de los que tres se conservan bien visibles, completados por, al menos, tres contrafosos o parapetos y una poderosa muralla. Destaca el espectacular foso central, en la tercera línea defensiva, con 295 metros de longitud, una anchura que oscila entre los cuatro y los siete metros, y unas paredes casi verticales que alcanzan en algunos puntos los diez metros de altura. Justo tras este foso se levantaba la muralla, de lajas de pizarra y cantos rodados, muy posiblemente del tipo de módulos del que hablábamos antes. En su cara interna se conservan piedras formando una escalera que serviría para subir al adarve del muro. El acceso al asentamiento se realizaba por un estrecho pasillo que se dejó en el foso y la muralla.

3. Ámbito cántabro

Aunque no son muchos los sistemas defensivos estudiados de forma científica, encontramos una cierta homogeneidad en ellos, con terraplenes revestidos de losas de piedra y murallas, normalmente de doble paramento y un espesor que en muchos de los casos analizados ronda los tres metros. Esto no deja de ser interesante, pues también se han documentado murallas de seis y nueve metros, y en tres casos la anchura total del sistema defensivo (muralla más foso), medía 18 y 12 metros, es decir, abundan los múltiplos de tres, lo que quizá nos esté indicando la existencia de un patrón arquitectónico que se repite con una cierta frecuencia.

En esta zona también se han documentado algunas murallas de módulos.

Al norte de la cordillera Cantábrica predominan los sistemas defensivos simples, con una sola línea de muralla, y los fosos son menos habituales que en zonas costeras más occidentales. A lo largo del desarrollo de las murallas es raro encontrar más torres que aquellas que protegen las entradas.



Esquema del castro cántabro de Monte Bernorio (Pomar de Valdivia, Palencia), con indicación de sus elementos defensivos. P: puerta, F: foso, T: torre. Dibujo del Monte Bernorio del IMBEAC, modificado por el autor.

Se encuentran tanto puertas sencillas, formadas por un simple vano en la muralla, como puertas en esviaje, que, en algunos casos, como en Castillo Prellezo, alcanzan una complejidad considerable, al incluir giros y virajes que mantendrían a los posibles atacantes a tiro de los defensores durante un buen trecho.

Los fosos suelen tener perfil en V, con una profundidad y anchura muy variables.

Al sur del territorio encontramos el mejor ejemplo de fortificaciones complejas en el territorio cántabro: el importantísimo

oppidum de Monte Bernorio (Villarén, Pomar de Valdivia, Palencia), con muralla de doble paramento de piedra en seco, foso y tres puertas de acceso, dos de ellas en esviaje, mientras que la situada al norte del asentamiento está flanqueada por una gran torre cuadrada.

Se aprovecharon las terrazas naturales de piedra para construir sobre ellas la muralla, con lo que se conseguía una mayor altura. De este modo, los entre cuatro y seis metros de altura del muro defensivo se convertirían en algunos puntos en un mínimo de nueve-diez al sumarle la elevación de la terraza. A esto hay que añadirle un complejo sistema de multivallado formado por un gran número de terrazas, artificiales o naturales modificadas, que se extienden por las laderas del cerro, ocupando una superficie de unas 90 hectáreas, eso sin descartar la existencia de líneas de fosos, de los que parecen apreciarse indicios en la base de la muela a pesar de los muchos siglos de labores agrícolas.

Las terrazas exteriores estaban conformadas de modo que fuera imposible el acceso directo a las entradas del *oppidum* y el empleo de máquinas de asalto, ya que había que realizar un tortuoso recorrido entre los diferentes desniveles, que impedía también la concentración de fuerzas. Algunas terrazas fueron aprovechadas para usos prácticos, como por ejemplo de necrópolis, y es muy probable que también para la agricultura o para apacentar los rebaños.

La gran extensión del sistema defensivo permitía el acceso protegido a varias fuentes, y servía también para mantener el asentamiento fuera del alcance de la artillería romana.

Todo esto dota a este *oppidum* con el sistema defensivo más complejo identificado hasta ahora en el área cantábrica.

4. Cantábrico Oriental

Todavía son menos los ejemplos de arquitectura defensiva disponibles en el Cantábrico Oriental. Como pasaba en el área cántabra, predominan aquí los sistemas defensivos simples y los

fosos son menos frecuentes que en zonas más occidentales. Aun así, encontramos importantes excepciones.

Entre los asentamientos de esta zona destaca el *oppidum* de Maruelea o Arrola (Vizcaya), en territorio caristio o várdulo (según los autores), un asentamiento ocupado entre el siglo IV a. C. y el I de nuestra era, dotado de poderosas defensas estructuradas en dos recintos. El más exterior, del que casi no quedan restos después de siglos de labores agrícolas y forestales, estaba formado por taludes, fosos y empalizadas, mientras que el recinto principal, que encierra una superficie de unas ocho hectáreas, está defendido por una masiva muralla ataludada que alcanza casi los ocho metros de espesor en su base y entre tres y tres y medio en el adarve, y que alcanzaría una altura de más de seis metros en algunos tramos.

Está formada por un doble paramento de bloques careados de piedra arenisca de forma cúbica, colocados en hiladas, a soga y tizón, en seco, sin ninguna argamasa de unión. El paramento exterior está más cuidado que el interior. El relleno varía dependiendo de la altura; por ejemplo, en la base se localizan bloques similares a los exteriores, aunque sin desbastar, y sobre estos se encuentra una mezcla de arcilla y piedras pequeñas apisonadas. Un punto a destacar es la presencia de troncos dentro de la obra, colocados de forma transversal a la dirección de la muralla y bastante próximos entre sí, separados verticalmente unos 45-50 centímetros.

Se desconoce cómo sería el remate de la muralla, aunque lo más probable es que estuviera formado por una empalizada de madera, algo aceptado de forma general para las murallas de la submeseta Norte.

Se han identificado plenamente dos puertas al sur y noroeste, ambas en esviaje o de recubrimiento, aunque podría haber alguna más. Hasta el momento no se ha localizado ninguna torre, aunque la muralla se ensancha en la entrada para formar sendos bastiones, uno cuadrangular y otro curvo.

Un ejemplo curioso de castro con multivallado es el de Malmasín (Arrigoriaga, Vizcaya), rodeado por varios fosos concéntricos, entre

dos de los cuales podemos distinguir una serie de líneas oblicuas que dibujan triángulos a modo de *dientes de lobo*, un motivo muy presente en la decoración de las cerámicas de la Edad del Hierro.

En Guipúzcoa, territorio que en las fuentes aparece como habitado por los vándulos, encontramos varios asentamientos que presentan sistemas constructivos bastante similares, aunque no demasiado monumentales, con fosos, a veces dobles, y murallas de piedra de doble paramento de entre dos y dos metros y medio de espesor, para las que se calcula una altura que en muchos casos no pasaría de los dos metros, razón por la que se rematarían con una empalizada de troncos hasta alcanzar una elevación adecuada. Algunos poblados, como Intxur (Albitzur-Tolosa) o Buruntza (Andoain), aprovechan afloramientos rocosos para incorporarlos en las murallas, consiguiendo así un ahorro considerable de trabajo, a la vez que añaden altura y resistencia a la fortificación.

Algunos de estos asentamientos presentaban fortificaciones de una magnitud considerable, como Intxur, un castro que alcanza las 17 hectáreas de extensión, con una serie de líneas defensivas que suman más de 1.500 metros de murallas, y 650 metros de fosos de hasta cuatro de profundidad, excavados en las vertientes este y oeste del cerro donde se asienta el poblado. Dentro del recinto amurallado se localizan dispersas las viviendas, de planta cuadrangular y construidas con estructura de madera, muros de adobe y cubierta vegetal.

En el castro de Munoaundi (Azpeitia-Azcoitia), de siete hectáreas, encontramos más de 400 metros de muralla de piedra de doble paramento y de dos metros de espesor. La entrada al asentamiento está flanqueada por sendas torres macizas de planta mixta, con líneas curvas y rectas para adaptarse a la muralla y al terreno sobre el que se levantan. Estas torres están ligeramente retranqueadas hacia al interior del poblado.

Otros asentamientos, como Tromoitio (Garai, Vizcaya) o Castros de Lastra (Caranca, Álava), parecen confirmar para esta zona la

presencia de murallas de piedra de doble paramento, así como algunos fosos sencillos.

5. Ámbito vascón

Cada vez son más los asentamientos prerromanos estudiados dentro del territorio que aparece en las fuentes como vascón. En muchos de ellos es bastante habitual encontrar importantes influencias, procedentes en unos casos de la cultura ibérica y en otros de la celtibérica, según la localización de cada asentamiento en concreto.

Un ejemplo de poblado fortificado en esta zona sería el de Las Eretas (Berbizana, Navarra), ubicado en la ribera del río Arga y rodeado por una muralla de doble paramento y una anchura de 1,45 metros, construida con grandes sillarejos unidos en seco y reforzada por torreones cuadrados. Se ha estimado que tendría una altura de unos cuatro metros, a los que habría que sumar un parapeto de madera.

Por su parte, Altikogaña (Eraul, Navarra), es un poblado en altura de forma triangular, en el que dos de sus lados están protegidos por un alto precipicio, mientras que en el tercero se construyó una muralla ligeramente curvada que va de un extremo al otro del escarpe. Está construida con mampostería sin escuadrar o simplemente desbastada y, aunque no se ha excavado, parece ser de doble paramento. Ante ella se aprecia un foso que la recorrería en toda su longitud. La entrada se encuentra en su extremo sur, contra el barranco. Se ha identificado un segundo recinto amurallado en la parte más alta del asentamiento, lo que daría como resultado una rudimentaria acrópolis. Este recinto superior tendría dos entradas, una en cada extremo de la muralla, también contra los escarpes.

6. Islas Baleares

De nuevo salimos de la península ibérica, ahora para hacer una pequeña aproximación a las fortificaciones protohistóricas baleares, en concreto a las estudiadas en fechas recientes en la isla de Menorca.

Allí se conocen varios ejemplos de poblados fortificados o reforzados en el periodo postalaiótico, que, como ya dijimos con anterioridad, incluye la época que aquí tratamos. Entre los asentamientos conocidos habría que destacar Son Catlar y Torrellafuda, ambos en el municipio de Ciudadela.

En Son Catlar se aprecia que, entre los siglos III y II a. C., se refuerza la cara externa de la muralla ciclópea preexistente, y datada en la Edad del Bronce, para lo que se le añade un nuevo paramento de piedra, con lo que en algunos puntos la muralla alcanza los seis metros de espesor. Este nuevo muro cuenta con torres cuadradas, dos posibles plataformas para artillería, lienzos en cremallera, antemurales y una puerta en embudo, lo que evidencia claras influencias externas, en concreto del mundo oriental, ya que se ha identificado de forma clara un módulo constructivo basado en el pie púnico de 0,52 metros.

La muralla de Torrellafuda aprovecha un enorme *talaiot* preexistente, al que adosan el muro, que es en su totalidad de nueva construcción, y levantado con un doble paramento mediante un doble paramento que deja espacios internos a los que se podía acceder a través de puertas que aún se conservan, conformando lo que conocemos como una muralla de casernas, de clara tipología púnica. Este muro conserva varias poternas repartidas a lo largo de su perímetro y en algunos tramos se ha identificado un antemural, separado unos tres metros del exterior de la muralla.

Se aprecia en ambas obras una cierta precipitación, ya que el perímetro fortificado deja fuera de los muros parte de las construcciones preexistentes, lo que podría indicarnos que se trató de acortar el tiempo de construcción de la muralla reduciendo el tamaño de los asentamientos, quizás ante la amenaza de un peligro inminente. A pesar de que, como decimos, las influencias púnicas en estas construcciones son evidentes, se desconoce quiénes fueron los

artífices directos de tales obras, barajándose tres posibilidades: la primera que se levantaran siguiendo los modelos que los mercenarios baleares retornados conocieron en Sicilia, donde encontramos claros ejemplos de construcciones similares a las menorquinas; segundo que las construyeran los propios cartagineses para defenderse de los romanos durante la segunda guerra púnica, en concreto durante el invierno del año 206 a. C. que la armada de Magón pasó en esa isla; y tercero que se levantaran con posterioridad por poblaciones locales, o mixtas pero muy influenciadas por los púnicos, para hacer frente a la invasión romana de Metelo en 123 a. C.

Por desgracia, las excavaciones todavía son escasas, y no disponemos de más información que nos pueda aclarar las circunstancias, tanto de su construcción como de su destrucción final, aunque aquí encontramos una pista en los niveles de incendio detectados en Son Catlar, y fechados entre finales del siglo III y principios del II a. C.

LA POLIORCÉTICA EN EL MUNDO INDÍGENA PENINSULAR

La poliorcética es la ciencia que se ocupa de las operaciones y procedimientos relativos al asedio de fortificaciones, tanto desde el punto de vista de los asaltantes como del de los defensores.

Esto se traduciría en la práctica en la creación de nuevas técnicas de asalto, lo que incluiría también la fabricación de diversos tipos de máquinas de guerra y, en respuesta a las mismas, la modificación de los sistemas defensivos de las ciudades para dificultar esos ataques.

Aunque las máquinas de asedio se utilizaban ya en el siglo IX a. C. en el Imperio neoasirio, como podemos comprobar en diversos relieves que muestran torres de asalto, arietes cubiertos y rampas, los indígenas peninsulares no tuvieron contacto con esta nueva tecnología militar hasta que sirvieron como mercenarios en Sicilia en el siglo V a. C. Diodoro Sículo nos cuenta que Aníbal Magón usó «maquinaria de asedio, lanzadoras de proyectiles y otros equipos», en concreto arietes cubiertos y torres móviles, que le permitieron a finales de ese siglo la toma de Selinunte, Hímera y Gela, mientras que para expugnar las murallas de Akragas tuvo que recurrir a la tradicional construcción de rampas, dado que los defensores habían quemado sus máquinas en una salida que cogió a los púnicos por sorpresa.

La cuestión es saber si los mercenarios aplicaron o no esos nuevos conocimientos al regresar a sus tierras de origen y es ahí

donde surgió hace unos años una interesante polémica entre los autores que defienden esa posibilidad, encabezados por F. Gracia y los que la rechazan, con F. Quesada y P. Moret como principales valedores.

Gracia defiende que los íberos habrían conocido de primera mano los nuevos sistemas defensivos por su observación tanto en Sicilia como en los asentamientos coloniales griegos y fenicios de la península ibérica, por ejemplo Emporion (Gerona) o Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz), sin descartar completamente la posible llegada de ingenieros extranjeros que les enseñaran esas innovaciones.

Según este autor, los contactos e influencias habrían propiciado, ya en el siglo IV a. C., la renovación de las defensas de Ullastret (Gerona) y la construcción de las torres poligonales del Castellet de Banyoles (Tivissa, Tarragona), o la torre de La Serreta (Alcoy, Alicante).

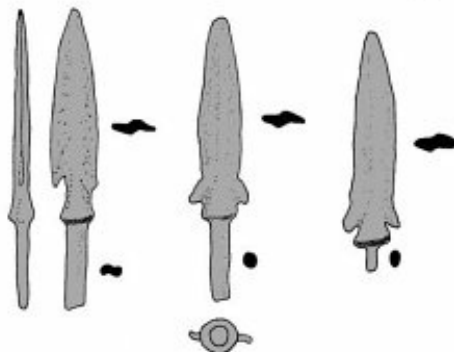
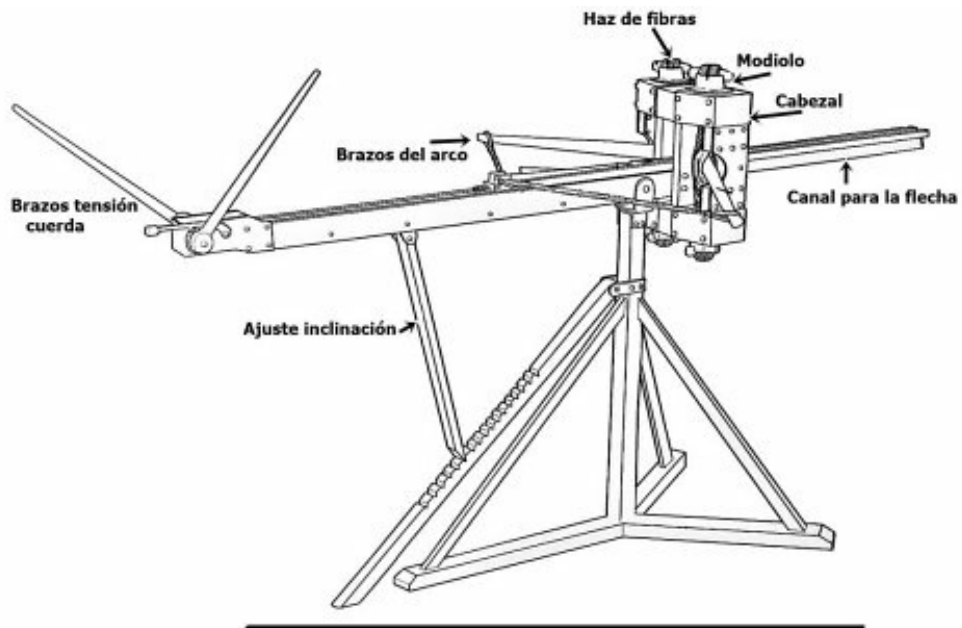
En Ullastret, Gracia documenta murallas en cremallera, torres con poternas asociadas, *proteichisma*³⁸ y *epikampion*. Hace pocos años se descubrió, también en este asentamiento, un foso con perfil en U, que discurre a unos diez metros de la muralla y que completaría sus potentes defensas.

Por su parte, en el Castellet de Banyoles, fortificación construida *ex-novo* en el último cuarto del siglo III a. C., se levantaron dos torres poligonales, una poterna y *epikampion*, reforzando la entrada al asentamiento.

Los autores contrarios a estas tesis insisten en que es posible que, efectivamente, los íberos hubieran intentado copiar modelos exteriores, pero lo habrían hecho de una forma imperfecta, sin comprender las teorías poliorcéticas y más con una finalidad propagandística que de búsqueda de la efectividad real.

Sea como fuere, lo cierto es que, más allá del asedio de Ocilis por los lusitanos, no existe en las fuentes ni una sola mención al asedio formal de fortalezas por parte de los indígenas en la península ibérica, aunque los sufrieran en sus carnes en no pocas ocasiones, entre las

que hay que destacar los tantas veces mencionados sitios de Sagunto, en el que los íberos fueron capaces de resistir durante más de ocho meses a las más modernas técnicas y maquinarias de asedio de la época, y Numancia, donde ya hemos visto que se levantó un complejísimo sistema de circunvalación para evitar que los celtíberos sitiados huyeran o recibieran ayuda externa, aunque en su caída definitiva no se utilizó contra la ciudad maquinaria de guerra.



De arriba a abajo: catapulta romana de tipo scorpio, gastraphetes y puntas tipo Olimpia localizadas en Ullastret (Gerona). La presencia del primero en la península ibérica está ampliamente documentada, no así del segundo. Dibujo del scorpio: Museo de Teruel, gastraphetes, de Kotsanas y puntas del autor a partir de Gracia Alonso (2006).

Quitando un caso muy dudoso, que veremos más adelante, tampoco existen indicios del uso por parte de los indígenas de maquinaria de guerra de ningún tipo, incluida la artillería, que sí será utilizada con profusión por las fuerzas cartaginesas y romanas que se enfrentaron durante la segunda guerra púnica. No podemos dar crédito al poeta Silio Itálico cuando nos habla de una «balista focea» que los saguntinos utilizaron para defenderse del ataque cartaginés. No ya porque fuera imposible que estos hubieran conseguido una de estas armas, sino por las totalmente inverosímiles características que le atribuye Silio, pues dice que era un arma capaz de lanzar indistintamente troncos enteros o grandes rocas, es decir, reunía en la misma pieza las funciones de un *oxibeles*³⁹ y un *lithobolos*,⁴⁰ además de tener unas dimensiones verdaderamente gigantescas.

Los únicos restos de estas máquinas localizados hasta ahora en suelo ibérico son los cinco ejemplares de los que hablamos al tratar sobre el armamento romano, y que están datados entre los siglos II y I a. C.

Pero para los defensores de la tesis del conocimiento de las teorías poliorcéticas por parte de los íberos, la falta de restos de estas máquinas en ámbitos indígenas no implica su inexistencia, y ponen como ejemplo el caso de los cartagineses, a quienes no se puede adscribir ninguno de los restos de estas máquinas localizados hasta ahora en la península, pese a saber que sus ejércitos las utilizaron de una forma casi masiva. Esto se puede comprobar en el relato de Tito Livio, en el que nos narra que, tras la toma de Qart Hadasht por las tropas de Escipión, se recuperaron 120 *oxybeles* grandes, 281

pequeños, 23 *lithobolos* grandes y 52 pequeños, además de otros ingenios menores.

Gracia menciona también la localización de diversas puntas de flecha de gran tamaño y tipología griega en los asentamientos de Ullastret e Illa d'en Reixac (Gerona), que él identifica como proyectiles de *gastraphetes* y data a mediados del siglo IV a. C., es decir tan solo treinta o cuarenta años después de la aparición de esta arma en Sicilia. Él considera que los mercenarios ibéricos que lucharon en Sicilia pudieron conocerlo allí y adoptar su uso.

El *gastraphetes* era un ingenio creado para aumentar el alcance de los arcos, que habían llegado ya el límite de su potencia. La base del artilugio era un arco compuesto de mayor tamaño que los utilizados habitualmente y que se montaba sobre un bastidor de madera. Dado que era imposible su tensado con la fuerza de los brazos, se utilizaba el propio peso del cuerpo, apoyando el arma en el vientre, de ahí su nombre. Así se conseguía doblar, e incluso triplicar, el alcance conseguido con los arcos compuestos.

Pero esta teoría no es aceptada por otros autores, que consideran que el mayor tamaño de las flechas localizadas no impide su utilización con arcos compuestos normales, con lo que se precisarían nuevas evidencias para aceptar el uso del *gastraphetes* por parte de los íberos.

El hecho de que los indígenas no utilizaran estas máquinas de guerra no implicaría incapacidad técnica para su construcción, es más, posiblemente no sería necesario construirlas, ya que con seguridad, en las muchas derrotas que infligieron a las legiones romanas en los casi doscientos años que costó a estos el total dominio de la península, los indígenas habrían capturado más de uno de estos ingenios, aunque no encontremos en las fuentes ni una sola mención a su uso, ni la arqueología nos haya dado ninguna prueba de ellos. ¿O sí?

Uno de los asentamientos indígenas en los que se ha detectado el asedio y asalto de las tropas romanas y la utilización por estas de artillería de torsión es el castro cántabro de la Loma (Santibáñez de la

Peña, Palencia), del que ya hablamos con anterioridad, cuando decíamos que en uno de los campamentos romanos que lo rodeaban se habían localizado diversos proyectiles de *scorpio*, todos ellos en la ladera situada frente al castro cántabro. Pues bien, uno de ellos estaba aún clavado en el suelo, en un ángulo que parece indicar que procedía de la dirección donde se encuentra el poblado indígena. ¿Es posible que los cántabros hubieran conseguido una de estas armas y la llegaran a utilizar contra sus sitiadores? Esta es una cuestión difícil de contestar, aunque lo cierto es que no tendría nada de extraño. Otra posible explicación para la presencia de estas puntas es que se hubiera producido un asalto indígena en el que hubieran conseguido penetrar en el campamento romano, y que los proyectiles localizados hubieran sido disparados en realidad por los propios legionarios romanos desde el anillo defensivo exterior contra los atacantes, que estarían ya dentro.

Aun así, todo indica que, incluso en el caso de que este hecho se confirmara, estaríamos ante algo excepcional. El motivo de este desprecio hacia la artillería podría ser el mismo por el que los indígenas no gustaban de utilizar el arco, al que ya hemos dicho que considerarían un arma cobarde por matar a distancia sin posibilidad de demostrar el valor personal necesario para el combate cuerpo a cuerpo. Y no olvidemos que muchas máquinas de guerra utilizaban para su funcionamiento un principio similar al del arco.

CONCLUSIÓN

En las páginas anteriores hemos visto cómo los indígenas peninsulares fueron unos guerreros fruto del tiempo que les tocó vivir, y que evolucionaron a la par de los acontecimientos que les afectaron de una manera u otra.

Pero la evolución natural de sus panoplias y de sus formas de hacer la guerra se vieron interrumpidas de forma brusca por la aparición de los ejércitos cartagineses y romanos, los más poderosos de su época, que los combatieron y utilizaron a su antojo como peones en la partida que ambos disputaban por el control del Mediterráneo.

Por si esto fuera poco, también tuvieron que sufrir en sus carnes los enfrentamientos entre los propios romanos, que trasladaron a Hispania los conflictos que no eran capaces de solventar en la ciudad del Tíber, añadiendo más sufrimiento, si cabe, a estas castigadas tierras.

Los distintos pueblos peninsulares se resistieron o se dejaron llevar según las circunstancias del momento y los intereses de las distintas clases dirigentes, que se vieron obligadas en muchas ocasiones a elegir entre los bandos enfrentados. De lo acertado de su elección en cada momento dependió la prosperidad de la comunidad o su total destrucción.

El desenlace todos lo conocemos. A fines del siglo I a. C. Roma acababa con los últimos focos de resistencia indígena en las

montañas del norte y conseguía, por fin, dominar la totalidad de la península ibérica; y como su ama y señora se aplicó a fondo en exprimirla y obtener los mayores beneficios de su conquista, sin importarle lo más mínimo las consecuencias para las poblaciones locales.

A los pueblos de la península les quedó claro que solo tenían dos opciones: adaptarse o morir, quizá, sí, pero morir matando, y dejando tras de sí la huella indeleble de unos pueblos guerreros, valientes y leales, que incluso tras ser asimilados por el invasor, supieron contribuir, a su manera, a la grandeza de Roma.

BIBLIOGRAFÍA

Textos clásicos:

APIANO DE ALEJANDRÍA, *Historia romana*, Gredos, Biblioteca Clásica, Barcelona, 1985.

DIODORO SÍCULO, *Biblioteca de Historia*, Gredos, Biblioteca Clásica, Barcelona, 2014.

DIÓN CASIO, *Historia de Roma*, Gredos, Biblioteca Clásica, Barcelona, 2011.

ESTRABÓN, *Geografía*, vols. III y IV, Gredos, Biblioteca Clásica, Barcelona, 1998.

HERODOTO, *Los nueve libros de la Historia*, Lumen, Buenos Aires, 1981.

POLIBIO, *Historias*, Gredos, Biblioteca Clásica, Barcelona, 1981, 1983.

TITO LIVIO, *Historia de Roma desde su fundación*, Gredos, Biblioteca Clásica, Barcelona, 1993.

Obras generales:

AGUILERA DURÁN, T., «El rito celta de las cabezas cortadas en Iberia: revisión de un tópico historiográfico», en BURILLO MOZOTA, F. y CHORDÁ PÉREZ, M. (eds.), *VII Simposio sobre los celtíberos. Nuevos Hallazgos, Nuevas Interpretaciones*, Teruel 2014.

- , «De ladrones, guerrilleros y revolucionarios: el tópico del bandidaje en la Iberia prerromana», *Heraclion*, 1, Zaragoza, 2016.
- ALARCÓN HERNÁNDEZ, C., «La *devotio* ibérica y R. Etienne: ¿el origen del culto imperial en Hispania?», *Arys*, 11, Universidad Carlos III, Madrid, 2013.
- ALBERRO ALBERRO, M., «El pancéltico dios Lug y su presencia en España», *Polis*, 22, Universidad de Alcalá de Henares, Madrid, 2010.
- ALBERRO ALBERRO, M y JORDÁN CÓLERA, C., *Los celtas de la península ibérica*, Toxosoutos. La Coruña, 2008.
- ALMAGRO GORBEA, M., «Una probable divinidad tartésica identificada: *Nethos/Netos*», *Palaeohispanica*, 2, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2002.
- , *Historia militar de España. Tomo I: Prehistoria y Antigüedad*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2009.
- ÁLVAREZ SANCHÍS, J. R., *Los vetones*, Real Academia de la Historia, Madrid, 2003.
- *Los señores del ganado. Arqueología de los pueblos prerromanos en el occidente de Iberia*, Akal, Madrid, 2003.
- , «Ciudades vetonas», *Complutum*, 22 2, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2011.
- , «La Segunda Edad del Hierro en el oeste de la meseta», en RUIZ ZAPATERO, G y ÁLVAREZ SANCHÍS, A. (eds.), *Castros y verracos. Las gentes de la Edad del Hierro en el occidente de Iberia*, Diputación de Ávila, Ávila, 2011.
- , «Tiempos revueltos (400-50 a.C.). Los castros de Ávila y sus defensas», *Castillos de España*, 179, 180 y 181, AEAC, Madrid, 2016.
- y RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, J., «Engagement Strategies for Late Iron Age oppida in North Central Spain», *Complutum*, 27 (2), Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2016.
- , LORRIO ALVARADO, A. J. y RUIZ ZAPATERO, G., «Los primeros elementos de hierro en Iberia», *Anejos a Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la UAM*, II, Madrid, 2016.

- BALAGUER NADAL, P., *Aproximación cronotipológica a la materialidad del postalayótico mallorquín: El ajuar funerario no cerámico*, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 2007.
- BARRIL VICENTE, M., «Cascos hallados en necrópolis celtibéricas conservados en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid», *Gladius*, 23, Madrid, 2003.
- , «En los orígenes: la metalistería prerromana», *Sautuola*, 13, pp. 59-78. Instituto de Prehistoria y Arqueología «Sautuola», Santander, 2007.
- BENDALA GALÁN, M. (ed.), «Los Escipiones. Roma conquista Hispania», catálogo de exposición, Comunidad de Madrid, 2015.
- BERMEJO BARRERA, J. C., «Pensando la guerra: algunas lecciones de la historia clásica», *Gallaecia*, 23, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 2004.
- , «Mitologías prerromanas de la península ibérica. Estado de la cuestión» . *Hispania Antiqua*, 40, pp. 75-84. Universidad de Valladolid, 2016.
- BERROCAL RANGEL, L., «La defensa de la comunidad: sobre las funciones emblemáticas de las murallas protohistóricas en la península ibérica», *Gladius*, 24, 2004.
- , «Las fortalezas de entrada, un elemento de la poliorcética castreña desde el enfoque de la conquista romana», *Norba*, 18, Universidad de Extremadura, Cáceres, 2005.
- y GARDES, P., *Entre celtas e íberos. Las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*, Real Academia de la Historia y Casa de Velázquez, Madrid, 2001.
- y MORET, P., *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*, Real Academia de la Historia y Casa de Velázquez, Madrid, 2007.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M., *El Mediterráneo y España en la antigüedad. Historia, religión y arte*, Cátedra, Madrid, 2003.

- , «Guerreros de las Baleares con cascos y corazas», en VAQUERIZO, C. y MURILLO, J. F. (eds.), *El concepto de lo provincial en el mundo antiguo. Homenaje a la profesora Pilar León Alonso*, Universidad de Córdoba, Córdoba, 2006.
- BLE GIMENO, E., *Guerra y conflicto en el nordeste de Hispania durante el periodo romano republicano (218 45 a. C.). La presencia del ejército romano a partir de sus evidencias arqueológicas metálicas*, tesis doctoral, Universidad de Barcelona, Barcelona, 2015.
- BURILLO MOZOTA, F. y CHORDÁ PÉREZ, M. (eds.), *Nuevos hallazgos, nuevas interpretaciones. VII Simposio sobre los celtíberos*, Teruel, 2014.
- CABEZAS GUZMÁN, G., «Aproximación a la logística militar del ejército de Aníbal», *Historiae* 10, Universidad autónoma de Barcelona, Barcelona, 2013.
- CADIOU, F. *et al.*, «La guerre et ses traces dans la péninsule Ibérique à l'époque de la conquête romaine: approches méthodologiques», *Salduie*, 8, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2009.
- CERDEÑO, M. L., SAGARDOY, T., CHORDÁ M. y GAMO, E., «Fortificaciones celtibéricas frente a Roma: El *oppidum* de Los Rodiles (Cubillejo de la Sierra, Guadalajara)», *Complutum*, 19, Universidad Complutense. Madrid, 2008.
- COLLADO HINAREJOS, B., *Los íberos y su mundo*, Akal, Madrid, 2014.
- , *Los íberos y la guerra*, Amazon, 2015.
- DE FRANCISCO HEREDERO, A., «Guerra y ritual en el mundo celtibérico», *ArqueoUca*, 2, Madrid, 2012.
- DE GRIÑÓ FRONTERA, B., «Los puñales del tipo Monte Bernorio Miraveche», *Zephrus*, 40, Salamanca, 1987.
- DE PABLO MARTÍNEZ, R., «El *pugio*: nuevos datos para el estudio de su origen», *Gladius*, 32, Madrid, 2012.
- , «Nuevas piezas para el estudio del puñal de “filos curvos”», Actas de las segundas jornadas de jóvenes investigadores del valle del Duero, *Gliphos*, Valladolid, 2012.

- DÍAZ MARTÍNEZ, E., REBOLLADA, E. y MONGE SOARES, A. M., «Fortificaciones vitrificadas protohistóricas en España», en *Actas do VI simpósio sobre mineração e metalurgia históricas no sudoeste europeu*, Abrantes (Pt), 2011.
- FARNIÉ LOBENSTEINER, C. y QUESADA SANZ, F., *Espadas de Hierro, Grebas de Bronce. Símbolos de poder e instrumentos de guerra a comienzos de la Edad de Hierro en la península ibérica*, Editora Regional de Murcia, Murcia, 2005.
- FARO CARBALLA, J. A., «Las espadas de la necrópolis de El Castillo (Castejón, Navarra)», *Gladius*, 37, Madrid, 2017.
- FATÁS FERNÁNDEZ, L., GRAELLS I FABREGAT, R., LORRIO ALVARADO, A. J. y ROMEO MARUGÁN, F., «Dos nuevos cascos hispano calcídicos en contexto urbano: los *oppida* celtibéricos de *Aratis* (Aranda de Moncayo, Zaragoza) y *Contrebia Carbica* (Villas Viejas, Cuenca)», *BSAA arqueología*, 80, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2014.
- FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, C. y PERALTA LABRADOR, E., «Proyectiles incendiarios (*malleoli*) utilizados en el asedio romano al poblado indígena de La Loma (Palencia, España)», *Instrumentum*, 43, Musées de Chauvigny (Fr), 2016.
- y KAVANAGH DE PRADO, E. y VEGA AVELAIRA, T., «Sobre el origen de la daga en el ejército de Roma. Apreciaciones desde el modelo *bidiscoidal* hispano», en FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, C. y BOHÍGAS ROLDÁN, R. (coords.), *In durii regione romanitas. Estudios sobre la presencia romana en el valle del Duero en homenaje a Javier Cortes Álvarez de Miranda*, Diputación Provincial de Palencia, Palencia, 2012.
- FERNÁNDEZ MÁRTINEZ, A. y ÁLVAREZ JURADO FIGUEROA, M., «Las espadas de hierro de la necrópolis de Son Pellisser; avance preliminar», *Gladius*, 36, Madrid, 2016.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, D., «La toma de Carthago Nova por Publio Cornelio Escipión: ¿leyenda o realidad?», *Polis*, 17, Universidad Alcalá de Henares, Madrid, 2005.

- GABALDÓN MARTÍNEZ, M. M., *Ritos de armas en la Edad del Hierro. Armamento y lugares de culto en el antiguo Mediterráneo y el mundo celta*, CSIC, Madrid, 2004.
- , «Sacra loca y armamento. Algunas reflexiones en torno a la presencia de armas no funcionales en contextos rituales», *Gladius*, 30, Madrid, 2010.
- GALLEGRO CAÑAMERO, J. M., «Experimentando con armas ibéricas de hierro. La producción del metal en hornos de “tiro natural”», *Gladius*, 34, Madrid, 2014.
- GARCÉS ESTALLO, I. y GRAELLS FABREGAT, R., «Bozales y muserolas de bronce en la península ibérica», *Gladius*, 31, Madrid, 2011.
- GARCÍA BELLIDO, M. P., «Etnias y armas en Hispania: los escudos», *Gladius*, 30, Madrid, 2010.
- GARCÍA FLORES, A., RODRÍGUEZ AZOGUE, A., CASADO ARIZA, M. J. y PRADOS PÉREZ, E. (coords.), *La necrópolis de época tartésica de la Angorrilla. Alcalá del Río, Sevilla*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 2014.
- GARCÍA JIMÉNEZ, G., «L’Armament de tipus la Tène en un context singular: la península ibèrica», *Lligams*, 9, Universidad de Gerona, Gerona, 2011.
- , «Las primeras producciones de antenas de la meseta. Patrones de influencia y desarrollo morfológico de las espadas de tipo Echaury/Quesada II», *Gladius*, 26, Madrid, 2016.
- y PÉREZ RUBIO, A., «De dragones, cascos y soldados de fortuna en el occidente antiguo. Acerca de dos obras recientes sobre el mercenariado galo e hispano», *Gladius*, 35, Madrid, 2015.
- GARCÍA LOSADA, J., «Sagunto y el Tratado del Ebro (226 a. C.). El problema de un *casus belli*», trabajo fin de grado, Universidad de Barcelona, Barcelona, 2012.
- GARCÍA RIAZA, E., «Derecho de guerra romano en Hispania (218-205 a. C.)», *Memorias de Historia Antigua*, 19 y 20, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1999.
- GARCÍA, L., CRIADO, A. J., CHAMÓN, J., PENCO, F., ALONSO, J., ARÉVALO, R., MARTÍNEZ, J. A. y DIETZ, C., «Evidence for Artificial

- Magnetite Coating on Iberian Armoury», *Revista de metalurgia*, 47 (2), CSIC, Madrid, 2011.
- GENER MORET, M., ROMERO PERONA, D., GONZÁLEZ REYERO, S. y GARCÍA CARDIEL, J., «Estudio metalúrgico de las armas ibéricas halladas en el valle de Jutia (Nerpio Yeste, Albacete). Trabajo, armamento, ritual y comunidades de montaña», *Gladius*, 36, Madrid, 2016.
- GIL GONZÁLEZ, F., «*Viriatus Hegemon Lusitani*: un análisis historiográfico a través de la arqueología y de las fuentes clásicas», *Estudios de historia de España*, vol. 18, núm. 2. UCA, Buenos Aires (Argentina), 2016.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., «Contradicciones y conflictos de identidad en Apiano», *Gerión*, 27, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2009.
- GONZÁLEZ ALCALDE, J. «Totemismo del lobo, rituales de iniciación y cuevas santuario mediterráneas e ibéricas», *Quaderns de Prehistoria y Arqueología*, Castellón, 2006.
- GONZÁLEZ GARCÍA, F. J., «El noroeste de la península ibérica en la Edad del Hierro: ¿una sociedad pacífica?», *Cuadernos de estudios gallegos*, CSIC, Madrid, 2006.
- (coord.), *Los pueblos de la Galicia Céltica*, Akal, Madrid, 2007.
- GRACIA ALONSO, F., «Análisis táctico de las fortificaciones ibéricas», *Gladius*, 20, Madrid, 2000.
- , «Sobre fortificaciones ibéricas. El problema de la divergencia respecto al pensamiento único», *Gladius*, 21, Madrid, 2001.
- , *La guerra en la Protohistoria. Héroes, nobles, mercenarios y campesinos*, Ariel Prehistoria, Barcelona, 2003
- GRAELLS I FABREGAT, R., «*Mistophoroi* ilergetes en el siglo IV a. C.: el ejemplo de las tumbas de caballo de la necrópolis de La pedrera (Vallfogona de Balaguer Tèrmens, Catalunya, España)», *Jahrbuch RGZM*, 55, Mainz, 2011.
- , «De Italia al Bajo Aragón: la dinámica de intercambios indígena entre el s. VII y VI a. C.», en COLIN, A. y VERDIN, F. (eds), *Mobilité*

- des hommes, diffusion des idées, circulation des biens dans l'espace européen à l'âge du Fer*, Burdeos, 2013.
- , «Discos coraza de la península ibérica (ss. VI-IV a. C.)», *Jahrbuch RGZM*, 59, Mainz, 2014.
- , *Mistophoroi ex iberias: Una aproximación al mercenariado hispano a partir de las evidencias arqueológicas (ss. VI-IV a. C.)*, Osanna Edizioni, Venosa (It), 2014.
- GRAELLS I FABREGAT, R. y MARZOLI, R., «Armas de la Hispania prerromana», *RGZM Tagungen, Band*, 24, Mainz, 2016.
- , «¿Casco con tridentes? El problema de la aplicación de estructuras metálicas sobre cascos prerromanos», *Études Celtiques*, 39, París, 2013.
- y LORRIO ALVARADO, A. J., «Helmets in the Waters of the Iberian Peninsula: Ritual Practices and Data for Discussion», *RGZM*, Mainz, 2016.
- , LORRIO ALVARADO, A. J. y QUESADA SANZ, F., *Cascos hispano calcídicos, símbolo de las elites guerreras celtibéricas*, *RGZM*, Mainz, 2014.
- HERNÁNDEZ GASCH, J. y ARAMBURU ZABALA HIGUERA, J., «Murallas de la Edad del Hierro en la cultura talayótica. El recinto fortificado del poblado de Ses Païses (Artà, Mallorca)», *Trabajos de prehistoria*, 2, CSIC, Madrid, 2005.
- HOURCADE, D., «Le siege d'Azaila (Teruel): une relecture critique des indices archeologiques», *Gladius*, 29, Madrid, 2009.
- IRIARTE CORTÁZAR, A., «Introducción a la artillería de torsión», *Gladius*, 31, Madrid, 2011.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J., «Alamares metálicos: un sistema de cierre para correajes ecuestres en la protohistoria de la península ibérica», *Gladius*, 35, Madrid, 2015.
- LABEAGA MENDIOLA, J. C., «La Custodia, Viana, *Vareia* de los berones», *Trabajos de arqueología navarra*, 14, Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 2000.
- LLANOS ORTIZ DE LANDALUZE, A., «El rito de las cabezas cortadas, en el poblado de La Hoya, Laguardia, Álava», *Veleia*, 24 y 25, Vitoria,

2007-2008.

- LÓPEZ MONTEAGUDO, G., «Las “cabezas cortadas” en la península ibérica», *Gerión*, 5, Madrid, 1987.
- LORRIO ALVARADO, A. J., «Los *signa equitum* celtibéricos: origen y evolución», *Palaeohispanica*, 10, Zaragoza, 2010.
- y ALMAGRO GORBEA, M., «*Signa equitum* en el mundo ibérico. Los bronceos tipo “jinete de la Bastida” y el inicio de la aristocracia ecuestre ibérica», *Lucentum*, 23 y 24, Universidad de Alicante, Alicante, 2004-2005.
- y GRAELLS I FABREGAT, R., «Nuevo *signum equitum* celtibérico», *BSA Arqueología*, 77 y 78, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2012.
- y ROYO GUILLÉN, J. I., «El guerrero celtibérico de Mosqueruela (Teruel): una pintura rupestre excepcional de la Edad del Hierro en el Alto Maestrazgo turolense», *Antiquitas*, 25, Museo Histórico Municipal de Priego de Córdoba, Córdoba, 2013.
- y QUESADA SANZ, F., «Las panoplias numantinas y romanas», *Numancia Eterna*, Junta de Castilla y León, Salamanca, 2017.
- y SÁNCHEZ DE PRADO, M. D., (2009), *La necrópolis celtibérica de Arcóbriga (Monreal de Ariza, Zaragoza)*, Diputación de Zaragoza, Zaragoza, 2009.
- MARCO SIMÓN, F. y BALDELLOU MARTÍNEZ, V., «El monumento ibérico de Binéfar (Huesca)», *Pyrenae*, 12, Barcelona, 1976.
- MARTÍN BRAVO, A. M., «Los castros del occidente de la provincia de Cáceres», *Complutum extra*, 4, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1994.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, C., «Las mujeres en la conquista y romanización de la Hispania Meridional», *Florentia iliberritana*, 1, Universidad de Granada, Granada, 1990.
- MARTÍNEZ VELASCO, A., «Conquista y romanización en La Mancha y el Campo de Montiel: el campamento romano de El Real (Campo de Criptana, CR)», *RECM*, 2, Almedina (Ciudad Real), 2011.
- y ARGANDOÑA OTXANDORENA, P., «El *signum equitum* de Altikogaña y el santuario del Balcón de Lazkua (Eraul, Navarra):

- simbología y religión de un poblado protohistórico», *Munibe*, 67, Sociedad Ciencias Aranzadi, San Sebastián, 2016.
- MARTINS DA FONTE, J. M., «Sistemas defensivos proto históricos de Trás os Montes Ocidental (norte de Portugal)», *Cuadernos de estudios gallegos*, 40, CSIC, Madrid, 2008.
- MORALES HERNÁNDEZ, F., «El cerco de Numancia: el cierre del Duero». *Gladius*, 29, Madrid, 2009.
- MORET, P., «Les fortifications de l'âge du fer dans la meseta espagnole: origine et diffusion des techniques de construction», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 27, Casa de Velázquez. Madrid, 1991.
- , «Del buen uso de las murallas ibéricas», *Gladius*, 21, Madrid, 2001.
- MORET, P. y CHAPA, T. (ed.), *Torres, atalayas y casas fortificadas. Explotación y control del territorio en Hispania (s. III a. C. s. I d. C.)*, Universidad de Jaén, Jaén, 2004.
- MORILLO CERDÁN, A., CADIOU, F. y HOURCADE, D. (eds.), *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*, Universidad de León y Casa de Velázquez, Madrid, 2003.
- OLCOZ YANGUAS, C. Y MEDRANO MARQUÉS, M., «Los celtíberos y la ubicación de Celtiberia en el relato de la segunda guerra púnica de Tito Livio», *Espacio Tiempo y Forma, Serie 2, Historia Antigua*, 23, UNED, Madrid, 2010.
- , «La región de Metagonia, la estrategia defensiva de Aníbal en Libia y en Iberia, y los primeros tratados entre Cartago y Roma», *Gladius*, 34, Madrid, 2014.
- OLIVER FOIX, A. (coord.), *Arquitectura defensiva. La protección de la población y el territorio en época ibérica*, Sociedad Castellonense de Cultura, Castellón, 2006.
- OLMOS ROMERA, R., «Combates singulares: lenguajes de afirmación de Iberia frente a Roma», en TORTOSA, T. y SANTOS, J. (eds.), *Arqueología e iconografía. Indagar en las imágenes*, L'Erma di Bretschneider, Roma, 2003.

- ORFILA PONS, M., «La intervención de Q. Cecilio Metelo sobre las Baleares (123 a 121 a. C.). Condiciones previas y sus consecuencias», *Pyrenae*, 30, vol. 2, Universidad de Barcelona, Barcelona, 2008.
- ORTIZ DE URBINA, E., «Autrigones, caristios, várdulos, berones. Contribuciones historiográficas (1983-2003) relativas a su evolución en época prerromana y romana», *Vasconia*, 34, San Sebastián, 2005.
- PARCERO OUBIÑA, C., «Variaciones en la función y el sentido de la fortificación a lo largo de la Edad del Hierro en el NO de la península ibérica», en BLANCO, A, CANCELO, C. y ESPARZA, A. (eds.), *Bronce Final y Edad del Hierro en la península ibérica*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2005.
- PASTOR MUÑOZ, M., «Viriato en el ámbito tuccitano», *Trastámara*, 11. 2, Especial, Asociación Cultural y de Estudios Jamilenudos, Jamilena, Jaén, 2013.
- , *Viriato. El héroe hispano que luchó por la libertad de su pueblo*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2017.
- PEÑALVER IRIBARREN, X., «El Bronce Final y la Edad de Hierro en la Euskal Herría atlántica: Cromlechs y castros», *Complutum*, 12, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2001.
- , «Los poblados de la edad del hierro en Gipúzkoa», *Bertan*, 20, Diputación de Guipúzcoa, San Sebastián, 2003.
- PERALTA LABRADOR, E., «Cofradías guerreras indoeuropeas en la España antigua», *El Basilisco*, 2.^a época, 3, Oviedo, 1990.
- , «El asedio romano del castro de la Espina del Gallego (Cantabria) y el problema de *Aracelium*», *Complutum*, 10, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1999.
- , «Los campamentos de las Guerras Cántabras de Iguña, Toranzo y Buelna (Cantabria)», *Gladius*, Anejos, 5, Madrid, 2002.
- , *Castros y campamentos de campaña en las Guerras Cántabras*, en BLAS CORTINA M. A. y VILLA VALDÉS, A. (coord.), *Los poblados fortificados en el Noroeste de la península ibérica: formación y*

- desarrollo de la cultura castreña*, Ayuntamiento de Navia (Asturias), 2002.
- , «Arqueología de las Guerras Cántabras. Un campo de batalla en las sierras de Iguña y Toranzo», *Revista de Arqueología*, Madrid, 2003.
- , *Los cántabros antes de Roma*, RAH, Madrid, 2003.
- , «Los cántabros», en ALMAGRO GORBEA, M. (coord.), *Celtas y vetones*, Real Academia de la Historia, Ávila, 2004.
- PEREA CAVEDA, A. (ed.), *La fíbula de Braganza. The Braganza Brooch*, CSIC, Madrid, 2011.
- PÉREZ FERNÁNDEZ, S. R. «La panoplia en los vasos del Tossal de Sant Miquel (Lliria). Ensayo de interpretación iconográfica», *Gladius*, 33, Madrid, 2013.
- PÉREZ GUTIÉRREZ, M. L., «Tras las huellas de Sertorio en Hispania: arqueología de la primera guerra civil romana (82 72 a. C.)», trabajo fin de máster, Santander, 2014.
- PÉREZ RUBIO, A., «Alianzas y coaliciones en la Hispania prerromana», tesis de Máster en Historia y Ciencias de la Antigüedad, UAM, Madrid, 2011.
- PÉREZ VILATELA, L., «Elementos chamánicos y uránicos en el episodio del celtibero Olíndico», *Ilu, Revista de Ciencias de las Religiones*, 155 N, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2001.
- PLIEGO VÁZQUEZ, R., «Un campamento cartaginés del siglo IV a. C. en el Gandul (Alcalá de Guadaíra, Sevilla)», *Rivista di Studi Fenici*, XXXI 1, Roma, 2005.
- PRADO, G. de y ROVIRA, M. C. (coms.), «Els caps tallats d'Ullastret. Violència i ritual al món iber», catàlego exposició, Ullastret, Gerona, s/f.
- PRADOS MARTÍNEZ, F. y JIMÉNEZ VIALÁS, H., «Menorca entre fenicios y púnicos: una aproximación arqueológica desde la arquitectura defensiva», *CEPOAT monografías*, 2, Murcia, 2017.
- PRADOS, L., LÓPEZ, C. y PARRA, J. (eds.), *La arqueología funeraria desde una perspectiva de género*, Colección Estudios 145,

Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2012.

- QUESADA SANZ, F., «En torno al origen y procedencia de la falcata ibérica», en REMESAL, J. y MUSO, O. (eds.), *La presencia de material etrusco en la península ibérica*, Universitat de Barcelona, 1991.
- , *El armamento ibérico. Estudio tipológico de las armas en la Cultura Ibérica. (Siglos VI-I a.C.)*, Monique Mergoïl. Dremil Lafage, 1997.
- «Aristócratas a caballo y la existencia de una verdadera “caballería” en la cultura ibérica, dos ámbitos conceptuales diferentes», en ARANEGUI GASCÓ, C. (ed.), *Actas del Congreso Internacional «Los Íberos, Príncipes de Occidente»*, Barcelona, 1998.
- , «En torno al análisis táctico de las fortificaciones ibéricas. Algunos puntos de vista alternativos», *Gladius*, 21, Madrid, 2001.
- , «Mirando el mundo desde lo alto: espuelas y otros elementos asociados al caballo en el poblado de La Serreta de Alcoi», *Recerques del Museu d’Alcoi*, 11-12, Alcoy, 2002.
- , «¿Espejos de piedra? Las imágenes de armas en las estatuas de los guerreros llamados galaicos», *Madridier Mitteilungen*, 44, Madrid, 2003.
- , «El gobierno del caballo montado en la antigüedad clásica con especial referencia al caso de Iberia. Bocados, espuelas y la cuestión de la silla de montar, estribos y herraduras», *Gladius*, 25, Madrid, 2005.
- , «Two Wheeled Light Chariots, Carts and Wagons in the Iberian Peninsula During the Iron Age», en VASILENKO A. (ed.), *Origin and Spreading of Chariots*, Lugansk, Ucrania, 2008.
- , «Las armas en los poblados ibéricos: teoría, método y resultados», *Gladius*, 30, Madrid, 2010.
- , *Armas de la Antigua Iberia: de Tartessos a Numancia*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2010.
- , «Mujeres, amazonas, tumbas y armas: una aproximación transcultural», en PRADOS, L., LÓPEZ, C., y PARRA, J. (coords.), *La arqueología funeraria desde una perspectiva de género*,

- Colección Estudios 145, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2012.
- , «Novedades y líneas de investigación recientes en la arqueología militar de la Iberia prerromana. Una aproximación bibliográfica», en PETROVICI, Z., *Perspectivas y novedades de la historia militar, una aproxima perspectivas y novedades de la historia militar, una aproximación global*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2015.
- , «Los antagonistas en las guerras numantinas: mitos, concepción y práctica de la guerra y efectivos», en BAQUEDANO, E. y ARLEGUI, M. (eds.), «Schulten y el descubrimiento de Numancia», catálogo exposición, Madrid, 2017.
- RIERA VARGAS, R., «Estelas ibéricas con lanzas y tropas auxiliares en el nordeste peninsular», *Gladius*, 33, Madrid, 2013.
- RODRÍGUEZ MONTEERRUBIO, O., PORTILLA CASADO, R., SASTRE BLANCO, J. C. y FUENTES MELGAR, P. (coords.), *Fortificaciones en la Edad del Hierro: control de los recursos y el territorio*, Glyphos Publicaciones, Valladolid, 2015.
- ROMEO MARUGÁN, F., «Piedra y plomo: la honda frente a los asentamientos fortificados del noreste de la península ibérica a partir del siglo III a. C. y su repercusión en los sistemas defensivos», *Gladius*, 37, Madrid, 2017.
- y GARAY TOBOSO, J. I., «El asedio y toma de Sagunto según Tito Livio. Comentarios sobre aspectos técnicos y estratégicos», *Gerión*, 13, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1995.
- ROMERO CARNICERO, F. y SANZ MÍNGUEZ, C. (edit.), *De la región vaccea a la arqueología vaccea*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2010.
- RUIZ CABRERO, L. A., «La marina de los fenicios, de la creencia en la vida a las naves de la muerte», *Gerión*, Vol. Extra, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2007.
- RUIZ VÉLEZ, I., «La panoplia guerrera de la necrópolis de Villanueva de Teba (Burgos)», *Gladius*, 25, Madrid, 2005.

- RUIZ ZAPATERO, G. y ÁLVAREZ SANCHÍS, J., «Vacceos, vetones y carpetanos ante el ataque de Aníbal», en BENDALA GALÁN, M., PÉREZ RUIZ, M. y ESCOBAR, I. (coords.), *Fragor Hannibalis: Aníbal en Hispania*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2013.
- , «¿Centros de poder? Sociedad y poblamiento en la Meseta Norte española (ca. 800 400 a. C.)», *Vegueta*, 15, Universidad Las Palmas de Gran Canaria, 2015.
- SÁEZ ABAD, R., «La poliorcética. El éxito asegurado en las operaciones de asedio», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, t. 16, UNED. Madrid, 2003.
- «La poliorcética en el Mundo Antiguo», tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2004.
- SALINAS DE FRÍAS, M., *Los vetones. indigenismo y romanización en el Occidente de la Meseta*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2001.
- , «La jefatura de Viriato y las sociedades del occidente de la península ibérica», *Palaeohispanica*, 8, Zaragoza, 2008.
- , «Sobre algunos textos clásicos referentes a la caballería de los celtíberos y al simbolismo de sus armas», *Gladius*, 30, Madrid, 2010.
- , «Sobre la memoria histórica en Roma: los Escipiones y la traición de los celtíberos», *Studia historica, H.^a Antigua*, 29, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2011.
- SÁNCHEZ MORENO, E., «Releyendo la campaña de Aníbal en el Duero (220 a. C.): la apertura de la meseta occidental a los intereses de las potencias mediterráneas», *Gerión*, 18, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2000.
- , *Vetones: historia y arqueología de un pueblo*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2000.
- SANTOS YANGUAS, N., «Lancia de los astures: ubicación y significado histórico», *Hispania Antiqua*, 27, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2007.
- , «Los recintos fortificados como marco de desarrollo de la cultura castreña en el norte de la península ibérica», *Espacio, Tiempo y*

- Forma, Serie II, Historia Antigua*, tt. 19-20, Madrid, 2007.
- , «Asturias, los astures y la religiosidad antigua», *Anejo a 'Ilu, Revista de Ciencias de las Religiones*, 25, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2014.
- SANZ MÍNGUEZ, C., «Un puñal reliquia vacceo hallado en Pintia (Padilla de Duero, Valladolid)», *Gladius*, 28, Madrid, 2008.
- y ROMERO CARNICERO, F., OLTEANU, T., GÓRRIZ GAÑÁN, C. y DE PABLO MARTÍNEZ, R., «Los sistemas defensivos de Pintia», *Vacceia*, 3, pp. 13-19. Universidad de Valladolid, Valladolid, 2010.
- SASTRE BLANCO, J. C., GARIBO BODÍ, J. y RODRÍGUEZ MONTECUBO, O., «Sistemas defensivos del Noroeste de la península ibérica: Zamora, León y Tras-os-Montes», *Actas de las Segundas Jornadas de Jóvenes Investigadores del Valle del Duero*, Valladolid, 2012.
- SERNA GANCEDO, M. L., MARTINEZ VELASCO, A. y FERNÁNDEZ ACEBO, V. (coords), *Castros y castra en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma*, Acanto, Barcelona, 2010.
- SERRANO LOZANO, D., «Comunidades guerreras: planteamientos para otra forma de organización militar en el mundo antiguo», *Arqueo UCA*, 1, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2011.
- SOPEÑA GENZÓR, G., «El mundo funerario celtibérico como expresión de un ethos agonístico», *Historiae*, 1, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 2004.
- TORRES MARTÍNEZ, J. F., «Sistemas defensivos en el *oppidum* de Monte Bernorio (Villarén, Palencia)», *Nivel 0*, 12, Grupo Arqueológico Attica, Santander, 2010.
- , «El Cantábrico en la Edad del Hierro. Medio ambiente, economía, territorio y sociedad», *Bibliotheca Archaeologica Hispana*, 35, Real Academia de la Historia, Madrid, 2011.
- , FERNÁNDEZ GÖTZ, M., MARTÍNEZ, A., CABANILLAS DE LA TORRE, G., VACAS MADRID, D. y MARTÍN HERNÁNDEZ, E., «Las fortificaciones protohistóricas del área cantábrica: aspectos

- defensivos, sociales y simbólicos», *Gallæcia*, 34, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 2015.
- , MARTÍNEZ VELASCO, A. y DE LUIS MARIÑO, S., «El *oppidum* de Monte Bernorio en la Cantabria histórica. Nueve siglos de historia», *Kobie, serie Paleoantropología*, 31, Bilbao, 2012.
- , MARTÍNEZ VELASCO, A. y PÉREZ FARRACES, C., «Los proyectiles de artillería romana en el *oppidum* de Monte Bernorio (Villarén, Palencia) y las campañas de Augusto en la primera fase de la Guerra Cantábrica», *Gladius*, 33, Madrid, 2013.
- , SERNA GANCEDO, A. y DOMÍNGUEZ SOLERA, S. D., «El ataque y destrucción del *oppidum* de Monte Bernorio (Villarén, Palencia) y el establecimiento del *castellum* romano», *HABIS*, XLII, Sevilla, 2011.
- VELA COSSÍO, F., «Materiales, técnicas y sistemas de construcción en la arquitectura celtibérica de la primera Edad del Hierro», *Actas del Cuarto Congreso Nacional de Historia de la Construcción*, Sociedad Española de Historia de la Construcción, Madrid, 2005.
- VIVES FERRÁNDIZ SÁNCHEZ, J., IBORRA ERES, P., BONET ROSADO, H., PÉREZ JORDÀ, G., CARRIÓN MARCO, Y., QUESADA SANZ, F., FERRER GARCÍA, C. y TORTAJADA COMECHE, G., «Ofrendas para una entrada: un depósito ritual en la Puerta Oeste de la Bastida de les Alcusses (Moixent, Valencia)», *Trabajos de prehistoria*, 72, N.º 2., CSIC. Madrid, 2015.
- VV.AA., «¡Cartago debe ser destruida!», *Desperta Ferro Antigua y medieval*, 31, Madrid, 2015.
- VV.AA., «La legión romana (I). La República Media», *Desperta Ferro Especial VI*, Madrid, 2013.
- VV.AA., «La legión romana (II). La Baja República», *Desperta Ferro Especial VIII*, Madrid, 2014.
- VV.AA., «La segunda guerra púnica en Iberia», *Desperta Ferro Antigua y Medieval*, 17, Madrid, 2012.
- VV.AA., «Las Guerras Astur-Cántabras», *Desperta Ferro Antigua y Medieval*, 45, Madrid, 2018.

VV.AA., «Mercenarios en el mundo antiguo», *Desperta Ferro Especial IV*, Madrid, 2013.

VV.AA., «Numancia», *Desperta Ferro Antigua y Medieval*, 41, Madrid, 2017.

VV.AA., «Oppida. Ciudades de la Europa céltica», *Desperta Ferro Arqueología e Historia*, 15, Madrid, 2017.

NOTAS

1 Aristocracia: literalmente, «gobierno de los mejores». En la práctica, los aristócratas eran los integrantes de las élites sociales, que transmitían su posición de padre a hijos.

2 Arconte: es una palabra griega que significa gobernante. Con ella se referían a los principales magistrados de Atenas, que ocupaban sus cargos durante un año.

3 Utilizaremos los términos hispanos/hispánicos, como convención para referirnos a individuos o elementos procedentes de la península ibérica, aún a sabiendas de que su uso en este momento histórico no es del todo correcto.

4 *Mannerbünde*: en alemán, literalmente, «bandas de hombres».

5 *Pedras formosas*: del portugués, significa «piedras hermosas».

6 Una yugada equivalía a la superficie que podía labrar una yunta de bueyes en un día.

7 Sincretismo religioso es la combinación y armonización de diferentes creencias para adaptarlas a las propias.

8 Caetra: pequeño escudo circular.

9 *Scutum*: escudo rectangular u ovalado.

10 Timocracia: sistema político de origen griego por el que cada persona ocupa un papel en la sociedad según sus posición económica. Como vemos, este mismo principio se puede aplicar también a la composición de un ejército.

11 Hay que indicar que, de este total, los elementos más numerosos son los regatones, con sesenta y una unidades, pero su abundancia y pequeño tamaño hace dudar a algunos investigadores que realmente fueran todos regatones de lanza, pudiendo en algunos casos tener otra función, como la de contera de bastón.

12 *Vallum*: los romanos denominaban así a las fortificaciones de sus campamentos, que generalmente se componían de un foso seguido de un terraplén de tierra coronado por una empalizada de madera.

13 Tito Livio dice que «eran de su propia raza», refiriéndose a sus auxiliares y a los atacantes. *Ab urbe condita*, 40, 32.

14 Burilado: realización de grabados o canales en un material mediante una herramienta de punta afilada llamada buril.

15 *Thureophoroi*: guerreros que se protegían con el *thureos*, nombre del escudo oval que portaban los soldados helenísticos a partir del siglo III a. C. Este escudo estaba reforzado en su cara frontal con *spina* y *umbo*.

16 *Spolas*: coraza utilizada por los guerreros griegos fabricada seguramente de cuero o, con menos probabilidad, de capas superpuestas de tejido de lino.

17 Hoja de lengua de carpa: hoja puntiaguda que a partir de un punto concreto se estrecha de forma brusca.

18 Gavilanes: continuaciones de la guarda metálica.

19 Recazos: se denominan recazos a la parte de la hoja que limita con la guarda, normalmente más ancha que el resto.

20 Contera: cuando hablamos de vainas de armas blancas, la contera es el remate inferior de la misma.

21 Losángica: forma de tendencia romboidal.

22 Naviforme: forma rectangular alargada y con los extremos más estrechos que el centro, que recuerda a un barco.

23 Tahalí: habitualmente, se usa esta palabra para definir un correa de cuero que se atravesaba en el pecho y del que colgaba la espada o puñal dentro de su vaina. En este caso sería de metal (bronce o hierro), y en realidad no servía para colgar el puñal, sino como una especie de broche para sujetar la vaina a la parte delantera del cinturón de su portador.

24 Foliácea: en forma de hoja. Se suele distinguir entre las de laurel o de sauce, según sean más o menos anchas.

25 Quinto Cecilio Metelo: elegido cónsul por el Senado romano en 123 a. C., dirigió la conquista de Mallorca y Menorca entre los años 123 y 121 a. C., por lo que recibió el apelativo de *Balearicus*.

26 *Vexillum*: estandarte o bandera en el que la pieza de tela pende de un travesaño colocado de forma horizontal, como si fuera la vela de un barco.

27 Cipo funerario: monumento funerario consistente en un pedestal o pilastra que se colocaba sobre una tumba. Con frecuencia se decoraban o se grababan en ellos inscripciones. Fue muy habitual entre diversas culturas, como la romana, la etrusca o la ibérica.

28 Manteletes: parapetos móviles fabricados de madera o piel.

29 Volcianos: los investigadores consideran que este pueblo ibérico pudo estar situado en el valle del Cinca, hacia el pre-Pirineo.

30 Una libra romana equivale a 327,453 gramos.

31 *Signifer*: militar romano encargado de portar la enseña de la unidad, el *signum*.

32 Por ejemplo: Q. OTACILIVS SUISETARTEN F. (Quinto Otacilio, hijo de Suisetarten).

33 Encachado: pavimento formado con piedras que dejan una superficie más o menos lisa.

34 La muralla ataludada es más ancha en la base que en el remate, con lo que el muro no es completamente vertical, sino ligeramente inclinado.

35 Adarve: pasillo sobre la muralla para permitir el movimiento de sus defensores a lo largo de ella.

36 Estacada: empalizada construida con troncos de madera.

37 Piedras careadas: bloques sin una forma ni tamaño predeterminado que están labradas únicamente en la cara exterior visible.

38 *Proteichisma y epikampion* son dos términos griegos referidos a una serie de obras defensivas, principalmente muros, construidos delante de las murallas y mucho más bajos que estas, pensados para entorpecer la aproximación de los atacantes y el uso de algunas máquinas de asalto. También se suelen llamar antemurales.

39 *Oxibeles*: catapulta lanzadora de flechas.

40 *Lithobolos*: catapulta lanzadora de piedras.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Benjamín Collado Hinarejos, 2018

© La Esfera de los Libros, S.L., 2018

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2018

ISBN: 978-84-9164-379-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.